Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY

BV4254
.S5L14

LISTA

DE ALGUNAS DE LAS OBRAS QUE SE HALLAN

en la Librería

DE GARNIER HERMANOS,

SUCESORES DE D. V. SALVÁ,

Calle des Saints-Pères, nº 6, en Paris.

AMIGO DE LOS NIÑOS. Nueva edicion, 1 *vol.* en 18º *láms.*

ARAÚJO (MATA Y). Nueva gramática latina, escrita con sencillez filosófica. Nueva edicion, aumentada con un epítome de Retórica y las *Reglas para facilitar la traduccion del latin.* Paris, 1852. 1 vol. en 12º.

ARTE EXPLICADO y gramático perfecto, dividido en tres partes, por D. Márcos Márquez de Medina. Nueva edicion. Paris, 1852. 12º.

BALMES. Filosofía fundamental. Nueva edicion. Paris, 1852. 2 *vols.* 12º *fr.*

BALMES. El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea. Nueva edicion. Paris, 1852. 2 *vols.* en 12º.

BALMES. El Criterio. Nueva edicion. Paris, 1852. 1 vol. en 12º.

BALMES. Curso de Filosofía elemental, que contiene la Lógica, la Metafísica, la Ética y la Historia de la Filosofía. Nueva edicion. Paris, 1853. 1 vol. en 12º.

BALMES. La Lógica. 1 vol. en 12º.

BERGIER. Diccionario de teología. Edicion enriquecida con las notas de Monsr. Gousset, aumentada con gran número de artículos nuevos por M. Doney. Traduccion hecha por una sociedad de eclesiásticos. Paris, 1853. 4 vols. en 4º.

BIBLIA (LA SAGRADA), nuevamente traducida al español é ilustrada con notas por Don Félix Torres Amat. Bella edicion en dos tomos en *4to.*, á dos columnas, adornada con 40 hermosas láminas sobre acero. Paris, 1853.

BIBLIOTECA DE PREDICADORES, ó Sermonario escogido de las obras predicables de los mejores autores antiguos y modernos, por D. Vicente Canos, presbítero. Obra aprobada y recomendada por varios Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos de América. Coleccion la mas completa de las publicadas hasta el dia, y que encierra unos 600 sermones de todos géneros. Paris, 1846-50. 18 vols. en 8º.

BUFFON (EL) de los niños, ó historia natural abreviada de los cuadrúpedos, aves, etc. Nueva edicion. Paris, 1853. 1 vol. en 12º *con muchas láms.*

— La misma obra con las láminas iluminadas.

CAMINO DEL CIELO. Consideraciones sobre las máximas eternas y sobre los misterios de la pasion de Cristo N. S. Nueva edicion con el Mes de María del Ilmo. Sr. J. M. Saporiti. Paris, 1853. 1 vol. en 18º *láms.*

CATECISMO de la doctrina cristiana explicado, ó Explicaciones que convienen al Astete y tambien al Ripalda. Por D. Santiago José García Mazo. Duodécima edicion, añadida con el *Diario de la piedad* del mismo autor, ilustrada con su biografía, y adornada con su retrato y varias láminas finas. Paris, 1853, 1 vol. en 12°.

COVIAN. Novísimo manual de los curas, ó breve compendio del ministerio parroquial, precedido de un discurso sobre la importancia social del ministerio del párroco. Paris, 1853. 1 vol.en 18°.

DELICIAS (LAS) de la Religion cristiana, ó el poder del Evangelio para hacernos felizes, por el abate Lamourette. Paris, 1846. 8°.

DESPERTADOR EUCARÍSTICO, y dulce convite para que las almas frecuenten la sagrada comunion y asistan con fruto al santo sacrificio de la misa. Nueva edicion muy aumentada. Paris, 1853. 1 vol. en 18° *con. lám.*

DICCIONARIO español-latino, compuesto por D. Manuel Valbuena. Nueva edicion muy mejorada y aumentada. Un volúmen de mas de 1000 páginas, de igual tamaño que el *Nuevo Valbuena, ó Diccionario latino-español* del mismo autor, y el mas completo que existe de estas dos lenguas.

EJERCICIO espiritual cotidiano, mui completo de oraciones á diversos santos, para antes y despues de la comunion, y para oir la misa. Nueva edicion. Paris, 1853. 1 vol. en 32° *láminas.*

GÓMEZ HERMOSILLA. Arte de hablar en prosa y verso. Nueva edicion aumentada con observaciones de D. Vicente Salvá. Paris 1853. 1 *vol.* en 12°.

GÓMEZ HERMOSILLA. Juício crítico de los principales poetas de la última era, á saber, Moratin hijo, Meléndez, Noroña, Jovellános, Cienfuégos, Roldan, Castro Arjona y Sánchez Barbero. Nueva edicion. Paris, 1853. 1 *vol.* en 12°.

GRAMÁTICA latina de Antonio de Nebrija, con la explicacion y notas del P. Agustin de S. Juan Bautista, revisada por el P. Pedro de Sta. María Magdalena. Nueva edicion, corregida y aumentada con las *Observaciones de los modos de las oraciones latinas*, por Olarte. Paris, 1852. 1 vol. en 12° *de* 412 *págs.*

GRANADA. Breve tratado en que se declara de la manera que se podrá proponer la doctrina de nuestra santa Fe y Religion cristiana á los nuevos fieles. Paris, 1845. 1 vol. en 18°.

GRANADA. Meditaciones para todos los dias de la semana. Van añadidas las de santa Catarina de Sena y del B. Enrique Suson. Paris, 1854. 1 vol. en 18°.

HEINECCIO. Recitaciones del Derecho civil segun el órden de la *Instituta*. Traduccion de Don Luis de Collántes, revisada y corregida con arreglo al texto de Heineccio por Don Vicente Salvá. Paris, 1847. 3 *vols.* en 12°.

HISTORIA de la religion que debe leer el cristiano desde la niñez hasta la vejez, sacada de los Libros Santos por el Lic. D. Santiago José García Mazo. Obra adoptada por la Direccion general de estudios para la enseñanza de la Historia sagrada en las Universidades é institutos de España. Edicion que contiene el *Nuevo testamento y varias adiciones* que faltan en las demas. Paris, 1852. 4 vols. 12°. *con* 120 *laminas.*

IRAIZOS. Instruccion sobre las rúbricas del Misal, ceremonias de la misa, oficios de Semana santa y de otros dias especiales. Paris, 1853. 12°.

-1910-
Recuerdo:
Pbro Alfredo Pérez

Jesús M. Caicedo
POPAYÁN
Presbítero

BIBLIOTECA
DE PREDICADORES.

TOMO DÉCIMOQUINTO.

PARTE QUINTA.

TOMO I.

SAINT-CLOUD. — IMPRENTA DE LA VIUDA DE BELIN.

R. P. F. LACORDAIRE.

BIBLIOTECA

DE

PREDICADORES

Ó

SERMONARIO ESCOGIDO

DE LAS OBRAS PREDICABLES

DE COCHIN, CHEVASSU, EGUILETA, FLECHIER, GARCÍA, GONZÁLEZ, LACORDAIRE, MASSILLON, RAVIGNAN, SÁNCHEZ SOBRINO, SANTANDER, TRENTO, TRONCOSO, P. VENTURA Y OTROS.

POR

DON VICENTE CANOS,

PRESBÍTERO.

—

PREDICADORES MODERNOS.

TOMO PRIMERO.

THEOLOGICAL SEM

PARIS,

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS,

SUCESORES DE D. V. SALVÁ,

Calle de Saints-Pères, nº 6.

—

1854.

SERMONES

PREDICADOS

EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS

POR EL R. P. E. D. LACORDAIRE.

DE LA IGLESIA.

SERMON PRIMERO.

De la necesidad de una Iglesia que enseñe, y de su carácter distintivo.

MONSEÑOR (1):

Señores :

El cristianismo es tan antiguo como el mundo, pues consiste esencialmente en la nocion de un Dios criador, legislador y salvador, y en una vida conforme á esta idea. Ahora bien, Dios se manifestó al género humano desde el principio bajo este triple aspecto de criador, de legislador y de salvador, y desde el principio tambien, de Adan á Noé, de Noé á Abrahan, de Abrahan á Moisés, de Moisés á Jesucristo, hubo hombres que vivieron conforme á esta nocion de Dios. Dios se manifestó á los hombres bajo este triple carácter, tres veces antes de Jesucristo, por Adan, primer padre del género humano, por Noé, segundo padre del género humano, y por Moisés, fundador de un pueblo que tanto ha influido por su accion y su presencia en todos los destinos de la humanidad.

Sin embargo, hay un hecho no menos notable, y es que el cris-

(1) Señor Arzobispo de Paris.

tianismo no ha dominado al mundo sino por Jesucristo, diez y ocho siglos há. Jesucristo es el primero que trajo la luz al mundo; antes de él, como ha dicho S. Juan, *la luz resplandecia en las tinieblas* (1). Pero ¿de dónde proviene esto? ¿De dónde emana que el cristianismo, vencido en el mundo antes de Jesucristo, ha salido victorioso despues de Jesucristo? ¿De dónde que el cristianismo, antes de Jesucristo, *no impidió á las naciones seguir sus caminos* (2), y que Jesucristo, por el contrario, haya podido pronunciar esta frase de eterna victoria: *In mundo pressuram habebitis, sed confidite: ego vici mundum* (3)?

¿Qué es pues lo que Jesucristo hizo de nuevo? ¿Es por ventura el sacrificio del Calvario? Pero el cordero que borra los pecados de los hombres, *habia sido inmolado desde el principio del mundo* (4). San Juan nos lo atestigua en el libro de sus visiones. ¿Es acaso el Evangelio? Pero el Evangelio en suma no es otra cosa que la palabra de Dios, y esta palabra, en diversas ocasiones anunciada, no habia logrado cambiar el mundo. ¿Son por ventura los Sacramentos? Pero los Sacramentos no son mas que los canales de la gracia, y la gracia de Dios, aunque menos copiosa sin duda antes de Jesucristo, no dejó á pesar de eso de comunicarse siempre á los hombres. ¿Qué es pues lo que Jesucristo hizo de nuevo? ¿Cómo ha asegurado la perpetuidad de la victoria obtenida en el Calvario? Oidle, él mismo va á decíroslo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (5). ¡Ved aquí la obra que debia vencer para siempre al infierno y al mundo, que debia renovar cada dia el sacrificio del Salvador, conservar y difundir su palabra, y distribuir su gracia! Voy á hablaros, Señores, de esta obra, de esta Iglesia, *columna y firmamento de la verdad* (6), y desde hoy entraré en el fondo de este vasto asunto, procurando demostrar la necesidad de una Iglesia destinada á la enseñanza universal y perpetua del género humano.

Llamado á levantar la voz en medio de vosotros, no por mi voluntad propia, sino por la del pontífice venerable que ocupa el lugar de Dios en la tierra, no aguardeis, Señores, que os hable con artificio. Si venís en busca de vanas y pomposas frases, os engañais. ¡Ah, perezca la elocuencia del tiempo! Yo solo pido al cielo la elocuencia de la eternidad. Yo no le pido mas que la verdad y la cari-

(1) Evangelio, cap. 1°, vers. 5. (2) — Actos de los Apóstoles, cap. 14, vers. 15. — (3) S. Juan, cap. 16, vers. 33. — (4) Apocalipsis, cap. 13, vers. 8. — (5) S. Mateo, cap. 16, vers. 18. — (6) S. Pablo, 1ª epístola á Timoteo, cap. 3, vers. 15.

dad de Jesucristo; y si el triunfo de la gracia acompaña á estos discursos, probará que hoy, como en otros dias, se sirve Dios del pequeño para confundir al fuerte. Once años hace que postrado sobre el pavimento de esta basílica, me despojé de las galas del mundo para vestir el hábito de vuestros sacerdotes; vine á buscar los beneficios que prometeis á los que os sirven, esperando la mision de anunciarlos algun dia. Me habeis otorgado estos beneficios; haced ahora que los comunique á mis hermanos. Venid en auxilio de vuestro siervo; poned custodia á mis labios á fin de que sean fieles á mi corazon, como mi corazon lo es á vuestra ley.

Me propongo empezar por un hecho incontestable, á saber: que el hombre es un sér enseñado.

¿Por qué he tomado la palabra en este recinto? Si extiendo la vista en derredor, descubre frentes de todas las edades, cabellos que han encanecido en las vigilias de la ciencia, rostros en que está grabada la huella de la fatiga de los combates, otros animados por las dulces emociones de los estudios literarios, jóvenes en fin que acaban de coger la tercera flor de la vida. Decidme, decidme, ¿qué me pedís en este dia? ¿Qué quereis de mí? ¿La verdad? Luego no la poseeis, la buscais, quereis saberla, habeis venido aquí para ser enseñados.

En la infancia teníais una madre; en su regazo recibísteis vuestra educacion primera; ella os instruyó al principio en el órden de las sensaciones, dirigiéndoos continuamente en vuestras relaciones con los objetos externos. Además, por la trasmision prolija y laboriosa de la palabra abrió en vosotros el manantial de la inteligencia. Luego depositó en el fondo de vuestra alma un tesoro todavía mas precioso, el de la conciencia; os castigó y os recompensó segun vuestras acciones; os dió la medida de lo justo y de lo injusto, é hizo de vosotros un sér moral; os inició asimismo en los misterios de la fe, y os enseñó á creer en cosas invisibles, de que las cosas visibles no son mas que el reflejo; hizo de vosotros un sér religioso. Así desde la aurora de vuestra vida fuísteis enseñados en los cuatro órdenes que constituyen vuestro sér: en el órden de las sensaciones, en el órden de las ideas, en el de la conciencia y en el de la fe.

Cuando el hombre ha pasado la edad de la primera enseñanza, se coloca en una de las dos clases en que la humanidad se divide. Se divide la humanidad en hombres ilustrados y los que no lo son: los hombres que no son ilustrados forman lo que se llama el pueblo, y el pueblo, absorbido en su pobreza y en su incesante trabajo, permanece para siempre incapaz de reformar su educacion primera por los

estudios personales y las reflexiones propias. En vano intentaria discutir á fondo sus sensaciones, sus ideas, su conciencia, su fe. No puede emanciparse de la enseñanza que se le ha dado sino aceptando nuevas enseñanzas, de que se creerá acaso juez no siendo mas que esclavo. Cuando vino al mundo Jesucristo, libertador de las inteligencias, decia de la mision que su Padre le habia confiado : *El Señor me ha enviado para evangelizar á los pobres* (1). ¿ Y por qué á los pobres? Sin duda porque son en mayor número, y porque siendo iguales todas las almas delante de Dios, cuando las pesa en la balanza de la eterna justicia, el alma del pueblo debe inclinarla ; pero tambien, y con mucha mas razon todavía, porque el pueblo, en su impotencia de aprender y de saber, necesita de un maestro que le ponga en posesion de la verdad por medio de una enseñanza sin gastos y sin peligro.

Si esto sucede respecto del pueblo, es decir, de la casi totalidad del género humano, ¿ no habrá al menos una excepcion para los que llamamos hombres ilustrados? ¿ No podrán romper con la enseñanza que los ha constituido en tal estado, y formarse una inteligencia por sus fuerzas propias? Esta es á la verdad su pretension. Bien os acordais, Señores, que en la época en que salísteis del seno de la familia para entrar en la sociedad, os pareció que se habia dispertado en vosotros un poder nuevo á que dísteis el nombre de razon. Os complacísteis en adorar este poder, y prosternándoos en su presencia dijísteis : ¡ Hé aquí mi único señor y mi único rey ! La razon me enseñará desde ahora que existen sensaciones, ideas, conciencia, cosas que no se ven y que sostienen este mundo que vemos. Así lo decíais, Señores, pero en vano, porque no pudísteis despojaros del hombre primitivo ; vuestra razon se habia formado por la primera enseñanza, érais hijos de esta, hijos de la preocupacion, hijos del hombre. ¡ Lo sois todavía ! En efecto, la clase ilustrada se subdivide en otras dos clases : la una la de los hombres que son dueños de su tiempo y á quienes se puede llamar hombres de ocio ; la otra de los que por la necesidad de su posicion se ven obligados al trabajo. Esta es incomparablemente la mas considerable. La division de las propiedades es causa de que cada uno necesite de su trabajo para conservar la posicion social que le han trasmitido sus padres, y en semejante servidumbre no podria ocuparse de una manera activa de las grandes cuestiones que agitan la humanidad, y entre-

(1) S. Lucas, cap. 4, vers. 18.

garse á estudios filosóficos que por sí solos bastarian á absorber toda una existencia. Esta clase se halla poco mas ó menos en la misma impotencia que el pueblo; y no obstante su orgullo, compréndese entre los pobres de espíritu que vino á evangelizar Jesucristo. Guardaos, Señores, de tomar en su sentido material y restricto los términos del Evangelio. La primera indigencia es la indigencia de la verdad, así como la primera riqueza es la riqueza del alma por la verdad; y cuando el hombre ha reconocido su bien, cuando es rico de verdad, no cambiaria la suerte que ella le proporciona ni por toda la fortuna de los reyes.

Establecida esta division, ¿qué es lo que queda flotando soberbiamente en la superficie de la humanidad, y capaz de hacer uso de su razon para reconstruirse á sí mismo? Algunos hombres privilegiados que han recibido del cielo superior talento, cosa rara, la fortuna, cosa menos rara, pero que no deja de serlo, y por último disposiciones innatas para un trabajo sostenido. Superior talento, fortuna, trabajo, tres condiciones necesarias para llegar á ser una inteligencia privilegiada. Solo estos hombres podrian rechazar las ideas adquiridas por la enseñanza, semejantes al águila, que tomando á su polluelo entre las garras, si ve que no puede mirar de frente al sol, le suelta como si fuera una vil carga. Pero en vano se esfuerzan; la esclavitud pesa tambien sobre su cabeza. Y no solo está sujeto á la enseñanza cada hombre en particular; lo están tambien las naciones y los siglos. Despues de haber vencido á su nodriza y á sus maestros, le queda al hombre de superior talento otra gran tarea, y es la de vencer á su nacion y á su siglo.

¿Puede conseguirlo? ¿Se ha verificado esto? Mirad en derredor vuestro: ¿qué hombre, por grande que sea, no lleva en su frente el signo de su pueblo y el signo de su siglo? Os pregunto á todos sin distincion: ¿seríais lo que sois si hubierais nacido seiscientos años há? Hace seis siglos esta misma catedral donde venís á oir la palabra divina con un corazon henchido de orgullo y como jueces, os hubiera visto traer piedras para sus cimientos. Si aun sin cambiar de siglo hubieseis nacido en cierta parte del globo que yo pudiera nombrar, ¿seríais lo que sois? ¿Por qué es Francia católica, la Prusia protestante y el Asia musulmana? ¿De dónde proviene esta enorme diferencia entre unos pueblos tan vecinos? Una palabra diversa ha prevalecido entre ellos; una enseñanza diversa ha formado almas, creencias y costumbres diferentes. Sí, las naciones y los siglos sufren el yugo de la autoridad, y le imponen á su vez; heredan preo-

cupaciones y pasiones anteriores, las modifican por preocupaciones y pasiones nacidas de estas; y la movilidad de los tiempos, que parece acusar á la independencia del hombre, no es mas que efecto de una sumision á tiranías que se engendran unas á otras. Cambian los tiranos, pero no cambia la tiranía. Y ¡cosa extraña! se gloría uno de ser hombre de su siglo, es decir, de participar convencido de las preocupaciones del tiempo en que vive.

Nosotros, cristianos libertados por la Iglesia, no somos ni del siglo presente, ni del siglo pasado, ni del siglo futuro: somos de la eternidad. No queremos someternos á la enseñanza de un siglo, ni de una nacion, ni de un hombre; porque estas enseñanzas son falsas en el mero hecho de ser variables y contradictorias. Salvo cierto número de fenómenos confirmados por la experiencia, salvo algunos axiomas que son el fundamento de la razon humana, y la distincion de lo justo y de lo injusto, ¿qué cosa hay sobre la que no esté discorde la enseñanza de los hombres? ¿Qué cosa hay que esta enseñanza no corrompa? Recorro asombrado los sitios en que el hombre enseña al hombre: ¿dónde encontrar una boca que no contradiga á otra, y no la convenza de error? Citaré á Lóndres, París, Berlin, Constantinopla, Pekin, ciudades célebres que gobiernan al mundo y le instruyen: ¿hay una sola entre ellas que no tenga sus opiniones, sus sistemas, sus costumbres, sus leyes, sus doctores de un dia? No salgamos de la capital en que vivimos; se dice que es la reina de la civilizacion: ¡pues bien! enumerad las doctrinas que han prevalecido en ella de ochenta años á esta parte, propagándose desde aquí por la Europa. La idolatría tenia dioses sin número y un panteon levantado á su gloria; pero ¿quién será capaz de enumerar las opiniones humanas, y erigir un panteon bastante extenso para darles á todas un altar y un sepulcro? El hombre es un sér enseñado, y se somete por necesidad á las ideas que se agitan en torno de su cuna. Si el hombre no fuese un sér enseñado se comunicaria directamente con la verdad, y sus errores serian puramente voluntarios é individuales; pero es enseñado, y la infancia no puede defenderse contra la enseñanza del error, el pueblo no puede defenderse contra la enseñanza del error; y la mayor parte de los hombres ilustrados no pueden defenderse contra el error que han mamado en la infancia, ni contra el ascendiente de algunas inteligencias superiores que dominan á las demás. Tal es el estado de la humanidad, estado de opresion que arguye una degradacion irremediable, ó la necesidad de una enseñanza divina que proteja á la infancia, al pueblo, al vulgo de

los hombres ilustrados, y hasta aquellos á quienes una inteligencia mas fuerte entrega á la dominacion privada de su orgullo, sin emanciparlos de la dominacion pública de su nacion y de su siglo.

Sí, la verdad no es mas que un nombre, el hombre no es mas que un miserable juguete de opiniones que se suceden sin fin, y por tanto debe haber sobre la tierra una autoridad divina que enseñe al hombre, á este sér que necesita ser enseñado, y á quien por precision engaña la enseñanza de otro hombre. Hasta los paganos conocieron esta necesidad; Platon decia *que era necesario que un maestro bajase del cielo para instruir á la humanidad,* hablando así de antemano como S. Pablo en su epístola á los de Éfeso: *Dios nos ha dado apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores, para que no seamos ya niños fluctuantes, y nos dejemos traer en derredor de todo viento de doctrina por la malignidad de los hombres que siembran el error en torno de nosotros.*

Pero ¿con qué signo ha de reconocerse esta autoridad tutelar? ¿Cómo se ha de distinguir la verdadera autoridad entre tantas autoridades falsas? En una señal, por no hablar mas que de una sola, en una señal tan refulgente como el sol, que ninguna autoridad falsa posee, que ninguna autoridad falsa puede contrahacer: la señal de la universalidad, de la catolicidad. Si hay alguna cosa notable en el mundo, es que ninguna autoridad humana ha podido ser católica, es decir, traspasar los límites de cierta clase de hombres ó sea los de la nacionalidad. De tres especies son las autoridades humanas: autotoridades filosóficas, religiones no cristianas, sectas cristianas. En cuanto á las autoridades filosóficas, jamás han alcanzado al pueblo, jamás han reunido tampoco en una sola escuela á los hombres ilustrados; antes bien divididas hasta lo infinito, han dado al mundo en todos los tiempos un espectáculo en que no era óbice el aprecio que merecieron al reconocimiento de sus lamentables extravíos. ¿Dónde se halla hoy en el universo la autoridad filosófica dominante? Las religiones no cristianas nunca han sido mas que nacionales, y la que mas se ha acercado al cristianismo, la que hasta cierto punto podria considerarse como una secta cristiana, el mahometismo, no ha aspirado á la universalidad sino esperando someter el universo al califato por la fuerza de las armas. Desde que el imperio musulman se ha dividido, hanse visto tantas sectas como reinos; testigos son la Turquía y la Persia, los adoradores de Alí y los de Omar. ¿Dónde existe una religion no cristiana que tenga una enseñanza universal? El mismo fenómeno se reproduce respecto de las

sectas cristianas, y tenemos de ello un notable ejemplo en los dos grandes cismas que viven, el cisma griego y el cisma protestante. Los griegos han estado sometidos al patriarca de Constantinopla, mientras Constantinopla ha sido el centro único del Oriente; cuando se formó el imperio ruso, los griegos rusos constituyeron una iglesia aparte, rompiendo los postreros vínculos que en la infancia de su imperio los ligaban aun á la sede primitiva del cisma. En cuanto á las iglesias protestantes, se han dividido en tantas fracciones como reinos: iglesia episcopal de Inglaterra, iglesia presbiteriana de Escocia, iglesia calvinista de Holanda, iglesia actual evangélica de Prusia; y los protestantes, no reunidos por un reino ni por la unidad nacional, como los de los Estados Unidos, han formado millares de sectas que no tienen nombre por los muchos con que se les señala.

La Iglesia verdadera, la que desde su orígen ha tomado el título de católica, que ninguno ha podido disputarle una sola vez en el trascurso de diez y ocho siglos, la Iglesia verdadera, instituida por Dios para enseñar al género humano, es la única que ha fundado una autoridad universal, á pesar de la asombrosa dificultad de la empresa. Todo el imperio romano se ligó contra esa inmensa autoridad que iba extendiéndose por todas partes; y á pesar de la persecucion que sufrió desde los primeros tiempos, la Iglesia católica traspasaba los límites del imperio romano, y penetraba en la Persia, en la Etiopia, en las Indias y en la Escitia. Despues de haber sojuzgado el imperio romano y encaminádose mas lejos, vinieron los Bárbaros á extinguir la unidad temporal fundada por Roma pagana, y la Iglesia católica, mientras todas las naciones se alteraban y fraccionaban, extendió su unidad y su universalidad por donde quiera que la fuerza dispersaba los miembros de la sociedad antigua, y además fué á buscar á los Bárbaros hasta el fondo de sus bosques para traerlos al pié del mismo altar y de la misma cátedra. Descubriéronse nuevos mundos; allí fué la Iglesia acompañando á los conquistadores. Conocieron á Jesucristo los Indios del Occidente y los Indios del Oriente, y ya no volvió á ponerse el sol en el reino de la verdad. Aspirando el protestantismo á romper la unidad y universalidad católicas, con el espectáculo de sus divisiones solo ha logrado probar de nuevo la imposibilidad en que están los hombres de fundar por su propia virtud una iglesia universal.

Con efecto, para conseguirlo es necesario vencer los zelos de la autoridad temporal, la diversidad de lenguas, de costumbres, de preocupaciones, las enemistades de nacion á nacion, y sobre todo la in-

dependencia del espíritu, esa independencia que no es mas que la sumision á falsas autoridades, pero autoridades que halagan el orgullo y parecen apoyarse en la razon individual. Jamás venciera el error estos diversos obstáculos, porque el error siendo á la vez el orgullo del entendimiento y la contradiccion lógica, no puede unir los entendimientos y las voluntades. Sola la unidad de la Iglesia, esa unidad especial en el mundo, es una prueba irrecusable de su divinidad: la Iglesia es católica, y de consiguiente verdadera.

Pero conviene notar que la catolicidad de la Iglesia no solo abraza todas las diversas naciones del globo: abraza tambien con los mismos lazos espirituales la infancia, el pueblo, los hombres ilustrados, los débiles y los fuertes. Todos sin distincion alguna tienen el mismo símbolo y la misma fe; mientras que la filosofía solo pudo unir á los hombres instruidos, y las religiones paganas solo se extendian al pueblo. Hasta el protestantismo ha incurrido en este vicio radical, porque se presentó bajo unas formas al pueblo, y bajo otras á los hombres ilustrados. Impone su autoridad al pueblo, y deja libres á los hombres instruidos. El pueblo cree á su ministro, el hombre hábil cree en la Biblia y en sí mismo. Bajo este aspecto es la Iglesia católica completamente divina: no solo presta amparo al débil, sino que le hace igual al fuerte.

Diréis acaso: pues si se necesita una iglesia que enseñe al género humano, ¿cómo es que se ha establecido tan tarde? ¿Por qué se ha establecido hace diez y ocho siglos, y no hace seis mil años? Señores, todo debia llevar el sello de la caida original, la naturaleza, el cuerpo, el alma, la sociedad, la verdad misma, á fin de que el hombre sintiese profundamente la necesidad de la reparacion. No obstante, Dios no abandonó á los hombres en los tiempos anteriores á la constitucion de la Iglesia; les comunicó la verdad por Adan, por Henoc, por Noé, por Abrahan, por Moisés, por una serie continua de profetas y de revelaciones. La Iglesia misma, ó la sociedad de los hombres con Dios, existia desde el principio; pero no existió con la organizacion y la fuerza que ha recibido de Jesucristo. Así es que el Salvador no dice que va á establecer la Iglesia, sino que va á fundarla *sobre la piedra*, sobre una piedra destinada *á quebrantar á los que caigan encima, y á todos aquellos sobre quienes ella cayere* (1). Jesucristo ha puesto el remate á la Iglesia, como le ha puesto á

(1) S. Mateo, cap. 21, vers. 44.

todo; mas antes de la consumacion no estaba abandonado el hombre, sino preparado y sostenido. Su condicion no valia lo que nuestra condicion actual, pero era suficiente y justa, si hubiese querido aprovecharse de ella. El hombre se ha perdido por sus faltas, no por falta de Dios.

La Iglesia ha constituido la verdad socialmente; y si volviendo al terreno que hemos recorrido, preguntamos, por qué el hombre es un sér enseñado, responderemos que el hombre es un sér social como todos los séres, y que todos viven á su manera por la sociedad; pero que aventajándoles el hombre en la inteligencia, esta tambien debe vivir por la sociedad; y como la verdad es el alimento de la inteligencia, la verdad debe serle trasmitida socialmente, es decir, por la enseñanza. Si el hombre no hubiese pecado, solo Dios hubiera sido su preceptor y su maestro; habiéndose separado de Dios el hombre por el pecado, ha quedado frente á frente del hombre primitivamente instruido por Dios, pero en posibilidad de olvidar y corromper lo que Dios le habia enseñado. De aquí la supersticion, vestigios alterados de la verdad; de aquí la filosofía, esfuerzo del hombre hácia la verdad; de aquí la necesidad de una Iglesia docente, que trasmitiese y perpetuase la verdad en el caso en que Dios quisiera perdonar al hombre y repararle, suspendiendo la organizacion definitiva de esta Iglesia, á fin de que el hombre se sintiese caido, impotente y miserable.

En el dia, Señores, esta Iglesia católica que ha consumado una obra imposible al hombre, lucha contra los que la han debilitado y aspiran á destruirla. Esta Iglesia, despojada de los adornos exteriores que tenia del hombre, ligada por ellos como un agente incómodo y peligroso, insultada en su debilidad aparente, se asemeja á un gigante ligado con fajas por niños que se esfuerzan en precipitarle, y se defiende por su mole, *mole sua stat*, y su inmobilidad sola es una victoria. Tranquila porque lleva en su seno una promesa inmortal y el espíritu de Dios, no se inquieta sino por la humanidad, que puede asociar mas ó menos sus propios destinos á la grandeza de los suyos. No os engañeis, Señores, hace seis mil años solo se agita una cuestion en el mundo, la de saber si la verdad cristiana ha de quedar vencida ó victoriosa; ha sido vencida hasta Jesucristo, ha salido victoriosa despues de Jesucristo, y victoriosa por la Iglesia católica, sentada sobre la piedra que ha colocado Jesucristo. A trastornar la Iglesia católica es á lo que conspira la humanidad caida; pero la Iglesia no es mas que la humanidad reparada, vivificada por la fe, conducida

por la caridad, ilustrada por el espíritu de Dios. La lucha se agita, pues, dentro de las mismas entrañas de la humanidad, entre la humanidad de los sentidos y la humanidad del espíritu; la humanidad de los sentidos se manifestó en lo antiguo por espacio de cuatro mil años, la humanidad del espíritu se ha manifestado en los tiempos modernos por espacio de diez y ocho siglos: ¿á cuál dais la preferencia? Esta es la cuestion. Esperar que la parte noble de la humanidad triunfe sin la Iglesia, despues de haber destruido la Iglesia, es esperar un efecto sin su causa, es echar abajo los cimientos para sostener un edificio y agrandarle. Se repite muchas veces que lo pasado está en lucha con el porvenir, y esto es verdad; el mundo antiguo pugna con el nuevo. ¿Y cuál es el mundo nuevo sino el que ha formado la Iglesia? ¿Cuál es el mundo antiguo sino el que existia sin la Iglesia? Como el cristiano es el *hombre nuevo,* segun el lenguaje de las santas Escrituras, la Iglesia católica es la *humanidad nueva.* Cualquiera que la ataque invoca lo pasado; cualquiera que la defienda, por el porvenir mira. No se me oculta que muchos aguardan una revelacion nueva mas perfecta que la de Cristo, una Iglesia nueva mas perfecta que la fundada por Cristo, una humanidad nueva mas perfecta que la formada por la Iglesia. Pero ¿dónde está ese nuevo Cristo, esa nueva Iglesia, esa nueva humanidad, y qué vemos en derredor nuestro sino antiguas pasiones, sino el egoismo antiguo, tanto mas hediondo cuanto alza su cabeza en una sociedad cimentada sobre la caridad? ¡Ah, Señores! cuando la Iglesia apareció sobre la tierra, no se anunció de este modo; edificó sin arruinar nada, vosotros arruinais sin edificar cosa alguna. Pero eso es ya mucho aguardar: sed pues hombres de esperanza y de deseos. Y vosotros que estais mas avanzados, que valuais en su justo aprecio los esfuerzos impotentes de este siglo, y que conoceis que el sepulcro de la Iglesia seria el sepulcro del mundo civilizado, concebid una fe y una caridad mas ardorosas, consagraos enteramente á esa Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion ni en el tiempo ni en la eternidad.

SERMON SEGUNDO.

De la constitution de la Iglesia.

La mas dura de las servidumbres y la mas funesta en sus efectos es la servidumbre de la inteligencia. El entendimiento es esclavo siempre que se halla sometido á autoridades individuales; y tal es la suerte de la humanidad, que la razon no puede formarse sino por medio de la enseñanza, y todos los hombres sin excepcion alguna se hallan sometidos constantemente á una autoridad. El pueblo, es decir, la inmensa mayoría del género humano, permanece invenciblemente agobiado bajo el yugo de su educacion primera, y los hombres llamados ilustrados obedecen al menos á la enseñanza de su país y de su siglo. ¿ Cómo hará, pues, el hombre para emanciparse de esta servidumbre? ¿ qué recurso le queda para que su entendimiento sea libre? Hay dos: ó que piense por sí mismo, ó, si es un hecho constante que para pensar necesita de una enseñanza, y que no puede pensar por sí mismo, porque solo Dios piensa de este modo, no hay para él mas salvacion en el mundo que la de tener una autoridad que represente el entendimiento infinito de Dios, y que comunique á cada hombre su pensamiento divino por una enseñanza divinamente establecida. Esta autoridad existe, y ya hemos visto que hay una señal para reconocerla, la universalidad. Hoy necesitamos penetrar mas adelante en la esencia de esa autoridad libertadora del entendimiento humano; necesitamos ver cuál es su constitucion, la constitucion que ha recibido de Dios para vivir en todos los siglos.

Toda autoridad se compone: en primer lugar, de una jerarquía, es decir, de un conjunto de hombres subordinados que tienden á un mismo objeto; y en segundo, de un poder de que es depositaria esa jerarquía y del cual se sirve á su albedrío. Dará pues asunto á este discurso la explanacion de la Iglesia católica en su jerarquía y en el poder que le está confiado.

Siendo la verdad el primer bien, y aun puede decirse el único bien de los hombres, y no debiendo estar nadie privado del bien sin el cual no existe otro alguno, se deduce que el primer cuidado de

Dios debia consistir en hacer á su Iglesia universal, de modo que pudiera, como la luz del sol, iluminar á cuantos hombres viniesen á este mundo. Así nuestro Señor empezó por fundar un apostolado, es decir, por elegir cierto número de hombres que fuesen enviados por todo el universo. Los paganos habian encerrado en sus templos la ciencia sacerdotal, y solo algunos extranjeros, venidos de remotos países para consultarles, eran admitidos en el santuario. Encerraban los filósofos su enseñanza en lo interior de la escuela; distribuíanla dentro de los jardines y bajo los pórticos, rodeados de los honores de la amistad y de los honores de la palabra. Jesucristo no hace eso: á los depositarios de su Verbo increado, á sus apóstoles no les dice: Aguardaréis á que vengan á preguntaros la verdad; no les dice tampoco: Os pasearéis dentro de los jardines y bajo los pórticos; sino: *Id y enseñad á todas las naciones* (1). No temais ni las dificultades de los idiomas, ni las diferencias de las costumbres, ni á los príncipes temporales; nada pregunteis del curso de los rios, ni de la direccion de las montañas: avanzad via recta; id como va el rayo del que os envía, como iba la palabra creadora que sacó la vida del cáos, id como van las águilas y los ángeles.

Y ¿cuáles fueron los primeros apóstoles elegidos? Ocasion habeis tenido, Señores, de ver en tiempos bien cercanos de nosotros algunos ensayos de apostolado, hombres que despues de un siglo de destruccion querian al fin edificar, juzgándolo conveniente y oportuno. ¿Dónde eligieron sus apóstoles? En las altas categorías del mundo los buscaron, llamando cerca de sí á los sabios, á los caudillos de fama y á funcionarios de crédito. No lo hizo así Jesucristo: habia que libertar del error al género humano; y para ello eligió sus apóstoles, no entre los opresores del entendimiento sino entre los oprimidos; no entre los filósofos y los sabios, sino entre los pobres y los sencillos. Paseándose un dia á las orillas de un lago de Galilea, descubrió á dos pescadores y les dijo: *Seguidme, y haré de vosotros pescadores de hombres* (2). Y hé aquí los primeros libertadores del entendimiento humano.

Siendo el apostolado la base del cuerpo episcopal, su accion debia extenderse por todo el universo, puesto que aquellos hombres iban á dirigirse por las regiones conocidas á difundir la luz del Evangelio. No obstante aun no tenia la Iglesia todos los elementos necesarios para la universalidad; porque ¿quién conservaria unidos

(1) S. Mateo, cap. 4, vers. 19. — (2) S. Mateo, cap. 28, vers. 19.

en una sola doctrina á todos los apóstoles dispersos? ¿quién evitaría que las iglesias particulares llegasen á ser con el tiempo diferentes y opuestas? ¿ quién pondria en comunicacion á las unas con las otras? Sin unidad no hay universalidad posible: se necesitaba, pues, de un centro para el apostolado, de un jefe único para los apóstoles y para los obispos sus sucesores. Este pensamiento era todavía mas atrevido, mas original que el del apostolado. ¡Qué! ¡un solo jefe para todo el universo! ¡Cómo! ¡reunir sobre la cabeza de un solo hombre una autoridad contra la que tal vez podrian luchar algun dia todos los príncipes de la tierra! ¡Constituir la unidad sobre una cabeza que puede caer al golpe de una espada! Esto era original, atrevido, imposible, y sin embargo esto se ha verificado. No lejos del sitio donde se establecieran por la fuerza de las armas los dominadores del mundo antiguo, fija su silla un anciano, cuya voz impera y es respetada no solo en los límites del mayor imperio humano que ha existido nunca, sino aquende y allende de todos los mares: ha atravesado no un siglo, sino diez y ocho siglos: ha visto levantarse en contra suya cismas, herejías, reyes y repúblicas, y se ha sostenido firme sobre el sepulcro de donde se deriva su poder, teniendo por única custodia esta breve frase: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.*

Sin embargo, la Iglesia no estaba todavía completa. Si todos sus ministros hubiesen sido obispos bajo un solo pontífice supremo, los vínculos de la unidad se hubieran roto fácilmente, á causa de la dignidad y de la independencia demasiado latas de que hubiese gozado cada ministro. Jesucristo instituyó, pues, el presbiterado, que bajo la autoridad de los obispos debia propagar la palabra evangélica, ofrecer el sacrificio y distribuir parte de los sacramentos, instituyendo tambien el diaconado para ayudar á los sacerdotes en su ministerio.

Debia el Vicario de Jesucristo tener jurisdiccion, y atar y desatar en toda la tierra; solo él podria instituir los obispos, señalarles un territorio y un rebaño. Los obispos debian tener jurisdiccion, y atar y desatar en sus respectivas provincias, y bajo su dependencia señalar tambien á los presbíteros un territorio y un rebaño. Los presbíteros debian comunicar directa y habitualmente con los simples fieles, ofrecer por ellos el santo Sacrificio, administrar los Sacramentos, excepto los de la Confirmacion y el Orden, y anunciar la palabra de Dios. Solo habian de pertenecer al soberano pontífice y á los obispos las decisiones de fe, los reglamentos de disciplina ge-

neral y el gobierno de la sociedad cristiana. Así constituida la Iglesia, tenia la unidad de una monarquía, la accion expansiva de una democracia, templadas ambas por una fuerte aristocracia, y reuniendo de este modo en su seno todos los elementos del poder; la unidad que coordina, la accion que dilata, la moderacion que impide á la unidad ser absoluta y á la accion ser independiente: economía perfecta que jamás ha poseido gobierno alguno, porque en todos los gobiernos humanos han propendido siempre á destruirse entre sí los tres elementos del poder, á causa de las pasiones del hombre. Solo Dios ha dado cima á esta obra maestra por mediacion de su Hijo.

Tal es, Señores, la jerarquía fundada por Jesucristo á fin de asegurar para siempre los destinos de la verdad. Pero con haberos manifestado sus resortes solo he llenado una parte de mi tarea. Con efecto, ¿ qué es una jerarquía? Una porcion de hombres. ¿ Y qué son estos hombres sino un poder? ¿ Qué es el género humano, si está desarmado? Es, pues, necesario que la Iglesia posea un poder además de la jerarquía. Ahora bien, no hay mas que dos clases de poderes: la fuerza que mata al cuerpo, y la persuasion que mata al alma para sustituir otra en su lugar. ¿ Qué poder fué dado á la Iglesia de Dios? ¿ el que mata al cuerpo ó el que mata al alma trasformándola?

Cierto dia se hallaban varios hombres en una ciudad de Oriente orando en un aposento, y aguardando una cosa que les habia sido prometida: de repente vino del cielo un ruido como de un viento impetuoso que llenó toda la casa en que se encontraban; aparecieron lenguas de fuego sobre sus cabezas, y llenos del espíritu de Dios, empezaron á hablar todas las lenguas que se hablan bajo del cielo. Uno, llamado Pedro, se puso en pié y dijo á la muchedumbre: *Varones de Judea, escuchad: no están ebrios los que os hablan, sino que se ha cumplido la palabra del profeta: El espíritu de Dios se derramará sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños* (1). Así que, el poder que Dios confirmó á su Iglesia, fué el poder de su espíritu; pero este es un poder invisible, y Dios, que todo lo hace con armonía, quiso y debió dar á su Iglesia, fundándola en tiempo, un poder del tiempo, es decir, la persuasion ó la fuerza, puesto que en el tiempo solamente alcanza

(1) Hechos de los Apóst., cap. 2, vers. 14 y siguientes.

al hombre esta doble accion. Y ¿ qué poder le ha sido dado? ¿ acaso el de la persuasion? ¿ acaso el de la fuerza?

No fué el de la fuerza, no. Cuando asaltado Jesucristo en el jardin de las Olivas sacó un discípulo la espada, el Señor le dijo: *Vuelve tu espada á la vaina, porque todos los que tomaren espada, á espada morirán* (1). Y cuando dispersó á sus apóstoles para la predicacion, les dijo: *Os envío como ovejas en medio de lobos; tened la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma* (2). Ya lo veis, Señores, no se nos ha armado como á guerreros, sino como á ovejas y palomas; solo se nos recomienda la prudencia, porque á ninguno le asiste el derecho de prescindir de ella en medio de los hombres. La única venganza que el Evangelio nos permite es la de sacudir el polvo de nuestros piés, *excutite pulverem de pedibus vestris* (3); el polvo, lo mas débil, lo mas inofensivo, lo que en la tierra se aproxima mas á la nada.....! Hé aquí todo lo que nos es permitido: sacudir un poco de polvo sobre el mundo.

Es, pues, el poder de la persuasion el que nos ha sido dado; pero ¿ de qué manera?

La persuasion se apoya en la razon ante todo: debe, pues, la Iglesia poseer la mas alta razon que pueda imaginarse: debe ser el mas alto poder metafísico, el mas alto poder histórico, el mas alto poder moral, el mas alto poder social.

El mas alto poder metafísico, en el sentido de que sobre todos los misterios de que se componen los destinos humanos, misterios que la Iglesia no crea si bien los explica, posee las soluciones mas racionales, mas elevadas, ante las cuales no podrian sostenerse las que en diferentes tiempos han propuesto las doctrinas religiosas y filosóficas. Seria harto prolijo demostrarlo, y por otra parte esta demostracion forma el objeto de mis discursos, y resultará completa del conjunto de todos ellos.

El mas alto poder histórico: es el porvenir un lugar oscuro donde todas las derrotas pueden ocultarse por un dia; pero lo pasado solo pertenece á aquellos que lo poseen realmente, y ninguno, por grande que sea su genio, por dilatado que sea el imperio de que disponga, puede crearse en lo pasado derechos de naturalizacion si no ha penetrado en sus inaccesibles profundidades. Nadie ha penetrado en ellas como la Iglesia, porque la Iglesia es lo pasado de la

(1) S. Mateo, cap. 26, vers. 52. — (2) S. Mateo, cap. 10, vers. 15. — (3) S. Mateo, cap. 10, vers. 14.

humanidad, es la historia misma. Cuando buscais algo fuera de ella, necesitais empezar por vosotros mismos, por vuestra nada, y decir: La verdad empieza en mí; pretension que la humanidad no aceptará nunca. Ese carácter de novedad es el de las sectas religiosas, y es el fallo que las condena. Ayer, hoy, dentro de mil años, si todavía existen, se podrá decir al que las fundó: Tal dia, á tal hora te hallabas en Wittemberg; descendiste á la plaza pública vestido de monje, tenias en la mano una bula de tu pontífice y la arrojaste á una hoguera..... Pero la humanidad os habia precedido veinte siglos; era ya demasiado tarde! Por eso cuando se nos dice á nosotros, hombres de la antigüedad, que haríamos mejor en ser mas modernos, es como si se dijera á un rey de Francia que fuese á San Dionisio, y que recogiendo los huesos de sus padres, los arrojara al Sena para tener un sepulcro mas blanco cuando hubiese de descender á la tumba. Bien se comprende que este poder histórico es nuestra fuerza y nuestra gloria; y por eso nos le disputan con encarnizamiento, y por eso se agota el ingenio en forjar contra nosotros fabulosas cronologías. Nada es mas fácil que hacer guarismos; pero el hombre no hace dias, y cuando se halla cansado de crear orígenes mentirosos, encuentra de repente, en una piedra ó en un retazo de papel carcomido, lo que basta para reducir á la nada sus invenciones. Nosotros por el contrario tenemos nuestra tradicion, nuestro libro, y por testigo de esta tradicion y por guarda de este libro á un pueblo entero. Judíos hay en este auditorio; donde quiera se halla ese hombre á quien el idioma popular ha llamado tan exactamente el *Judio errante*. No puede hablar el sacerdote en parte alguna sin suscitar un hombre eterno, un judío que se levante á decir: Sí, es verdad, allí estaba yo.

La Iglesia es el mas alto poder moral, porque es casta, y engendra la castidad, y sin la castidad no hay costumbres. La castidad forma las familias, las dinastías reales, el genio, los pueblos fuertes y duraderos. Donde esta virtud no se practica, no hay mas que lodo en un sepulcro. ¡Ah! si aquí hay hombres que no sean mis hermanos por la fe, solo quiero apelar á su conciencia para preguntarles: ¿sois castos? ¿Cómo creeríais si no fueseis castos? La castidad es la hermana mayor de la verdad; sed castos por espacio de un año, y delante de Dios respondo de vosotros. Solo porque poseemos esa virtud somos nosotros fuertes; y bien saben lo que hacen aquellos que atacan el celibato eclesiástico, auréola del sacerdocio cristiano. Hanlo abolido las sectas heréticas en su seno; ese es el termómetro de la

herejía: á cada grado del error corresponde un grado, sino de menosprecio, al menos de diminucion de esa virtud celestial.

Por último, la Iglesia es el mas alto poder social. No hay sociedad posible si no está fundada sobre el respeto del poder hácia los pueblos, y de los pueblos hácia el poder. Pues bien, la Iglesia católica lleva el respeto de los pueblos hácia el poder á su mas alto punto: trasforma al señor en padre, de modo que si el padre se extravía, sus hijos, á semejanza de los hijos del patriarca, cubren sus faltas con el manto de su respeto. Al mismo tiempo imbuye en el corazon de los soberanos ese respeto tan delicado y tan precioso hácia sus pueblos: les hace practicar en el recinto de sus palacios y en medio de su pompa aquella frase evangélica: *El que entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro siervo* (1).

Inmensa fué la fuerza de persuasion que resultó de estas ventajas racionales. Ya se la considerase bajo el aspecto de las ideas, de la historia, de las costumbres, ó de la sociedad, la Iglesia no tenia igual. Se la podia despojar de todo, de su patrimonio, del auxilio de la autoridad civil, de la libertad comun á todos: se podia sumir á sus ministros en los calabozos y darles tortura sobre los cadalsos; pero no se aprisiona la razon, no se queman los hechos, no se deshonra la virtud, no se asesina la lógica. Somos pues fuertes, Señores, ante todo por el espíritu de Dios que habla en nosotros, y tambien por el espíritu humano, que cuando llega á examinar con sangre fria nuestra historia, nuestros dogmas y nuestra moral, se ve obligado á convenir en que nada hay mas sólidamente establecido.

Sin embargo, esto no era bastante: solo se dirige la historia á los que la han estudiado: no hablan las ideas sino á los que pueden compararlas; no es apreciable la civilizacion sino para hombres civilizados. Necesitaba la Iglesia un manantial de persuasion todavía mas humano, es decir, mas general; y Dios concedió á su Iglesia la caridad. No hubo ya corazon en que la Iglesia no pudiese penetrar por medio de esta virtud, porque el infortunio es el rey de la tierra, y tarde ó temprano no hay corazon en donde no toque su cetro. Posible era resistir á la gracia, á la razon; ¡pero á la caridad!... ¿quién resistiria? ¿Cómo aborrecer á los que hacen beneficios? ¿Cómo matar á los que dan la vida? Desde entonces podia la Iglesia lanzarse confiada á la conquista del universo, porque en todo el universo hay lágrimas que enjugar, y estas nos son tan naturales, que

(1) S. Mateo, cap. 20, vers. 26.

aun cuando no proviniesen de ninguna causa, sin causa correrian, solo por el encanto de esa indefinible tristeza profunda y misteriosamente depositada en nuestra alma. La metafísica y la historia son las columnas de la verdad; pero estas columnas se hallan ocultas en los cimientos del templo, y no se las visita sino á la luz de las antorchas y con hombres escogidos. Un humilde sacerdote, el párroco del lugar mas miserable, no descenderá con las ciencias á la choza del pobre; descenderá con la caridad, y hallará un alma dolorida y de consiguiente bien dispuesta; y viendo el pobre que el sacerdote se le acerca respetando su miseria y sintiendo su dolor, reconocerá fácilmente la verdad en el traje del amor.

Pero mientras hablo de la caridad, me ocurre una duda. ¡Oh Dios mio! ¿somos caritativos como debíamos serlo? ¿hay entre vosotros, que sois jóvenes, almas ardientes, almas tiernas para Dios y para el pobre? ¿no veis en torno vuestro que el dolor se aumenta, se colma la medida, y se halla el mundo al borde de espantosos abismos? ¡Oh Dios mio! dadnos santos; ¡hace tanto tiempo que no los hemos visto! ¡teníamos tantos en otros dias! ¡haced que renazcan de sus cenizas! *Exoriare aliquis ex ossibus!*

Armada así, Señores, la Iglesia con la razon y con el amor, con la mas alta razon y con el amor mas acendrado, ¿qué poder valdrá ya contra ella? Fuerza es dejarla libre, protegerla ó perseguirla.

Si se la deja libre, desplegará todos sus recursos, ganará primero un alma, despues otra alma, y se extenderá hasta que, asombrados los príncipes de la tierra, se miren y digan: ¿Qué poder es ese que lo llena todo, nuestras ciudades, nuestros campos, nuestras plazas públicas, y que va á dejarnos solitarios en nuestros palacios? Y los príncipes elegirán entre dos extremos: proteger á la Iglesia ó perseguirla.

Si la Iglesia se halla protegida como en tiempo de Constantino, es una fuerza añadida á otra fuerza; el manto imperial tendido sobre la Iglesia no puede causarle vergüenza, y sí traerle grandes beneficios.

Si, por el contrario, se la persigue, ¡entonces es el momento sublime! es el que Dios permitió en tiempo de los mártires, y el que todavía permite cuando parece que la Iglesia duerme. ¿Sabeis lo que decia en su lecho de muerte el fundador de la última grande órden religiosa, S. Ignacio, á sus discípulos inquietos, que le preguntaban: « ¡Padre! ¿no nos deseais nada? — Hijos mios, les dijo, os deseo persecuciones. » La persecucion, hé aquí de dónde venimos, esa es

nuestra cuna. Yo mismo he salido de la sangre para hablaros: ¿dónde estaria yo, si nos hubiese continuado su paz el siglo XVIII? Pero la persecucion vino, y ahora si se nos busca vivimos; hénos aquí.

Libre, amparada ó perseguida, nada pierde la Iglesia bajo ninguno de estos sistemas; todos le dan vida, poder y gloria. En toda la redondez de la tierra se ha despojado á la Iglesia de su patrimonio lentamente adquirido por sus virtudes; la autoridad civil se ha retirado de ella; un nuevo poder, el de la prensa, ha conspirado en su ruina: pues bien, en medio de este cambio universal la Iglesia todavía persuade, y sus enemigos asombrados, no pudiendo comprender que viva, se entretienen en profetizar su muerte. Semejante al polvo que insulta al viajero á su paso, este siglo de ruinas ultraja á la eternidad de la Iglesia; sin advertir que su misma inmobilidad es la prueba de su fuerza. Establecida en el mundo por una persuasion de diez y ocho siglos sobre una antigüedad de cuatro mil, la Iglesia católica es invencible, porque siempre se puede lo que se ha podido en todas partes y en todas ocasiones. Lo universal es perpetuo, así como lo infinito es eterno; y nada puede ser universal en la humanidad sino lo que tiene una relacion necesaria con la naturaleza del hombre; y no cambiando la naturaleza del hombre, tampoco puede cambiar lo que tiene relacion necesaria con ella.

Si pudiese extinguirse en el alma una persuasion tan larga y duradera como la que ha fundado la Iglesia católica, habria perecido la razon humana. ¿Qué seria una realidad, si semejante realidad no fuese mas que una ilusion? ¿Qué dicen los últimos adversarios, los actuales adversarios de la Iglesia? Sostienen que la razon del hombre es un progreso continuo en que cada idea nueva mata á la antigua, en que nada hay estable y absoluto, en que todo está destinado á perecer, excepto esa increible facultad que hace vivir por un momento lo que por necesidad debe morir. Confiesan tambien la nada de sus esperanzas y de su razon, que no es mas que un tránsito á través de los sepulcros donde deja un poco de ceniza; pero, como decia Bossuet, *ese miserable patrimonio no les está asegurado*, y la Iglesia vive hasta en el fondo de sus predicciones. Nunca aceptará tanta desesperacion el género humano, que ha esperado tanto tiempo; en él no se extinguirá nunca la persuasion, y la Iglesia no es mas que la persuasion elevada á su mas alto punto, no es mas que el reino de la persuasion.

¡Ah! si hay algo magnífico y sagrado sobre la tierra, es la consti-

tucion divina que acabo de analizar. ¿Y qué son á su lado las obras de los hombres? Levantan por la fuerza imperios que á la fuerza sucumben. Ciro destruye la obra de Nino, Alejandro la de Ciro, Roma la de Alejandro. Tarde ó temprano choca la fuerza con la fuerza: una persuasion aislada choca con otra persuasion; pero cuando la persuasion ha vencido al universo, no en el sentido de sus pasiones, sino en el sentido del sacrificio, entonces existe una obra divina é imperecedera. Y si son pescadores los que le han dado cima, si unos galileos han fundado ese grande imperio de la persuasion á pesar de todos los conatos de la fuerza, entonces esta obra es divina é imperecedera sobre toda expresion. Y yo, ministro de esta obra, hijo de la persuasion, galileo, os digo á vosotros, hijos del siglo: ¿Hasta cuándo trabajaréis en lo transitorio, y lucharéis contra lo permanente? ¿hasta cuándo preferiréis la fuerza á la persuasion, la materia al espíritu? Decís incesantemente: No conviene dejar obrar á la Iglesia, porque llegaria á ser demasiado poderosa; es decir, conviene sofocar la persuasion que nos avasallaria á pesar nuestro. ¿Qué podeis decir que mas atestigüe su divinidad? Comprended finalmente lo que ella es, por los sentimientos injustos de sus enemigos; comprended por las maravillas de su constitucion y de su historia que su establecimiento y su perpetuidad no son obras posibles al hombre; comprended que todo el bien que se opera en el mundo, emana de ella directa ó indirectamente; y aspirad á ser sus hijos, á ser sus apóstoles, y á colocaros entre los bienhechores del género humano. Ya es tiempo; todo yace por tierra, fuerza es reconstruirlo todo: y solo la Iglesia católica puede echar los cimientos de un edificio inmutable, porque solo ella posee toda razon y todo amor, y el hombre es demasiado grande para ser fundado y salvado de otro modo que por la mas alta razon y por el amor mas decidido.

SERMON TERCERO.

De la autoridad moral é infalible de la Iglesia.

Hemos empezado estos sermones probando la necesidad de una Iglesia docente, y examinando despues la constitucion de esta misma Iglesia fundada por Dios para enseñar á los hombres. Volviendo hoy á nuestro punto de partida, es decir, al fin para el que la Iglesia ha sido fundada, notaremos que nadie tiene derecho de enseñar, si no está cierto de lo que enseña, y que nadie tiene derecho de exigir que se crea lo que enseña, si no es infalible. Entre la certidumbre y la infalibilidad hay una gran diferencia, y es que la certidumbre consiste en no engañarse en un caso dado, mientras la infalibilidad consiste en no poderse engañar nunca. La certidumbre es la relacion actual de la inteligencia con una verdad, y la infalibilidad es la relacion perpetua de la inteligencia con la verdad. La certidumbre forma una parte de los medios y de los derechos del hombre que raciocina, porque sin la certidumbre no seria la inteligencia mas que una vasta duda; pero la infalibilidad no pertenece al hombre ni al conjunto de los hombres, porque la ignorancia y las pasiones vienen de continuo á interponerse entre su entendimiento y la verdad; de donde se sigue que no pueden descubrirla ó permanecer en relacion con ella universal y perpetuamente. Todo lo que pueden hacer los hombres cuando enseñan es tener certidumbre, y así no pueden exigir fe á su enseñanza, es decir, una adhesion pura y sencilla del corazon y de la mente á su palabra; porque no siendo esta infalible, falta siempre ver si se engañan ó si aspiran á engañarnos. Por el contrario, cuando una autoridad es infalible, basta conocer lo que enseña para estar en el derecho y en el deber de darle fe. Pues bien, la Iglesia católica, instituida por Dios para enseñar al género humano, á la vez está cierta y es infalible: cierta de la verdad de su institucion por Dios; infalible en el depósito de la fe cuya propagacion é interpretacion le fueron confiadas. Está á la par cierta y es infalible, porque si solo fuese infalible, su autoridad descansaria en un círculo vicioso, es decir, invocaria en favor de su infalibilidad su infalibili-

dad misma; mientras que apoyada en la certidumbre racional y moral de su institucion divina marcha de una en otra luz, de la luz natural á la luz sobrenatural, de la certidumbre á la infalibilidad para retroceder en seguida por reflexion sobre sí misma de la infalibilidad á la certidumbre.

Ya hemos visto, Señores, ó mas bien entrevisto que la Iglesia posee la mas alta certidumbre racional, puesto que se apoya en las ideas, en la historia, en la sociedad y en las costumbres con una fuerza de que no dispone ningun otro cuerpo dedicado á la enseñanza, fuerza que le asegura el imperio de la persuasion en la tierra. Solo nos falta tratar de su certidumbre moral y de su infalibilidad.

La certidumbre ó la autoridad moral de un cuerpo *docente* resulta de tres condiciones, que son para él mismo y para aquellos á quienes enseña la prueba de que está en relacion con la verdad, y de que la dispensa con exactitud y con respeto. Estas tres condiciones son la ciencia, la virtud y el número.

La ciencia es la primera condicion de la certidumbre ó de la autoridad moral; porque ¿cómo es posible estar cierto de lo que no se conoce, y conocer lo que no se sabe? Por el contrario, cuando se sabe y cuanto mas se sabe, mayor garantía tiene uno para sí y para los demás de no ser engañado. La ciencia es el ojo que mira, que escudriña, que compara, que reflexiona, que busca la luz y se apodera de ella, que añade á los siglos pasados el peso de los siglos nuevos, y centinela paciente del tiempo arranca paulatinamente al universo sus eternos arcanos. Si no mereciese crédito alguno la ciencia laboriosa y perseverante, seria preciso desesperar de la verdad, y nunca, Señores, entrará la desesperacion por nada en las palabras que broten de mis labios. La ciencia es indisputablemente título, aun cuando no baste por sí sola á fundar la autoridad moral de una enseñanza. Ahora bien, la Iglesia posee la ciencia, ha nacido en la ciencia, ha salvado la ciencia, ha luchado contra la falsa ciencia, y es bajo cualquier aspecto un cuerpo depositario de la ciencia.

Posee la Iglesia la ciencia de lo que enseña; no obra por una fe ciega, sino por una fe fundada, como hemos visto en el segundo discurso, en las ideas generales mas elevadas, en monumentos históricos de la mas remota antigüedad y de la autenticidad mas segura, en la experiencia del influjo venturoso y civilizador que ejerce en el mundo, y por último, en una tradicion y en un conjunto de hechos de todas clases que explora y ensancha de continuo con sus

trabajos. Si hay en alguna parte ciencia, estudio, experiencia, es seguramente en una sociedad donde representa tan insigne papel el desarrollo de todas las fuerzas del entendimiento, y que ha poseido desde el orígen de las edades, y especialmente desde Jesucristo, innumerable multitud de varones esclarecidos, que han llenado el mundo con su palabra y con sus escritos.

Y ¿cómo no habia de ser sabia la Iglesia? Habia nacido en la ciencia, en uno de los siglos mas brillantes que recuerda la historia, en el siglo de Augusto, precedido por otros que habian elevado hasta la perfeccion las letras, las artes y la filosofía, á fin de que nunca se dijese que el cristianismo habia nacido entre sombras. Recibiónos la ciencia en la cuna, nos vigiló, nos estudió, nos combatió, nos dió defensores entre aquellos filósofos cuyo destronamiento habíamos consumado, y muchos de los cuales rindieron á Jesucristo el triple testimonio de su genio, de su saber y de sus errores. Despues cuando la invasion de los Bárbaros amagó extinguir la ciencia en Europa, ¿ quién la salvó del naufragio? ¿Quién preparó nuevas naciones, dignas de poseer la verdad? ¿Eran vuestros padres? ¡ Ah! ¡vuestros padres blandian la espada, la espada ayer, la espada mañana, la espada siempre! Ved aquí cuál era vuestra herencia, hombres tan orgullosos hoy de vuestro saber, sin que por ello os censuremos. Allí estabais, en la persona de vuestros mayores, formando una barrera armada contra la cual venian á estrellarse las nuevas invasiones, y un inmenso cuadro europeo para proteger en el exterior lo que en el interior se desarrollaba. Entre tanto nosotros, pacíficos y laboriosos, en la persona de nuestros mayores reconstruíamos la ciencia sobre las ruinas del saber antiguo, á fin de que pudieseis heredarla algun dia, para que hallando la verdad un siglo digno de ella no mandase á esclavos, sino que brillara en un imperio fundado sobre la legítima conviccion de los entendimientos. Vino esa edad que habíamos preparado; vino, y la ciencia, hija ingrata y desnaturalizada, trasmitida apenas de nuestras manos á las vuestras, se rebeló contra nosotros y nos acusó; á nosotros, que habíamos trabajado en su obsequio quince centurias, á nosotros, que la habíamos acogido nuevamente cuando libertándose ensangrentada de la cuchilla de Mahoma se habia refugiado acosada y perdida bajo la púrpura de nuestros papas. Y ¿qué hicimos entonces? ¿ Nos rebelamos contra la ciencia ó nos sometimos á su yugo? Ni lo uno ni lo otro: la resistimos, nos opusimos como un muro de bronce, no contra ella, sino contra sus extravíos; y hoy hijos de la ciencia, salvadores de la

época no menos gloriosa para la Iglesia, época en que reconociendo la ciencia la vanidad de sus esfuerzos contra nosotros, vendrá á buscarnos á nuestros templos, y á ofrecernos el ósculo de reconciliacion y de justicia de que nos es deudora.

Es, pues, la Iglesia un cuerpo sabio; y conviene añadir, que este carácter no pertenece en tan alto grado á ninguna otra autoridad religiosa. Fuera de la Iglesia hallamos ante todo la enseñanza de las religiones no cristianas; ¿llevan estas por ventura el sello de la ciencia? La ciencia encerrada en las castas sacerdotales de la India, del Egipto y de la Grecia, no se manifestaba exteriormente; era un secreto sin cáracter científico. La religion mahometana ofrece un ejemplo parecido. El Alcoran no es mas que un plagio de la Biblia; Mahoma solo ha atacado un corto número de puntos del cristianismo, el misterio de la Santísima Trinidad y la divinidad de Jesucristo; ha reconocido la unidad de Dios, la creacion del mundo, como tambien toda la serie histórica de hombres inspirados, Adan, Noé, Abrahan, Moisés. Hirió al cristianismo, es verdad; pero ¿cuál fué en el instante la venganza de este atentado? Su religion ha sido condenada á no ser mas que una religion no cristiana; habia querido echar la piedra angular del edificio, y la piedra angular ha caido sobre su cabeza; pesa la ignorancia sobre su nacion, esa nacion cuyos emisarios vienen hoy á mendigar una pequeña parte de nuestra ciencia, homenaje magnífico que Dios les hace rendir á la superioridad de los pueblos cristianos. Vanamente adoptan trajes europeos, en vano da el Sultan festines á la europea..... Pesa sobre ese territorio la maldicion de la ignorancia. Los naturales han negado á Jesucristo, y solo con Jesucristo aparecerá entre ellos la ciencia.

¿Quereis considerar las herejías cristianas? En su mayor parte poseen todavía la ciencia: esas sectas viven en comarcas honradas con el culto de las letras y de las artes, porque no han negado á Jesucristo. Pero, admirad otro prodigio: esa ciencia que nos conserva la unidad y vive con ella como hermana, ¿qué hace entre las sectas? Devora la religion, y hace lo que ha hecho siempre con las herejías. Al separarse estas de la Iglesia, han llevado la ciencia bajo su manto, si bien la ciencia ha hecho lo que el acero, que gasta la vaina; la vaina no tenia bastante firmeza, y nunca han vivido las herejías mas de tres ó cuatro siglos. La ciencia es para ellas como un océano borrascoso que asalta, se retira y vuelve, hasta que arrastra los continentes á un vasto y universal naufragio. El protestantismo ha

llegado hoy á esa era fatal; empieza su cuarto siglo, y con su cuarto siglo empieza su ruina, que ya descubren los hombres previsores, y que apenas se oculta á los frívolos y preocupados.

De consiguiente la ciencia, primera condicion de la certidumbre ó de la autoridad moral, pertenece exclusivamente á la Iglesia católica; no la poseen las religiones no cristianas, y las sectas separadas encuentran en ella su ruina y destruccion.

Pero aun cuando la ciencia sea uno de los caractéres de la certidumbre moral, no es suficiente para llegar al grado de fijeza que es prueba irrecusable de la verdad. La ciencia es un poder del entendimiento; pero existe en el hombre un poder todavía mas grande, y es el de la voluntad. Allí reside el libre albedrío, resorte principal de nuestras acciones, y que impera sobre el entendimiento hasta el punto de hacerle ver lo que no existe, y entretenerle con las mas lamentables ilusiones. La ciencia es entonces un vano remedio contra el error; avasallada por la voluntad se presta al servicio de sus pasiones, y hasta de la luz abusa contra la verdad misma. En una palabra, el hombre puede corromper la ciencia, segun la frase de Bacon, y por eso necesita una garantía de que llenará su deber correspondiendo á su destino; el hombre necesita de un medianero incorruptible entre el entendimiento y la voluntad, y ese medianero lo habeis nombrado, Señores, es la virtud: porque la voluntad no convierte la ciencia en ilusion, sino en provecho de los sentidos y del orgullo; y siempre que la virtud corrige á la ciencia, y la ciencia ilustra á la virtud en una misma alma, se forma en ella una luz semejante á la del cielo, y tan cercana á la perfeccion como puede el hombre apetecer.

Ahora bien, Señores, la Iglesia no solo posee la virtud como medianera entre el entendimiento y la voluntad, como un aroma extraño que purifica la ciencia, sino que tambien es una virtud su misma doctrina: no son puras especulaciones las verdades que la componen, sino verdades que envuelven una multitud de consecuencias morales harto terribles para la naturaleza. La cruz, el desprendimiento de sí mismo, la penitencia, tal es el fin del cristianismo, el resultado de su accion perseverante. Ser crucificado con Jesucristo para vivir con Jesucristo, es lo que la Iglesia predica incesantemente en todas las enseñanzas, por todos sus símbolos y todas sus ceremonias; lo cual equivale á decir, que se halla en contradiccion constante con el mundo y con la naturaleza corrompida. Si es una virtud admitir las verdades que la Iglesia anuncia, aunque no se

practiquen, ¿qué será admitirlas para practicarlas? No somos, pues, académicos que elaboran en el silencio del gabinete descubrimientos útiles á los goces de la humanidad, y en seguida los llevan fastuosamente al centro de las asambleas públicas, donde los aplausos, las recompensas y las distinciones les resarcen de sus trabajos y vigilias; no, Señores: cuando nosotros traemos la verdad á los hombres, brota de un corazon destrozado, viene del pié de la cruz; esa verdad dice que el corazon del hombre es un abismo, y que conviene purificarlo con una austera penitencia; emana de la sangre y pide sangre, y si estuvieseis tentados á poner en duda su pureza, os responderia: ¿Cómo no he de ser pura, si he nacido crucificada?

Dirijamos ahora la vista sobre las religiones no cristianas, y sobre las sectas cristianas; ¿poseen este segundo carácter de la certidumbre moral? Ya sabeis lo que son las religiones paganas, religiones de placeres, no menos que de ignorancia. Conoceis tambien á Mahoma: al mismo tiempo que hacia imposible la ciencia, destruia la moralidad, y legaba á sus discípulos costumbres infames, y esperanzas eternas tan infames como sus costumbres. Si pasamos á las sectas cristianas, hay bienes en su seno, solo porque conservan alguna relacion con Jesucristo; sin embargo, su virtud no es, como la de la Iglesia, una virtud de sacrificio. La virtud católica destruye el orgullo en su raíz, mientras que el protestantismo la fomenta dando gran valía al juicio privado del hombre. Aduzcamos un ejemplo para mayor claridad. Existe un imperio en Europa que cuenta por lo menos setenta millones de hombres; sus pueblos son cristianos y no se diferencian de nosotros mas que por haber roto el vínculo de la unidad, pues la cuestion sobre el dogma entre ellos y nosotros es casi insignificante. Este imperio encierra dos elementos, el uno civilizado, y el otro barbaro, con admirable fuerza; la nacion es naturalmente piadosa: y no obstante con sus setenta millones de almas, con sus recursos de civilizacion y de barbarie y con todo su cristianismo, el imperio ruso no ha podido producir aun una hermana de la caridad; ni con él, todas las potencias protestantes juntas! Y ¿cuál es la causa? Consiste en que para amar hasta cierto grado, se necesita una fe profunda, no basta una razon que sepa discutir, sino que tambien se necesita adorar, abismarse, anonadarse; y los protestantes, con su virtud de hombres honrados, nunca llegarán á concebir el amor en todo su entusiasmo. Se censura á nuestros santos de haber sido insensatos: ¡oh! sí, habian perdido el juicio. Pero ¿acaso se puede amar sin frenesí? Amar es inmo-

larse, es estimar la vida de aquel á quien se ama dos mil veces mas que la suya propia; es preferirlo todo, los tormentos, la muerte, antes que herir en el fondo del corazon á la persona amada. ¿ No hay en esto frenesí? Acordaos de aquellos soldados que en tiempos muy cercanos de nosotros iban sin pan y sin zapatos á batirse á la frontera, y morian contentos gritando en su postrer suspiro : ¡ Viva la república (1)! Tambien aquello era entusiasmo; pero de aquel entusiasmo sublime que funda y salva las naciones, y que ennoblecido y subiendo de punto en el Calvario, en la persona de un Dios, ha reconstruido y libertado al mundo. Este noble entusiasmo, trasmitido á la Iglesia católica, perpetuará en ella hasta el último dia, con el entusiasmo de la virtud, el esplendor de la autoridad.

El tercer carácter de la certidumbre moral es el número, no el número considerado materialmente, sino el número agregado á la ciencia y á la virtud; porque es evidente que cuantos mas hombres sabios y virtuosos estén agregados en torno de una doctrina, menos cabida tienen la debilidad humana y la sospecha. Pues bien, el número está tambien de parte de la Iglesia : no la componen unos cuantos hombres que no pertenecen á las clases vulgares, ni podrian ser entendidos por ellas, formando en la humanidad una especie de colegio privilegiado. La Iglesia, aunque solo hablemos de la docente, abraza una considerable multitud de hombres de todos los países y de todas las condiciones, á los cuales hay que agregar un gran número de individuos de la Iglesia enseñada que poseen tanta ciencia y tanta virtud como los miembros de la Iglesia docente, y que rinden testimonio á la verdad católica con sus luces y sus acciones. Entre estos deben comprenderse tambien aquellos hombres que, siendo menos ilustrados, atestiguan sin embargo con su adhesion la misma verdad, manifestando que se amolda á todas las naturalezas, á todos los entendimientos y á todos los corazones.

¿ Qué enseñanza humana podria compararse con la enseñanza de la Iglesia, y jactarse de poseer en tan alto grado la ciencia, la virtud y el número? Las religiones no cristianas no tienen la ciencia ni la virtud, y si se glorían de su número, es un número sin valor, puesto

(1) El orador se vale de este recuerdo nacional tan glorioso para los Franceses, con el fin de captarse el asenso de su auditorio en obsequio de las verdades que predicaba. Si el entusiasmo humano ó político produjo en Francia aquellos rasgos de heroismo que insinúa el orador tan hábilmente, ¿qué no podrá producir en la Iglesia el sublime y celestial entusiasmo de la virtud y de la religion? Este es el pensamiento del P. Lacordaire. (J. G.)

que no arrastra en pos de sí mas que una multitud de ignorantes y viciosos. Las sectas cristianas poseen la ciencia; pero es una ciencia que las devora, y tarde ó temprano las hace espirar en el racionalismo, á no ser que se preserven de la disolucion, como los Griegos, formando con su herejía el sepulcro de la cultura del entendimiento. Poseen tambien alguna virtud, pero una virtud mediana, que nunca podrá consumar los inmensos sacrificios de la caridad y del apostolado; y en cuanto al número, ni aun vestigio les queda, especialmente á los protestantes, pues en virtud del juicio privado cada uno de estos tiene su pensamiento personal, y á pesar de la comunidad del nombre y de la apariencia de una asamblea, un protestante permanece siempre solo y aislado. Por el contrario, la Iglesia es un cuerpo sabio, cuya fe no puede ser alterada por la ciencia; un cuerpo virtuoso, si bien de una virtud no humana, que lleva la propia abnegacion hasta el heroismo de la pobreza, de la castidad y del martirio voluntarios; un cuerpo inmenso, cuyas proporciones colosales y múltiples se enlazan en la unidad mas estricta á la unidad que forma el número por excelencia, y en la que los antiguos filósofos constituian fundadamente el principio de las cosas. ¿ Dónde se encuentra una autoridad mas insigne, y por consiguiente una certidumbre moral mas elevada? ¿ Opondremos á ella, en otro órden de ideas, la autoridad y la certidumbre de las matemáticas? Esta ciencia tiene sin duda en su favor una perfecta evidencia intelectual; pero, extraña á la voluntad, y cultivada por un pequeño número de sabios, se halla infinitamente en menos relaciones que la enseñanza de la Iglesia con todas las necesidades de la humanidad, poseyendo solamente una clase de pruebas que bastan, no obstante, para elevarla al grado de certidumbre de que necesita para obrar sobre el entendimiento humano, y cumplir fielmente su destino. Si nadie las niega, consiste en que nadie tiene interés en negarlas, porque solo tocan al cerebro, sin que den de rechazo en el corazon. Pero la Iglesia es la cabeza, es el corazon, es el hombre, es el centro y la circunferencia; es como un lienzo tendido de polo á polo, donde vienen á encontrarse todos los intereses y todas las pasiones; como un reloj inflexible que vibra la hora verdadera de las cosas en todo instante de la duracion, y en todo punto del espacio. ¿ Por qué se extraña que tenga enemigos? La negacion misma que de ella se ha hecho, ¿ no fortifica la prueba de la adhesion que merece, testificando su imparcialidad y su necesidad?

Cuanto mas vive la Iglesia, mayor lustre y vigor adquieren los

caractéres de certidumbre moral que lleva consigo. Crece de continuo su ciencia, porque nuevas generaciones le rinden constantemente el tributo de sus luces, y porque aplicada á nuevos hechos, á nuevas costumbres, á nuevos pueblos, se ve confirmada sin cesar por nuevas experiencias. Crece tambien su virtud, porque el número de hombres que la practican llega á ser mayor en cada siglo, aumentándose con esto los testimonios que frecuentemente se le rinden. Así que, cuanto mas se aproximará la Iglesia á su término, habrá menos razones para contradecir su enseñanza; y al contrario, cuanto mas cercana ha estado á su orígen, mas necesidad ha tenido de testimonios exteriores y solemnes de su mision. De donde proviene que aun cuando en la Iglesia se obren siempre milagros, son hoy menos numerosos que en su principio.

Sin embargo, no basta que la Iglesia esté cierta de su mision y de su institucion divina : tampoco basta que tenga una incomparable autoridad moral para sí y para los otros; es menester además que sea infalible, es decir, que no pueda engañarse en la enseñanza de la doctrina cuyo depósito guarda, porque si pudiera engañarse, quedarian siempre jueces los entendimientos á quienes enseña para saber si ella se habia engañado en tal ó cual caso. Ahora bien, habiendo sido establecida la Iglesia porque el discernimiento de la verdad no puede ser obra del género humano compuesto de niños, de pueblo y de hombres ilustrados, sin tiempo para dedicarse al estudio, si no fuese infalible, no tendria derecho á exigir fe; solo podria dirigirse en particular á cada individuo diciéndole : Hé aquí cómo entiendo tal ó cual punto de dogma, de moral y de disciplina general; ve si tu razon está de acuerdo con la mia. Dejaria por consiguiente de ser una autoridad docente, viniendo á parar en lo que son los ministros protestantes, simples lectores de la Biblia, permitiendo al pueblo que la entienda como lo juzgue conveniente. Y hasta los ministros protestantes se hallan en contradiccion perpetua con el principio que les sirve de base, pues mientras conceden á cada uno el derecho de interpretar la doctrina, no pueden prescindir de dar á los fieles sus interpretaciones particulares; y usando en tales términos de la autoridad, mantienen hasta cierto punto en los diversos países las diferencias que distinguen á cada una de sus sectas, luteranos, calvinistas, anglicanos. Verifícase este resultado por la fuerza de la autoridad docente, y por la opresion de los pueblos enseñados, pues esa autoridad que les enseña es falsa, y está en contradiccion no solo con las demás autoridades protestantes,

sino tambien consigo misma. En suma, Señores, el género humano debe ser enseñado, como lo probé en mi primer discurso; es necesariamente enseñado, quiera ó no quiera; y no es juez de la enseñanza que recibe, porque no es capaz de serlo: de donde se deduce que debe ser enseñado por una autoridad que no pueda engañarle, y que tenga derecho de exigir su fe: cualquier otro método de enseñanza es tiranía, pues somete al hombre á una autoridad falible, que puede esclavizarle bajo el yugo del error.

Pero esa infalibilidad, necesaria á la Iglesia establecida por Dios para gobernar al género humano, no es propiedad de nuestro entendimiento: supone, en efecto, que la inteligencia no se verá jamás oscurecida por la ignorancia y las pasiones, manantiales fecundos del error; pero el hombre se halla de continuo expuesto á la ignorancia por la debilidad de su entendimiento, que es finito, y á las pasiones por la debilidad de su corazon, que se halla corrompido. Todo lo que puede hacer es emanciparse del error en un caso dado; es decir, lograr certeza. Tomado en masa el género humano, está afectado de la misma impotencia, y afectado en mayor grado todavía, porque se halla mucho mas sujeto á la ignorancia y á las pasiones que un hombre particular, supuestas ciertas condiciones de estudios y de virtudes. Si el género humano no hubiese perdido en Adan los privilegios de su creacion, hubiera recibido indudablemente, mediante sus comunicaciones perpetuas con Dios, la luz y pureza suficientes para conducirse; pero esto no es así. Solo la Iglesia recibe el espíritu de Dios; ella es sucesora de los derechos primitivos del género humano; por ella sola podemos restablecer nuestras relaciones originales con Dios; á ella se ha dicho: *Estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (1).

No veais, pues, en la infalibilidad de la Iglesia un privilegio extraño é incomprensible; por el contrario, es de lo mas sencillo y mas necesario á los hombres el restablecimiento de sus relaciones con la verdad. Si hay en el mundo alguna cosa que cause extrañeza, no es que la verdad sea concedida por Dios al género humano en una enseñanza pura de errores, sino que esta enseñanza sea desconocida, á pesar de lo mucho que la necesitamos; y solo el desórden introducido en nosotros por el pecado original puede explicar esta anomalía. Notadlo bien, Señores, la Iglesia no crea la verdad; la verdad existe en Dios, existe en la palabra que Dios ha

(1) S. Mateo, cap. 28, vers. 20.

hablado á los hombres, y todo el privilegio de la Iglesia está en enseñar esa palabra sin poder trasformarla en error. ¿Como es posible enseñar al género humano, y exigir su fe sin la posesion de este privilegio? Así, Señores, toda religion que no se llama infalible, se halla convencida de error por ese mismo hecho, pues declara que puede engañar, lo cual es á la par el colmo del desdoro y del absurdo en una autoridad que á nombre de Dios enseña: declara no ser mas que una filosofía, y ha de tener por consiguiente la suerte de una filosofía. Un ejemplo reciente os suministra incontestable prueba; habeis visto hombres presentándose ante la humanidad como fundadores de una religion: muchos de ellos eran hombres de talento, de entusiasmo y de buena fe. Pues bien, estos hombres se han hundido ante la necesidad de una mision divina, y de una promesa de infalibilidad; todos juntos, con su jefe á la cabeza, no se han atrevido á parecer ante vosotros, y á deciros: Oid y creed, porque nosotros somos infalibles! Y por eso el raciocinio los ha destrozado; porque lo que lo hace perecer todo en el dia, lo que hace que el mundo esté fluctuando es el raciocinio, es que el hombre no cree ya en el hombre, y todavía no quiere someterse á Dios. Sin una autoridad divina no hay cosa alguna firme ni estable, sino viento que pasa destruyendo cuanto toca. Si la sociedad se conmueve de un extremo á otro de Europa, ¿qué creeis que la agita en sus cimientos? No es el hierro el que derriba á los príncipes: el hierro se cruza con el hierro: choca la fuerza con la fuerza; y cuando las potencias de la tierra solo tienen que luchar contra la fuerza, anonadan con sus ejércitos á los que se alzan en rebeldía. Pero el enemigo terrible, el que todo lo trastorna y contra el que nada pueden reyes ni repúblicas es el raciocinio, el raciocinio sin el contrapeso de la autoridad y de la infalibilidad.

Y no obstante, á pesar de esta necesaria infalibilidad, solo la Iglesia católica se ha atrevido á llamarse infalible. Lejos de pretenderlo las religiones paganas, ni aun osaban enseñar una doctrina á sus sectarios: la religion mahometana se contenta con obligar á sus discípulos á leer el Alcoran: los protestantes rechazan de sí la infalibilidad, y nada enseñan á los pueblos sino contradiciendo perpetuamente su principio. No enseñar nada ó poner en las manos un libro reputado por divino, hé aquí todo el recurso de las religiones que no se llaman infalibles. Y si preguntais por qué no se titulan infalibles, habré de deciros que no pueden, que conocen á fondo que sus variaciones perpetuas ó lo absurdo de sus dogmas destruirian á

cada paso semejante pretension. No es tan fácil como se presume llamarse infalible. Toda religion falsa empieza por el hombre, y ¿cuál es el hombre bastante audaz para proclamar infalibles sus pensamientos y los de sus sucesores? ¿Cómo se hubiera proclamado infalible Lutero, por ejemplo, que atacaba la infalibilidad de toda la Iglesia? Todo hombre que quiere fundar una nueva religion, es decir, corromper una religion antigua, porque nadie mas que Dios ha fundado una religion sobre la tierra, todo hombre animado de tal designio se halla á la vez en la necesidad y en la imposibilidad de proclamarse infalible. Si no se proclama infalible, ni él ni sus sucesores obtendrán la fe de sus propios sectarios, perecerán por el raciocinio, que introducirá en su doctrina una variacion ilimitada. Si se proclama infalible, será el escarnio del universo. Hé aquí por qué los falsos inventores de dogmas se ocultan en el fondo de los templos, sepultan en el misterio y bajo formas simbólicas sus doctrinas, ó bien invocan el raciocinio como los herejes, y construyen fugitivos dogmas sobre esa arena movediza de efímeras iglesias. Al proclamarse infalible la católica, hizo lo que es sin duda absolutamente necesario, al paso que superior á las fuerzas del hombre. Y esa infalibilidad se halla realmente demostrada en ella por una constancia indestructible en sus dogmas y en su moral, a pesar de la diferencia de los tiempos, de los lugares y de los hombres.

¿Por qué no os reís cuando os digo que soy infalible, no yo, sino la Iglesia de quien soy miembro, y de quien he recibido mi mision? ¿Por qué no os reís, vuelvo á decir? Consiste en que la historia de la Iglesia le da algun derecho hasta á vuestros ojos para presentarse como infalible; consiste en que se ha mantenido firme como una pirámide en una serie de diez y ocho siglos, y á través de todos los movimientos de la inteligencia humana. Por eso mismo querríais insultarla; decís bien: no es mas que un sepulcro, y solo hay dentro un poco de ceniza. Sí, pero ese sepulcro es el de Jesucristo, esa ceniza es una ceniza que vive largo tiempo, y siempre la misma, y en torno de la cual giran contra vuestra voluntad vuestras propias ideas.

Diréis que el principio mismo de la infalibilidad ha producido ese resultado. Pero es en vano declararse infalible no siéndolo realmente, pues entonces nada puede impedir las variaciones y las contradicciones producidas por la divergencia de los entendimientos. ¿Cómo es que Gregorio XVI y los obispos de su época tienen

las mismas ideas que todos sus predecesores, aunque viven bajo nuevas influencias? Que crea el pueblo como los jefes de la doctrina porque los considera infalibles, en hora buena; pero ¿cómo conservarian la unidad de la doctrina esos mismos jefes, sino guiados por un espíritu superior, inmutable é infinito? Reconozcamos, Señores, en esta armonía de los hechos con los principios el carácter divino, única cosa que puede explicarlo. Debe haber en el mundo una autoridad con destino á enseñar; esta autoridad debe poseer los mas altos caractéres de certidumbre ó de autoridad moral, y además debe ser infalible, á fin de poder exigir la fe de aquellos á quienes enseña, y que no pueden ser jueces de la doctrina. Ahora bien, solo la Iglesia católica enseña á todo el género humano, ó al menos solo ella lleva el carácter de la catolicidad; solo ella posee en el mas subido punto todos los caractéres de la certidumbre moral; solo ella se ha atrevido á llamarse infalible, y la historia de su doctrina prueba en efecto por su admirable é incomprensible unidad que ha recibido este don precioso, por el cual se ha restablecido la union primitiva de los hombres con la verdad. En cualquiera otra parte encontraremos ideas locales, variables, contradictorias, olas que suceden á las olas; mientras la Iglesia católica se parece al Océano, que ciñe y baña todos los continentes.

SERMON CUARTO.

Del Jefe supremo de la Iglesia.

Fundada la Iglesia católica sobre la unidad, como lo hemos visto en el discurso relativo á su constitucion, naturalmente se sigue que la fundacion de esta unidad sobre el terreno movedizo del mundo, ha debido ser para Dios objeto de un especial cuidado; y si es magnífico seguir su Providencia con relacion al último de los hombres, ¿cuánto mas lo sera seguirle en el establecimiento de esa roca imperecedera, que por un juego sublime de palabras ha llamado *Piedra*, declarando que aquel que tropezase con ella seria aniquilado? Hoy me propongo estudiar con vosotros la fundacion del papado, persuadido de que la divinidad de la Iglesia se muestra aquí de lleno, y de que no os costará ningun trabajo reconocerla.

Dos cosas llevaba consigo el papado ó la soberanía pontifical: la supremacía espiritual y la independencia temporal. Sin la supremacía espiritual, venia á ser la unidad una quimera; sin la independencia temporal, no era la supremacía otra cosa que el cautiverio de la verdad, circunscrita á un solo hombre, entregado este á merced de un emperador, de una república ó de cualquier otro poder humano. Era pues preciso, por una parte, que la supremacía fuese siempre visible é incontestable, y además que se pudiese ejercer libremente, á pesar de los obstáculos de todas clases que debia encontrar. Manifestacion de la supremacía pontifical; establecimiento de su independencia; hé aquí dos puntos capitales, correlativos el uno al otro, sin los que la unidad de la Iglesia no podia subsistir en el mundo, y á los cuales Dios ha debido proveer por consiguiente de una manera tanto mas digna de atencion, cuanto que la obra era mas necesaria á la par que mas difícil, vista la naturaleza de las sociedades humanas y de las pasiones, en medio de las cuales debia colocarse tan inmenso poder. Vamos, Señores, á recorrer un vasto camino: obligados nos veremos á omitir muchos pormenores; pero tambien veréis no poco de asombroso para percibir el dedo de Dios, y concebir el deseo de estudiar mas profundamente ese grande abismo de la eterna sabiduría.

La supremacia espiritual del soberano pontífice habia sido fundada por Jesucristo con tres palabras célebres, y en tres memorables circunstancias. Paseándose un dia por Galilea con sus discípulos, se paró y les dijo : *¿ Qué dicen de mí los hombres? Y los discípulos respondieron : Unos dicen que sois Juan Bautista; otros que sois Elías; otros que Jeremias ó uno de los profetas. Entonces les dijo : Y vosotros ¿ qué decís de mí? Y Pedro respondiendo le dijo : Sois el Cristo, hijo de Dios vivo. Y Jesus le dijo : Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo : Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que tú ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos* (1). Y en la última cena, volviéndose de repente hácia Pedro, le dijo : *Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido para cerneros como trigo : mas yo he rogado por tí, para que no falte tu fe, y tú una vez convertido confirma á tus hermanos* (2). Por último, despues de su resurreccion Jesus dijo un dia á Pedro : *Simon, hijo de Juan, ¿ me amas mas que estos? Pedro le responde : Señor, tú sabes que te amo. Jesus le dice : Apacienta mis corderos. Le dice segunda vez : Simon, hijo de Juan, ¿ me amas? Le responde : Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesus le dice : Apacienta mis corderos. Le dice tercera vez : Simon, hijo de Juan, ¿ me amas? Pedro se entristeció porque le habia dicho la tercera vez, ¿ me amas? y le respondió : Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo. Y Jesus le dijo : Apacienta mis ovejas* (3).

Ved aquí, Señores, las tres palabras sagradas sobre las cuales está fundada la supremacía de Pedro.

En virtud de estas eminentes palabras, Pedro, inmediatamente despues de la ascension del Salvador, ejerció su prerogativa apostólica : él fué quien se levantó en el cenáculo para que se eligiera un apóstol en lugar de Judas; él fué el primero que despues de la venida del Espíritu Santo anunció la palabra divina á los Judíos; él fué el primero que llamó á las naciones á la fe en la persona del centurion Cornelio; él fué el que hizo el primer milagro, dejando

(1) S. Mateo, cap. 16, vers. 13 y siguientes. — (2) S. Lucas, cap. 22, vers. 31 y 32. — (3) S. Juan, cap. 21, vers. 15 y siguientes.

muertos á sus piés á Ananías y á Sáfira por haber mentido al Espíritu Santo; él fué el primero que tomó la palabra en el concilio de Jerusalen, y propuso lo que convenia resolver acerca de las observancias de la ley antigua: donde quiera se mostraba á las claras su supremacía.

Pero se necesitaba una sede: forzoso era fijar en alguna parte la cátedra de S. Pedro; era preciso determinar un lugar donde permaneciese en completa independencia. ¿Y cuál seria este lugar? Entre el mar Tirreno y las ennegrecidas cumbres del Apenino, al rededor de algunas colinas, un puñado de bandoleros habian construido sus cabañas: al echar los cimientos de sus primeros baluartes hallaron una cabeza ensangrentada, y el oráculo habia vaticinado que aquella ciudad seria la capital del universo. Con efecto, si aquellos bandoleros hubiesen poseido mapas geográficos, y tomando un compás le hubieran abierto á trescientas ó cuatrocientas leguas de radio, habrian visto que formaban el centro de una multitud de pueblos de Europa, de Asia y de Africa, de todos aquellos cuyas extremidades bañan las olas del Mediterráneo; pero en vez de tender un compás, tendieron una mano de hierro en torno suyo, é inauguraron un imperio que debia tener por límites el Océano, el Rin, el Eufrates y el Atlas. Al cabo de 700 años, despues de haber destruido la nacionalidad de todos sus vecinos, hartos de sangre, de despojos, de gloria y de orgullo, aquellos bandoleros, formando la primera nacion del globo, depositaron su arrogante república en manos de un solo soberano..... y este soberano vivia, cuando S. Pedro deliberaba en qué lugar del mundo deberia fijar su silla apostólica. ¡Lo creeriais, Señores! ante los ojos de aquel soberano que solo con una mirada hacia temblar la tierra, dentro de su ciudad y en las gradas de su trono fué S. Pedro á establecer su catedra, y á buscar su independencia; pero ¿qué podria obtener en semejante lugar, aspirando á un dominio mucho mas vasto y extenso que el de los emperadores romanos? ¿qué independencia? No se ocupa de ella, Señores, la lleva consigo; lleva la independencia del que no teme morir por la verdad, la independencia del martirio.

Entre los pontífices sus sucesores, solo se encuentran dos en el espacio de tres siglos que muriesen en su lecho, y eso porque los años se dieron mas priesa que sus verdugos. De modo que la primera corona del papado fué la corona del martirio; su primera independencia, la independencia que da la muerte al que la menosprecia. Convenia que el poder de la Iglesia se inaugurase con tan

prolijos dolores : sin duda deberia tener la verdad el derecho de penetrar en los imperios sin pagar en sus aduanas el tributo de su sangre; pero Dios quiso manifestar cuán útil le es á un hombre padecer, cuando pretende llevar la verdad á los hombres, y determinó esa serie de sucesos en virtud de los cuales, por espacio de tres siglos, la Iglesia y el primer apóstol á su cabeza, dieron su sangre con el fin de probar que no engañaban al mundo cuando anunciaban que eran portadores de una palabra de lo alto. Hoy cualquier niño que sale de las escuelas se cree con el derecho de enseñar la verdad á la humanidad entera, y si llegase á caer un solo cabello de su cabeza de 18 años, lo consideraria todo perdido, y no habria bastantes gritos que clamaran contra la tiranía. Por lo que hace á nosotros, se nos ha dado la muerte, largo tiempo la hemos recibido, y no nos hemos querellado sino con templanza, juzgando felices á los que morian así para glorificar á Dios y asegurar con su testimonio la fe de sus hermanos.

Pero ¿cómo se desarrolló la supremacía espiritual? ¿Por qué actos pudo manifestarse, mientras toda la Iglesia estaba sujeta á la ley del martirio? Parece que habia en esto un olvido de la Providencia, un descuido de las primeras reglas de la política. Pero Dios no juzga como los hombres : cabalmente porque los soberanos pontífices carecian de todo recurso humano para establecer su supremacía, debia ser esta mas auténtica y mas inmortal. Si ellos hubiesen contado con la proteccion de los Césares, se nos hubiera dicho que la Iglesia de Roma habia llegado á ser la primera por haberse asentado en la primera ciudad del Imperio y bajo la púrpura de los emperadores; pero encaminándose S. Pedro con el báculo en la mano á ser crucificado en Roma, así como sus sucesores por espacio de tres siglos, ninguna parte podia reclamar la influencia civil en el establecimiento del pontificado. Era preciso que el pobre anciano, encerrado en las tumbas que guarnecen las vias romanas, remase sobre el mundo; era preciso que desde el seno de esas habitaciones mas bien de la muerte que de la vida, fuese obedecido su gobierno, que se le rindiese el homenaje de ser su silla la principal de todas, y de ser él príncipe de los pastores, y obispo de los obispos, como lo proclaman á porfía los mas ilustres Padres de la Iglesia. Pero tambien habia necesidad de actos imponentes que jamás pudiesen engañar á los ojos, á fin de suministrar irrecusables pruebas á las generaciones futuras. A fines del siglo segundo, se obstinan las Iglesias de Asia en celebrar la fiesta de Pascua el dia 14 de la luna á

imitacion de los Judíos, al paso que los cristianos de Occidente la solemnizan el domingo siguiente á aquel dia; y el papa S. Victor I los excomulga. En el siglo tercero S. Cipriano, obispo de Cartago, con un concilio de 60 obispos de Africa, decide que sean rebaptizados los hijos de los herejes; y S. Estéban I se opone á ello, amenaza fulminar la excomunion, y cede S. Cipriano aun siendo tan grande hombre. San Dionisio, patriarca de Alejandría, que era el primer patriarcado de Oriente, emite algunas proposiciones dudosas sobre la Trinidad : asustados muchos obispos se dirigen al soberano pontífice, y S. Dionisio se ve obligado á escribir al papa una carta apologética. Basta haber citado estos tres hechos notables; aquel período de la vida de la Iglesia duró hasta el siglo IV : aquí la Santa Sede toma un nuevo aspecto de existencia espiritual y temporal.

Ya era el mundo cristiano, pues lo habíamos vencido por la fuerza del martirio y de la gracia de Dios. Sube al trono de los Césares un príncipe que reconoce la religion, comprendiendo el cristianismo no solo como religion de la mayoría, sino como emanada de Dios para la salvacion de los hombres. Hace mas : por uno de esos consejos inexplicables segun el mundo, toma su trono y lo traslada á las extremidades de Europa, á las orillas del Ponto Euxino, á fin de dejar á la majestad pontifical toda aquella antigua Roma con su natural poder y su ilustracion indecible; lo cual verificado, ningun príncipe volverá á sentar su trono en la famosa Roma. Cuando Teodosio dividirá entre sus dos hijos el imperio de Oriente y el de Occidente, el emperador de Occidente no deberá reinar en Roma, sino en Milan. En vano aspirarán los Herulos y los Ostrogodos á establecer un nuevo reino de Italia, pues su capital ha de ser Ravena. En vano se acercarán á Roma los Lombardos, pues no debe ser allí su morada, sino en Pavía. Los reyes y los emperadores ya no irán á Roma sino como viajeros.

No obstante, de aquí no resultaba todavía una verdadera soberanía civil para el papado. Por el hecho de la desaparicion de los emperadores, no poseian los pontífices en Roma mas que una soberanía moral, de que usaron honrosamente, haciéndose guardianes del Occidente contra los Bárbaros. Nueve veces fué Roma tomada por asalto, y otras tantas fué por ellos levantada de sus ruinas, viéndoseles con el ascendiente de sus oraciones y de su presencia detener á sus puertas *el azote de Dios*.

Manifestábase al mismo tiempo la supremacía espiritual de una

manera no menos asombrosa. Habia nacido una herejía formidable; se reunen los obispos en Oriente, en ese Oriente donde naciera el cristianismo, y donde Jesucristo lo habia consumado con su sacrificio; en ese Oriente donde se hallaba el centro de los negocios humanos por la traslacion de la sede imperial á Constantinopla. Pues bien, ¿quién presidirá el primer concilio ecuménico, en que la Iglesia universal se encuentra representada por mártires que ostentan las cicatrices de sus combates? ¿Quién? El sucesor de S. Pedro, no en persona, sino por medio de sus legados, por un obispo español y dos simples sacerdotes. ¿Basta esto? No; el concilio remite sus actas á la Santa Sede para que las confirme, humillándose de este modo ante su supremacía la primera y la mas augusta asamblea cristiana. Lo mismo sucederá en Éfeso, en Calcedonia, en Constantinopla; no ceserán de nacer herejías en Oriente, y el Oriente recurrirá al pontífice de Roma para extirparlas. Llegando á ser Constantinopla la ciudad imperial, lejos de aspirar al primer puesto, hará vanos esfuerzos por alcanzar el segundo; dos veces lo intenta en el primer concilio de Constantinopla y en el de Calcedonia: el papado será inflexible; sostendrá los derechos de las Iglesias de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalen, y todo el universo católico de acuerdo con él, señalará no mas que el quinto lugar á la silla de Constantinopla. Estos hechos, mas claros que el sol, estaban preparados por Dios, á fin de que todos pudiesen distinguir la preeminencia no disputada de la Sede apostólica.

Este estado de cosas, tal como acabamos de describirlo, duró desde Constantino hasta Leon Isáurico, por espacio de 400 años. En esta época el Occidente, que por un momento habian arrancado á los Bárbaros Justiniano y sus generales, habia vuelto á caer en sus manos. Ya no se ocupaban de él los emperadores; no se ocupaban sino de una manera ridícula para propagar allí sus herejías favoritas, y uno de ellos puso en movimiento un ejército para arrancar de las iglesias las imágenes. ¡Insensatos! que no enviaban espadas contra los Bárbaros, sino contra las imágenes que pendian de las paredes. El Occidente estaba ya cansado de depender de Constantinopla, ciudad de las herejías, de las traiciones y de la vileza.

Dirigian los Romanos sus clamores al papa en solicitud de que la república romana saliese de sus ruinas; y por último, despues que Gregorio II hubo avisado muchas veces al emperador por medio de cartas las mas apremiadoras, el senado y el pueblo romano se declararon independientes, y constituyeron una especie de señorío, en

que el papa tuvo necesariamente mayor influencia que nunca. Se acercaba la hora en que su media soberanía, siempre fiel al deber y á la paciencia, iba á cambiar de índole, y á recibir, elevándose á mayor altura, la última consagracion.

El golpe partió de Francia : en este país, por una excepcion de las leyes generales, que apenas permiten la herencia del genio, habia nacido Carlo Magno de un padre y un abuelo que formaban con él una triple generacion de varones eminentes. Carlo Magno cumplió la obra de la Providencia en la constitucion definitiva de la cristiandad, asentando el soberano pontificado en un puesto no disputado desde entonces entre los grandes poderes del mundo. El papa ya no fué ni súbdito independiente por el martirio, ni señor equívoco por el ascendiente moral, ni por la necesidad tutor del pueblo : fué lo que debia ser; soberano de un territorio *bastante extenso para la libertad, pero harto pequeño para la dominacion.* Poco despues el Oriente, manantial de todas las herejías, se separó del Occidente en lo espiritual, como lo habia hecho en lo temporal, y sin querer, confirmó la supremacía de la Sede apostólica, dejando de formar parte de la Iglesia, puesto que cesaba de estar adherido al centro de unidad. El poder imperial en vez de trasladar á Constantinopla la sede de la vitalidad cristiana, solo alcanzó crear un cisma que deshonró la iglesia griega, perdió el imperio, y puso mas tarde aquella y este en poder de los Musulmanes; mientras que la Iglesia latina, apoyándose en el papado, convertia á los Bárbaros y trasladaba á Occidente el centro de los negocios divinos y humanos.

No era este, sin embargo, el último designio de la Providencia con respecto á la cátedra de S. Pedro : libertada del imperio romano y del bajo imperio, iba á encontrar nuevos peligros, haciendo resaltar en medio de ellos la milagrosa elevacion que de Dios habia recibido.

Del establecimiento político de Carlo Magno, mal sostenido por sus sucesores, resultó el feudalismo; el hombre llegó á ser el hombre de la tierra por la herencia de los beneficios, y el hombre del hombre por el juramento : siguieron los beneficios eclesiásticos la ley de los beneficios militares, y los obispos y los abades contrajeron por la investidura y por el juramento vínculos de vasallaje; llegó esta influencia hasta Roma, é impulsados los emperadores de Alemania por el curso de las ideas generales no menos que por su ambicion, solo quisieron ver en el patrimonio apostólico una especie de gran feudo, desmembrado del imperio por la liberalidad de

Carlo Magno, si bien retenido en su dependencia por las leyes del feudalismo. Aspiraron al derecho de confirmar la eleccion del soberano pontífice, como tambien al derecho de conferir la investidura de los obispados y de las abadías por medio del báculo y del anillo, símbolos de la autoridad espiritual. De este modo la misma grandeza con que la Providencia distinguió al papado para asegurar su independencia, venia á ser el sepulcro de su libertad, y cada una de las fases sociales parecia querer dar un sangriento mentís al trabajo de Dios para fundar la verdad sobre la unidad. De sus relaciones con la institucion feudal se siguió en la Iglesia una confusion horrible. La simonía sembró por todas partes la corrupcion, y un papa escribia : « ¡ Infeliz ! Si miro en derredor, veo al Oriente » arrastrado por el diablo; y en el Occidente, en el Mediodía y » en el Septentrion apenas hallo un obispo que gobierne por el » amor de Dios, y para la salvacion de sus hermanos. »

Por este tiempo habia en la abadía de Cluny un monje llamado Hildebrando; este monje vió pasar por allí á un obispo de Toul, que iba á tomar posesion de la Silla apostólica por el simple voto del emperador. No pudo menos de decirle que no era lícito aceptar la dignidad pontifical de manos del poder temporal, y que si queria realzar la gloria de la Santa Sede, él, Hildebrando, se proponia llevarle á Roma, y hacer que fuese elegido legalmente por el pueblo y por el clero. « ¡ Pues qué, exclamaba indignado, mientras la » última mujer del pueblo puede desposarse libremente con su » prometido, no puede la esposa de Jesucristo elegir libremente el » suyo! » Despues de dilatados servicios, subió al fin Hildebrando al trono pontifical, resuelto á defender su libertad hasta la muerte. Pero ¿ qué armas emplearia para emanciparse? ¿ El martirio? No da mas que una fuerza negativa, una fuerza de resistencia y no de ataque. ¿ La alianza de algun gran príncipe? Ninguno pensaba en servir á Dios eficazmente. Menester era que Gregorio VII, considerando atentamente las ideas y las costumbres de su siglo, descubriese un remedio á los abusos que devoraban la cristiandad; y encontró en efecto este remedio. Descansaba todo el feudalismo sobre el juramento, no tal como hoy se entiende, sino sobre un juramento que ligaba el corazon, el alma, la vida, los bienes, todo el sér humano. Gregorio VII comprendió que entregándose de esta manera, con tan completo abandono, era imposible que el juramento no tuviese una reciprocidad, y que si ligaba de abajo arriba, debia tambien ligar de arriba abajo. Además, el juramento era un

acto religioso, un acto cuya fuerza consistia en invocar el nombre de Dios en seguridad de la fe prometida, y que por consiguiente no podia servir de vínculo á la injusticia y á la opresion. Susceptible era, pues, de anulacion el juramento feudal política y religiosamente: políticamente, porque podia haber felonía del señor á su vasallo, ó del vasallo á su señor; religiosamente, porque el nombre de Dios no puede servir nunca de título para cometer el mal, un mal cierto, evidente y perseverante. Esta teoría tenia el mérito de ser sacada de las entrañas mismas del derecho publico europeo; pero aun no se la habia hecho servir á la emancipacion de la Iglesia: se necesitaban la perspicacia de un grande hombre para descubrirla, y el corazon de un santo para aplicarla: Gregorio VII era lo uno y lo otro. Murió en el destierro, *habiendo amado la justicia y aborrecido la iniquidad*, vencido en la apariencia, si bien galardonado en el porvenir por la libertad de la Iglesia, que fué la exclusiva tendencia de su vida y la causa de su muerte.

Las cruzadas atestiguaron muy pronto el triunfo del papado, y elevaron su ascendiente y su gloria hasta el mas alto punto por el magnífico uso que de su gloria y de su ascendiente hacia en provecho de la república europea.

Pero es peligroso elevarse aun con justicia y por medio de beneficios; así es que se operó en los ánimos una reaccion sorda contra la Santa Sede, reaccion que se declaró con hechos y doctrinas que han ocupado los cinco últimos siglos de la historia. Me contentaré con indicarlos. En el siglo XIV, la mansion de los papas en Aviñon por espacio de 60 años; en el siglo XV el gran cisma de Occidente, que minó el respeto de los pueblos hácia el centro de la unidad; en el siglo XVI el protestantismo; en el siglo XVII el jansenismo, esa herejía desleal que nunca osó atacar á la Iglesia de frente, y se ocultó en su seno como una culebra; en el siglo XVIII, el racionalismo que se creyó bastante fuerte para atacar, no ya al vicario de Jesucristo, sino la obra y hasta la persona de Cristo. Por un momento pudo creerse todo perdido; de una extremidad á otra de Europa, todo era una vasta conspiracion contra el cristianismo, en la que los príncipes y sus ministros figuraban en primera línea. Conocido es el trueno que vino á desengañarlos: todos aquellos reyes que agasajaban á la filosofía supieron un dia que la cabeza del rey de Francia, el primer rey del mundo, habia caido delante de su palacio bajo el hacha innoble de una máquina..... Retrocedieron un paso delante de Dios: la república francesa les llevó otras noticias

de la Providencia; un soldado advenedizo les intimó sus órdenes; destruyó en los campos de Wagram hasta el nombre del Santo Imperio romano, por tanto tiempo adversario del papado, y habiéndose atrevido aquel mismo soldado á poner sus manos sobre la Santa Sede, víctima de las mismas faltas de que habia sido glorioso castigo, se le vió de repente apagarse como una estrella caida en las profundas y solitarias olas del Atlántico. Quedaba un hijo suyo, un hijo en que reflejaban sus facciones, su gloria y sus infortunios, alma juvenil en quien los recuerdos y las esperanzas rehacian cada dia la patria; pero su padre le habia adjudicado un nombre demasiado ominoso; *el rey de Roma* sucumbió bajo este peso como una flor preciosa y tierna que se encorva al peso de su rótulo, colocado en su tallo por la imprudencia de una mano amiga.

Hoy, Señores, el papado llega á una era de su existencia mas completa que ninguna de las precedentes. Toca á su término la reaccion que tuvo lugar contra ella en el espíritu público, á causa de los sucesos de la edad media. Se ha comprendido que la naturaleza de su poder en aquella época provenia de las circunstancias, y no de las pretensiones; que su influencia habia sido favorable á los pueblos, á la Europa, y á la humanidad; que en el fondo defendian los papas en la libertad de su eleccion, en la santidad de los matrimonios, en la observancia del celibato eclesiástico, y en la integridad de la jerarquía una causa justa y civilizadora. Se ha comprendido que el soberano pontífice no podia estar bajo la dependencia de ningun príncipe cristiano, y que su independencia, esencial á la religion, lo es tambien á la paz de los diferentes estados. Ya no existen el imperio romano, ni el imperio de Oriente, ni el imperio de Occidente; ninguno puede tener pretensiones á dominar la Santa Sede, y el derecho público europeo le concede una neutralidad honrosa en las guerras que se hacen las distintas potencias. Si por otra parte examinamos lo que es la supremacía espiritual de los papas, la vemos asegurada por diez y ocho siglos de una posesion combatida solamente, aunque en vano, por el cisma y por la herejía. Vemos destruido el jansenismo, propendiendo á su ruina el protestantismo, envilecido el cisma griego en Oriente bajo el yugo de los Rusos y de los Turcos, vemos al mahometismo agotado; y en suma, vemos donde quiera al error gastado, lánguido ó marchito; mientras que la Iglesia romana, siempre la misma y asistida por Dios de continuo, permanece esta-

ble sobre los escombros de lo pasado. Brillan en su cuerpo las cicatrices que los sucesos le han causado, y hacen mas difícil el acceso de la espada. Conserva de la era del martirio el valor pasivo contra la persecucion; de la era del bajo imperio la ciencia de las situaciones dudosas; de la era de Carlo Magno la soberanía; de la era de Gregorio VII la inteligencia de los grandes pensamientos políticos; de la era de la reaccion un conocimiento mas profundo de sí misma y de los demás, y de la era presente una invencible esperanza en Dios. Si no veis todavía á las claras su actual triunfo, consiste en que nunca es visible en un momento dado el triunfo de la Iglesia. No fijándose mas que en un punto en la extension de los siglos, parece próxima á perecer la barca de Pedro, y los fieles se hallan siempre prontos á exclamar: *Señor, sálvanos, que perecemos* (1). Pero fijándose en toda la serie de las edades, aparece la Iglesia en todo su vigor y en toda su lozanía, y se comprende aquella frase de Jesucristo durante la borrasca: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste* (2)?

(1) S. Mateo, cap. 8, vers. 25. — (2) S. Mateo, cap. 14, vers. 31.

SERMON QUINTO.

De la enseñanza y salvacion del género humano antes del establecimiento definitivo de la Iglesia.

Hasta ahora, si no me engaño, os ha ocupado á todos un pensamiento. Mientras que exponíamos la necesidad de una Iglesia docente, su constitucion, su autoridad racional, moral é infalible, y el establecimiento milagroso de su unidad, os decíais sin duda: Sí, debe haber en el mundo una Iglesia que enseñe; sí, la constitucion de la Iglesia católica docente es admirable; sí, su autoridad racional y moral supera á todas las demás autoridades, y ha dado pruebas de su infalibilidad; sí, el establecimiento de su unidad en el mundo á través de tantas dificultades y mudanzas, lleva en sí un carácter de divinidad. No obstante, os preguntabais acaso al mismo tiempo: ¿Cómo es que esa Iglesia docente, tan necesaria al género humano, se ha establecido tan tarde? ¿Es que no tenia el hombre necesidad de ser enseñado antes de Jesucristo? ¿O por ventura desdeñaba Dios la salvacion de los hombres antes de la venida de su Hijo, y no queria rescatarlos sino en un dia y á una hora fija? Pero os acordabais sin duda de estas magníficas palabras de S. Pablo: *Te encargo ante todas cosas, que se eleven á Dios peticiones, oraciones, rogativas, acciones de gracias por todos los hombres.... porque esto es bueno y acepto delante de Dios nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad; porque Dios es uno, y uno el medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, que se dió á sí mismo para la redencion de todos* (1). Siendo esto así, ¿cómo ha empezado tan tarde el establecimiento de la Iglesia destinada á la enseñanza y á la salvacion de los hombres? Verdad es, Señores, que la Iglesia bajo su forma actual no data mas que desde Jesucristo; pero tomada en su esencia y en su realidad total, se remonta hasta la creacion, segun esta enérgica frase de S. Epifanio: « El principio

(1) S. Pablo, 1ª epíst. á Timoteo, cap. 2, vers. 1 y sig.

de todas las cosas es la santa Iglesia católica (1). » Con efecto, la Iglesia no es mas que la asociacion de los entendimientos con Dios por la fe, la esperanza y la caridad, y esta asociacion se halla formada, en cuanto al hombre, desde el momento en que el hombre salió de las manos de Dios. Desde el orígen tuvo sus sacerdotes, sus sacrificios, sus leyes, su enseñanza : el objeto de este discurso es demostraros cuál era esta enseñanza, y cómo ha bastado para la salvacion de la humanidad, aun con todas las degradaciones á que estuvo sujeta en el curso de los tiempos.

En este mundo el término extremo de la luz es el cristianismo, es decir, el conocimiento de Dios criador, legislador y salvador; y el término extremo del bien es tambien el cristianismo, es decir, la imitacion de Dios manifestado en su naturaleza por la creacion y la redencion. Y por otra parte el término extremo de las tinieblas en este mundo, es el ateismo, es decir, la ignorancia ó la negacion absoluta de Dios; y el término extremo del mal es tambien el ateismo, es decir, la destruccion de toda base que sirva para establecer la distincion del bien y del mal.

Síguese de aquí que la providencia de Dios propende á conducir á todos los hombres al cristianismo, es decir, á la mayor luz y al bien mas inmenso; y que por el contrario, el demonio propende á llevar á todos los hombres al ateismo, es decir, al mayor mal y á las mas densas tinieblas. Ahora bien, el uno y el otro, Dios y el demonio, el amigo y el enemigo del género humano, para conducir á los hombres á sus fines no tenian otro medio mas natural que el de enseñarlos, puesto que por su naturaleza el hombre es un sér enseñado. Y necesario era que esta enseñanza datase desde el mismo orígen del mundo, puesto que desde el orígen ha querido Dios salvar á los hombres por la luz y por el bien, y el demonio ha querido perderlos por el mal y por las tinieblas. Conviene, Señores, examinar esta doble enseñanza empezando por la de la luz.

Dos vias eligió Dios para enseñar al hombre, la tradicion y la conciencia. Por la tradicion se manifestaba Dios á los hombres exteriormente con el auxilio de una palabra y de hechos sensibles, cuya memoria pudiera perpetuarse fácilmente; por la conciencia se manifestaba á los hombres interiormente, grabando en ellos de una manera indeleble la distincion del bien y del mal, que arguye la existencia de un sér superior, fundamento de esta distincion. La

(1) Contra las herejías, lib. 1, cap. 5.

tradicion por sí sola no pondria á los hombres en relacion con la verdad sino de una manera, por decirlo así, mecánica, sin que nada les indicase en lo interior la necesidad y el gusto de la verdad; la conciencia por sí sola los pondria en relacion con la verdad, por la necesidad y el gusto, pero sin que nada moderase el sentimiento, sujeto por su naturaleza á la ilusion, al exceso y á la mudanza. Si, por el contrario, se correspondieran recíprocamente los hechos interiores y exteriores, si la voz de Dios en la tradicion y la voz de Dios en la conciencia sonasen siempre conformes; si, á semejanza de esas dos torres que habeis visto antes de entrar en Nuestra Señora, se encontrasen á vuestra derecha y á vuestra izquierda, á lo largo de toda vuestra vista, estrechándoos y hablándoos de continuo, entonces no deberian quedaros recursos para libraros de ellas, á no ser de esos recursos que abruman delante de Dios y delante de sí mismo á los que osan emplearlos.

Dios enseñó, pues, á los hombres por la tradicion y la conciencia; formó su alma á su semejanza por una infusion de luz y de bondad, don corruptible, si bien incapaz de ser totalmente extinguido, don imperfecto, si bien unido á la tradicion, es decir, á la palabra divina enseñada de siglo en siglo á la posteridad del hombre, bastaba para encaminarle á su fin glorioso. Nuestro primer padre supo por Dios mismo cuál era este fin, de dónde provenia, y adónde debia encaminarse : oyendo hablar á Dios, penetró con una mirada todos los secretos y todos los resortes de su destino; y vivificada y afirmada su luz interior, por esta luz exterior, descansó en la paz combinada de la evidencia y de la fe. Habia brotado de Dios el rio de la tradicion en la conciencia de la humanidad : no se trataba mas que de sostenerlo y renovarlo en su curso, segun las necesidades creadas por la inconstancia y el olvido de las generaciones. En el espacio de 40 siglos abrió Dios cinco veces sus fuentes, y ensanchó sus márgenes en Adan, en Noé, en Abrahan, en Moisés y en Jesucristo, y cinco veces lo hizo con circunstancias solemnes que llenaron de asombro el universo. En Adan fué ilustrada por la creacion la palabra divina; en Noé por el diluvio; en Abrahan por la fundacion del pueblo judío; en Moisés por las leyes y los rayos del Sinaí; en Jesucristo por las maravillas de su nacimiento, de su vida y de su muerte. Y en cada una de estas épocas de la palabra, de estos terremotos de la tradicion, fué imposible al género humano dejar de escucharla y oirla. ¿ Cómo pudo estar cerrado su oido en presencia de la creacion que acababa de dispertarse en torno suyo, y que le

traia el nombre de Dios con el murmullo de todas sus brisas? ¿Cómo pudo estarlo despues que el diluvio, derramado sobre los crímenes del mundo, le hubo dado leccion tan tremenda de la justicia divina? ¿Cómo pudo estarlo al sonar los nombres de Ahrahan y de Mosés, que por el Egipto, por el mar Rojo, por el Eufrates, por la dispersion de las diez tribus de Israel y el cautiverio de Judá en Babilonia, se veian lanzados de continuo al centro del movimiento político del universo? ¿Cómo pudo estarlo, sobre todo cuando Jesucristo dispersó á sus apóstoles para llevar la fausta nueva á las islas, á los mares, á las montañas, á los desiertos, á todas las naciones? Y todavía no descubrimos aquí sino las grandes corrientes de la palabra divina; las innumerables ramificaciones que de ella se desprendian para abrirse paso hasta las extremidades mas remotas de la humanidad, se nos ocultan necesariamente, aun cuando percibamos aquí y allí vestigios ciertos de su tránsito. Setecientos años antes de Jesucristo, por ejemplo, el profeta Jonás conmovia á Nínive anunciando la ira de Dios, y envolvia bajo la ceniza á aquella antigua capital, que hubiéramos creido abismada en la mas remota ignorancia de lo relativo á la salvacion.

Con razon, pues, escribia S. Pablo á los Hebreos: *Habiendo hablado Dios muchas veces y de muchas maneras á nuestros padres por sus profetas, nos ha hablado últimamente por su propio Hijo* (1). Y notad, Señores, que el progreso de la tradicion no consistia solo en su renovamiento y expansion, sino tambien en su forma. Hasta Moisés la tradicion es oral; en Moisés es escrita, y llega á ser social en Jesucristo. A medida que el género humano opone resistencia á la enseñanza de la verdad, la establece Dios sobre un metal mas poderoso, le comunica un elemento mas inmortal y activo. ¿De qué hay, pues, que quejarse? ¿Se necesitaba por ventura que la luz atentase á la libertad moral del hombre para quedar justificada? Cumplian su deber la tradicion y la conciencia; al hombre le tocaba cumplir el suyo. Cumplian su deber, Señores, como hoy lo cumplen delante de vosotros. Porque, decidme, ¿cuál es nuestra fuerza al hablaros? ¿qué es lo que os ordena escucharnos cuando os anunciamos cosas tan extraordinarias para los que han sido educados fuera de su conocimiento y de su práctica? ¡Ah! es que tocamos en vosotros la fibra donde se halla eternamente viva y encade-

(1) Epístola á los Hebreos, cap. 1, vers. 1.

nada la verdad de nuestras palabras; es que la conciencia os habla de Dios con nosotros; es que la tradicion de que somos órgano, tiene en el fondo de vuestra alma una hermana, un testigo, un cómplice. Dios os persigue con la espada de dos filos de la conciencia y de la tradicion, que el Apocalípsis nos muestra saliendo de la sagrada boca de Jesucristo.

¿Y qué podia hacer, Señores, por su parte el demonio para destruir la luz y el bien en el mundo? Solo podia enseñar, oponer enseñanza á enseñanza, corromper la tradicion y la conciencia. Digo corromper la tradicion y la conciencia, porque no le fué permitido crear una tradicion y una conciencia. ¿Y cómo habia de crearla? La tradicion es una palabra primitiva, una palabra que es un elemento de la mente, una palabra que funda, que tiene una posteridad sin abuelos; y ninguna criatura puede pronunciar palabras de esa especie, y menos una criatura perdida. Los séres finitos componen y descomponen la palabra, como hacen con todo; no la crean. Hallábase, pues, el espíritu del mal en la impotencia de establecer una tradicion atea: su único recurso consistia en arrastrarse detrás de la verdad para deshonrarla, á imitacion de esos animales débiles y rastreros que siguen á su presa de noche, y se arrojan sobre ella traidoramente. Todavía le era mas imposible crear una conciencia, es decir, encender en el hombre una luz primordial de error, y engendrar un gusto original de ateismo; porque si el error y la impiedad llegasen á subsistir por sí, el mal seria igual al bien, y la nada seria igual al sér. En suma, el demonio tenia la fuerza de corromper, y no la de edificar; solo edifica Dios, y el cristiano por Dios. Por eso de un hombre piadoso decimos que es un hombre de edificacion, y no se puede decir nada mas de una criatura; porque edificar viene inmediatamente despues de crear. Entre vosotros y nosotros, Señores, la cuestion se reduce á saber quién edifica, quién edifica en el alma, quién edifica en el cuerpo, quién edifica en la sociedad, quién edifica para la eternidad. ¿Osais pensar vosotros que sois hombres de edificacion? ¡Ah! lo que yo veo es que destruís, luego que habeis destruido, espantados de vosotros mismos, os veo tender una mano suplicante hácia la religion y decirle: Por compasion, tended parte de vuestra capa sobre nosotros, porque el tiempo está oscuro, y hace frio.

Consideremos pues, Señores, el espíritu de las tinieblas en lucha con la tradicion y la conciencia, el espíritu de las ruinas con el de

edificacion. Este es siempre nuestro asunto, porque yo os haré ver la superioridad de la enseñanza divina hasta en los triunfos de la enseñanza perversa.

Así como Dios habia abierto cinco fuentes principales de tradicion, el enemigo de los hombres las degradó por cinco principales conductos, á saber : el politeismo y el dualismo antes de Jesucristo; el judaismo, el mahometismo y la herejía despues de Jesucristo. El politeismo era una corrupcion de la idea de Dios por la multiplicacion de su sér, y el envilecimiento de su naturaleza; el dualismo una corrupcion de la idea del bien y del mal, atribuyéndoles á ambos dos principios coeternos; el judaismo una corrupcion de las relaciones históricas de Dios con el hombre, tergiversando su verdadero sentido; el mahometismo una corrupcion del cristianismo por medio de una ingeniosa y horrible mezcla del dogma de la unidad de Dios con las costumbres paganas; la herejía una corrupcion sucesiva de todos los dogmas católicos, por la interpretacion de la razon privada, sustituida á la infalible autoridad de la Iglesia. A cada movimiento que Dios hacia para iluminar y santificar al mundo, hacia otro el espíritu de las tinieblas paralelamente al suyo, tanto mas hábil cuanto el de Dios era mas profundo. Pero todos sus esfuerzos no lograron constituir el ateismo, que era su principal objeto, ni trastornar la nocion del bien y del mal. A pesar de ser el politeismo la mas grosera de las degradaciones de la verdad, conservaba todavía entre los hombres la idea de la divinidad y hasta de un Dios supremo, la práctica de un culto, los sacrificios, la oracion, las expiaciones, el temor de las penas de la otra vida, la esperanza de una recompensa para los corazones religiosos. El dualismo mantenia esplendorosamente la distincion del bien y del mal en el mero hecho de exagerarla. Permaneciendo el judaismo lejos de la Iglesia, de la que conservaba los títulos originales, daba á su testimonio el lustre de una imparcialidad irrecusable. El mahometismo propagaba hasta las mas inaccesibles playas del Africa y del Asia el conocimiento de la unidad de Dios, el nombre de los patriarcas, y hasta el nombre de Jesucristo; y la herejía, en los puntos del dogma que no atacaba, les prestaba la fuerza de su tradicion y de su enemistad.

De este modo, Señores, la enseñanza del error todavía redundaba en provecho de la enseñanza de la verdad : Dios, la religion, el deber se ostentaban visibles en el horizonte de todos los pueblos, aun los mas depravados, como aun asoma la luz del dia bajo los amonto-

nados vapores que presagian las tempestades. Donde quiera ha representado el error mas ó menos el papel que hoy representan las sociedades bíblicas, las cuales aspirando á esparcir la herejía, esparcen al propio tiempo las semillas de la verdad.

Faltaba corromper la conciencia del género humano : suscitó el demonio contra su elocuencia la elocuencia terrible de los sentidos : dos voces se levantaron del corazon del hombre ; la una le inducia al respeto de sí mismo, á la santidad y á la pureza, y la otra le invitaba á descender hasta la ferocidad del bruto. Esta voz fué demasiado escuchada ; pero Dios contra el triunfo del mal tenia de reserva un secreto que debia centuplicar el imperio de la conciencia profanada : nació allí el remordimiento engendrado por la experiencia de la degradacion. El hombre caido sintió bullir en sus entrañas el gusano de la acusacion : vino en conocimiento de su dignidad por lo enorme de su infamia : se apoderaron de él como implacables verdugos el tedio, la desesperacion, el desprecio de sí mismo, y le revelaron que un Dios presente siempre en su alma vengaba contra ella á la inmortal majestad ; y así como el remordimiento habia nacido de la caida, la rehabilitacion nació del remordimiento.

¡ Oh ! sí, pobre alma herida por el mal, tú no puedes ahogar dentro de tí la conciencia, y cuanto mas te rebajen los sentidos, mejor pueden sobrevenir en tí resurrecciones súbitas, de esas resurrecciones de Lázaro que arrancan el alma del sepulcro, y prueban que hasta la degradacion misma encierra una raíz de vida y de inmortalidad.

Se necesitaba, pues, un arma mas poderosa contra la conciencia, y se encontró en el raciocinio. Es el raciocinio una facultad del hombre, un admirable instrumento dado á los séres finitos, que no pudiendo, á semejanza de Dios, abarcar la verdad de una sola mirada, tienen necesidad de descubrirla y explorarla como se descubre y explora una mina, en la que cada filon indica el rastro de otro. Pero la falta de raciocinio consiste en que á cierta profundidad pierde parte de su lucidez, y en que el encadenamiento de la deduccion no puede ser seguido en esas regiones avanzadas mas que por talentos muy ejercitados. Ahora bien, ya hemos visto que el número de esos talentos sutiles y seguros es limitadísimo : la masa de los hombres tiene mala lógica, y se siente seducida fácilmente por la semejanza del sofisma con la realidad severa del raciocinio. Todo el mundo percibe la tradicion, que no es mas que un hecho ; todo el mundo oye á la

conciencia, que no es mas que un grito; pero el raciocinio se entretiene con mil sutilezas en el laberinto del entendimiento, y se ha necesitado toda la sagacidad de Aristóteles, uno de los mas penetrantes pensadores que han existido, para conocer sus entradas y salidas. Este era, pues, el verdadero cetro del error, y lo que no habia alcanzado sobre el género humano la corrupcion de la tradicion y de la conciencia, estaba destinado á obtenerlo el raciocinio. Con efecto, mientras que la tradicion degradada habia dejado vestigios de la verdad por todas partes, mientras que la conciencia subyugada por el deleite habia lanzado gemidos siempre y donde quiera, solo el raciocinio tuvo la gloria de arrasar hasta en sus cimientos el templo sagrado de la verdad y del bien. Ha sido padre tel ateismo, autor de la blasfemia, ha hecho el mezquino don de la nada á algunas almas, y estas se han regocijado de ello. No obstante Dios, que debe ser en todo el soberano, habia preparado tambien un remedio contra este terrible enemigo, y este remedio era la anarquía producida por el raciocinio en su propio imperio. Se vió á todos esos ilustres pensadores, á esos raros ingenios dotados de los mas preciosos dones del entendimiento, impotentes para fundar una escuela estable, y sucederse como las olas que se estrellan en la playa y se sepultan una á otra por el efecto mismo de su movimiento. La humanidad fué advertida de que allí no habia para ella ni ciencia, ni seguridad, ni paz; ni una cabaña donde dormir de noche, ni siquiera un sueño en que entretenerse. El racionalismo, recreo mortal de algunos talentos distinguidos, orígen de las mas hondas ruinas, pasó siempre á distancia de la humanidad, dejándole la tradicion y la conciencia; la tradicion en sus santuarios, la conciencia en sus entrañas.

De todo esto se deduce, Señores, que Dios ha provisto constantemente á la enseñanza del mundo, así antes como despues de Jesucristo; no siempre en un mismo grado, es verdad, si bien de continuo de una manera bastante para que la salvacion fuese posible á los hombres de buena voluntad. Acabaré de demostrároslo, exponiéndoos brevemente las condiciones necesarias para la salvacion.

Tres son estas condiciones: es preciso practicar la verdad hasta el grado en que se la conoce; es preciso abrazar y practicar la verdad superior á aquella en que se ha nacido, desde el momento en que es posible conocerla; es preciso morir amando á Dios sobre todas las cosas.

Ante todo conviene practicar la verdad hasta el grado en que se la conoce; porque el que no practica la verdad que conoce, aborrece ó menosprecia á Dios, que es la verdad misma: es juzgado por su pro-

pia conciencia. Por el contrario el que se adhiere con el espíritu, el corazon y la accion á toda la verdad que conoce, aparece sano y salvo delante de Dios, segun la doctrina expresa de S. Pablo: *Gloria, honra y paz á todo el que obra bien, al Judío primeramente, y despues al Griego, porque no hay acepcion de personas para con Dios..... Y no son justos delante de Dios los que han conocido la ley escrita, mas los que la han cumplido serán justificados. Porque cuando los gentiles, que no tienen ley escrita, naturalmente hacen las cosas de la ley, estos tales que no tienen ley, ellos son ley á sí mismos, demuestran la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio de ello su misma conciencia, y los pensamientos de dentro, que unas veces los acusarán y otras los defenderán en el dia en que Dios juzgará las cosas ocultas de los hombres, segun mi Evangelio por Jesucristo* (1).

En segundo lugar conviene abrazar y practicar la verdad superior á aquella en que se ha nacido, desde el momento en que es posible conocerla. Aquel que rechaza la verdad superior que puede conocer, es culpable como aquel que no practica la verdad inferior en que ha nacido. Odia en el fondo la verdad, porque la verdad mejor conocida demanda mayores sacrificios. Es difícil pasar de la verdad inferior á la superior, diréis acaso; ¿ y de dónde proviene esa dificultad sino de nosotros mismos, porque no practicamos la verdad hasta el grado en que nos es conocida? ¡ Pretendeis que Dios os ilumine mas, y ni aun cumplís los deberes que os impone una luz menos intensa! ¡ Pedís una montaña, y no podeis llevar con vosotros un grano de arena! Oid al oráculo divino: *El que obra la verdad viene á la luz* (2), es decir, el que se conforma con la luz que conoce, llega á ver la luz que no conoce todavía. Y además, *este es el juicio: Que la luz vino al mundo, y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas; porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz, y no viene á la luz para que sus obras no sean reprendidas* (3). Quienes quiera que esteis en este recinto, hayais venido al mundo entre politeistas, judíos, mahometanos, protestantes ó católicos, la luz de Dios ha brillado mas ó menos sobre vosotros: ¿ seguís esta luz? ¿ haceis lo que la tradicion y la conciencia os demandan? Si no lo haceis, ¿ á qué os ha de iluminar mas Dios? No haria con eso sino acrecentar vuestro crímen.

Morir amando á Dios sobre todas las cosas, es la tercera condi-

(1) Epístola á los Romanos, cap. 2, vers. 10 y sig. — (2) S. Juan, cap. 3, vers. 21. — (3) S. Juan, cap. 3, vers. 19 y 20.

cion para salvarse, porque tal es el fin del cristianismo. *El fin de la ley es la caridad en un corazon puro* (1). *Todo el que ama á Dios, ha nacido de Dios* (2). Para amar á Dios es preciso conocerle; para hacérnosle amar ha enviado á su propio Hijo: aquel que le ama se salva. Ahora bien, una de dos: ó el hombre que muere ha avanzado bastante hácia la luz, es decir, al cristianismo, para haber tenido durante su vida todos los medios de amar á Dios como debe ser amado; ó bien despues de haber conocido y practicado la verdad en cuanto pudo, no llegó á acercarse á la luz lo preciso para poseer los medios de amar á Dios suficientemente. En el primer caso, el hombre se salva por las vias ordinarias de la Providencia; en el segundo puede recibir á la hora de la muerte lo que le ha faltado, no por su culpa, y se salva por las vias extraordinarias de la Providencia, por esa infusion del amor y de la gracia que llama la Iglesia el *bautismo de fuego*. Pero notadlo bien, Señores, ninguno se salva por las vias extraordinarias, sino en cuanto las vias ordinarias le hayan faltado, y ved aquí por qué todo hombre está obligado á abrazar la verdad superior á aquella que conoció al principio, porque esta verdad superior es la que debe conducirle naturalmente al amor que salva.

En resúmen, Señores; hay dos ciudades en el mundo, la ciudad de la luz y la ciudad de las tinieblas: la ciudad de la luz es enseñada por Dios, con el auxilio de la tradicion y de la conciencia, á fin de guiar á los hombres al conocimiento de Dios y á su imitacion; la ciudad de las tinieblas es enseñada por el demonio valiéndose de la degradacion de la tradicion y de la conciencia, y del raciocinio, á fin de conducir á los hombres al ateismo, es decir, al desconocimiento de Dios y á la negacion del bien y del mal. Pero ni por la degadacion de la tradicion y de la conciencia, ni por el raciocinio, puede prevalecer contra la ciudad de la luz la ciudad de las tinieblas, y borrar del mundo la distincion del bien y del mal, y la nocion de la divinidad. Todo hombre nace, pues, en la luz y en el bien hasta cierto grado: si quiere salvarse, debe practicar el bien en el grado en que lo conoce, ascender al grado superior y á la verdad total luego que le sea posible, y de este modo llegará al amor que salva, ya por las vias ordinarias de la Providencia en el caso que haya conocido y practicado toda la verdad, ya por las vias ex-

(1) S. Pablo, 1ª. epíst. á Timoteo, cap. 1, vers. 5. — (2) S. Juan, 1ª. epíst., cap. 4, vers. 7.

traordinarias de la Providencia en el caso en que, á pesar suyo, no le haya sido dado conocer y praticar toda la verdad. Siendo esto así, Señores, vuestra suerte se halla en vuestras manos; no es Dios el que falta al hombre, el hombre es el que falta á Dios.

SERMON SEXTO.

Relaciones de la Iglesia con el órden temporal.

Cuando la Iglesia católica fué á establecerse en el Imperio romano, no encontró en él mas que una sola autoridad, la autoridad civil. Herederos de la república los emperadores, habian añadido á sus títulos de Césares y de Augustos el de Soberanos Pontífices; y la Iglesia, al establecerse, no tuvo menor pretension que la de quitarles este último título, y de levantar al lado del poder civil un poder puramente espiritual. Lo hizo, y desde entonces estos dos poderes han caminado uno al lado del otro, ya apoyándose, ya combatiéndose, ya mirándose con indiferencia.

Pero ¿ con que derecho llegó la Iglesia á participar de este modo del poder de los Césares, á dividir en dos el trono de los emperadores, y á fijar en frente de la sede imperial la sede apostólica? ¿ Por qué, hallándose asentado en aquella basílica un trono de la tierra, no habia de poder desalojar de allí el trono episcopal? Hé aquí una cuestion digna de la meditacion de los espríitus reflexivos, y con especialidad despues del largo combate que se han dado los dos poderes, despues de tantas preocupaciones acumuladas contra la Iglesia, preocupaciones tan fuertes, que á darles credito, parece que todo lo que la Iglesia posee se reduce á una concesion, no de la eternidad, sino del tiempo. Pero antes de examinar con qué derecho se estableció el poder de la Iglesia, es necesario conocer la índole y la extension de este poder, sin lo cual fuera imposible apreciar sus derechos.

La naturaleza de un poder se determina por su objeto, y el objeto del poder de la Iglesia está señalado claramente en estas célebres palabras: *Id, enseñad á todas las naciones; bautizadlas en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á guardar los mandamientos que os he dado* (1). Enseñad la verdad, derramad la gracia, haced practicar la virtud: la verdad, cosa in-

(1) S. Mateo, cap. 28, vers. 19 y 20.

visible y espiritual, de la que no hay en la tierra mas que una pálida imágen en las realidades que nos rodean; lá gracia, cosa tambien invisible y espiritual por su naturaleza; la virtud, *virtus*, lo que hace al hombre, *vir*, cosa igualmente invisible y espiritual, aunque se manifiesta por actos exteriores, porque tiene su principio y su resorte en el oculto abismo de la conciencia. La verdad, la gracia, la virtud, ved aquí el triple objeto del poder de la Iglesia.

Por lo que hace á la extension de este poder, depende de su accion, porque la accion que un poder ejerce en derredor suyo, es la medida de su extension: y esta accion misma, en su modo y en su grandeza, se determina por los medios que el poder está obligado á emplear para la consecucion de su objeto. Ahora bien, la Iglesia, encargada de propagar la verdad, la gracia y la virtud, no puede cumplir su mision sino con el auxilio de cinco medios. Necesita la verdad de la libre predicacion de la palabra santa; nos es comunicada la gracia por la libre obligacion del sacrificio, y la libre administracion de los sacramentos; desarróllase la virtud por el libre ejercicio de sus actos, y por último, nada de esto puede cumplirse sin un sacerdocio que no cese de anunciar la verdad, de invocar la gracia, de excitar á la virtud, y por consiguiente sin la libre perpetuidad de la jerarquía eclesiástica. Considerado el poder de la Iglesia bajo el aspecto de su extension ó de su accion, que es lo mismo, consiste, pues, en la libre predicacion del Evangelio, en la libre oblacion del sacrificio y la libre administracion de los sacramentos, en la libre práctica de la virtud y en la libre perpetuidad de su jerarquía.

De este modo la Iglesia se relaciona con el órden interior y el órden exterior: por el primero se halla en contacto con una cosa superior al hombre, y toma su fuerza de la gracia; por el segundo se halla en contacto con una cosa humana, y toma su fuerza de la libertad. Por eso, cuando se pregunta con qué derecho quitó la Iglesia parte de su poder á los Césares, es como si se preguntara con qué derecho se ha establecido la libertad cristiana. Nunca arrancó la Iglesia á los Césares la fuerza interior y divina de la gracia, porque no la tenian; ni ha tenido disensiones con ellos sino sobre el poder exterior, que es el de la libertad. Así la cuestion entre César y la Iglesia, se reduce á lo siguiente: ¿Con qué derecho se ha establecido la libertad cristiana?

Respondo que con el derecho divino. En efecto, á nosotros no nos ha sido dado por una concesion de los príncipes enseñar al universo.

No los Césares, sino Jesucristo fué quien nos dijo : *Id y enseñad á todas las naciones :* no los Césares, sino Jesucristo fué quien nos dijo : *Remitid los pecados*; *aquello que hubiereis desatado en la tierra, será desatado en el cielo :* no los Césares, sino Jesucristo fué quien nos dijo : *Crucificad vuestra carne con sus vicios y sus concupiscencias :* no los Césares, sino Jesucristo fué quien nos dijo : *Recibid el Espíritu Santo.* De consiguiente, no debemos nuestra libertad á los Césares, sino que se la debemos á Dios, y la sostendremos porque de él proviene. Bien podrán los príncipes reunirse para combatir las prerogativas de la Iglesia, calificarlas con los nombres mas ultrajantes á fin de hacerlas odiosas, y decir que es un poder exorbitante que pierde los estados : nosotros dejaremos que digan, y continuaremos predicando la verdad, remitiendo los pecados, combatiendo los vicios, y comunicando el espíritu de Dios. Si se nos destierra, lo haremos en el destierro ; si se nos aprisiona, lo haremos en los calabozos ; si se nos conduce al fondo de las minas, lo haremos en el fondo de las minas; si se nos arroja de un reino, pasaremos á otro. Se nos ha dicho que hasta el dia en que á cada cual se le pida cuenta de sus obras, no penetraremos en todos los reinos de la tierra; pero si se nos arroja de todas partes, si el poder del Antecristo viene á extenderse por toda la haz de la tierra, entonces nos acogeremos, como en los primitivos tiempos de la Iglesia, á los sepulcros y á las catacumbas ; y si por último, hasta allí se nos persigue, si se nos hace subir á los cadalsos, en todo hombre de noble corazon hallaremos el asilo postrero, porque no habremos desesperado de la verdad, de la justicia y de la libertad del género humano.

Digo la libertad del género humano, porque ¿ á quién ha sido dada la libertad cristiana? ¿ á quién se la ha trasmitido Jesucristo en patrimonio con su sangre ? A todos, y en particular á los pobres, á los pequeños y á los infortunados. Se habla todos los dias de nuevas teorías, de civilizacion, de leyes agrarias, de derechos del pueblo ; pues bien, hé aquí su herencia : vosotros teneis ciencia, crédito, pompas, honores y la alegría del mundo ; y poco importa que Dios no haya querido dárselo á todos, si á todos ha comunicado su palabra. ¿ Aspiraríais á quitar á aquellos que nada poseen el derecho de oirla ? ¡ Querríais borrar la frase *bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran !* Tened en cuenta que al borrarla os privais á vosotros mismos de este consuelo. Tarde ó temprano os faltará el mundo, y entonces os congratularéis de encontrar la libertad de la cruz : la cruz es el cetro del pobre ; pero tambien es el último

que empuña la mano de los reyes. Respetadla en los demás, por compasion á vosotros mismos.

Digo, pues, que la libertad cristiana, que constituye el poder de la Iglesia bajo el aspecto exterior, proviene de Dios, y es patrimonio del género humano. Añado que es de derecho natural, porque no es mas que el medio de propagar la verdad, la gracia y la virtud, tres cosas que no se pueden arrancar al hombre, y que son esencialmente libres al frente de todo poder humano.

Con efecto, la verdad es una cosa que no pertenece á nadie, y que ningun soberano puede reclamar como propiedad suya; la verdad es de todos, y no hay derecho contra ella, que es el orígen de todos los derechos. ¿Qué derecho podria alegarse contra la verdad? ¿Acaso el de impedir que fuese conocida? Pero este derecho implicaria la negacion de toda justicia, porque la verdad es el derecho de todos por la única razon de que el hombre es un sér inteligente. Sin duda la verdad se aplica y se trasmite por la palabra; pero la palabra, cuando no expresa mas que la verdad, se confunde con ella, no es mas que la verdad comunicada, es decir, la verdad usando de su derecho de hacerse conocer. ¿Se querria decir por ventura, que la verdad tiene derecho á ser conocida, que no hay derechos contra ella, pero que los príncipes tienen el derecho de discernir lo que es la verdad de lo que es el error? Aun cuando este derecho perteneciese al poder civil, nada resultaria contra la Iglesia, que es la verdad y la depositaria de la verdad; pero falta mucho para que pueda decirse de una manera absoluta que el derecho de discernir la verdad del error pertenece al poder civil. Este poder existe en cierto número de hombres que no son infalibles, y que pueden afirmar solo que tal ó cual cosa les parece verdadera ó falsa, que tal cosa parece útil ó perniciosa al Estado, sin que tengan el derecho de emitir un juicio obligatorio sobre la verdad ó el error. Ninguno puede estar obligado en conciencia á creer lo que cree el poder civil, y por consiguiente el derecho de discernir la verdad del error no le pertenece; porque si este derecho le perteneciera, todo ciudadano se veria obligado en conciencia á adherirse al juicio que él hubiese pronunciado. ¿Quién no habia de reirse á la sola idea de un poder humano que viniera á estampar en la puerta de Nuestra Señora, cuál es la verdad de hoy, y esta noche, cuál será la verdad de mañana? Verdad es que los príncipes han intentado hacerlo mas de una vez; pero si algunos han tenido la debilidad de someterse á tan abyecta servidumbre, la Iglesia lo ha resistido constantemente á

costa de su sangre, oponiendo á una ambicion tan ridícula como funesta por parte de los reyes, la doble salvaguardia de un profundo desprecio, y de un profundo respeto.

Así como la verdad, es por sí libre la gracia; porque, ¿ qué es la gracia? Es una accion de Dios sobre el hombre, ¿ y cómo podria el hombre estorbar semejante accion? Cierto es que se confiere la gracia por signos sensibles; pero estos signos no son, como la palabra con relacion á la verdad, mas que la expresion de la gracia; son la gracia, comunicándose por cierta via: de consiguiente los sacramentos y la gracia son indivisibles, y no se puede atentar á los unos sin atentar á la otra. No injuriaremos nosotros á los poderes temporales, que en época no muy lejana enviaban comisionados á nuestros templos para apoderarse de las santas formas, del cuerpo de Dios vivo; no les injuriaremos con creer que solo á un poco de pan se dirigian sus ataques: no se dirigian contra cosas sensibles, sino contra la fuerza oculta en ellas; ¿ y qué es esta fuerza, sino la que la fe nos ha dado y proviene de la accion de Dios sobre nosotros? Si no fuese Dios el que yo alzo en el altar, si no fuese mas que un poco de pan, no necesitaríais tantos batallones para arrancarlo de mis manos.

Queda la virtud; y aquí es donde mas brilla la luz: porque ¿qué derechos pueden asistir contra la virtud? El hombre ha nacido para el bien; y este es su deber, además de ser su derecho; y contra el deber ¿ qué derechos existen? Yo quiero ser humilde, manso, casto; ¿ quién tiene derecho contra la humildad, la mansedumbre y la castidad? Yo quiero despojarme del traje del rico, y vestirme por amor el traje del pobre; ¿ quién tiene derecho contra un traje decoroso y fraternal? Quiero vender mi patrimonio, y distribuirlo entre los miembros de Jesucristo y de la humanidad que sufren; ¿quién tiene derecho de poner óbices al corazon en sus expansiones, y de proscribir la caridad? ¡ Ah! si cuando nosotros vinimos á anunciar por la primera vez el Evangelio, se nos hubiera podido decir que éramos incendiarios, que turbábamos la paz del imperio y queríamos derrocarlo, el poder civil hubiera estado en su derecho precaviéndose contra nosotros; pero « Buscad en vuestros calabozos, decia Tertu-
» liano, y ved si se encuentra allí un solo cristiano acusado de crí-
» menes: aquellos á quienes deteneis en su recinto, solo están acu-
» sados de una cosa, de llevar el nombre de cristiano; ¿ y qué les
» exigís para ponerlos en libertad? Solicitais que tomen entre los de-
» dos un poco de incienso para quemarlo delante de una estatua: de

» consiguiente, concluia, no los acusais por causa de sus vicios, sino » por causa de sus virtudes. » Seamos francos, Señores; se puede disputar sobre la verdad, porque está abandonada en la tierra á las disputas de los hombres; pero nunca se puede disputar sobre la virtud: brilla esta de una manera que no deja resquicio alguno á la injusticia ni á la tiranía, y aun cuando el cristianismo no fuese libre á título de verdad, lo seria á título de virtud.

Ya lo veis, Señores: no solo está fundado el poder de la Iglesia sobre el derecho divino; no solo es legítimo en virtud del derecho natural, sino que en último análisis no es mas que el ejercicio de la libertad humana. Cualquiera que atente á la Iglesia, atenta á nuestra libertad, no á la libertad política y civil, sino á la libertad moral, á la que nos hace hombres. El hombre, como inteligencia, tiene derecho de conocer y de comunicar la verdad; como sér moral, tiene derecho de practicar la virtud y de enseñarla á los demás; como sér religioso, tiene derecho de comunicar con Dios, y de recibir sus inspiraciones y sus dones. Libertad de la verdad, libertad de la gracia, libertad de la virtud, hé aquí todo el poder de la Iglesia, todo su derecho, toda su ambicion.

Tambien bajo el aspecto de la libertad moral y de la dignidad del hombre, ha sido el establecimiento de la Iglesia un beneficio cuya maravilla es mas visible que nunca. En otros tiempos el poder civil no dirigia solo los intereses de la vida, de la seguridad, de la propiedad, del honor, de la independencia nacional, sino tambien los asuntos morales y religiosos; y esta acumulacion de atribuciones, sin ser útil á la religion ni á las costumbres, que habian degenerado en espantosos abusos, producia un despotismo el mas profundo é indestructible. Con el establecimiento de la Iglesia ha perdido el poder civil el imperio sobre el pensamiento del hombre, y no es ya dueño de las leyes divinas. La religion subsiste por sí misma, con su vida propia é independiente, equilibrando con su influjo todos los influjos exorbitantes que tiendan á prevalecer y á oprimir á los pueblos. La accion ejercida bajo este aspecto en la sociedad por la Iglesia, ha penetrado de tal modo en las costumbres, que hasta se han atribuido al error los derechos de la verdad, y todos los cultos han aspirado á la misma libertad que habia sido conquistada por la Iglesia catolica. No concebimos ya al poder civil ejerciendo en su nombre el poder religioso, y no es la menor mancilla del protestantismo haber convertido al príncipe en jefe exterior del cristianismo en las diversas naciones protestantes.

Pero, diréis, si el establecimiento del poder espiritual en el mundo ha producido un desarrollo útil á la dignidad y libertad moral del hombre, ¿no ha introducido en la sociedad civil un principio de anarquía peligroso? En vez de la unidad del poder que mantenia el órden social, hay desde entonces en cada estado católico dos poderes para unos mismos súbditos: si nunca estuviesen en desacuerdo sobre sus atribuciones el poder espiritual y el poder civil, acaso fuera tolerable este estado de cosas; pero todos saben que aunque haya cosas evidentemente espirituales, hay muchas de naturaleza mixta y oscura, que son asunto de perpetuas diferencias entre ambos poderes. La historia está llena de estos ejemplos: unas veces ha alcanzado el triunfo la Iglesia, y otras el imperio; sangrientas disputas han manchado los anales de la Iglesia y los de los pueblos: una vez suscitadas estas discusiones, ¿qué medio hay de terminarlas pacíficamente? ¿quién será el juez entre ambas partes, puesto que una y otra son independientes y no reconocen un superior comun? La guerra es la que decide en semejantes casos entre los soberanos temporales; ¿ha de ser tambien la guerra la que decida entre el poder espiritual y el poder civil? Si es así, la Iglesia no se halla únicamente fundada sobre la fuerza de la gracia divina y de la persuasion, y los estados católicos se hallarán amenazados de una guerra civil perpetua. Y sin recurrir á la guerra, ¿cómo han de decidirse estas cuestiones?

Notemos ante todo que la lucha es el estado presente de la humanidad, que el bien y el mal, la carne y el espíritu, los reinos contra los reinos, las ideas contra las ideas, se hallan en un combate permanente, y que el órden nace de este combate. No es otra cosa el órden que el conjunto de elementos diferentes, y cuantas mas discordancias parciales compongan la armonía, mas señalado es el triunfo del órden, y su poder mas manifiesto. No nos asombremos, pues, de que Dios haya establecido una especie de dualismo en la sociedad, con la institucion de su Iglesia: ningun poder se halla limitado sino por otro poder, y lo admirable es que el poder espiritual, limitando al poder civil, le afirma sobre bases indestructibles. Nunca han vivido los príncipes mas largo tiempo, ni han merecido mas el amor de los pueblos que gobernaban, que desde el establecimiento de la Iglesia; y á medida que se ve á la Iglesia afirmarse en un estado, se ve al poder civil mas respetado, como se le ve caer en el abatimiento á medida que la Iglesia pierde su influjo: este hecho no admite réplica. Al establecer Dios la Iglesia, no solo ha trabajado por la libertad

humana, sino tambien por la proteccion de la autoridad humana: se puede decir de ella lo que Tácito dijo de Nerva, á saber, *que ha reconciliado la libertad con el mundo.* Y si se busca el motivo, se hallará en que es propio de la Iglesia hacer respetar todos los derechos haciendo conocer y respetar la verdad, y que por consiguiente tienen en ella un sosten todos los derechos, así los de los soberanos como los de los pueblos.

En cuanto á los debates que se suscitan entre los dos poderes sobre materias delicadas, haremos observar desde luego que los derechos fundamentales de la Iglesia son claros como la luz del dia; que, sobre las cuestiones mixtas, tienen los dos poderes el recurso de entenderse por medio de concordatos y de hacerse recíprocas concesiones; que la Iglesia, no teniendo á su disposicion la fuerza armada, nunca puede establecer violentamente una injusticia. Este es, Señores, el grande privilegio de la Iglesia en este mundo, que no puede establecer la injusticia con las armas en la mano: si ella obra, lo hace siempre con el consentimiento de los pueblos y de los soberanos, y bajo la proteccion de la libertad ó del derecho público. Confieso que el poder civil tiene posibilidad de abusar de su fuerza contra la Iglesia; pero la Iglesia no le opondrá mas que dos defensas, el martirio y Dios: el martirio, sufriendo la muerte antes que hacer cosa alguna contra los derechos concedidos por Dios á su Iglesia; y despues Dios mismo, que es su fundador, su guia, el tutor de su debilidad en medio del mundo, y el que ha prometido no abandonarla. Muchos ejemplos hay en la historia, y se podrian citar algunos que por ser recientes viven en la memoria de todos. ¿Quién era Pio VII contra Napoleon? No obstante, Pio VII ha luchado contra el señor del mundo, solo por la fuerza de su conciencia, y ha vencido sin armas al hombre de los ejércitos.

Cuando se pregunta quién será el juez entre el poder espiritual y el poder civil, se olvida que existe un Dios que rige el mundo, y se pide una solucion, que si fuera posible visiblemente sin la intervencion divina, excluiria á Dios del gobierno general de las cosas humanas. Dios es necesario; es el nudo con que todo se enlaza, y manifiesta su accion con acontecimientos que cambian la faz de los siglos, y tienen un carácter particular de poder imprevisto, por el cual es fácil reconocerlos.

Así que, ningun motivo de desconfianza y de odio existe contra la Iglesia católica, á consecuencia de su establecimiento definitivo en medio de la sociedad, del espacio y del tiempo. Todo lo ha recibido,

nada ha usurpado, y todo lo ha bendecido : ha recibido sus derechos de Dios y de la naturaleza; no ha usurpado ni la verdad, que es de todos, ni la gracia, que no es de nadie mas que de Dios, ni virtud, que es el deber comun; ha bendecido la libertad por el uso que ha hecho de ella, y la autoridad admitiéndola á la participacion de su propia corona. No obstante, á pesar del esplendor de su legitimidad y de sus beneficios, nunca ha cesado de padecer persecuciones. ¿Cómo acontece esto? ¿Qué tempestad la agita en todos los siglos? Os lo diré, Señores. Persiguen á la Iglesia dos espíritus, y la perseguirán siempre : el espíritu de dominacion y el espíritu de licencia. Mal podria tolerar el espíritu de dominacion la libertad de que goza la Iglesia; y el espíritu de licencia tiene horror á la verdad, á la gracia y á la virtud de que la Iglesia es apóstol infatigable y heróico sosten. El espíritu de dominacion impele á los pueblos al protestantismo antiguo ó moderno, á fin de quedar único dueño de la sociedad; el espíritu de licencia los empuja á un trastorno todavía mas profundo, á fin de emancipar el orgullo y los placeres, heridos por el misterio de la cruz. Parece que la Iglesia deberia sucumbir á este doble esfuerzo que tiende á los mismos fines, y se desata contra la Iglesia por sus dos extremos, el trono y la plebe; pero ¡ oh profundidad de los caminos de Dios ! el espíritu de dominacion execra al espíritu de licencia, y el espíritu de licencia execra al espíritu de dominacion. En el momento en que esos dos espíritus se abalanzaban con mas ardor contra la Iglesia, y se gozaban ya en su ruina, se encontraron de improviso frente á frente y chocaron entre sí : un ciego furor los precipita uno sobre otro, anhelando cada cual recoger por sí solo los despojos de la Iglesia; y su odio recíproco se enciende á vista de su presa. De vez en cuando se paran y se contemplan asombrados; conocen que necesitarian unirse para acabar con su víctima, y se buscan vínculos de parentesco. El espíritu de dominacion se dice : ¿No soy yo el padre de la licencia? y el espíritu de la licencia : ¿No soy yo el padre de la dominacion? ¡ Vanos esfuerzos ! Mucho odian á la Iglesia, y desearian aliarse contra ella; pero mucho se aborrecen el uno al otro para que les sirva de vínculo su encono. ¡ Oh justicia de Dios ! Abrid paso á la justicia de Dios.

En un oasis de la Arabia pacia un cordero : se percibe el rugido del leon, aparece el rey del desierto, va á precipitarse de un salto sobre el animal sin defensa; mas hé aquí que de la otra extremidad del desierto se lanza otro leon acosado por el hambre; se con-

templan, se preparan, se destrozan, mientras el cordero sano y salvo pace tranquilamente al lado de su furia. Los dos leones son el mundo; el cordero es la Iglesia: el mundo está dividido, la Iglesia es una.

SERMON SÉPTIMO.

Del poder coercitivo de la Iglesia.

No se concibe un poder sin soberanía, es decir, sin ser independiente de aquellos á quienes rige : en otro caso no seria poder, sino servidumbre. Ha recibido, pues, necesariamente el poder espiritual una soberanía espiritual, que le fué dada en este célebre texto : *Todo lo que atáreis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatáreis en la tierra, será desatado en el cielo* (1). Este poder de atar y desatar en el órden espiritual no es otra cosa que el derecho de gobernar con independencia las cosas divinas, cuyo depósito está confiado á la Iglesia. Esta no ha sido instituida entre los hombres como una esclava, sino como una señora ; no ha sido instituida para distribuirles á su antojo la palabra, la gracia y todos los efectos de su ministerio, sino para distribuírselos con prudencia y justicia, para admitir á su participacion á los que juzgue dignos de ella, y para rechazar á los que tenga por indignos : de otro modo obraria á ciegas, y perderia á las almas en vez de salvarlas. Nos proponemos, pues, examinar hoy el poder coercitivo de la Iglesia, ó dicho de otra manera, su poder de atar y desatar, el cual se reduce á imponer penitencias en el fuero interno, y al derecho de excomulgar en el fuero externo.

Está en la naturaleza de las cosas que todo mal engendre una desgracia para el que lo comete, sin lo cual el bien y el mal serian por sí indiferentes. Esta desgracia es la pena; pero como el objeto de la pena no es una estéril venganza, como se dirige á la mejora del culpable al mismo tiempo que á la reparacion del mal, se deduce que toda pena, en el órden presente, es una mezcla de justicia y de misericordia. Allí donde no hay mas que justicia, es sacrificado el culpable; allí donde no hay mas que misericordia, se halla el bueno comprometido. Sentado esto, conocemos sobre la tierra tres poderes penales, la naturaleza, la sociedad civil y la Iglesia. La naturaleza

(1) S. Mateo, cap. 18, vers. 18.

castiga el mal en el cuerpo y en el alma : en el cuerpo por la enfermedad, el padecimiento y la muerte prematura; en el alma degradándola y quitándole lo que tenia de original, de sensible y de santo; aquí no hay nada de misericordia, la naturaleza hace sentir hasta lo último el aguijon de la venganza : cuando, por decirlo así, ha marchitado á un hombre, es muy raro que le consienta volver á su antigua lozanía. Si considero la sociedad civil, aun encontraré ausente de ella á la misericordia. La naturaleza envilece, la sociedad deshonra; porque donde la pena es pública, el deshonor es inevitable, y donde quiera que el deshonor maltrata, no aparece la misericordia. Ni la naturaleza ni la sociedad poseen, pues, la penalidad completa, la penalidad que castiga y que reconcilia, que abruma amando y humilla para engrandecer luego. La naturaleza tiene la espada inexorable del dolor y de la muerte; la sociedad tiene su hacha y sus verdugos : ni la una ni la otra conocen el vaso donde se oculta la uncion de la misericordia y el honor del arrepentimiento. A la Iglesia es á quien le está confiado este misterioso aroma ; solo ella posee el secreto de las penas que rehabilitan, y no es esta la última prueba de la divinidad de su institucion.

La primera de las penas divinas con que está armada la Iglesia, es la confesion, la confesion voluntaria. En esta pena hay justicia; porque si habeis tenido valor para cometer la falta, ¿por qué no delante del universo ? Si no habeis temido hacer mal delante de vuestro corazon, ¿ por qué sí delante de la humanidad entera ? Y no obstante esta justicia es misericordiosa, porque no es al mundo, á un mundo severo y corrompido á quien se os ordena confesar vuestras faltas, sino á un solo hombre en el mas profundo secreto, á un hombre dulce y humilde, semejante á sus hermanos por la tentacion, si bien purificado por la victoria; y esta confesion os humilla sin deshonraros, os toca mas que os hiere, os acerca á vosotros mismos y á Dios ; á vosotros mismos, por el bien que sentís rebosar en vuestro corazon; á Dios, por el perdon que os otorga. Cuando los protestantes han destruido la confesion, cuando han enviado á los hombres á confesarse con Dios, ¿ qué han hecho mas que dejar al alma sola con el pecado, y repeler la misericordia por miedo de la justicia ? Y vosotros, Señores, cuando por un instinto mejor os ocupais de sistemas penitenciarios, ¿ no seguís acaso la huella de Jesucristo y de su Iglesia ? ¿ no aspirais á transformar la vindicta pública en expiacion, á fin de que el culpable salga de vuestras manos castigado, si bien salvado; herido por la vergüenza y el do-

lor, si bien vuelto por ellos al sentimiento y al honor del bien? Tal es vuestro pensamiento, uno de vuestros deseos mas ardientes y mas dignos de respeto; ¿ cómo menospreciais, pues, en la Iglesia el misterio de la expiacion? ¿ por qué no veis que la obra consumada por ella es la misma que teneis ambicion de realizar vosotros? Estais ensayándolo, ¡ y de qué manera! Construiréis ingeniosas cárceles; sofocaréis á un hombre entre cuatro paredes; le impondréis privaciones que no tendréis por tormentos, porque no le arrancarán sangre: pero sea como quiera, siempre deshonraréis al hombre, sin encontrar el camino de su corazon mas que para derramar en su fondo el veneno de la desesperacion. Sí, valen mas las penitencias que las penas; vale mas la expiacion que la represion; vale mas la rehabilitacion que la muerte: sí, pero no lo podeis vosotros. Considerad que eso se halla hecho; dejad acercarse á los hombres á los piés del sacerdote, y conseguiréis mas que con vuestras cadenas, vuestros verdugos y vuestros ensueños. Además, ¿ qué crímenes castigais con todo ese aparato penal? El robo, el asesinato, la violencia: pero hay un mal que penetra en los corazones, que consume las familias, que corrompe las naciones, entregándolas atadas de piés y manos al primer conquistador que llega; ¿ por ventura podeis evitar estos males? Con la confesion voluntaria alcanzamos nosotros á todo, á los crímenes públicos y á los crímenes secretos; los alcanzamos de antemano en la mente que los prepara; en el trono así como en el taller del artesano. Ved á esos príncipes que son hombres como nosotros, mas hombres que nosotros, y por lo mismo mas dignos de lástima: tienen en derredor de sus vicios guardias y honores; no llega á ellos la verdad, ni aun cuando los insultan, porque el insulto nada enseña. Abrid paso, ved á un pobre sacerdote, un capuchino, cuyo nombre ignoran todos; sube esas soberbias escaleras, entra y penetra donde ni aun llegan los confidentes; se sienta, y arrodillándose el príncipe le dice: *Confiteor tibi, Pater.* ¿ Y á quién lo dice? no lo dice á un hombre, sino á la humanidad entera, porque la humanidad entera es la que le acosa, le estrecha y le dice: Señor, habeis pecado, no sois digno de acercaros á Dios.

Si se hubiera llegado á decir á Augusto, mientras se paseaba en sus jardines con Horacio ó con Mecenas: « Ahí abajo hay un hombre con un báculo y una alforja, el cual se dice enviado de Dios para oir la confesion de vestras faltas, » ¿ no hubiera mirado á aquel hombre como á un loco? Pues bien, Señores, esa locura ha prevalecido; y notad que á cada momento en el cristianismo no hallamo

mas que esto, locuras; y esas locuras las justificamos delante de vosotros, de vosotros, flor de este siglo, y vosotros las escuchais y decís : A pesar de todo, eso es muy bello.

No me detendré, Señores, en las demás penas que la Iglesia impone en el fuero interno, como son la oracion, la limosna y las privaciones. Tendríamos que hacer sobre ellas las mismas observaciones que sobre la confesion voluntaria; con mezcla de justicia y de misericordia, todas propenden á destruir el gérmen del orgullo y de la concupiscencia que hay dentro de nosotros. Paso, pues, á las penas del fuero externo, que se reducen á la excomunion, es decir, á la privacion mas ó menos completa de los bienes espirituales de que dispone la Iglesia, á la separacion parcial ó integral de su comunion. Esta pena es tambien de derecho divino, es decir, establecida por Jesucristo, que decia á sus discípulos : *Si tu hermano ha pecado contra tí, vé y corrígele entre tí y él solo : si te oyere, habrás ganado á tu hermano; si no te oyere, toma aun contigo á uno ó dos, para que por boca de dos ó tres testigos conste toda palabra : y si no los oyere, dílo á la Iglesia; y si no oyere á la Iglesia, tenle como á un gentil y publicano* (1). Esta pena, Señores, es á la vez justa y misericordiosa; justa, porque toda comunidad descansa sobre empeños recíprocos, y la participacion de sus derechos exige la participacion en sus deberes; misericordiosa, porque sin violencia, sin mas que aceptar las disposiciones del culpable mismo, puede determinar la conversion del alma que se alejaba por su propio albedrío, sin conocer bastante el abismo donde iba á precipitarse. Sin embargo, como se trata aquí del fuero externo, de la relacion pública de la Iglesia con uno de sus miembros rebeldes, prevalece evidentemente la severidad sobre la dulzura, y conviene considerar la excomunion no solo como una pena saludable, sino tambien como el ejercicio de una libertad sublime. Hemos visto que la Iglesia era libre en su accion espiritual; libre para propagar la verdad por la palabra, la gracia por el sacrificio y los sacramentos, la virtud por todas las prácticas que son su manantial y confirmacion : esto es lo que constituye su libertad positiva, su libertad de obrar; pero hay otra libertad no menos necesaria y preciosa, y es la libertad negativa, la libertad de no obrar, sin la cual ninguna soberanía, ninguna dignidad son posibles. Ahora bien, la Iglesia posee esa libertad por la excomunion.

(1) S. Mateo, cap. 18, vers. 15 y sig.

¿Qué seríamos nosotros sin el poder de excomulgar? Esclavos. Todo el que no tiene libertad para negar su servicio, es un esclavo; todo el que tiene libertad para rehusarlo, es señor y dueño. Es necesario que lo sepan los potentados; el último de los sacerdotes puede rehusar comunicarse con ellos: es necesario que los Teodosios tengan entendido que encontrarán Ambrosios que, viéndoles venir cubiertos con la sangre de Tesalónica, les aguardarán en el umbral para decirles: Teneis soldados, podeis forzar las puertas del templo; pero si entrais, yo salgo. La libertad de salir es la primera libertad del hombre de corazon; ¡desventurado el que no la posea!

En la época de las discusiones de santo Tomás de Cantorberi con Enrique II de Inglaterra, habia firmado el arzobispo en el palacio del príncipe unos artículos contrarios á las libertades de la Iglesia; y despues de haberlo hecho, se retiraba precedido de un diácono que llevaba la cruz. Al llegar á la antecámara del palacio, el diácono arrimó la cruz á la pared y dejó pasar el arzobispo; y como este le preguntase la causa, respondió el diácono: « Delante de vos no llevo la cruz, porque hoy habeis vendido la Iglesia de Dios. » Tomás Becket prorumpió en lágrimas, y tan pronto como llegó á su casa retractó lo que habia firmado. Pues bien, Señores, ¿en qué está la belleza de la frase: « Delante de vos no llevo la cruz? » ¿De dónde proviene que Tomás Becket, alma sublime, derrama lágrimas? ¿De dónde proviene que aquel diácono ha merecido un recuerdo de admiracion, aun cuando su conducta fuese reprensible segun las reglas ordinarias? Consiste en que su palabra era una palabra de hombre libre, de hombre de honor, de cristiano, la palabra de un hombre que niega su servicio á la iniquidad, y se hace por esta simple abstencion mas fuerte y mas grande que su señor; consiste en que aquella frase queria decir: « Vos sois el arzobispo de Cantorberi, habeis sido canciller de Inglaterra y amigo del monarca; yo no soy mas que un pobre diácono; pero acabais de hacer traicion á la Iglesia, y soy demasiado grande para llevar la cruz delante de vos. » Aquella era una excomunion sublime.

Cuanto mas se aleja una nacion de la fe, mas necesitamos ostentar ese santo orgullo cristiano, que al hablar de S. Luis hacia decir á los Musulmanes: « Nunca hemos visto tan orgulloso cristiano. » Cuanto mas ultrajada está la Iglesia debe sostener con mas firmeza su libertad, como lo hace un hombre de honor. En Roma cuando un hombre se quita la vida por un suicidio, se le considera como poseido de una enajenacion mental, y no se le niegan las ceremonias de

la sepultura cristiana : esto puede hacerse en Roma, donde el cristianismo reina con todo su esplendor; aquí, empero, no podemos hacerlo : conviene ser tolerante, si bien no tolerante hasta la ignominia. Notad bien, Señores, que la libertad de no obrar es mas fuerte todavía que la libertad de obrar. Si un hombre habla, se le puede cortar la lengua ; si levanta las manos al cielo, es posible abatírselas; si corre á administrar los sacramentos, se pueden encadenar sus piés ; pero por el contrario, para obtener de él que obre cuando no quiere y no debe, para arrancarle las palabras de la absolucion ó de la consagracion, ¿ qué se hará con su persona? Se le matará acaso ; pero este es su triunfo, porque hombre muerto no hace nada. La muerte extingue la libertad de obrar ; pero consagra la libertad de no obrar.

Es inútil detenernos mas en el poder coercitivo de la Iglesia, considerado en su naturaleza puramente espiritual é interna, porque no puede comprenderse que una sociedad viva sin leyes ; y además todo el que rehusa observar las leyes de una sociedad, no debe quejarse sino de sí mismo, caso que esta sociedad le rechace, ó le imponga condiciones para volver á su gracia. Pero aquí se presenta una cuestion mas grave, que sin duda ha ocupado vuestro espíritu, mientras os estaba hablando. Sin duda diréis, el poder de atar y desatar mantenido en sus límites puramente espirituales, sin el apoyo de ninguna fuerza civil, es una cosa sencilla y aceptable : pero ¿ no ha usado la Iglesia de una coaccion material para hacer observar sus leyes? ¿ no ha llamado al poder civil en auxilio del poder espiritual ? Aquí está la dificultad. ¿ Cómo ha de estar fundada la Iglesia sobre la gracia y la persuasion, si se han levantado cadalsos para defenderla? Me felicito, Señores, de haber entrado en este terreno, y voy á colocarme en él francamente, sin ocultar la historia delante del Evangelio, ni el Evangelio delante de la historia.

Cierto es que la Iglesia no tiene el derecho de la fuerza material. Jesucristo se volvió con viveza á sus discípulos un dia en que querian hacer bajar fuego del cielo sobre una poblacion que les habia rechazado, diciéndoles en tono severo : *No sabeis de qué espíritu sois; el Hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas* (1). Este espíritu, Señores, se ha perpetuado en la Iglesia, no solo mientras estaba perseguida, sino tambien en la época de su triunfo. No os citaré las palabras de Tertuliano, de Orígenes, de S. Cipriano, de Lactancio, de S. Atanasio, de S. Hilario de Poitiers, de S. Juan

(1) S. Lucas, cap. 9, vers. 55 y 56.

Crisóstomo : dirá mas que todo eso un hecho muy notable. Cuando á fines del siglo IV denunciaron dos obispos españoles ante los magistrados á los priscilianistas, siendo causa de que muchos perdieran la vida por sentencia judicial, el papa Ciricio, que gobernaba entonces la Iglesia universal, se levantó contra ellos. S. Ambrosio los separó de su comunion; S. Martin se arrepintió toda su vida de haber comunicado con ellos una sola vez ; por último fueron condenados en un concilio de Milan en 390, y en un concilio de Turin en 401. Dos siglos despues S. Gregorio el Grande escribia á un patriarca de Constantinopla, á propósito de algunos herejes que habian sido maltratados en una sedicion : « Es una predicacion nueva é inaudita exigir la fe por medio del suplicio. » Un concilio de Toledo, celebrado en 633, mandó que nadie fuese obligado á profesar la fe, la cual debe ser abrazada por persuasion y voluntariamente; y este cánon se ha insertado en el cuerpo del derecho canónico.

Es, pues, cierto que la Iglesia, como tal Iglesia, no posee el derecho de la espada material; que está fundada sobre la persuasion, y que la fe no debe arrancarse por la violencia. No obstante, la autoridad civil, que tiene el poder de la espada, ¿ no puede emplear el rigor, no ya para obtener la fe, que es un fruto de la gracia y de la persuasion, sino para defender la Iglesia contra los ataques de sus enemigos, y para impedir toda manifestacion exterior contra la fe ? Hé aquí, Señores, un nuevo punto de vista bajo el cual conviene examinar la cuestion que nos ocupa.

En todas las sociedades antiguas se consideraba la religion como ley fundamental del Estado, y todo el que ultrajaba á la religion recibia castigo como violador de las leyes mas sagradas del país. ¿ Tiene la sociedad civil el derecho de hacer de la religion una ley fundamental del Estado? No hay motivo para dudarlo; porque la sociedad civil es libre en establecer todas las leyes que no son injustas, y no parece que sea injusto impedir todo acto exterior contra la religion practicada unánimemente en un país. Así lo han pensado los mas grandes legisladores de la antigüedad, y Juan Jacobo Rousseau ha consignado formalmente en el último capítulo del *Contrato Social*, que la sociedad civil tiene este derecho. Cuando el cristianismo se extendió por el mundo despues de Jesucristo, encontró tambien esta docrina, que fué en parte causa de la larga persecucion que tuvo que padecer la Iglesia. Protegida la Iglesia por Dios, superó este obstáculo; se rompieron los vínculos que unian la religion y el Estado, y no se anudaron hasta mas tarde, en toda su fuerza,

á consecuencia de la disolucion del imperio romano y de la confusion de los reinos bárbaros. Pero al fin el cristianismo fué un dia la religion unánime de Europa, y la antigua unidad, que hacia de la religion la ley fundamental del Estado, se reconstruyó por sí misma. Todo acto exterior contra el cristianismo se reputó como un acto de rebelion contra las leyes; pero notadlo bien, Señores, era aquella una institucion política, y no una institucion de órden divino: la sociedad, que habia establecido aquella regla, la juzgó útil al órden del imperio; regla que no podia establecer la Iglesia en virtud de su derecho peculiar. Yo no examino al presente el mérito de esta institucion; solo digo que era una institucion política, fundada cuando menos en el ejemplo de todos los pueblos y de todos los legisladores de la antigüedad: aun en el dia teneis vestigios de ella hasta en los estados protestantes. Por ejemplo, la observancia del domingo forma parte de las leyes del Estado en Inglaterra y en los Estados Unidos, y esta ley se mantiene allí por consentimiento unánime, y con un rigor que acusaríamos de excesivo, pero que es el resultado de la voluntad libre de los ciudadanos. No se obliga á nadie á creer en el descanso del séptimo dia, como instituido por Dios; pero se obliga á todo el mundo á respetar la observancia exterior. Tal fué, pues, en la edad media la ley de las sociedades europeas: esta ley ha sido destruida por la voluntad de los que la habian formado; la religion no es ya la ley fundamental de la patria, si bien la patria tenia el derecho de elegir esta ley, de imponérsela y de velar por su observancia.

En hora buena, me diréis; pero la Iglesia se acomodaba á esa práctica, consentia en ella y á ella cooperaba; aceptaba el beneficio de la sangre; cruzaba la cuchilla espiritual con la cuchilla temporal, para formar con ambas una bóveda impenetrable al aire de la libertad sobre la cabeza de los pueblos. Pues bien; creo en mi alma y en mi conciencia que la Iglesia se acomodaba á asociarse al Estado, y á formar de acuerdo con él un imperio en que la distincion de los poderes producia una armonía mas fuerte y una unidad mas profunda. Así lo creo, y así lo digo; pero con la misma franqueza voy á manifestar las razones.

Se acusa á la verdad de intolerante, y se habla gratúitamente de la tolerancia como propia del error: no hay preocupacion que mas haya cundido, ni que mas contradigan la historia y el espectáculo mismo de los hechos presentes. Si hay algun dogma histórico, es sin duda que el error es perseguidor, implacable, atroz, y eso siempre, desde que le es posible y hasta el grado á que alcanza. El error

es Antíoco; la verdad son los Macabeos. *Todos aquellos,* decia S. Pablo, *que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesus, padecerán persecuciones* (1). Y Jesucristo, el gran holocausto de la verdad, la víctima por excelencia del error, decia á los Judíos: *Por esto, hé aquí que yo envío á vosotros profetas, sabios y doctores; y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, que matásteis entre el templo y el altar* (2). Esta profecía no tardó en cumplirse, no solo en Judea, sino en toda la extension del globo. ¿Quién persiguió durante los tres primeros siglos de la era cristiana? ¿Fueron los católicos ó sus enemigos? ¿Quién persiguió en tiempo de los emperadores de Oriente? ¿No eran los arrianos, los donatistas y los iconoclastas? Todo el mundo sabe con cuánto furor y con qué perseverancia se lanzaron á las persecuciones. Hasta Carlo Magno tuvo la Iglesia que defenderse de continuo contra los asesinatos, los tormentos, los incendios, las cárceles, los destierros; y el error era siempre su verdugo. Conviene leer en S. Agustin las atrocidades cometidas en Africa por los donatistas, organizándose en bandas de asesinos y de incendiarios, mutilando, arrancando los ojos, llenándolos de vinagre y de cal viva; mientras S. Agustin no cesaba de rogar á los condes y á los tribunos de Africa á fin de que el castigo de sus crímenes no llegase nunca hasta la muerte, porque sus crímenes habian sido cometidos en odio de la Iglesia. Con la resurreccion del error vió el siglo XVI renovarse aquellos dramas sangrientos; vió á los protestantes romper nuestras imágenes, derribar nuestras iglesias, violar nuestras tumbas, arrojar al viento y á los rios las reliquias de nuestros padres, degollar nuestros sacerdotes y religiosos, é inventar para nosotros en la libre Inglaterra tormentos cuya descripcion sola es uno de los mas crueles suplicios. Y hoy que las ideas de tolerancia se han generalizado tanto, ¿quién persigue en Europa, quién encarcela, quién proscribe, quién envía á la Siberia, quién arranca conversiones con la astucia y la violencia? ¿Es por ventura la Iglesia? ¡Ah! toda la tierra lo sabe: mirad mas cerca de vosotros en las mas humildes chozas, y veréis á la Iglesia en lucha con una minoría díscola, que

(1) Segunda epíst. á Timoteo, cap. 3, vers. 12. — (2) S. Mateo, cap. 23, vers. 34 y 35.

le cercena el agua y el fuego todo cuanto puede, se arma contra ella de la calumnia, y pierde infaliblemente, cuando se trata de sus derechos, el criterio de lo justo y de lo injusto. El combate del error y de la verdad es siempre Cain y Abel; Cain no cesa de decir á su hermano: Ven, descendamos juntos al campo de la libertad..... pero es para asesinarle traidoramente.

No hay que extrañarlo, Señores, ¿ qué quereis que haga el error? No tiene en su abono ni la razon, ni el corazon, ni la historia, ni el órden, ni la lógica; encuentra á cada paso monumentos invencibles, persuasiones que no vacilan, transfiguraciones del alma que le arrebatan sus sectarios; ¿ qué quereis que haga el error, repito? No puede hacer mas que irritarse, y caer de la demencia en el homicidio. La sangre impresa sobre Cain, hé aquí su enseña: hoy se trata de disfrazarla; vendrá un tiempo en que la púrpura no se muestre lavada, ni permanezca oculta. Es verdad que nosotros cansados de diez persecuciones, hemos aceptado con gratitud la union que honradamente se nos proponia; hemos creido que la unidad era un beneficio para todo el mundo y para nosotros. De aquí ha resultado que por nuestra causa se ha vertido sangre, no para convertir, sino por via de represalia y de defensa: digno es esto de sentirse, porque lo es á veces hasta el uso de un derecho; pero siempre aparece que nuestra naturaleza, la naturaleza de la verdad es pacífica, paciente, notable por su tolerancia y equidad, y que despues de haber padecido veinte veces el martirio, no se le ha prohibido fundar un reino en que la espada temporal la defienda de la espada temporal. Nuestra túnica está pura, Señores, está blanca, es la vestidura de la verdad.

En resúmen, Señores, la verdad y el error se disputan el mundo: el arma de la verdad es la persuasion; la del error la fuerza: tiende á la verdad el hombre por su inteligencia; por su cuerpo propende al error, que es favorable á las pasiones. Propende pues, la verdad á prevalecer por la inteligencia, y el error por la fuerza corporal. Si la sociedad civil quiere defender la verdad, es decir, impedir á la violencia que la turbe en medio de sus esfuerzos para persuadir, este es su deber; si quiere ir mas lejos y hacer de la verdad la ley fundamental del Estado, este es uno de sus derechos. Notad, Señores, la diferencia de los dos casos: cuando la sociedad civil protege solo á la verdad ó á la Iglesia contra la violencia, cumple un deber; cuando hace de la verdad su ley fundamental, usa del derecho que corresponde á toda sociedad de constituirse libremente bajo el yugo de

ciertas leyes. Y realmente, si hay una idea grande, sublime y digna del hombre, es adoptar la verdad por ley fundamental del Estado; y aun cuando esto no fuera mas que una utopia, seria una utopia magnífica. Pero las pasiones humanas, que habian respetado en la antigüedad este estado de cosas, porque entonces la religion era errónea, le han atacado con energía en los tiempos modernos, porque la religion era del todo pura, santa y verdadera: han salido victoriosas las pasiones; profundamente dividida la sociedad civil, descansa hoy sobre un principio absolutamente contrario, la completa libertad de cultos. ¡ Ojalá que al menos no sea esta libertad una palabra vana, y obtenga la Iglesia una vez del error el ejercicio pacífico y completo de sus derechos espirituales; es decir, del derecho de persuadir al género humano! Tal es nuestra mas dulce esperanza, y nuestro deseo mas ardiente.

SERMON OCTAVO.

De la doctrina de la Iglesia en general; de su materia y de su forma.

El tiempo ha dado un paso, y os trae de nuevo ante esta cátedra que rodeásteis tan asiduos. ¡ Ojalá que haya conservado en vuestra memoria las verdades que os hemos anunciado! ¡ Ojalá que haya dejado subsistir en ella algunos vestigios! Si Dios nos ha concedido esta gracia, á vosotros, á mí, á la Iglesia, recordad que os expusimos la necesidad de una Iglesia docente, su carácter distintivo, su constitucion, su autoridad moral é infalible, sus relaciones con el órden temporal y su poder coercitivo. Pero esta Iglesia, así conocida por vosotros, posee necesariamente una doctrina; porque si no la poseyese, ¿ cómo habia de ser necesaria su enseñanza? Esa doctrina que posee, no la posee el mundo; porque si el mundo la poseyese, ¿ á qué habia de enseñársela la Iglesia? Tiene, pues, la Iglesia una doctrina suya propia, que posee con exclusion del mundo, con exclusion de la ciencia y de todo poder intelectual que no sea ella misma.

Pero ¿ cuál es esta doctrina? ¿ cuáles son su materia, su forma y sus fuentes? Hé aquí varias cuestiones preliminares que es importante resolver, antes de pasar á la exposicion de esa misma doctrina. A esto consagraremos los Sermones de este año, y desde hoy preguntaremos : ¿ Cuáles son la materia y la forma de la doctrina de la Iglesia? Porque toda doctrina tiene un objeto, á que llamamos su materia, y un método para llegar á este objeto, á que llamamos su forma. Penetrad con respeto en esas grandes vias de la verdad; bien pronto distinguiréis el santuario, y aunque de lejos, sentiréis su presencia.

Cuando el espíritu de las tinieblas quiso tentar por el orgullo al espíritu del hombre, imaginó cuál podia ser el objeto digno de seducirle, y le dijo : *Seréis como dioses, sabedores del bien y del mal* (1).

(1) Génesis, cap. 3, vers. 5.

Tal es, en efecto, Señores, el objeto mas elevado, el objeto supremo del conocimiento; en el fondo de todas las cosas, en su principio, en su medio, en su fin, la cuestion del bien y del mal es la primera y la última que se presenta.

Contemplad al hombre por la parte superior de su sér, es decir, por su inteligencia; fácil es de conocer que la luz es su necesidad mas preciosa. Como dijo Bossuet, el hombre no solo tiene dos agujeros en la cabeza para percibir las cosas exteriores, sino que tiene dentro de sí no sé qué abismo abierto para recibir la verdad que á ella desciende: la inteligencia es ese vacío profundo que debe llenar la verdad; allí entra efectivamente, si bien imperfecta, oscura, combatida, mezcla dolorosa de la luz y de las tinieblas. *La luz,* dice admirablemente la Escritura, *resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden* (1). Cuando la aurora asoma en el mundo, desaparece ante ella la noche; pero aun cuando la luz de la verdad asoma en el entendimiento, no se ahuyentan las tinieblas, sino que resisten y quieren dividir su imperio. Ha dicho un poeta *que el poder soberano no se divide;* esto no es exacto, porque el trono mas magnífico es el del entendimiento, y con la luz lo ocupan las tinieblas; una y otra empuñan su cetro, y nunca le humilla ninguna de las dos sino á medias. Este es un fenómeno inmenso. ¿ Estais ansiosos por contemplar los astros? Sujetais sus movimientos á las inflexibles reglas del cálculo, preveis sus fases y su giro con una precision que parece mandato; os sumergís en el éter, océano sin orillas, y acercais desde sus profundidades hasta vuestros ojos globos que la naturaleza habia sustraido de vuestra investigacion: ¡ cuán digno es de vosotros este poder, hombres formados á imágen de Dios! Pero ¿ qué hay mas allá del éter? ¿ Qué mano ha desplegado y hace girar allí tantos cuerpos sin libertad, con arreglo á leyes inmutables? ¿ Cuál es el término de todo este espectáculo? ¿ En qué momento de la eternidad ha sonado para el mundo movible su hora primera? ¿ En qué momento sonará la postrera? ¿ Hubo un principio? ¿ Habrá un fin? ¿ Que es el éter? ¿ Qué es la luz? ¿ Qué es en sí la sustancia? Así se precipitan las cuestiones, y parece nuestro entendimiento una nave sin mástiles y sin velas, flotando sobre aguas desconocidas. De aquí proviene que vagamos de continuo entre dos extremos: ó no ver en las cosas mas que ilusiones, y negar que exista alguna cosa mas allá; ó bien presumir que

(1) S. Juan, cap. 1, vers. 5.

tras de las cosas se encierran misteriosas realidades. Cuando nos abandonamos á la primera de estas ideas y negamos la verdad, se alza esta delante de nosotros con tanto imperio, que, como dice Pascal, sin desbarrar no podemos desconocer su presencia. Si por el contrario dirigimos nuestras miradas mas allá de las exterioridades y de la apariencia, hallamos oscuridades que nos llenan de espanto; de modo que vamos desde la superficie al fondo, y desde el fondo á la superficie, descontentos de la luz y de las tinieblas, si bien todavía mas descontentos de la primera que de las segundas, porque la luz exige sacrificios de nuestros corazones.

Todas las ciencias, todas las doctrinas propenden á establecer verdades y á disipar errores; pero ¿ porqué hay errores al lado de las verdades y con ellas? ¿ cómo es tan difícil distinguir los unos de las otras? Invertimos nuestra vida en descifrar este triste enigma; es decir, que nuestro entendimiento se ocupa de continuo en librarse del mal y en apoderarse del bien. Si el mal no existiera, todo se presentaria suficientemente claro, y no habria cuestiones: porque toda cuestion es un mal, por ser una duda. Y si no existiera el bien, todo yaceria en las tinieblas, de tal modo que no se pensaria siquiera en la luz; y tampoco habria cuestiones: porque toda cuestion es una esperanza. Ahora bien, pasamos nuestra vida en agitar cuestiones, y hasta es una cuestion vuestra presencia en este sitio. ¿ De dónde proviene esto? ¿ Quién nos explicará esa asombrosa mezcla del bien y del mal en nuestro espíritu? Antes de ocuparnos de ninguna ciencia particular, ¿ quién nos da la ciencia general de la verdad y del error?

Si desde el entendimiento descendemos al corazon del hombre, parece que allí deberia residir nuestro reino, un reino sin confusion. La luz de la inteligencia no somos nosotros, es un presente que nos viene de fuera; pero nuestra voluntad somos nosotros mismos, y el corazon es el centro de nuestra libertad moral; y de consiguiente allí encontramos el bien y el mal en el mismo vaso. En el entendimiento el bien era la luz, y el mal las tinieblas, aquí el bien es la virtud, y el mal es el delito: ¿ negaréis que entre el delito y la virtud existe una diferencia? Yo acudiré á la primera escuela que me ocurra; abriré al acaso uno de esos pequeños libros que se ponen en manos de niños de diez años; lo abriré al acaso por el principio ó por el fin, y os leeré un historia de moral; no quiero otra prueba para que distingais en la emocion involuntaria de vuestro corazon la diferencia que existe entre la virtud y el delito.

Pero si teóricamente no podemos desconocer que existe dentro de la voluntad una lucha entre el bien y el mal, ¿no podríamos fijarnos en el uno ó en el otro y poner término á la lucha? ¿no podríamos establecer el dominio de la virtud en nuestra alma, ó el dominio del vicio? Ni uno ni otro, Señores; despues de muchos años invertidos en el ejercicio del bien, todavía experimenta el santo en su corazon el interior combate, y conoce que el mal se agita allí bajo un techo que no ha cesado de ser el suyo. Y al revés; imaginad un hombre que haya subido todos los escalones del crímen; atribuidle en vuestro pensamiento las acciones mas horrorosas que puedan concebirse : vedle que duerme, y se cree al abrigo del bien para siempre, y no tiene, ó cree no tener remordimientos ni conciencia; pero un dia, como en el sueño de Nabucodonosor, una piedra desprendida de la montaña viene á destrozar el coloso de piés de barro; un dia sin causa aparente se formará en su corazon desesperado una lágrima; ascenderá á lo largo del corazon, pasará por caminos que Dios ha trazado para ir hasta sus marchitos ojos, y correrá por sus mejillas; esa sola lágrima le habrá revelado la verdad, y héchole rendir tributo al bien. Y mientras el vulgo cree leer todavía en su frente humillada los signos de la reprobacion, ya se han bajado los cielos, y Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, la Vírgen inmaculada, todos los ángeles y santos, y todos los coros celestiales acuden á ver á un pecador que hace penitencia, y cuya salvacion les regocija mas que la de noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de arrepentimiento.

Así no hay paz en el crímen, ni paz completa en la virtud : sondead vuestras almas, y ved si no encontrais en ellas el bien y el mal en perpetua lucha : investigad; sois impotentes para sustraeros de ella. Cada hora combate á otra hora, un minuto á otro minuto, un pensamiento á otro pensamiento. Decid, ¿no sois exactamente la imágen que trazo? ¿miento por ventura?

No, no he mentido. Pero despues de estas incertidumbres del corazon y del entendimiento, ¿podrá encontrarse al menos en lo demás alguna consistencia? Parece que Dios ha hecho un milagro para que así no sucediese. Ha unido nuestra alma incorruptible á un cuerpo, como si no debiéramos estar solos en ninguna parte; la ha unido á un cuerpo que muere cada dia, y lucha contra su vida inmortal. Y lo que mas aterra, es que debe triunfar la muerte; y al fin vencerá, al menos en lo exterior, porque para nosotros, cristianos, el momento de la muerte es el triunfo del alma y de la inmortalidad.

En ese momento supremo se reproduce la cuestion del bien y del mal mas fuerte y mas apremiante que nunca. Pero al menos, mas allá de este momento ¿queda terminada? ¡Gran Dios! ¿queda terminada?

Mas allá, no, no queda terminada.

Hasta aquí solo hemos asistido á un espectáculo pasajero; es un combate que tiene sus intervalos de reposo, es un campo de batalla en que el sol asoma en Oriente y desciende á su ocaso. Pero despues de ese momento, en que parece que los elementos del bien y del mal han debido dividirse, descubro ¡ay! que se agranda el abismo: parece que empieza entonces, y veo el siempre del sér y el siempre de la nada: una vida eterna ó una muerte eterna. Se echará, como dice Pascal, un poco de polvo sobre vuestra cabeza, y allí quedará para siempre: para siempre os aguardan los gusanos del sepulcro, ó para siempre una transformacion gloriosa. Hablo aquí como filósofo, pues como cristiano sé que todos viviremos eternamente; pero hasta en el cristianismo el órden final se compone de una vida y de una muerte eternas, porque hay una vida que es una muerte; y por eso, ya discurramos como cristianos, ya como filósofos, siempre descubrimos allende del sepulcro el bien y el mal sin medida: ¡tal es el hombre!

Si volvemos nuestras miradas hácia la sociedad, encontramos en ella las mismas divisiones. Al menos dentro del hombre, el entendimiento, la voluntad y la vida no tenian que luchar sino consigo propias; dentro de la sociedad los entendimientos luchan con los entendimientos, las voluntades con las voluntades, los imperios destruyen los imperios, y las generaciones parecen ahogarse en el espacio. Y todo esto se opera, no solo para alcanzar bienes presentes, sino tambien para alcanzar bienes eternos. Quieren unos que se establezca todo para guiar á los pueblos á la eternidad; otros execran este objeto: y así la sociedad que se ha instituido para la paz, para que cada cual tenga su parte de aire, de sol y de vida, para impedir la opresion, para unirnos estrechamente, para hacernos merecer los bienes presentes y futuros, esa sociedad no es mas que una desolacion, una division irremediable.

Asunto es de serias meditaciones que desde que el cristianismo ha venido al mundo, desde que existe la Iglesia, esa division se ha aumentado: los hijos de las tinieblas y los de la luz se han perseguido con un encarnizamiento nunca visto. Al menos en el paga-

nismo habia cierta especie de armonía; se respetaban los mismos altares, y los filósofos no insultaban la fe de los pequeños. Aquellos grandes y sublimes genios, Sócrates, Platon, Ciceron, decian que convenia obrar como la multitud, en vez de desacreditar sus creencias y de imponerle doctrinas para ella incomprensibles. Pero entre nosotros los cristianos, cuando hemos tenido altares santos, un Evangelio puro, un clero fiel á sus deberes, un tesoro de ciencia y de caridad divinas, en ese momento mismo se han formado conspiraciones contra los altares, ha comenzado la lucha del imperio con el sacerdocio para llegar despues de largos tiempos á la anarquía que hoy existe.

Por otra parte, la naturaleza es tan poderosa que nos confunde. Si uno de vosotros permanece en este sitio, y otro se traslada á la extremidad opuesta del diámetro de la tierra para mirar una misma estrella, las líneas que partan de los ojos de esos dos espectadores entre sí tan distantes, dirigiéndose á la estrella, no trazarán mas que una sola línea; de modo, que ante estos espacios del cielo nada significa una distancia de 3,000 leguas. Pues bien, esa naturaleza tan poderosa y tan rica ¡cuán pobre ha sido para nosotros! ¿Tenemos todos bastante luz, aire y calor? Millones de astros hay que podrian darnos ese calor que nos falta, y dentro de esta ciudad hay manos que no le han sentido en cinco meses: ¡qué prodigalidad y qué avaricia!

Ved aquí, pues, al hombre, la sociedad, la naturaleza; donde quiera hemos encontrado esa cuestion del bien y del mal. Y ahora os pregunto: ¿teneis la ciencia del bien y del mal? ¿la tiene el mundo? ¿se ha cumplido aquella palabra de la serpiente: *Sereis como dioses, sabedores del bien y del mal?* ¿Poseeis el secreto de la verdad y del error, de la vida y de la muerte, de la virtud y del delito, del establecimiento y de la ruina de los imperios, de la vida y de la muerte eterna? ¿Lo poseeis? Si alguno lo posee, le conjuro que se levante y lo diga.

Meditadlo: no se conoce una cosa si no se conoce su causa, su naturaleza y su fin, es decir, si se ignora de dónde procede, dónde existe y adónde conduce. ¿Conoce el mundo por sí mismo la causa, la naturaleza y el fin del bien y del mal? Si pregunto cuál es la causa misteriosa que produce tan cruel oposicion entre los elementos diversos de nuestra existencia, unos me responden por el panteismo, otros por el dualismo y otros por el deismo. Si pregunto cuál es la naturaleza del bien y del mal, unos me dicen que todo es indife-

rente en sí, ó que no hay justo ni injusto, ni bien ni mal absoluto; que llamamos bien á lo que nos es útil, y mal á lo que nos es dañoso; que de este modo una misma cosa puede ser bien ó mal relativamente á diversas personas. Otros piensan que antes del establecimiento de las sociedades humanas no habia ni bien ni mal, sino que despues han resultado de las leyes positivas. Reconociendo otros la diferencia del bien y del mal, colocan en la clase de bien lo que otros en la clase de mal, y vice versa. Por último, si aspiro á saber cuál será el fin de esta terrible lucha, si medito en los destinos del hombre así combatido por una tempestad incomprensible, la ignorancia y la confusion de las ideas del mundo se muestran entonces con mas claridad. Nace un hombre: ¿será feliz ó desdichado? ¿bueno ó malo? Lo ignora el mundo. Se funda un imperio: ¿cuánto durará? ¿cuáles son las probabilidades diversas de su duracion ó de su ruina? Lo ignora el mundo. Se enciende una guerra: ¿quién saldrá victorioso, y quién quedará vencido? Lo ignora el mundo. Se posa una golondrina sobre un tejado: ¿adónde va? Lo ignora el mundo. Cae una hoja: ¿dónde irá á parar? Lo ignora el mundo. Si el mundo no conoce el destino de un cabello, ¿cómo ha de conocer el destino del género humano?

¡Oh! contemplémonos á nosotros mismos, y recordemos en nuestra mente el prodigioso misterio de nuestra vida. ¿En qué estado nos hallamos respecto de la verdad y del error? ¿Cuántas cosas creimos verdaderas que ahora nos parecen falsas, y cuántas creimos falsas que ahora nos parecen verdaderas? ¿Quién será capaz de decirnos lo que nuestro entendimiento será mañana? ¿Y en qué consiste que nos hayamos dirigido á la derecha ó á la izquierda? ¿Y nuestra vida? Desde Adan ¿cuál es su historia? ¿Cuáles nuestros padres? ¿Dónde y cuándo moriremos? Tal vez esta noche ó mañana; lo ignoramos. ¡Y nuestro corazon! ¡Ah! aquí es donde especialmente nos llena de amargura la consideracion de nosotros mismos, y donde se nos presenta el abismo del bien y del mal en toda su latitud y en toda su profundidad. ¡Qué mezcla tan maravillosa de acciones buenas y malas, de pensamientos odiosos y sublimes, de sacrificios y de egoismo! ¿Somos ángeles ó demonios? ¡Tambien es un maravilloso cáos la sociedad donde vimos la luz primera! Ha rodeado nuestra cuna el rugido de la tempestad; hemos pasado á través de mil opiniones contradictorias. Dicen unos que todo muere, otros que todo nace; unos que entramos en un porvenir nuevo, otros que repetimos tristes y antiguas tragedias. Y

por último, para coronar la obra, ¿hemos adoptado nuestro partido acerca de nuestra suerte eterna? ¿Sabeis, jóvenes de este siglo, dónde estaréis en el siglo de lo inmutable y de lo infinito? Contemplad estos muros: los construyera una fe ardiente; á vosotros os devora la duda. Y sin embargo me dirijo á criaturas racionales, á los reyes de la creacion, á la obra maestra de la naturaleza, y nada es comparable á su grandeza mas que la ignorancia de sí mismos, y el misterio impenetrable en que yacen sepultados. Todo lo saben, excepto lo que son.

Pues bien, voy á anunciaros una fausta nueva, y es que existe esa ciencia que no posee el mundo. Existe; porque ¿cómo el Autor de las cosas habria dejado á su criatura en una ignorancia y una incertidumbre tan impropia de su naturaleza? Existe en el mundo, aun cuando no proceda del mundo; la Iglesia, esa autoridad sin par, cuyo bosquejo os he trazado, es su eterna depositaria. Su doctrina es la doctrina de los destinos, la doctrina del bien y del mal. Ella nos enseña que hay un Dios, autor de todo bien, y un espíritu soberbio voluntariamente caido, que es el orígen de todo el mal visible é invisible; y por último, que el hombre, sér libre, capaz del bien y del mal, propende á unirse á uno de estos dos principios. Tal es la materia de la doctrina sagrada de la Iglesia, que se puede definir: El conocimiento de Dios, que es el soberano bien, y del demonio, que es el soberano mal, en sus relaciones con el hombre, que propende á unirse eternamente, ó á Dios por el bien, ó al demonio por el mal.

No solo toda doctrina tiene una materia, un objeto á que aplicarse, sino tambien una forma, es decir, un modo de llegar á este objeto. El hombre no puede alcanzar el objeto de su pensamiento sino por dos vias, por la de la ciencia ó por la de la fe. La ciencia es la revelacion de las cosas por la evidencia y la demostracion; la fe es la revelacion de las cosas por el sentimiento y por el testimonio. La ciencia no se dirige mas que al entendimiento; la fe penetra en él pasando por el corazon: la ciencia rige la naturaleza y la sujeta á nosotros; la fe es la que gobierna la sociedad; porque el hombre ve la naturaleza, y no ve el corazon de sus semejantes. Ahora bien; ni la ciencia, ni la fe, tomadas en sí mismas y en su fuerza nativa, bastan á explicarnos el misterio total de las cosas. Llega un momento en que la ciencia no ve; tambien hay un punto en que la fe, hablo de la fe natural, no puede pasar mas adelante por falta de un apoyo sólido en que fijarse. Así á la orilla de los mares, cuando habeis llegado á despedir una embarcacion que conduce á personas de

vuestro afecto, la seguís por largo tiempo con la vista; y cuando desaparece á vuestros ojos, no os apartais mentalmente de ella, aunque ya no la distinguen vuestras miradas: sabeis bajo qué cielo flota, y el puerto á que se dirige. Y cuando hasta vuestra mente se confunde, cuando el mapa se os cae de las manos, cuando ha trascurrido largo tiempo desde la partida, cuando ignorais qué vientos la empujan y qué escollos la esperan, vuestra alma la sigue todavía, como adivinando, hasta el momento en que todo os falta á la vez, y en que caeis adormecidos en el sueño que es el último término de nuestra facultad de conocer y sentir. Así se agotan una en pos de otra la ciencia y la fe en la especulacion puramente humana de los secretos del universo. La ciencia nos afirma la existencia de lo infinito y de lo eterno; los señala en una esfera superior á todos los séres posibles, columbra sus puertas y en ellas toca, pero no las traspasa. ¿Se contendrá el hombre? ¡Ah! desengañaos. El genovés Colon habia descubierto un mundo en su mente; en vano se le pintaba como inaccesible; en vano se multiplicaban los obstáculos ante su perseverancia: no cesó de proseguir su empresa hasta que le dió feliz remate. Así, sobre las cosas visibles, se alza el mundo de lo infinito; es desconocido, pero está descubierto, y el hombre no lo abandonará jamás. A cualquiera que le parezca venir de lo alto, le preguntará: ¿traes noticias de lo infinito? Y se lanzará á él por la aspiracion del sentimiento, aceptará su sordo y profundo testimonio, y se librará del racionalismo por el misticismo.

El racionalismo, esfuerzo extremado del raciocinio, el misticismo, esfuerzo extremado del sentimiento, enemigos mas bien que rivales, se insultan, lejos de auxiliarse é ilustrarse.

Dice el racionalismo: ¿Qué es el creer cuando no se ve? ¿cómo alcanzar lo que no se sujeta á la investigacion del entendimiento? Respondeis que por el testimonio del corazon; pero por mas que honreis vuestros delirios y vuestros deseos con un nombre cualquiera, ¿dejarán de ser delirios y deseos?

El misticismo levanta la cabeza y replica: Lo infinito existe: ¿creeis, por ventura, encerrarme en lo finito, como en una Santa Elena rodeada del Océano? Yo que sé que no soy mas que un punto cuya circunferencia es lo infinito, ¿permaneceria cautivo en mi soledad y en mi nada? Verdad es que no tengo mapa ni brújula para tomar rumbo seguro hácia esas riberas lejanas; todo se reduce á que la travesía sea mas larga, mas difícil y mas sembrada de escollos. Y estad prevenidos, no sea que al querer sacar deducciones por el

raciocinio absoluto, deduzcais lo que yo sobre lo infinito, y falleis sin ver: porque una de dos cosas; ó lo infinito es todo para nosotros, ó no es nada. Ahora bien, si vosotros no lo veis, ¿con qué derecho podeis afirmar que sea todo ó nada? Elegid á vuestro gusto, decid sí ó no, y siempre seréis místicos. ¿Alegaréis acaso que vacilais en la duda? ¿Y sabeis lo que es la duda? Es afirmar la posibilidad del sí ó del no, pues no podríais dudar si el sí ó el no no fuesen posibles. Afirmais la posibilidad del sí y del no en un asunto en que careceis de vista: luego sois doblemente místicos.

Ved aquí en lucha á esas dos potencias; ni la una ni la otra podria triunfar. El racionalismo ha perdido á la humanidad por la duda, que parece su término natural; el misticismo la ha conducido á la supersticion. Dos veces ha reinado el racionalismo en el antiguo mundo, en los tiempos de Perícles y de Augusto, y dos veces ha desarmado al entendimiento humano. Su reaparicion en Europa, tres siglos há, ha producido nuevamente el mismo resultado. Por lo que hace al misticismo, su historia es menos ruidosa, y natural era que así sucediese. Hombres preparados en el silencio y en la contemplacion sacaban de su soledad interior afirmaciones dogmáticas sobre Dios, el alma y el porvenir; iniciaban lentamente á algunos discípulos en sus misteriosas especulaciones; y aquellas doctrinas favorecidas por la sombra, pero tambien desprovistas de un proselitismo ardiente y comunicativo, acababan por espirar debajo de tierra, ó por abortar en un ensayo de vida pública. Pocos años hace, Señores, habeis visto al misticismo acometer en esta capital una notable tentativa. Sobre las ruinas que el racionalismo habia amontonado en derredor vuestro, hubo hombres de talento que experimentaron la necesidad de volverse hácia la fe; pero en vez de mirar á la santa cruz, en cuyo derredor se agolpa la multidud de los verdaderos creyentes, quisieron elevarse por su propio vuelo á la region de los misterios, y osados en el deseo de edificar, como lo habian sido en el furor de destruir, tuvieron el valor irreflexivo de enarbolar el misticismo en medio de la capital de Francia. Ignoraban que el racionalismo puede muy bien consumar su obra á la luz del dia, porque para destruir no se necesita mas que la insolencia de un rudo ataque; mientras que el misticismo, aspiracion desprovista de unidad, y por consiguiente incapaz de fundar un gran monumento, necesita de sombra, de silencio y de retiro, para ejercer su poder en el corazon del hombre.

En suma, Señores, el hombre por sí era impotente ante el pro-

blema de su naturaleza y de sus destinos. Su ciencia, fundada en una evidencia harto limitada, su fe en un sentimiento harto inseguro, no eran suficientes para consumar la obra emprendida; el tentador primitivo le habia engañado, deciéndole: *Seréis como dioses, sabedores del bien y del mal.* Su yerro consistia en creer que los dos términos que constituyen el misterio universal, á saber, lo infinito y lo finito, Dios y el hombre, podian unirse sin un mediador que los aproximase, y en que hubiese proporcion y reciprocidad. Esto era imposible. El racionalismo y el misticismo no eran mas que el esfuerzo de lo finito para hacerse dueño por sí propio de lo infinito; es verdad que empleaba los dos poderes destinados á este efecto, la evidencia y el sentimiento, la ciencia y la fe; pero eran dos potencias admirables para cooperar con Dios, insuficientes para operar por sí solas. Se necesitaba que lo infinito diera de sí testimonio á la una y á la otra: esto es lo que hizo en el dia de la creacion; esto lo que no ha cesado de hacer en toda la serie de las edades; esto lo que ha hecho nuevamente de un mundo mas completo por Jesucristo, á la vez Dios y hombre, reuniendo en sí las dos extremidades del sér, mediador único y universal, medio de nuestra ciencia, objeto de nuestra fe, fuera del cual todo queda inexplicable y oculto. *Yo he venido al mundo,* decia á Pilatos, representante del racionalismo y del misticismo, *yo he venido al mundo para dar testimonio á la verdad* (1). Este testimonio brillante y profundo lo ha cambiado todo: el Verbo eterno se hizo carne, y habitó entre nosotros: bajo una de sus fases estuvo dotado de la mas alta visibilidad científica, á fin de ser conocido con evidencia; bajo otra ha permanecido oculto, á fin de que siendo un objeto de fe, fuese tambien objeto de un sentimiento delicado y afectuoso, pero de un sentimiento en que fuera tan grande el ardor como la certidumbre.

Posee, pues, la doctrina católica una doble forma: la forma de la ciencia y la forma de la fe: no es ni una ciencia absoluta, ni una fe pura y sencilla: ve y no ve; demuestra y se subyuga; es luz y sombra, semejante á la nube milagrosa que alumbraba á los hijos de Israel, á la par que cegaba á sus enemigos. ¿Le exigís hechos? os citará los hechos mas grandes del mundo. ¿Le exigís principios? os los mostrará tales, que resaltarán hasta en lo mas profundo del entendimiento, y abrirán allí anchas vias. ¿Le exigís sentimientos? llenará vuestro corazon agotado. ¿Le exigís el signo de la anti-

(1) S. Juan, cap. 18, vers. 37.

güedad ? lo posee. ¿ La fuerza de la originalidad ? se ha levantado mas de mañana que vosotros, y os sorprenderá por su juventud. Pero una vez iluminados, conmovidos, arrebatados por ella, ¿ querrá cada uno de vosostros arrancar el velo que oculta parte de su majestad ? Entonces os hará caer en tierra, diciendo : Adora y calla.

SERMON NOVENO.

De la Tradicion.

Habeis visto que la doctrina de la Iglesia tiene por objeto el misterio del bien y del mal, y que considerada en su forma, es decir, en el modo de alcanzar este objeto, es á la par una ciencia y una fe; una ciencia, porque el testimonio de Dios, sobre el cual está fundada, es del dominio de la evidencia y de la demostracion; una fe, porque este mismo testimonio se refiere á cosas infinitamente ocultas á la vista de nuestro espíritu. Ahora, para seguir el órden lógico, debo daros á conocer las fuentes de la doctrina de la Iglesia. Si esta doctrina no fuese mas que una ciencia, no reconoceria otras fuentes que la naturaleza y la razon; pero reuniendo á las condiciones y prerogativas de la ciencia las condiciones y prerogativas de la fe, deriva principalmente sus dones de la tradicion y de la Escritura, depositarias del testimonio divino. Habré, pues, de ocuparme sucesivamente de la tradicion, de la Escritura, de la razon y de la naturaleza, como fuentes de la doctrina de la Iglesia; y despues examinaré mas á fondo la esencia de la fe y los medios de adquirirla.

Empezaré por la tradicion.

En Dios no existe la tradicion, porque para él no hay pasado ni futuro, porque vive por un acto único y eterno; pero para todo lo que se halla sometido á la sucesion, para todo lo que vive en el tiempo, la tradicion es un elemento necesario de vida. No es solamente la memoria de las cosas que ya no existen, sino tambien la continuidad de lo pasado en lo venidero. Sin la tradicion la vida no seria mas que una serie de momentos sin trabazon, una gota de agua caida despues de otra gota; careceria de unidad, y ni aun podria el hombre asegurarse de la identidad de su existencia. Si, en efecto, desde la hora de su nacimiento no se encadenase el momento al momento, la idea á la idea; si al levantarse por la mañana no eslabonase un poder desconocido para él el minuto que sigue al acto de despertar con el que precede al sueño, su existencia se veria interrumpida, y se afanaria en vano por ligar su pasado de ayer con su presente

de hoy. Hay, pues, en el tiempo un poder que forma la cadena de la unidad, y este poder es la tradicion. La tradicion es el vínculo que une lo presente con lo pasado : por ella, anudando en conjunto las horas, los años y los siglos, os poseeis de vosotros mismos, como un sér uno y permanente, á pesar de la rapidez de las olas que os arrastran en su curso : ella es la que reune las generaciones en un solo sér moral á que llamais familia, á las familias en un solo cuerpo que llamais pueblo, á los pueblos en un todo que llamais el género humano. Sin la tradicion, que mantiene la unidad en la sucesion, no seria el universo mas que un eterno aborto; pereceria á cada minuto de su creacion incesante.

Sin embargo, todavía no he dicho todo lo que es en sí la tradicion: no es solo el lazo que une lo presente con lo pasado, sino tambien el que une lo pasado con lo venidero. En efecto, hay una ley soberana de las cosas, á saber, que el fin es proporcionado al orígen; de donde se deduce que el conocimiento del orígen revela infaliblemente el secreto del fin. Si fuese verdad que el mundo hubiese brotado como una seta maravillosa, sin saber cómo, en una sola noche, podria acabar como hubiera empezado; pero si la voluntad creadora ha fecundado la nada, si la faz del hombre ha sido animada con un soplo divino, el hombre no pertenece á la tierra, tiene un destino superior, y el soplo de Dios que está en él, en su inmortalidad final habrá de manifestarse. Siempre el fin corresponde al principio; esto consiste en una razon general que exige que el efecto sea proporcionado á la causa : la nocion de la causa y del efecto es el elemento principal de toda ciencia humana; y una consecuencia de esta nocion es, que los efectos no pueden superar á las causas ni dilatarse mas que en proporcion de su orígen : el orígen es el gérmen, es el poder que os ha producido; lo que no estaba en él no puede estar con vosotros. Vosotros no sois mas que efectos; en el poder que os dió la vida se encuentra la razon por la cual la recibísteis : así cualquiera que reconozca vuestro orígen, sabe de seguro vuestro fin; pero el fin nadie le conoce. Reunid todas las potencias de vuestro espíritu, todas las fuerzas del raciocinio, y no rasgaréis el impenetrable velo de lo futuro. ¿ Quién de vosotros me dirá lo que seréis dentro de poco tiempo ? No os hablo del destino de las naciones, no os pido que profeticeis sobre la duracion de los imperios; os pregunto acerca de vosotros mismos. No os hablo de largos años, sino de la hora presente. ¿ Quién de vosotros me dirá lo que seréis al fin de mi discurso ? ¿ Quién sabe qué cambios se habrán operado en vuestros espíritus ?

¿Quién sabe cómo terminará la idea que nace ahora en vuestra mente? Así hasta el porvenir de vuestras ideas es un misterio en que se confunde vuestro pensamiento. Pero si no podemos contemplar el porvenir frente á frente, hay una cosa en que podemos fijarnos, como una imágen reflejada de antemano, y esta cosa es lo pasado. Si conocemos la palabra de lo pasado, conoceremos la palabra de lo futuro.

Ahora bien, la tradicion nos revela lo pasado, y de consiguiente nos revela tambien el porvenir; es el lazo de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, y la ciencia de los tres: si tuviésemos la memoria de la humanidad, como tenemos la memoria de nuestro sér personal, lo sabríamos todo; pero si no tenemos la memoria de la humanidad, la humanidad ¿no la tiene? ¿vive la humanidad sin memoria ni tradicion? Nada de eso, Señores: la mas rápida ojeada sobre el mundo nos revela que el jugo tradicional se derrama por él con profusion. No existe un solo pueblo que no viva de tradicion, y no solo de tradiciones históricas relativas á su tránsito por la tierra, sino de tradiciones religiosas relativas á su eterno destino. Menospreciar este depósito ¿es otra cosa que menospreciar la vida y lo que constituye su encadenamiento, la unidad, la luz, como acabamos de verlo? Toda doctrina que no se apoya en la tradicion, es una doctrina sin porvenir, porque es una doctrina sin pasado, es una doctrina sin conocimiento del fin de las cosas, porque ignora su principio; es una estatua que quiere tenerse en pié derrocando el pedestal sobre que debia sustentarse.

Por el contrario, la doctrina católica tiene por primer cimiento la tradicion conservadora de la palabra de Dios. Cuando Dios habló á los hombres, su palabra cayó en el tiempo; no era ya la palabra eterna, infinita, sustancial, el Verbo en sí mismo; era una palabra divina, si bien arrojada en el curso de las cosas terrenas, una palabra susceptible de decadencia, de degradacion, de olvido, condenada á vivir en el oido del hombre, á pasar por su boca, y sometida desde entonces á todas las vicisitudes de nuestra imperfeccion. Por fortuna la tradicion se apoderó de ella luego que hubo atravesado el umbral de la eternidad, y la tradicion no es ya ni un oido, ni una boca, ni una memoria aislada, sino el oido, la boca y la memoria de las generaciones ligadas entre sí por la tradicion misma, y que le dan una vida superior á los caprichos y á las debilidades de los individuos. De todos modos, Dios no quiso fiarse en la tradicion oral tan solo; y buscó un medio de fijarla por un signo vivo, universal

é indestructible, que la abarcase toda entera, y la llevase para siempre á las mas remotas irradiaciones del género humano : la tradicion simbólica debia agregarse á la tradicion oral, y sostenerla confirmándola.

La tradicion oral enseñaba el misterio del bien y del mal : que habia una naturaleza soberanamente perfecta, infinita y eterna, Dios; que esta naturaleza, que se bastaba á sí misma, por amor, por un amor cual no lo pueden conocer los hombres, habia querido que la nada participase de lo infinito; que el hombre habia despreciado este amor, prefiriendo al hombre, y á lo que es menos que él hombre, la tierra, y que esta concupiscencia corruptora le habia separado de Dios; que por un segundo acto de misericordia, Dios habia resuelto resucitar el amor y hacer por el hombre, reparándole, una cosa ante la cual pareciese pequeño el beneficio de la creacion; por último que el hombre, segun cumpliese ó faltase á la ley de la reparacion, seria eternamente unido á Dios ó privado de él eternamente. Tales eran, segun la tradicion oral, los cinco términos que constituian el misterio del bien y del mal : la existencia de Dios, la creacion del mundo y del hombre por Dios, la caida del hombre, su rehabilitacion por un acto insigne de la misericordia divina, y por último, el juicio final de todos los hombres. En tan pocas palabras se contenia todo el dogma, todo el culto, toda la moral, toda verdadera relacion con Dios; y lo que la tradicion oral decia, debia repetirlo la tradicion simbólica siempre y donde quiera, á fin de que la memoria del hombre, oscurecida ó engañada, volviese á la verdad por un espectáculo exterior, público, universal, omnipotente.

Ahora bien, Dios habia resuelto desde la eternidad salvar al hombre por el sacrificio sangriento de su único Hijo. En la creacion habia dado la vida al hombre sin quitársela á sí mismo, en la redencion queria quitarse la vida para dárnosla por segunda vez. No me detengo á explicaros este profundo designio de Dios; aun no ha llegado la hora, solo lo recuerdo como una cosa que no os es desconocida. Desde vuestra infancia fuísteis iniciados en ese misterio del amor, y no me engañaré diciendo que le habeis gustado con inefable ventura. ¡Ojalá lo gusteis todavia! ¡Ojalá la luz que regocijaba vuestros primeros años, no se haya apagado en vosotros á medida que vuestro entendimiento se ha hecho mas capaz de apreciar tamaño beneficio!

Habiendo Dios resuelto salvar al mundo por el sacrificio, halló

que el sacrificio encerraba en su esencia los cinco términos que constituyen el misterio del bien y del mal : la idea de Dios, á quien se ofrece el sacrificio; la idea de Dios criador, puesto que la víctima inmolada es un testimonio de su dominio supremo sobre todos los séres, dominio que no podria existir sin la creacion; la idea de la caida del hombre, puesto que el sacrificio ofrecido por todos es una expiacion universal; la idea de la reparacion, puesto que seria inútil expiar lo que es inexpiable; por último, la idea del juicio, puesto que si el hombre no tuviera nada que temer ni que esperar de la otra vida, la caida y la reparacion no serian mas que vanas palabras. Así que, Dios instituyó desde luego el sacrificio como un signo representativo del misterio del bien y del mal; hizo derramar en derredor de la cuna de la humanidad la sangre simbólica de los animales, aguardando que llegase el dia en que el verdadero Cordero fuese inmolado. Y como todo sacrificio supone tres cosas, el sacerdote, la víctima y el altar, estas tres cosas fueron establecidas desde el principio en triple testimonio de la palabra divina, dotadas las tres de inmortalidad y de universalidad. Abrid los ojos : ¿dónde no hay sacerdotes? ¿dónde no hay víctimas? ¿dónde no hay altares? Todo ha cambiado en el mundo menos esto. Mientras que la tradicion oral se dispersaba por todo el mundo con la emigracion de las tribus primitivas, pasando de los labios del patriarca á los de su posteridad, la tradicion simbólica, mas estable, bien que no menos elocuente, levantaba templos solemnes en todas las fronteras del porvenir. Corrian juntas la sangre y la palabra, y juntas decian las mismas cosas á la humanidad viajera y atenta. Cada vez que la tradicion oral experimentaba, al soplo de Dios, un movimiento de renovacion, la tradicion simbólica la sentia de rechazo. El sacrificio de Abel señala la era de la tradicion patriarcal; el sacrificio de Abrahan señala la era de la tradicion hebraica; el sacrificio de Jesucristo ,sacrificio final y consumador, señala la era de la tradicion cristiana. El símbolo seguia el mismo progreso que la palabra; á medida que la palabra se elevaba y se completaba, era tambien la sangre mas pura y mas digna de ser entre los hombres el órgano de la verdad.

Tal es, Señores, la naturaleza de la tradicion y la historia. La tradicion es el vínculo de lo presente con lo pasado, y de lo pasado con el porvenir; es el principio de identidad y continuidad que forma las personas, las familias, los pueblos y el género humano. Corre en el género humano por tres grandes rios perfectamente visibles, el rio cristiano, el rio hebraico, y el rio patriarcal ó pri-

mitivo : en los tres es oral y simbólico, y sea oral ó simbólico, habla de Dios, de la creacion, de la caida, de la reparacion y del juicio.

Nos falta ver cuál es ahora su valor racional, ó mejor dicho, qué se puede deducir de aquí en favor de la doctrina de la Iglesia. Prescindiré de la tradicion oral, porque seria demasiado prolijo demostrar su unidad y su fuerza, y me detendré en la tradicion simbólica.

La tradicion, Señores, tiene el valor de un hecho : un hecho es el elemento científico por excelencia, y especialmente cuando está ligado con otro hecho, cuando muchos hechos juntos forman una serie, y es imposible creer que sea obra del acaso. Un hecho es una cosa que el entendimiento no produce, que se le resiste, que puede ser negado, pero que subsiste á pesar de su negacion. Si un sofista quisiera probaros que no existís, os reiríais de su argumentacion continuando vuestra existencia. Si otro sostuviera que los antípodas son una quimera absurda, os contentaríais con saber que los hay, porque se les ha visto. Acaso hubo un tiempo en que se hacia mas aprecio del raciocinio que de los hechos, en la explicacion de la naturaleza y de la sociedad : pero este espíritu ha sucumbido, al menos en las ciencias físicas. Vino Bacon diciendo á su siglo : « Harto os habeis cansado en especulaciones sin realidad ; no estudieis la naturaleza en vuestras ideas, sino en sí misma ; observad, tocad, experimentad, ved lo que existe. » Nosotros os decimos lo mismo, Señores, ved lo que existe, no en un hombre, en una familia, en un pueblo, sino en el género humano. Ved el hecho del sacrificio y las nociones tradicionales que necesariamente envuelve, porque el sacrificio no es ya un acto material, una piedra sobre la cual es muerto un animal por un hombre que lleva extrañas vestiduras. El sacrificio es evidentemente un acto moral, religioso, dogmático ; tiene una significacion, á la cual se adhiere la humanidad ; y con efecto, donde quiera la humanidad se lo ha ofrecido á Dios como un reconocimiento de su soberanía, como una expiacion, como una especie de esperanza, como un medio de salvacion. En el sacrificio el hecho es inseparable del dogma, y el dogma que en él se contiene posee por consecuencia el valor científico de un hecho ; y no puede ser menospreciado, como no se puede menospreciar el movimiento de la tierra en derredor del sol.

En segundo lugar, el sacrificio tiene el valor de un hecho universal y perpetuo, es decir, de una ley. Vosotros, los que os ocupais de ciencias, ¿ en qué reconoceis una ley ? En dos caractéres : la uni-

versalidad de los hechos y su reproduccion constante. Cuando habeis reconocido en alguna parte esto dos caractéres, cuando habeis observado un fenómeno constante y universal, decís sacramentalmente : Aquí hay una ley. Pues bien, ahora os hallais entre dos extremos : ó negar la universalidad y la perpetuidad del sacrificio, ó decir que un hecho universal y perpetuo no es el signo de una ley. ¿ Negaréis que tal sea el signo de una ley? No podeis negarlo sin destruir la ciencia. ¿ Negaréis la universalidad y la perpetuidad del sacrificio? Pero el sacrificio se consuma en la sociedad cristiana, que está en todas partes, en la sociedad hebraica, que está en todas partes, en las sociedades humanas que quedarán fuera de estas dos, antes y despues de Jesucristo. ¿ Cómo negaréis esa triple universalidad y esta triple perpetuidad? Se dice que por una magnífica ilusion de óptica aparecen á veces en América tres soles en el firmamento : ¿ negaréis el sol en presencia de esa aparicion triple? El sacrificio es un hecho cuya universalidad y perpetuidad son tanto mas notables, cuanto que se ha mantenido á pesar de las revoluciones religiosas que mas han alterado el dogma, la moral y el culto. Si se hubiese respetado siempre la religion, se hubiera podido creer en una especie de conspiracion sacerdotal para mantenerla; pero no se la ha respetado, se la ha desnaturalizado de mil modos, se han agrupado mil fábulas en torno del sacrificio, y sin embargo el sacrificio ha permanecido intacto. Nada es capaz de destruir el sacerdote, la victima y el altar.

¡ El sacerdote ! ¿ Habeis pensado alguna vez en la dificultad de concebir un sacerdote? ¿ Os habeis nunca explicado, no cómo siempre ha habido sacerdotes, y cómo los hay todavía en tanto número, sino cómo hay uno solo? El que medite sobre el sacerdote y no se asombre de su existencia, es digno de lástima. ¿ Qué es un sacerdote? ¿ Es un hombre que forja la moral, un oficial de moral, como decia el siglo XVIII? Pero fuera del cristianismo ¿ dónde está la moral del sacerdote? ¿ qué es la moral de los pontífices de Grecia y de Roma antigua? ¿ Es el sacerdote un filósofo? Pero la filosofía combate al sacerdote. ¿ Es un funcionario público de cierta clase? Si todos los soberanos de Europa y del mundo se reuniesen para formar un sacerdote, solo conseguirian formar un hombre ridículo y envilecido. En esta capital hay hombres de Estado, hombres de talento, poetas, oradores, artistas; les ruego que se pongan de acuerdo para formar un sacerdote. ¡ Ya verian el resultado! Cierto dia, en tiempo de la república francesa, uno de los jefes del gobierno

se presentó en un templo vestido con una túnica blanca, y con un cinturon azul, llevando en la mano un jarron de flores que ofreció al Sér Supremo, fundador de la república. Nada tenia este acto en sí que no fuera sencillo y razonable. ¿ Por qué un magistrado con vestiduras solemnes no habia de ofrecer á Dios una de las cosas mas puras y mas amables de la creacion, un ramillete de flores? Sin embargo, vióse confundido y hecho el objeto del ludibrio general; y es que habia ejercido un acto de sacerdote sin haber recibido la transfiguracion sacerdotal, sin ser elevado á la incomprensible figura del sacerdote. ¡El sacerdote! ¡ El hombre que no existe ni por la moral, ni por la filosofía, ni por el Estado, ni por el mundo! ¡ El hombre imposible de crear, y que sin embargo existe siempre y en todas partes! ¿ Qué es, en fin, el sacerdote? El sacerdote es el hombre ungido por la tradicion para verter la sangre, no como el soldado por valor, no como el magistrado por justicia, sino como Jesucristo, por amor : el sacerdote es el hombre del sacrificio, el hombre que por este medio reconcilia todos los dias el cielo y la tierra, y por él todos los dias anuncia á toda alma las verdades primordiales de la vida, de la muerte y de la resurreccion. Ved aquí por qué vosotros, hijos del siglo XVIII, vosotros, nutridos con los soberbios pensamientos de nuestra edad, cuando hace pocos instantes han alzado las manos sacerdotales la hostia consagrada, poseidos de involuntario respeto habeis inclinado la cabeza, por un instinto que espero sea agradable á los ojos de Dios. Así que, el sacrificio ó la tradicion, puesto que son una misma cosa, no forma simplemente un hecho, sino un hecho universal y perpetuo, es decir, una ley; y quien dice una ley dice una verdad, á menos que no se sostenga que la ley es de institucion humana, lo cual no sucede con el sacrificio, como se debe inferir de lo que acabo de exponer y de lo que añadiré todavía.

Para que la ley del sacrificio fuese de institucion humana, seria necesario concebir una autoridad que hubiera sido capaz de imponerle á todos los pueblos, en todas las épocas, á pesar de la diversidad de las ideas, de las costumbres, y del curso de las revoluciones del espíritu humano. Ahora bien, es evidente que semejante autoridad ni existe, ni es posible. Aun cuando en el orígen del mundo un legislador investido con la soberanía de las tribus patriarcales hubiese establecido la ley del sacrificio, esta indudablemente hubiera perecido por el solo hecho de la separacion de las familias, que desprendidas del tronco comun marchaban cada una hácia su porvenir particular. Este resultado hubiera sido tanto mas

seguro, cuanto que la práctica del sacrificio no podria justificarse por la razon, como no podria ser inventada por ella : ¿ qué relacion existe, en efecto, entre la razon y el sacrificio ? ¡ Qué ! ¿ matar solemnemente un animal seria lo que la razon hubiera considerado como la obra religiosa por excelencia, como el homenaje mas grato á la Divinidad, como el medio de remision universal ? ¿ Seria esto posible ? Y si en vez de considerar el sacrificio simbólico nos fijamos en el sacrificio real, es decir, en la muerte del Hijo de Dios para redimir al género humano, ¿ cómo lo hubiera imaginado la razon, cuando todavía no puede comprenderlo ya verificado ? La razon es tan extraña á la idea del sacrificio, que cuando ha querido razonarlo ha caido en el espantoso crímen de los sacrificios humanos. Sí, Señores, la razon es la que ha ofrecido hombres vivos á la Divinidad, la que los ha quemado, atormentado y abierto sus costados para descubrir en ellos las voluntades del Cielo. Ella es la que dijo á los hombres : Puesto que las víctimas son agradables á Dios, se deduce que las mas excelentes son las mas gratas ; matad, pues, al hombre, porque el hombre es mas precioso que el animal. Ved aquí lo que ha hecho la razon, cuando la razon se ha mezclado en los sacrificios : ella ha creado un crímen horrible contra Dios y contra el hombre, con el cual ha mancillado los anales de gran número de naciones. Y no obstante, tampoco es la sinrazon la que ha inventado los sacrificios, porque las naciones mas civilizadas, así como las mas bárbaras, se han arrodillado y se arrodillan un dia y otro en derredor de la piedra ensangrentada ; y además, desde que el Hombre-Dios se ha inmolado por el hombre, ha nacido en el mundo un espíritu de amor harto inmenso, una pureza demasiado elevada, una sociedad demasiado perfecta para que acuse de locura el orígen de tan grande transformacion.

De modo que el sacrificio ni es obra de la razon, ni obra de la locura, es una obra que domina la historia y la vida del género humano. Reconoced en esto el dedo de la Divinidad, el tipo de todas las obras sobrehumanas, que son á la vez imposibles á nuestra debilidad y á nuestra fuerza. Lo que la razon no puede hacer y no puede condenar, lo que no es razonable ni irrazonable, es evidentemente divino. Las cosas no son sino de tres maneras : ó superiores al hombre, ó iguales, ó inferiores. Si una cosa no es inferior alhombre, si no se halla á su alcance, viene de mas arriba, es decir, de Dios.

Una vez establecida la divinidad del sacrificio, y por consiguiente de la tradicion, de la cual es apoyo, falta averiguar dónde está el

sacrificio puro y completo, y por consiguiente la tradicion, sin mezcla de error. Ahora bien, ya me habeis prevenido, os habeis fijado mentalmente en esa tradicion privilegiada; habeis nombrado la tradicion cristiana, porque al primer golpe de vista se descubre que solo el cristianismo posee el sacrificio real, del que los otros no son mas que presagio y figura. ¿ De qué vale para con Dios la sangre de los machos cabríos y de las becerras? ¿ Qué relacion existe entre matar á un animal y honrar á Dios? Pero á la luz del sacrificio cristiano todo se aclara, todo se explica, el dogma, el culto y la moral. Se concibe que todos los atributos de Dios se revelan en esa grande inmolacion : su poder, su justicia, su misericordia, su sabiduría, su santidad. Se concibe que la víctima toca su corazon con una inefable ternura, y que no puede serle presentado nada mas sublime. Se concibe que toda virtud se deriva de las llagas del Hombre-Dios, y que el hombre aprende en ellas la pureza con la caridad.

Aquí me detengo, Señores; he dicho bastante para haceros comprender la naturaleza, la historia y el valor de la tradicion : os quedará al menos la impresion de que es tiempo de estudiar los hechos cristianos con tanta perfeccion, y por razones tan poderosas como los de la naturaleza. Seguid el movimiento de vuestro siglo : este enarbola la bandera de los hechos, y ya, merced á un estudio mas concienzudo de la historia, ha rectificado, acaso sin quererlo, muchos errores. Si las pasiones se mezclan todavía en sus trabajos, las pasiones mueren y los resultados adquiridos subsisten. Adheríos pues á los hechos, Señores, á la tradicion; salid de vuestra razon individual, estudiad el universo moral como el universo físico; uno y otro tienen sus leyes, que no dependen ni de nuestro entendimiento ni de nuestra voluntad. Toda nuestra gloria, toda nuestra fuerza consiste en conocerlas y en aceptar amorosamente su yugo; y este yugo es suave y ligero, porque los elementos del universo moral, así como los del universo físico, han sido dispuestos para la felicidad eterna del hombre.

SERMON DÉCIMO.

De la Escritura.

La tradicion es contemporánea de la palabra. No bien es pronunciada la palabra, la tradicion se apodera de ella, y la trasmite á los que no la han oido : pero fácilmente comprenderéis á qué riesgos se halla expuesta esta palabra, por divina que sea, al correr así de boca en boca; y ya habeis visto cuántas precauciones ha tomado la Providencia contra la degradacion sucesiva de su palabra, cómo ha reunido las verdades que contenia en un símbolo fácil de retener en la memoria, universal y perpetuo, á saber, el sacrificio, y cómo ha confiado este símbolo con las verdades que encierra, primero al género humano en la persona de los patriarcas, despues á un pueblo milagroso, y por último á la Iglesia católica.

Pero si hubiese sido factible que esta palabra se hallase fija en alguna parte, y se mostrase sólida como el bronce y pura como el diamante, ¿no concebís una gran magnificencia en este don de Dios? ¿no concebís que el testimonio divino hubiera llegado al mas alto grado de certidumbre posible? Ahora bien, la palabra se ha fijado realmente por la escritura, y sin ocuparnos de saber si la escritura fué un don del cielo, ó un invento de los hombres, vemos que la hay de dos especies : la escritura humana y la escritura sagrada. Entiendo por escritura humana, la que se considera como la expresion del pensamiento de un hombre; entiendo por escritura sagrada, la que veneran los pueblos por contener algo mas que el pensamiento de un hombre. Trátase de averiguar cuál es el valor de esta escritura sagrada, y si entre las que llevan este nombre hay alguna de institucion realmente divina, y en la que la Iglesia católica tenga derecho de beber su enseñanza, como en una fuente de verdad infalible.

Existe en el mundo una innumerable cantidad de libros, y sin embargo, solo hay seis que veneren los pueblos como sagrados, y son : los Kings de la China, los Vedas de la India, el Zend-Avesta de los Persas, el Alcoran de los Arabes, la Ley de los judíos, y el

Evangelio. Ante todo causa extrañeza tal escasez de escrituras sagradas. ¡Siendo tantos los legisladores que han fundado ciudades, tantos los hombres de genio que han dominado el entendimiento humano; sin embargo, todos esos legisladores, todos esos hombres de genio no han podido conseguir que haya mas de seis libros sagrados sobre la tierra! Esto consiste, Señores, en que el primer carácter de los libros sagrados es que no cabe sean producidos por ningun poder puramente humano; y para convencernos de ello, investiguemos qué cosa es un libro.

Un hombre tiene un pensamiento, ó por lo menos si no lo tiene, cree tenerlo; se sienta en su bufete, escribe cuatrocientas páginas sobre aquel pensamiento, va despues en busca de un librero, y le dice: Aquí teneis un cuarderno, que impreso con márgenes regulares podrá formar un tomo en octavo. ¿Cuánto me dais por la propiedad? Toma el librero el cuaderno en la mano, lo pesa, calcula que mil ejemplares á siete francos y cincuenta céntimos suman siete mil quinientos francos; tanto para el impresor, tanto para el librero, tanto para el autor: se imprime la obra y se anuncia; si tiene buena salida, la edicion se agota; se cuentan mil personas que poseen aquel libro, y otros miles de personas que lo leen prestado; de modo, que diez ó doce mil entendimientos se hallan en comunicacion directa con el pensamiento del escritor. Este es un triunfo, y tan señalado, que no todos los que tienen talento pueden prometérselo; y lo digo así, porque hasta con talento se puede escribir un libro que no haga fortuna. Sirva esto de consuelo á muchísimos autores (1).

Pero dejemos las obras de algunos dias, que aspirarian en vano á la veneracion de los siglos, y hablemos de los libros verdaderamente grandes. Solo nombraré tres, y creo no faltar á mi promesa nombrando á Homero, Platon y Ciceron: Homero, el príncipe de la poesía; Platon, el príncipe de la filosofía; Ciceron, el príncipe de los oradores; y aun diria, si no tuviésemos á Bossuet, el príncipe eterno de la elocuencia. Pues bien, Señores, en la humanidad, ¿quién conoce á Homero, á Platon y á Ciceron? Siguiendo una calle á lo largo de esta capital, ¿podríais encontrar muchos hombres, que preguntados si conocen á Homero, os miraran sin asombro? ¿Y qué será fuera de esta capital, en naciones no civilizadas? Además, para

(1) Este párrafo desdice del estilo oratorio y aun de la gravedad del asunto. Debe ser una alusion á algun libro que apareciese en aquella época, tal vez con mal éxito. (J. G.)

ser sagrado, no basta que un libro sea conocido; es tambien necesario que constituya el fundamento de la fe de un pueblo, y la norma de sus costumbres; es necesario que al levantarse este pueblo por la mañana, se postre en tierra, abra aquel libro, incline la cabeza, haga sobre su frente un signo sagrado, y dirija su plegaria al Criador por medio de aquel libro.

Esta sola reflexion nos advierte ya que las escrituras sagradas, tanto las falsas como las verdaderas, tanto las que contienen la palabra de Dios, como las que no la contienen, no son obras comunes. Considerad por la rareza del hecho, cuán difícil es imponer un libro á un pueblo: mil cultos se han establecido en el mundo, y tan solo seis han producido un libro. ¿Qué es un libro? un tejido de pensamientos. Ahora bien, todo pensamiento pertenece al órden de la fe, ó al órden de la ciencia: si un libro es científico, el pueblo no le entiende, y los sabios que lo entienden, no lo respetan sino por la ciencia que creen poseer con tanta ó mas perfeccion que el autor; si el libro es místico, en el sentido humano de esta palabra, es decir, si es la expresion de una fe individual, de una aspiracion aislada hácia lo infinito, los sabios lo desprecian y el pueblo no lo entiende tampoco. Si un libro popular es imposible, ¡cuánto mas ha de serlo un libro sagrado!

No obstante, libros sagrados existen; ¿de dónde han provenido? ¿quién los ha hecho? ¿dónde esta el arcano de su poder? Decia un diplomático célebre: El último esfuerzo del arte es inclinar á los hombres á hacer lo que quieren. Yo me apodero de esta frase, y digo: El último esfuerzo de la persuasion es hacer creer á los hombres lo que creen. ¿Pensais que poseeria yo el don de haceros creer en Dios, si no existiese en lo recóndito de vuestro corazon el gérmen de esta creencia, si no existiese en vuestra alma lo que Tertuliano llama *un testimonio naturalmente cristiano?* Así como ninguna fuerza química puede extraer de los cuerpos mas elementos que los que en sí encierran, esa grande alquimia de la persuasion no puede suscitar en nuestra mente mas que verdades indígenas; y si los libros sagrados han tomado posesion del mundo, consiste en que el mundo llevaba en su seno tradiciones sagradas, de que esos libros son la expresion mas ó menos pura, mas ó menos corrompida. Todo libro sagrado es un libro tradicional; se le veneraba antes de que fuese, y antes de nacer existia. Una prueba digna de ser meditada nos ofrece el Alcoran, última de las escrituras sagradas por el órden de los tiempos. Sin duda Mahoma se apoyó en

pretendidas revelaciones; no obstante, es claro para cuantos leen el Alcoran, que la tradicion Abrahánica fué el verdadero manantial de su poder. En nombre de Abrahan y de los profetas proclama Mahoma la unidad de Dios, establece sus leyes, organiza su culto; no hace milagros, como él mismo lo dice, pero habla la lengua de Abrahan, adora lo que Abrahan adoraba, funda lo que Abrahan habia fundado, y exclama oportunamente : « ¿ Sabeis por qué es » sagrada la Meca? porque allí nació Ibrahim, y allí reposan sus » cenizas. »

El mismo carácter tradicional brilla en cada página de los libros cristianos y hebraicos : se encuentra tambien en el Zend-Avesta, en los Vedas y en los Kings chinos. La tradicion es madre de la religion en todas partes; precede y engendra los libros sagrados, como la palabra precede y engendra la escritura; vive inmobilizada en los libros sagrados, como la palabra vive inmobilizada en la escritura. Un libro sagrado es una tradicion religiosa que ha tenido la fuerza de sellar su nombre. Se concibe que no hay cosa mas extraña, porque la verdad es una, y el error teme necesariamente la claridad y la inmutabilidad : ¿ cómo se escribiria, por ejemplo, el politeismo? Ni aun siquiera hablaba.

Son, pues, tradicionales las escrituras sagradas; y añado, que son constituyentes, es decir, que poseen una fuerza maravillosa para dar vida y duracion á los imperios. ¡ Cosa singular ! los mas excelentes libros de los filósofos no han podido fundar, no diré un pueblo, pero ni aun una pequeña sociedad filosófica; mientras que las escrituras sagradas, sin excepcion alguna, han fundado dilatadas y duraderas naciones. Así los Kings han fundado la China, los Vedas la India, el Alcoran muchas grandes razas que han adquirido la dominacion de parte del mundo; la Ley judía, ese pueblo inmortal disperso por do quiera; el Evangelio, la república cristiana, cuya civilizacion extiende su cetro desde Europa á la América. Solo el Zend-Avesta ha visto declinar su poder por los progresos que á poca distancia hicieron los Musulmanes, y aun conserva fieles adoradores que en obsequio de la divinidad encienden todas las mañanas el fuego de Zoroastro. Poco á poco desaparecen las sociedades que no han fundado su porvenir sobre la base de una escritura sagrada, y simplificándose cada vez mas la lucha religiosa y social, no dejará en breve en la palestra mas que tres ó cuatro grandes familias : la familia cristiana, la familia musulmana y la familia bramínica.

Si constándonos ya el hecho, indagamos su razon; si os pregunto por qué las escrituras sagradas son constituyentes, mientras la escritura filosófica no lo es, me parece que esto os dará márgen á serias reflexiones. Citemos á Platon: ¿hay una palabra mas elevada, un estilo mas sublime? ¿en qué consiste que Platon no haya podido constituir, no digo una nacion, pero ni aun una escuela permanente? ¿En qué consiste que las sociedades vacilan cuando los pensadores sientan en ellas la mano, y que el momento preciso de su caida es aquel en que se les anuncia que el entendimiento está emancipado, que yacen rotas las antiguas formas que restringian la actividad humana, que el altar se halla minado y la razon es omnipotente? Filósofos, si decís verdad, ¿en qué consiste que cuando los elementos de la sociedad se depuran y se desarrollan, suena la hora de su disolucion? Diréis acaso que no es sorprendente que las escrituras reputadas por sagradas hayan gobernado los pueblos, porque es fácil avasallar los ánimos cuando se habla en nombre del cielo, mientras que la razon por sí sola no ejerce sino una débil accion sobre los hombres. Pero qué, ¡seria mas fuerte la mentira que la verdad para crear y mantener los imperios! ¿Qué digo? ¡seria la verdad la que destruyese los imperios, y la mentira la que les sirviese de cimiento! Hablando en nombre de Dios un blasfemo insolente, ¡fundaria una obra duradera, y seria veinte siglos despues de su muerte, desde el fondo de su sepulcro, la vida de cien millones de hombres; mientras que un sabio, hablando en nombre de la verdad pura, llevaria consigo el dolor irreparable de haber minado con su doctrina la seguridad y el porvenir de muchas naciones!

Fuerza es, Señores, resolver esta grave cuestion, que no debe quedar pendiente. Os he demostrado que los pueblos que poseen escrituras sagradas tenian una vitalidad mas fuerte, mas larga que los pueblos que están desprovistos de ellas; que estos desaparecian poco á poco de la escena de los siglos; que en breve no quedarian en la palestra mas que tres ó cuatro escrituras sagradas, animando con su jugo á tres ó cuatro sociedades que sobrevivirian á todas las demás: ¿y en qué consiste esto? He añadido que los libros humanos elevados á su mas alta perfeccion, en vez de sublimar y de fortificar la vida social, abreviaban su curso y precipitaban á las naciones como á un ebrio: ¿y en qué consiste esto? ¿de dónde proviene esta diferencia entre los libros sagrados y los libros humanos?

Tal vez esteis tentados por volver contra mí el argumento, diciéndome: ¿Y qué pensais de eso, orador cristiano? ¿de donde se de-

riva la fuerza constituyente del Alcoran y de los Vedas, que mirais como fabulosos? ¿de dónde tiene tanta autoridad la mentira? La respuesta es muy sencilla, Señores; indudablemente no todos los libros que se llaman sagrados son los verdaderos y divinos; exceptuando los libros cristianos, ninguno está exento de error y de fraude; pero por desfigurada que esté en aquellos la tradicion, aun se advierte y anuncia que el hombre depende de Dios, es gobernado por su Providencia, y que debe ser honrado con un culto interior y exterior, base de todos los deberes de los hombres entre sí. La tradicion sostiene estos libros, por imperfectos que sean; les comunica la autoridad del tiempo y del cielo, una verdad que procede de manantial puro, por mas que se haya enturbiado en el camino.

Pero si todas las escrituras sagradas no son divinas, si solo debe serlo una, ¿por qué signos la reconocemos? Por los signos que ya hemos enunciado, por el signo tradicional y constituyente, y además por el signo profético.

¿Qué libro sagrado presenta el carácter tradicional hasta el mismo punto que la Biblia de los cristianos? Es verdad que el Alcoran, el Zend-Avesta, los Vedas y los Kings son un conjunto de tradiciones, pero tradiciones sin enlace histórico, tradiciones donde nada se sostiene por la sucesion de las cosas y la relacion manifiesta con todos los puntos del tiempo. Desde el primer versículo hasta el último, desde el *Fiatl ux* hasta el Apocalípsis, es la Biblia un encadenamiento magnífico, un progreso lento y continuo, en que cada ola empuja á la que precede y arrastra á la que sigue: aslí se entrelazan los siglos, os sucesos, las doctrinas del centro á la circunferencia, y en su tejido inconsútil no dejan vacío ni confusion. Allí, la antigüedad y la realidad exhalan igual perfume; es un libro que se rehace cada dia, que crece naturalmente como un cedro, que ha sido testigo de todo lo que dice, y que nada dice jamás sino viéndolo todo y hablando el lenguaje de la eternidad. Hasta á un niño le será imposible confundir la Biblia con otro libro de los que se tienen por sagrados, y la distancia es tan sensible, que es casi una blasfemia pronunciar su nombre al lado de otros nombres que aspiran á imitar el suyo.

La superioridad es todavía mas manifiesta, si cabe, bajo el aspecto constituyente: ¿quién osaria comparar ninguna sociedad constituida por un libro sagrado con la sociedad cristiana? Fijaos, ante todo, en la China: ¿qué ha hecho? ¿por qué obra se ha revelado al mundo? ¿dónde está el vestigio de sus armas? ¿dónde los

rastros de sus buques? ¿ dónde su propaganda doctrinal? ¿ Habeis encontrado nunca al Chino en los grandes caminos de la humanidad? Pueblo muerto en su orgullo sin actividad, se encuentra encerrado en sí mismo, y en tres mil años no ha experimentado una sola vez un sacudimiento eléctrico del amor y del genio. Contemplad la India: por allí han pasado todos los conquistadores y todos los mercaderes; ha dado oro, perlas, diamantes, marfil á quien lo ha querido; todavía alimenta con sus muelles riquezas la ambicion del pueblo británico; pero ¿ observais en ella otra cosa que la voluptuosidad igual á su servidumbre? Réstanos examinar los pueblos á los cuales entregó Mahoma la cimitarra y el islamismo, de que seguramente usaron con ventaja. Sin embargo, ¿ dónde se encuentran? Despues de haber invadido la Europa por sus dos extremidades, y vencido á nuestras cruzadas, á medida que se ha ido perfeccionando el arte de la guerra, hemos visto eclipsarse su gloria, y como ya no cubre las miserias de su civilizacion el triunfo de las armas, asistimos no ya á su decadencia, sino á su agonía. Contemplaos ahora á vosotros mismos, Señores, vosotros, hijos de la Biblia, contemplaos: no sois nada por vuestro territorio; la Europa es un puñado de tierra en comparacion con el Africa y el Asia; y sin embargo, vuestros colores y vuestros pabellones son los que encuentro por todos los mares, en las islas y en los puertos de todo el mundo; estais presentes en todas partes del uno al otro polo por vuestros navegantes, vuestros comerciantes, vuestros soldados, vuestros misioneros, vuestros cónsules; vosotros sois los que dais la paz ó la guerra á las naciones, los que llevais en vuestras carteras los destinos del género humano. Descended á la plaza pública, levantad vuestra voz: oigo que se conmueven los antiguos y nuevos continentes; ¿ quién los ha conmovido? Vosotros, hijos de la Biblia: esa palabra que va tan lejos, es la vuestra; tiene hermanos en todas las capitales, reune en torno todas las pasiones y todos los sacrificios. Si de las tablas de una lancha extraviada salta á alguna playa remota un hombre que habla vuestro idioma y tiene vuestra fisonomía, al punto os apercibís de que allí ha aparecido el gran poder humano. En el brillo de sus miradas, en el modo con que sienta el pié, la tierra reconoce al cristiano, y su salvaje habitante se inclina y exclama: ¡Hé aquí los hijos del sol, aquellos que nuestras tradiciones nos prometian y á quienes aguardábamos!

¡Qué actividad, qué imperio, qué gloria! Y todo eso lo sois vosotros, y á vosotros os ha formado la Biblia. Si, pues, la constitucion

de los pueblos está en razon de la verdad contenida en sus libros sagrados, y si los pueblos cristianos superan á todos los demás, como superan los ángeles á todas las naturalezas creadas, se deduce naturalmente que en los libros cristianos se encuentra la verdad en el mas alto grado.

No obstante, á estos signos refulgentes de la divinidad de nuestras Escrituras ha querido Dios añadir otro que no puede ser imitado ni aun de lejos. Como historia, como ciencia, como arte, como legislacion, como filosofía, como poder tradicional y constituyente, alcanza sin duda la Biblia una eminente perfeccion á que ningun libro ha llegado jamás; sin embargo, todas estas cosas son humanas, por decirlo así, atendido á que no superan las facultades del hombre sino por su grado, y no por su esencia. Necesitaba, pues, la Biblia otro carácter, y Dios le ha dado uno peculiar de ella, y es el carácter profético. Solo Dios ve el porvenir; solo él penetra con una mirada en la profundidad infinita de las causas, y descubre allí los efectos que han de producir hasta los límites mas remotos de las edades. Por lo que hace á nosotros, ni aun siquiera conocemos el dia de mañana; no somos mas que una causa, y de esa causa que somos nosotros, nos es imposible prever los mas inmediatos efectos. Si, pues, existiese una palabra perpetuada por la escritura, la cual narrase de antemano, no solo el destino de los imperios, sino tambien el destino del género humano, y hubiese previsto desde el principio la marcha de los siglos, esa palabra y esa escritura serian necesariamente divinas. Ahora bien, la Biblia ¿ es otra cosa que una profecía que se cumple á nuestra vista? Y como una profecía tiene dos términos, lo pasado y el porvenir, ved con qué esmero separó la Providencia el uno del otro, á fin de que no se les pudiera acusar de connivencia. Eligió un pueblo para que fuese depositario de la historia del mundo, es decir, de la nocion de Dios, de la creacion del mundo por Dios, de la caida del hombre y de la esperanza que se le dió de una redencion: porque, Señores, esta es la verdadera historia del mundo, y lo demás solo un juego. Hace de aquel pueblo un monumento vivo que cree y que repite incesantemente esta historia, que se la apropia, vive de ella, y de ella deriva toda la gloria, aguardando, con una paciencia de que somos testigos, el cumplimiento de la redencion prometida á sus padres. Decid á los Judíos que no es eso lo que han esperado, y os responderán con su esperanza presente, no perturbada por veinte siglos; os enseñarán sus escrituras traducidas al griego, y esparcidas por el mundo, aun antes de

Jesucristo. Hé aquí un hecho material superior á toda criatura. Esto respecto de lo pasado. En cuanto al porvenir, es decir, al cumplimiento de lo que se habia escrito y esperado mucho tiempo antes, ahí está la Iglesia católica para enseñaros que se ha operado una gran reunion por un gran sacrificio. ¡ El pueblo judío y la Iglesia ! ¿ Quién atacará á esos dos monumentos que se sostienen mutuamente tanto mas, cuanto que son irreconciliables enemigos? Ambos son los elementos del carácter profético de la Escritura: el uno es su término pasado, el otro el término futuro, y á fin de que no se les pueda acusar de haberse combinado para engañar al universo, se rechazan recíprocamente para permanecer divididos hasta el fin, hasta el dia en que hallándose proxima toda consumacion, se abracen lo pasado y lo futuro para mostrar á las postreras generaciones el pleno complemento de las profecías que anunciaron este ósculo de paz, así en el pueblo antiguo como en el pueblo nuevo.

No cesará, Señores, el tiempo de desenvolver el triple signo de la divinidad de nuestras Escrituras, el signo tradicional, el signo constituyente, el signo profético. A medida que avancemos en el camino del porvenir, se agrandará lo pasado, y vendrá á ser imposible á las obras humanas afectar antigüedad; todo aparecerá nuevo, á excepcion de la Biblia de los cristianos, y la caducidad precoz de lo que sea nuevo adherirá los espíritus al trono inmutable de la tradicion. Se verá por otra parte al cristianismo concluir la conquista de la tierra: despues de someter á la Europa, ha sometido á la América, y ya toca á todas las puertas del Africa y del Asia. Bórranse las distancias delante del genio de las naciones cristianas, y vosotros, hombres del tiempo, príncipes de la civilizacion industrial, vosotros sois, sin apercibiros de ello, los operarios de la Providencia en esta obra sublime: esos puentes que suspendeis en los aires, esas montañas que cortais, esos campos donde os arrastra el fuego, los creeis destinados para servir á vuestra ambicion, y no sabeis que la materia no es mas que el canal por donde se abre paso el espíritu; ya vendrá el espíritu luego que le hayais abierto un cauce. Así lo hacian los Romanos, vuestros predecesores; siete siglos emplearon en acercar á los pueblos con el auxilio de sus armas, y en surcar con anchas vias militares los tres continentes del antiguo mundo; creian que eternamente pasarian por allí sus legiones para trasmitir sus órdenes al universo, y no sabian que preparaban las vias triunfales del consul Jesus. Vosotros pues, sus herederos y tan ciegos como ellos, vosotros, Romanos de la segunda raza, continuad la obra de que sois

instrumentos; estrechad el espacio, disminuid los mares, arrancad á la naturaleza sus últimos secretos, á fin de que la verdad no se detenga un dia delante de los rios y de los montes, á fin de que camine recta y presurosamente, y no haya lugar, por escondido que sea, donde la tiranía protegida por el aislamiento pueda privarla del agua y del fuego. ¡ Cuán venturosos entonces los piés de los que evangelicen la paz! os ensalzarán los apóstoles, y dirán al pasar con el vuelo de una águila: ¡ Cuán poderosos y atrevidos eran nuestros padres! ¡ qué fecundo era su genio! ¡ cuán magnífico es para nosotros, pobres misioneros, vernos conducidos con tanta celeridad al socorro de las almas! Benditos sean los que han asistido al espíritu de Dios con el suyo propio. Así reciban en la otra patria algun rocío del cielo, á cuya efusion han contribuido sin saberlo.

Y, merced á la expansion de la doctrina favorecida por esta aproximacion de todas las partes de la humanidad, correrán así las profecías hasta su último cumplimiento. Despues que en las lides de las naciones todas las enseñanzas hayan sufrido la prueba del fuego, y sucumbido las religiones intermediarias, no subsistirá mas que la verdad total al frente del error total, el cristianismo y el ateismo, Dios solo y el hombre solo. No interponiéndose ya entonces nube alguna entre los dos pueblos escogidos, entre el judío y el cristiano, entre el pueblo de lo pasado y el pueblo del porvenir, descubrirán ambos las extremidades del universo; se contemplarán fijamente, y habiéndose reconocido, marcharán como dos gigantes á tenderse los brazos: no habrá ya mas que un pastor y un rebaño; lo pasado y el porvenir serán una sola cosa, y esta será la señal de que el tiempo ha concluido, y de que se aproxima el dia sin fin.

SERMON UNDÉCIMO.

De la Razon.

La tradicion y la Escritura son los dos grandes depósitos del testimonio divino, los dos manantiales principales de la doctrina de la Iglesia. Sin embargo, estos manantiales son exteriores para el hombre; son una luz que llega de fuera, y si penetrara en el hombre sin encontrar en él una luz recíproca, no seria comprendida, y resplandeceria en las tinieblas. Pero no sucede así. Habiendo hecho Dios al hombre una criatura inteligente, le ha dado una luz primitiva *que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, segun la palabra expresa del apóstol S. Juan. Esta luz consiste en ciertas ideas fundamentales, sobre las cuales no podemos remontarnos, y sin ellas carece de accion nuestro entendimiento. Mucho se han ocupado los filósofos en averiguar de dónde emanaban estas ideas: unos han sostenido que provenian de los sentidos; otros que son innatas; y otros que nos son trasmitidas con la palabra que las produce, ó al menos las despierta en nosotros. No discutiremos ninguno de estos sentimientos; bástanos afirmar que existe en el entendimiento cierto número de ideas primitivas, fundamentales, de las cuales se deducen las otras, y constituyen su razon. En tanto que el hombre no tiene la conciencia clara y distinta de estas ideas primeras, es ya una inteligencia, si bien no ha llegado todavía á la edad de la razon; desde que pierde la conciencia de estas ideas primeras y del vínculo que las produce, cae en la insensatez con la locura.

Ahora bien, la razon que emana de Dios, debe estar de acuerdo con el testimonio divino contenido en la tradicion y en la Escritura, sin que la luz esté en contradiccion con la luz, y Dios consigo mismo. ¿Hasta qué punto tiene lugar esta armonía? ¿hasta qué punto esta luz que existe en nosotros da testimonio al testimonio divino? Hé aquí, Señores, el asunto de este discurso.

Ante todo la razon da testimonio en el fondo mismo del misterio que se nos ha manifestado por la tradicion y la Escritura, á saber, el misterio del bien y del mal. No solo tiene conocimiento la razon y

afirma la diferencia del bien y del mal, sino que le afirma con el concurso de otra facultad, que es la conciencia. La razon no es mas que la vista del bien, la conciencia es el sentimiento. La razon por sí sola hubiera sido débil contra la voluntad, porque ve solamente lo que existe, mientras la voluntad estima lo que le agrada. Si la razon le presenta objetos dignos de su amor, la voluntad los rechaza diciendo : « Haz lo que te convenga, ya estoy aquí en mi libertad, y amo y aborrezco lo que quiero y á quien quiero. » Y si la razon vuelve á la carga procurando vencer con sus importunidades, fatigada la voluntad de sus instancias, le dirá : « Me cansas, tu luz me es odiosa, te mando que la apartes de aquí; cierra tus ojos, aun cuando se ostenten delante de tí diez mil soles. » Entonces es cuando la conciencia acude en socorro de la razon contra la omnipotencia de la voluntad : no le consiente una soberanía apacible, antes bien le prueba por el remordimiento que el bien no es para ella un objeto extraño, sino un padre y un amigo; saca de su propio fondo una luz que la condena, un gusto de que mal podria desembarazarse, puesto que esa luz y ese gusto son ella misma. Por eso el desenfreno de las pasiones nunca ha prevalecido en el mundo contra el sentimiento de lo bueno y de lo honesto, porque nunca las pasiones han gozado en paz de sus satisfacciones vergonzosas; al paso que, en lo mas recio de las persecuciones y de los dolores exteriores, ha encontrado el hombre de bien en su conciencia un inefable gozo. Una multitud de sofistas se han levantado contra la diferencia del bien y del mal, y algunas veces han engañado á la razon sin poder engañar á la conciencia.

Una vez reconocido el misterio del bien y del mal por la razon humana, no se pára aquí, no se contenta con saber que existe una diferencia entre el bien y el mal, siéndole forzoso deducir las consecuencias de este principio, y admitir todo aquello sin lo cual no existiria realmente entre el bien y el mal diferencia alguna. Así se prueba la existencia de Dios; porque si Dios no existe, si no hay una razon infinita y perfecta, una voluntad recta é incorruptible, que es la ley viva de todos los séres inteligentes, la naturaleza no es mas que el resultado de un mecanismo ciego, no hay mas legislacion que la necesidad matemática, y por consiguiente todas las acciones son indiferentes en sí, aun cuando puedan tener efectos diversos. El crímen no es mas que una piedra que mata, el acto de virtud no es mas que una piedra que al caer no hiere á nadie.

Así se prueba tambien la creacion del hombre y del universo por

Dios; porque si los séres finitos no tienen á Dios por autor, se deduce que reciben la vida de sí mismos, ó de alguna otra causa imperfecta, que no es ni Dios, ni nosotros. ¿ Diréis acaso que nosotros mismos somos nuestra propia causa? Pero entonces no tenemos otras leyes que nuestra voluntad personal; todo lo que queremos es justo, todo lo que hacemos es bueno. Si la causa creadora no es ni Dios, ni nosotros, será algun poder inferior, como la materia, y entonces ¿ con qué derecho puede decirse al hombre: Sé perfecto? ¡ Ah! sí, se puede decir al hombre, sé perfecto, cuando se añade: como tu Padre celestial es perfecto. Pero si ese Padre celestial no existe, si no tenemos mas que un padre terrestre y corrompido, ¿ cómo podemos propender á la perfeccion? Si la causa que nos ha producido no vale mas que nosotros, con imitar su bajeza le rendimos homenaje. Si nuestro orígen es la materia, mal podemos hacer otra cosa que arrastrarnos por el lodo, diciendo á los gusanos: Sois nuestros hermanos y nuestras hermanas. Cuanto mas descendamos á la tierra, mas veneraremos la causa de donde emanamos: conviene, pues, afirmar el dogma de la creacion para concebir la distincion del bien y del mal.

Conviene tambien afirmar la caida primitiva del hombre, porque nadie puede negar que nuestra naturaleza está corrompida, y que nos pide de continuo cosas viles. ¿ Qué hemos hecho desde nuestro nacimiento mas que luchar sin cesar contra malos instintos? Ahora bien, notad la consecuencia de ellos. Si el orígen de estos malos instintos existe en la constitucion del hombre, tal como ha salido de las manos de Dios; si nuestra naturaleza es lo que es, por sí misma, sin caida alguna, ¿ hay cosa mejor que obedecer á su naturaleza? Si todos los séres siguen su ley, si la piedra cae porque esta es su naturaleza, si el animal pace la yerba porque esta es su naturaleza, si el pájaro vuela porque esta es su naturaleza, ¿ por qué si la naturaleza nos ha dado inclinaciones groseras, no nos entregamos á ellas? ¿ Hemos censurado á las bestias desprovistas de razon lo que hacen con tanta impudencia á nuestros ojos? No, porque son así formadas, y por el contrario vemos en eso un motivo de admiracion, pues cumplen á su modo los mandatos de la Providencia. Si, pues, nuestra naturaleza no ha caido, todo lo que quiere es justo y santo, y el crímen no existe. Acaso diréis que no hay necesidad de recurrir á la caida del hombre para explicar las inclinaciones que nos impelen al mal, y que la libertad moral basta. Pues bien, esa libertad es la que yo niego: vosotros sois libres, libres en

toda la extension de la palabra, así para el bien como para el mal; pero si poseyeseis la libertad moralmente en su plenitud y en su perfeccion, habria equilibrio entre los buenos y los malos instintos; seríais acaso arrastrados por los unos y por los otros con la misma fuerza : me engaño, os fijaríais en el bien fácilmente; habria posibilidad de que lo abandonaseis, si bien necesitaríais hacer un esfuerzo; pero ¿ hácia qué lado nos inclinamos? ¿ hácia qué lado necesitamos hacer esfuerzos, sino hacia el lado del bien? ¿ Cuántos prodigios no ha hecho Dios para reanimar nuestra libertad *herida y debilitada*, segun la expresion del concilio de Trento? Es indudable que la lucha del bien y del mal, que existe en el fondo de nosotros mismos, supone que nuestra constitucion ha sido alterada, y que el hombre ha salido de un estado puro para caer en un estado de degradacion.

Pero esta degradacion no ha debido ser una degradacion sin remedio; porque si habiendo caido el hombre hubiera perdido toda esperanza de conseguir el bien, si estuviera separado para siempre del reino de la justicia, maldito y perdido, se deduce que el bien no seria para él mas que una quimera, y el mal su verdadero imperio, el único orígen de sus goces reales. Ahora bien, no sucede de este modo; el hombre practica el bien con esperanza y alegría, aun despues de su caida : esta no le ha arrastrado hasta el fondo del abismo; no es irremediable, y la reparacion no solo es posible, sino que ha empezado desde el dia de su caida, porque desde el dia de su caida le ha quedado la conciencia del bien y el esfuerzo voluntario contra el mal.

Por último, la razon da testimonio tambien de la necesidad de un discernimiento supremo entre los buenos y los malos, entre los que han seguido la pendiente degradada de su sér, y los que han remontado afanosamente su curso por una aspiracion meritoria hácia Dios. Con efecto, si el bien y el mal no tuvieran ninguna consecuencia ulterior, y Dios no demandase cuenta á nadie, esa impasibilidad por su parte atestiguaria que es insensible al bien y al mal, y esa insensibilidad nos demostraria que no existe entre el uno y el otro diferencia alguna digna de atencion. Si Dios no ha de juzgarnos, ¿á qué juzgarnos nosotros mismos en nuestra conciencia? ¿por qué nos reconvenimos por lo que Dios no habia de reconvenirnos? ¿por qué desagradarnos á nosotros mismos, si no desagradamos á Dios? Cualquiera que fuese nuestra vida, cubierta de oprobio ó revestida de santidad, Dios nada tomaria en cuenta á la hora de la muerte, aceptaria nuestro corazon tal como fuese, y al miserable cuya mano no hubiéramos querido tocar en el mundo, le diria : Entra en mi eter-

nidad, tú eres bueno para ella, delante de mí nada pesan las buenas ó malas obras.

Ya lo veis, señores, la diferencia del bien y del mal, proclamada por la razon humana, trae consigo el reconocimiento de los cinco dogmas fundamentales del cristianismo : la existencia de Dios, la creacion, la caida, la reparacion y el juicio. Así, cuando los sofistas han querido negar la diferencia del bien y del mal, ¿qué han hecho? No han sido bastante osados para deciros á vosotros, séres dotados de razon y de conciencia : « Clavar un puñal en el seno de su madre, como hizo Neron, ó respetar á sus padres con un culto de amor y de respeto, son cosas semejantes. » Nunca, no, nunca, por corrompidos que seamos, ha habido bastante osadía para usar con nosotros ese lenguaje. Se ha tomado un rodeo; han sido atacados los dogmas fundamentales de la distincion del bien y del mal. Unos han negado la moral negando á Dios; otros suponiendo la materia ó el mal coeternos con Dios; otros demostrando que hallándose la naturaleza del hombre en su estado verdadero, é inclinándose al mal mas que al bien, el mal y el bien eran igualmente legítimos; estos suponiendo que Dios no se ocupaba de las acciones de los hombres, y que puesto que habia permitido que su corazon se corrompiese hasta tal punto, era una locura pretender reparar con sus propias manos una obra de que la Providencia cuidaba tan poco; aquellos, en fin, negando el juicio vengador y remunerador. Nunca se ha podido responder solidamente á estos enemigos del órden moral mas que estableciendo los dogmas á cuya destruccion aspiraban.

Cuando poniéndose la razon divina en comunicacion con la razon humana, afirma que existe un Dios, que el mundo ha sido creado por él, que el hombre ha caido de su estado primitivo, que en su reparacion ha trabajado la Providencia, y que nos juzgará segun nuestras obras; afirmando la razon divina todo esto, nada dice de que no dé testimonio hasta cierto punto la razon humana. Son dos astros de diferentes magnitudes, que se encuentran y reunen su claridad y sus sombras. Sí, Señores, el cristianismo no es lo que os figurais acaso; no es una ley particular dada á algunos hombres en un rincon del globo, y esparcida despues en todos los lugares por la predicacion de la Iglesia. Independientemente de que el testimonio divino es tan antiguo como la humanidad, se debe confesar que el cristianismo es revelado á todo el que viene á la vida. Del cristianismo fué del que S. Juan dijo : *Era la luz verdadera que*

alumbra á todo hombre que viene á este mundo: en el mundo estaba, y el mundo por él fué hecho, y no le conoció el mundo: á los suyos vino, y los suyos no le recibieron (1). Cuando el cristianismo llama á la puerta de vuestra alma, ¡ ah ! no creais que sea un extranjero que os pide hospitalidad, no; llega al seno de una familia que es la suya, á una casa por él construida; sabe el rincon de vuestro corazon donde él ha dejado su huella. Así, cuando en la vida encontrais á un amigo de la infancia, y le conducís á la casa, al jardin que habeis heredado de vuestros padres, lo reconoce todo, se acuerda de que aquí hicísteis tal cosa juntos, allí tuvísteis un mismo pensamiento, allá os dijísteis palabras de esas que el hombre no olvida nunca, y que lleva consigo hasta el sepulcro. Todavía sucede mas con el cristianismo, ¡ ah ! ¡ él es el amigo de la infancia, el amigo primero ! Aun antes de que esa mansion temporal de vuestro cuerpo estuviese terminada, habia sembrado un gérmen en vuestro entendimiento. La sabiduría eterna, que desde el principio se complacia en la creacion, tocó vuestra alma, y con sus sagrados dedos trazó suavemente indelebles surcos. Y cuando venimos por la cosecha nosotros los amigos del amigo, los enviados del enviado, consiste nuestra fuerza en que sabemos poner la mano en los sitios fértiles de vuestra naturaleza; consiste en que sabemos encontrar esos vestigios ya inmemoriales en vosotros, pero cuyo secreto nos ha sido confiado. Nosotros os decimos: Reconoced á aquel á quien ya conocíais; recibid á aquel á quien ya habeis recibido.

El cristianismo interior se revela á pesar vuestro en vuestros mismos actos. Cada vez que ejecutais una buena accion, aun cuando os creais incapaces de hacerla; cada vez que ejecutais una buena accion, afirmais los dogmas del cristianismo, haciéndoos sus involuntarios apóstoles. Cada vez que dais un vaso de agua á un pobre, aun cuando fueseis el ateo mas declarado, afirmais que Dios existe; afirmais que Dios es criador y padre del mundo, desde las esferas del cielo; afirmais la culpa del hombre y la reparacion; afirmais que Dios no es indiferente al bien, que juzgará, y que en el dia de su justicia será apreciado hasta un vaso de agua. ¡ Insensatos, ó mas bien infelices, atacais el cristianismo, y no advertís la contradiccion perpetua en que os hallais con vosotros mismos ! Cada una de vuestras buenas obras prueba la existencia del bien y del mal, y no podeis confesar la existencia del bien y del mal sin confesar las

(1) S. Juan, cap. 1, vers 9 y sig.

verdades cristianas, puesto que de ellas se derivan todas las demás verdades.

No, el cristianismo no es una doctrina que desciende en medio de los pueblos sin saber por qué, como esos aerólitos en torno de los cuales se reunen los sabios y componen sistemas. No, ese aerólito del cristianismo no ha caido del cielo de una manera imprevista, pues estaba en nuestra conciencia. Así como la aguja tocada en el iman mira siempre al polo, á cualquiera distancia que se halle, del mismo modo existe en nuestro corazon un iman que le hace mirar hácia el lado del verdadero Norte, es decir, hácia Dios, el padre, el reparador, el santificador.

De todos modos, Señores, no debo ocultároslo, el testimonio divino ó la palabra de Dios no tiene mayor enemigo que la razon ó la sabiduría humana, y S. Pablo nos lo declara expresamente cuando dice: *La sabiduria de este mundo es locura delante de Dios.... Dios conoce los pensamientos de los sabios, y sabe que son vanos* (1). ¿Y en qué consiste esto? ¿cómo es que la razon, que da un testimonio tan claro del misterio del bien y del mal, es una locura en aquellos que parecen poseerla en mas alto grado, y que son los sabios del mundo? Nadie puede negar que así acontece, no solo porque la Escritura lo dice, sino tambien porque la experiencia de todos los dias lo prueba. ¿No es vuestra razon la que protesta contra la doctrina sagrada? ¿No son los filósofos y los sabios los que la atacan hace tres siglos como la atacaron á su advenimiento? Si así sucede, ¿cuál es la causa?

Hay, Señores, una causa moral y una causa lógica.

Es verdad que la razon reconoce el misterio del bien y del mal, y los dogmas fundamentales; y si la reparacion del hombre, que es uno de estos dogmas, se hubiese consumado con el mismo esplendor que la creacion, es probable que la sabiduría humana hubiera reconocido mejor la sublimidad; mas plugo á Dios, que queria corregir la depravacion del hombre, imprimir á la obra de su reparacion un carácter lastimoso, ante el cual vinieran á perderse ó á humillarse su espíritu y sus sentidos. La cruz del Salvador; hé aquí lo que no han podido comprender ni los judíos, ni los gentiles, ni los que aguardaban al Mesías hacia siglos, ni aquellos á quienes no habia sido anunciado de una manera tan clara. Un Dios hecho hombre, doliente y moribundo, esa obra maestra del amor eterno, no ha encontrado

(1) 1ª. Epíst. á los Corint., cap. 3, vers. 19 y 20.

contradictores mas que en todos aquellos que no han querido humillar su orgullo ni sacrificar sus sentidos. Han excavado su razon para buscar allí resortes contra el amor crucificado. Ellos que hablan de continuo de la adhesion y de la inmolacion de sí mismos, que honran al soldado que muere por su país y al filósofo que prefiere sus ideas á su vida, han dicho á Dios : Vos no debíais, no podíais morir por la humanidad.

Es una gloria, cristianos, de que no debemos perder la costumbre, la de vencer al mundo con resortes que no valen mas que los suyos. Habeis visto al principio de este siglo, al salir de los procónsules, seglares ilustres que han proclamado la verdad cristiana con una voz que no perecerá nunca, como la sangre de los mártires de Francia la habia proclamado con una voz que no perecerá tampoco. Y ahora cuando la muchedumbre empieza á estrecharse de nuevo alrededor de la cruz, ¿no advertís que los espíritus que tienen brillo se complacen en desertar del puesto que habian intentado defender con nosotros? ¿y sabeis la causa? Es que Dios no quiere que la verdad triunfe por medios humanos. Cuando todo ha caido en un pueblo, Dios envia hombres de genio para impedir que el error prescriba los derechos de la verdad; pero cuando la verdad aparece de nuevo, cuando la ola que parecia haberse retirado, vuelve y sube, y el grande ejército divino camina con mas seguro paso, entonces los hombres de genio abandonan espontáneamente las filas, de miedo que el porvenir engañado no les creyera autores de un movimiento del cual no eran mas que servidores y beneficiadores. ¡Cuántos han abdicado ya su gloria, y la única gloria posible en el dia! Porque, Señores, me place revelaros, aunque de paso, este misterio : durante mil años no habrá glorias en Europa, mas que glorias cristianas. Y tambien os diré el motivo. Hay dos clases de gloria : la gloria de la destruccion y la de la edificacion. La primera es la de Atila y la de Mirabeau, la segunda la de Moisés y de Carlo Magno; y la una sucede á la otra. Cuando por espacio de un siglo se haya visto á hombres asediar el edificio de la verdad y labrarse con sus ruinas nombres inmortales; cuando todo se encuentre por tierra, las razas, las instituciones, las costumbres, la fe religiosa y la fe pública, y no se vean sobre el suelo desnudo y arrasado mas que sombras que se mueven y buscan, entonces, así como no se vive dentro de cenizas muertas, y conviene por lo menos soplar encima para hallar fuego, entonces ha llegado ya el momento de la gloria cristiana.

He dicho, Señores, que habia tambien una causa lógica de la

oposicion de la razon humana al testimonio divino, y es que cada hombre se persuade de que tiene en sí la plenitud de la razon, la razon humana total: sin embargo, nada hay menos exacto. Cada hombre posee los primeros principios que son la base del entendimiento, y además la ley lógica en virtud de la cual deducimos las consecuencias encerradas en esos gérmenes primordiales. Hasta aquí la razon humana, depósito inalterable de la verdad, ó que por lo menos no se altera mas que por esa enfermedad intelectual llamada locura, fácil de ser reconocida, y último castigo de Dios contra el orgullo y el deleite. Pero las deducciones que sacamos de los primeros principios por el vuelo de nuestra actividad personal, no forman ya infaliblemente parte de la razon; son susceptibles de errores procedentes de nuestra educacion, de nuestras pasiones, de la fuerza y de la debilidad de nuestro entendimiento, de las sociedades en que hemos vivido, en fin de mil circunstancias que varían hasta lo infinito, y que contribuyen á que ninguna razon sea perfectamente conforme á otra razon en la totalidad de lo que afirma y de lo que niega. Por consiguiente, Señores, cada hombre que protesta contra el testimonio divino, no le opone realmente la razon humana, sino una razon mas ó menos pura, mas ó menos viciada. De otro modo, seria forzoso decir que la razon humana se halla en contradiccion consigo misma, puesto que con mi razon afirmo yo la verdad del cristianismo ó del testimonio divino, y tambien con vuestra razon lo negais vosotros; de donde se deduce que hay dos razones contradictorias, y que la una por lo menos no es la razon humana.

¿Sabeis lo que haceis cuando en nombre de la razon pronunciais sentencias contra el cristianismo? Voy á decíroslo. Habeis estudiado algunas ciencias instrumentales, latin y griego, adquirido algunas nociones de física y de matemáticas, leido fragmentos de historia antigua y moderna, ojeado con placer alegatos mas ó menos ingeniosos contra el cristianismo; y con esta pequeña provision, llevada por vosotros veinte ó veinticinco años, os plantais sin miedo en frente de Jesucristo y su Iglesia para manifestarles que los proscribís de la razon humana. ¿Creeis que el cristianismo, ciertamente mas viejo que vosotros, que ha leido mas, que ha visto mas, que ha vivido mas que vosotros con la humanidad, no tendrá tanto derecho como vosotros para proscribir la razon?

Y de hecho el testimonio divino ha tenido cabalmente por objeto realzar vuestra razon debilitada, librándoos de la ignorancia y de

las pasiones, pues estas son las dos causas que disminuyen vuestra razon, que hacen que saqueis de los primeros principios del entendimiento deducciones falsas ó incompletas. Acaso preguntaréis dónde se encuentra la razon humana, y en qué signo se reconoce uno de sus fallos. Esta es, Señores, una cuestion grave, y que sin embargo puede resolverse en pocas palabras. Siendo la ignorancia y las pasiones las causas que quitan á nuestros juicios sus verdaderas relaciones con los primeros principios, se deduce que siempre que haya seguridades bastantes contra la ignorancia y las pasiones, hay derecho de afirmar la exactitud de sus juicios. Por eso, aun hablando humanamente, la Iglesia católica es la mas alta razon que existe sobre la tierra, porque ella es el cuerpo en que la ciencia y la virtud se han producido con mas brillantez, y nos asiste derecho para decir que nadie llega á la edad completa de razon sino por su entrada en la Iglesia y su adhesion al testimonio divino, de que ella es depositaria. El cristiano es una criatura elevada á la plena razon, *á la edad de Cristo*, como dice elocuentemente S. Pablo. Hasta aquí la razon humana reside en nosotros en el estado de la infancia, gira á todos vientos, lo cree todo, toma por realidades sus ilusiones; pero cuando llega por la Iglesia á la luz divina, se esclarece, se fortifica, se dilata : ve sabiduría en lo que creia locura, y locura en lo que creia sabiduría; ve la unidad de la razon divina y de la razon humana, como nuestros ojos ven aquí bajo la unidad del astro y del rayo luminoso.

Ya no os extrañará, Señores, observar estas dos cosas contradictorias en la apariencia, á saber : que la razon humana está de acuerdo con el testimonio divino, y que el testimonio divino no tiene mayor adversario que la razon humana. En el estado de infancia la razon humana se opone á Dios; en el estado viril, le reconoce y le adora. Llegad al estado viril, Señores, *á la edad de Cristo :* no seais hasta el sepulcro como aquellos griegos espirituales y siempre jóvenes, de los cuales decian á Solon cuando visitaba los santuarios de Egipto : « ¡ O Solon, Solon! vosotros los Griegos no sois mas que niños, porque no teneis ciencia emblanquecida por el tiempo. » Ni aun el tiempo basta, Señores, para emblanquecer la ciencia; solo la virtud con el auxilio de la eternidad lo consigue. Aspirad á ambas cosas; ambas son de vuestra edad, porque vuestra edad es una edad de fe y de amor.

SERMON DUODÉCIMO.

De la Fe.

La mayor parte de los que se atribuyen el derecho de juzgar el cristianismo, no lo conocen: ignoran los hechos y las ideas en que está fundado; y aun podrian ser conocidas estas cosas, se podria tener un conocimiento exacto de todos los hechos cristianos, de todas las ideas cristianas, y hasta se podria acogerlas benévolamente, respetarlas en su espíritu y honrarlas en su corazon, y sin embargo no ser cristiano: porque no basta saber para ser cristiano; se necesita mas, se necesita creer, segun aquella palabra escrita en la primera página de Evangelio: *Jesucristo ha dado el poder de ser hechos hijos de Dios á cuantos le recibieron, y creen en su nombre* (1). Pero ¿cuál es esa fe que debe agregarse á la ciencia? ¿Cómo comprender que la ciencia no basta, y que se necesita otra cosa para llegar á la adoracion de Dios en espíritu y en verdad? ¿Qué puede haber sobre la ciencia, sobre el ver y el saber? ¿Cómo puede ser propuesto á la ciencia y á la fe un objeto mismo? ¿Cuál es en suma la naturaleza de la fe?

Os hemos dicho, Señores, al empezar los Sermones de este año, que el misterio del bien y del mal, que es la materia de la doctrina de la Iglesia, tenia un lado visible y un lado invisible, una faz luminosa y otra faz oscura; que por su lado visible era un objeto de ciencia, y por su lado invisible un objeto de fe; despues os hemos señalado las fuentes en que la Iglesia católica bebe esta doctrina de doble forma, haciéndoos observar la luz mas bien que las sombras, lo que convence al espíritu mas bien que lo que le detiene y le demanda sumision. Ahora debemos retroceder hácia el punto que hemos descuidado, hablándoos de las oscuridades, por cuyo lado es el cristianismo un objeto de fe.

Lo que es claro, Señores, en el cristianismo, lo que se demuestra científicamente, son los fenómenos que produce, fenómenos físicos,

(1) S. Juan, cap. 1, vers. 12.

morales, intelectuales, de los que ya conocemos algo y que estudiaremos mas tarde bajo otros aspectos. Lo que es oscuro, lo que no habeis visto, es la sustancia que admite esos fenómenos, y es por ellos manifestada. Así la tradicion, la Escritura y la razon os anuncian la existencia de Dios; pero ¿quién ve la sustancia divina? Todo nos habla de ella; nada rasga el velo que la cubre; permanece en el fondo del santuario como una estatua á quien se adora, cuya presencia y cuya accion se sienten, sin que mirada alguna la haya profanado. La tradicion, la Escritura y la razon os anuncian la creacion del mundo por Dios; pero ¿ quién ha visto el acto creador? ¿Quién percibe la diferencia intrínseca entre la sustancia cread y la sustancia increada? ¿Quién ve el tránsito de la nada al sér? Numerosos fenómenos os revelan la degradacion de la humanidad; pero no veis en la sustancia misma del hombre ese vicio original, que se revela no obstante por tantos efectos exteriores. Otros fenomenos os enseñan la reparacion de la humanidad por Dios; pero no descubrís el efecto reparador en la sustancia misma del hombre. Cuando el agua regeneradora del bautismo corre sobre la frente del recien nacido, no veis la gracia, la pureza, el Espíritu Santo que desciende al corazon del niño, que ni sabe siquiera lo que se hace. Se le dice: « Ojos, abríos: oid, oidos: boca, habla. » Y sus ojos no se abren, sus oidos no oyen, su boca continúa cerrada; el misterio se consuma en una region inaccesible á nuestros sentidos y á nuestro espíritu. Lo mismo sucede con todo el cristianismo; dice la verdad y la prueba, si bien sin demostrárnosla en su fondo y en todos sus permenores.

Comprendeis ahora, Señores, cómo la misma doctrina puede ser ciencia y fe al mismo tiempo, porque su objeto es á la vez visible en sus fenómenos, é invisible en su sustancia. El fenómeno conduce lógicamente á afirmar la sustancia, y está ligado á ella como el efecto á la causa. Yo no veo la causa en el efecto; pero concluyo legítimamente del efecto á la causa. Tampoco veo la sustancia en el fenómeno; pero concluyo legítimamente del fenómeno á la sustancia; y por consiguiente la doctrina católica tiene el carácter de una verdadera ciencia bajo dos aspectos, pues atestigua los fenómenos religiosos, y establece su trabazon cierta con un órden sustancial, oculto á nuestros ojos.

Pero el hombre quiere pasar mas allá de los fenómenos, no se detiene fácilmente á la entrada de la verdad; porque siendo luz su entendimiento, toda oscuridad le molesta. En vano se le muestra el

mundo invisible por mil fenómenos sorprendentes; como no puede representársele y figurársele, le considera con cierta especie de desconfianza y de antipatía; no se acerca á él sino trémulo, á semejanza del hombre que va á entregarse al hierro del cirujano, que se estremece á la vista del aparato con que le rodea, y que tiene necesidad de todo su valor para abandonarse á la mano de que depende su salud. Por eso el alma permanece libre delante del mundo invisible, empujada hácia él por una parte á causa de los fenómenos que le atestiguan su existencia, y detenida en otro sentido por la inexorable venda que oculta la sustancia íntima á sus investigaciones. Solo la fe la pone con él en una relacion firme y constante, la fe, á que llama S. Pablo *la sustancia de las cosas que se esperan, y la demostracion de las cosas que no aparecen* (1). Frase profunda, la cual nos indica que el objeto de la fe es lo *invisible*, que lo invisible es la *sustancia de las cosas*, y que solo la fe da de ello la *demostracion* ó la certidumbre absoluta, adhiriéndonos de una manera irresistible, aunque libre, al testimonio divino. Así la fe es, á la vez, un acto de razon y un acto de virtud : un acto de razon, porque se apoya en los fenómenos visibles que manifiestan las cosas invisibles; un acto de virtud, porque no demostrando los fenómenos á nuestro alcance el fondo misterioso de las cosas que nos revelan, el alma necesita de un esfuerzo y de un consentimiento para adherirse á lo que no comprende.

Es probable, Señores, que en este momento os agite una idea, diciéndoos á vosotros mismos : Si eso es así, ¿por qué no ha de ser toda doctrina una mezcla de ciencia y de fe, puesto que el objeto de toda doctrina es necesariamente fenomenal y sustancial, compuesto de algo que aparece y de algo que no aparece? Es verdad, Señores, saludo vuestra idea y la acepto : no hay doctrina en que la ciencia y la fe no se encuentren y no tengan necesidad una de otra, al menos hasta cierto punto, y cabalmente por eso todo en este mundo, hasta las cosas mas palpables, se ve expuesto á ser para el espíritu objeto de duda ó de negacion.

Empecemos por las ciencias físicas. No es raro oir decir á médicos jóvenes, y hasta á médicos viejos : Cuando yo haya descubierto en el cuerpo el punto donde reside el alma, creeré en el alma. Se les puede responder : ¿Con que creeis en los cuerpos, porque los habeis visto? Pues bien, os anuncio una triste y deplorable nueva, y

(1) Epíst. á los Hebros, cap, 11, vers. 1.

es que no los habeis visto nunca. Con efecto, ¿qué habeis visto en eso que llamais cuerpo? Ciertas propiedades, la extension, el peso, el color, la figura; pero la sustancia, lo que está debajo, os digo que no la habeis visto. Si quereis la prueba, prescindiendo de toda reflexion, elevad la temperatura á algunos grados; ¿qué vienen á ser esas propiedades, la extension, el peso, el color, la figura? Todo cambia, todo se disipa, como la bomba de jabon que se desvanece en el aire. Solo poseeis lo exterior, y os asís á ello como si fuera alguna cosa sustancial; pero por poco que se alteren las condiciones, si el calor de la atmósfera sube algunos grados, todo se os arrebata, y quedais solo en vuestro laboratorio. Y no obstante creeis en la existencia del cuerpo, creeis firmemente, y haceis bien, porque para ello advertís en los fenómenos razones bastantes. Esa es una fe, no una fe divina, porque el objeto no es divino, ni los fenómenos lo son tampoco; es una fe natural, y tanto es una fe, aun á los ojos del sentido vulgar, que nada es mas frecuente que oir expresiones como estas: Creo, él cree en la existencia de los cuerpos.

Lo mismo sucede en las ciencias fisiológicas. Se estudian los fenómenos de la vida, se les describe, se les compara; se ven explicados el uno por el otro y corresponderse el mal, el remedio y las modificaciones que produce. Pero ¿conoceis la sustancia de la vida? Para unos es la organizacion, segun otros es la sangre, estos piensan que es el espíritu, aquellos confiesan que nada saben. Apremiada á recoger hechos, tambien se cuida poco la ciencia de ir mas allá, y cuando se le habla de la sustancia cree honrarse á sí misma, diciendo: Yo no me ocupo de esas cosas, ahí no hay nada de positivo, mi dominio son los hechos; y es como si dijera: Mi dominio está en la superficie, no voy ni una sola línea mas abajo. Se cree, pues, en la vida del mismo modo que se cree en los cuerpos, porque se ven los fenómenos exteriores.

Mas allá de la vida de los sentidos está la del espíritu: percepciones primitivas, ideas adquiridas, juicios, deducciones, principios y consecuencias, cosas todas de que tenemos en nosotros la conciencia y la certidumbre. Pero ¿veis acaso la sustancia que piensa? Los espiritualistas la llaman alma, y afirman que es una sustancia totalmente diferente de los cuerpos, sin figura, sin color, sin pesadez, sin divisibilidad, sér que se escapa á todo esfuerzo de la imaginacion cuando quiere representársele. Los materialistas sostienen que el alma es una quimera, y que el pensamiento es el resultado simplicísimo de cierta perfeccion en los órganos del cuerpo, lo cual está

probado segun ellos, entre otras razones, por el desarrollo paralelo del espíritu y de la estructura física en la serie ascendente de los séres. Así nada es mas comun que estas expresiones : Este cree en el alma, y aquel no cree.

Por último, si salís de las ciencias particulares para considerar el órden lógico, que es la base de todo conocimiento, necesitais remontaros á los primeros principios, á los axiomas que proclamais como indemostrables, haciendo descansar de este modo las proposiciones que se demuestran sobre proposiciones que no se demuestran, y construyendo el edificio de la razon sobre cimientos que carecen de ella, y que calificais soberbiamente con el nombre de axiomas. Decís, es verdad, que esos axiomas son tan evidentes que no necesitan pruebas, y que es imposible remontarse mas arriba. Señores, la verdad no tiene columnas de Hércules : sobre el cuadrante de la verdad, vuestra aguja recorre cierto espacio; anda, por ejemplo, desde las doce hasta las seis, y luego decís viendo acercarse las tinieblas : No se pasa mas adelante. Os engañais, la verdad pasa mas adelante. Despues retrocede vuestra aguja, vuelve al mediodía y decís entonces : Aquí hay demasiada luz para que se necesite ir mas lejos. Os engañais segunda vez; la verdad sigue siempre, porque la verdad llama á la verdad, y si nos fuese permitido percibir la luz infinita, veríamos que la luz va á la luz, la evidencia á la evidencia, y que lo infinito encuentra, saluda, estrecha á lo infinito. Llegada la ciencia á un punto en que su impotencia la detiene, os grito : Alto aquí; pero la verdad no os dice que os detengais en ninguna parte : la verdad es como un rio que desciende al Océano, y los vapores que emanan del Océano se remontan á su nacimiento para alimentarla; de modo que sea en su nacimiento, sea en su embocadura, siempre se encuentra el Océano todo entero. Y nosotros, colocados en nuestra navecilla intelectual, remontamos el curso del rio y lo descendemos; pero por una parte hallamos, como cataratas intransitables, esos axiomas que nos estorban ir mas arriba hácia el orígen de la verdad, y por otra descubrimos el Océano de lo infinito, á través del cual no osamos seguir las consecuencias de aquella. Donde quiera y siempre, al principio y al fin, la luz que ilumina la sombra, la sombra que oscurece la luz, el camino y el límite, la ciencia y la fe.

Ved, Señores dónde he llegado : hasta sobre el terreno de la lógica, que todo lo domina, que se aplica á todo, que todo lo examina, hasta en los axiomas, fundamento de la razon humana, os he hecho reconocer un elemento oscuro, y por consiguiente un elemento de

fe : no es esto decir que los axiomas no sean la última evidencia; pero esta evidencia no impide que yo busque algo mas allá de ellos mismos, el axioma sustancial en vez del axioma lógico, la luz eterna en vez de la luz comunicada, la verdad en sí misma en vez de la verdad que ha descendido á un espíritu que puede perderla por un accidente, que puede perderla por la locura. Esto os conduce á ver que el mundo natural está ligado á un mundo superior, al mundo divino; la ciencia natural á la ciencia divina; la fe natural á la fe divina; y que el axioma es cabalmente el punto de encuentro y de reunion de estos dos órdenes á los cuales pertenecemos, y que no nos asiste ni el derecho ni el poder de separarlos, si queremos ser consecuentes.

Cuando os decia en uno de mis discursos anteriores que erais místicos á pesar vuestro, ví á algunos de vosotros sonreirse, imaginando acaso que esto fuese una figura retórica. Ahora propenderéis menos á acusarme de exageracion, pues teneis la prueba de que la fe es un elemento necesario y universal del entendimiento humano, cualquiera que sea el objeto á que aplique las facultades, y que solo conviene no confundir la fe relativa á las cosas del mundo inferior con la relativa á las cosas del mundo superior ó divino. Creeis en los cuerpos, creeis en la vida, creeis en el alma, creeis en la palabra de un hombre honrado, creeis en los axiomas; y al mismo tiempo poseeis la ciencia de los cuerpos, la ciencia de la vida, la ciencia del alma, la ciencia de la moral, la ciencia lógica : creeis y sabeis con relacion al mismo objeto, y á todas horas explicais esta doble situacion de vuestro entendimiento con la repeticion incesante de estas dos palabras : yo creo, yo sé. La fe y la ciencia se hallan encadenadas en vuestra alma, como los fenómenos y la sustancia se hallan encadenados en los séres; y si quereis á todo trance desembarazaros de la fe, de esa fe semejante á una águila cuyas garras os tuvieran suspendidos por los cabellos encima de un abismo, no os quedará mas recurso que negar la sustancia, y sosteneros en la superficie de las cosas. Pero ¿quién os asegura que debajo de esa superficie no haya algun apoyo oculto? Negais sin haber visto; de suerte que por la fe os libertais de la fe. ¿Y qué será vuestra ciencia, si os refugiais en duda? El sueño de una sombra, como dijo Píndaro; alguna cosa semejante á aquellos campos Elíseos del paganismo, que no tenian ni anchura, ni profundidad, ni luz reales; campos poblados de fantasmas, siendo el primero de ellos la misma felicidad que tanto se ensalzaba.

Abordemos la dificultad que aun me falta presentaros.

¿De dónde proviene que la fe natural, la que tras de cada fenómeno natural reconoce una sustancia natural, de dónde proviene que sea tan fácil; y que la fe religiosa, la que reconoce una sustancia divina tras de los fenómenos, sea por el contrario tan difícil? Al ver los fenómenos de los cuerpos, los de la vida, los del pensamiento, no nos cuesta ningun trabajo creer en la sustancia que los sustenta; ¿de dónde proviene que en presencia de los fenómenos del mundo religioso, nos cuesta tanto trabajo creer en la sustancia invisible de quien ellos son revelacion?

Yo podria ante todo negar que la fe natural sea de tan fácil adquisicion; porque fuera de los fenómenos sensibles, ¿de qué no se ha dudado? ¿Qué ha sido la filosofía desde su orígen, sino una escuela de opiniones contradictorias que ha acabado siempre por engendrar en mas ó menos alto grado el escepticismo? ¿No se ha dudado de la existencia de los cuerpos, de la del alma, así como de la existencia de Dios y de la divinidad de Jesucristo? ¿No se ha dudado de las matemáticas y de los primeros principios de la razon? El célebre médico Barthez estaba moribundo: un sacerdote que podia acercársele, fué á verle en su lecho de muerte, donde le encontró triste, por no tener en la mente una sola verdad que le pareciese cierta: « Y qué, señor Barthez, le dijo el sacerdote, ¿no veis por lo menos algo de cierto en las matemáticas? » — « Las matemáticas, respondió Barthez, ofrecen en verdad una serie de consecuencias perfectamente encadenadas; pero ignoro cuál sea su base. » ¡Su base! ¡Lo entendeis, Señores! Barthez no disputaba el fenómeno, buscaba la base, la queria tocar como tocaba el fenómeno; estaba desalentado porque iba á morir sin haberla visto. ¡Infeliz! no sabia que la muerte iba á mostrársela, si bien demasiado tarde! Iba á mostrársela, porque la base de las matemáticas, como la base de todo, es la esencia divina.

De todos modos, Señores, os concedo que para la generalidad de los espíritus vuestra observacion es exacta. La generalidad de los espíritus no se toma ningun trabajo por reconocer lo que está oculto detrás de los fenomenos de la naturaleza; ¿por qué, pues, se duda tan fácilmente de las verdades invisibles que se manifiestan por los fenómenos religiosos? Esa facilidad de dudar no estriba en que los fenómenos religiosos sean menos numerosos, menos sorprendentes, menos duraderos que los otros, pues llenan el universo con su presencia, con ellos se tropieza á cada movimiento, y hasta nos impor-

tunan por la perseverancia y la osadía de su accion. A cada instante se queja el mundo de que la religion lo amenaza todo, y todo lo invade; reyes, repúblicas, filósofos, poetas, oradores, artistas, todos los poderes de la tierra se ocupan de ella, como la Holanda se ocupa de su mar para ponerle un dique. Nadie se emplea en detener el sol ó la marea, y muchos se emplean en detener la religion. Seria, pues, falso acusar de rareza ó de impotencia los fenómenos religiosos. Valen tanto y mas que los otros: ¿por qué la fe, que es su conclusion legítima, está menos al alcance de nuestras facultades?

¿Serán por ventura los misterios los que nos asusten? Pero, Señores, quien admite la sustancia, admite todo lo que hay mas misterioso en el mundo: no podemos representarnos lo que ella es; los sentidos y la mente nada nos enseñan, y sin embargo creemos que ella existe. Desde el momento en que admitís esto, admítis todos los misterios imaginables. Cuando yo adoro el misterio de la Trinidad, me preguntais si lo comprendo; y yo á mi vez os pregunto si comprendeis la sustancia, cuando afirmais su existencia. La sustancia, me diréis, no es mas que una palabra; sí, pero es una palabra necesaria, fundamental, sagrada, sin la cual nada se concibe. ¿Qué objeciones podeis sacar formalmente del órden fenomenal, el único que os es conocido, contra el órden sustancial que no conoceis? Aun cuando fuera verdad que ningun fenómeno os manifiesta nada que se parezca á la Trinidad, ¿qué se podria deducir sino la desemejanza de las dos regiones en que ejerce su accion nuestro entendimiento? Pero no sucede así, y cuando estudiemos los dogmas cristianos os apercibiréis de que el órden sustancial se refleja en todo, aunque con proporciones inferiores, en el órden fenomenal.

Queda siempre en pié la cuestion propuesta: ¿por qué la fe divina es mas difícil que la fe natural?

Tentado estoy, Señores, á preguntaros si estais en efecto seguros de que la fe divina sea mas difícil que la fe natural. Vivís en un siglo en que la fe religiosa ha padecido en medio de los pueblos una decadencia visible; y os persuadís de que ese estado de miseria moral es el estado normal del género humano. Ese es un error que no justifica la historia. Aristóteles dijo que el hombre es un *animal religioso*; creyó siempre en la Divinidad, en sus comunicaciones privadas y públicas con las almas y los imperios, en la eficacia de la oracion, del sacrificio y del culto, en un porvenir feliz ó desdichado mas allá del tiempo; creyó todo esto con facilidad extremada, con una imperturbable constancia, no solo cuando la religion era com-

placiente para con sus pasiones, sino despues de haberlas humillado y pulverizado, no solo bajo el reinado de Adónis y de Vénus, sino bajo el reinado sangriento del amor crucificado. La humanidad no ha cesado de acudir con sus votos y sus lágrimas al pié de los altares; no ha cesado de tender hácia Dios manos que le llamaban, manos que le han obtenido, y que son causa de que en el libro mas ilustre y mas santo que existe en el mundo, haya Dios tomado el título sublime de *Deseado de las naciones*. Las gentes de talento han inmolado esa fe de sus ascendientes y de sus hijos á una burla parricida; han blandido contra ella toda arma, la de la ciencia y la del menosprecio, la de la mentira y la de la elocuencia; han lidiado seis mil años contra ella : la fe del pueblo ha sido la mas fuerte, vive, renace, os habla, os impera, y vuestra presencia aquí es una sumision á los mandatos que de ella habeis recibido. ¿Quién de vosotros morirá tranquilo, si la fe no le ha perdonado? ¿Quién de vosotros se adelantará sin miedo hácia la eternidad, si la fe no ha ungido sus piés para el tránsito? ¿Quién de vosotros tiene contra ella otra cosa que sus vicios?

No pregunteis, pues, por qué la fe religiosa es difícil, sino por qué ha padecido alguna disminucion en ciertas épocas, y entre ciertos pueblos; pues por lo demás la humanidad cree en Dios tan fácilmente como cree en la existencia de los cuerpos, y ruega á Dios tan naturalmente como vive. Y en cuanto á vosotros, Señores, que no sois la humanidad, que realmente os cuesta trabajo creer, considerad que se cree de buen grado lo que se ama, y rara vez lo que no se ama. A la cuestion de la fe divina va unida la cuestion de una virtud divina, y yo juzgo que la virtud es la que intimida la fe.

Esta palabra de virtud, Señores, que acabo de pronunciar, y que me recuerda que la fe en sí misma es una virtud, me induce tambien á resolver otra duda que yo no podria dejar en vuestro entendimiento, sin negaros un rayo de luz que resplandece sobre toda la doctrina de la fe.

¿Por qué la fe comparte con la ciencia la direccion de nuestro espíritu? ¿Por qué el mundo natural y el mundo divino no se nos aparecen tales como son hasta en lo mas profundo de sus entrañas? ¿Por qué esa distincion entre el órden interior y el órden exterior, entre el órden sustancial y el órden fenomenal? ¿Por qué, en suma, segun la expresion de Pascal, no vemos *el todo de nada?* Consiste, Señores, en que si hubiéramos visto el todo de cada cosa, de la naturaleza y de Dios, hubiéramos carecido de libertad

moral, y careciendo de libertad moral, no hubiéramos tenido ni virtud ni mérito, y por consiguiente ninguna gloria de corazon delante de Dios.

Ya conoceis esta objecion vulgar contra la virtud: la virtud, se dice, es un cálculo. Un hombre ha puesto á un lado el tiempo y á otro la eternidad, y viendo la eternidad mas grande, ha sacrificado el tiempo. Y los filósofos exclaman: ¿No es este un raro mérito? ¡Nosotros ejercemos actos de virtud sin interés alguno, y esas gentes necesitan no menos que la eternidad para dar una limosna á un pobre! Oid la respuesta de Dios: No se cree sino en tanto que se ama; para creer en la eternidad conviene amar el bien en sí, la justicia en sí misma; conviene empezar por el amor gratúito, que es una virtud. Cuando aparece la recompensa, la fe es la que la manifiesta, y la fe es un acto libre del alma, causado por el amor de la verdad y del bien; de modo que el amor de la verdad y del bien ha precedido á la recompensa. Al principio, la virtud es la que obra, la que abre el corazon, y allí se trasforma en fe. La fe reobra á su vez, cambia en caridad aquel amor inicial que la ha engendrado, y así se forma dentro del hombre un va y viene maravilloso, en donde la virtud resplandece la primera y la última, y en donde la recompensa aparece entre las dos, y todavía en lontananza.

Sí, la fe salva el mundo.

Porque la fe es la condicion de la libertad, y la libertad es la condicion de la virtud; ¿y quién se atreverá á decir que la virtud no salva el mundo? Por esta razon el precepto que el Salvador ha repetido con mas frecuencia es el precepto de creer: *Cree tan solamente* (1), decia. — *¿Creeis que puedo hacer esto* (2)? — *Si no viereis milagros y prodigios, no creeis* (3). — *Porque me has visto, Tomás, has creido: bienaventurados los que no vieron y creyeron* (4). Es decir, bienaventurado aquel que ha amado tanto el bien, que ha amado tanto á Jesucristo, que le ha besado los piés sin tener necesidad de tocar sus heridas con la mano, porque las tocaba con el corazon. Escuchad todavía: *Todo es posible al que cree; porque en verdad os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis á este monte: pasa de aquí allá, y pasará* (5).

(1) S. Lucas, cap. 8, vers. 50. — (2) S. Mateo, cap. 9, vers. 28. — (3) S. Juan, cap. 4, vers. 48. — (4) S. Juan, cap. 20, vers. 29. — (5) S. Mateo, cap 17, vers. 19.

Y esto es verdad al pié de la letra. Necesitais de máquinas para obrar sobre la naturaleza, y empleais los fenómenos para producir los fenómenos; pero ¿cuál no debe ser la grandeza de los efectos, cuando se obra por la sustancia y sobre la sustancia? ¿Y por qué no han de trasladarse los montes como débil paja? Arquimedes solo pedia una palanca y un punto de apoyo para remover el mundo; pero en su época esa palanca y ese punto de apoyo no eran conocidos como lo son ahora: la palanca es la fe, el punto de apoyo el pecho de Jesucristo. Sí, la fe es omnipotente, porque solo ella va hasta la sustancia, mientras que todo lo demás es de un órden puramente fenomenal y sustancial; la religion es tambien omnipotente, porque hija de la fe, órgano de la fe, madre de la fe, tiene por mision hacer que prevalezca la sustancia sobre el fenómeno, el fondo sobre la superficie, lo infinito sobre lo finito, lo eterno sobre lo pasajero, lo inmutable sobre lo movible, la eternidad sobre el tiempo, Dios sobre el hombre.

SERMON DÉCIMOTERCIO.

De los medios de adquirir la fe.

Toda ciencia se aprende por el estudio de lo fenómenos que se desprenden de su objeto: por consiguiente la ciencia religiosa se aprende por el estudio de los fenómenos religiosos; pero este secreto de la ciencia no es para nosotros el primero, puesto que para ser cristiano no solo se necesita saber, sino sobre todo creer. El gran secreto, Señores, lo que vosotros esperais, es que despues de haber sido atormentados tan largo tiempo por las dudas de la ciencia humana, podais descansar en la certidumbre y felicidad de la fe divina.

Pero ¿qué es lo que conviene hacer para creer? ¿Qué senderos nos están abiertos á través de las oscuridades de las cosas de Dios? ¿Por dónde penetraremos en abismos que son impenetrables? Cuando S. Juan desde el fondo de su destierro de Pathmos descubria los últimos misterios del porvenir, vió en la mano de Dios un libro cerrado con siete sellos, y oyó á un ángel que decia: ¿Quién es digno de abrir el libro y de romper los sellos? Y como nadie podia hacerlo, en el cielo, ni en la tierra, ni en los infiernos, S. Juan se puso á llorar porque nadie podia abrir el libro y verlo, y se le dijo: No llores, hé aquí el leon de la tribu de Judá que ha vencido, el vástago de David que abrirá el libro y romperá los siete sellos. La fe, Señores, es tambien un libro cerrado con siete sellos, y no me engaño al deciros que hay entre vosotros quienes desean abrirlo, y lloran porque no pueden hacerlo. Y yo tambien les digo: No lloreis, porque el leon de la tribu de Judá ha vencido, ha llevado la luz á las tinieblas, la vida á la muerte, y nos ha dado los medios de ir en pos de él y de seguir su huella.

La fe es posible; lo es infinitamente mas que la ciencia: la ciencia será siempre patrimonio de un corto número, mientras que la fe es el patrimonio universal. Sin embargo, hay hombres que no la tienen ó que la han perdido; los hay que la buscan, y dicen que no la encuentran. ¿Cómo se adquiere la fe? ¿Por qué medios po-

demos convertirnos á Dios despues de haber perdido la sencillez primera del corazon ?

Señores, la fe es ante todo un acto del entendimiento. El entendimiento es la facultad de recibir y de combinar las ideas ; las ideas son las leyes ó las relaciones eternas de las cosas, en tanto que el entendimiento las percibe: y como las cosas se colocan en dos regiones, el mundo inferior y el mundo superior, el mundo natural y el mundo divino; se sigue que hay dos clases de ideas, ideas naturales é ideas divinas. La adhesion del entendimiento á las ideas naturales constituye la razon; la adhesion del entendimiento á las ideas divinas constituye la fe. Ahora bien, del mismo modo que se forma en nosotros la razon, que es la adhesion á las ideas naturales, se forma tambien la fe, que es la adhesion á las ideas divinas; de suerte que la teoría de la razon es tambien la teoría de la fe, y la generacion de la una es semejante á la generacion de la otra. Cuando á mí, sacerdote, os dirigís preguntando cuáles son las fuentes de mi fe, os pregunto á mi vez á vosotros, hombres, cuáles son las fuentes de vuestra razon; y os respondo con vuestra respuesta :

Esto es lo que se trata de démostraros.

Cualquiera que sea el sistema que se abrace sobre el orígen de las ideas ó de los primeros principios naturales, siempre resulta que estas ideas ó estos primeros principios son recibidos en el entendimiento humano, puesto que el entendimiento humano no los posee, como Dios, por sí mismo, por una virtud propia y eterna. La razon empieza, pues, por un acto pasivo : solo Dios empieza por la actividad, y por la actividad termina. El hombre es pasivo al nacer para la razon, como al nacer para la vida: así como recibe el primer rayo de la vida sin su concurrencia, recibe tambien el primer gérmen de la razon sin cooperacion de su parte; pero este gérmen por sí solo, aun despues de recibido, no crece por su fuerza nativa abandonado á sí mismo; necesita de un auxilio exterior que le despierte en el entendimiento; y este auxilio es la palabra. Cualquiera que no ha oido la palabra, sea la palabra facticia é imperfecta de los signos, aun cuando tenga todas las aptitudes de un sér inteligente, aunque posea dentro de sí la raiz de las ideas, no se le verá desarrollarse como espíritu; planta salvaje, estéril é inculta, se consumirá lentamente y sin gloria entre la region de las imágenes que percibe, y la region de las ideas que á lo mas presiente : tal será el sordo-mudo. Enfin, se necesita que la se-

milla ideal, dispertada por la palabra, llegue al estado de una invencible claridad; porque existe una implacable antipatía entre las tinieblas y el entendimiento, y toda idea, en tanto que no es clara, no es mas que un rudimento bosquejado del edificio racional.

Tal es, Señores, la ley de la formacion de la razon, como tambien la ley de la formacion de la fe.

El hombre no posee por sí mismo las ideas divinas, como por sí no posee las ideas naturales, y mucho menos todavía las primeras, porque es mayor la distancia entre él y Dios, que entre él y la naturaleza. Es, pues, pasivo en la recepcion original de las ideas divinas, como es pasivo en la recepcion primordial de las ideas naturales. Nunca será capaz de conquistarlas ó de crearlas en sí, no habiendo recibido este don benévolo de Dios: á este don le llaman los cristianos *gracia*, es decir, el don gratúito por excelineca. Comunícase al hombre en el bautismo, que es el nacimiento espiritual del alma, ó si no ha podido ser bautizado, por otras vias que expone la doctrina católica, y de las cuales no tenemos que tratar actualmente. La gracia, bajo el punto de vista que nos ocupa, es una efusion de las ideas divinas, por cuyo medio el entendimiento se pone en relacion con el horizonte del mundo superior ó divino. De todos modos, este no es mas que un gérmen; y así como la semilla ideal natural necesita ser suscitada por la palabra humana, la semilla ideal divina necesita ser suscitada por otra palabra, que es la de la Iglesia. Como os ha hablado vuestra madre, os habla tambien la Iglesia, que es la madre universal. En el órden de la naturaleza, la humanidad por el órgano de vuestra madre ha depositado en vosotros un sentido comun humano; y en el órden de las cosas eternas, Dios, por el órgano de la Iglesia, ha depositado en vosotros lo que se puede llamar el sentido comun divino. De aquí la frase de S. Pablo: *La fe es por el oido, y el oido por la palabra de Cristo* (1). Así ved lo que Cristo ha dicho á la Iglesia: *Id, y enseñad.* La Iglesia llega al país de los salvajes que nunca han oido la palabra divina, y que cuando mas conservan algunos vestigios de la tradicion; llega allí la Iglesia, representada por un misionero que ni aun siquiera sabe su idioma. ¿Qué va á hacer? ¡Qué va á hacer! Planta una cruz y se postra ante ella: los salvajes se agrupan en torno de aquel desconocido que ora, y él en un lenguage imperfecto que articula apenas, les explica al Dios

(1) Epíst. á los Romanos, cap. 10, vers. 17.

muerto sobre aquel madero; y así como en vuestra cuna os abrió el oido el acento de una madre, para depositar en él las ideas que han sido el elemento de vuestra razon, del mismo modo el acento de la Iglesia abre el oido de aquellos salvajes, va hasta su entendimiento, y encontrando allí el gérmen divino, lo excita y lo desarrolla: los salvajes caen de rodillas, creen en Cristo muerto por ellos, le adoran con lágrimas por ellos desconocidas, y su alma transfigurada aspira á la eternidad, realizando la frase de S. Pablo: *La fe es por el oido, y el oido por la palabra de Cristo.*

Acaso, Señores, me argüiréis que existe al menos una diferencia entre la generacion de la fe y la de la razon, cual es, que la palabra humana al caer sobre la raiz oscura de las ideas naturales, las eleva á la mas alta claridad, mientras que la palabra de la Iglesia, á pesar de todo su poder, no saca las ideas divinas de su profundidad sombría y misteriosa. Os engañais, Señores: ni las ideas divinas ni las ideas naturales llegan á ser para el entendimiento objeto de una comprension exacta, pues siempre queda en las unas y en las otras la gran incógnita de la sustancia; pero las ideas divinas, como las ideas naturales, brillan y alumbran, y si no alumbrasen, jamás las aceptaria el entendimiento. Al entendimiento le es imposible ver la oscuridad, así como es imposible á los ojos ver las tinieblas sin el auxilio de la luz; de donde resulta que lo que el entendimientono ve, para él no existe. Si ha de rendirse á las ideas divinas, es necesario que las vea, y para que las vea es fuerza que no carezcan de claridad. Así, Señores, ved aquí una idea divina: *Bienaventurados los que lloran.* A ningun sabio se le habia ocurrido, ninguno la habia expresado; es una idea insensata al primer golpe de vista: no obstante, es de una lucidez extremada para los verdaderos cristianos, y ha enjugado mas lágrimas que todos los libros de los filósofos juntos. Convengo, sin embargo, en que para vosotros es oscura. Y esto ¿en qué consiste? ¿En qué consiste que una idea clara para un alma, es oscura para otra?

Me parece, Señores, que la explicacion es muy sencilla. ¿No vemos tambien en el órden de la naturaleza principios que son evidentes para los unos, mientras que son incomprensibles para los otros? Desde la primera palabra comprende un matemático una proposicion que carece de sentido para el hombre que no sabe matemáticas. Y hasta los axiomas, primer tesoro del entendimiento, ¿creeis haberlos comprendido sin trabajo, en el instante eléctrico de su enunciacion? No, mil veces no. Si vuestra madre os hubiese

dicho, por ejemplo, que una misma cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo bajo el mismo aspecto, seguramente no la hubierais comprendido, aun cuando con eso os hubiera propuesto la primera verdad del órden lógico. A fuerza de imágenes, de comparaciones, de repeticiones, de aplicacion por vuestra parte, habeis llegado á formar vuestra razon. ¿Y será extraño que la palabra divina, viniendo á visitaros en una edad tardía, en medio de un siglo que ha cerrado vuestros oidos á sus lecciones, encuentre dificultad para insinuarse en vuestro entendimiento? Perdonadme que os lo diga, sois los sordo-mudos del órden divino. Solo escuchando la voz de la Iglesia y meditándola, venceréis la resistencia de vuestras preocupaciones y la oscuridad que en vosotros han producido. Ved por experiencia, desde que buscais la verdad al pié de este púlpito, cuántas ideas han pasado por delante de vosotros, cuyo encadenamiento, órden y fuerza os eran desconocidos; y no obstante, lo que os he dicho es un átomo en el espacio, una gota de agua en el Océano. ¿Qué resultaria si un estudio serio os pusiese en relacion con las riquezas ocultas en la enseñanza religiosa? No lo haceis, Señores, y os quejais; acusais á la fe de imposibilidad, y no le concedeis cada semana un cuarto de hora de vuestra vida.

Consiste, Señores, en que la fe no es solo un acto del entendimiento, sino tambien un acto de la voluntad. La voluntad es la facultad de amar: y así como del entendimiento salen dos rios, el rio de la razon y el de la fe, así tambien de la voluntad brotan dos raudales, el del amor natural y el del amor divino. El amor natural nos une al mundo creado, el amor divino nos lleva al mundo increado: el primero nos aleja de la fe, el segundo nos impele á ella, aun cuando no es perfecto, y se halla en el estado de presentimiento ó de deseo. Escuchaos bien á vosotros mismos: ya rompa el infortunio uno de vuestros vínculos, ya penetre en el fondo de vuestra alma un sonido melancólico, cada vez que os eleva sobre la tierra un soplo venturoso, se os aparece la fe, y os trasmite una sensacion especial. Se ha inclinado el eje de vuestra voluntad con un movimiento imperceptible, y al punto os ha respondido la fe con un vislumbre lejano y oscuro. Si pudieseis amar, podríais creer. Pero ¿cómo amar lo que no se ve, cuando en ello no creemos? Si la fe depende del amor, ¿el amor no depende de la fe? Este argumento supone, Señores, que lo bello y lo bueno divinos son extraños al hombre, y que el hombre se halla en la impotencia de ser atraido por ellos antes que la fe reine plenamente en su entendimiento. Si así

fuese, la fe seria imposible, porque es necesario, segun las condiciones de nuestro sér, que la voluntad dé impulso al entendimiento, y la voluntad no se mueve sino solicitada por la belleza y la bondad de un objeto. Así, pues, como la palabra de la Iglesia halla en el alma y despierta en ella el gérmen de las ideas divinas, debe tambien encontrar y excitar en el alma el gérmen del amor divino, de la misma manera que la naturaleza dirigiéndose al corazon del hombre para conmoverlo, encuentra allí pronta y predispuesta la fibra del amor terrestre. Igual es la ley en uno y otro órden.

¿ Cómo excita uno en sí mismo el amor natural ? Poniéndose en relacion con las criaturas. Ama uno la luz, porque se comunica con ella por los ojos; ama uno el calor, porque se comunica con él por todos los poros; ama uno los perfumes, porque se comunica con ellos por el olfato; ama uno lo bello sensible, porque se comunica con ello por todos los sentidos. Si no os hubieseis hallado en relacion con un objeto, os seria imposible amarlo; desde que estais en relacion con él, podeis amarlo, y lo amaréis infaliblemente si existen en él hermosura y bondad. Ved aquí, Señores, y lo sabeis sobradamente, cómo se engendra el amor natural. Pues del mismo modo se engendra el amor divino. Dios, que ha dado á las criaturas tanta magnificencia y atractivos tan victoriosos, á fin de que nuestro corazon fuese por ellos conmovido, no ha obrado con menos poder y lujo al exponer á las miradas de los hombres la hermosura y la bondad divinas. Se las ha mostrado en el Hombre-Dios conversando con nosotros, y muriendo por nosotros en el Calvario con una muerte de amor; y ha escrito el Evangelio para infundir en nuestro corazon la historia inefable de aquella vida y de aquella muerte. Sin duda la fe por sí sola nos da la certidumbre de que Dios nos ha amado hasta morir; pero así como la palabra solicita la adhesion del entendimiento á las ideas que encierra, ¿ por qué no ha de solicitar la adhesion de la voluntad al amor que expresa y que contiene ? La palabra llena dos funciones en lo humano y en lo divino; ilustra y mueve, produce la luz y el afecto. Solo resta que nos prestemos á ella, así respecto del amor divino como respecto del amor humano; no hay mas que ejercer un acto de voluntad así para el uno como para el otro.

Sin la voluntad todo es imposible, así la fe como todo lo demás, sin que la fe sea imposible en mayor grado. No tendríamos derecho de quejarnos, sino en tanto que el cristianismo no encerrase nada que excitara suficientemente nuestra voluntad á acercarnos á él;

pero esta queja no tendria fundamento. Cuando rechazamos el cristianismo, rechazamos por una ingrata prevencion el mayor amor que ha buscado al hombre; abusamos, por un extremado esfuerzo, de nuestra libertad moral, y cambiamos en maldicion contra nosotros aquel dulce cántico que entonaban los ángeles al advenimiento del Hijo del hombre : *Paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad* (1).

¡ Paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad ! Esta frase explica cómo tantos hombres que nada saben, alcanzan la fe; la alcanzan por el camino del amor : su alma, que difícilmente hubiera correspondido á las ideas divinas, á causa de su elevacion, ha respondido sin trabajo al contacto de la caridad. Han reconocido á Dios en la bondad mas que en la luz, y la luz, zelosa de su corazon, se ha precipitado en él con el amor. Esta maravilla es la que se ha querido desacreditar llamándola la fe del carbonero. Señores, no hay fe del carbonero, como tampoco hay razon del carbonero. La razon del carbonero vale tanto como la de Newton, y tal vez un aldeano que cortaba leña en el bosque de Versalles, tenia sobre las cosas divinas iluminaciones tan profundas como las de Bossuet, cuando asombraba con su elocuencia y su doctrina á la corte de Luis XIV. Sí, en el dia del juicio habrá de esos carboneros de alpargata y sayo, que habrán tenido mas fe y mas luz que algunos téologos, porque el amor ve á mayor distancia que el entendimiento, y porque cuando el alma lo acepta, la verdad le ensalza con ella, así como el águila toma sus polluelos sobre su espalda y los lleva hasta el trono del sol.

Hemos dicho, Señores, que la generacion de la fe, semejante en su desarrollo á la generacion de la razon, supone gérmenes divinos de conocimiento y de amor, sembrados en nosotros por la mano de Dios; necesitamos, pues, del concurso de Dios para llegar á la fe, y este concurso es libre por su parte, al menos cuando, habiendo abusado de sus dones, hemos alterado su virtud por nuestra culpa. La libertad del hombre llama evidentemente por contrapeso á la libertad de Dios; y hallándose Dios lejos del hombre, no puede consumarse el misterio de la fe en nosotros, si no tenemos el poder de atraer la accion de Dios. Pero ¿ por qué vias podrá excitarse esta accion ? ¿ Quién será bastante fuerte para hacer violencia á Dios y para hacerle violencia sin herir su libertad ?

(1) S. Mateo, cap. 2, vers. 14.

Señores, despues de haber muerto Aquíles á Hector y de haberle arrastrado siete veces en derredor de la ciudad sitiada, por la noche se presentó un anciano desarmado en el umbral de su tienda; era Príamo. Venia á reclamar del implacable vencedor el mutilado cuerpo de su hijo, y habiéndole besado la mano, le dijo : « Juzga de la grandeza de mi infortunio, cuando beso la mano que ha muerto á mi hijo. » Aquíles lloró y entregó el cuerpo de su enemigo. ¿ Qué poder fué el que conmovió aquel corazon feroz ? ¿ Qué magia le habia rendido? Ese poder, esa magia era la de la súplica. Si la fuerza no hubiese encontrado una barrera que la contuviese; si no existiese en el mundo mas que la fuerza contra la fuerza, ¿ cuál seria la suerte de los pequeños y de los desgraciados ? Dios debia á la debilidad y al infortunio un arma que hiciese cara al acero, calmase la cólera, desvaneciese la injuria y reparase la desigualdad de la suerte; y le dió la súplica. La súplica es la reina del mundo : cubierta de humilde ropaje, inclinada la frente, tendida la mano, protege al universo con su majestad rendida : se dirige continuamente desde el corazon del débil al corazon del fuerte; y cuanto mas humilde sea el punto desde donde implora, cuanto mas excelso sea el trono adonde asciende, mas seguro es su imperio. Si un insecto pudiese suplicarnos cuando vamos á pisarle, nos conmoveria fuertemente; y como nada hay mas alto que Dios, ninguna súplica es mas victoriosa que la que á él va dirigida. Es la súplica, Señores, la que restablece nuestras relaciones con Dios, atrae su accion sobre nosotros, le hace violencia sin dañar á su libertad, y es por consiguiente madre de la fe. Por eso dijo Jesucristo : *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá : porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre* (1).

Ya preveo vuestro argumento : pues decís, ¿no se necesita fe para orar? y si se necesita orar para tener fe, ¿ no es este un círculo vicioso ? ¡ Ah ! sí, Señores, un círculo vicioso! Creo haber dicho ya que el mundo está lleno de esos círculos viciosos; pero ved cómo Dios sale de este. Convengo en que para suplicar es necesaria la fe, al menos una fe incoada : ¿ sabeis lo que es la fe incoada ? La fe incoada es la duda; la duda es el principio de la fe, como el temor es el principio del amor. No hablo de ese escepticismo que afirma dudando, sino de esa duda familiar acaso á muchos de mis

(1) S. Mateo, cap. 7, vers. 7 y 8.

oyentes, de esa duda sincera que les hace decir : Acaso yo, sér imperfecto y miserable, soy obra de una Providencia que me gobierna y vela por mí : acaso esa sangre que ha corrido ahora mismo sobre el ara, es la sangre de un Dios que me ha salvado : acaso puedo llegar al conocimiento y al amor de ese Dios. Acaso! Esa duda, Señores, es la que figura como el principio de la fe, y esa fe incoada no la arrancaréis de vuestro corazon fácilmente; Dios la ha prendido con diamante. Es la fe en el estado vago, que pasará al estado de conviccion si quereis, y si no quereis no pasará; que se presta á todo, á afirmar á Dios, ó á negarle, á amarle, ó á aborrecerle. Tan cierto es que poseeis esa fe, que la combatís y desearíais desembarazaros de ella : hasta con la persecucion le rendís homenaje, porque no se persigue lo que nada vale á nuestros ojos. La persecucion emana de una fe que no se confiesa, porque se le tiene miedo; la persecucion es un acto de fe. Los filósofos de la antigüedad menospreciaban el paganismo, y así dejaban tranquilos á los dioses; aquellos dioses no infundian fe, y por eso los filósofos no los temian. Nunca la duda habia descendido á su corazon desde la frente de Júpiter y de Neptuno; pero cuando se estableció el cristianismo, aquellos príncipes que no creian en sus ídolos, y que se acomodaban á ser grandes sacrificadores; aquellos opulentos que se complacian con el orgullo de sus hecatombes; aquellos escritores que halagaban á Apolo y á Mercurio, todos ellos se sublevaron contra la verdad : se sublevaron cuando la verdad les impuso miedo, cuando la fe penetró en ellos con la duda. Sí, si se nos aborrece, consiste en que en nosotros hay demasiada verdad, una verdad harto visible. ¡Ah! si nosotros fuésemos portadores de la mentira, se nos adoraria y se nos levantarian altares; entonces se nos diria : Dad fe á la muchedumbre, y haced que nos sirva. Pero como aspiramos á hacer creer así á los grandes como á los pequeños, como penetramos á través de sus vicios y de sus pasiones, para suscitar, al menos, la duda en su corazon, se levantan contra nosotros, querrian imponernos silencio, y que ya nada en el universo les hablase de Dios, para acallar así los gritos de su conciencia.

Todos, Señores, podemos orar, porque todos creemos ó dudamos. Insectos de un dia, perdidos bajo una mata de yerba, nos agotamos en vanos raciocinios, preguntándonos de dónde venimos y adónde vamos; pero ¿no podemos decir estas palabras : Oh tú, cualquiera que seas, tú que nos has formado, dígnate sacarme de mi duda y de mi miseria? ¿Quién no puede suplicar de este modo? ¿A

quién se puede excusar de que no pruebe á fundar su fe sobre la súplica?

¡ Ojalá, Señores, os haya yo inspirado al menos el saludable pensamiento de volveros hácia Dios por la súplica, y de anudar con él vuestras relaciones, no solo por el espíritu, sino tambien por el movimiento del corazon! Esta es la esperanza que llevo conmigo, y el voto que formo al dejaros. Queda en manos de mi obispo este púlpito de Nuestra Señora, fundado por él y por vosotros, por el pastor y por el pueblo. Un instante ha brillado sobre mi cabeza este doble voto: permitid que le aparte de mí, y que me encuentre algun tiempo solo delante de mi debilidad y delante de Dios.

DE LOS EFECTOS DE LA DOCTRINA CATÓLICA SOBRE EL ESPÍRITU.

SERMON DÉCIMOCUARTO.

Certidumbre racional producida en el espíritu por la doctrina católica.

La doctrina es la ciencia de la vida. La vida, segun la definicion de santo Tomás de Aquino, es un movimiento espontáneo. Todo movimiento lleva en su esencia misma la idea de un punto de partida, de un término, y de un esfuerzo para trasladarse del uno al otro. Por consiguiente la ciencia de la vida es la ciencia del punto de partida del hombre, de su término, y del camino ó de los medios por donde debe pasar.

Ahora bien, la doctrina católica nos enseña que Dios es el punto de partida del hombre, que Dios es el término, y que Dios hecho hombre es el camino y el medio que le conduce á su fin : *Yo soy el alfa y el omega, el principio y el fin. — No hay mas que un Dios, y un medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre* (1). Y por consiguiente en toda discusion la doctrina católica es la mas elevada de todas las doctrinas, porque, haga lo que quiera el espíritu humano, le es imposible concebir un punto de partida mas elevado que Dios, un término mas elevado que Dios, un medianero mas elevado que un Dios hecho hombre. Luego, metafísicamente y por la naturaleza de las cosas, la doctrina católica ocupa la mas excelsa cima á que puede encumbrarse el espíritu humano; y toda doctrina, cualquiera que sea, que venga despues de ella ó á su lado, está obligada á colocarse en un grado muy inferior. Estamos colocados en la cima por la fuerza misma de las ideas, y al parecer deberia yo lanzar en seguida mis miradas sobre esa eminencia;

(1) Apocalípsis, cap. 1, vers. 8.—S. Pablo, 1ª. epíst. á Timoteo, cap. 2, vers 5.

deberia contemplar la doctrina católica en su faz y en sus entrañas, y á semejanza de Moisés hacer descender de esa contemplacion mi palabra, deslumbrándoos por medio de los rayos que parten del sitio en donde reposa con la esencia divina nuestra doctrina propia.

No lo haré sin embargo; porque siendo toda doctrina un principio divino, bueno ó malo (1), opera necesariamente sobre la vida del hombre, de la naturaleza y de la sociedad, y de consiguiente puede ser considerada con relacion á los efectos que produce en esa triple region. Es mas natural estudiar de este modo una doctrina cercana á nosotros, que ir desde luego á desentrañar los misterios hasta en su naturaleza metafísica. Me propongo pues, Señores, despues de haberos demostrado otras veces la necesidad de la Iglesia católica, su constitucion, su autoridad, las fuentes de su doctrina, me propongo, continuando siempre la misma obra bajo el mismo plan, exponeros los efectos de esa doctrina sobre el hombre, la naturaleza y la sociedad, á fin de que despues estemos preparados á seguirla hasta el trono de Dios con vuelo á la vez humilde y atrevido.

Empezaré considerando los efectos de la doctrina católica sobre el espíritu del hombre.

El primer anhelo de una doctrina, su primer esfuerzo, su tendencia inevitable es conquistar los espíritus. No hay en el mundo conquistador tan impaciente de los límites de su territorio, tan estrechado en los límites de su dominio, ni que sienta agitarse mas en su corazon el deseo de combatir y de avasallar, que una doctrina; porque una doctrina es la vida, es el principio de toda vida. La doctrina en su causa primera es Dios mismo, Dios, la verdad soberana, la verdad viva, la verdad que no se mira para verla, sino que se ve sin abrir los ojos; porque ella es á la vez sus ojos y su luz. Y si el sol nos comunica tan vivamente sus rayos, si los precipita hácia nuestros ojos con tanta rapidez, ¿qué será de la luz infinita, qué de la doctrina católica, qué de toda doctrina que trae de Dios su orígen? Señores, el error absoluto, las tinieblas perfectas no existen; la nada no puede existir, y toda falsa doctrina, aun engañándonos, debe su poder á un resto de verdad, no diré á la esencia divina, pero sí á alguna cosa que de allí ha partido, y que convierte los fantasmas que amamos en astros luminosos y vivos.

(1) En el párrafo siguiente explica el autor este pensamiento. (J. G.)

Quiere, pues, la doctrina dominar los espíritus, y no lo disimula; y yo, doctrina viva, yo á quién fué dicho en mis antepasados: *Vé y enseña á todas las naciones*, yo... ¿y por qué quereis que disfrace mi ambicion? Mi ambicion no reconoce límites, mi ambicion es mas que el Océano; mi deseo de dominacion sobre toda criatura capaz de oir la palabra divina es, como lo ha dicho S. Pablo, *cautivar todo entendimiento, toda altura* que se eleve, por la fuerza de la doctrina que de Dios emana. Así tenemos una grande ambicion, y si vosotros teneis una doctrina, esa ambicion es tambien la vuestra. No lo disimulemos; digamos que somos hombres, que queremos conquistarlo todo, poseer los espíritus y gobernarlos. ¿Y por qué? ¿Es por un deseo egoista de preeminencia? No, Señores, sino porque la verdad es tambien caridad, porque la luz es tambien calor, y porque este calor no puede existir sin calentar, sin dilatarse. Por eso el deseo de esparcir la verdad se confunde con el deseo de la caridad: cuando queremos conquistar, es que queremos abrir nuestras entrañas, y ocultar y contener en ellas á todo el género humano. ¡Ah, sin duda se nos perdonará esto!

Ahora bien, Señores, ninguna doctrina conquista los espíritus, sino á condicion de darles la certidumbre de su verdad. En tanto que una doctrina no se apodera de los espíritus hasta el punto de parecerles cierta, no es otra cosa que un fulgor con mas ó menos seducciones, que busca la adhesion, y no lo ha obtenido: un fulgor que es todavía distinto del entendimiento y tratado por él como un huésped mas ó menos familiar, y no como formando parte necesaria de la casa. La certidumbre establece perfecta unidad entre el entendimiento y la doctrina; es el punto de encuentro y de interseccion de la luz intelectual y de la luz doctrinal, como la vision es el punto de encuentro y de interseccion de la facultad visiva y del rayo luminoso. Hay muchas especies de certidumbre, segun el modo con que la doctrina llega á introducirse en el entendimiento y toma posesion de él. Me ocuparé ante todo de la certidumbre racional.

La certidumbre racional es una conviccion reflexiva, soberana, inmutable: reflexiva, es decir, que se da cuenta de sí misma, conoce sus motivos, los discute, y resiste por la lógica á las razones opuestas que pugnan por destruirla; soberana, es decir, que gobierna la vida práctica así como la vida del pensamiento, y es capaz de hacernos recibir la muerte antes que rebelarnos contra ella, desconociéndola; immutable, es decir, que subsiste en nosotros con

tal constancia de lucidez, que solo puede perecer por actos calificados de crímen ó locura.

Y semejante certidumbre no es un pequeño prodigio, Señores; pues no sin gran trabajo se llega á creer algo con una conviccion reflexiva, soberana é inmutable. ¡Tan acosado se halla nuestro espíritu por tantas doctrinas contrarias! Por la noche pensamos en nuestro gabinete con la cabeza apoyada sobre nuestra mesa; se nos aparece un sistema de vida, y nos acosa diciéndonos: Escúchame, yo soy la verdad. Pasamos por una calle; un amigo, un compañero de nuestra edad primera nos pone la mano sobre el hombro; hace tiempo que no le hemos visto; ha aprendido; ha conocido en el camino de este mundo hombres que le han persuadido, y nos dice: Oye, tengo la doctrina, tengo la verdad. Acordaos del segundo de los Brutos. En medio de los desastres de su patria, pensaba una noche en todo lo que ocupa á los hombres meditabundos, cuando llevan en su mente el peso de un imperio que se desmorona. En este momento se abre su puerta, se le aparece una especie de sombra, y él se levanta y dice: Quién eres? La sombra responde: Soy tu mal genio, y tú me verás en Filipos. Para nosotros, Señores, sucede al contrario. Se nos aparecen sombras y nos dicen: Soy tu buen genio, y volverás á verme en la hora final. ¿Qué quereis que haga la razon humana así combatida por tantas doctrinas contrarias, defendida cada una de ellas por la decision y la elocuencia? ¡Cuántas incertidumbres! ¡Qué de tormentos! La barquilla del pescador que va á ganar el sustento de su familia, luchando de noche en medio de las tempestades, ¿no es cien veces mas tranquila y venturosa que nuestro espíritu?

Agregad á esta causa exterior de perturbacion la debilidad de nuestros resortes intelectuales; no solo pasan y repasan de continuo delante de nosotros ideas contradictorias, sino que nuestros ojos interiores se hallan naturalmente poco abiertos, y dispuestos á la fascinacion. Si la doctrina que se les presenta es verdad, la luz les deslumbra, y no tienen fuerza para sostenerla; si es el error, las tinieblas los ofuscan, y creen ver lo que no ven.

Por último, la libertad de que goza nuestra alma sirve tambien para alejarnos de la certibumbre; ella nos hace experimentar cierto horror á todo lo que la prive de parte de su soberanía; la verdad conocida en todo su brillo, con todo su imperio, le parece servidumbre; y prefiere, á pesar de los dolores de la duda, ir de una orilla á otra mas bien que echar en el puerto anclas que no se levanten.

Estos obstáculos á la certidumbre son grandes. ¿Y cuánto mas lo son al tratarse de la doctrina católica? En toda otra materia tocamos, por decirlo así, los objetos, ya se trate de la naturaleza, de la sociedad, de fenómenos usuales, de testimonios humanos, de documentos próximos á nosotros; pero la doctrina católica, á pesar de sus fenómenos exteriores, va á parar á regiones ocultas de todo punto á nuestros ojos. ¿Nos habla de la esencia divina? Es una unidad en tres personas realmente distintas una de otra. ¿Nos habla de los actos divinos? Una de esas personas divinas es la que ha tomado nuestra carne, nuestra alma, la que ha muerto, á la hemos crucificado, y cuya sangre derramada por nosotros, en vez de aniquilar á la humanidad, la ha salvado. Si la certidumbre es difícil en sí, ¿cuánto mas lo será cuando se trata de tales misterios?

Y además, Señores, ninguna doctrina ha sido mas combatida en el mundo que la doctrina católica. Penetrad en esos sepulcros á que se da el nombre de bibliotecas, elegid al acaso, halladme un libro verdaderamente católico, un libro que á propósito de la historia, de la astronomía, de las matemáticas, del sistema del mundo, de la piedra que cae, del aeróstato que se eleva, á propósito de todo, y á propósito de nada, no anatematice al cristianismo. Todo conspira contra nosotros; nada hay que no hable contra nosotros, que no sea elocuente contra nosotros. Pues bien, esa certidumbre tan difícil para todos, tan difícil para nosotros en particular, esa certidumbre que solo cuenta enemigos, la poseemos: la poseo yo, la siento respirar en mi pecho. Mis hermanos y yo hemos pasado por encima de vuestros libros, por encima de vuestro poder, por encima de todo lo que habeis hacinado al paso de nuestra alma; hemos labrado nuestro camino en el mundo, y vednos aquí ciertos de nosotros y de nuestra doctrina.

¿Es verdad que nosotros poseemos una certidumbre racional del cristianismo, es decir, una conviccion reflexiva, soberana é inmutable? Reflexiva.... Señores, no lo digo de todos: reparad bien que no hablo en este momento de la fe que es una operacion de la gracia de Dios; no hablo de la luz sobrenatural que puede ser dada al niño que abre los ojos á la luz del mundo; no es esta mi tésis. Hablo de una conviccion reflexiva que sabe los motivos de su fe, de la conviccion de S. Agustin, de Sto. Tomás de Aquino, de Bossuet, de Fenelon; de esa certidumbre que en gran número de almas se agrega á la otra, y en cuya posesion se mantiene la Iglesia. Porque la Iglesia no reprueba los motivos racionales, ni condena la lógica;

antes bien la Iglesia ha salvado la razon, como ha salvado la fe. Ocupada de continuo en conservar el dominio de la fe, de su omnipotencia divina sobre las almas, el dominio de la gracia que destruye el orgullo de S. Pablo en Damasco, conserva tambien el dominio de la razon, que sin duda es menos poderoso, pero que existe, se arma y combate por nosotros, y hace que nuestra fe no solo sea un acto sobrenatural, sino tambien un acto de alta razon. No se negará sin duda esta alianza de la fe y de la razon en S. Agustin, en Sto. Tomás de Aquino, en Bossuet, en Fenelon y en tantos otros, cuyos nombres no cito ahora, por temor de que se agolpen en mis labios aun mas de los que se agolpan sobre vuestras cabezas en esta basílica. No se negará que estos grandes genios han sido juntamente hombres de fe y hombres de razon, y que han manejado con igual superioridad el arma de la lógica y la de la gracia. Sí: ¿quién nos disputará la razon? ¿será porque la humillemos á los piés de la fe, porque decimos que una luz finita no puede igualarse á una luz infinita? Pero aun cuando el sol no es Dios, no por eso deja de alumbrar al universo. Tenemos, pues, una conviccion reflexiva del cristianismo, somos niños en presencia de Dios que nos ha formado; pero niños que contemplan á su padre y se dirigen á él, le tocan, le abrazan y le hablan con elocuencia el lenguaje del tiempo y el de la eternidad.

Nuestra conviccion es igualmente soberana. Domina las operaciones de nuestra mente y las obras de nuestra actividad práctica. Sin duda que todos los cristianos no viven conforme á la doctrina de Jesucristo; hay un gran número que reniegan del Evangelio por sus acciones. Pero la inconsecuencia momentánea de estos da mas realce á la fidelidad de los otros, descubriendo cuánto cuesta á la corrupcion del hombre conducirse siempre como verdadero cristiano. El cristianismo, por otra parte, no inspira costumbres segun las leyes ordinarias: inspira una decision heróica; lleva á sus misioneros á las naciones mas remotas; puebla los hospitales con sus hijas de caridad; crea en las almas recursos tan grandes como la fertilidad del infortunio y de la miseria; tiene sus anacoretas, sus cenobitas, los hombres de su penitencia como los hombres de su palabra; y sobre todos estos mártires que no llegan hasta derramar su sangre, tiene por último los que protestan la soberanía de su conviccion entre las manos de los verdugos. ¿Qué doctrina ha dado nunca mas seguridades de su plena posesion de los espíritus?

Es verdad que al primer golpe de vista la conviccion católica

no parece dotada de una inmutabilidad completa, puesto que es de fe que el cristiano es siempre libre de abdicarla por la prevaricacion de la apostasía, y en la historia hay ejemplos demasiado memorables y ciertos. Pero estos mismos ejemplos, por el estupor que en pos de sí han dejado, prueban tanto su rareza como la magnitud del crímen intelectual de donde han emanado. La apostasía es, en el órden religioso, lo que la locura es en el órden natural; una lamentable excepcion que no destruye mas la certidumbre de la fe, que la otra la certidumbre de la razon. A parte los niños, en quienes el cristianismo no es todavía un sentimiento y una costumbre, todo hombre que le ha aceptado por sí mismo, conoce perfectamente que á pesar de su libertad subsistente no renunciaria con mas facilidad á la fe que á la razon. Teneis en torno de vosotros jóvenes que han hecho traicion á la esperanza de su educacion cristiana; pero no conoceis hombres graves que, habiendo una vez reconocido con pleno convencimiento de su conciencia la divinidad de la doctrina católica, la hayan rechazado despues como una carga engañosa. Cuanto mas avanza el cristiano por el curso de los años hácia el horizonte de la eternidad, mas se afirma su conviccion sobre todo lo demás, á semejanza del viajero que trepa los Alpes, y ve como se bajan á medida que se eleva hácia las alturas intermediarias, hasta que no descubre delante de sí mas que la suprema y coronada cumbre del Monte Blanco.

La doctrina católica produce, pues, en el espíritu una conviccion reflexiva, soberana, inmutable, es decir, la certidumbre racional. Ahora bien, la certidumbre racional es el mayor acto del poder de una doctrina, y por consiguiente la doctrina católica ejerce un acto de poder en el mas alto grado. Pero esta conclusion no es todavía suficiente; conviene saber cuál es la causa activa de la certidumbre racional.

Hay doctrinas que tienen valor; otras que no lo tienen: doctrinas que entre otros fenómenos producen el de la certidumbre racional; otras que no lo producen. ¿De dónde procede esta diferencia? Es claro que el valor de una doctrina depende de la cantidad de verdad contenida en ella; porque no siendo una doctrina otra cosa que la exposicion de lo que es, su mérito reposa evidentemente en la conformidad de lo que ella dice, con la realidad. En otros términos, una doctrina no encierra mas que dos elementos, el error ó la verdad, ya sea el uno, ya la otra, ó ya los dos juntos. Si no es la verdad la que determina su valor intrínseco, preciso es

que sea el error, es decir, lo que no existe, lo que no es nada en sí, consecuencia inadmisible por la razon. Sin duda la elocuencia revestirá al error de prestigio, cubriéndole con las vestiduras de la verdad; pero la elocuencia muere con la palabra, y tarde ó temprano, la doctrina se halla sola con su peso natural, que es la cantidad de verdad que contiene, y á esta cantidad es siempre proporcionada la accion definitiva. Cuando ella produce la certidumbre racional, que es su mas alta razon, en el espíritu, es prueba de que la verdad se halla en su estado puro. De otro modo seria forzoso decir que tambien el error produce la certidumbre racional, en cuyo caso, siendo uno mismo el efecto del error y de la verdad, es claro que no nos quedaria medio alguno de discernir el uno de la otra, lo cual seria la ruina absoluta de la razon. El efecto final del error sobre el entendimiento no puede ser el mismo que el efecto final de la verdad, así como el efecto final del crímen en el alma no puede ser idéntico al efecto final de la virtud. Así como el endurecimiento del alma no es la paz, el endurecimiento del espíritu no es la certidumbre; y como el remordimiento va á buscar el crímen hasta en los últimos pliegues de la conciencia para perturbarla, la duda persigue al error hasta en las últimas trincheras del sofisma para castigarle. Luego donde hay certidumbre racional, hay verdad; la doctrina católica produce la certidumbre racional; luego la doctrina católica es verdadera, y como produce esta certidumbre, á pesar de las resistencias mas tenaces de dentro y de fuera, la verdad se halla en su mas alto poder. Cuando el mar de Holanda rompe sus diques, es prueba de que hay en el mar de Holanda una fuerza que no está en la mano de los hombres, ni en la ciencia que ha levantado aquellos diques.

Vosotros me diréis: Tambien nosotros tenemos la certidumbre de nuestra incredulidad. Pues bien, certidumbre por certidumbre, esos son dos términos que se anulan recíprocamente; el catolicismo ha tenido sus hombres de genio, tambien nosotros tenemos los nuestros; ha tenido sus mártires, la incredulidad tiene los suyos: luego la causa es igual por ambas partes; permaneced lo que sois, y nosotros tenemos el derecho de permanecer tales como somos.

No, Señores, vosotros no teneis la certidumbre de vuestra incredulidad, y si la tuvieseis, nosotros no tendríamos la certidumbre de nuestra fe; porque dos certidumbres contradictorias se excluyen mutuamente. Yo os divido en dos clases: una, la de los que han estudiado la cuestion religiosa; y otra, la de los que no la conocen sino

por su posicion. Aquellos que no la han estudiado no tienen ningun título para reclamar el beneficio de la certidumbre racional; ¿y no es este el gran número de vosotros? Os elijo por jueces: ¿qué habeis hecho para poneros en relacion con la doctrina católica? ¿Qué habeis leido? ¿Cuáles han sido vuestras meditaciones? ¿En qué soledad habeis recogido vuestra alma ante el problema de vuestros destinos? ¿Quién de vosotros ha pesado suficientemente á Dios en su mano, para decirle con justicia un *sí* ó un *no* eternos?

En cuanto á los sabios, á los que han revuelto muchos libros y muchas ideas, ¿tengo necesidad de disputarles la certidumbre? ¿Quién no conoce el alma de un sabio? ¿Quién no ha oido los gemidos de esos hombres que lo han explorado todo, y que de sus largas navegaciones en el océano de las cosas, no han sacado, con una ciencia mas vasta, sino dudas mas profundas? Señores, la verdad reune á todos en la hora de la muerte: allí es donde conviene juzgar de la sinceridad y del valor de las dos doctrinas, del valor del catolicismo y del valor de la incredulidad. ¿Cuál es el católico que se duele de su fe en la hora de la muerte? Por el contrario, ¿cuántos incrédulos hay que estampan sus moribundos labios en un crucifijo, adorando lo que habian blasfemado y maldiciendo lo que habian adorado? D'Alembert, ese gran geómetra se hallaba en su lecho de muerte: un jóven se acercó, y le dijo con sencillez afectuosa: « Señor D'Alembert, siempre habeis sido bueno para mí, permitid que os pregunte una cosa. ¿Os parece cierto ahora todo lo que vos y lo que vuestros amigos habeis escrito sobre el cristianismo? » D'Alembert, commovido por un impulso generoso, réspondió: « ¡Ah, cierto! (1) » Hé aquí la última palabra de la ciencia y del genio con respecto á la religion cuando se han apoyado en sí mismos, y no han querido concluir sino por la razon, aislada del testimonio divino. La ciencia hiende la vida y no la calma. Si, príncipes del pensamiento, habeis abierto un pozo profundo y admirable; pero no lo habeis llenado. Para decirlo de una vez, hé aquí la diferencia entre vosotros y nosotros: nosotros creemos, y vosotros dudais.

Pues bien, diréis, nosotros buscamos, y buscar es nuestro mérito; no tenemos certidumbre, la pedimos á todos vientos, la

(1) El lector comprenderá, por el modo de la respuesta, que D'Alembert no creia cuanto él y sus amigos habian dicho contra el cristianismo. (J. .)

pedimos á todo el que puede pronunciar una palabra con elocuencia. Pero fuera de la incredulidad ¿no existen falsas religiones? ¿No tienen esas falsas religiones una certidumbre? Y si tienen una certidumbre, ¿qué probará vuestra certidumbre católica? El adorador de Júpiter muere tranquilo, el discípulo de Mahoma muere tranquilo; ahora mismo decíais que nos emplazabais para el lecho de muerte. Pues bien, el lecho de muerte invocamos nosotros en favor de los cultos mas extravagantes.

Señores, aun cuando conviniese en ello, no dejaria de ser un fenómeno asombroso que la ciencia humana pudiese dar tranquilidad de espíritu en la hora de la muerte, y que el adorador de Júpiter, el sectario de Mahoma, el observador de un culto por extraño é inconsecuente que sea, obtuviese en su religion el apetecido descanso. ¿Cuál es, pues, la magia de la religion, si es verdad que basta adorar, poner una rodilla en tierra, levantar los ojos al cielo y decir en cualquier idioma que sea: ¡Dios mio! basta, repito, que un alma humana pronuncie este nombre de Dios para ser fortificada, consolada y estar tranquila en la hora de la muerte? ¿No veis que no podeis decir nada mas fatal contra vosotros, y que la misma falsedad de las religiones en donde hay espíritus de toda naturaleza, dándoles la paz que no teneis, prueba que vosotros no os hallais en la via de la humanidad, y que el Negro, el Cafre ó el Hotentote son mas felices que vosotros, pues tienen mas verdadera ciencia, y que Dios en todos los países, en todos los tiempos, bajo todas las formas recompensa al alma que cree en él? Sí, las falsas religiones hablarán contra vosotros el dia del juicio; sí, allí se os dirá: Sabios, yo habia dado la paz á la humanidad, á mis negros, á mi salvajes, á mis caribes; ellos vivian tranquilos á la sombra de mi nombre; y vosotros que habeis dado tortura á vuestro espíritu, que habeis buscado dentro de vosotros vuestro punto de partida, y vuestro punto de apoyo, semejantes á infelices que aspirasen á levantarse del suelo por sus propias fuerzas, habeis quedado sumidos en la agitacion y en la incertidumbre; no habeis sacado de vuestras investigaciones mas que una desesperacion que ni aun siquiera os ha dado testimonio de vuestra impotencia. Bastaria acaso esta respuesta; pero trato de demostraros que las falsas religiones no han tenido certidumbre racional, es decir, no han dado de sí mismas á sus sectarios una conviccion reflexiva, soberana, inmutable.

¿Habia solo una doctrina en el paganismo? ¿Habia reflexion?

¿habia enseñanza? ¿De qué puede servir raciocinar, donde ni aun siquiera la sombra de la razon existe? Cuando Jesucristo se levantó sobre el mundo, ¿qué hizo el imperio romano? Calló al principio, sostenido en su fuerte espada; pero cuando vió á aquellos galileos que penetraban por todo el imperio, que se presentaban en el senado, que tenian aprobadores, amigos y hermanos en el ejército y en el pretorio; cuando el imperio se apercibió de aquel movimiento de persuasion, dispertó é hizo un gesto. ¿Fué acaso para hablar? ¡Hablar! Sacó aquella espada que habia sometido el mundo, descargándola sin tregua sobre ancianos, mujeres y niños desarmados; y esa execrable bastardía es aun la sola defensa de los falsos dioses, donde quiera que existen. ¿Dónde está, pues, la razon? ¿dónde la certidumbre racional?

¡Ah! cuando encuentro un alma que no tiene mi fe, que no cree en la palabra amable de Cristo, siento una tierna compasion; me pongo á su alcance, la estrecho en tanto que su edad y su situacion me lo permiten, hago lo que puede hacer una madre para darle la leche del amor: ella puede menospreciar mis esfuerzos; pero no los acusará de ser indicio de una fe sin razon y sin corazon. Mas si un cristiano cae en poder de esos cultos niños que no tienen confianza en sí mismos, porque sienten su degradacion, ni aun siquiera tratarán de convencerle, sino que le dirán: Dobla la cabeza ó mueres; pero el cristiano, ni se calla, ni dobla la cabeza: la doctrina que en él existe se anima y se engrandece delante del peligro; se acuerda del Calvario, y bajo la mano que quiere sofocarla, aspira todavía á persuadir, aun cuando no sea mas que á sus verdugos. ¿De qué parte está la conviccion reflexiva, soberana, inmutable?

¿Acaso estaremos obligados á reconocer la certidumbre racional en las sectas cristianas separadas de la unidad católica? Tampoco. Los ignorantes en esas sectas son incapaces de la certidumbre racional, y la fe que tienen, si su ignorancia es invencible, es una fe puramente sobrenatural, que es el fruto de la gracia y puede salvarlos. En cuanto á los sabios de la herejía, la fuerza de la lógica los conduce á destruir lo que hubieran querido dejar en pié; minan un dia ú otro los dogmas que ellos mismos habian reconocido al principio como fundamentales, y llegan por último á un protestantismo tan completo, que no se distingue del racionalismo mas que en el nombre. No os presento pruebas; esta es una historia demasiado visible para los ojos menos ejercitados, y así me apresuro á

concluir reasumiendo todo lo dicho. Ni en las sectas cristianas, ni en los cultos paganos, ni en ninguna otra parte, fuera de la doctrina católica, se produce la certidumbre racional respecto de las cosas divinas. Solo nosotros la poseemos, y como no hay certidumbre en el error, sino solo en la verdad, la doctrina católica es la verdad.

SERMON DÉCIMOQUINTO.

De la repulsion producida en el espíritu por la doctrina católica.

Cuando el viejo patriarca Jacob estaba sobre su lecho de muerte, reunió en derredor á su posteridad; y abriéndole para su instruccion y la nuestra el vasto campo del porvenir, dijo á uno de sus hijos que se llamaba Judas: *No será quitado de Judá el cetro, hasta que venga el que ha de ser enviado*, y *él será la expectacion de las gentes* (1). Así, el primer carácter por el cual Cristo, Hijo de Dios, hecho hombre, fué expresamente designado en las profecías, fué el ser la esperanza de las naciones. Y mas tarde, al fin de la edad profética, otro de los enviados de Dios decia: *Aun falta un poco, y moveré el cielo y la tierra, y vendrá el deseado de todas las naciones* (2). Y sin embargo, Señores, otro profeta clamaba tambien con estilo bien diferente: *¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos meditaron cosas vanas? Asistieron los reyes de la tierra, y se mancomunaron los príncipes contra el Señor, y contra su Cristo, y dijeron: Destricemos sus ataduras, y sacudamos de nosotros su yugo* (3). Cristo, pues, está designado á la vez bajo estos dos caractéres contradictorios de ser la esperanza y el amor de los pueblos y objeto de su furor y de sus conjuraciones.

Cuando Jesucristo fué presentado al templo, ¿cuál es la primera palabra, cristianos y Señores, hombres de la Iglesia y hombres de este siglo, que podeis leer, aunque con pensamientos diferentes, en la historia de que sois hijos, y que aun se forma hoy por vuestras propias manos, cuál es la primera palabra que se le dijo? Un anciano tomó en sus manos aquel niño que acababa de nacer, le contempló con un amor del cual ningun amor humano puede dar idea, y pronunció delante de su madre esta frase: *Hé aquí que este es puesto para ser la ruina y la resurreccion de muchos en Israel, y para señal á que se*

(1) Génesis, cap. 49, vers. 10. — (2) Profecía de Ageo, cap. 2, vers. 8. — (3) Salmo 2, vers. 1 y siguientes.

hará contradiccion (1). Y en fin, cuando este niño, ya mas crecido, rociaba el mundo con sus sudores divinos, dirigiéndose á los pescadores que habia elegido por discípulos, les revelaba en estos términos su propio destino, y el destino de todos sus sucesores: *No penseis que vine á meter paz sobre la tierra, sino espada: porque vine á separar al hombre contra su padre, y á la hija contra su madre, y á la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa. — El hermano entregará á muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y los harán morir, y seréis aborrecidos de todos por mi nombre* (2). Y la víspera de su muerte, les decia: *En el mundo viviréis en medio de las persecuciones; mas tened confianza, que yo he vencido al mundo* (3).

Señores, ved aquí las profecías, ved lo que estaba escrito antes de los hechos, y vosotros sabeis la historia; pero acaso no habeis meditado esta historia; acaso no conoceis completamente la guerra que se nos ha hecho. Hijos de esta guerra, nacidos sobre este campo de batalla, esgrimís contra nosotros el escudo y la espada, y sentimos á todas horas los golpes que sobre nosotros descargais. No obstante, oid la narracion de vuestra gloria pasada; asistid, para animaros, á lo que hicieron vuestros mayores, á fin de que habiendo resistido nosotros mismos á todos sus esfuerzos, gocemos ahora delante de vosotros del placer de nuestra victoria. Este orgullo nos es lícito: permitido le era á un espartano, traido á Esparta sobre su escudo, regocijarse de su patria en su postrer suspiro.

Quiero demostraros que si la doctrina católica produce en el espíritu humano una certidumbre racional, como hemos visto, produce tambien una viva repulsion; de modo que siendo el fenómeno complexo, no basta haber examinado una de sus partes, si no examinamos tambien la otra, para buscar las causas y deducir una consecuencia.

Hay tres razones que gobiernan el mundo y que reasumen la razon total de la humanidad, á saber: la razon de los hombres de Estado, la razon de los hombres de genio, y la razon popular.

La razon de los hombres de Estado es naturalmente una razon elevada y religiosa. Sí, Señores, en medio de vuestras preocupaciones de esta época, acaso os sorprende lo que digo; pero es cierto que la razon de los hombres de Estado es una razon elevada y

(1) S. Lucas, cap. 2, vers. 34. — (2) S. Mateo, cap. 10, vers. 35 y 36, 21 y 22. — (3) S. Juan, cap. 16, vers. 33.

religiosa. Es una razon elevada, porque cuanto mas alto se encuentra uno, mas ve; el que está sentado al timon, tiene revelaciones que desconoce el pasajero dentro de su camarote; y cuando tiene uno no solo los hilos del gobierno de una nacion, sino tambien esos hilos que están tejidos y mezclados con todos los que componen el conjunto del movimiento general de la humanidad, conoce por una parte las dificultades, y por otra su propia debilidad. He leido en alguna parte que uno de los hombres que gobernaron la Francia á fines del último siglo, conversando familiarmente con un amigo suyo, se asombraba de la irradiacion que se habia formado en su entendimiento á los tres dias solamente de habitar en el Luxemburgo, y de tener en sus manos los destinos de la Francia. Cuando tiene uno sobre su bufete los hechos, las proposiciones, las ideas, los intereses que agitan á la humanidad; cuando es forzoso regularizarlos, responder á ellos, tomar sobre sí la responsabilidad, ligar á esta responsabilidad su nombre, entonces, Señores, entonces se eleva uno como á pesar suyo. No hay hombre llamado repentinamente á los negocios públicos, que al pasar de su casa á un palacio no sufra cierta mudanza ó transfiguracion. Y si no es así, prueba una medianía tan desesperada, que hasta la mano de Dios tendria apenas habilidad bastante para sacar partido de ella.

Es tambien una razon religiosa la razon de los hombres de Estado, porque la primera cosa que siente uno cuando es llamado á gobernar una nacion, es la impotencia en que se encuentra de gobernarla: porque no se gobierna á los hombres sino con la fuerza ó con las ideas; la fuerza es un instrumento que vacila fácilmente; y respecto de las ideas, ¿ cuál es el hombre que puede imponer ideas á sus semejantes, y que no ve que posee anteriormente dentro de sí mismo una multitud de ideas preexistentes, contra las cuales no puede nada? ¿ Qué hace entonces? Llama á Dios en su ayuda, le coloca á su derecha, hace como Licurgo, como Minos, como Numa, habla en nombre de Dios; dice que él no es mas que ceniza y polvo, que él no tiene mas que las ideas de los hombres, pero que Dios se halla encarnado en él hasta cierto punto; y aun cuando no lo creyera religiosamente hablando, lo cree fatalmente hablando, y no penseis que sea por una vil hipocresía, no : todos los hombres de Estado, con muy cortas excepciones, creen sinceramente en la necesidad de Dios, y dicen como Voltaire : *Si Dios no existiera, fuerza seria inventarlo.*

Pues bien, Señores, esa razon de los hombres de Estado, razon

elevada y religiosa, ha estado desde un principio en contra de nosotros. No solo eran hombres de Estado como Neron y Tiberio los que nos perseguian, sino hombres de Estado como Trajano y Marco Aurelio, es decir, hombres que en el fondo tenian un carácter grande y generoso, y acreditaban un verdadero genio en el gobierno de los negocios romanos. Estos hombres fueron contra nosotros; y lo mismo aconteció con la mayor parte de los hombres de Estado del bajo imperio. Despues del bajo imperio vino el santo imperio romano; y su historia, con muy pocas excepciones, es la de una lucha perpetua con la Santa Sede y la Iglesia católica; despues vino el siglo XVI, en que la conjuracion de los hombres de Estado contra la Iglesia de Cristo la hizo desmoronarse en parte de Europa. Por último, todo el mundo sabe, y lo digo sin entrar en pormenores y con todo el respeto debido á los poderes de la tierra, todo el mundo sabe que hoy dia la mayor parte de los hombres de Estado de Europa son hostiles á la doctrina católica, y la combaten por cuantos medios están á su alcance. Ahora bien, Señores, este es un fenómeno extraño, y que no tiene ejemplo en otra parte: buscad en el paganismo un solo hombre de Estado que lo haya combatido; buscad en el mahometismo un solo hombre de Estado que haya sido su enemigo; buscad uno en el cisma griego, en el protestantismo, en las sectas cristianas, y no descubriréis uno solo, yo os lo aseguro. Y entre nosotros, en nuestro propio seno, los hijos que hemos bautizado, que hemos alimentado, se han sublevado contra esta doctrina de su nacimiento y de su nacion, que vivificaba, que formaba toda la historia del pueblo que debian regir. Repito que este es un fénómeno prodigioso.

Lo mismo sucede con la razon de los hombres de genio. ¿Qué es el genio? Es un alma en la que la imaginacion, la inteligencia y el sentimiento se hallan en una proporcion elevada, y en ecuacion exacta: es un alma que tiene una vista penetrante de las ideas, que las encarna prodigiosamente en el mármol, en el bronce, en la palabra, y en ese plovo que llamamos escritura, comunicándoles tambien un movimiento de corazon para trasmitirlas vivas al corazon de los demás. El genio es con la conciencia la mas bella dotacion de la humanidad; se puede despojar al hombre de su poder, de su fortuna; pero el genio es invulnerable como la conciencia.

Solo por esta definicion concebís que el genio es una razon elevada y religiosa. Porque ¿qué quereis que vean los hombres de genio, sino lo infinito? ¿Esperais que el genio adopte por su país

natal la materia? ¿Creeis que habitará el genio entre los insectos y los astros, entre esas dos extremidades de las cosas visibles, y que se acuartelará allí, y se acomodará con esta herencia? ¡Ah! que una ciencia fria y muerta adopte la materia por dominio, ese es su destino; pero el genio no aceptará nunca la cárcel de la materia; siempre traspasará los mundos; siempre dirá como Lucifer: Me levantaré del lado del Aquilon sobre la montaña, y colocaré mi trono al lado del trono de Dios. Por esto mismo es una razon religiosa; porque cuando uno se halla en tal altura, cuando se llega á Dios, se está en la religion. ¿Y qué es lo que impide comunmente ser religioso? Una pequeñez de espíritu hija del mundo presente, una frialdad de alma que no puede sentir el amor de Dios, que sufre cuando se dice que Dios se hizo hombre y murió por nosotros. Pero el genio en medio de las llamas que le devoran comprende que Dios se haya hecho pequeño, y que haya muerto: nadie comprende mejor la humillacion voluntaria que el espíritu elevado; por eso los espíritus sublimes de la antigüedad han respetado y propagado la fe religiosa. Leed á Homero, á Sófocles, á Platon, á Aristóteles, á Virgilio, á Plutarco, á Ciceron, y no encontraréis una sola palabra irrespetuosa para los dioses: saltando por encima de la superficie del culto de su época, explicaban en sus escritos sentimientos tan profundamente religiosos, que muy á menudo los Padres de la Iglesia han citado al lado del Evangelio máximas y pasajes tomados de los poetas, de los oradores, de los historiadores y de todos los genios ilustres de la antigüedad.

Sin embargo, Señores, los hombres de genio han sido nuestros contrarios desde el primer momento del cristianismo. Sabeis los ataques de los filósofos de Alejandría, y despues la sucesion de los heresiarcas Arrio, Focio y Lutero. Esto no era sin embargo mas que el preludio: paso rápidamente sobre estos hechos, para llegar al hecho capital, á esa conjuracion de los hombres de genio que se reunen para declarar la guerra al cristianismo, llamando en términos propios al Hijo de Dios, delante de quien debe doblarse toda rodilla sobre la tierra, en el cielo y en los infiernos, llamándole con el nombre de *infame*, convocando á toda la humanidad para destruir sus altares, y la Europa respondiendo á esta conspiracion de la incredulidad constituida en una verdadera potencia. Este hecho no se ha visto en ninguna otra parte, ni entre los paganos, ni entre los mahometanos, ni en ninguna otra religion, por miserable que fuese; es particular al cristianismo, y seguramente tengo derecho de sor-

prenderme, y de exigir tambien que os sorprendais vosotros.

Llego, Señores, á la razon popular. La razon popular es el buen sentido práctico de la vida. El pueblo no estudia ni estudiará nunca, el pueblo no es sabio ni lo será jamás. Dios, en cambio de la filosofía y de la ciencia, le ha dado un instinto de la vida, y sabe discernir hasta cierto punto en todo lo que le rodea lo verdadero, lo bueno, lo útil. Un pobre jornalero en su tienda se dejará sorprender por vuestra filosofía; pero cuando se trate de dar maestros á sus hijos, no se engañará, irá en derechura al verdadero maestro, y elegirá algun religioso oculto bajo un hábito acaso despreciado.

Ved aquí lo que se llama la razon popular. Esta razon es la que salva al mundo cuando los hombres de Estado y los hombres de genio faltan á su mision y hacen traicion á la causa de la humanidad haciéndosela á la causa de Dios. Esta es la razon de los hombres de trabajo, del jornalero, del pobre, que se opone al extravío de los hombres de Estado y de los hombres de genio. ¡ Oh pueblo á quien Jesus amaba! ¡ oh pueblo, yo te bendigo porque has recibido de Dios bastante entendimiento é instinto para luchar contra la traicion de tus señores, cuando abusan contra tí de su dignidad y de su fuerza! Y sin embargo, Señores, esta razon popular se ha vuelto contra nosotros, y esto es lo que me sorprende mas que todo; porque se concibe que Dios humille á un príncipe, que le retire la luz para castigar su orgullo, que acabe de humillar á un hombre de genio extraviado: pero que se haya podido engañar á este pobre pueblo, desnaturalizar sus instintos, que se le haya podido persuadir que la Iglesia, que ha venido á ensalzarle, que ha desterrado la servidumbre, queria esclavizarle; que se le haya podido persuadir de lo que no se ha podido persuadir á los paganos, á los mahometanos, á los protestantes, á los salvajes; que se le haya podido persuadir que le era lícito destruir los altares de nuestro Señor Jesucristo, que los haya demolido, que haya hollado con sus plantas esos Santos, esos patronos cuyos nombres habia recibido en el bautismo; que haya profanado hasta los tabernáculos en que reposaba sin defensa el objeto de sus adoraciones en el dia anterior, ved aquí lo que es inexplicable, ved aquí lo que se ha observado en la Iglesia católica, y lo que no se ha visto en ninguna otra parte alguna.

¿ En qué consiste que la razon de los hombres de Estado, la razon de los hombres de genio, la razon popular se hayan levantado contra la doctrina católica? Cuando digo la razon de los hombres de Estado y de los hombres de genio, no

incluyo á todos, pues hemos contado en nuestras filas hombres de esa clase. Al lado de Trajano, de Diocleciano y Juliano, se ve á Constantino, á Teodosio, á Carlo Magno, á S. Luis, á Fernando el Católico y tantos otros; al lado de Celso y de Porfiro se ve á S. Agustin, á S. Gregorio Nacianceno, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, S. Buenaventura y tantos otros que no quiero nombrar, por no acercame demasiado á los grandes nombres de nuestra época; porque si me acercase, no podria excusarme de saludar á ese ilustre veterano, príncipe de la literatura francesa y cristiana, sobre quien parece haber pasado ya la posteridad. ¡ Hasta tal punto se respira el perfume y la paz de la antigüedad en su gloria! Yo lo reconozco sin trabajo; si la doctrina católica ha tenido por adversarios á los hombres de Estado y á los hombres de genio, cuenta tambien muchos que le fueron adictos; si el pueblo ha destruido sus templos, tambien el pueblo es el que los ha levantado : mas no por eso deja de subsistir el problema, ni es menos intrincado. ¿ Por qué hay, pues, en la humanidad dos razones en lucha? ¿ Somos acaso como Panteo, cuando herido por los dioses veia dos Tebas en la Grecia y dos soles en el universo?

Es constante que la doctrina católica impele el espíritu humano hasta la certidumbre racional de la verdad; es constante tambien que suscita en él una oposicion formidable. Las tres razones que reasumen la razon total de la humanidad, todas tres naturalmente elevadas y religiosas le hacen una guerra encarnizada; pero todas tres le sirven y le adoran. ¿ Cuál es la causa de tan extraño antagonismo ? ¿ Consistirá en que en el fondo repugna al espíritu humano toda doctrina religiosa? No, que nunca ha vivido sin doctrina religiosa. ¿ Consistirá en que la doctrina cátolica tenga un carácter inmoral? Pero todo el mundo conviene en que es mas pura que otra alguna. ¿ Consistirá en que oprime á la humanidad? Pero la dignidad de las clases pobres y la libertad de todos no se han desarrollado sino bajo su influencia. Por los menos la doctrina y el sacerdocio católico valen tanto como la doctrina y el sacerdocio egipcios, griegos, romanos, musulmanes, los cuales nunca han sido aborrecidos ni perseguidos en su propia patria. Ni la cuestion estaria todavía resuelta, aun cuando se concediera la verdad de todas estas censuras, porque no se trata solo de saber cómo y por qué la doctrina católica es rechazada por el espíritu humano, sino tambien cómo y por qué es á la vez rechazada y aceptada. Se trata de saber por qué es á la vez aborrecida y amada, por qué convence y no

convence, por qué es centro de atraccion y de repulsion, por qué es como el sol, que atrae á sí á los astros y les hace describir una curva que no les permite ni confundirse con él, ni huir á un espacio donde no ejerza accion sobre ellos. Esta es la cuestion.

¿ La resolveremos diciendo que hay en la doctrina católica bien y mal, bien que trae y mal que repele? Pero cuando hay bien y mal en una cosa, esta cosa es mediana, no es ni soberamente amada, ni soberanamente aborrecida; se la tolera, se la deja pasar, como se deja pasar á un hombre vulgar sin verle. Ahora bien, la humanidad no pasa al lado de la doctrina católica, sino que se apodera de ella para atacarla ó para adorarla; se hace su adoradora ó su enemiga, y esto constantemente desde hace diez y ocho siglos. Ved aquí, otra vez, cuál es la cuestion.

¿ Cómo explican los talentos distinguidos en estos últimos tiempos este enigma maravilloso? Han dicho, y aquí, Señores, vais á reconocer una doctrina grave, una doctrina que hace justicia hasta cierto punto á los fenómenos que se suceden en el mundo; no es esta ya la doctrina del último siglo, sino un pensamiento mas elevado, mas digno, mas pacífico. Han dicho que la humanidad es víctima de dos fuerzas: una fuerza liberal, independiente, soberana, que es la razon; y otra fuerza, generosa tambien, ardiente y mal acomodada á los límites en que la razon se encierra, que quiere traspasarlos, unirse á Dios y recibir en una palabra revelada una regla de sus acciones y de sus juicios; esta es la fe. La lucha de estas dos fuerzas, la fuerza racional con la fuerza religiosa, no ha nacido sino en la época del cristianismo, porque no estando la religion antes del cristianismo dignamente representada, la fe no hallaba en el mundo un apoyo suficiente á sus inspiraciones. La razon trataba entonces á la religion con deferencia, como una hermana que no podia disputarle su trono, y á quien convenia tratar bien por respeto á su debilidad misma; pero cuando apareció el cristianismo, cuando se propagó la buena nueva, se hizo necesario que la razon humana contase con la palabra divina, y que habiéndose aumentado la fuerza de la fe se aumentase tambien la fuerza de la razon, se mantuviese en su campamento y disputase el terreno palmo á palmo. La historia de esta lucha es toda la historia de la humanidad desde hace diez y ocho siglos. Sí, se dice, la fe es un poder grande y venerable; sí, hay en el mundo una palabra divina, cualesquiera que sean su orígen y su naturaleza, y esta palabra tiene una soberanía: nadie desde Jesucristo ha podido quitársela, y probablemente nunca

se la quitará nadie, ni es de desear que nadie se la quite; pero tambien la razon es soberana, y la fe no la destronará, como tampoco la razon destronará la fe. Es forzoso que se respeten una á otra; es forzoso que si no se unen íntimamente, reconozcan al menos sus derechos respectivos y su dignidad. El tiempo salvaje de la irreligion ha pasado; el tiempo bárbaro, que se consideraba como religioso, ha pasado asimismo; la humanidad es á la sazon como el sol, que reconoce dos leyes de su poder, y que se destruiria violando la una ó la otra. Ved aquí la doctrina imaginada para explicar el antagonismo del espíritu humano con respecto al catolicismo.

Ahora bien, Señores, yo reconozco estas dos fuerzas de que os hablo; nunca las ha disputado la Iglesia. Sí, hay dos fuerzas en el espíritu humano: la razon fundando su principio en el órden natural, y la religion trasmitida de edad en edad hasta nosotros por la via de la tradicion y de la autoridad; pero la falsedad del sistema consiste en querer que el autor del género humano le haya dado dos fuerzas cuyas tendencias sean contradictorias en vez de concurrir armónicamente; es decir, que siendo la unidad la ley de todos los séres, siendo unidad absoluta para todo lo que vive, Dios hubiera colocado en el seno del género humano dos fuerzas enemigas, irreconciliables; y esto no es posible. El sér y la unidad son una misma cosa, como ha dicho perfectamente santo Tomás. El género humano no ha salido de Dios al estado del maniqueismo. Hay en nosotros dos principios que se armonizan; la razon y la fe han dado siempre el mismo sonido, aunque de un modo diferente. Son como las dos arpas eólica y jónica: el arpa eólica, suspendida en las selvas, sonaba bajo la accion libre de los vientos; el arpa jónica era pulsada por la sabia mano de los artistas: pero ambas se entendian y respondian mutuamente á sus vibraciones. La razon es como el arpa de Eolia, salvaje, abandonada á sí misma, inspirándose y animándose en mas las tempestades; la fe es como el arpa de Eolia, mas regularizada, mas segura de sí misma, mas divina; pero la lira de la naturaleza y la del arte, la lira de los hombres y la de los hijos de Dios, ambas en el fondo entonan el mismo cántico: hablan de Dios al universo, anuncian, profetizan, le rinden gracias, arrebatan al hombre á la inmortalidad por su vibracion armoniosa y unánime. La razon voluntariamente orgullosa es la que no percibe los sonidos de la fe; la fe ignorante es la que no percibe los sonidos de la razon ni le hace justicia. Sí, como dijo Hipócrates del cuerpo humano, todo concurre y está acorde en

la humanidad : la razon y la fe, la razon de los hombres de Estado, la razon de los hombres de genio, la razon popular, todo es hermano, conciudadano, armónico; y si hay lucha, no está su causa en los elementos de nuestra constitucion, porque seria suponer que la contradiccion es nuestro principio de vida; lo cual es absurdo, porque la contradiccion es la muerte, y nosotros no hemos sido creados muertos, sino vivos.

Llego á la conclusion.

En toda doctrina intrínsecamente considerada he dicho ya que no descubriréis mas que dos elementos, el error ó la verdad: la verdad, que da valor á la doctrina; y el error, que le quita su precio. Luego para explicar el fenómeno del antagonismo del espíritu humano respecto de la doctrina católica, no contamos mas que con dos elementos posibles; el error ó la verdad. Ahora bien, yo digo que el error no explica este antagonismo, y aun que no puede producirlo, porque el error no produce certidumbre racional, es decir, una conviccion reflexiva, soberana é inmutable; y así lo he demostrado en el Sermon antecedente. En segundo lugar, tampoco el error produce respecto de sí mismo esa repulsion profunda y perseverante que se manifiesta en la humanidad respecto de la doctrina católica, porque el error halaga al hombre; porque nunca, en ningun lugar ni tiempo, le ha aborrecido vigorosa y perseverantemente como á la doctrina católica. Queda, pues, la verdad como causa del antagonismo que nos ocupa; y con efecto, la verdad debe engendrar por una parte la certidumbre y el amor, y por otra la repulsion mas obstinada. Si el hombre posee un alma inteligente, tiene tambien un corazon corrompido; ama su libertad y sus vicios: sufre con impaciencia que se le condene, y como nada hay mas puro en el mundo que la doctrina católica, como es la santidad por excelencia, debe naturalmente excitar contra sí misma una repulsion tan fuerte como el amor que inspira y obtiene.

Ved, aquí, Señores, en dos palabras la solucion del problema. Habeis visto en vosotros dos polos: uno que conduce á la verdad, y otro que es su antípoda. Este es el pensamiento de S. Pablo cuando dice, que conoce en su sér dos hombres, uno que se conforma con el espíritu de Dios, y otro que se rebela contra él. Lo que prueba la verdad de la doctrina catolica no es solamente la certidumbre racional que ella exige, sino tambien la repulsion que engendra; si no produjera estos dos fenómenos contradictorios, siendo el hombre lo que es, no seria ella santa, verdadera y divina. Esto

es cosa demostrada, Señores, y nada mas tengo que deciros. Me engaño; todavía tengo que deciros algo á vosotros que en este siglo y en este país, que son los nuestros, habeis conocido y aceptado la verdad, á vosotros que sois la esperanza y la corona presente de la Iglesia de Dios. ¡Oh amigos mios! solo Dios conoce vuestros destinos; pero suceda lo que quiera, primero y ante todo, no os sorprendais; el cristianismo católico es Milon de Crotone sobre su disco oleoso; ninguno le hará resbalar, y ninguno le arrancará de allí. Cuando veais, pues, arreciar los vientos, ennegrecerse las nubes, acordaos que si vuestro encargo es probar la verdad de la doctrina por la firmeza de vuestra adhesion y de vuestro amor, el de vuestros adversarios es probarla tambien, á pesar suyo, por la violencia de su repulsion; acordaos que este es el choque permanente de estos dos movimientos, el crecimiento invencible de estas dos espadas sobre la cabeza de la Iglesia, que forma eternamente su arco de triunfo. Y en segundo lugar, ¡oh amigos mios! sean vuestras virtudes siempre mas grandes y mas visibles que vuestros infortunios, á fin de que la posteridad, que es el primer juicio de Dios, encontrándoos por tierra, os encuentre como á esos soldados que caen con el pecho hácia el enemigo, y prueban hasta muertos que eran dignos de vencer, si el valor y el derecho obtuviesen siempre la victoria.

SERMON DÉCIMOSEXTO.

De la pasion de los hombres de Estado y de los hombres de genio contra la doctrina católica.

Acaso deberia pasar adelante y no ocuparme ya de la cuestion que trataba el último domingo, puesto que saqué de ella en favor de la doctrina católica toda la conclusion que contenia. Deseo no obstante detenerme aun mas en esto, porque no es un fenómeno pequeño ver las pasiones del hombre excitando, respecto de una doctrina, esa repulsion que vemos en el mundo respecto de la Iglesia católica. Concibo sin trabajo que cada hombre, tomado aisladamente, herido en su orgullo y en sus sentidos, se subleve contra el cristianismo; pero ¿qué resultará de esto? Rebeldías parciales, protestas perdidas en el respeto general de la humanidad. Se esconderá el vicio, hasta se adornará exteriormente con los velos de la virtud, y dejará á toda la sociedad, como un ejército formado en batalla, proseguir su camino, sin que se inquiete de las traiciones oscuras que se pierden en la comun fidelidad. Así como un ejército no se detiene en su marcha ni en sus designios por los corazones viles que tiemblan á la vista del fusil y la pólvora, así, como si no se tratara mas que de repulsiones aisladas, la sociedad pasaria arrastrando en sus olas todo ese lodo, como un rio arrastra en sus corrientes las arenas impuras, y llevándonos á todos hasta lo infinito en el océano de la vida, de quien la doctrina católica no es en la tierra mas que el curso y movimiento.

Pero hay otra cosa, Señores; la guerra contra la doctrina católica no es una guerra de muchachos perdidos, es una guerra civil, una guerra social, y como esa guerra es, desde hace diez y ocho siglos, toda la historia, como encierra vuestro destino y el de vuestra posteridad, fuerza es detenernos aquí todavía y considerar mas á fondo esta pasion pública de los hombres de Estado y de los hombres de genio contra la doctrina católica. La cuestion es grave, Señores, es delicada; pero tranquilizaos; Señores, os trataré como Massillon trataba á Luis XIV en la capilla de Versalles. Cuales-

quiera que sean vuestas exigencias y mi buena voluntad, no puedo hacer mas que trataros como trataba á su gran rey el gran siglo.

Una de las mas poderosas pasiones del hombre es la pasion de la soberanía. No solo quiere ser libre el hombre, sino que quiere ser señor; no solo quiere ser señor de su persona y de su casa, sino que quiere ser señor de los otros y de la casa de los otros. El furor de la dominacion, dijo el ilustre conde de Maistre, es innato en el corazon del hombre. Yo le critico por esta expresion, puesto que la necesidad de la soberanía en el hombre no es un furor, sino una pasion generosa. Un hombre se halla colmado con todos los dones del nacimiento y de la fortuna; puede vivir en los goces de la familia, de la amistad, del lujo, de los honores y del sosiego, y no quiere. Se encierra en un gabinete y acumula á su antojo trabajos y dificultades: encanece bajo el peso de los negocios que no son los suyos, no teniendo por recompensa mas que la ingratitud de aquellos á quienes sirve, la rivalidad de las ambiciones contrarias y la censura de las personas indiferentes. Cualquier muchacho salido de las mantillas de la escuela coge la pluma, y cuando solo tiene una sombra de talento en su aurora, y cuando no tiene abuelos ni servicios, cuando la sociedad nada le debe sino el perdon de su temerario arrojo, ataca al hombre de Estado, que en vez de gozar de su fortuna y de su nombre, se ha reservado apenas el tiempo de beber, entre la augustia de la mañana y de la noche, un vaso de agua ensangrentado. El hombre de Estado no se cura de eso; pasa desde su gabinete á los campos de batalla; vela al lado de la espada de Alejandro para aconsejarla; firma tratados de que las pasiones le pedirán cuenta antes que la posteridad, y por último muere, abreviado su curso por los trabajos, las cavilaciones y la calumnia; muere, y aguardando á que el porvenir le conserve un nombre, los contemporáneos esculpen un epigrama sobre su sepulcro.

Señores, la ambicion es una pasion; pero al menos es una pasion que requiere fuerza; y despues del servicio desinteresado de Dios, no conozco nada mas heróico que el servicio público del hombre de Estado. El conde de Maistre hubiera debido decir, que la necesidad de la soberanía es innata en el corazon del hombre. ¿Y por qué no ha de serlo? ¿Sabeis bien la primera palabra que se os dijo, cuando salísteis de las manos de Dios? ¿Sabeis cuál fué la primera bendicion de la humanidad? Escuchadla, hijos de Adan, y conoced vuestra grandeza: *creced y multiplicaos*, fué dicho á la raza humana cuando Dios le habló por la vez primera;

creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra (1). Si tal es vuestra vocacion, Señores, si estais llamados á gobernar la tierra, como los espíritus celestes han sido llamados á gobernar las esferas superiores, ¿por qué no habeis de tener la ambicion de vuestra naturaleza? Esta ambicion es desarreglada sin duda; pero al cabo en su orígen era el voto de Dios, y si ella no existiese pereceria el género humano. Así es que el cristianismo nunca ha atacado la soberanía humana.

Desde los primeros tiempos los hijos de Adan, divididos en familias, se dispersaron sobre la tierra, y de cualquier modo que fuese confiaron la soberanía, ya fuese á una asamblea, ya á un hombre, ya á una raza; y por la constitucion de la soberanía las familias se elevaron á la cualidad de nacion ó de Estado. El Estado es el hombre en su mas alto poder; el Estado es esa fueza moral que se sienta en la frontera de los pueblos y guarda su territorio, exigiendo el respeto de los extranjeros; el Estado es la proteccion de todos los derechos y de todos los deberes; es la justicia viva que á todas horas vela por millones de hombres, y hace que no caiga impunemente ni uno solo de sus cabellos; el Estado es la sangre que ha sido derramada hace siglos por un pueblo; el Estado con sus mayores, su historia, sus batallas ganadas, y sus batallas perdidas, es su bandera sin mancilla; pues aun cuando haya habido alguna, nunca la confesamos, y nuestro deber es que la bandera nacional no sea juzgada sino por Dios solo; el Estado es la unidad, y la solidaridad de una gran familia humana. ¡Ah! sí, el Estado es una cosa sublime y sagrada, y el cristianismo no la ha tocado. ¡Y cómo habia de tocar á las entrañas de las naciones, á la justicia, á la paz, á la gloria, á la unidad! No lo creais. Cuando vino el cristianismo al mundo, encontró la soberanía humana deshonrada por los excesos, la encontró por tierra entre delitos; él la levantó y purificó, y la ungió en sus basílicas por mano de sus pontífices. Sostuvo á Clovis sobre el pavés, dándole lecciones que dispertasen en el espíritu de los pueblos la confianza, el amor y el respeto. Creó la dignidad real cristiana, y con ella la fidelidad, ese sentimiento que hacia que un hijo de sangre régia fuese sagrado para toda una nacion, y que, no separándose la adhesion á Dios de la

(1) Génesis, cap. 1, vers. 28.

adhesion al Estado, saliese de todos los corazones un impulso que explicaba el poeta de este modo: *Si es una ilustre fortuna morir por su príncipe, ¿cuánto mas no debe serlo morir por su Dios?*

El cristianismo, pues, ha trabajado por el Estado; ha trabajado por la soberanía, en obsequio de Dios y de la paz; ha llevado al hombre de Estado á mas altura que le habia llevado ninguna otra doctrina; y estoy seguro de que ahora mismo, cuando comenzaba á hablar, habeis distinguido hasta en mi acento, que no aprecio en poco á un grande hombre de Estado.

Y sin embargo, Señores, los representantes y los órganos de la soberanía humana han contado á menudo y cuentan todavía gran número entre los adversarios de la doctrina católica. ¿En qué consiste esto? ¿Por qué error ó por qué ingratitud corresponden de este modo? Consiste, Señores, en que al paso que la doctrina católica reconoce, sirve y honra la soberanía humana, declara que tiene límites, y que, por lo menos, no es mas extensa que la soberanía de Dios. Ahora bien, Dios tiene en sí mismo una ley que es el límite, si se puede hablar así, de su omnipotencia; es decir, que su justicia, su bondad y su sabiduría, que son él mismo, no consienten que en el ejercicio de su omnipotencia traspase nunca los límites de lo que es verdadero, santo y justo. No solo es Dios la soberanía viva, sino tambien la ley viva, la ley eterna, y él nos ha dado un destello de esta ley en la ley natural y en la ley divina. Y estas dos leyes, expresion inmutable de las relaciones de todos los séres inteligentes, ¿á quién han sido confiadas desde el principio? ¿Acaso á la soberanía humana? ¿al Estado? No, Señores; nunca, nunca ha sido el Estado depositario de la ley natural y de la ley divina. ¿Quién pues las ha conservado desde el principio? ¿Quién? Un gran poder, Señores, un poder que no se subdivide como las naciones, un poder que se extiende desde un cabo del mundo á otro, un poder que, como la fuerza eléctrica, o como el iman, corre incesantemente de un polo á otro polo de la humanidad: ¡la conciencia! Ella es la que desde el principio fué depositaria de la ley natural y de la ley divina, y la que ha sido siempre en el mundo el contrapeso de la soberanía humana. Pero antes del cristianismo, mas bien, antes de Jesucristo, puesto que el cristianismo se remonta á la cuna de las cosas, antes de Jesucristo, la conciencia humana habia sido débil; habia hecho traicion al depósito que se le habia confiado. ¿Y qué hizo Jesucristo? Realzar la conciencia humana: Recibe el Espíritu Santo, le dijo un dia, los pecados

serán retenidos á quien tú los retuvieres, y serán remitidos á quien tú los remitieres. Todo, todo lo que tú atares sobre la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo. Le dijo además: No temas á los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma, te harán comparecer delante de las conciencias humanas divinizadas, delante de los príncipes, delante de los presidentes, y allí te preguntarán; pero no busques lo que has de responder, porque yo mismo pondré palabras en tu boca, á las que nadie podrá resistir. Jesucristo ha renovado la conciencia; le ha dado una fuerza que antes no tenia, prescribiéndole obedecer á Dios, mas bien que á los hombres; la ha armado con el martirio contra la soberanía humana degenerada en tiranía. « Mi alma es de Dios, mi corazon es de mi rey, mi cuerpo está entre las manos de los malvados, hagan de él lo que quieran. » Hé aquí la conciencia establecida en el mundo por Jesucristo, la conciencia católica. No era un sacerdote el que usaba este lenguaje, sino Aquíles de Harlay, primer presidente del Parlamento de París; ni tampoco fué realzado y reconstituido el poder espiritual de la conciencia en provecho del sacerdocio.

¿Qué hemos ganado nosotros? Antes de Jesucristo, el sacerdocio, aunque deslustrado por el error, era honrado, amado y llevado en los brazos del imperio. Las mas ilustres familias de Egipto, de Grecia y de Roma eran las que componian los colegios pontificales; y si en aquel tiempo se hubiese encontrado un hombre que se hubiera atrevido á decir del sacerdocio pagano lo que ahora se dice del sacerdocio católico, los tribunales de la república se hubieran abierto por sí mismos para anonadar al profanador de los derechos y de los custodios de la conciencia humana. Pero nuestra suerte, la suerte de los sacerdotes católicos es bien distinta: se nos ha dado lo que no tenian aquellos, la fuerza y la gracia de resistiros: se nos ha dado la soberanía de la conciencia con el precepto de derramar hasta la última gota de sangre por defenderla, y la hemos vertido y estamos dispuestos á verterla todos los dias. Hacemos mas: el martirio es poca cosa; lo mas difícil es resistir á los poderes no perseguidores, á los deseos de los hombres de Estado dignos frecuentemente de la mas alta estimacion, es luchar con ellos palmo á palmo y dia por dia. ¡Ah! cuando un sacerdote quiere estar tranquilo y gozar de este mundo, abierto está el camino; no tiene mas que ceder y retirarse delante de la soberanía humana, procediendo á cada exigencia como sacerdote pagano, en vez de proceder como sacerdote catolico, y le rodearán á porfía los honores, la piedad pública, el renombre

de tolerancia, el favor de la opinion, y hasta no necesitará de mucha habilidad para disimular su debilidad y salvar las apariencias de la dignidad pontifical y católica. Pero si un pobre sacerdote estima su conciencia en mas que su vida, si estorba la entrada á los esfuerzos de la soberanía humana, allí es donde empieza el martirio doloroso de combatir á aquellos á quienes se estima y á quienes se ama, y beber en el cáliz de un odio tanto mas inmerecido, cuanto que se trabaja y se padece por aquellos mismos que os persiguen.

¿En provecho de quién ha sido instituida la fuerza de la conciencia? ¿En provecho de quién? En vuestro provecho, Señores, en provecho de la humanidad. Esa ley natural y divina, de que somos custodios y no usufructuarios, víctimas y no beneficiarios, esa ley son vuestros derechos, vuestras libertades, vuestra constitucion eterna, la esencia misma de Dios, en tanto que ella es sabiduría, justicia, bondad, en tanto que ella os protege contra vuestras pasiones y las pasiones de todo el universo. ¡Ah! contemplad siquiera una vez en vuestra vida el pecho de la Iglesia, esa ancha cicatriz que veis en su centro, esa cicatriz siempre húmeda, que es la sangre mas pura y mas perseverante que se ha derramado por la humanidad.

¡Gran Dios! vos sabeis estas cosas, vos, que las habeis hecho; vos sabeis por qué habeis establecido el poder de la conciencia, al mismo tiempo que el poder de la soberanía humana: pues bien, yo os lo pido delante de esta gran asamblea, dignaos extender vuestra mano sobre nosotros, iluminad los espíritus, enseñadles á reconocer dónde se hallan verdaderamente los defensores de sus derechos y de sus mas seguros intereses. Proteged esta obra que vos habeis hecho en el seno de las naciones; mantened la soberanía de la conciencia en frente de la soberanía humana; mantened la distincion del poder temporal y del poder espiritual, de donde ha salido la civilizacion del mundo. ¡Oh Dios, proteged la cristiandad! ¡oh Dios, salvad á la cristiandad!

Paso sin transicion, Señores, á la pasion de los hombres de genio contra la doctrina católica.

El genio es el mayor poder que ha sido criado por Dios, humananamente hablando, para percibir la verdad: es una intuicion súbita y vasta de las relaciones que enlazan á los séres, un límpido lago en que Dios y el universo se reflejan con tanto esplendor como colorido: es tambien la facultad de hacer visibles las ideas á aquellos que no las hubieran descubierto por sí mismos, de encarnarlas en imágenes palpables, y de infundirlas en el alma con un sentimiento que la con-

mueve al paso que la ilustra, que la avasalla, que la hace humillarse bajo esta accion del genio, y entregarse á él por un impulso semejante al que sentimos cuando el amor se apodera de nosotros y nos domina.

Así, Señores, naturalmente los hombres de genio empuñan el cetro de las ideas, como los hombres de Estado empuñan el cetro de las cosas; y de hecho antes de la venida de Cristo ejercian casi plenamente este imperio; inventaban fábulas, y estas fábulas se convertian en dioses. Un dia salia un hombre de genio de su gabinete, iba á pasearse á su jardin; allí abria su boca de oro; jóvenes como vosotros, ávidos de saber, acudian á oirle, se agrupaban en torno de su vestidura, se colgaban de su cuello, y ved aquí á los platónicos, á los peripatéticos, á los estóicos. Todo hombre de genio tenia el placer de reunir en derredor inteligencias, de formar con ellas una escuela, de regirlas, y en fin, de satisfacer esa ambicion espiritual, todavía mas lisonjera que la ambicion de los reyes. Se nace sobre un trono; pero cuando se nace filósofo, poeta, orador, la naturaleza no excluye por estos dones la necesidad de abrirse paso hácia la gloria, ni el honor de llamarse hijo de sus obras y padre de su soberanía. Indudablemente nada acerca mas al hombre á la semejanza con Dios, el cual no tiene causa, porque existe por sí mismo; nada, repito, hace al hombre mas semejante á Dios bajo el aspecto del orígen, que existir por sí, haberse formado, haber conquistado su nombre, y poderse decir : Yo no me debo mas que á mí mismo. Y esta necesidad de la gloria, este amor propio deliciosamente halagado por la posicion de jefe de escuela, estos arrebatos del orgullo son la pendiente del genio. A semejanza del caballo de la Escritura que relincha al son de la trompeta, cuando el hombre de genio oye el ruido de las ideas, late su corazon, sus cabellos se erizan, se inflaman sus ojos, y se dice : ¡ Marchemos ! y crea pronunciando un *fiat*. Y como Dios se recrea en esos ejércitos de soles que ha acumulado en derredor de su trono, el genio se complace en los sistemas que evoca en torno suyo, para que la humanidad los adore como en otros tiempos adoraba las estrellas del firmamento. Ved aquí ciertamente un gran orgullo; pero no lo censuremos demasiado : compadezcamos al hombre de genio, aun cuando se extravíe : acordémonos de que cuando Platon condenaba á los poetas á salir de su ciudad, recomendaba que se les coronase de flores, y se les condujese hasta las puertas de la poblacion al son de la lira, á fin de honrar el rayo de la divinidad que ardia en ellos, al paso que no queria aceptar su dominacion.

Ahora bien, Señores, nosotros hemos roto ese cetro de las ideas: confesémoslo; porque ¿de qué sirve disimularlo? Sí, nosotros hemos roto el cetro de las ideas en la mano de los hombres de genio. Desde Jesucristo ya no hay escuelas filosóficas. Sócrates, Platon, Zenon y tantos otros, y sus discípulos, que siglos despues de su muerte juraban en su nombre, y no se atrevian á separarse un ápice de lo que habian escrito, todo eso ya no existe; la filosofía ha venido á ser impotente para fundar escuelas y hacerse obedecer. Se pregunta en Europa: ¿Dónde hay una filosofía, una escuela constituida? Esto se pregunta, y nadie responde: y sin embargo, poseeis grandes talentos; no lo digo irónicamente, poseeis grandes talentos. Pues bien, esos grandes talentos no pueden fundar, no ya una escuela que viva mil años, sino una escuela que subsista algunos dias; semejantes á reyes destronados, carecen de un pedazo de tierra donde tendida su espada pueda creerse segura. Ved ahora á quién se ha trasmitido el cetro de las ideas, empuñado antes por los hombres de genio. Un dia reune Cristo á algunos pescadores que echaban sus redes á la orilla de un lago; otro dia les dice: Id, y enseñad á las naciones. Y otro dia, hallándose congregados estos pescadores en un aposento, pasa sobre ellos un soplo, bajan á las plazas públicas, hablan, reunen miles de hombres en derredor de su palabra, y desmoronan el edificio de la ciencia y de la religion pagana; pues á estos pequeños, y á los sucesores de estos y pequeños, ha sido trasmitido el cetro de las ideas, el mas elevado que existe en el mundo. Un pastor, un jornalero que no ha manejado en toda su vida mas que la madera ó el hierro, viendo á su hijo jugar en su hogar, se dice á sí mismo: Haré de él un apóstol, un profeta. Sube al templo, presenta aquel niño al pontífice; el pontífice le recibe en sus brazos, le educa, le da la leche del Evangelio, y cuando ha crecido, hace que un dia se postre en su basílica; pronuncia sobre él palabras misteriosas, y despues de ungirle la frente y las manos le dice: Hijo del pastor, levántate; sube al trono de la verdad, habla á los hombres, á los reyes, á los pueblos; no tengas miedo de nada; inclínese toda autoridad delante de la autoridad de tu palabra; abate toda altura que se eleve contra la ciencia de Dios; nadie te resistirá, con tal que abrigues en tu pecho la fe y la caridad que tenia tu maestro.

Ved aquí, Señores, un espectáculo extraño, y bien concebís que al verle se indignen los hombres de genio y nos digan: Vosotros, sacerdotes de la doctrina católica, os creeis señores soberanos de la verdad y de las ideas; pero contemplad que no teneis sabios entre

vosotros, no teneis escritores, no teneis oradores. ¿Dónde están vuestros libros? Ved aquí el boletin de bibliografía. ¿Dónde está vuestro nombre? Si por casualidad aquí se encuentra, y se le pregunta al universo quiénes sois vosotros, el universo pasa silbando como el viento, que no responde á aquellos que le preguntan sino burlándose de ellos.

Es verdad, Señores, eso es cabalmente; nosotros no tenemos talento, y cuando le tenemos, no es lo mejor que podemos tener. Nosotros no tenemos talento; ¿y para qué habíamos de tenerlo? Escuchad á S. Pablo: *Escrito está: yo perderé la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿En dónde está el sabio, en dónde el* prudente? ¿dónde el *escudriñador de este siglo? ¿No hizo Dios loco el saber de este mundo* (1)? Y S. Pablo, triunfando en la idea de nuestra imbecilidad personal, exclamaba luego: *Y así, hermanos, ved vuestra vocacion, que no sois muchos sabios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; mas las cosas locas del mundo escogió Dios para confundir á los sabios, y las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir á los fuertes, y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios, y aquellas que no son para destruir las que existen* (2). ¿Dónde estaria en efecto la divinidad de nuestra mision, si poseyéramos una ciencia excepcional y de otra manera que todo el mundo? Si nuestros libros estuvieran firmados á cada página por la mano del genio, nos creeríamos mas que un poder humano. Conviene que nosotros seamos pequeños, locos para Jesucristo, porque entonces los pueblos que tienen buen sentido, y los hombres de genio, que tambien lo tienen, cuando quieren, se dirán: Ved aquí una cosa extraordinaria; esos pequeños hace diez y ocho siglos son dueños de todo, y nosotros estamos obligados á convocar los poderes del mundo para luchar con ellos. No me rio de vosotros, Señores, si bien tampoco me humillo; pero estoy armado con la fuerza que Dios nos ha dado en nuestra debilidad, y gozo de ella. Nosotros somos los únicos que podemos triunfar sin amor propio, porque nuestro triunfo no procede de nosotros.

Pero en fin, ¿en provecho de quién ha sido transferido el cetro de las ideas desde los fuertes á los débiles, desde las manos del genio á las manos de la Iglesia? ¡En provecho de quién, sino en

(1) 1ª. Epíst. á los Corintios, vers. 19 y 20. — (2) 2ª. Epíst. á los Corintos, vers. 26 y sig.

provecho de la humanidad! Sí, el bien mas precioso del hombre es la verdad, porque la verdad es Dios conocido. Es Dios derramándose en nuestros espíritus, como la luz se derrama en nuestros ojos. Ahora bien, el genio poderoso y creador se adora mucho mas á sí mismo que adora á la verdad: es un custodio poco seguro, y propende de continuo á colocar su idea misma en el puesto de la idea divina. Considerando, pues, que el mundo no habia creido conservar la verdad, como dice S. Pablo, por la sabiduría, Dios ha confiado la verdad á la locura de la fe; ha preferido la fe, que es el culto de la verdad, la humilde adoracion de la verdad á la ciencia y al genio, sin excluirlos á pesar de eso cuando ellos quieren tambien adorar y servir. Ha preferido descender á un vaso de madera respetuoso y puro, mas bien que permanecer en un vaso de oro impuro y con frecuencia rebelde. Sí, Dios ha preferido á la oligarquía orgullosa del genio la santa democracia de la fe y de la caridad. Yo se lo agradezco en lo íntimo de mi alma; yo le ruego fervorosamente que continúe siendo así, y que la verdad sea en la tierra algun tanto mas grande y mas poderosa que el genio.

Señores, esta noche celebramos el aniversario del Hijo de Dios venido al mundo en la sencillez y humildad de la infancia, y reconocido por los pastores antes que por los reyes. Os convido á esta solemnidad, que es una fiesta de toda la familia humana. Ese niño, nacido entre viles animales, representa toda la humanidad: es el anuncio de que la gloria habia sido arrebatada á los hombres para dársela á Dios, y darnos en cambio la paz. Os deseo, pues, en nombre de este nacimiento la paz del corazon; os la auguro, é intercederé para que esta noche tierna conmueva vuestra alma, y podais repetir con Jesucristo niño esta frase que reasume cuanto acabamos de decir: *Gloria á ti, Padre mio, señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las has descubierto á los párvulos* (1). Comenzad, Señores, á ser pequeños, humildes y niños, para llegar á ser los verdaderos hombres de genio, los conservadores, los vasos de la verdad, y por consiguiente para cooperar al establecimiento sobre la tierra de los deberes, de los derechos, de las libertades; de la salvacion, fundado todo sobre el poder dado por Jesucristo á la fe y á la conciencia.

Ingresad, Señores, en este ejército de la verdad; Dios os llama

(1) S. Mateo, cap. 11, vers. 21.

desde en medio del mundo á los pensamientos eternos por una multitud de avisos. ¡ Ojalá que esta asamblea, este espectáculo, esta atencion que me prestais, os despierten, y que esta noche que se acerca para hablaros de Dios os sea *noche buena!*

SERMON DECIMOSÉPTIMO.

De la certidumbre sobreracional ó mística, producida en el espíritu por la doctrina católica.

La doctrina católica produce á la vez en el espíritu humano una certidumbre racional y una viva repulsion. La fuerza de la doctrina sale victoriosa evidentemente, puesto que desde hace tantos siglos ha resistido á esta repulsion perseverante: pero, Señores, ¿es la certidumbre racional del cristianismo quien la ha sostenido por sí sola en la lucha? ¿Es ese brazo de carne, ese socorro humano y visible á quien debe el haber triunfado de tantos y tan terribles enemigos? No lo creais, eso es imposible; toda doctrina que no tiene mas que un apoyo racional, que no se defiende mas que por la razon, es una doctrina impotente, una doctrina perdida, y para decirlo de una vez, una doctrina académica.

Quiero, pues, demostraros hoy dos cosas: la necesidad que tiene el cristianismo de poseer una certidumbre mas vasta y mas excelsa que la certidumbre racional, y la existencia de esa certidumbre mas vasta y mas excelsa en provecho de la doctrina católica, y como resultado de su accion.

Ya he dicho que la doctrina es la ciencia del bien y del mal, la ciencia de la vida: pertenece, pues, de derecho á todo lo que vive, comprendiendo la vida; á todo lo que vive, siendo dueño de la vida; á todo lo que vive, pudiendo dirigir su vida, es decir, á los séres inteligentes. Pero la doctrina no es un guia verdadero sino en tanto que da la certidumbre, porque una doctrina que no da la certidumbre no es mas que un hilo que se rompe entre los dedos, como aquel hilo que extraviaba mas bien que conducia á través de los tortuosos rodeos del laberinto. Ahora bien, la certidumbre racional, conviccion reflexiva y sabia, no se emplea evidentemente sino por un cortísimo número de hombres, capaces de darse cuenta de los motivos de su adhesion á un conjunto de ideas. Los niños no pueden hacer esto, y la niñez es el principio de la humanidad; toda humanidad pasa por la cuna, y está humillada entre mantillas

que no le permiten conocer por sí misma la vida de quien ella es la entrada. Al salir de la infancia, que se prolonga mucho mas de lo que creemos, se apoderan de nosotros otras necesidades; nos es forzoso ganar el pan de cada dia, á ello estamos condenados todos, y muy pocos eluden esta ley. Ahora bien, Señores, vosotros estais demasiado adelantados en experiencia para saber cuántos sudores, cuántas inquietudes y cuánta sujecion del pensamiento cuesta la necesidad de sustentar su propia existencia, sin contar aquellas que dependen de la nuestra; y esta sola consideracion me da el derecho de deducir que la humanidad está llamada á gobernarse por motivos de que no puede darse razon científicamente. La ciencia es el patrimonio de una débil minoría; y al nombrar la ciencia, no entiendo la plenitud de los conocimientos humanos, sino un simple ramo desprendido de ese árbol vigoroso. Muy pocos entran en el santuario del saber, aun por una sola puerta. ¿Qué será cuando se trate de una doctrina que á todo se refiere y todo lo abraza?

La doctrina católica bajo el aspecto racional tiene sus raices en la metafísica, en la historia, en la política, en las ciencias naturales: en la metafísica, por el estudio de Dios y del alma, de las sustancias espirituales y de sus relaciones con las sustancias materiales; en la historia, porque se apoya sobre hechos que han ocurrido en todas las épocas del mundo, y que se completan cada dia; en la política, puesto que ha cambiado la faz de la sociedad, y lucha de continuo contra fuerzas sociales que propenden á modificar su obra; en las ciencias naturales, puesto que en la tierra todo explica á Dios, manifiesta á Dios, habla de Dios, y no hay un árbol al márgen de un arroyo, ni un grano de arena á las orillas de los mares, ni un astro en el cielo, que no venga de Dios, que no vaya á Dios, que no subsista por él y no publique sus leyes. De modo que la doctrina católica tiene vínculos con todos los conocimientos posibles, y es necesario tocar en todos los puntos de esta vasta circunferencia para llegar á la certidumbre racional del cristianismo. Pregúntese á un metafísico, á un historiador, á un médico, á un jurisconsulto, y no dará respuesta sino acerca de su ciencia particular: nosotros que representamos la certidumbre racional del cristianismo, debemos respuesta á todo, de cualquiera esfera que parta el argumento. Todos tienen derecho á preguntarnos sobre todo; nuestro deber es satisfacer á todo, y si permanecemos mudos, no diré yo que hacemos traicion á la doctrina; pero nuestro silencio

probará al menos la dificultad de conocerla en su infinito desarollo, puesto que aquellos mismos que le consagran su vida pueden ser algunas veces, no digo trastornados, pero sí sorprendidos y obligados á aguardar de los siglos la respuesta inevitable que siempre trae el tiempo á la verdad. ¿ Exigiréis por ventura del género humano semejante ciencia? Señores, es evidentemente incapaz de ello, y por consiguiente si la doctrina católica no tuviese otro apoyo que la fuerza racional, pereceria, porque en suma la multitud ignorante forma la masa de la humanidad, y la verdad le ha sido destinada tanto como á vosotros, mejor que á vosotros, puesto que las almas consideradas en sí mismas son iguales, y necesariamente hácia el mayor número debe inclinar Dios la balanza.

Me diréis: Convenimos en ello, y así Dios ha preparado á los ignorantes una certidumbre racional indirecta, es decir, que conociendo su impotencia se refieren á los que saben, á la aristocracia depositaria de la ciencia y de la certidumbre racional. Pues bien, Señores, aun cuando admitiera esto, os probaria que no puede ser de este modo, si bien cuando lo admitiera no deberíais olvidar que existen sobre la tierra dos autoridades que enseñan; una autoridad que afirma, y es la Iglesia católica, y una autoridad que niega, y es esa vasta conjuracion de los espíritus de que os he presentado algunos rasgos en mis Sermones precedentes. De modo que cuando el pueblo quiere referirse á la autoridad, se halla en mayor embarazo que nunca, porque ve por una parte una Iglesia admirable, un conjunto de hombres á quienes no se ha visto mas que allí, que creen, que afirman, que bautizan, que se inmolan por su fe; ve ese grande espectáculo de la enseñanza católica explicada en la oracion, por las basílicas; en la palabra, por la predicacion; en la vida, por la caridad; en la sangre, por la sangre derramada en testimonio; ve ese grande y heróico espectáculo, pero ve tambien hombres que destruyen las basílicas, que predican contra la Iglesia, que oponen la filantropía á la caridad, los libros á los libros, el maestro de escuela al párroco, el proselitismo de la caridad al proselitismo de la fe. ¿ Es pues fácil al pueblo, espectador de tan espantosa guerra, darse cuenta de un modo científico, y de discernir filosóficamente en este doble eco que hiere sin cesar su asombrado oido, la voz que no le engaña?

Dos filósofos hacian una travesía en una barca, y se pusieron á disputar sobre puntos de metafísica y de religion. Habia al lado de ellos un capuchino, que se mostraba muy atento al debate. Termi-

nada la travesía, se levantaron los filósofos y dijeron al religioso: Padre, ya que habeis oido nuestras razones, ¿á quién dais la razon? Habiendo meditado un instante el capuchino, respondió: Señores, os he escuchado con la atencion mas profunda y con el mayor gusto, y si debo deciros mi pensamiento..... ¿Es fuerza que os lo diga? — Sí, gritaron á la vez los filósofos. — Pues bien, no he comprendido una sola palabra de todo lo que ha formado el asunto de vuestra disputa.

Señores, ese capuchino es el pueblo, es la humanidad con su traje burdo y su cuerda á la cintura; es la humanidad iliterata, pobre, cubierta de sudor, trabajando para ganar un miserable sustento. ¡Y creeis que Dios ha prometido su salvacion al precio de todos los logogrifos que agitais hace seis mil años! Juro por la bondad divina que no es así; la verdad no es una esfinge que propone enigmas al hombre, y que devora á los infelices incapaces de explicarlos.

Además, si los pueblos se refirieran á una autoridad puramente humana, habria dos clases de hombres: una que entraria en comunicacion directa con la doctrina, otra que la recibiria de segunda mano; una que tendria la vision de la verdad, y que hablaria con Dios; otra que no veria mas que por el hombre, ni hablaria mas que con el hombre, ni recibiria mas que del hombre esta verdad que habrian contemplado los sabios por el privilegio de su nacimiento. Eso, Señores, seria entonces una fe humana, seria lo que llamamos una certidumbre moral. Se creeria en la doctrina católica, como se cree en la existencia de César, porque hay hombres qui atestiguan que César ha existido. Dios y César tendrian la misma certidumbre.

Aun hay mas: si la doctrina católica es verdadera, si hay una doctrina religiosa en este mundo, ¿debe venir de aquí bajo la certidumbre de esta doctrina? ¿Es fuerza que el hombre escale el cielo, como Prometeo, para sacar de allí el fuego sagrado? ¿Es el hombre el que con sus medios infinitos debe arrancar la verdad del seno de Dios, ó es Dios quien debe descender para buscarle, asirle, y arrebatarle? ¿Es verdadera esta palabra de Cristo: *Si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo* (1)? ¿O bien es el hombre el que debe atraer á Dios, como esos aparatos que colocamos en lo alto de los edificios para atraer el rayo? ¿Debe ponerse en el pedestal de la estatua de la humanidad, comunicándose con

(1) S. Juan, cap. 12, vers. 32.

Dios, lo que se ha puesto en el pedestal de la estatua de Franklin: *Eripuit cœlo fulmen, sceptrumque tyrannis?* ¿Es la doctrina católica el esfuerzo de la razon humana para llegar á la verdad, es una conquista violenta contra una soberanía que nos es hostil, y que nos mide con avaricia el agua y el pan del cielo?

Dios ha derramado sobre la tierra lo necesario para nuestro alimento natural, con una profusion sin tasa; ha plantado bosques y sembrado mieses con variedad infinita; no tenemos mas que bajar las manos y cultivar la tierra para que se cubra de productos. El sol sale todas las mañanas y se pone todas las tardes; sube y baja la lluvia; se suceden sin interrupcion el calor y el rocío; no necesitamos entrar en laboratorios para extraer las sustancias provechosas, están á nuestras plantas, y no piden mas que una ligera cooperacion de nuestra parte, y á veces aun cuando no las cultivamos todavía la tierra es fecunda. Y cuando se trata del alimento del espíritu, de la salud eterna, ¿quereis que sea el hombre el que lo haga todo, y Dios nada; que el arado de nuestra razon sea el que abra trabajosos y extraños surcos en la tierra de la virtud y de la verdad; y que no brote sino lo que nosotros hayamos sembrado, ó mas bien creado con trabajo inmenso; quereis que inclinados sobre libros por espacio de siglos, no podamos saber mas que algebráicamente que Dios hizo el mundo y que por el mundo ha muerto! Eso no es así, Señores; la verdad es una madre que tiene á sus hijos sobre su regazo, que les da la leche, que remedia su hambre y no pide mas que nutrirlos; y la humanidad es el hijo que no tiene mas que bajarse para encontrar la vida. Sí, debe haber una senda divina de la verdad, una senda fácil y sencilla. Sí, el sol de la verdad sale y se pone todos los dias; la lluvia de la verdad cae del cielo; el viento de la verdad sopla al Oriente y al Occidente; el espíritu que toca á la verdad no es conquistado; él no va á buscarla el primero, ella es la que le busca, le abraza y le dice: Hijo mio, soy tuya, solo te pido un esfuerzo, y es el de no rechazarme.

No cabe duda: existe sobre la tierra, con relacion á la doctrina católica, una certidumbre mas vasta y mas excelsa que la certidumbre racional. Esta certidumbre debe ser vasta como la humanidad, excelsa como el cielo, fácil como un Dios que ama y que no es avaro. Esta certidumbre debe ser una conviccion iliterata, porque solo una conviccion iliterata puede ser vasta como la humanidad, y aunque iliterata debe ser una conviccion transluminosa, porque si no despidiese luz, no serviria de nada; y si no despidiese

mas que una luz humana, no estaria en proporcion con el mundo divino que revela. Por último, esta conviccion debe excluir la duda, porque de otro modo no seria una certidumbre. Ahora bien, yo afirmo que la doctrina católica produce en la humanidad esa conviccion, y voy á demostrarlo; investigaré otra vez las causas y las consecuencias.

La doctrina católica no aguarda á que el hombre se halle en la edad de la razon, para apoderarse de él: ella que habita los palacios de los reyes y sus propios palacios, que se mantiene á la puerta de los grandes sepulcros donde duermen los cónsules y las generaciones, desciende hasta la cuna de la humanidad, y socorriendo al corazon de la madre natural con su corazon de madre divina, nutre á sus hijos con la leche de las verdades mas profundas. Oye el niño, hace la señal de la cruz que ha salvado al mundo, y cree en Jesucristo.

La doctrina católica que persuade á la infancia, no se desdeña de persuadir al hombre del pueblo. Se acerca á él, y le dice: Hermano mio, tú has sido condenado á comer el pan con el sudor de tu frente; tú llevas por vestido mas bien un cilicio que una tela tejida por la mano de los hombres, tus semejantes; ¡ oh querido hermano! como decia S. Francisco de Asís, muéstrate contento con tu suerte. Oye, hé aquí que la verdad viene á tí; ella te enseña que tú eres hijo y hermano de un Dios, que tú eres amigo del Dios que vino del cielo por todos, y derramó por tí su sangre. Hermano mio, tú eres una criatura sublime y sagrada; tú no te conoces; despiértate, contémplate, abre los ojos de tu alma, no mires fuera de tu cuerpo que no es nada, sino dentro, y examina en tu interior lo que es un alma hecha á la imágen de la Divinidad. La Iglesia persuade á este pobre hombre; se forma en él un rayo celeste; comprende su alma lo que su razon no comprende; llega á ser una admirable criatura, una santa gloria de Dios; cree, ama, daria su sangre por Dios y sus hermanos; aspira á ello, y al descargar sobre la vigornia su martillo, le parece sentir los golpes que recibió el Salvador, y se dice: ¡ Cuán dulce es este aire! ¡ Qué agradable es este fuego! La fe que ha transfigurado su alma, transfigura tambien su pena.

Debajo del pueblo, en los lugares de la historia y de la humanidad, encuentro todavía á los Bárbaros, raza áspera y fuerte, que no conocia mas razon que la de la espada; y sin embargo, fueron sometidos por el ascendiente de la Iglesia: su doctrina, tan dulce y tan pura, encontró el camino de su corazon, y le transformó por

una conviccion en que seguramente no tenia la ciencia parte alguna.

¿Quereis descender mas todavía, y llegar hasta el término en que la inteligencia no disminuye mas por hallarse reducida á sus límites inferiores? Vednos entre las tribus salvajes. Un sacerdote se abre paso á través de sus selvas con un breviario, una cruz y un violin: despues de haber orado, toma en la mano el violin, hace vibrar las cuerdas como un eco de la razon divina, toca; los salvajes salen de sus cuevas, miran y escuchan; el hombre que toca, corta una rama de un árbol, forma una cruz y la planta en tierra, y les dice, mutilando en sus labios los restos que forman su idioma: « Sobre el madero que veis, ha sido crucificado un Dios por vosotros; postraos de rodillas, adoradle, y sed bautizados en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Dejad vuestra desnudez y vuestras flechas; formad una santa república de hermanos, trabaje cada cual para la comunidad; sembrad, plantad, recoged la cosecha para aquellos que no pueden sembrar, ni plantar, ni recoger cosechas; » y ved aquí se eleva la admirable sociedad del Paraguay, esa famosa república, delante de la cual las repúblicas de Atenas y de Roma no fueron mas que un juego de esclavos. No nombro á los autores; cuando paso delante de San Pedro de Roma y me preguntan quién lo hizo, no respondo, porque todo el mundo sabe qué fué Miguel Angel Buonarotti.

Ya lo veis, Señores, la doctrina católica engendra en todas partes y bajo todas las formas una conviccion iliterata, en los niños, en el pueblo, entre los bárbaros y entre los salvajes. Pero este no es mas que un pequeño fenómeno en comparacion del que voy á señalaros. Algun sabio hay que estudia la doctrina católica, que no la rechaza con amargura, y hasta dice de continuo: Sois bien afortunados en tener fe; yo quisiera tenerla como vosotros, pero no puedo. Y dice verdad; quiere y no puede, porque el estudio y la buena fe no siempre conquistan la verdad, á fin de que se manifieste á las claras que la certidumbre racional no es la certidumbre primera sobre la que se apoya la doctrina católica. Ese sabio, pues, conoce la doctrina católica, admite los hechos, y percibe su fuerza; conviene en que ha existido un hombre que se llamaba Jesucristo, que vivió y murió de una manera prodigiosa, le conmueve la sangre de los mártires, la constitucion de la Iglesia; dirá de buen grado que este es el mayor fenómeno que se ha obrado en el mundo, y llegará casi hasta decir que es verdad; y sin embargo, no concluye, se

siente oprimido por la verdad, como le oprime á uno un sueño donde sin ver se ve. Pero un dia se postra este sabio de rodillas, conoce la miseria del hombre, levanta las manos al cielo, y dice: Desde el fondo de mi miseria he clamado á tí, ¡oh Dios mio! y en este momento pasa en él alguna cosa; cae una escama de sus ojos, se consuma un misterio, y vedle cambiado. Es un hombre dulce y humilde de corazon; puede morir, ha conquistado la verdad y es semejante á nosotros ¿Y quién le ha hecho semejante á nosotros? Una fuerza que no es la fuerza racional, puesto que por la fuerza racional habia perecido, y por otro poder ha resucitado.

Así el fenomeno de la conviccion iliterata no solo se opera en los pobres y en los ignorantes, sino tambien en los sabios. Pero ¿qué es esta conviccion iliterata? ¿No es simplemente la autoridad docente de la Iglesia católica que avasalla las almas? Respondo que no. Es un error pensar que un católico, aun siendo ignorante, no entiende nada de lo que cree, y que sin otro motivo de adhesion, solo inclina la frente bajo la autoridad de la Iglesia. Esto es falso, así en derecho como en hecho. En derecho, no decimos: Creo en Dios y en Jesucristo, porque la Iglesia cree; sino creo en Dios, en Jesucristo y en la Iglesia católica misma, porque Dios cree, y lo quiere, y lo dice, y lo sabe. Y si antes de tener la certidumbre divina de la infalibilidad de la Iglesia tuviéramos fe en su palabra, nuestra fe seria una fe humana, nuestra certidumbre una certidumbre humana. En derecho esta suposicion es falsa. Ved aquí el acto de fe: Dios mio, creo en todo lo que habeis revelado, y nos ha sido propuesto por vuestra Iglesia, porque sois la verdad misma y no podeis engañaros ni engañarnos. El primer motivo de la fe es la veracidad de Dios; la veracidad de la Iglesia no es mas que el motivo secundario y derivado. En virtud del acto de fe, apoyado sobre la veracidad divina, hago yo uno sobre la veracidad de la Iglesia, cuya autoridad emana de Dios.

En segundo lugar, y de hecho, lo que acontece en nosotros cuando creemos, es un fenómeno de luz íntimo y sobrehumano. No digo por eso que las cosas exteriores no obren sobre nosotros como motivos racionales de certidumbre; pero el acto mismo de esa certidumbre suprema de que hablo, nos afecta directamente como fenómeno luminoso, y digo mas, como un fenómeno transluminoso. La doctrina católica nos parece todavía mas evidente que toda doctrina, inclusa la natural, y sentimos por ella lo que no sentimos por las otras doctrinas. Con este motivo nos afecta una luz que no puedo

designar mejor que con el nombre de transluminosa, como se dice transatlántico para designar las regiones situadas allende los mares atlánticos. A ser esto de otro modo, ¿cómo querríais que existiera proporcion entre nuestra adhesion, que seria natural, racional, y un objeto que supera á la razon y á la naturaleza? Puedo muy bien, en virtud de la evidencia natural, admitir fenómenos, causas y leyes que están al alcance de mi razon; puedo muy bien establecer una relacion que forme certidumbre racional entre mi luz natural y los objetos naturales; pero no puedo establecer una proporcion entre la luz natural y un objeto sobrehumano. Ahora bien, donde no existe proporcion entre la luz del entendimiento y el objeto de esta luz, no hay certidumbre, porque la certidumbre supone una proporcion entre el entendimiento y su objeto, y es metafísicamente absurdo decir que se establece una proporcion entre un entendimiento limitado y un objeto sin medida, entre una cantidad finita y una cantidad infinita.

Yo atestiguo, pues, y todos nosotros católicos lo atestiguamos, que nos afecta la doctrina católica, no como tinieblas, sino como luz; no como lo seria uno al entrar bajo una bóveda oscura, sino como lo seria al entrar bajo una bóveda iluminada, radiante, en un edificio inmenso, sin límites, y del cual ni percibimos todas las proporciones, ni calculamos todas las dimensiones, si bien su brillo se apodera de nosotros y nos arrebata fuera de nosotros mismos. Y esto es lo que hace que tengamos hácia las cosas incomprensibles una adhesion tan grande, resultando de una certidumbre tan absoluta, que excluye toda especie de duda.

El tercer carácter de la conviccion católica, aun siendo iliterata, es el de excluir la duda. En el momento en que el cristiano tiene fe, la duda le es imposible. Se puede, es verdad, perder la fe, y aun este es un fenómeno que se opera difícilmente, y sobre todo no se opera mas que en la juventud; pero ello es que en el momento en que existe la conviccion iliterata, producida por la doctrina católica, la duda es imposible. Si esta duda existiera, la comprenderíais, la veríais á las claras, sentiríais vacilar el corazon del católico y sus discursos; pero decidme, ¿somos nosotros hombres que hagamos esfuerzos para persuadirnos de ciertas verdades superiores al comun de las gentes? Apelo á vosotros, que habeis visto católicos; ¿somos nosotros hombres de duda? Además, ¿de qué se trata? Nosotros, católicos, atestiguamos los fenómenos que se operan en nosotros; vosotros sois dueños de no creernos, de carecer de oido y de discer-

nimiento. Yo no quiero, ni puedo haceros fuerza; pero os lo repito: nosotros no tenemos duda, y lo probamos por nuestra conducta durante la vida y á la hora de la muerte. ¿Veis ese pueblo que oye por una parte la palabra de la Iglesia, que afirma, y por otra vuestra palabra, que niega? ¿Le veis vacilar? El niño que hace su primera comunion ¿se halla turbado por el temor de engañarse? Vosotros removeis la tierra y el cielo contra niños, aldeanos, soldados y mujeres; armados de piés á cabeza, caballeros del error, cabalgais guarnecidos y caparazonados, y descendeis á la liza contra la vil plebe de la humanidad; ¿os escucha el pueblo cristiano? Sigue su camino, y va á la eternidad sin miraros ni oiros.

¿Es esto duda, ó es una certidumbre iliterata y transluminosa? si fuera una certidumbre solo luminosa, ese pobre jornalero, ese niño, esa doncella podrian responderos, y no os responden nada. Vosotros les hablais de metafísica y de historia, diciéndoles: La Iglesia es la que te hace siervo, tú eres naturalmente soberano; la Iglesia te hace pobre, tú eres naturalmente rico; tu hambre es culpa de la Iglesia, tu sed culpa de la Iglesia; tu camisa rota, culpa de la Iglesia; tu destrozado lecho, culpa de la Iglesia; tu mujer se muere, culpa de la Iglesia; de todos tus sufrimientos, tiene culpa la Iglesia. ¿Y tú no ves esto? Si al menos os dirigierais á mí, mi palabra podria medirse con la vuestra; pero ¿qué querríais que os respondiese ese pueblo, si no tuviera mas que su ciencia y su razon? Por fortuna, y gracias á Dios, posee una luz divina delante de la cual la vuestra no es nada; siente delante de vosotros lo que se experimenta cuando se ve delante del sol al ciego que le blasfema. Nosotros vemos el sol de la verdad eterna, y vuestras palabras contra él no las percibimos: son como el silbido del pastor junto al poderoso murmullo del Océano.

Existe, pues, Señores, una conviccion iliterata producida por la doctrina católica, conviccion transluminosa y que excluye la duda; certidumbre verdadera, pero que nos es racional, puesto que es iliterata y no fundada sobre la evidencia y sobre el raciocinio: certidumbre inamisible en la humanidad, aun cuando sen amisible entre los individuos.

Bien sé que vosotros no cuestionais esta inamisibilidad, y que no pudiendo nada contra ella en su pasado, profetizais contra su porvenir. Señores, el porvenir es algo incierto, y cuando uno tiene lo pasado contra sí, temo mucho que tambien tenga en contra el porvenir. Cuando se ha vivido diez y ocho siglos habiéndoselas con el

tiempo, con la ciencia y con la libertad, cuando la ciencia y tambien la libertad lo han intentado todo contra vosotros sin destruiros, hay una demostracion de que la ciencia, la libertad y el tiempo no saldrán en el porvenir mas airosos.

En suma, nosotros hemos vivido hasta el presente. Hoy mismo tiene Cristo un año mas; dentro de algunas horas, vibrando el bronce de la eternidad en los oidos de los hombres, les habrá dicho : Cristo tiene un año mas.

Y este año, como los precedentes, nos habeis combatido sin vencernos; todavía respiramos; y si aun retrogradamos un poco hasta principios de este siglo, tendremos motivos para admirar lo que la Providencia ha hecho por nosotros. Entonces esta basílica estaba cerrada, destruidos sus altares, desierto su recinto; y hé aquí que despues de cuarenta años de libertad, de ciencia y de trascurso de tiempo, estas puertas se hallan abiertas, en pié estos altares, y vosotros, Señores, regocijais con vuestra numerosa asamblea estos antiguos muros, que han visto tantos hombres y que se asombran de verlos en mayor número que nunca. Yo profetizo pues tambien, y os cito para aquí mismo dentro de cuarenta años. Vuestra sonrisa, Señores, me advierte de que ya no viviré entonces : es verdad que soy de mas edad que vosotros, y doy gracias á Dios por ello, puesto que este derecho de primogenitura me permite enseñaros y abriros mi corazon. Pero en fin, vosotros estaréis aquí dentro de cuarenta años; Dios os otorgará este tiempo para probar su fuerza y vuestra debilidad. Observad pues, el movimiento de la ciencia y de la libertad humanas, notad en vuestra memoria los ataques que sufriremos de un cabo del mundo á otro, y hecho esto, mirad la hora que será para vosotros y para nosotros en semejante dia.

SERMON DÉCIMOCTAVO.

De las causas de la certidumbre sobreracional ó mística, producida en el espíritu por la doctrina católica.

Quiero hoy investigar las causas de la certidumbre sobreracional ó mística, producida en el espíritu por la doctrina católica, y resolver los argumentos que le son opuestos, como he resuelto los que se presentan en contra de la certidumbre racional.

Fenómeno quiere decir aparicion; y los hombres, á pesar de su orgullo, han adoptado esta palabra para explicar lo que se presenta á sus ojos interiores y exteriores, convencidos de que son como fantasmas que se mueven en un teatro, teniendo tras de ellos una fuerza que los empuja y los saca á la escena. Y en efecto, lo que empieza y lo que acaba, lo que entra y lo que sale, es bien claro que no es cosa que subsiste por sí misma, sino una realidad pasajera que esconde detrás de sí una realidad profunda. Por eso donde quiera que el hombre ha visto un fenómeno, ha deducido que existe una causa, de modo que es un axioma del espíritu humano que no hay fenómeno sin causa. Y puesto que existe una certidumbre mística, que he definido diciendo que es una conviccion iliterata, transluminosa y que excluye la duda, existe necesariamente una causa de esta certidumbre. Ahora bien, segun otro axioma del espíritu humano, todo fenómeno está en proporcion con su causa, es decir, que las propiedades contenidas en el fenómeno se hallan contenidas en la causa de un modo cualquiera; porque si la causa no contuviese las propiedades del fenómeno, aunque tal vez en un grado mas eminente, no hubiera podido producirlo; la causa es el poder productor del fenómeno; y por consiguiente, puesto que hay una certidumbre mística, existe en el mundo un poder místico, y sabremos lo que es este poder místico observando de nuevo el fenómeno de la certidumbre mística.

La certidumbre mística, decimos, es una conviccion iliterata; luego el poder místico es un poder capaz de producir la conviccion sin el auxilio del raciocinio y de la ciencia. Y como esta conviccion

iliterata excluye la duda, es decir, llega al mas alto grado de una conviccion, se deduce que el poder místico que la produce es capaz de dar, sin literatura, sin ciencia, sin raciocinio, sin abrir la boca, y permaneciendo mudo, una conviccion, en su mas alto grado. Por último, como esta conviccion es transluminosa, como ya lo he demostrado, es forzoso que el poder místico sea capaz de dar, sin el socorro de la literatura, del raciocinio y de la ciencia, una luz que supere la luz de la literatura, del raciocinio y de la ciencia. Esto lo tenemos adquirido, ó bien habréis de negar el fenómeno de la certidumbre mística; pero si adoptais este fenómeno de una conviccion que no emana del raciocinio, de la literatura, ni de la ciencia, preciso será que emane de alguma parte. Yo os pediré explicacion de esto, y si no admitís el poder místico, tal como la doctrina católica lo establece, será necesario que admitais otro que produzca los mismos efectos, lo cual equivaldrá á lo mismo.

Pero ¿ qué quiere decir esto? ¿Es posible la existencia de una luz que llega á nuestro espíritu sin el auxilio de la literatura, de la ciencia y del raciocinio? ¿Lo concebimos nosotros? Aun cuando no lo concibiéramos, yo no me inquietaria por eso un solo instante, y seguiria diciendo que existe en el mundo, con relacion á la doctrina católica, una conviccion iliterata, transluminosa y que excluye la duda; luego hay una causa que tiene propiedades semejantes, y ejerce su accion sobre el espíritu del hombre.

¿ Creeis, en efecto, que Dios vea las cosas como nosotros las vemos? ¿ Creeis que él, que es la luz sustancial y total, procede como nosotros por una via puramente racional, que establece principios y deduce de ellos consecuencias, y que luego se remonta de las consecuencias á sus principios, lo cual forma eso que llamamos la luz inteligible, la luz racional, la luz lógica, la luz natural, la luz filosófica, puesto que el nombre importa poco? No: Dios con una mirada sencilla lo ve todo, lo conoce todo, á sí mismo y á cuanto de él se deriva; y cuando desde el fondo de su eterna morada, contempla á lo lejos lo que sucederá un dia despues de muchos siglos, sus ojos no se inmutan, ni se mueve su pestaña mas poderosa que la del Júpiter de Homero; sigue la sucesion y vicisitud de las cosas creadas con una mirada inmutable.

De esta luz sobreracional, sobreinteligible, porque es necessario crear palabras para explicar estas ideas, y además realmente yo no las invento; de esta luz, que es la de Dios, ¿ por qué no hemos de participar nosotros hasta cierto punto? ¿ Por qué Dios, que ha hecho

al hombre capaz de ver por los principios y por las consecuencias, no ha de poder comunicar, para ciertos objetos y con un grande fin, cierto grado de su luz propia? ¿ Por qué el hombre, que tiene el poder racional de la deduccion y de la induccion, no ha de tener el poder de la intuicion? Este poder le teneis, Señores, para muchas cosas bien inferiores á las que estudiamos. La intuicion, esa vista interior, aparte de los principios y de las consecuencias, es la fuerza misma del entendimiento humano. ¿ Quereis que se os presenten algunos ejemplos?

Todos vosotros conoceis los presentimientos; poco importa que los adopteis ó no los adopteis, puesto que es un hecho histórico; si no los habeis tenido, espero que los tendréis algun dia. ¿ Y qué es un presentimiento? Os hallais solo en vuestra casa, se apodera de vuestra alma la tristeza, y os preguntais la causa : os contemplais, y sois el mismo que érais antes : vuestros negocios se encuentran en buen estado, estais contento con vos mismo, lo cual es fácil en extremo, y sin embargo os sentís triste. A los pocos dias de esto averiguais que en aquella hora de tristeza sin causa aparente, fuísteis privado de un amigo, de un deudo cercano. ¿ Y cómo lo habeis sabido? No por la via de los principios y de las consecuencias, por inducciones y deducciones; lo habeis sabido por una intuicion sorda é inexplicable, por una luz superior á la luz lógica.

Encontrais á alguno por la vez primera, no sabeis su vida, su orígen, su estirpe, lo que ha hecho de bueno ó de malo, le mirais como Jesucristo miró al hombre del Evangelio, del cual está escrito : *Habiéndole mirado, le amó* (1). Os conmueve el alma retratada en aquella fisonomía, le amais, y una intuicion simpática establece entre vosotros, en un solo instante, lo que la lógica no hubiera podido establecer en años enteros.

¡ Y las batallas, y el genio militar! Cuando un general tiene doscientos mil hombres detrás de sí y doscientos mil delante, en medio del humo, á través de aquellas masas que avanzan y se cruzan, cuando no recibe ya mas que comunicaciones medio rotas por la muerte de aquellos á quienes aguarda, siente de pronto, como dice Bossuet en la oracion fúnebre del príncipe de Condé, una iluminacion repentina, tiene una intuicion, da la órden postrera y descansa, seguro de que todo está terminado.

Sois hombre de arte, quereis crear sobre un lienzo; ¿ iréis á

(1) S. Marcos, cap. 10, vers. 21.

tomar instrumentos de matemáticas para agrupar vuestros personajes, y comunicarles la vida de la verdad? Lo podeis, pero no lo haréis, so pena de no crear mas que una obra mecánica, un cadáver, porque en lugar de ver, habríais calculado.

Escribís: quereis hablar del infierno, y decís como Bossuet: « ¡ Allí principia ese llanto eterno! » Cometeis un barbarismo, pero barbarismo que todo oido francés entiende y admira. La gramática está contra vosotros; pero, como hombre de genio, habeis mirado, la lengua se ha movido con vuestra mirada y os ha abierto sus entrañas; ha brotado de ellas una palabra divina, porque toda intuicion es divina; cae del trono de aquel que lo ve todo, sin que nunca combine nada.

Si así acontece en el órden natural respecto de toda especie de genio y de descubrimientos; si todo lo que es grande sobre la tierra se encuentra, como Cristóbal Colon encontró el Nuevo Mundo por la fuerza de la intuicion, juzgad lo que debe acontecer cuando se trata del órden eterno, de las riberas sin riberas, del mundo venidero; cuando se trata, en fin, de navegar hácia Dios. ¿No nos habrá dado Dios para esa grande obra de la vida una intuicion divina que proceda sin composicion ni descomposicion? Entre la luz racional y la luz mística existe la diferencia de la luz que se descompone en el prisma, de otra luz mas pura que no se descompusiera.

Concluyamos pues de nuevo, que puesto que existe una certidumbre mística, es decir, una conviccion iliterata, transluminosa, y que excluye la duda, existe tambien necesariamente un poder ó luz mística, capaz de producir esta conviccion.

Pero, Señores, este poder místico aun no podria explicar por sí solo el fenómeno de la certidumbre mística, porque no basta que un poder exista para producir su efecto; es necesario que se ponga en relacion con el sér en quien debe producirle, y no puede ponerse en relacion con él, si no encuentra en ese sér algo de analogía. Hablo á un animal, y no me entiende; ¿ qué es lo que le falta? A la palabra nada, pues dicha al hombre ó al animal, es siempre la misma. ¿ Cómo, pues, el animal no la entiende? Consiste en que le falta un órgano interior correspondiente á la palabra; consiste en que no hay organismo racional. Para que haya una certidumbre mística, es necesario que haya no solo una luz mística, sino tambien que haya en el hombre un organismo místico, un organismo que se conmueva por la luz mística; de otro modo, esta luz descenderia en vano sobre nosotros. Luego lógicamente existe no solo una luz

mística, sino un organismo místico, susceptible de una intuicion divina; y el hombre, como dijo Aristóteles, es un animal religioso.

El hombre es un animal religioso, porque tiene un organismo religioso ó místico; así como es un animal racional, porque tiene un organismo racional, y es un animal en toda la realidad de esta palabra, porque tiene un organismo físico. Así, cuando os cojo la mano y teneis la benevolencia de corresponderme, me dirijo á vuestro organismo físico: cuando hago un raciocinio que esclarece vuestro entendimiento, me dirijo á vuestro organismo racional; pero cuando os digo: Hombre, entra en tí mismo, contempla tu vida, póstrate y confiesa tus pecados, me dirijo á vuestro organismo místico. Esta frase es absurda para vuestro organismo físico y hasta para vuestro organismo racional, pero va en derechura á vuestro organismo místico, y por eso os confesais; pues de otro modo, aun cuando se hundiera el cielo y la tierra, no os postraríais de otro hombre para confesar vuestras culpas.

El hombre es, pues, un animal religioso, un animal místico; y cuando resiste á la religion, cuando llega á no ser conmovido por ella, ¿diremos que está mal organizado física ó racionalmente? Nada de eso; pero su organizacion mística es débil ó desnaturalizada; él la ha embrutecido, porque se embrutece con mas facilidad el organismo místico que el organismo intelectual, á causa de su mayor delicadeza, y es un prodigio que todavía se pueda tan fácilmente pulsar este organismo y hacerle producir algunos sones, cuando se conoce al hombre y la voz imperiosa de sus pasiones. Es forzoso que la bondad de Dios sea bien grande sobre él, ó que su organismo religioso haya sido divinamente templado y reparado.

Añado como consecuencia de lo que precede, que siendo el hombre un animal religioso, la religion es necesariamente verdadera. Porque ¿cómo quereis que nuestra naturaleza sea falsa? Ni un organismo es falso, ni un poder es falso, aun cuando estén expuestos á ser falseados. Todo lo que existe independientemente de nosotros es verdadero; y así como el poder eléctrico es verdadero, porque hay fenómenos eléctricos, el poder místico es tambien verdadero, porque hay fenómenos místicos; y como el organismo físico y el organismo racional son verdaderos, porque hay fenómenos físicos y racionales, así el organismo místico es verdadero por las mismas causas. Estas consecuencias son manifiestas. ¿Cómo se trata de eludirlas? Eso es lo que vamos á ver ahora.

Bien concebís el apuro de nuestros adversarios. Si yo hubiese

recogido en la cima de los Alpes alguna gota de agua que contuviera propiedades desconocidas, y la trajera al seno de nuestras sociedades científicas, se conmoveria toda la Europa; pondria aquella gota bajo llave, y se nombrarian comisiones que se reunieran por espacio de muchos meses; se encontrarian en la calle unos á otros diciéndose: ¿Sabeis lo que hay? ¿Qué? Ha llegado á la Academia una gota de agua de la cual nunca habia oido hablar nadie. Y tendrian razon, Señores, porque una simple gota de agua es una maravilla divina, y no son bastantes para examinarla todos los príncipes de la ciencia. Es una criatura de Dios, que habla de Dios, que enseña alguna cosa de Dios. Y por eso cuando hablo de los sabios que se reunirian para semejante objeto, no lo digo en tono de burla; la Escritura no ha creido burlarse diciendo de Salomon que todo lo habia examinado, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo, desde la planta mas oscura nacida entre las horadadas ruinas hasta esos árboles que habitan en los palacios de los reyes, y que muertos como se hallan, conservan una especie de inmortalidad bajo el oro y la escultura. Pero sino tengo derecho de burlarme de los sudores de la ciencia por una gota de agua, me asiste el derecho de pedir que cuando se trata de fenómenos como el de la certidumbre mística, cuando se trata de millones de criaturas que admiten una conviccion como principio de su vida, no se pase de largo sin detenerse al lado de este fenómeno. Si un fenómeno material es grande, ¿cuánto mas lo será un fenómeno humano, un fenómeno social y aun mas que social, puesto que no solo pertenece á un pueblo, sino á todos los pueblos? Tengo el derecho y el deber de pedir que se contemple con atencion, y que luego se dignen explicármelo; pero como es mas cómodo negar que explicar, se ha empezado por negar desde luego: siempre es este el primer movimiento de la incredulidad.

Pero ¿puede negarse ese gran movimiento místico que hemos señalado en la humanidad? ¿Es un hecho ó no es un hecho el fenómeno de la conviccion iliterata, transluminosa, y que excluye la duda? ¿Existen ó no existen millares de hombres que lo afirman y dicen: Me adhiero á la doctrina católica, y creo en ella, no por la fe del sabio, sino por la fe del pueblo? Dejemos las pruebas exteriores que dan de la sinceridad de su conviccion, lo cual no es de seguro una cosa pequeña, cuando se ven tantas personas que sacrifican sus convicciones á su vida. Yo digo solamente: Ved aquí un testimonio de mil ochocientos años; ved aquí, vivos y

muertos, millones de hombres que lo sienten, ó que están convencidos de que lo sienten como lo digo. ¿ Qué pensais? ¿ qué decís de esto?

¿ Será vuestro recurso acusarnos de mentira y de hipocresía? ¡ Pero qué! ¿ no habeis tenido madre cristiana, que os haya tenido en su regazo ó llevado en sus brazos, hermana cristiana, mujar ó hija cristianas? ¿ No teneis amigos cristianos? ¡ Qué! ¡ nunca os ha mostrado una madre cristiana á Jesucristo en su corazon! ¡ Nunca os ha hecho sentir la respiracion cristiana el beso de un amigo! ¡ Nunca ha caido sobre vosotros de los labios del cristianismo una frase del alma desde hace mil ochocientos años! No, vosotros no podeis oponernos esa razon de la hipocresía, porque esa fuera una razon parricida.....¡ Ah ! vosotros creeis en vuestras madres, en vuestras hermanas, en vuestras mujeres, en vuestras hijas, en vuestros amigos; vosotros creeis en sus virtudes; los amais, los admirais, decis de ellos como el Polieuctes de Paulina: *Tienen demasiadas virtudes para que no sean sinceros.*

Contemplad solo un acto de conversion; os conjuro á que veais á uno de esos hombres convertidos de pronto en cristianos, id en su busca, y preguntadle lo que ha pasado en el fondo de su alma. Él os dirá: He leido, he raciocinado, he querido, no he llegado; y un dia, sin que yo pueda deciros cómo, en la esquina de una calle, cerca de un hogar, no sé lo que me ha pasado, pero no he sido el mismo, he creido; despues he leido de nuevo, he meditado, he confirmado mi fe por la razon; pero lo que ha pasado en mí en el momento de la conviccion final, es de una naturaleza en un todo diferente de lo que ha precedido y de lo que ha seguido.

Esta es la historia de Jesucristo despues de su resurreccion. ¿ Os acordais de aquellos dos discípulos que iban á Emaus? Jesucristo se acerca á ellos, no es por ellos conocido, y les dice: *¿ Qué pláticas son esas que tratais entre vosotros caminando, y por qué estais tristes? — ¿ Sois por ventura tan forastero en Jerusalen,* le dijo uno de ellos, *que no sepais lo que ha pasado á Jesus Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes á condenacion de muerte y le crucificaron? Mas nosotros esperábamos que él era el que habia de redimir á Israel, y ahora es el tercer dia que han acontecido estas cosas; aunque tambien esta mañana mismo unas mujeres de las*

nuestras han ido á su sepulcro, y nos han espantado diciendo que habian tenido una vision de ángeles y que Jesus vivia. — ¡ Oh necios y tardos en creer ! les dijo Jesus, *pues qué, ¿ no fué menester que Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria?* (1). Y ved aquí que toma á Moisés, David y á Isaías, y les desenvuelve todas las profecías : sin embargo, todavía no le reconocen. Llegan á Emaus, y se pone la mesa : entonces Jesucristo deja el poder racional, hace la señal de la cruz, bendice el pan y se lo presenta para que coman ; al punto se abren sus ojos, y le reconocen : habian resistido á la fuerza racional, y sucumben á la fuerza mística.

Puesto que el fenómeno no puede ser negado, es fuerza explicarlo. ¿Y cómo se explica? Se nos dice : Pues bien, admitimos el fenómeno ; pero vosotros mismos convenís en que no es racional. ¿ Cómo discutir sobre una cosa acusada por sus propios defensores de no ser racional? Decís que se opera en vosotros un fenómeno ; opérese todo lo que se quiera, es cosa que os atañe, pero eso no cae en el dominio de la razon ; eso es sencillez, debilidad de espíritu, y no puede ser objeto de discusion de ningun modo.

Aquí os señalo una de las tácticas mas profundas de la incredulidad.

Hace pocos años me vino á las manos un pequeño libro , el cual tenia por objeto exponer, sin emplear otros raciocinios, todo lo que necesita conocer y resolver un católico para poseer una certidumbre racional de la doctrina católica. Aun no habia llegado á la página vigésima, cuando se habia apoderado del espíritu una especie de deslumbramiento, y decia : Pero, Dios mio, ¿ es posible que sea menester tratar tantas cuestiones para alcanzar la certidumbre racional del cristianismo? ¿ Dónde estribaba la habilidad de aquella táctica? En separar dentro del misterio de la fe la fuerza racional y la fuerza mística, el ala derecha y el ala izquierda de la verdad, á fin de batirlas separadamente; porque tomada aparte cada una de ellas, no puede resolver completamente la dificultad. Con efecto, propongamos á nuestros adversarios la fuerza racional de la doctrina, y nos dicen : Pero considerad toda la humanidad, las mujeres, los niños, los ignorantes ; ¿ cómo quereis que ellos resuelvan estas cuestiones ? Y así deducen que la inmensa mayoría no puede llegar á la certidumbre racional. Si por el contrario les proponemos la

(1) S. Lucas, cap. 24, vers. 17 y sig.

fuerza mística, nos responden: Esa es una fuerza que no es racional; cuando mas, tiene relacion con los niños, es debilidad de espíritu. De consiguiente, por un lado es mucho, y por otro poco. Así es que nosotros no aceptamos esa division de nuestras fuerzas, y decimos: Si la fe de Bossuet no es una debilidad de espíritu en Bossuet, tampoco es una debilidad de espíritu para el niño, para el jornalero, para el ignorante. Bien se me alcanza que el niño, el jornalero y el ignorante llegan á la verdad por distinto camino que Bossuet; pero eso ¿ qué prueba, sino que para llegar a la verdad hay dos caminos? De suerte que, no los caminos, sino la verdad es la que decide si hay debilidad de espíritu: pues bien, esa verdad, admitida por Bossuet y consagrada por su genio, no puede ser tratada de debilidad de espíritu, y por eso solo, cualquiera que sea el camino empleado para alcanzarla, es uno fuerte por ella y con ella. ¿ Qué importa que para entrar en el palacio de los reyes suba uno por la escalera principal ó por una escalera secreta? Cuando estoy en las Tullerías, cualquiera que sea el camino por donde allí haya llegado, me encuentro en la mansion de los reyes de Francia, y de consiguiente en un lugar magnífico y excelso. Haya yo llegado, pues, hombre del pueblo, á la verdad por la izquierda ó por la derecha, no me insulteis, porque la majestad total del cristianismo me cubre y me ampara. Si mi armadura personal no esta visiblemente bien templada, la de mis padres y de mis hermanos se ha enrojecido con el fuego de Damasco y sabrá responderos.

No separeis, pues, Señores, lo que no debe ser separado; la fuerza racional y la fuerza mística, que son los dos arcos de una misma boveda. Esta basílica donde os hablo, tiene un recinto interior y paredes exteriores; quien quisiera separarlas destruiria el todo; nada hay dentro allí donde nada hay fuera. No quiteis las paredes, a fin de que lo interior subsista; no quiteis lo interior, a fin de que las paredes tengan una razon para quedar en pié. Hay un cuerpo y un alma en la Iglesia; el cuerpo es la fuerza racional, el alma es la fuerza mística. El cuerpo es un cadáver sin el poder místico, y el poder místico tiene algo de fantástico y de impalpable, cuando no tiene cuerpo ó poder racional que lo manifieste y que lo pruebe. Con esto respondemos tambien á otra objecion. Se dice que todas las religiones pueden reclamar en su favor esa fuerza mística de que nos prevalemos nosotros, y preguntar: ¿ No tenian fuerza mística los paganos? ¿ No tienen fuerza mística las sectas cristianas? Si la fuerza mística prueba para vosotros, prueba para todos, por-

que todo el mundo está en su derecho para jactarse de ello.

Empecemos ante todo por los paganos. Aun cuando yo concediera, y lo concedo, que hubo una fuerza mística entre los paganos, ¿qué podríais deducir de esto? Sí, respiraba una fuerza mística bajo el vergonzoso velo del paganismo; los hombres habian deshonrado el culto primitivo, y le habian cubierto con ideas y prácticas monstruosas; pero en fin, puesto que querian abandonar el verdadero culto divino, por qué no destruian todo el culto? ¿Por qué el paganismo y no el nihilismo? Si la fuerza mística es una quimera, ¿qué le inclina al que quiere emanciparse de Dios á conservar de él algun vestigio? ¿Como hubiera resistido el paganismo al nihilismo? La incredulidad moderna quiere consumar una obra que no hubiera podido consumar el Briareo de la antigüedad pagana. ¡Ah! ¡vosotros creeis que llegaréis á destruir la fuerza mística en el mundo! Es como si quisierais destruir la fuerza eléctrica ó la fuerza magnética que dirige la brújula. El paganismo ha trabajado en esta obra cuanto es posible; pero en el seno mismo de sus tinieblas, como lo nota Tertuliano, en las enfermedades y en las aflicciones, un pagano hablaba de Dios y exclamaba: ¡Oh Dios mio! y en las alegrías, ¡oh cuán bueno es Dios! ¡Oh pagano! dice Tertuliano, ¿quién te ha enseñado eso? ¿aprendiste acaso á hablar de ese modo en tus templos y por tus oráculos? Tu inspiracion viene de otra parte; es el testimonio de un alma naturalmente cristiana, es decir, en que la fuerza mística no ha perdido toda accion.

Lo que me falta por decir respecto del paganismo, se deducirá de lo que diré de las sectas cristianas.

Estoy en América en una grande asamblea; una mujer se levanta y dice: Hermanos mios, estoy inspirada por el Espíritu Santo. El hombre de buen juicio le responderá: Antes que yo os escuche á vos que hablais en nombre de la fuerza mística, probadme vuestra fuerza racional. Jesucristo hizo milagros para establecer la divinidad de su mision y dar una seguridad á la fuerza mística de que disponia. Haced lo mismo, y os escucharé. La cuestion de la fuerza racional debe decidirse primero que la cuestion de la fuerza mística. Así cuando los protestantes nos hablan de la interpretacion de las Escrituras por el auxilio del Espíritu Santo dada á todos individualmente, nosotros les oponemos la falta de unidad de su interpretacion individual; faltándoles la fuerza racional y necesaria de la unidad, es inútil ocuparse de lo demás, ni mas ni menos que es inútil ocuparse de un edificio al que le faltan las paredes.

Dos palabras, Señores, y concluyo. La Iglesia ha construido en el mundo, por medio de la fuerza racional y de la fuerza mística, un edificio cuya parte exterior é interior se sostienen mutuamente y responden á todas las necesidades de la humanidad. Esto es lo que S. Juan vió en su isla de Pathmos, donde estaba desterrado por la fe. Oyó en uno de sus éxtasis un gran ruido, y habiéndose vuelto vió, en medio de un aparato que describe, al Hijo del hombre con una espada de dos filos que salia de su boca. Aquella espada de dos filos es la viva imágen del doble poder sobre el que Jesucristo ha fundado su Iglesia. La espada que nos ha sido otorgada es doble; combate por un lado á los sabios y á los soberbios con la fuerza racional, y por el otro llega á los pequeños, á los ignorantes y tambien á los sabios con la fuerza mística. ¡ Sentid, Señores, sentid los golpes de esa espada, cuya empuñadura única existe en Dios, y cuya doble punta se halla en todas partes (1)!

(1) Cuando el autor habla de organismo místico adoptando, si se quiere, la opinion de Gall, no es porque admita una explicacion materialista en este punto, como suelen hacerla algunos médicos; sino porque girando sobre el principio de que el hombre es naturalmente religioso, prueba que en el cuerpo del hombre, destinado á vivir con un alma, debe haber un órgano especial, digámoslo así, que sea como el recipiente de las ideas ó impresiones religiosas. (J. G.)

SERMON DÉCIMONONO.

Del conocimiento producido en el espíritu por la doctrina católica.

Ya hemos demostrado que la doctrina católica toma posesion del entendimiento humano por una doble fuerza que produce una doble certidumbre: por la fuerza racional, que produce una certidumbre racional, es decir, una conviccion reflexiva, soberana, inmutable; y por la fuerza mística, que produce una certidumbre mística, es decir, una conviccion iliterata, transluminosa, y que excluye la duda. Una de estas fuerzas es visible, y llena el mundo con su brillo; la otra es invisible, y llena el alma de los cristianos con sus fenómenos poderosos é irresistibles. Ambas se apoyan la una en la otra: la fuerza visible se manifiesta aun á aquellos que no quieren verla, y la fuerza invisible sostiene por dentro todo este edificio, como la fuerza matemática, que es invisible, sostiene una obra exterior de arquitectura. Nada hay en el mundo que no sea á la vez visible é invisible, y cuando uno se fija en la fuerza mística se apodera al propio tiempo de la fuerza matemática. Porque, en suma, ¿quién ha visto la fuerza matemática, quién la ha tocado, quién se hace cargo de ella sino por el apoyo interior que presta á nuestras construcciones exteriores?

Es ya mucho, Señores, sostener á la humanidad con dos fuerzas, la una visible, la otra invisible; por dos certidumbres, la una racional, la otra sobreracional; y sin embargo, esto no es bastante todavía. El hombre no se adhiere á la certidumbre, sino porque se adhiere al conocimiento; la certidumbre es una simple cualidad del conocimiento. Aun cuando una certidumbre sea perfecta, puede ser de muy poca importancia, si no lleva tras sí un conocimiento dotado de grandeza. El hombre desea conocer, y por consiguiente la doctrina católica debe tomar posesion del entendimiento por un conocimiento. El conocimiento es la vista de los séres y de sus relaciones. Ver lo que es, ver los vínculos que existen entre todas las cosas que son, es conocer; y un conocimiento tiene

tanto mas mérito, cuanto mas dotado se halle de extension, de profundidad y de evidencia. Paso, pues, por una transicion natural y necesaria desde el fenómeno de la certidumbre católica al fenómeno del conocimiento católico: examinaré el estado del conocimiento humano y del conocimiento católico; demostraré en primer lugar que el conocimiento humano carece de extension, de profundidad y de evidencia; y en segundo lugar demostraré que la doctrina católica es clara, profunda y extensa.

Notad bien, Señores, cómo queda sentada la cuestion. No se trata de averiguar ahora si la doctrina católica es cierta, y por consiguiente si es verdadera; eso ya lo he probado: ya lo he probado, no completamente ni aduciendo todas las pruebas que estaban á mi alcance; pero en fin, lo he probado, y debia hacerlo ante todo, porque cuando se trata de una doctrina cualquiera, el primer paso es averiguar si es cierta ó incierta, si es verdadera ó falsa. Trato ahora del conocimiento católico, y os ruego que mientras raciocino no me opongais la cuestion de la certidumbre, que considero como segregada. No puedo tratar á la vez dos cuestiones, ni demostraros al mismo tiempo el grado de certidumbre y el grado de conocimiento de que es deudor el espíritu á la doctrina católica. Establecido se halla el grado de certidumbre, y de él parto como de una base, sin lo cual nada habria hecho. Supuesta la certidumbre, examino lo que la doctrina católica nos enseña; y cuando os demuestre su claridad, su profundidad y su extension, no tendréis derecho de oponerme la cuestion de su certidumbre, puesto que es una cuestion ya resuelta.

La primera cualidad del conocimiento es la extension. El espíritu del hombre está formado de tal manera, que cuando adquiere cierto grado de conocimiento, no se detiene, sino que anhela pasar mas adelante. Así como se dice de Alejandro que desde sus juveniles años soñaba con la conquista del universo, apenas el espíritu del hombre se ha dispertado á la luz de la verdad, apenas ha columbrado séres y relaciones entre los séres, anhela tener dominio sobre el universo, aspira á penetrar en él y conquistarle. La razon es muy sencilla. Nuestro espíritu es una luz, la luz quiere unirse á la luz; y por mas que le hayais vertido de esta copa durante muchos siglos, os dirá: Todavía no es bastante. Además, bien concebís que hallándose encadenados todos los séres unos á otros, cuando he descubierto una relacion entre dos séres, esta relacion que me es patente, me inducirá á percibir otra, sea en escala ascendente, ó sea en escala descendente. Es una cadena, y mientras no haya tocado al ultimo eslabon, subo ó

bajo siempre. Soy como un areonauta conducido en su osada barquilla; voy mientras el aire me sostiene; y como el aire, al menos en la apariencia, no tiene fin, voy hasta que, por un obstáculo que no depende de mí, me encuentro detenido. Así está formado el espíritu del hombre. Pero su conocimiento ¿corresponde á su deseo de conocer? ¡Ay de mí! no; el conocimiento humano no tiene extension, y esta es su primera desgracia. La tierra, que nos sustenta y es el punto de partida de nuestras observaciones, equivale á una barquilla en medio de un océano sin riberas; barquilla inmóbil, porque describe un círculo que es invariable, y este centro mismo de nuestra vida, esta barquilla perdida en la inmensidad, ¿la conocemos acaso? ¿Conocemos nosotros el punto estrecho de donde deben proceder nuestras investigaciones y partir los rayos de nuestro conocimiento? Desde que la ciencia se ocupa de la configuracion interna de nuestro globo, á consecuencia de los descubrimientos de la geología, hemos formado millares de sistemas que se destruyen unos á otros; y por lo mismo que está debajo de la imperceptible capa sometida á nuestros experimentos, la ignoramos completamente.

Si luego desde el centro nos lanzamos á la circunferencia, ¿qué vemos? Descubrimos infinidad de globos luminosos, sembrados á distancias que no pueden calcular nuestros instrumentos; y aun cuando pudieran calcularos, aun no seria nada, porque mas allá de esos bajeles luminosos, ¿quién sabe si hay otros? ¿Acaso descubrimos todo lo que existe? ¿Acaso no hay estrellas mas allá de las estrellas? ¿No hay astros invisibles mas allá de los astros visibles? ¿Es el hombre la mas perfecta de las criaturas? ¿No existen espíritus puros? Debajo de nosotros vemos disminuirse los séres; podrán tal vez crecer sobre nosotros y formar magníficas jerarquías: sobre este punto no se pronuncia la ciencia; nos adhiere á la superficie de esta tierra, y á la del cielo aparente, y luego nos dice: Con todo lo demás formaréis filosofía, religion, pero ciencia nunca. Me atengo en un todo á esta idea.

Así el conocimiento humano, que debe someterme todos los séres, apenas me somete aquellos que caen bajo los sentidos en el mundo: no tiene, pues, extension, ni tiene tampoco profundidad.

Aun cuando conociéramos fenomenalmente todos los séres, hay mas allá de los fenomenos que revelan su existencia, causas, leyes y sustancias; no basta haber entrevisto los séres, el espíritu humano va mas lejos. Se pregunta al punto: ¿Cuál es la causa de estos fenómenos que manifiestan los séres? La tierra gira en derredor del

sol en 365 dias, 6 horas y algunos minutos: ¿cuál es la causa de este movimiento? La llamais la fuerza de la gravitacion: ¿y qué es la fuerza de la gravitacion? ¿Qué es una fuerza? Toda causa es una fuerza. ¿Quién ha visto fuerzas? Vosotros nos preguntais: ¿Qué es la fuerza mística? ¿Dónde la habeis visto? Pero esa fuerza que da movimiento á vuestro globo, y con él á vosotros, ¿quién la ha visto? ¿quién la ha tocado? Existe en mí una fuerza que me anima, que sale de mis labios en este instante, que aspira á conmoveros; ¿por qué no la admitís como la fuerza que hace girar la tierra en derredor del sol? ¿Sabeis, en fin, qué es una fuerza? Vosotros decís que los fenómenos se producen con el auxilio de fuerzas eléctricas, magnéticas y gravitantes; pero ¿qué son estas fuerzas? Vosotros lo ignorais. Sin embargo, sin fuerza todo es inmóbil, todo muerto, nada respira, no se percibe un soplo, todo está como un bosque en esos momentos que preceden á las tempestades en que reina una inmobilidad sorda, terrible.

Mas allá de las causas, mas allá de las fuerzas están las leyes. Me hago cargo de que la causa obra segun una regla determinada que está dominada por otra fuerza, que es la ley; así vosotros decís que los cuerpos se atraen por la gravitacion en razon inversa del cuadrado de las distancias. ¿Y por qué los cuerpos se atraen en razon inversa del cuadrado de las distancias? ¿Cómo una fuerza tiene tras de sí otra fuerza que la mantiene en un círculo, y del cual no le permite apartarse? ¿Qué es una fuerza que existe encima de otra fuerza, como una rueda encima de otra rueda? Vosotros decís: Existe una fuerza, una causa; esta causa está regularizada, luego hay una ley. Pero ¿qué es esta ley ¿lo ignorais, y á pesar de eso os llamais sabios y os extasiais delante de la fuerza y de su ley. Vosotros decís: Hemos visto el fenómeno, hemos confirmado la causa, hemos definido su ley. Espectadores de una política divina y desconocida, sois como el curioso que asistiese á los consejos de los reyes, á los piés de sus palacios, entre la multitud de sus guardias y de sus servidores, y conoceis por el mensaje que pasa las órdenes que lleva; columbrais el sobrescrito y la letra, y creeis conocer los destinos contenidos en ese papel misterioso, sellados por una mano invisible para nosotros.

Pero ved otra cosa: mas allá de las causas y de las leyes, mas allá de la fuerza que obra, y de la fuerza que regulariza, descubro en mi espíritu la sustancia ó la esencia, razon última de la ley, de la causa y del fenómeno, y me pregunto en qué consiste esa sustancia, que es el fondo de todo. Examino una gota de agua, pregunto á la ciencia,

y me dice: Es una combinacion de oxígeno y de hidrógeno. Bien lo veo, pero analizada, ¿qué es ¿Me diréis: Es un elemento; pero ¿qué es un elemento? vosotros no conoceis la sustancia de una sola gota de agua, solo conoceis la descomposicion primera; y cuando la encontrásteis, toda la ciencia se pasmó de gozo, y dijo: La química está creada, el siglo XVIII es el que ha descubierto la descomposicion del agua. Desde allí datará la ciencia en la posteridad, hasta que venga otro siglo que haga, si Dios quiere, un segundo descubrimiento y se proclame con igual razon padre de la ciencia, de esa ciencia siempre por formar, aun cuando esté formada. Veis fenómenos que revelan los séres, y de allí pasais á las causas, á las leyes, á las sustancias; no conoceis ni las causas, ni las leyes, ni las sustancias, y como los fenómenos no son mas que sus expresiones, no conoceis nada, al menos con profundidad.

Pero estas desgracias son bien insignificantes en comparacion de la que me resta demostraros, y es la falta de claridad; porque al fin aun cuando no tuviéramos extension ni profundidad de conocimiento, esto seria una ignorancia; no sabríamos y esto era todo: cada cual adoptaria su partido. Diria: Ignoro, y seguiria su camino. Pero no solo ignorais, sino que en lo poco que sabeis, hay misterios que erizan los cabellos, misterios que atañen á vuestra existencia de cada memento, á todos vuestros deberes, á todos vuestros derechos, á todos vuestros intereses, á todo lo que sois. No podeis dar un paso sin encontrar esos misterios, y sin tener necesidad de resolverlos. Expondremos algunos de ellos.

Por ejemplo, la materia ¿es creada ó no es creada? Si no es creada, existe por sí misma. ¿Y cómo puede existir por sí misma una cosa tan vacía y tan inerte? ¿Qué es lo que puede limitar una cosa que existe por sí misma? ¡Qué! existe mi polvo por sí mismo, y cuando tengo una fiebre no puedo curarla. Esto sí que es extraordinario. Si la materia no existe por sí misma, es creada. Pero ¿qué es crear? ¿Qué es hacer lo que no existia, y hacerlo con nada sin el auxilio de una materia preexistente? Ved aquí otro abismo. Observo en seguida que si tengo un cuerpo que es materia, tengo igualmente un no sé qué á que llamo espíritu. ¿Es el espíritu diferente de la materia? Si el espíritu es la misma cosa que la materia, ¿por qué no hablan estas columnas? ¿Quién les ha dicho que permanezcan inmóvibles? Yo desearia que me colocaran en algun punto como columna ó como baluarte y me dijeran: Tú permanecerás aquí mil años. Pero si la materia es otra cosa que el espíritu, si la materia es inerte,

mientras el espíritu está vivo; si la materia se deja cortar por un perdido, mientras los mas grandes hombres experimentan gran dificultad en gobernarnos; si la materia, repito, es otra cosa que el espíritu, ¿cómo la materia y el espíritu están unidos en el hombre para no formar mas que una sola persona, un solo servicio? ¿Cómo dos cosas tan desemejantes como lo que está muerto y lo que está vivo, forman una sola unidad, una solo personalidad viva y activa? Además ¿quién ha hecho este sér, y por quién ha sido hecho? Yo he sido una eternidad sin existir; aparentemente no habia necesidad de mí, y de repente me han dispertado en la eternidad de mi sueño, colocándome no sé dónde. Ese poder que de mí no necesitaba, que me habia menospreciado durante la eternidad, me ha dispertado, me ha dado ojos, una boca y un entendimiento, ¿y por qué? ¿Cómo de repente ha tenido necesidad de mí, despues de haber sido inútil por tan largo tiempo? Si yo era bueno para ese poder, pudo apercibirse mas pronto de ello; y si no era bueno para ese poder, ¿por qué me ha echado á este mundo? Miro, y no veo mas que hombres que se devoran unos á otros; los hijos de Adan, adheridos al terreno del cuerpo y del alma, se disputan un pan escaso y amargo; y por último, tal hacinamiento de dolores, que no hay un solo hombre en esta ciudad que tuviera valor para dormir, y para tomar su sustento, si supiera lo que acontece á su lado: ¿tantas son las existencias marchitas que contiene el mundo, y los corazones desolados, y las carnes desnudas, y las almas corrompidas y los tormentos de todas especies.

¡Ah, Señores! no son estas cuestiones ociosas. Al salir de aquí las hallaréis palpitantes en el umbral, os seguirán en vuestros placeres, en vuestros negocios, en vuestras alegrías, en vuestras turbaciones, en vuestras esperanzas y en vuestra desesperacion. Os preguntaréis siempre, y con oportunidad, qué es la materia, qué es el espíritu, si Dios es bueno ó malo, si moriréis del todo, si tendréis ó no tendréis que dar cuenta de vuestras acciones.

Agobiado como me encuentro yo mismo, voy á consultar á los hombres que han recibido en cada siglo un genio mas elevado que los demás, aquellos á quienes se les puede llamar grandes de espíritu. Y me digo en mi alma: Despues de todo, aquí bajo hay antorchas, hombres que Dios ha criado para dominar á la humanidad; iré á ellos como un discípulo modesto, y les diré: Yo pobre ignorante que gano penosamente mi vida, vengo á vosotros que teneis tantos ocios y tantas luces, vengo á preguntaros cuál es el secreto

de mi vida y el resultado de vuestras investigaciones. Ahora bien, ¿qué es lo que encuentro?

Uno me dice: ¿Por qué os alterais? El bien y el mal, la materia y el espíritu sois vos mismo; vuestra imaginacion es la que engendra todas esas cosas: no haceis mas que soñar: solo vuestro *yo* es cierto y sólido; el *no yo*, lo que está fuera de vosotros, no podeis deducirlo ni demostrarlo: solo vos existís. Dios, los séres, lo infinito, lo finito, y todos esos fenómenos que pasan en derredor de vos, son simplemente sueños de vuestro espíritu. He oido al panteismo idealista.

Otro me responde: Guardaos de creer que vos sois la sola realidad; por el contrario, no sois mas que un sueño, solo Dios existe, el absoluto solo existe, el infinito solo existe. Un dia que se durmió sin que se sepa por qué, tuvo un sueño, y vos fuisteis ese sueño; vuestro error consiste en quereros hacer realidad. He oido al panteismo indiano.

Espinosa me dice á su vez: No, vos no sois ni un sueño, ni la realidad total y absoluta. Dios existe; tiene dos atributos, el espíritu y la extension; manifiesta estos dos atributos por todos los fenómenos de la materia y del espíritu. Vos, espíritu y materia, vos sois una doble manifestacion de Dios. Es vuestra dignidad de ser una porcion de ese sér todopoderoso, de ese sér que es espíritu y materia, extenso y no extenso; por consiguiente no sois una idea, ni un sueño de Dios, sino una modificacion, una faz de Dios. Estais destinado desde el principio hasta el fin á representar la divinidad bajo cierta forma. Dios es una cristalizacion de la que vos sois una faceta.

Un cuarto individuo se apresura y me dice en tono festivo: Todas esas gentes son personas de talento; pero no poseen la verdad: la verdad es mucho mas sencilla, y héla aquí: No existe mas que materia, y aun, para revelaros el fondo de la ciencia, no existen mas que átomos: estos átomos se mueven en un espacio indeterminado. Tienen ciertos medios de encontrarse, ó, para servirme de la expresion en toda la desnudez, de atraerse uno á otro. Vos sois un conjunto feliz de átomos que despues de millones de azares se han entrelazado y aderezado una vez. Mientras esto dura, gozad de ello, pues bien puede apostarse á que una vez separados vuestros átomos, no volverán á encontrarse de la misma manera; y puesto que esta vez es única, tratad de que sea buena. Este es mi consejo, y soy Epicuro para serviros.

Aun no ha acabado de hablar Epicuro, cuando otro me dice: Nada de eso; todo es espíritu, la materia es una ilusion, nuestros sentidos

nos extravían y no nos presentan mas que fantasmas vanas; vivid del espíritu, porque espíritu es todo.

Otro se presenta : ¿Qué quereis? me dice; unos afirman una cosa, y otros otra; cada cual tiene sus razones, y bien considerado, todo es posible y hasta probable. Es probable que no haya mas que espíritus, y es probable que no haya mas que materia; es probable que vos seais Dios, y es probable que no seais mas que un sueño; es probable que haya mal, y es probable que no lo haya; es probable que lo haya todo, y es probable que no haya nada. Todo es posible; si me creeis no vayais mas lejos, pues esta es la última leccion de la sabiduría.

Dios sabe, Señores, que al exponeros estos sistemas no trato de disfrazarlos ni de ponerlos en ridículo, no; todo lo que acabais de oir está escrito, impreso, reimpreso, formando las obras maestras del espíritu humano abandonado á sí mismo, el resultado de los esfuerzos de los mas profundos pensadores por espacio de sesenta siglos. Dios los juzgará; pero al fin eran hombres á quienes hubierais honrado en su mayor parte, y cuyo gran infortunio era buscar solo en su razon la explicacion del prodigioso misterio de la vida. No, no nos riamos de la humanidad en los hombres mas eminentes que ha producido. Cuando se nos presenten á la vista esas creaciones del espíritu humano, tengamos compasion de nuestra debilidad; admiremos lo poco que podemos, y guardémonos de sonreir. Esta es una grande instruccion que Dios nos ha dado, y de la que debemos aprovecharnos, mas parar adquirir la desconfianza de nosotros mismos que para insultar á la miseria de nuestros semejantes. La enumeracion de todos esos sistemas me hubiera conducido naturalmente á otros mas recientes; pero he querido callar; no permita Dios que desde lo alto de este púlpito haga la menor alusion que pueda causar pesadumbre á un hombre vivo. He dicho bastantes cosas que deben instruiros, y no ataco á hombres á quienes la gracia de Dios puede ilustrar y hacer nuestros hermanos.

Por tristes que sean las oscuridades en que nos hallamos sumidos, no obstante, si las realidades de la vida no nos acosaran, si la vida fuera una reunion académica, si no tuviéramos que hacer mas que pensar y prestar oido á nuestros pensamientos, acaso el misterio seria soportable. Pero yo os conjuro á que me digais, ¿es la vida tan fácil y de tan poco peso, que podamos aceptar con tantos dolores la desesperacion de no explicárnoslos siquiera? ¡Qué! yo quiero conocer, y me hace traicion el conocimiento; quiero amar, y me

hace traicion el amor; quiero vivir, y me hace traicion la vida; vago entre la bendicion y la maldicion, no sabiendo si el Dios que me ha formado es un bueno ó un mal genio: veo á mis semejantes sufrir, y aun cuando yo mismo no sufriera, ¿puedo separarme de los males de la humanidad y separar mi causa de su causa? Predicador tranquilo, y recibiendo los honores de vuestra atencion, ¿no me asisten el derecho y el deber de evocar delante de vosotros la terrible realidad de la vida, para oponer á vuestra vana ciencia la ciencia demasiado cierta de nuestro infortunio? Al salir de aquí, Señores, subid á un sexto piso de esta ciudad; allí encontrareis la vida tal como es, y juzgaréis á los piés de esos lechos si podeis trasladar allí los sistemas de los sabios de este mundo. No, no es posible que no exista otro conocimiento que el conocimiento puramente humano; y puesto que vanamente he consultado á los sabios, me dirigiré á otra parte. ¿No hay aquí algun sacerdote anciano, con su frente ceñida de canas? Iré á él, y le diré: He visto á los sabios, he consultado su ciencia, vengo á oir la vuestra. Puesto que he escuchado al filósofo, bien puedo escuchar al sacerdote; el sacerdote es tambien una faz de la humanidad, es de carne y hueso, circula sangre por sus venas, es hijo de Adan como vosotros, y si por casualidad es todavía mas absurdo que el filósofo, tendrá al menos la ventaja y el mérito de una gran dificultad vencida.

Los sabios á quienes hemos consultado nos afirmaban que su sistema era el único comprensible, el único que mostraba á las claras la verdad. La doctrina católica, y esta es la primera advertencia que excita mi admiracion y mi amor, la doctrina católica no usa este lenguaje; por el contrario nos dice: Hombre, tú puedes conocerlo todo; pero no puedes comprender nada: tú puedes conocerlo todo, porque nosotros vemos las cosas; pero tú no puedes comprender nada, porque nosotros las vemos *en reflejo y en enigma* (1). Y cualquiera, dice la Escritura, que *quiera sondear la majestad de las obras divinas, será inevitablemente oprimido por la gloria* (2). Así, no creais que os traigo la comprension, no; os traigo el conocimiento y la incomprension.

¿Por qué no podeis comprender? Ante todo, porque Dios no quiere; él es el árbitro, nos ha formado, nos ha dado la parte de conocimiento que le plugo, y no quiere que nosotros le comprenda-

(1) S. Pabio, 1ª. epíst. á los Corintios, cap. 13, vers. 12. — (2) Proverbios, cap. 25, vers. 27.

mos, ni á él, ni sus obras. Quiere que esteis advertidos de vuestra pequeñez, que conozcais la miseria de vuestra existencia finita. Ha tendido entre él y vosotros un velo que solo rasgará la muerte, como la muerte de Cristo rasgó en el templo de Jerusalen el velo que ocultaba al Santo de los santos. Dios no quiere que comprendais, porque quiere que merezcais; vosotros no sois solo soldados inertes á quienes se ha preparado una victoria de teatro, y que no necesitan mas que presentarse con armas brillantes en medio de una multitud que los aplaude; vosotros habeis sido colocados como soldados reales en medio de dificultades espantosas, en medio de abismos cuya vista debe haceros temblar los piés y la cabeza: tal es vuestra situacion, porque sois grandes. Yo os pregunto, ¿cuál seria vuestra grandeza si todo lo hubierais visto y conocido y penetrado? ¿Qué tendríais que hacer aquí bajo sino levantaros por la mañana, acostaros por la noche, cortar vestidos, hacer calzado y dar la guardia en el palacio de los reyes con un uniforme vistoso? Forzoso era para vuestra gloria que hubiese una lucha espiritual; convenia que mereciese la luz combatiendo en la oscuridad. Tal ha sido el plan de Dios: el orgullo os le oculta, y la humildad os le revela; y sin duda el primer conocimiento que os deberia dar la doctrina católica es el de vosotros mismos, el *conócete á ti mismo*, como se habia esculpido en el fróntis de un templo antiguo.

Además no podeis comprender, porque vuestra naturaleza finita no os lo consiente; y aun cuando vierais á Dios cara á cara, todavía no le comprenderíais plenamente, porque Dios es infinito y vosotros sois finitos, y es matemáticamente absurdo que lo finito abarque lo infinito. Solo Dios tiene la comprension infinita. Indudablemente, si viéramos á Dios cara á cara, nos serian conocidos muchos misterios; pero aun quedarian oscuridades cuya naturaleza no podríamos determinar, pues es evidente que nunca lo finito comprenderá lo infinito como lo infinito se comprende á sí mismo.

Este es el primer descanso que nos causa la doctrina católica; dándonos la medida de nuestras fuerzas nos enseña á no buscar lo que no podemos obtener, é infunde una gran claridad dentro de nosotros mismos sobre nosotros mismos. Pero ¿se reduce á esto? No, sin duda. Vosotros disputais sobre las cuestiones mas fundamentales, y ni aun siquiera teneis tiempo de discutirlas; tanto os estrechan las necesidades de la vida. ¿Cuál es, pues, vuestra mayor necesidad? Es la de que no haya mas cuestiones. El mayor beneficio de Dios, respecto del hombre, es seguramente el de hacer

que no haya mas cuestiones; porque cuando no haya mas cuestiones, no habrá mas oscuridad, atendido á que la cuestion es la que engendra la oscuridad. Pues bien, ¿qué ha hecho Dios? Dios ha respondido clara y manifiestamente á todas vuestras cuestiones; os ha presentado de un solo golpe de vista, en una sola página, lo que todos vuestros libros no os habian enseñado. Vosotros preguntais, ¿qué es la materia? Dios os ha respondido: Es una sustancia desnuda de inteligencia y de libertad. Vosotros preguntais, ¿qué es el espíritu? Dios os ha respondido: Es una sustancia dotada de inteligencia y de libertad. Vosotros preguntais, ¿son la materia y el espíritu cosas creadas ó increadas? Dios os ha respondido: Son creadas. Vosotros preguntais, ¿forman el cuerpo y el alma un solo conjunto? Dios os ha respondido: Vosotros sois de una doble naturaleza, á la vez cuerpo y alma, unidos por una relacion de distincion en la sustancia, y de unidad en la persona. Vosotros preguntais, ¿quién nos ha hecho? Dios ha respondido: Yo. Vosotros preguntais, ¿por qué? Dios ha respondido: Porque os he amado desde la eternidad. Vosotros preguntais, ¿y por qué no mas pronto? Dios ha respondido: Porque no hay mas pronto ni mas tarde para lo que es eterno. Vosotros preguntais, ¿quién ha hecho el mal? Dios os ha respondido: Vosotros le habeis hecho, vosotros y las demás criaturas libres; vosotros sois libres, porque vosotros sois espíritus, y los espíritus son séres dotados de inteligencia y de libertad, y convenia que vosotros merecieseis vuestra ventura. Vosotros preguntais, ¿cuál es nuestro destino? Dios ha respondido: Vivir eternamente. Vosotros preguntais, ¿cuál es nuestro deber? Dios ha respondido: Servirme, observar mis mandamientos, que son, aun en la tierra, el orígen de vuestra vida y felicidad.

Sentado esto, Señores, yo os pregunto, ¿no están resueltas todas las cuestiones fundamentales que os agitan? ¿Queda una sola cuestion entre Dios y vosotros? Sin duda no teneis una demostracion metafísica de su solucion, convengo en ello; pero teneis otra cosa mejor que esto, y voy á probarlo. Seguramente nada hay mejor demostrado que las matemáticas: santo Tomás establece en alguna parte que el mas alto grado de claridad que Dios ha dado á las verdades de deduccion, es la claridad matemática. Pues bien, ¿quién está iluminado por la claridad matemática? ¿Cuántos hombres hay sobre la tierra que sepan las demostraciones matemáticas, exceptuando los primeros elementos? ¿Y qué vendria á ser la humanidad, si para vivir estuviera obligada á entender, no digo el cálculo inte-

gral y diferencial, sino solo los ocho libros de geometría de Legendre? Evidentemente pereceria antes de conseguirlo. ¡ Y vosotros creeis que Dios hubiera salvado, convertido y gobernado el mundo enviándole en vez del Evangelio ocho libros de geometría católica !

Hay, pues, claridad en la doctrina católica, una inmensa claridad, porque responde con la autoridad soberana de Dios á todas las cuestiones, las resuelve, las define y hasta les quita su cualidad de cuestiones, atendido á que nada hay que investigar donde existe una respuesta soberana y absoluta. Ya no tenemos ni aun que raciocinar, y este es un grande beneficio, porque nosotros no estamos aquí para raciocinar sino para obrar, para edificar en el tiempo una obra eterna.

Diréis acaso : Este conocimiento de la verdad por soluciones ya hechas no es mas que un conocimiento nominal, que en último resultado nos revela proposiciones ; y esto es todo sin duda. Señores, la doctrina católica no os da la comprension ; pero os da un conocimiento real de los séres y de sus relaciones en la palabra de Dios, porque la palabra de Dios es un espejo inteligible. Cuando Dios nos dice, por ejemplo, que él ha creado el mundo, ciertamente yo no me represento el acto creador, no me represento cómo hizo que existiera por un simple acto de voluntad ; pero entiendo perfectamente lo que Dios quiere decir ; veo muy bien que Dios para hacer el mundo no se sirvió, como lo hacemos nosotros, de una materia preexistente ; yo no comprendo su acto, pero entiendo lo que es. Este conocimiento, aunque incompleto, es un conocimiento efectivo, que me revela en pocas palabras todo lo que me importa saber, sin que tenga necesidad de estudiarlo. La verdad está grabada en un indeleble bronce, donde todo el mundo puede leer su orígen, sus deberes, sus derechos, sus intereses, sus destinos. El pobre al pasar con su carga delante de un Crucifijo, ve por qué van cargados sus hombros ; el niño aprende sin trabajo la mas profunda metafísica al deletrear el alfabeto, crece recitando los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, el símbolo de los Apóstoles y el Padre nuestro *que estás en los cielos* ; y lo sabe todo antes de haber sospechado qué cosa es saber ; lo sabe todo sin discusion, sin geometría y hasta sin la oscuridad inevitable de toda demostracion ; lo sabe todo por la palabra inteligible de Dios aceptada con sencillez. Vendrá un tiempo en que esa luz se cambiará en otra luz, en otra naturaleza de vision ; pero aun entonces nada aprenderemos de nuevo sobre la materia, sobre el espíritu, Dios, el hombre, la creacion y nuestro destino

final. Nosotros veremos de otra manera lo que ya vemos; veremos en la esencia divina lo que habíamos visto en su palabra.

En cuanto á la profundidad del conocimiento católico y su extension, no son mas que consecuencias sobre las que voy á pasar rápidamente. Con efecto, por la doctrina católica nos remontamos á la causa primera de nuestro sér : ella nos dice cuáles son las relaciones que nos unen á Dios, y lo que constituye el misterio fundamental de la vida ; nos revela la causa de las causas, la ley de las leyes, la sustancia de las sustancias, la razon final y suprema de todos los fenómenos. Desde que nos ha dicho estas palabras : Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, hay una Trinidad de personas y unidad de sustancia ; todo fenómeno, toda causa, toda ley, toda sustancia ha sido manifestada en su orígen.

Bajo el aspecto de la extension, nos abre la doctrina católica sobre el universo un horizonte que lo abarca hasta sus límites postreros. Ella nos enseña que los séres forman una escala graduada desde el átomo hasta Dios; que existen jerarquías invisibles de espíritus ligadas entre sí y con nosotros por relaciones profundas, de donde resulta la unidad del mundo, un solo y sublime movimiento, que hace que las cosas que parten de Dios, se encaminen á Dios en una órbita misteriosa, de la cual el hombre, espíritu y materia, ocupa el punto central.

Y de este modo llegamos por la doctrina católica á una triple paz, paz de la claridad, paz de la profundidad, paz de la extension en el conocimiento. Entre nosotros y vosotros, Señores, hay la diferencia que existe entre las turbaciones y la paz. Vosotros buscais, y para nosotros esa cuestion no existe; dudais, y para nosotros ni aun siquiera hay movimiento, sino mirada fija; vosotros edificais y destruís alternativamente, para nosotros todo acto edifica ; hasta el tiempo se escapa á vuestra accion vacilante, á nosotros la eternidad nos sigue y nunca nos abandona. Eso consiste en que la doctrina católica subsiste, mas ó menos desarrollada, desde el principio del mundo, aunque siempre combatida ; y el mundo se sostiene sobre su base, porque la doctrina católica ha sido resucitada en Jesucristo, en los misterios de su vida y de su muerte. Ella mantiene en algunas palabras el conocimiento de las causas, de las leyes, de las sustancias, de todas las verdaderas relaciones de los séres, que el esfuerzo humano propende á desconocer y á trastornar de continuo. Ved, pues, Señores, comparando estas dos situaciones, qué partido quereis tomar una vez en vuestra vida. Por una parte existen sistemas sin

consistencia, que se chocan y se destruyen, cuya enunciacion aun no habéis podido oir sin irónica sorpresa; por la otra parte existe la doctrina católica, doctrina sencilla, natural, en que todo está definido y todo sentado sobre sólida base. Entrad en el seno de la Iglesia; pasad desde el campo de las turbaciones al campo de la paz; desde el campo de la oscuridad al campo de la luz; desde el campo de la estrechez al campo de la extension, de la anchura y de la profundidad, á fin de que al encontraros un dia en lugares mas íntimos que estos, pueda deciros lo que S. Pablo decia á los primeros cristianos: *En otro tiempo fuísteis tinieblas, ahora sois luz en el Señor* (1).

(1) Epíst. á los Efesios, cap. 5, vers. 8.

SERMON VIGÉSIMO.

De la razon católica y de la razon humana en sus relaciones.

Pasamos, el domingo último, de la cuestion de la certidumbre católica á la cuestion del conocimiento católico; y comparando en conjunto el conocimiento humano con el conocimiento católico, demostramos que el conocimiento humano carecia de extension, de profundidad y de claridad: de extension, porque no ve mas que un corto número de séres; de profundidad, porque no penetra mas que en la superficie de las causas, de las leyes y de las sustancias de donde se derivan los fenómenos; de claridad, porque al lado mismo de las cosas que conoce, se halla siempre asentado entre abismos que no puede sondear; mientras que el conocimiento católico es claro, porque Dios ha decidido todas las cuestiones que embarazan al espíritu humano, y las ha decidido por su palabra soberana é infalible; es extenso, porque Dios nos ha abierto el mundo de parte á parte, nos ha mostrado el polo oriental y el polo occidental, y medido el diámetro; es profundo, porque nos ha hecho conocer las causas primeras, las leyes primeras, la sustancia primera.

Y ahora, es evidente que existen en la humanidad dos razones: la razon humana, y la razon católica. Siendo la razon un conjunto de verdades que ilustran el entendimiento, se identifican con el hombre y llegan á ser el principio de sus actos, existe un conjunto de verdades humanas y un conjunto de verdades católicas, y ambos se identifican con el hombre, ilustran y perfeccionan su entendimento, y son el principio de sus actos; por consiguiente existe una razon humana y una razon católica, un doble foco de actividad y de vida, tan diferente uno de otro, que un acto cuerdo bajo el punto de vista de la razon católica, puede ser insensato bajo el punto de vista de la razon humana, y vice versa. De aquí surgen muchas cuestiones, que se reducen á una sola: ¿Qué relacion existe entre la razon humana, y la razon católica? ¿Qué son estos dos faros encendidos en

medio de la humanidad? ¿Están en contradiccion ó en armonía? ¿Están separados ó unidos? ¿Se corresponden ó no se corresponden? Se hallan á la entrada del puerto de la humanidad como dos antorchas paralelas que se ayudan entre sí, ó bien se hallan perdidos en el espacio que los separa y no les permite ni aun siquiera verse? ¿Hay igualdad entre estas dos razones ó jerarquías? ¿Hay paz ó guerra? y si hay guerra, ¿cuál es la táctica general?

Toda razon, ya sea humana, ya sea católica, se compone de primeros principios y de consecuencias. Los principios son verdades ciertas indemostrables, y que sirven para demostrar lo restante. Son verdades ciertas, porque si no fueran verdades ciertas no serian principios: son indemostrables, porque si se pudieran demostrar no serian principios primeros; sirven para demostrar todo lo restante, porque si nada produjeran, si no demostraran nada, no serian principios. Así la verdad es para nosotros como un gérmen que se halla sembrado en nuestro entendimiento, y que allí crece, se desarrolla, y produce flores y frutos. En Dios, como dice Pascal, la luz es un círculo cuya circunferencia no se halla en ninguna parte, y cuyo centro se halla en todas; pero en cuanto á nosotros, nos hacia falta un punto de apoyo, necesitábamos algo de fatal que nos sirviese de principios, de punto de partida, de principio luminoso.

Por ejemplo, el ente existe: hé aquí un primer principio de la razon humana. Una cosa no puede existir y no existir á la vez bajo el mismo aspecto; hé aquí otro principio de la razon humana. Dios es uno en tres personas: hé aquí un primer principio de la razon católica. Así como el primer principio de la razon humana es verdadero y no se demuestra, este otro primer principio: Dios es uno en tres personas, es verdadero y no se demuestra. El uno comienza, y el otro comienza tambien; con la diferencia que la certidumbre de los principios de la razon humana, y la certidumbre de los principios de la razon católica, no son de la misma naturaleza.

Ahora bien, estos primeros principios de la razon humana y de la razon católica ¿están en contradiccion ó en armonía? No pueden estar en contradiccion; porque ¿qué son en suma? Verdades. La verdad es lo que existe: lo que existe no puede contradecir á lo que existe. Ademas, la verdad considerada en su orígen es Dios mismo, y aunque su luz, una é inmutable, se comunica á nosotros por dos conductos, al separarse no puede perder su unidad, pues de otro

modo Dios mismo no seria uno. Hay, pues, armonía entre la razon humana y la razon católica; y cuando nos pedís que nuestros principios católicos no contradigan vuestros principios humanos, teneis razon, estais en vuestro derecho, y nosotros estamos en el nuestro, demostrándoos, como lo haremos, que realmente no se contradicen.

Pero de que la razon humana y la razon católica no estén en contradiccion, ¿se deduce necesariamente que estén en comunion, que se penetren, y se presten mutuo auxilio? Sí, necesariamente. Entre la razon humana y la razon católica existe una triple comunion; comunion de inteligibilidad, de analogía, y de confirmacion recíproca.

Comunion de inteligibilidad; porque si la razon humana no entendiera á la razon católica, y la razon católica no entendiera á la razon humana, no solamente habria en el espíritu humano dos especies de verdades procedentes de dos manantiales distintos, sino que habria dos entendimientos en el hombre, y dos entendimientos totalmente extraños uno á otro; lo cual no se concibe en un sér único. El entendimiento humano es uno, aunque iluminado por dos luces que forman en él una doble razon. Y de hecho, cuando la palabra divina me dice: Dios es uno en tres personas; ¿no veis que si yo no tuviera anteriormente las ideas de Dios, de unidad, de triplicidad, de personalidad, ni aun siquiera entenderia la palabra de Dios? Y puesto que la entiendo, es evidente que todas las palabras de esta proposicion: Dios es uno en tres personas, pertenecen á un orígen comun de inteligibilidad, el mismo para la razon humana que para la razon católica; ó mas claro, que la razon humana da á la razon católica el sentido de cada una de esas palabras aisladas, mientras que la razon católica da á la razon humana el lazo que las une, formando una proposicion nueva, de modo que la razon humana y la razon católica, unidas y fundidas en conjunto, se hallan enteras una y otra en esta enunciacion: Dios es uno en tres personas.

Comunion de analogía; porque, yo os pregunto, ¿qué nos ha revelado la naturaleza? ¿De quién es ella espejo, de quién nos representa la existencia y los atributos? De Dios; S. Pablo es quien nos lo enseña: *Las cosas invisibles de Dios han sido hechas inteligibles por la creacion* (1). ¿Y qué es lo que tambien se nos ha revelado por la palabra de Dios? Dios mismo, de una manera sin

(1) Epíst. á los Romanos, cap. 1, vers. 20.

duda mas íntima, mas completa, pero siempre Dios. Ahora bien, manifestándonos una misma cosa esta representacion primera de Dios, y esta representacion segunda de Dios, es imposible que no exista entre ellas analogía, es decir, que yo no encuentre en la naturaleza una sombra de lo que encuentro en la palabra de Dios, y que yo no encuentre en la palabra de Dios una luz que resalte sobre la misma naturaleza; de modo que son dos focos de luz, que se comunican mutuamente sus rayos para producir esa luz total y magnífica que llamamos teología.

En fin, comunion de confirmacion recíproca entre la razon humana y la razon católica; porque, Señores, dónde está nuestra prueba de que Dios ha hablado á los hombres, sino en nosotros mismos, en la naturaleza y en sus obras visibles? ¿Dónde nos inspiramos nosotros para confundiros, sino en vosotros mismos, en vuestra razon propia? ¿A qué tribunal os citamos, cuando os acusamos de desconocer la verdad? ¿No os tomamos por jueces á vosotros mismos? Yo no tengo guardia pretoriana para imponeros la verdad por la fuerza; preciso es que os persuada. ¿Y cómo he de persuadiros si no me dirijo á algo que se halle en vosotros, que conspire contra vosotros mismos, si mis medios de ataque no están en vuestro entendimiento, si mis pretorianos no están en vuestra propia alma y no se vuelven contra vosotros? ¿Qué hago? ¿Qué debo hacer? ¿Qué he hecho? A imitacion de Temístocles, he venido á sentarme en vuestro hogar mas íntimo, á mezclarme en vuestras impresiones, en vuestras esperanzas, en vuestro amor, en vuestros odios, en vuestros deseos, en todo lo que sois, y por consiguiente en vuestra razon humana, que es el pedestal necesario donde erigiré en seguida esta estatua de la verdad, á que llamo yo la razon católica. Nosotros no nos ocultamos, ni tenemos interés alguno en hacerlo. ¿Por ventura Aquíles, inmóbil sobre un pedazo de mármol, tiene interés en romperlo? ¡La razon! nosotros somos sus primeros é inmortales defensores. Yo en este mismo instante protejo vuestra razon contra ella misma, y trazándole límites, os impido oscurecerla y mancillarla. ¡Ah! no solo ha sido confiada á la Iglesia la razon católica, sino tambien la razon humana, y donde quiera que la razon católica desfallece, la razon humana tambien se debilita. Así, no triunfeis demasiado pronto de las confesiones que os hago; no creais que nada os damos en cambio del apoyo que nos prestais. Si vuestra razon humana confirma mi razon católica, tambien vuestra razon necesita ser confirmada por la mia. Porque

¿cuál es vuestra llaga, esa llaga de la razon humana que os corroe, ese suspiro de vuestra alma que escucho apenas se acerca á mi oido?..... ¡Ah! vosotros sabeis el nombre, es el suspiro y la pesadumbre de todos, es la duda.

Os conjuro á todos á que me digais por qué venís á este sitio: ¿qué pasa aquí que os conmueve y os obliga á venir á escucharme? ¡Ay de mí! en vuestro orgullo, que es desmesurado, aunque legítimo por muchos títulos, en ese orgullo sin fondo ni riberas náda el escepticismo como un bajel sin piloto en la inmensidad del Océano. ¡Cuán grande y magnífica es vuestra nave! Tiene tres puentes, está armada con cincelados y poderosos cañones, habeis inventado la pólvora para hacer sentir á lo lejos su efecto y atraeros todas las riberas; pero ¡infortunados! solo el silencio os responde: el faro de vuestra razon no se os aparece nunca, y la tierra huye de vosotros como huia de Colon. ¿Y por qué? Ya os lo dije el otro dia; porque no teneis extension en vuestra razon para medir el abismo de la vida, ni profundidad para sondearlo, ni claridad suficiente para iluminarlo. ¿Qué quéreis encontrar mas que la duda? Pues bien, esa duda os la quitamos nosotros. La razon católica se apodera de vuestra razon trémula, la tranquiliza, la afirma, le abre el horizonte, se coloca delante de ella como una pirámide vuelta hácia el Oriente; y vosotros, árabes de la verdad, que vais por vuestro camino, vencidos por el solo aspecto de aquella masa, aun luchais á pesar de todo, y ensayais contra la inmutabilidad el poder del movimiento; la pirámide os contempla, permanece muda, y su silencio es todavía mas poderoso que seis mil años de vuestra palabra.

Entre nosotros pues, Señores, el apoyo es mutuo; nosotros nos apoyamos sobre vosotros para confirmar nuestra razon, y mientras que vosotros no os apoyais en nosotros para confirmar la vuestra, no teneis camino para salir de la duda.

Pero á pesar de esas relaciones de inteligibilidad, de analogía, de confirmacion recíproca, no olvidemos que las dos razones continúan siendo realmente distintas, pues de todos los principios humanos nunca deduciréis este primer principio católico: Dios es uno en tres personas. Ahora bien, donde falta la filiacion entra necesariamente la distincion. No siendo la razon católica una consecuencia de la razon humana, pertenece á un órden distinto; posee verdaderos principios, empieza en sí misma, ó mas bien empieza en Dios, sin ningun intermediario entre él y ella; y por consiguiente la re-

lacion de comunion no destruye la relacion de distincion entre la razon humana y la razon católica.

Aquí supongo que os asalta una duda, y que me interrumpís preguntando: Puesto que la comunion es necesaria entre las dos razones, ¿por qué son dos? ¿De qué sirve la dualidad allí donde se quiere tener la unidad? ¡Qué extravagancia que Dios, queriendo iluminarnos, no haya encendido un solo fanal en vez de encender dos, y que haya querido que esta luz total fuese resultado de una luz doble! ¿Y por qué? Podria deciros sencillamente que no sé absolutamente nada: podria recordaros que sois cuerpo y alma, y de consiguiente unidad; que Dios ha constituido vuestra propia esencia en medio de una dualidad perfectamente distinta, que conduce á una unidad real de la persona humana; que la humanidad se compone de dos sociedades, la sociedad temporal y la sociedad espiritual; y que así como el cuerpo y el alma conducen á la unidad de vuestra persona, la sociedad espiritual y la sociedad temporal á la unidad del género humano, así no es sorprendente que haya tambien en vosotros dos razones, una razon humana y una razon divina, perfectamente unidas, aunque diversas en un todo; y si aspirais á averiguar la causa, os la diré en cuanto es posible conocerla. Consiste en que sois el límite de dos mundos, el punto de union de la naturaleza baja con la naturaleza alta, del mundo de los cuerpos y del mundo de los espíritus; de donde resulta necesariamente en vosotros el juego singular de una doble vida, materia y alma en conjunto, sociedad temporal y sociedad espiritual, luz natural y luz sobrenatural. Esta es, Señores, la dificultad de nuestra posicion, como tambien es su dignidad, y está dificultad es grande: toda la historia humana, toda la historia del entendimiento, toda la historia de la sociedad toma sus giros y revueltas en esa inmensa dificultad de la dualidad en la unidad, y de la unidad en la dualidad. Nosotros tentaremos mil vias para salir de aquí, para separar el alma del cuerpo, ó el cuerpo del alma; la sociedad temporal de la sociedad espiritual, ó la sociedad espiritual de la sociedad temporal; la luz natural de la luz sobrenatural, ó la luz sobrenatural de la luz natural: la esencia de las cosas se resistirá siempre á estos esfuerzos desesperados. El primer principio de la sabiduría es aceptar lo que existe: lo que existe es la dualidad en la unidad: y el deber de los verdaderos filósofos y de los verdaderos hombres de Estado es respetar y constituir la dualidad, respetando y constituyendo la unidad al propio tiempo. Atacar la unidad es destruirlo todo; atacar

la dualidad es oprimirlo todo. Siempre protestará el género humano contra este doble ataque, porque no puede querer la opresion ni la anarquía: la verdad está en medio.

Ahora, Señores, que hemos corroborado la relacion de armonía y de comunion entre la razon humana y la razon católica, busquemos si existe entre ellas una relacion de subordinacion. Ya hemos dicho que de la razon humana no se deduce la razon católica, ni vice versa. No hay, pues, que buscar entre ellas una relacion de filiacion, ni por consiguiente la subordinacion que de esta relacion nace.

¿Están ligadas, al menos, por una subordinacion de antigüedad? ¿Precede la razon humana á la razon católica, ó precede la razon católica á la razon humana? Ni lo uno ni lo otro. Cualesquiera que sean los sistemas sobre el orígen de los primeros principios humanos, sistemas que no investigo ahora, existe siempre sobre este punto un hecho irrefragable, y es que la razon humana no ha descendido á aquel á quien no se ha hablado: es que el sordo-mudo, nacido en medio de vuestras ciudades, de vuestros espectáculos y del espectáculo del cielo, no posee verdades generales ni principios metafísicos hasta el dia en que la palabra humana viene á comunicárselos. Y como la palabra humana en el momento en que vibra en el oido del hombre, le habla á la vez el lenguaje humano y el lenguaje divino, el nacimiento de la razon humana y de la razon divina se confunden. Les da sér la misma cuna, y la misma palabra los llama; palabra á la vez terrenal y celeste, humana y sobrehumana, y que encierra indisolublemente unido todo el poder que hay en la una y en la otra razon. Por eso la primera palabra ha sido dada por Dios á la madre, que nunca ha blasfemado de Dios. Si se hubiera confiado nuestra cuna á los hombres, acaso en la animosidad de sus pasiones hubieran podido robarnos á Dios y esforzarse en oscurecer nuestra razon divina; pero nuestra cuna ha sido puesta bajo la custodia de nuestras madres, y hasta ahora, aun en los cultos falsos, los niños han aprendido á nombrar á Dios al mismo tiempo que al hombre; han aprendido á nombrar al padre que está en los cielos al mismo tiempo que al padre que está sobre la tierra. Yo os doy gracias, madres cristianas, en nombre de vuestros hijos que se hallan aquí presentes, y en nombre de la humanidad entera.

Bajo el aspecto de la antigüedad no está, pues, subordinada la razon humana á la razon católica, ni la razon católica á la razon

humana; son dos hermanas nacidas en el mismo dia. Sin embargo, Señores, por lo mismo que la razon católica lleva al hombre mas lejos en extension, en profundidad y en claridad, por lo mismo que aumenta el capital intelectual del género humano, es evidente que lleva mucha ventaja á la razon humana. La razon católica abarca la razon humana, mientras que la razon humana no abarca la razon católica; la razon católica es la razon humana, con mas alguna cosa, y como lo mas lleva ventaja á lo menos, como la adicion supera á la sustraccion, hasta en virtud de las leyes de la aritmética, es claro que la razon humana está subordinada á la razon católica.

Relacion de armonía, de comunion en la distincion, de subordinacion jerárquica, ved aquí, Señores, todas las relaciones que unen la razon humana con la razon católica. Y sin embargo, existe la guerra entre estos dos poderes, una triple guerra; guerra social, guerra científica, guerra racional.

Guerra social: es decir que la razon humana por medio de la violencia, de la astucia y de la falsa legalidad se esfuerza en proscribir la razon católica y en poner trabas á su desarrollo.

Guerra científica: es decir, que los sabios, que deberian mostrarnos en todo la idea divina, nos la ocultan de continuo, y prefieren mentir á la misma verdad científica antes que prestar algun apoyo en el espíritu humano á la verdad divina.

No debo ocuparme de estas dos especies de guerra; voy á hablaros solo de la guerra racional, porque es relativa á las relaciones de la razon humana y de la razon católica, relaciones que estudiamos ahora. Esta guerra es la mas universal de las tres, porque hay pocos sabios y pocos hombres públicos, mientras que todo hombre posee los elementos de la razon; y por consiguiente la guerra racional de la razon humana contra la razon católica es la guerra de todos contra todos. Nosotros decimos: Existe una relacion de armonía ó de no contradiccion entre la razon humana y la razon catolica; á eso se nos responde que hay separacion. Nosotros decimos: Hay subordinacion jerárquica entre estos dos poderes, y la razon católica ocupa el primer puesto; á eso se nos responde que la razon católica es la que está subordinada á la razon humana. Ved aquí toda la guerra.

Se dice que existe contradiccion entre la razon humana y la razon católica: ¿y cómo? Porque, segun nuestra propia confesion, son nuestros dogmas incomprensibles. Es verdad, nosotros lo con-

cedemos, y no solo lo concedemos, sino que queremos que sea así. Ahora bien, ¿es contradictorio á la razon humana admitir dogmas incomprensibles? Yo sostengo lo contrario. ¿Qué es comprender? Es conocer una cosa con tal grado de perfeccion, que no se pueda suscitar una cuestion sobre ella. Desde el momento en que decís: ¿por qué? es prueba de que no habeis comprendido. Vosotros podeis conocer; yo no digo que no conozcais; pero no comprendeis, puesto que haceis una pregunta. Si comprendierais, no tendríais que hacer pregunta alguna. Ahora bien, yo os pregunto: cuál es el libro, cuál el sistema, cuál la idea, cuál la verdad respecto de las cuales no haya que preguntar: ¿por qué? Ved aquí un grano de trigo: la ciencia ha analizado este grano de trigo; sabe todo lo que contiene, y sin embargo yo diria de este grano de trigo lo que decia La Bruyère á propósito de una gota de agua: ¡Oh príncipes de este mundo, vosotros teneis ejércitos y arsenales, millares de hombres obedecen á un soplo de vuestros labios; nosotros, hombres sencillos, surcamos trabajosamente la tierra, y tenemos necesidad de agua para hacer fructificar nuestros sudores! ¡Oh príncipes, potentados, majestades, haced una gota de agua! Y yo digo: Nosotros hombres sencillos, que surcamos trabajosamente la tierra, y que tenemos en contra nuestra el granizo, el sol, la lluvia, los vientos, necesitamos de trigo. ¡Oh príncipes de la ciencia, potentados de la análisis, majestades de las academias, haced un grano de trigo! No podeis: ¿y por qué? Vosotros habeis descompuesto ese grano de trigo, sabeis todo lo que contiene, sí, todo, excepto lo que constituye un gérmen, excepto la fuerza, porque no se ve una fuerza sino por sus efectos, á excepcion de la fuerza que forma el gérmen.

Una cosa digna de atencion es la sencillez de la lógica humana, que establece como una regla fundamental del arte de raciocinar, que el progreso indefinido no es admisible, es decir, que no se puede preguntar siempre: ¿por qué? Y sin duda tiene razon; pues aun cuando sea un deseo invencible del espíritu humano conocer y avanzar siempre en el conocimiento, llega un punto en que es insensato repetir de nuevo: ¿por qué? un punto en que esa lógica nos detiene, y en que estamos obligados á exclamar como aquellos viajeros llegados á las extremidades del mundo: *Sistimus hìc tandem nobis ubi defuit orbis*. Comprended, pues, que no es contradictorio á la razon humana admitir cosas incomprensibles, y que por el contrario nada admite que no sea incomprensible.

Aun se va mas lejos, y se dice: La razon católica admite mas que

lo incomprensible, pues admite lo ininteligible. ¿Qué se pretende con esto? ¿acaso que no se entienden las proposiciones que constituyen los primeros principios de la razon católica? Pero es imposible que haya nada ininteligible para el hombre cuando se designa una cosa. Cuando yo digo: Dios es uno en tres personas; esta proposicion, verdadera ó falsa, es inteligible á mi oido interior. Cuando digo: Dios es cruel; emito una proposicion falsa, pero no ininteligible; y tanto no es ininteligible, que yo la rechazaria por una razon muy sencilla: yo opondria la idea de crueldad á la idea de Dios, y demostraria que estas dos ideas se excluyen mutuamente. Ahora bien, todo está designado en la religion católica, luego todo es inteligible.

Fuerza es que nuestros adversarios abandonen estas dos posiciones de la incomprensibilidad y de la ininteligibilidad, y que tomando nuestros dogmas separadamente, prueben de cada uno en particular que es contradictorio á la razon humana. Así lo hacen; pero ¿salen airosos? De seguro, si hay un dogma atacable al parecer bajo este aspecto, es el dogma de la Santísima Trinidad, de Dios trino y uno; porque ¿cómo se hallan reunidas la unidad y la triplicidad en un solo sér para componer su esencia? Detengámonos un poco. Extiendo mi mano en el espacio: ¿qué es el espacio? El espacio es una unidad de extension constituida por tres dimensiones realmente distintas entre sí, la longitud, la latitud y la profundidad. ¡Ved aquí, pues, definido el espacio de un modo análogo á la definicion misma de Dios, y que nosotros no podemos concebir de otra manera que por la reunion de las ideas de unidad y de triplicidad. Y nosotros no conocemos un sér que no se halle constituido por la unidad, que es su centro vital, y por la multiplicidad, que es su movimiento de va y viene, de modo que atacar la nocion de la Trinidad, es atacar la nocion misma de la vida en su esencia. ¿No estoy yo vivo? ¿No conoceis que hay unidad en mí como en vosotros? ¿No conoceis al mismo tiempo la multiplicidad, los nervios, las venas, la mano que palpita y que anhela asir? Quitad la multiplicidad, quitaréis el movimiento y no hay mas vida; quitad la unidad, quitais el resorte de donde procede el movimiento, y la vida se desvanece igualmente.

Ved aquí á pesar de eso vuestras objeciones, lo que oponeis hace diez y ocho siglos á la verdad, y todas, sabedlo, todas se resuelven con esa deplorable facilidad. La llamo deplorable, porque es vergonzoso para el espíritu humano atacar á Dios de ese modo, y resistir á Jesucristo, á su Evangelio y á su Iglesia con tamañas imbecilidades. Bien conoceis, Señores, que no trato de pasar revista á

todos nuestros dogmas : solo he querido demostraros cómo se hace la guerra entre la razon humana y la razon católica bajo este primer punto de vista. Paso á la separacion que se dice existe entre las dos razones.

Aquí la táctica es mas hábil : ved cómo se entiende la separacion de la razon humana y de la razon católica: voy á facilitaros la fórmula. En el último siglo escribia un sabio una historia de la formacion del globo ; el sol, decia, despidió un dia, no sé por qué fuerza, una porcion de su materia qué fué asida por otras fuerzas. Al enfriarse esta materia ígnea, se convirtió en la tierra. Es verdad que Moisés refiere de otro modo la formacion del globo: nosotros no atacaremos su relato. La revelacion es sagrada, pero la ciencia tiene su dominio separado ; son dos luces que deben respetarse circunscribiéndose á sus límites cada una de ellas.

Un médico decia : Estudiamos la anatomía del cuerpo humano ; examinamos cómo procede la vida, el punto central donde comienza, y de donde se esparce ; no hemos encontrado el sitio del alma, ni hemos reconocido su necesidad. La religion afirma su existencia, y esto basta ; ella es de un órden sagrado ; lo que nosotros decimos es de un órden profano ; no se puede dañar á lo que está colocado á tanta altura.

Así se procedia, no diré con hipocresía, sino con habilidad á la separacion de la razon humana y de la razon católica. ¿ Y cuál era el objeto final de esta táctica tan respetuosa ? Federico II, rey de Prusia, lo confiaba un dia á sus amigos con felicidad de expresion : « ¿ Sabeis lo que conviene hacer para acabar con la Iglesia católica ? Conviene hacer de ella un buho...» Ya conoceis, Señores, esa ave solitaria y triste que se mantiene en un rincon con aspecto ceñudo.

Hé aquí el secreto : aislarnos de todo, de la política, de la moral, del sentimiento, de la ciencia ; suspendernos entre el cielo y la tierra, sin ninguna especie de punto de apoyo, para decirnos con una rodilla en tierra : Vosotros teneis un Dios ; ¿ qué falta os hace lo demas ?

Nosotros no aceptamos situacion semejante ; nos adherimos á todo, porque emanamos de Dios, que está en todo ; nada nos es extraño, porque Dios no es extraño en ninguna parte. Oid al Evangelio apoyándose en el corazon del hombre : *De tal manera amó Dios al mundo, que dió por él su Hijo unigénito* (1). Y oid á Bos-

(1) S. Juan, cap. 3, vers. 16.

suet cómo os facilita el comentario: Ahora que se me oponga todo lo que se quiera.... (yo cito de esta memoria, que los grandes hombres crean siempre en el espíritu, aun cuando el bronce de su palabra no se grabe allí). Cuando me objetarais que es imposible que un Dios se haya hecho hombre, porque vosotros no sois nada y Dios lo es todo, yo exclamaria: ¡ Amó Dios tanto al mundo! Si me decís que es absurdo que Dios haya sido crucificado, yo os diré: ¡ Amó Dios tanto al mundo! Y en efecto, si nosotros simples mortales podemos dar nuestra vida por aquello que amamos, cómo Dios, que es el principio del amor, no habrá podido hacerse hombre á fin de morir por amor? ! Amó Dios tanto al mundo ! ¡ Aquí está nuestra fuerza! ¡ Aquí, Señores, en vuestra razon, en vuestros sentimientos, en el amor! La caridad que nosotros os predicamos, es amor. Se ama á Dios, como se ama á una criatura: el efecto no es el mismo bajo el aspecto de los sentidos; pero no existen dos amores. La diferencia consiste en que el uno es pequeño, y se aplica á objetos limitados, mientras que el otro es grande, y se aplica á un objeto sin límites; el uno se dilata en lo finito, el otro en lo infinito. Dilataos, decia S. Pablo á los Corintíos. La razon católica al presentaros sus dogmas nada os presenta de nuevo ni de extraño; ella abre vuestras entrañas y las engrandece; abre vuestro entendimiento y lo engrandece: ella se hace hombre para divinizaros.

Oid á S. Pablo: *No hay ya judío, ni griego; no hay ya siervo, ni libre; no hay ya hombres, ni mujeres* (1). ¿Dónde está la fuerza de esta frase, sino en el sentimiento de la fraternidad humana, pero de la fraternidad asentada sobre una nueva base, nuestra comunidad de sangre con Dios hecho hombre? Ved aquí lo que ha fundado sobre la tierra una política que no habia podido crear la razon humana. Vosotros habíais deshonrado al hombre con la desigualdad de la servidumbre; la razon católica, haciendo lo que no habíais podido hacer vosotros, ha elevado á la humanidad sin vosotros, y á pesar de vosotros, por una constitucion que ha sido el principio de todas las vuestras, y que es todavía su único y verdadero apoyo.

Oid mas: *Yo no miento*, decia S. Pablo, *deseaba yo ser separado de Cristo por el anatema en favor de mis hermanos, que son mis deudos segun la carne, que son los israelitas, de los cuales es*

(1) Epíst. á los Gálatas, cap. 3, vers. 28.

la adopcion de los hijos, y la gloria, y la legislacion, y el culto, y las promesas, cuyos padres son los patriarcas, de quienes desciende tambien Cristo segun la carne (1). Así S. Pablo queria ser separado de Jesucristo, despues de haber dicho en otro pasaje: ¿Quién me separará del amor de Jesucristo? Ahora lo solicitaba: ¿y por quién? Por su patria, por sus deudos segun la carne.

¡Ah! os esforzais por convertirnos en parias de la humanidad, vosotros á quienes hemos dado todos los sentimientos que han formado la humanidad! Proseguid, no adelantaréis nada, no nos quitaréis ni la ciencia ni el amor, ni nada de lo que es el hombre. No se quita el genio á quien se quiere, no se quita la libertad á quien se quiere, no se quita la dignidad á quien se quiere, no se quita la patria á quien se quiere. Desterradnos si quereis, llevaremos en el destierro hasta las extremidades del mundo nuestro nombre y nuestro corazon de ciudadanos; allí os serviremos por nuestros sudores y nuestra sangre, y cuando un dia envieis vuestros embajadores á esas tierras remotas, allí encontrarán páginas escritas por nosotros para nuestra historia, páginas que les servirán de introductores.

Queda la cuestion de la sobordinacion. Señores, se nos dice que la razon humana tiene la supremacía, porque nosotros no podríamos asentar nuestra razon católica sin el socorro de la razon humana. Ante todo, se engañan: nosotros hemos establecido que al lado de la fuerza racional, y sobre ella, existia la fuerza mística suficiente para dar la certidumbre religiosa á la inmensa mayoría del género humano; mientras que la razon humana es incapaz de evadirse de la enfermedad de la duda, cuando no se encuentra asentada sobre la razon católica, que le sirve á la vez de sosten y de corona. Antes de reclamar la supremacía, antes de erigirse en rey, es forzoso tener súbditos. Yo busco los súbditos de la razon humana, los súbditos de la filosofía. ¿Dónde se encuentran? ¿Dónde están los súbditos de Platon, de Aristóteles, de Zenon, de Leibnitz, de Kant? ¡Desgraciada filosofía! ella engendra discípulos que, apenas nacidos de su seno y habiendo recibido de ella las armas del espíritu, se vuelven contra sus maestros y constituyen nuevas escuelas sobre las ruinas de las escuelas de donde ellos han salido. Así les sucedió á los filósofos antiguos, así les sucede á los filósofos modernos. No teneis súbditos: ¡cómo habeis de tener soberanía ni supremacía! Y todavía teneis una desgracia mayor que

(1) Epíst. á los Romanos, cap. 9, vers. 1 y sig.

la de no contar súbditos, y es la de no contar hijos. Oh filósofos, dominadores soberbios del espíritu humano, ¿dónde están vuestras ovejas, dónde están las almas que os aman con filial cariño? Yo soy jóven todavía, y sin embargo, ya he visto muchas almas en la mia, y han resbalado sobre mis mejillas muchas lágrimas del alma, y he estrechado á muchos amigos espirituales en mi seno de cristiano y de religioso. Jesucristo nos lo habia prometido, cuando dijo: *Todo el que abandonare su casa, sus hermanos ó sus hermanas, ó sus padres, ó sus hijos, ó sus tierras por mí y por el Evangelio, encontrará casas, y hermanos y hermanas, y madres é hijos* (1). Oh filósofos que proclamais la supremacía de la razon humana sobre la razon católica, ¿dónde están vuestros hijos? ¿Dónde están las lágrimas enjugadas, las confesiones oidas, las mejoras de existencia, los consuelos emanados de vosotros? ¡Ah! aun cuando tuvierais súbditos, no teneis hijos; y donde falta la paternidad, ¿cómo ha de haber soberanía? Donde falta la soberanía, ¿cómo ha de haber supremacía?

(1) S. Marcos, cap. 10, vers. 29 y 30.

DISCURSO

Sobre la vocacion de la nacion francesa (1).

Dios formó los pueblos y les dividió la tierra, y fundó en su seno una sociedad universal é indivisible; Dios hizo la Francia y fundó la Iglesia. De tal modo, que todos pertenecemos á dos ciudades, estamos sometidos á dos poderes, y tenemos dos patrias; la ciudad eterna y la ciudad terrestre, el poder espiritual y el poder temporal, la patria del linaje y la patria de la fe. Y estas dos patrias, aunque distintas, no son enemigas la una de la otra; muy lejos de esto: ellas se hermanan como el alma y el cuerpo se hermanan; están unidas como el alma y el cuerpo están unidos; y así como el alma ama al cuerpo, aunque el cuerpo se rebela muchas veces contra ella, así la patria de la eternidad ama á la patria del tiempo y cuida de su conservacion, aunque esta no corresponda constantemente á su amor. Mas puede suceder que la ciudad humana se consagre á la ciudad divina, que un pueblo se honre de una alianza particular con la Iglesia: en este caso el amor de la Iglesia y el amor de la patria parecen no tener mas que un mismo objeto; el primero ensalza y santifica al segundo, y de los dos se forma una especie de patriotismo sobrenatural, de que S. Pablo nos ha dado el ejemplo y la expresion en estas sublimes palabras de su Epístola á los Romanos: *Yo digo la verdad en Cristo, yo no miento, y mi conciencia es testigo en el Espíritu Santo; yo tengo en el corazon una gran tristeza y un dolor que no cesa, porque yo deseaba ser separado de Cristo por el anatema, en favor de mis hermanos, que son mis parientes por la carne, que son israelitas, de quienes es la adopcion de los hijos, y la gloria, y el testamento, y la legislacion, y el servicio, y las promesas; de quienes son los padres, y de quienes desciende Cristo por la carne, Cristo, Dios bendito sobre todas las cosas, en*

(1) Este discurso se pronunció en la iglesia de Nuestra Señora de París, el dia 14 de febrero de 1841, por la inauguracion de la Orden de Predicadores en Francia.

los siglos de los siglos (1). Era imposible expresar mas enérgicamente el amor patrio, hecho sobrenatural por la fe; y por lo demas, todos los profetas están llenos de estos rasgos patrióticos, desde David exclamando: *Señor, os levantaréis, tendréis piedad de Sion, porque ha llegado el tiempo de tener piedad de ella, porque sus piedras han agradado á vuestros servidores* (2); hasta Jesucristo, llorando á la vista de Jerusalen, y diciendo con un dolor tan piadoso: *¡Ah, si tú hubieras conocido, aun en este dia, que es todavía el tuyo, lo que puede darte la paz* (3)*!*

Ahora, Señores, me propongo examinar ante vosotros hasta qué punto merece nuestro país un sentimiento semejante, hasta qué punto debemos amarle, no solamente como franceses, sino como cristianos. En la situacion general del mundo, no podrá tratarse sin importancia esta cuestion, y buscar, al considerar la historia y el siglo presente, cuál es el pueblo á quien mas debe la Iglesia en lo pasado, y de quién mas puede esperar en el porvenir. La esperanza es una virtud; y cuando del seno de Dios arroja sus vástagos por medio de la patria, su savia, por ser todavía mas dulce, no pierde su divinidad.

Largo tiempo hace, Señores, que Dios ha dispuesto de las naciones. El mismo dia, aquel eterno dia, en que decia á su Hijo: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy*; añadia inmediatamente: *Pídeme, y te daré las naciones por herencia* (4). De este modo el Hijo de Dios recibia á un mismo tiempo de su Padre la sustancia divina, y el dominio de las cosas creadas, la filiacion y el derecho de sucesion, segun estas palabras, que son de S. Pablo: *Dios nos ha hablado por su Hijo, á quien ha hecho el heredero de todo* (5). Y digámoslo de paso, en aquellos arcanos de la paternidad y heredad divinas se oculta el origen de la paternidad y derecho hereditario humanos, leyes misteriosas que, procediendo de tan alto, son mas fuertes que nosotros, y el fundamento mismo del orden humano.

Siendo las naciones, por toda la eternidad, el patrimonio del Hijo de Dios, ¿qué hará de ellas? Así como un buen propietario cultiva y fecundiza su tierra, antes de coger fruto de ella, el Hijo de Dios hecho hombre, y venido al mundo para visitar las naciones,

(1) Cap. 9, vers. 1 y sig. — (2) Salmo 101, vers. 14 y 15. — (3) S. Lucas, cap. 19, vers. 42. — (4) Salmo 1, vers. 7 y 8. — (5) Epístola á los Hebreos, cap. 1, vers. 2.

su patrimonio, les ha dado, antes de exigirles nada. Y hé aquí los dones que les ha hecho en cuanto á naciones.

Primeramente, el don del poder temporal, reservando para sí el poder espiritual. Pudo reservarse ambos, y gobernar directamente por sí mismo ó sus ministros las sociedades humanas; pero no quiso. Ha permitido á las naciones elegirse jefes, y regirse cada una por sus leyes y magistrados; y así como, segun la expresion de la Escritura, Dios habia *tratado al hombre con respeto* (1), dándole la libertad moral, ha tratado las naciones con respeto dándoles por su Hijo la libertad política. Andad, les ha dicho; estais en poder de vuestro consejo; teneis el cetro, herid con él la tierra, que ella sienta vuestra accion; sed el artífice de vuestros destinos sociales; mas acordaos que hay un límite en vuestra autoridad, y que al comunicaros el poder temporal, he reservado para mí el poder espiritual, no para privaros de él, pues que he elegido mis ministros entre vosotros, sino por temor de que abuseis de este doble poder, si hubiera cubierto la misma cabeza con la majestad del tiempo y la de la eternidad.

El segundo beneficio dispensado por el Hijo de Dios á su herencia, cuando vino á visitarla, ha sido una modificacion en la naturaleza del poder, ó mas bien la reduccion de este poder á su primitiva constitucion. Un dia estando los apóstoles reunidos en derredor del Salvador, nuestro Señor les dirigió estas bellas y amables palabras: *Vosotros sabeis que los príncipes de las naciones dominan sobre ellas, y que los mas grandes son aquellos que ejercen el poder á su respeto; no sucederá así entre vosotros. Que aquel de entre vosotros que quiere ser grande sea vuestro ministro, y que aquel que quiere ser el primero sea vuestro servidor, á semejanza del Hijo del hombre, que no ha venido para ser servido, sino para servir* (2). A empezar de aquel momento, el poder ha perdido el carácter de dominacion para elevarse al estado de servicio público, y el depositario del mas excelso cetro que hay en el mundo, el cetro espiritual, se ha llamado voluntariamente *el siervo de los siervos de Dios.*

Jesucristo habia regulado y dulcificado la soberanía. Quiso tambien regular y dulcificar las relaciones de los ciudadanos entre sí y de las naciones con las naciones. Declaró que los hombres eran

(1) Sabiduría, cap. 12, vers. 18. — (2) S. Mateo, cap. 20, vers. 25 y sig.

hermanos, y las naciones hermanas, *que ya no habia gentil ni judío, circunciso ni incircunciso, bárbaro ni escita, esclavo ni hombre libre* (1).

Hé aquí la carta, Señores, la gran carta, la eterna carta que el Hijo de Dios ha dado á las naciones al tomar posesion de su herencia. Jamás se irá mas lejos. Se tratará de negar estos principios; se tratará tambien de extraviarlos por consecuencias que no tienen: el espíritu de la dominacion y el espíritu de la licencia los combatirán á porfía, este como insuficiente, aquel como destructor de la majestad; pero esta doble enemistad será su fuerza y su justificacion. En cualquier pueblo que no retroceda á la barbarie, la soberanía será un servicio público limitado al órden temporal, y las relaciones de hombre á hombre y de nacion á nacion una relacion de fraternidad.

Al lado del beneficio se colocan ordinariamente las condiciones. Jesucristo habia favorecido á las naciones, y tenia derecho de pedirles culto á su vez. Este culto consistia en aceptar la ley de Dios propuesta á su libre albedrío, amarla, conservarla, defenderla, propagarla, hacer de ella el fondo de sus costumbres y de sus instituciones, usar de sus armas en caso necesario, no para imponerla, sino para preservarla y sacarla de la opresion, asegurando á todos los hombres el derecho de conocerla y de conformarse libremente con ella. La vocacion de un pueblo no era ya extender sus fronteras, con perjuicio de sus vecinos: esta habia sido la gloria de los pueblos paganos, del pueblo romano, el mas grande de todos; mas ¿qué gloria era esta? lágrimas y sangre. Tal gloria era digna de las razas que el cristianismo no habia tocado aun con su dedo. La vocacion de los cristianos era difundir la verdad, ilustrar las naciones menos adelantadas hácia Dios, llevarles, á costa de su trabajo y con riesgo de su vida, los bienes eternos, la fe, la justicia, la civilizacion. A este pensamiento mis entrañas de hombre se conmueven, yo reconozco un fin digno del cielo y de la tierra, de la intervencion de Dios y de la actividad del género humano, y estoy seguro, Señores, que nadie entre vosotros me contradice, aun cuando no sea creyente. Porque si el cristianismo ha dejado de ser vuestro Señor y vuestro instituidor, aun respira en vuestros sentimientos, aun eleva vuestra inteligencia; si no sois cristianos por lo que respecta á Dios, lo sois mas que nunca por lo que toca al hombre.

(1) S. Pablo, epist. á los Colosenses, cap. 3, vers. 11

¡Triste es el decirlo! Las naciones no aceptaron mas las condiciones que los beneficios del contrato que se les habia propuesto. Al mismo tiempo que ponderaban la soberanía, hasta el extremo de entregarle las cosas divinas, y que destruian la fraternidad por la esclavitud, oprimian tambien la verdad con la fábula, ensalzando en la historia aquellas famosas sociedades idólatras en que la guerra, la opresion y el error se disputaban el primer lugar en la deshonra de la humanidad. Viendo Dios á los pueblos alejarse de él, eligió uno entre ellos, le formó por sí mismo, anunciando al primero de sus antepasados, el grande Abrahan, que todas las naciones serian bendecidas en él, á fin de que su posteridad no se creyese la única amada. Mas este pueblo que Dios habia formado, que habia sacado de la esclavitud, al cual habia dado leyes, preparado un territorio, cuyo templo habia diseñado, y consagrado los sacerdotes, este pueblo fué infiel á su vocacion; despues de haber apedreado de siglos en siglos á los profetas del Señor, cuando el Señor vino, cuando la verdad viva apareció sobre la tierra, se levantó como Cain, y puso entre Dios y él un abismo de sangre, abdicando por este crímen el honor supremo de haber sido la primera nacion consagrada á la defensa, á la conservacion y á la propagacion de la verdad.

Entre tanto se difunde el cristianismo por el universo, invade el imperio romano; tres siglos de persecuciones no hacen mas que acrecentar su fuerza: coloca á Constantino sobre el trono, y Constantino lo asocia á la majestad soberana que ha recibido de él. Sin embargo, cerca de doscientos años despues de Constantino aun no habia en el mundo una nacion cristiana. El imperio estaba formado de veinte razas distintas, unidas por un lazo administrativo, pero separadas por sus recuerdos y sus costumbres, y en el seno de las cuales el arrianismo, herejía fecunda y vivaz, habia arrojado un nuevo gérmen de discordia. Los pueblos bárbaros, que desde cerca ponian en conflicto al imperio romano con una codicia siempre en aumento, estaban entregados á la idolatría ó subyugados por el arrianismo, que habia encontrado el secreto de penetrar hasta ellos. Ahora escuchad lo que Dios hizo. No lejos de los bordes del Rin, daba un caudillo bárbaro una batalla á otros bárbaros; sus tropas retroceden, y acuérdase en el peligro que su mujer adora á un Dios cuyo poder le ha ponderado. Invoca á este Dios, y habiendo seguido á su oracion la victoria, corre á prosternarse ante el ministro del Dios de Clotilde: « Dulce Sicambro, le dijo S. Remigio, adora lo que has quemado, y quema lo que has adorado. » Aquel Dios, Seño-

res, era Cristo; aquel rey, aquella reina, aquel obispo, aquella victoria, era la nacion francesa, y la nacion francesa era la primera nacion católica dada por Dios á su Iglesia. No soy yo el que establezco esta magnífica alabanza á mi patria ; sino el pontificado, á quien plugo, por justicia, llamar á nuestros reyes *hijos primogénitos de la Iglesia.* Del mismo modo que Dios ha dicho á su Hijo por toda la eternidad : Tú eres mi primogénito ; la Santa Sede ha dicho á la Francia : Tú eres mi primogénita. Ha hecho mas, si es posible ; con el fin de expresar mas enérgicamente lo que de nosotros pensaba, ha creado un barbarismo sublime, ha llamado á la Francia el *Reino cristianísimo, — christianissimum regnum.* Así, primogenitura en la fe, excelencia en la fe, tales son nuestros títulos, tal era nuestra vocacion.

¿Y hemos correspondido? Porque no basta ser llamados, es preciso corresponder á la vocacion. ¿Hemos correspondido á la nuestra? Esto es preguntar lo que nuestra patria ha hecho por Jesucristo y sn Iglesia.

La Iglesia ha corrido tres grandes peligros : el arrianismo, el mahometismo y el protestantismo ; Arrio, Mahoma y Lutero, los tres grandes hombres del error, si es que puede llamarse grande un hombre que se equivoca contra Dios.

El arrianismo puso en duda el fondo mismo del cristianismo, porque negaba la divinidad de Jesucristo, y la divinidad de Jesucristo es todo el cristianismo. Si, en efecto, el arrianismo dice la verdad, Jesucristo no es ya mas que un grande hombre que ha tenido ideas, y que ha muerto por sus ideas. Ahora bien, está visto, y para el honor de la humanidad se verá todavía, que esta es la historia de Sócrates. Pero morir Dios, que no puede morir, que tiene la omnipotencia para hacer reinar sus ideas; morir con el fin de suscitar el amor en los corazones, hé aquí lo que no hacen los hombres, lo que Jesucristo ha hecho, y lo que constituye el misterio del cristianismo, misterio nacido del amor, para producir el amor. Arrio estuvo sostenido en su herejía por el racionalismo y el espíritu cortesano : el racionalísmo, que naturalmente se conformaba con una filosofía sustituida á un Dios; el espíritu cortesano, que estaba espantado de la cruz, y que, al trasportarla de un Dios á un hombre, creia alejar de sus viles hombros la ruda carga. El racionalismo prestó á los arrianos el apoyo de una logica sutil; el espíritu cortesano, la doble fuerza de la intriga y de la violencia. Esta combinacion puso á la Iglesia á dos dedos de su ruina, si to-

davía es lícito usar de tales expresiones, no juzgar las cosas sino superficialmente, olvidar que el cristianismo tiene en sí un poder infinito de dilatacion, y que lo conserva siempre, aun cuando la débil vista del hombre lo crea aniquilado, como si en la invisible unidad del punto matemático no pudieran contenerse mundos. Pero, dejando aparte expresiones que puedan hacer dudar de la inmortalidad de la Iglesia, lo cierto es que el arrianismo hizo un inmenso partido, y que despues de haber corrompido una parte del Oriente, amenazaba al Occidente por medio de los Bárbaros, que, llevando allí sus armas, llevaban tambien sus ideas. Entonces nuestro abuelo Clóvis, despues de haber sido bautizado por Remigio, venció y arrojó ante sí los pueblos bárbaros, asegurando de este modo en el Occidente el triunfo de la verdadera fe.

Estando ya en su decadencia el arrianismo, apareció Mahoma, quien volvió á levantar las ideas de Arrio con la punta de la cimitarra. Quiso reconocer que Jesucristo era un gran profeta; pero, así como su predecesor, negaba su divinidad. Parecióle que Arrio no habia dado bastante campo á la corrupcion, y él le dió mas; y no debiendo este medio ser suficiente para la conversion del universo, recurrió á las armas. Muy luego se vió al mahometismo atacar, por todos puntos á un tiempo, á la cristiandad. ¿Quién le detuvo en los campos de Poitiers? Otro de nuestros abuelos, Cárlos Martel. Y mas tarde, cuando el peligro no hacia mas que acrecentarse con los siglos, ¿quién pensó reunir la Europa en torno de la cruz, para arrojarla sobre aquel indomable enemigo? ¿Quién tuvo la primera idea de las cruzadas? Un papa francés, Silvestre II. ¿Dónde fueron primeramente inauguradas? En un consejo nacional, en Clermont; en una asamblea nacional, en Vezelay. Sabeis lo demás que sucedió en aquellos dos siglos caballerescos, en que tuvimos la mayor parte en la sangre y en la gloria, y que coronó gloriosamente S. Luis muriendo en las costas africanas.

Despues de estas dos vergonzosas derrotas, comprendió el demonio que nunca llegaria á conseguir su fin atacando directamente á Jesucristo. Porque Jesucristo y el Evangelio es la misma cosa, y el Evangelio marcha demasiado rectamente al corazon del hombre, para esperar destronarle de él. Mas la Iglesia ya no es Jesucristo sino indirectamente; ella está compuesta de hombres sujetos á las debilidades y pasiones de la humanidad: quizás se podia por este lado humano arruinar la obra divina. Vino Lutero al mundo; á su voz la Alemania y la Inglaterra se separaron de la Iglesia, y

si una nacion grande además de estas, si la Francia hubiera seguido su terrible invitacion, ¿quién puede calcular, dejando aparte los milagros, lo que hubiera sido de la cristiandad? La Francia no tuvo solamente la gloria de mantenerse constante en la fe; hubo de combatir en su propio seno la expansion del error representado por Calvino, y la rebelion de una parte de su nobleza, un momento apoyada por la majestad real. El arranque nacional la salvó; se la vió, confederada en una santa liga, posponerlo todo á su fe, hasta la fidelidad á sus soberanos, y no consentir en reconocer al legítimo heredero, sino despues que hubo prestado juramento al Dios de Clóvis, de Carlo Magno y de S. Luis.

De este modo obró la Francia en los grandes peligros de la cristiandad; así satisfizo su obligacion de hija primogénita de la Iglesia. Aun no lo he dicho todo. Al tiempo en que el pontificado, apenas libertado de las tortuosas manos del Bajo Imperio, se hallaba amenazado de sufrir el yugo de una potencia bárbara, la Francia aseguró su libertad y su dignidad con las armas primeramente, en seguida y de una manera definitiva, con una dotacion territorial á la cual era aneja la soberanía. El jefe de la Iglesia, gracias á Carlo Magno, dejó de depender de una autoridad que, menos que nunca, por la formacion de los pueblos modernos, guardaba un carácter de universalidad, y pudo extender sobre las naciones, de quienes era padre comun, un cetro pacífico, en que todos tuviesen el gozo de no leer otro nombre que el de Dios. Esta grande obra fué la nuestra, y digo la nuestra, porque nuestros mayores ¿no son lo mismo que nosotros? Su sangre ¿no es nuestra sangre, y su gloria nuestra gloria? ¿No vivimos nosotros en ellos, y no reviven ellos en nosotros? ¿No han querido que fuésemos lo que ellos eran, una generacion de caballeros para la defensa de la Iglesia? Podemos pues decirlo, confundiendo con un orgullo legítimo los hijos con los padres, hemos aceptado el contrato propuesto por el Hijo de Dios al libre albedrío de las naciones; hemos conocido, amado y servido la verdad. Hemos sostenido por ella sangrientos combates y acaloradas discusiones. Hemos vencido á Arrio, Mahoma, Lutero, y fundado temporalmente el pontificado. El arrianismo derrotado, el mahometismo derrotado, el protestantismo derrotado, un trono asegurado al pontificado, hé aquí las cuatro coronas de la Francia, coronas que no se marchitarán en la eterninad. Así como los sacerdotes, los apóstoles, los doctores, las vírgenes, los mártires, tienen en el cielo su signo distintivo, porque nada de cuanto se ha hecho por el Señor se pierde,

y volvemos á encontrar cerca de él la gloria que le damos en la tierra, ¿por qué los pueblos fieles, los pueblos servidores de Dios, no habrian de conservar para siempre el signo de sus servicios y de sus virtudes? Los lazos de familia no se rompen en el cielo; Jesucristo, al ensalzar á su madre sobre los santos y los ángeles, nos ha demostrado que la piedad filial es una virtud de la eternidad ¿Por qué habian de romperse los vínculos de las naciones? ¿Por qué no habíamos de reconocer nuestros caballeros, nuestros reyes, nuestros sacerdotes, nuestros pontífices, con un carácter que recordase sus trabajos comunes por el Señor y por su Cristo? Sí, quiero creerlo, sobre su túnica nupcial, lavada en la sangre del Cordero, brillarán indelebles y admirablemente tejidas las cuatro coronas de la Francia.

Quizá soy demasiado extenso, Señores, mas acordaos que es vuestra historia la que refiero; me perdonaréis el haberos hecho apurar hasta las heces este cáliz de gloria.

Así como todos los pueblos, la Francia habia sido llamada: la Francia, segun hemos visto, la primera entre todas las naciones, y sobre todas las demás, respondió á su vocacion. Pero no basta responder á su vocacion; es necesario perseverar. ¿Ha perseverado la Francia? A esta pregunta, Señores, tengo que dar una triste, una cruel respuesta; la daré. Diré lo malo, como he dicho lo bueno, siempre sin exageracion, pero siempre con energía.

Al suscitar á Lutero, al inventar el protestantismo, el espíritu de las tinieblas sabia muy bien lo que hacia; habia previsto que los pueblos, por mucho tiempo nutridos con la doctrina divina, quedarian muy pronto satisfechos con la doctrina humana. Habia calculado que despues de haber tomado la mentira por la verdad, los hombres serian conducidos, por el disgusto de la mentira, al disgusto de la verdad misma; y que de los abismos de la herejía, caerian en los abismos de la incredulidad. El protestantismo, por otra parte, no era una herejía ordinaria; pues no solamente negaba un dogma particular, sino tambien la autoridad, que es el sosten del dogma, y sin la cual no es mas que un producto de la razon. La razon, exaltada, debia tarde ó temprano emanciparse de las últimas envolturas de la fe, y el protestantismo caer en el racionalismo. Esto fué lo que sucedió, y lo que sucedió por la Inglaterra, la gran nacion protestante. ¡No quiera Dios que yo hable de ella con amargura! Cuando considero los trabajos, virtudes y heroismo que se necesitan para formar un pueblo y perpetuar su vida, no quisiera abusar mortalmente de la palabra contra una nacion. Pero si la injuria es indigna, la verdad

no lo es jamás. No podemos ocultar las faltas que todo el universo ha conocido; y resueltos á no callar las nuestras, nos es lícito recordar de quién hemos recibido el ejemplo de ellas. En Inglaterra fué donde la incredulidad nació. La Francia fué allí á buscarla, y una vez que hubo traido el gérmen, maduró en nuestro suelo con una rapidez y bajo una forma nunca vistas. Hasta entonces, cuando se atacaba la religion, se la atacaba como una cosa grave; el siglo XVIII la atacó con la risa. La risa pasó de los filósofos á los cortesanos, de las academias á los salones; subió las gradas del trono; se la vió en los labios del sacerdote; tomó asiento en el santuario del hogar doméstico, entre la madre y los hijos. ¡ Y de qué, pues, gran Dios! ¿ de qué se reian todos? ¡ Se reian de Jesucristo y del Evangelio! ¡ Y era la Francia!

¿ Qué hará Dios?.... Aquí, Señores, empiezo á entrar en las cosas contemporáneas. Ya no se trata de lo pasado, sino de lo que hemos visto. ¡ Haga la Sabiduría, de donde procede la nuestra, que yo no diga cosa que no sea digna de oirse por una reunion de hombres que aprecian la verdad!

La Francia habia hecho traicion á su historia y á su mision; Dios podia dejarla perecer, como tantos otros pueblos decaidos, por su falta, de su predestinacion. No quiso hacerlo y resolvió salvarla con una expiacion tan magnífica como grande habia sido su orígen. La dignidad real se hallaba envilecida: Dios le volvió su majestad, llevándola al cadalso. La nobleza estaba envilecida: Dios le volvió su dignidad, llevándola al destierro. El clero estaba envilecido: Dios le volvió el respeto y la admiracion de los pueblos, permitiendo que fuese despojado y muriese en la miseria. La fortuna militar de la Francia estaba envilecida: Dios le volvió su gloria, conduciéndola á los campos de batalla. El pontificado habia sido humillado á los ojos de los pueblos: Dios le volvió su divina auréola, ensalzándolo por la Francia. Un dia, las puertas de aquella basílica se abrieron; un soldado apareció en el umbral de la puerta, rodeado de generales y seguido de veinte victorias. ¿ Adónde va? Entra, atraviesa lentamente la nave, y sube al santuario: héle allí ante el altar. ¿ Qué vendrá á hacer el hijo de una generacion que se ha reido de Cristo? Viene á prosternarse ante el vicario de Cristo, y á pedirle que bendiga sus manos, á fin de que el cetro no sea en ellas demasiado pesado al lado de la espada; viene á inclinar su cabeza militar ante el anciano del Vaticano, y á confesar públicamente que la gloria no basta, sin la religion, para consagrar á un emperador. Habia comprendido, á pesar de todas las apariencias de lo contrario, que el soplo divino no

se habia retirado de la Francia, y hé aquí realmente el genio, no pararse en la superficie de las cosas, sino entrar en el fondo para sorprender la realidad oculta. Esto es verdaderamente gobernar los pueblos, no creer en sus malas inclinaciones, y levantar en ellos lo que les queda de grande y bueno. Así salvó Dios la Francia; así ensalzó cuanto ella habia humillado; así la rodeó con la majestad del infortunio y de la expiacion.

Un pueblo tratado de este modo ¿es un pueblo abandonado? El signo de la resurreccion ¿no se halla visiblemente sobre nosotros? Contad, si os es posible, las obras santas que hace cuarenta años pululan en la patria. Nuestros misioneros están en todas partes, en las escalas del Levante, en Armenia, en Persia, en las Indias, en la China, en las costas del Africa, en las islas de la Oceanía; en todas partes su voz y su sangre hablan á Dios del país que las derrama por el mundo. Nuestro oro tambien corre, por todo el universo, en servicio de Dios; hemos fundado la *Asociacion para la Propagacion de la Fe,* ese tesoro del apostolado, sacado sueldo por sueldo del bolsillo del pobre, y que lleva cada año recursos reales á las misiones mas lejanas de la verdad. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, revestidos de su humilde hábito, atraviesan incesantemente las calles de nuestras ciudades, y en vez de los ultrajes que recibian con demasiada frecuencia, no encuentran mas que las miradas benévolas del obrero, el respeto de los cristianos, y la estimacion de todos. Apóstoles oscuros del pueblo francés, crean sin ruido, introduciendo á Dios en la enseñanza elemental, una generacion que reconoce en el sacerdote un amigo, y en el Evangelio el libro de los pequeños, la ley del órden, de la paz, del honor y de la fraternidad universal. No solo recibe la infancia sus lecciones, sino que atraen á sí al adulto y reconcilian su hábito con la chupa de buriel, y la tosca mano del trabajador terrestre con la mano modesta del trabajador religioso. ¿Quereis un espectáculo mas consolador todavía, y que no ha tenido ejemplo en la antigua Francia? Mirad, hé ahí adolescentes, estudiantes, jóvenes colocados á la entrada de todas las carreras civiles é industriales, sin distincion de rango ni fortuna: la caridad cristiana los ha reunido, no para ayudar al pobre con un dinero filantrópico, sino para visitarle, hablarle, tocarle, ver y conocer su miseria, y llevarle, con el pan y el vestido, el rostro piadoso de un amigo. Cada ciudad, bajo el nombre de *Conferencia de San Vicente de Paúl,* posee una fraccion de esta jóven milicia, que ha colocado su castidad bajo la guardia de su caridad,

la mas hermosa de las virtudes bajo la mas hermosa de las guardias. ¿ Qué bendiciones no atraerá sobre la Francia esta caballería de la juventud, de la pureza y de la fraternidad en favor del pobre? Con el mismo ardor que nuestros hijos combatian en otro tiempo á los infieles en la Tierra Santa, con el mismo combaten hoy dia la incredulidad, la disipacion y la miseria, sobre esta tierra santa de la patria. Que la patria proteja su libertad con su reconocimiento ; y vosotros, Señores, reunidos aquí precisamente en favor de esta obra, no considereis solamente en vuestros beneficios los pobres que aguardan sus socorros, sino tambien la mano que os pide para ellos. Pagad á la vez en la limosna un doble tributo, el tributo de la caridad y el de la admiracion.

No he concluido, Señores, de deciros todos los motivos de esperanza que dilatan en nuestro país el corazon del cristiano. Decidme pues : ¿ dónde se ha refugiado la penitencia cristiana? ¿ Dónde descubriréis, en el resto del mundo, nada que se iguale á la soledad, al trabajo y á la austeridad de la Trapa? Despues de haber errado por espacio de veinte y cinco años, de la Suiza al Austria, del Austria á la Rusia, de la Rusia á la Prusia, en todas partes víctima de una hospitalidad pasajera y sin compasion, la Trapa se ha restituido á la Francia, su cuna ; en ella ha multiplicado sus casas, bajo la proteccion de la libertad comun, y nunca, en ningun tiempo, la virtud de la cruz ha florecido mejor y mas ampliamente que bajo el fecundo hábito de estos descendientes de S. Bernardo y Rancé. ¿ No veis tambien, bajo todas las formas, resucitar el espíritu monástico, este espíritu que se extinguia en la antigua Francia, aun antes que leyes usurpadoras hubiesen golpeado con el martillo los viejos claustros tan queridos de nuestros abuelos ? El Cartujo, el Jesuita, el Capuchino, el Benedictino reportan á la Francia su múltiple piedad, la oracion, la ciencia, la palabra, la contemplacion y la accion, el ejemplo de la pobreza voluntaria, el beneficio de la comunidad. Y hoy mismo, ante esta multitud que me escucha y que no se admira, aparece, sin audacia y sin temor, el hábito secular de santo Domingo.

¿ Qué será, si deteneis vuestra imaginacion sobre las casas religiosas en que las mujeres han reunido sus virtudes bajo la tutela de la pobreza, de la castidad y de la obediencia ? Aquí ya no os será posible nombrar las órdenes ni las obras. La caridad ha puesto el dedo sobre las diferencias mismas de las necesidades ; ella tiene manos, tanto para las cicatrices como para las heridas. ¡ Y ni un escándalo siquiera despues de cuarenta años ! ¡ ni una queja ! ¡ ni un

murmullo! La libertad ha sido mas fecunda que las antiguas costumbres feudales; ella ha sacado de las familias mas jugo generoso y pio. La Francia es siempre el país de las santas mujeres, de las hijas de la Caridad, de las hermanas de la Providencia y de la Esperanza, de las madres del Buen Pastor: ¿y qué nombre podria yo crear, que su virtud no hubiese ya bautizado?

Mi última mirada será sobre una iglesia de París, solitaria hace pocos años, hoy dia el punto de reunion de las almas de cien países, que ruegan de lejos y de cerca por la conversion de los pecadores: esto es recordaros nuestra Señora de las Victorias, y terminar esta ligera reseña de los trabajos de la Francia en el bien con un nombre demasiado dichoso para que no sea el último.

Verdad es, Señores, que no todos los obstáculos están vencidos; que no todas nuestras conquistas están admitidas; y que el error no ve con tranquilos ojos nuestros perseverantes esfuerzos. La clase media que nos gobierna, no ha hecho todavía acta de reconciliacion plena con Cristo y su Iglesia. Mas las clase media no es una clase separada de las demás, inaccesible, encerrada en sus privilegios y en sus preocupaciones; la clase media somos todos nosotros. Por un extremo, toca al pueblo, en donde se recrece incesantemente, y por el otro, á la nobleza y al trono, cuyos miembros selectos tienden á aproximarse por el inevitable atractivo de la distincion por todo cuanto es distinguido. Esta clase es pues móvil, se halla incesantemente renovada por la ascension de sus partes inferiores, que no le permiten crearse un espíritu para siempre, y está tambien sujeta al soplo que viene de las altas regiones. Dios ha dicho á la clase media de Francia: ¡Tú quieres reinar, pues reina! Tú sabrás lo que cuesta el gobernar á los hombres, tú juzgarás si es posible gobernarlos sin mi Cristo. ¿Por qué imaginar que siempre será lo que es generalmente en el dia? ¿Por qué no ha de escuchar las repetidas lecciones de la experiencia? Muchos de sus hijos aumentan ya nuestras filas; ellos son los que forman, en su mayor parte, la Sociedad de S. Vicente de Paúl, y que reclutan con su piedad las órdenes religiosas. No desesperemos de una clase que es el fondo de la sociedad moderna, y cuyo advenimiento al poder, señalado con tantos hechos considerables, se liga sin duda con el plan general de la Providencia. Las dificultades deben avivar mas nuestro zelo. Están muy lejos de ser tan grandes como hace cincuenta años; y sin embargo, desde 1795, el conde de Maistre, entreviendo el horizonte que despues se ha despejado á nuestra vista, escribia estas notables palabras: « El

espíritu religioso, que no se ha extinguido en Francia, levantará montañas, y hará milagros. » Justifiquemos con nuestra perseverancia una profecía que la resurreccion de nuestra Iglesia coloca ya entre los mas altos presentimientos de la imaginacion; llamemos á Dios los corazones por la caridad, tanto como los espíritus por la luz. Que aquellos que trabajan, no desmayen; que los que nada han hecho, pongan manos á la obra. Y en este mismo momento, Señores, antes de salir de aquí, uníos al menos por la limosna, á todos los votos, á todos los esfuerzos, á todas las oraciones, á todos los sacrificios que, hace cincuenta años, ascienden al Cielo en favor de nuestra patria.

Monseñor, la corona de S. Dionisio ha caido sobre vuestra cabeza en una hora para siempre memorable, en una hora en que mas que nunca se opera la reconciliacion de la Iglesia con la Francia: tengo por garantía esta multitud que se agolpa en derredor de vuestra sede. Ruego á Dios, Monseñor, que lleveis por largo tiempo esta corona. Yo no puedo olvidar que en otra época fuí sostenido en esta cátedra por vuestros consejos y vuestro afecto. La ocasion solemne de agradecéroslo me habia fallado hasta ahora; me aprovecho de ella con alegría. Me felicito de volverme á encontrar bajo los mismos auspicios en el dia en que vengo á inaugurar la órden y el hábito de los Padres Predicadores franceses á la faz de mi país, y vos acabaréis, Monseñor, de coronar este momento de mi vida, derramando sobre nosotros vuestras bendiciones.

ÉLOGIO FÚNEBRE

De Monseñor de Forbin-Janson (1).

MONSEÑOR :

Señores :

Entre los hombres que la divina Providencia ha colocado en la Iglesia de Francia de cuarenta años á esta parte, pocos hay que se hayan atraido la atencion de sus contemporáneos en el grado que Mr. Cárlos Augusto de Forbin-Janson, obispo de Nancy y de Toul, primado de Lorraine, al presente restituido á Dios. Pocos hay sobre todo que, con tan notables prendas de corazon, con los dones de una inteligencia tan viva, hayan triunfado menos de los obstáculos de su vida, y cuya persona y memoria hayan quedado menos á cubierto de las opiniones contrarias. Sobre las riberas del Asia, en las orillas mas lejanas de los rios de la América, ha visto unos pueblos seguir sus huellas, embriagarse con su palabra, darle en alta voz los nombres mas gratos al hombre; ha visto otros repelerle de su seno, y ha muerto lejos de su silla episcopal, despues de catorce años de destierro, en una edad prematura. Menos feliz que otro obispo de su tiempo, cuyo palacio fué dos veces destruido por la tempestad, no ha podido morir en medio de su rebaño, y recibir en su féretro aquella postrera visita de los pueblos, que les inspira, cuando todo ha fenecido, un conocimiento mas moderado de su poder y una rectitud mas tranquila en sus juicios. Yo vengo, Señores, á hablar sobre esa tumba que no habeis visto, y que no veréis jamás; vengo á hablar sobre esa tumba, porque la vida de Mr. de Janson merece ser estudiada en sus felices sucesos y en sus reveses, porque puede aprovechar á muchos, y porque la Iglesia de Francia le debe un recuerdo; pero vengo á hacerlo tambien por

(1) Este elogio fué leido en la Catedral de Nancy el dia 28 de agosto de 1844. — (2) Monseñor Menjaud, obispo de Nancy y de Toul.

un sentimiento que me es personal. ¡ Cosa singular ! los dos obispos de Francia á quienes la tempestad de este siglo ha perseguido mas, son los dos obispos que mas me han amado. No he podido tributar al uno los últimos deberes de la piedad filial, y vengo á tributárselos á este.

No creais, sin embargo, que abusaré de los derechos de la muerte; si la muerte favorece la justicia, no debe favorecer la lisonja; ella me advierte, por el contrario, remontando mi pensamiento hácia los severos juicios de Dios, que en ninguna otra ocasion debo hallarme mas firme en mi ministerio para cumplir hácia toda criatura con las sagradas obligaciones de la verdad y de la ingenuidad. Seré sincero, Señores; seré justo; seré sobre todo cristiano, es decir, que honraré la justicia y la verdad con acentos que no herirán el corazon de nadie.

¿Debo, Señores, hablaros de los antepasados de Mr. de Janson? Es una propension natural en el hombre buscar su orígen, aclarar en la innumerable serie de las generaciones los conductos por donde le ha llegado esa gota de vida que posee, gota amarga y preciosa, que ha atravesado los siglos para venir de Dios á él, y que debe sin duda su originalidad propia á todas las vicisitudes de tan extraordinario camino. Como un navegante encallado en comarcas desconocidas, á la embocadura de un rio, marcha contra su curso, y avanza hácia las misteriosas montañas que contienen el manantial; así el hombre, viajero depositado por la eternidad en un punto del tiempo y del espacio, se dirige hácia su orígen, y se busca á sí mismo en las edades en que aun no existia. Mas ¡ ah ! las naciones mismas no conocen su principio; ellas se encuentran súbitamente en la historia el dia siguiente de un combate, y en vano quieren profundizar mas para arrancar á la antigüedad el secreto de su destino primitivo. ¿Cómo podria un solo hombre obtener del tiempo lo que los grandes pueblos no han obtenido jamás de él? Así es que las mas ilustres familias no aspiran sino á progenitores recientes, y mas allá de este término en que empieza tan cerca de nosotros su constante sucesion, ellas se pierden con el resto de la humanidad en una comun ignorancia de lo que en otro tiempo fueron. Mas por poco distantes que un hombre pueda alcanzar á sus progenitores, es siempre para él un consuelo considerar sus semblantes; y nosotros, espectadores de las vidas célebres, nos mostramos con gusto curiosos en la cuestion de sus antepasados.

¿Cuáles eran, pues, los antepasados de Mr. de Janson? ¿Hasta dónde penetraba su mirada en lo pasado cuando, jóven todavía, trataba de adivinarse á sí mismo? Aun cuando no fuese mas que para apreciar el curso de sus ideas y el valor de sus sacrificios, tenemos necesidad de conocer la sangre que halló en sus venas. Ahora bien, Señores, en un siglo plebeyo tuvo la incomparable desgracia de nacer de una estirpe histórica. En todas épocas, un distinguido nacimiento es una pesada carga; pero ¿no tengo derecho para llamarlo una desgracia cuando ya no encuentra en su alrededor nada que le corresponda, y cuando la elevacion que de él resulta solo atrae la desconfianza, no obtiene mas que exclusion, no crea sino imposibilidad? ¡Ah! ¡dichosos los que nacen á la medida de su tiempo, patricios en un siglo patricio, plebeyos en un siglo plebeyo! Estos son dichosos, y la menor justicia que deben á los que no tienen la misma fortuna, es el comprender cuán dura es su posicion. El hombre solo es fuerte por su correspondencia con el movimiento real de la humanidad, y siempre que queda fuera de este movimiento ó lucha contra él, se asemeja al pasajero abandonado en un desierto por el buque que le conducia, y cuya irreparable fuga sigue con la vista. Al hablaros de los antepasados de Mr. de Janson, Señores, os hablo pues de su primera desgracia, y cuanto mas os demuestre que ellos eran ilustres, con tanta mas razon podréis deducir que el mérito de su heredero, si es que ha tenido alguno, ha sido un mérito raro y difícil.

El siglo XII habia ya oido el nombre de los Forbin; la Inglaterra y la Italia se lo habian repetido. En el siglo XIII, Cárlos I de Anjou, conde de Provenza, los llamó á sus Estados, los colmó de honores y beneficios, y hasta emparentaron con su familia soberana. Mas tarde, en el siglo XV, hallándose Cárlos IV amenazado de morir sin herederos, Palamedes de Forbin, apellidado el Grande, le dispuso á hacer su testamento en favor de Luis XI, y proporcionó así la reunion del condado de Provenza á la corona. Luis XI le recompensó este eminente servicio, que volvia á unir la Francia con la Italia, delegándole la autoridad soberana en la Provenza y dándole esta divisa, que es todavía la de los Forbin: *He hecho al rey conde, y el conde me ha hecho rey.* Así se hizo puramente francesa la casa de Forbin, aportando á la Francia una de sus mas ricas é industriosas provincias, y despues no ha dejado de honrar aquel primer título de su gloria produciendo en las armas, en el gobierno, la magistratura y la Iglesia hombres de gran talento. Yo

observo en el número dos figuras históricas : desde luego Santos de Forbin, cardenal de Janson, obispo de Digne, de Marsella y de Beauvais, limosnero mayor de Francia, y embajador de Luis XIV en Toscana, en Polonia y en Roma. Este fué el que en la Dieta de Polonia de 1674 hizo elegir por rey al famoso Juan Sobieski, libertador de la cristiandad bajo los muros de Viena, y el que concluyó en tiempo de Inocencio XII la reconciliacion de la Francia y la Santa Sede, cuya buena armonía habia sido turbada hacia largo tiempo por la declaracion de la asamblea del clero en 1682. El otro personaje que os debia nombrar, es el conde de Forbin, gran almirante del rey de Siam al fin del siglo XVII, vuelto despues á Francia, y uno de los oficiales que mas honraron nuestra marina en la ancianidad de Luis XIV. En el solo año de 1707 batió cinco veces las armadas inglesas, y trajo valor de seis á siete millones, fruto de sus expediciones navales.

Tal era, Señores, la casa de Forbin, dividida en muchas ramas, que tenia por primogénita la de Forbin-Janson. La Providencia apenas dejó al jóven Cárlos Augusto, cuya vida os exponemos, el tiempo de envanecerse con su nacimiento. Aun no habia llegado á la edad del discernimiento, cuando ya amenazaba en su fuerza la borrasca que debia abatir la majestad de los reyes, arrebatar el poder á las familias antiguas, llamar todos los hijos de la Francia á los mismos deberes y á los mismos derechos, y crear en el corto espacio de veinticinco años, sobre ruinas colosales, una historia, una gloria y una nacion enteramente nuevas. Nada mas diré de aquel momento, con que ninguna otra época del mundo podria compararse, sino que conviene á las generaciones presentes considerar la herida que hemos hecho en lo pasado, y admitir al menos que á otros les han podido quedar recuerdos, consideraciones, alguna cosa que no es ni extraña ni enemiga, sino que únicamente no es tan jóven como nosotros. Si los soldados de Clovis ó los palatinos de Carlo Magno resucitasen de su tumba, su estupor al vernos, no acusaria su patriotismo, sino al tiempo y á esa dificultad de entendimiento en seguir con bastante rapidez la extraordinaria precipitacion de las cosas humanas. Si nosotros mismos hubiéramos recibido en nuestras venas la leche de lo pasado, si un cuarto de hora solamente hubiéramos respirado un aire mas viejo que el nuestro, conoceríamos cuánto mas lentas son las revoluciones del entendimiento que las revoluciones de los imperios, y juzgaríamos con mas indulgencia esa inmutabilidad de las ideas y de las costumbres que nos parece

un obstáculo en los demás, y que un dia consideraremos en nosotros mismos como firmeza y virtud.

Cárlos Augusto fué llevado á Alemania por sus parientes que huian de la tempestad. Poco tiempo permaneció allí; su familia le condujo á Francia cuando la nueva sociedad comenzó á surgir al través de los restos de la antigua. En Francia cumplió el primer acto solemne de la vida; quiero hablar de la primera comunion. Esta era entonces mas que nunca para los cristianos un acto dulce y memorable. Ellos habian visto sus altares profanados, sus templos derribados ó cerrados, sus sacerdotes maltratados ó dispersos; un poder gigantesco se habia declarado su enemigo, y al mismo tiempo que llevaba á las fronteras de la patria un glorioso terror, conducia al interior sus triunfos para hacer de ellos contra Dios un invencible trofeo. Mas hé aquí que se cumple otra vez la palabra divina, y los cristianos repetian en la lengua de David aquellos cantos proféticos que hace tres mil años acusan de impotencia á sus perseguidores: *¿Por qué se han estremecido las naciones, y los pueblos han meditado cosas vanas? Las dominaciones de la tierra se han unido contra el Señor y contra su Cristo; ellas han dicho: Rompamos su yugo, y arrojémosle por encima de nuestras cabezas. Mas el que mora en los cielos se reirá de su designio, y el Señor se burlará de ellas* (1). La alegría de los cristianos era tanto mas pura, cuanto que la vuelta de su libertad se habia hecho por dentro y no por fuera; no habia habido emigracion de la fe; la fe habia permanecido en la patria así en los dias de infortunio como en los dias de prosperidad; ella habia abrazado llorando y esperando la tierra de Clovis y de S. Remigio, y esta tierra, fiel á sí misma como á Dios, por una germinacion insensible habia vuelto á elevar hácia el cielo sus tallos un momento abatidos. Cárlos Augusto recibió, pues, por la primerá vez la sagrada comunion llevando en su corazon y en su frente muchas alegrías á un tiempo; la alegría de su juventud, la alegría de volver á la patria, la alegría del cristianismo renaciente, la alegría de los ángeles que habian descendido del empíreo para visitarle. La uncion de aquel dia quedó en su alma como una herida que no se cicatriza jamás; aunque su fisonomía volviese á presentarse entre líneas fuertemente acentuadas como las de todos los antiguos linajes, se revistió por encima de su energía nativa con una gracia piadosa que le obtuvo la primera conquista que ha hecho para Dios.

(1) Salmo 2, vers. 1, 2, 3 y 4.

Por lo comun es la edad madura la que conduce la infancia á Dios. Lleva consigo el triple imperio de la experiencia, de la razon y de la autoridad, y este imperio no le fué dado sin duda sino para inspirar el bien y la verdad á la inteligencia ignorante y dócil de un niño. Esta es sobre todo la funcion mas sagrada de un padre. Mas para dar á Dios, que contiene solo todo bien y toda verdad, es preciso poseerle uno mismo, es preciso conocerle, amarle y servirle. Ahora bien, el padre del jóven Forbin pertenecia al siglo que acababa de concluirse; en sus oidos resonaba todavía aquella risa ingeniosa que hacia cincuenta años perseguia en Europa la obra del Hijo de Dios sobre la tierra. Es verdad que despues la sangre y las lágrimas del mundo habian corregido aun á los espíritus mas ligeros; pero si bien reinaba el estupor, no por eso habia conversion. Admirábase que una catástrofe tan terrible hubiese salido de doctrinas al parecer tan halagüeñas; se miraba al siglo pasado como un modelo de talento, de elegancia, de costumbres excelentes, de una sociedad perfecta, y á todo se achacaba su caida, exceptoá Dios y á sí mismo. ¡Tan difícil es á la ceguedad de los hombres discernir la revelacion divina hasta en los acontecimientos en que mas brilla! Cuando Baltasar, con los vasos del templo de Jerusalen en la mano, miraba en la muralla el dedo de Dios que escribia su sentencia, el desgraciado temblaba con todos sus miembros, mas no comprendia todavía su crímen.

El marqués de Janson debió á su hijo la luz que no le habian dado las ruinas de una sociedad corrompida. No podia verle en la iglesia sin enternecimiento; la paz de sus facciones, la elevacion de su alma que subia dulcemente hasta su rostro para iluminarle, el apacible gozo que rodeaba toda su persona, aquel espectáculo de la felicidad mas pura, renovado sin cesar á la vista del padre, le abismaba en una especie de contemplacion, haciéndole de su mismo hijo una aparicion de la verdad. En fin, un dia vió claramente á Dios; las almas del padre y del hijo se encontraron en las indestructibles certidumbres de la fe; ellos adoraron, oraron, amaron juntos, y tal fué, Señores, el primer apostolado de Mr. de Janson.

Estaba entonces sobre el trono de Francia un hombre superior á todos sus contemporáneos, no solamente por el genio de la guerra y de la legislacion, sino sobre todo por la profundidad de sus instintos religiosos. Tan grande por la conquista como Ciro, Alejandro, César y Carlo Magno, habia tenido el mérito de conducir su nacion hácia Dios, y despreciando hasta en sus generales los últimos

silbidos de la incredulidad popular, se le habia visto coger con mano animosa, y tener juntos en un mismo haz la espada, el cetro y la cruz de Jesuscristo. Este grande hombre no tenia odio contra nada; ni contra Dios, porque él mismo era poderoso y el creador de un mundo nuevo, ni contra la nobleza, porque él mismo descendia por línea recta de todos los antiguos héroes, ni contra el pueblo, porque él mismo era un hijo suyo, ni contra lo pasado y el porvenir, porque se creia tan fuerte como ellos. Como hombre social, abrigaba en su ancho pecho todos los pensamientos honrados de la humanidad, y no proscribia nada mas que la bajeza y la incapacidad. Su ejército, sus palacios, sus consejos se habian abierto á todos los restos esparcidos de la sociedad francesa, y en su casa se encontraba el marqués del antiguo régimen al lado del baron del Imperio, el hombre de la Convencion á la izquierda del emigrado, el soldado de la última victoria con un abate de San Sulpicio. Napoleon, Señores, discernió al jóven Forbin, y le nombró auditor en el Consejo de Estado (1).

Para un jóven de veinte y dos años, heredero de un gran nombre y de una inmensa fortuna, vivo, amable, perspicaz, era esta una preparacion natural para los empleos mas distinguidos del órden administrativo. Cárlos de Forbin ya no tenia mas que seguir la fácil pendiente del tiempo y de su situacion. Pero otros pensamientos se agitaban en el fondo de su alma. Napoleon habia hecho mucho por la religion dándole libertad, una parte de sus monumentos históricos, y asegurándole una dotacion pública en cambio de sus antiguas posesiones; pero aun cuando entonces hubiera hecho mas, no habria dado á la religion mas que un socorro humano, útil sin ser necesario, digno de reconocimiento, pero incapaz de darle la vida. Dios solo es la vida de la religion comunicándola á las almas, y la comunica á las almas por medio de otras almas que se consagran á ella, y que se hacen su expresion por la santidad, su órgano por sus sacrificios, su prueba viva y popular por la autoridad. Dar almas á la religion, hé aquí lo que los conquistadores y los hombres de Estado no podrian hacer, y lo que hace todos los dias un pobre sacerdote poniendo las manos sobre su corazon para privarle de los vanos regocijos del mundo, y llevándolas purificadas

(1) Napoleon sin duda cometió grandes faltas contra la religion y contra las libertades públicas; pero un católico no podria olvidar que sacó la Francia del cáos, firmó el Concordato, se hizo consagrar por el Papa, y murió en los brazos de la Iglesia.

al corazon de otros hombres, despues de haberlas levantado llorando hácia Dios. ¡Santos sacerdotes! Tal es en todos tiempos el grito de la religion; pero ¿cuándo debia levantarle mas que al princias de este siglo? La muerte y el destierro habian agotado la estirpe de aquel antiguo clero francés que, por una tradicion no interrumpida de saber y de virtudes, remontaba hasta la doble y sagrada cuna del cristianismo y de la monarquía; multitud de iglesias abandonadas, otras muchas dirigidas por hombres en todo jóvenes, atestiguaban la profunda miseria de la Iglesia de Francia. Los templos habian sido de nuevo abiertos; mas las piedras de los templos, frias y mudas, no respondian á la voz de los pueblos que volvian allí á preguntar á Dios.

Es propio de corazones grandes, Señores, el descubrir la principal necesidad de los tiempos en que viven, y consagrarse á ella. Ahora bien, la primera necesidad del imperio, en los brillantes años que lo habian inaugurado, era seguramente la de restablecer la religion llenando el santuario de almas escogidas. Ya, fuera del sagrado recinto, habia Dios suscitado ilustres talentos que asombraban á la Francia por la novedad de su estilo y de sus ideas, y que principiaban sobre las alturas del mundo, por en medio de los inciensos de la poesía, la reedificacion imprevista de la ciudad de Dios. ¿No era preciso que el santuario se uniese á este movimiento, y que así concurriese á la generacion social el triple genio del gobierno, del pensamiento y de la santidad? Cárlos de Forbin se consumia interiormente en esta inspiracion de su fe. Habíase ya unido con muchos jóvenes de su edad para ejercitarse con ellos en las obras de caridad y en las prácticas de la piedad mas ardiente, y tales fueron en París las primicias de aquella juventud cristiana que, treinta años despues, al estallido de nuevas revoluciones, debia fundar la Sociedad de San Vicente de Paúl. La grey de aquellos jóvenes era corta todavía; tenia por director un sacerdote cuyo nombre no ha llegado hasta vosotros, Señores, porque la modestia algunas veces es mas poderosa que el talento, pero que ha dejado en el corazon de cuantos le han escuchado aquel vínculo inmortal que produce la elocuencia entre el orador y su auditorio. Llamábase Delpuits; tengo un placer en nombrarle. Otros han adquirido mas gloria en sus relaciones con la juventud de Francia; ninguno la ha merecido mas.

Sin embargo, por grande que fuese el zelo de Cárlos de Forbin, no dejaba de hallar en sí mismo obstáculos para su designio. Tenia

mucho que sacrificar; su nombre, su fortuna, su edad, sus ventajas en el mundo, su gusto por todos los ejercicios corporales le suscitaban á porfía razones para quedarse como estaba. Su madre, descendiente de los príncipes de Galean, conspiraba tambien contra su vocacion, sea que considerase el abatimiento exterior en que habia caido el clero de Francia, sea por aquella ternura inexplicable en una mujer cristiana, que se persuade que perderá algo de su hijo si se hace un hombre del Señor. Ella empleó todas las astucias del genio maternal para apartarle de su resolucion; ella probó á detenerle anudando su corazon con aquellos lazos puros, pero fuertes, en que la juventud suele caer con un abandono tan digno de ser recompensado; mas no pudo conseguirlo.

El jóven de veinte y cuatro años triunfó de su corazon, como ya habia triunfádo de las ilusiones del rango, de la riqueza y de la ambicion. La hora final del sacrificio habia llegado; en 1809, Cárlos de Forbin entró en el Seminario de San Sulpicio, bajo la direccion del célebre y virtuoso Emery. Sus contemporáneos recuerdan todavía el fervor que trajo allí, y se manifestaba por una severidad para con él mismo que no se hubiera esperado de un jóven educado en los regalos del gran mundo. Por cuidado que pusiese en ocultar sus prácticas, sus condiscípulos descubrieron algunas; observaron que en medio del invierno dejaba abiertas sus ventanas por la noche, á fin de que su sueño, haciéndose ligero cuanto fuese posible, no durase mas que el tiempo necesario á la reparacion del cuerpo. De este modo preludiaba el infatigable ardor de su apostolado, sabiendo que la sumision del cuerpo al alma es la única via que Dios ha abierto á las grandes ambiciones morales, y que sin la austeridad exterior, en vano se aspiraria á la santidad ó al genio.

El año de 1811 fué para el abate de Janson el año sacerdotal. En él debió recibir la uncion de manos del cardenal Maury; pero el cardenal habia aceptado la silla arzobispal de París contra la voluntad del soberano pontífice prisionero, y aunque hubiese recibido de los vicarios generales legítimos los poderes necesarios para la ordenacion, el abate de Janson no quiso deberle una gracia tan preciosa como la del sacerdocio. Tomó sus medidas para ser ordenado en Chambery, por el obispo de aquella ciudad, quien lo nombró su vicario general, y le confió el gobierno de su seminario diocesano.

Esta situacion duró poco. Las funciones administrativas se acomodaban penosamente al genio del abate de Janson. Volvió á París, y se dedicó á la instruccion de los niños en la parroquia de San Sul-

picio. Extrañaréis, Señores, esta brusca transicion; de la direccion de una diócesis el abate de Janson pasa súbitamente á la humilde mision del catequista; el apostolado, que es su verdadera, su única vocacion, le atormenta y le arrebata desde los primeros dias de su sacerdocio. Ya no se contenia en París; sus ojos ávidos se dirigian á las lejanas comarcas en que el cristianismo oprimido reclama á cada momento la palabra y la sangre apostólicas; su imaginacion erraba de la América á la China, de la China á las orillas del Ganges y del Eufrates; la mano de Dios le habia cogido, y le paseaba, de aspiracion en aspiracion, por en medio de todos los lugares desolados de la tierra, para elegir allí un puesto en que su piedad no estuviese en estrechez.

De repente, en el seno mismo de la patria, un grito prodigioso se eleva: el descendiente de Ciro y de César, el dueño del mundo habia huido ante sus enemigos; las águilas del imperio, conducidas con rapidez de las orillas ensangrentadas del Dnieper y del Vístula, se replegaban sobre su tierra natal para defenderla, y se admiraban de no recoger en sus poderosas garras sino victorias heridas de muerte. Dios, pero Dios solo, habia vencido la Francia mandada hasta el fin por el genio, y triunfante aun en el mismo cuarto de hora que señalaba su caida. No diré las causas de aquella catástrofe; además de no ser este mi objeto, repugna al hijo de la patria penetrar demasiado en los dolores nacionales, y deja con gusto al tiempo solo el cuidado de aclarar las lecciones encerradas por Dios en el fondo de los reveses.

Una nueva posicion habia salido para todo el mundo de la revolucion que acaba de efectuarse; los designios del abate de Janson quedaron por ello contrariados. La Francia se le apareció bajo un aspecto que no habia tenido desde luego á su vista. Creyó que el movimiento de ascension religiosa empezado en tiempo del imperio iba á continuar su desarrollo con una fuerza mas decisiva, y busco en su zelo los medios de concurrir á ella y de apresurarla. Comprendió perfectamente que el imperio solo habia constituido la parte administrativa y pastoral de la Iglesia de Francia, y que faltaba á este cuerpo jóven el arma del apostolado, es decir, el servicio activo y desinteresado de la palabra. La religion es un pensamiento, y la palabra es el sol que hace el pensamiento visible, vivo y comunicable; como el sol da la vuelta al mundo para iluminar los cuerpos, así la palabra, hija primogénita de Dios, debe dar cada dia la vuelta al mundo para ilustrar los entendimientos. Su primera palabra, en

el orígen de las cosas, habia sido esta : *Fiat lux*, — *hágase la luz* (1). Esta es todavía su divisa y su funcion; será lo uno y lo otro hasta el siglo futuro, en que el mismo Verbo de Dios ilumine directamente la asamblea de las almas en la eterna Jerusalen. Y hasta entonces la mision de la palabra será la primera mision del mundo, la mision de la verdad, de la santidad, de la justicia, del órden, de la creacion, de la resurreccion, de la vida y de la muerte. ¡ Hablad ! No os calleis ; no os calleis ni ante la cuchilla que os amenaza, ni ante la majestad que os mira, ni ante vuestra hermana que os conjura, ni ante vuestra madre que se arrodilla para suplicaros, ni ante los pueblos que os gritan : ¡ silencio ! ni ante las olas del mar que se mueven para ahogar vuestra voz. ¡ Hablad ! Tal habia sido la órden de Jesucristo á sus apóstoles, y uno de estos, san Pablo, escribia alegremente : *Yo trabajo por el Evangelio hasta llevar cadenas como un malhechor, pero la palabra de Dios no está encadenada* ; — *laboro usque ad vincula, quasi male operans*, *sed verbum Dei non est alligatum* (2). Todo, en efecto, importa poco á la Iglesia, con tal que ella hable ; pero aunque libre, no se ejercita siempre y en todas partes aquel poder de la palabra del mismo modo y en el mismo grado. Hay tiempos y lugares en que, dueña tranquila de las almas, no teniendo que combatir mas que algunos desórdenes, consecuencia natural de la flaqueza de nuestro corazon, se limita á una palabra de edificacion que podria llamar la predicacion interior y pastoral. Hay otros en que encuentra creencias tenaces, ya entre los pueblos que aun no han recibido el misterio de la verdad, ó ya entre aquellos que fueron ilustrados, pero que disgustados de la luz patrimonial, apartaron de ella su vista para formarse doctrinas de su eleccion. En tal caso la Iglesia llama á su socorro una palabra que seria difícil de definir por caractéres constantes, á causa de la variedad de los errores que debe combatir y de las almas que quiere convencer, pero que puede llamarse la predicacion exterior ó apostólica.

M. de Janson creyó que el estado de los ánimos en Francia requeria un gran desarrollo de la predicacion apostólica. Lo creyó con tanta mas razon, cuanto que no se trataba solamente de luchar contra la debilitacion de la fe producida por las controversias filosóficas del último siglo, sino tambien de matenerse al nivel de una época en que la libertad de la palabra humana, estando consagrada

(1) Génesis, cap. 1, vers. 3. (2) Segunda epístola á Timoteo, cap. 2, vers, 9.

por las instituciones públicas, exigia por contrapeso toda la actividad de la palabra divina. Era este, Señores, un pensamiento justo, elevado, liberal. La palabra humana ¿tenia derecho de quejarse si la palabra divina buscaba un campo mas ancho para penetrar en él? ¿No era la palabra divina la que al conquistar su propia libertad habia acabado por libertar la palabra humana? ¿No podian ellas vivir juntas sobre el terreno comun del nuevo derecho, sea que debieran combatirse, sea que tuvieran el deseo de reconciliarse?

Verdad es que para juzgar un pensamiento no basta considerarle en su concepcion íntima, sino que es preciso tambien ver su realizacion. ¡Y bien! se dirá, ¿qué habia resultado del pensamiento de Mr. de Janson? De repente un nublado de misioneros se habia precipitado del Norte al Mediodía en las grandes ciudades del reino, llamando al pueblo á ceremonias extrañas, desconocidas de la tradicion católica; á cantos que no solamente expresaban las esperanzas de la eternidad, sino tambien las de la política profana; á predicaciones en que el exceso del sentimiento suplia la debilidad de la doctrina, en que se atacaba menos al corazon que á la imaginacion, con riesgo de no producir mas que una conmocion pasajera en lugar de una sólida conversion. ¿Era esta una obra santa y digna? Bastaba para justificarla el haberse atraido algunas poblaciones, y sin hablar de los desórdenes que protestaron contra ella en muchas nobles ciudades, ¿no debe tenerse en cuenta la profunda repulsion que inspiraba á una parte de la nacion la poca gravedad de este proselitismo religioso? ¡Ah! no era así como los apostóles habian conquistado el mundo; no era así como S. Pablo se habia presentado en Aténas y en Corinto; no era tampoco así como los misioneros modernos habian ganado á los pueblos salvajes de ambas Américas. Despues que el mundo, educado y fortificado por el cristianismo, habia adquirido mas delicadeza y profundidad, ¿se debia tratarle con tan poco respeto en los esfuerzos de una conquista mas difícil que la primera?

Estas reprobaciones, Señores, han salido de la boca de un sinnúmero de contemporáneos nuestros. ¿Eran justas? Yo diré lo que respondian los partidarios del nuevo apostolado.

Era un error atribuir á Mr. de Janson la creacion de las misiones de Francia. Ellas existian hacia dos siglos, y su primer autor fué uno de los hombres cuyo nombre ha permanecido mas popular, quiero decir, S. Vicente de Paúl. Este es quien, en 1626, habia sentado en París los fundamentos de una sociedad religiosa desti-

nada á predicar misiones en el interior mismo del país, sociedad que fué aprobada en 1632 por una bula del papa Urbano VIII, bajo el nombre de *Congregacion de los sacerdotes de la mision*. Despues, ya en Francia, ya en otros países católicos, se habian formado instututos semejantes; los misioneros, conducidos por su zelo y su experiencia, habian imaginado juntar á la predicacion los cantos y las ceremonias que juzgaban propias para excitar en los fieles la fe, el arrepentimiento y todos los sentimientos cristianos. De aquí se habia formado poco á poco una tradicion, y al fin del último siglo, la voz potente y célebre del Padre Brydaine daba todavía á estas reglas una gloriosa confirmacion. Mr. de Janson no habia hecho mas que resucitar un pensamiento que principiaba en S. Vicente de Paúl, y concluia en Brydaine. Es verdad que la predicacion de los misioneros antiguos y modernos era frecuentemente menos sábia que popular; mas ¿era esta un motivo de queja en un tiempo de democracia? ¿No se podia en el siglo XIX trabajar por el pueblo? Si el lenguaje de los misioneros desagradaba á los hombres de saber y de gusto, ¿quién los obligaba á eschucharlo? O mas bien, bajo estas quejas del gusto lastimado, ¿no se ocultaba el temor de que el cristianismo volviese á tomar su ascendiente sobre una gran parte de la sociedad? Los que perseguian á los misioneros, ¿no eran los mismos que perseguian á los Hermanos de las Escuelas Cristianas? y la revolucion de 1830 ¿no ha rehabilitado y premiado á los Hermanos de las Escuelas Cristianas por la voz de sus ministros, de sus filósofos, de sus oradores, y por la voz aun mas significativa del mismo pueblo?

No pasaré mas adelante, Señores; me basta haberos mostrado que la cuestion tenia dos aspectos importantes; y cuando una cuestion tiene dos aspectos importantes, un hombre de bien puede, salvos el deber y el honor, elegir la una ó la otra. Este es vuestro derecho, Señores, es el mio; tambien era el derecho de Mr. de Janson.

No entraré en los pormenores de sus trabajos apostólicos. En medio de su curso era naturalmente conducido al pensamiento de misiones mas lejanas, y quiso visitar al menos la tierra que habia sido el punto de partida de todos los apóstoles. En 1817 partió para el Oriente, evangelizó en Smirna muchas naciones á un tiempo, y hallándose así preparado para visitar á Jerusalen, buscó con piedad las huellas del Señor, á quien deseaba servir con mas ardor que nunca.

Cualquiera otro que Mr. de Janson, Señores, no hubiera recogido

de este viaje mas que dulces recuerdos personales. Mas él, con el corazon rebosando en las emociones que habia recibido, concibió el designio de hacer gozar de ellas á sus hermanos, no por una narracion mas ó menos imperfecta, sino por una imágen viva de la realidad. En el occidente de París, sobre una eminencia ceñida por tres costados por las aguas del Sena, y desde donde se contemplaba tranquilamente un inmenso horizonte, Mr. de Janson poseia, con una sencilla casa, una capilla adornada con algunos sepulcros de familia. Muchas veces habia ido allí como á un lugar doméstico y solitario; allí habia reflexionado sobre sí mismo y sobre todas las grandezas cuyo teatro se desarrollaba á sus piés. Cualquiera ruta que tomase, le conducia á lugares célebres. Un sendero le dirigia á Nanterre, cuna de santa Genoveva; otro á Malmaison, morada ennoblecida por la fortuna de Napoleon y la desgracia de Josefina; mas allá, pero todavía muy cerca, se hallaba Marly, donde Luis XIV venia á reposar de Versalles; en el lado opuesto, se tocaba la selva de San Claudio y las sombrías islas de Neuilly; en las extremidades de la llanura, aparecian San German, San Dionisio y París. Era imposible sentarse en aquel sitio sin que el alma fuese visitada por hermosas visiones: ¡tan bella era allí la naturaleza, sublime el espacio, radiosos los recuerdos! Mr. de Janson resolvió dar este lugar desierto á un millon de hombres colocando en él una cruz. Recordaba que el Redentor del mundo habia dicho: *Cuando yo haya sido levantado de la tierra, todo lo atraeré hácia mí* (1). ¿Estaba su palabra tan helada por los siglos, que no pudiera cumplirse á la faz de París? La cruz fué colocada; los cimientos de un hospicio y de una iglesia se mostraron de lejos: cesó la soledad. Viéronse cada año peregrinos sin número, extranjeros y ciudadanos, agolparse en las puertas de París, pasar el rio sobre puentes y barcas, y trepar gozosos las pendientes escarpadas y peligrosas de la montaña, atraidos por aquella cruz que hace diez y ocho siglos tiene al mundo suspendido en sus brazos. Santa montaña, ¿cómo te hubiera yo olvidado en mi narracion? ¿No te he visitado cuando mi juventud estaba floreciente y la verdad empezaba á serme revelada? ¿No me he sentado sobre tus piedras para hablar de Dios á la brillante sombra del sol en su ocaso? Y mas tarde, despues de haberte visto en tus festivos dias, te he vuelto á ver en tu desolacion; como un amigo fiel que sobrevive á la fortuna, he seguido yo tus senderos

(1) Evangelio de S. Juan, cap. 12, vers. 32.

abandonados; he comido en la vieja casa que ha permanecido hospitalaria en la desgracia; he mirado manos piadosas sacar de tu cementario huesos preciosos que no se atrevian ya á dejarte. Todo habia variado, excepto el corazon de aquellos á quienes habias hecho bien, y en quienes revives por la inmortalidad de su recuerdo.

Hénos aquí, Señores, en el año de 1824. Mr. de Janson estaba en la fuerza de su gloria y de su madurez. Habia fundado una sociedad religiosa que llenaba la Francia con el esplendor de sus obras, y levantado á la vista de París un monumento que atestiguaba la energía siempre subsistente del cristianismo. Su voz de una elocuencia viva y natural, habia sido escuchada en las principales ciudades del reino; Burdeos, Tours, Poitiers, Fontainebleau, Aviñon, Marsella, Tolon, Nantes honraban su predicacion con un recuerdo reconocido. Allí habia dejado no solamente la memoria de su talento, sino la memoria mas preciosa del zelo y de la caridad. Habíanle visto pasar sus dias y una parte de sus noches oyendo confesiones; mas de una vez se le habia hallado en su aposento, tendido en el suelo, vencido por el sueño á que no habia querido abandonarse. Sabíase que su corazon y su bolsillo estaban abiertos á los pobres, y que les daba hasta sus vestidos mas necesarios. Hay un billete de su madre concebido en estos términos : « Os envío, Mr., dos docenas de camisas para mi hijo; pero os ruego que no se las entregueis todas de una vez, porque no guardaria mas que dos, y daria en seguida las demás á los pobres.» Una carrera tan bella, llegada como de un solo golpe á su mediodía, parecia presagiar una tarde apacible, una vejez rodeada de unánimes homenajes. No ha sido así : el término de los felices sucesos habia llegado para Mr. de Janson; iba á descender con amargura la segunda pendiente de la vida.

El rey le ofreció en 1824 el obispado de Nancy y de Toul. Hasta entonces los honores del mando no le habian tentado; cuando fueron fundadas las misiones de Francia, habia rehusado su gobierno, y habia atraido los sufragios sobre el señor abate Rauzan, á quien consideraba superior á él por su edad, su talento y su experiencia; habia igualmente desechado las ofertas del cardenal de Perigord, gran limosnero de Francia, quien, en la época del Concordato entre la Santa Sede y el rey Luis XVIII, le habia propuesto la silla episcopal que quisiera elegir entre las que se acababan de crear. Mr. de Janson, en estos dos encuentros, no habia cedido á las instancias de los que le amaban y le veneraban; en 1824 juzgó conveniente obedecerles.

Era esto un sacrificio, Señores; pero un sacrificio que una amistad tierna y severa hubiera podido llamar una falta. Porque la Providencia y la naturaleza son á un tiempo pródigas y avaras de sus dones; cuando ellas han concedido á un hombre cualidades extraordinarias, casi siempre le niegan ciertas ventajas medianas, cuya ausencia debe recordarle los límites de la humanidad. Mr. de Janson habia recibido de Dios, en el órden natural, los dones magníficos del nacimiento, de la fortuna y del espíritu; habia recibido, en el órden sobrenatural, los dones todavía mas preciosos del apostolado y de la caridad: era esta una dotacion demasiado rica, para que no tuviese en alguna parte de su persona un útil contrapeso. Mientras Mr. de Janson no habia mandado, mientras habia podido decir: *No soy mas que un soldado, y no tengo mas que zelo*, la parte menos luminosa de su naturaleza habia permanecido como sepultada en la auréola de sus raros méritos. Pero el mando exige, además de alguna cosa muy superior en la inteligencia y en el corazon, ciertas costumbres domésticas que no tienen brillo, y que sin embargo, cayendo gota á gota en el comercio de la vida, dulcifican las relaciones, disminuyen las dificultades, derraman sobre los negocios una dichosa uncion. Nombraré la exactitud para hacerme comprender. ¿Qué es la exactitud? ¿No es una virtud del último grado? ¿No conocemos todos á hombres sin capacidad que son perfectamente exactos? Y no obstante, la exactitud es de tal modo necesaria en los que mandan, que se ha dicho de ella, con tanta precision como gracia, *que es la política de los reyes*.

Mr. de Janson, Señores, no habia tenido jamás ocasion de adquirir todos aquellos ornamentos de pormenor que acaban la estructura moral de un hombre, y añaden á las grandes líneas de su fisonomía la expresion de un trabajo concluido. Jamás habia gobernado ni sufrido; habia sido libre y feliz desde que estaba en el mundo; llegaba á los cuarenta años cuando se vió en frente de una diocésis, con la estricta obligacion de vivir y morir en ella; él, que hasta entonces habia tenido el mundo entero por horizonte, y aun así se hallaba como estrechado. ¿No tengo derecho para creer que era esto poner su sacrificio á una prueba demasiado dura? Yo observo tambien que iba á tener que tratar directamente con la sociedad moderna, y dudo si su nacimiento y su educacion le habian iniciado suficientemente en el espíritu de esta sociedad. Pero quizá me preguntaréis: ¿Cuál es el espíritu de la sociedad moderna? Si bien es difícil hablar de su siglo, y estando con respecto á él en la misma posicion que un

súbdito en frente de su soberano, es decir, entre el temor de la insolencia y el de la lisonja, os hablaré sin embargo á fin de no huir ninguno de los peligros de mi situacion, y para que, careciendo de cualquier otro mérito, tenga al menos el de la franqueza.

La sociedad moderna está fundada sobre dos ideas capitales, que pueden acaso oscurecerse á la vista del espectador y aun desaparecer si se las mira en ciertos momentos y en ciertas ocasiones, pero que suben siempre á la superficie, como aquellas plantas arraigadas en el fondo de un rio, nutridas con sus aguas y su limo, y que lastimadas por la fuerza de la corriente bajan un momento la cabeza, pero acaban siempre por sacar sobre las olas su tallo y su corona. La primera de estas ideas es que no existe entre los hombres otra distincion seria que la distincion del mérito personal, y que ni el nacimiento, ni la fortuna, ni los empleos públicos hacen nada para elevar á un hombre, si él mismo no se eleva por su capacidad, sus servicios y su virtud. La segunda es que existen por encima de todos, aun por encima de la soberanía, y en favor de todos, derechos que no pueden ser ni retirados, ni menospreciados, ni prescritos, y que son protegidos no solamente por la fuerza ideal de la naturaleza y de la religion, sino tambien por la fuerza social de las leyes, de las costumbres y de la opinion pública. Los límites de estas dos ideas varían en los entendimientos : los unos extienden su círculo, los otros le estrechan; pero todos, exceptuando un corto número de hombres, las veneran como el arca sagrada del siglo presente. Esto no es decir que los adversarios de tales principios no digan nada en la materia digno de consideracion ; ellos dicen, al contrario, cosas notables ; entre otras esta: Que reducir al hombre á su mérito personal, aislarle en el órden de la gloria, mientras no está aislado ni por la sangre que se transmite, ni por la fortuna que tambien se transmite, ni por la memoria, que le une invenciblemente con lo que le ha precedido, es violar el instinto mas fuerte de la naturaleza, atacar el espíritu de familia y de tradicion, y no hacer de la humanidad mas que un torbellino de polvo sin vínculos y sin nombre. Dicen que la solidaridad en el mérito, lejos de perjudicar al desarrollo del mérito personal, es su mas fuerte aguijon, y que del mismo modo que un padre es excitado por el pensamiento de sus hijos á aumentar su patrimonio, lo es igualmente á acrecentar la dignidad de su nombre, como tambien los hijos, por el recuerdo de su padre, son inducidos á no degenerar de su rango en la opinion de los hombres. Dicen asimismo que elevar el derecho de los pueblos sobre la soberanía que rige el

conjunto del cuerpo social, es elevar la libertad mas que la autoridad. y ponerlas en un conflicto perpetuo, en que no habiendo ningun árbitro del debate, cada uno será dueño de cubrir la tiranía con el nombre del órden y la rebeldía con el nombre de la justicia; que por lo demás, basta considerar el mundo moderno para conocer la vanidad de las ideas sobre que está fundado, pues que no puede verse nada mas miserable y mas vacilante á la vez: la posesion del oro convertida en el único título para el ejercicio de los derechos cívicos, la ambicion vendiendo y comprando las conciencias á cielo descubierto, el comercio deshonrado por una bancarota, que ni aun el pudor tiene por freno y la vergüenza por castigo, la obediencia sin amor, el poder sin paternidad, costumbres que tienen la hipocresía de la igualdad y de la libertad mas bien que el culto, y bajo este triste espectáculo, el ruido de una tierra que se remueve, que gime y que espera.

No tengo qué responder, Señores; solamente he querido indicaros cómo algunos nobles talentos pueden quedar fuera de la sociedad moderna, y protestar contra sus principios, sus vias y su porvenir. El tiempo decidirá entre ellos y nosotros, y quizá está escrito, en region mas elevada, que la victoria no será ni para nosotros ni para ellos, sino para Dios solo. Quizá estará establecido por la inevitable revelacion de las cosas, que la vieja sociedad ha perecido porque habia echado á Dios fuera de sí, y que la nueva está sufriendo porque Dios no ha entrado suficientemente en ella.

Ahora, Señores, solo tengo que deciros una palabra: la revolucion de 1830 separó á Mr. de Janson de su grey, y destruyó todos sus trabajos anteriores; millones de hombres se levantaron y aniquilaron los pensamientos y las obras de un hombre.

Mr. de Janson tenia cuarenta y cinco años. Esta es la edad de la plenitud, la edad en que todo lo que se ha sembrado en la vida levanta al rededor del hombre sus ramas cargadas de sombra y de frutos, y esta misma edad era la en que Mr. de Janson acababa de perder su pasado, y veia su vida tendida ante él como un árbol arrancado de raiz. Difícil es á los que no lo han experimentado conocer á fondo el dolor de esta situacion, y el valor que se necesita para no sucumbir á ella. Mr. de Janson no sucumbió. No vió su desgracia sin emocion y sin sentimiento; pero halló en su corazon recursos para soportarla ante Dios, para honrarla ante los hombres, y para hacerla servir al bien de sus hermanos. Su fortuna fué mas que nunca el patrimonio de los pobres; tomaba parte en todas las obras piadosas de la capital, y socorria una porcion de miserias sin nom-

bre que se ocultan allí hasta á la caridad; abria su mano con el gozo de un obispo y la liberalidad de un príncipe. Daba hasta sus vestidos pontificales. Un dia que pedia algun ornamento que necesitaba para decir misa, se le vino á decir que no se encontraba ninguno; se habia despojado pocos dias antes en favor de un pobre obispo de la Oceanía.

Nueve años se pasaron en estas caritativas ocupaciones, cuyo secreto solo Dios posee, y que desde la víspera al dia siguiente no dejaban ningun rastro en el corazon mismo de quien eran alimento. Pero el número de dias medidos por la Providencia á Mr. de Janson se aproximaba á su término, y como aquellas lámparas que antes de apagarse arrojan su último brillo, sintió renacer en sí las lejanas visiones de su primera juventud. En 1839 partió para la América, solo, sin servidores, acompañado de algunos misioneros que estableció de una manera fija en la Luisiana; y en cuanto á él, escogiendo el Canadá, que es una tierra francesa, para el teatro principal sus incursiones apostólicas, desplegó durante diez y ocho meses una infatigable actividad. Nosotros no tenemos la idea de los triunfos de la palabra en aquellas comarcas transatlánticas, y del espectáculo que presentan las poblaciones, cuando concurren á suspenderse en los labios de un misionero. Mr. de Janson predicaba muchas veces al aire libre á auditorios de diez y de veinte mil hombres; la cumbre de las montañas, la orilla de los rios y de los lagos le servian de basílicas en lugar de las iglesias, que eran ya demasiado estrechas; así hizo una tras otra mas de sesenta misiones en los campos, sin hablar de sus trabajos en la Nueva Orleans, en Mont Real, en Quebec, en Nueva Yorck, y de sus excursiones entre las tribus salvajes, que recibieron con una sencilla admiracion. Los obispos de los Estados Unidos le llamaron al concilio de su Iglesia; firmó las actas, así como la carta dirigida por ellos á los arzobispos de Colonia y de Posen, para felicitarles de haber opuesto un firme valor á las persecuciones del poder civil. Vuelto á Europa hácia fines de 1841, Mr. de Janson fué á solicitar de la reina de la Inglaterra el perdon de seiscientos Canadienses desterrados de su país por consecuencia de disensiones políticas: poco tiempo despues fueron llamados los desterrados.

Esto no era mas que el preludio de los designios de Mr. de Janson. Una vez entrado en la vida apostólica, reconoció su elemento natural, y su juventud se renovó allí toda entera. Cuando se echa una mirada sobre las conquistas del cristianismo en el mundo, se

le ve dueño de la Europa y de las Américas, poseedor de una gran parte de las costas africanas, extendiéndose, por el septentrion, del Asia hasta las murallas de la China, tocando á la Persia, dominando en la India, protector ó soberano de las islas de todos los mares, y no teniendo ya ante él como punto de asiento, despues de la caida del poder otomano, mas que un solo grande imperio, que es el imperio chino. Separado de nosotros por vastas tierras sin civilizacion y por muchos océanos, este imperio ha despreciado hasta ahora nuestro proselitismo, y ahogado con las mas atroces persecuciones la semilla del Evangelio, que la Providencia no cesa de verter en él por generaciones de misioneros mártires. Allí fué donde Mr. de Janson señaló su tumba, esperando que Dios le haria la gracia de mezclar su sangre con toda la sangre cristiana que, hace tres siglos, sube de aquel país hácia el cielo para atraer sobre él la misericordia y la verdad. Pero quiso hacer un esfuerzo supremo, y no llegar á la China sino con algunos planes y recursos que él solo era capaz de concebir y realizar. Reasumió sus planes y buscó sus recursos en una obra que tituló *La Obra de la Santa Infancia*, la cual tenia por objeto la compra, bautismo y educacion de los niños chinos abandonados por sus padres. Porque es una costumbre de aquel imperio, atestiguada por todos los viajeros, poner en la Inclusa los hijos cuyo nacimiento sobrecarga la pobreza de las familias; y si nos costara trabajo creer en un olvido tan grande de los sentimientos naturales, nos bastaria echar una ojeada sobre las repúblicas mas célebres de la antigüedad, para encontrar en mas ó menos grado esta práctica desnaturalizada. Habiendo Mr. de Janson madurado su proyecto, dió parte de él al público por escritos y predicaciones destinadas á obtener el concurso de toda la cristiandad. Su pensamiento era visitar sucesivamente la mayor parte de los reinos de Europa, predicando esta nueva cruzada, y una vez asegurada la obra en el fundamento de una inmensa asociacion, embarcarse él mismo para la China. Ya habia recorrido la Bélgica y una parte de la Francia; el rey y la reina de los Belgas habian dado á sus hijos el protectorado de la obra en sus Estados; una multitud de niños de todas condiciones se habian inscrito en las listas; gran número de obispos habian prometido su cooperacion. Entrado de nuevo en París para pasar el invierno y descansar de sus viajes, Mr. de Janson continuaba, con su correspondencia y en reuniones públicas, la ejecucion de su vasto proyecto. Entonces le vimos atacado del mal que debia arrebatarle á la Iglesia; encorvado bajo la fatiga, oprimido, casi sin voz, nos

sorprendió por la serenidad de su rostro y el ardor de su conversacion. En catorce años que hacia que nos acercábamos á su persona, siempre le habíamos encontrado espiritual, amable, benévolo, dejando en el corazon una impresion que arrastraba hácia él; pero por la primera vez nos entristeció, y nos pareció venerable. La desproporcion de sus fuerzas con su pensamiento era tan manifiesta, su aire de seguridad contrastaba tan fuertemente con los estragos de la enfermedad, que creimos ver un niño ó un santo burlarse de los negocios y de la muerte.

No era que dejase de conocer su situacion; la sabia hacia mucho tiempo, y desde el fin de su morada en América, aunque la exaltacion de su zelo quisiese ocultarle las ruinas prematuras de un cuerpo que habia trabajado por Dios, y al que acababa de dar el último golpe, escribia estas líneas patéticas: « Algunas veces pienso que no resistiré á esta enfermedad de extenuacion, y que solamente os enviaré á Nancy algunos restos mios; este pobre corazon, por ejemplo, que no ha sido bien conocido mas que de vosotros y de algunos amigos y niños en nuestra ciudad episcopal. Presumo sin embargo que nuestra catedral le concederá un último asilo de reposo y de paz. ¡ Que se cumpla la santísima voluntad de Dios (1) ! »

¿ Por qué habria de omitir cómo ví por la última vez á Mr. de Janson ? Yo iba á salir de París; algunos jóvenes me rodeaban en mi aposento con las cordiales demostraciones de su piadosa amistad; oyóse el ruido de un carruaje; un momento despues se abrió la puerta; y vimos al anciano obispo de Nancy, con el corazon y las manos enteramente jóvenes, avanzar hácia nosotros, sacando de su pecho oprimido algunos sonidos imperfectos, pero tan sinceros y tan buenos, que nos llegaron al fondo del alma.

Cinco meses despues, el 11 de julio 1844, á las puertas de Marsella, Mr. de Janson entregaba á Dios su alma inmortal.

Así, Monseñor, desaparecen sucesivamente, por un llamamiento de Dios muy rápido, los hombres de fe que han sido los primeros en reedificar sobre el suelo renovado de la Francia nuestra antigua Iglesia. Ninguno, entre estos padres de nuestra edad, ha llevado sobre las ruinas del santuario una mano mas ilustre que vuestro inmediato predecesor, una mano mas desinteresada, mas activa y mas lastimada. Volcado por una tempestad que ha derribado reyes, ha dejado por un lado de su vida obras destruidas, y por otro obras sin

(1) Carta del 16 de agosto de 1841 á Monseñor Menjaud.

concluir, pero tambien, y mucho mas, ha dejado el recuerdo de un alma apostólica que el rango y la fortuna no separaron de su vocacion, que el trabajo no cansó jamás, y que experimentó la desgracia sin abatirse ni irritarse. Vos viviréis largo tiempo, Monseñor, en esa silla que teneis de su eleccion, y en que vuestra presencia nos recordará su espíritu de discernimiento; vos viviréis para amar y bendecir la religion, que es el primer bien de los hombres, su fuerza y su gloria, y que sin embargo recibe tambien de ellos, por las mismas virtudes que les da, el poder y la honra. Y vosotros, hermanos mios en el sacerdocio de Jesucristo, que habeis perdido dos veces, por la ausencia y por la muerte, un obispo que os era tan querido, nosotros todos, al ver caer con tanta rapidez los apoyos que Dios habia dado á su Iglesia, conoceremos mas nuestros deberes y la brevedad del tiempo que nos ha dispensado para cumplirlos; reflexionaremos seriamente sobre nosotros mismos, y nos apresuraremos á cultivar estos cortos años que han sido confiados á nuestra fidelidad. Mas ricos que nuestros predecesores, poseemos el fruto de su trabajo, el ejemplo de sus virtudes, y un siglo que se ha madurado bajo la misericordiosa luz de los acontecimientos mas grandes. ¿Haremos sin embargo mas y mejor que nuestros padres? Herederos de Zorobabel, que reparó las ruinas del templo, ¿reedificaremos nosotros, como Nehemías, los muros y las torres de la ciudad santa? Dios solo, que lee en lo mas remoto de los siglos, Dios lo sabe. Pero si esta gloria nos está negada, si la trulla y la espada caen de nuestras manos antes de haber acabado el recinto de Jerusalen, ¡podamos al menos dejar á los hijos de la esclavitud una memoria que los fortifique, un perfume que se levante de nuestra tumba, y que lleve á su corazon, con buenas noticias de lo pasado, un feliz presagio del porvenir!

SERMON VIGÉSIMO PRIMERO.

De la humildad que produce en el alma la doctrina católica.

MONSEÑOR (1):

Señores:

Podemos considerar toda doctrina en el cuerpo docente que la posee y la propaga, en los manantiales que la contienen, en los efectos que produce, en su fundador, y finalmente en su misma esencia. Por esto, Señores, llamado yo á exponer en esta cátedra la doctrina católica, he tratado en primer lugar de la Iglesia, de sus caractéres, de su constitucion, de su autoridad, de sus relaciones con el órden temporal; he tratado despues de sus fuentes, tales como la Tradicion, la Escritura, la Razon, la Fe, donde la Iglesia bebe su doctrina; y enfin, en el año último he abordado los efectos que produce esta doctrina en el espíritu. Y ya habeis visto que produce en él la certeza racional, es decir, una conviccion reflexiva, soberana, inmutable, y además una certeza sobreracional, es decir, una conviccion que no proviene del estudio, transluminosa y que excluye la duda; y despues un conocimiento que por su extension, su profundidad y su claridad excede al conocimiento humano. Finalmente, he establecido que entre la razon humana y la razon católica existen relaciones de armonía, de inteligibilidad, de analogía, de confirmacion recíproca, y no obstante, de supremacía en favor de la razon católica.

Hoy, Señores, avanzaremos mas en esta ruta que hemos abierto ante vosotros; porque las conclusiones del espíritu no son las con-

(1) Monseñor Affre, arzobispo de Paris.

clusiones finales del hombre. Cuando el hombre ha visto alguna cosa, cuando por medio de esta luz que brilla en él, ha descubierto un objeto, por lejos que sea, ve aparecer otra fase de su sér, otra potencia, que es la sensibilidad. Es impulsado hácia este objeto por un sentimiento cualquiera, hasta que otra facultad, que es el lugar de la fuerza, se apodera de este sentimiento, manda, dirige, produce actos interiores y exteriores, y pone en conmocion toda la vida.

Por esto, Señores, tratamos de saber qué es lo que produce la doctrina católica en el sentimiento y en la voluntad, ó mejor dicho, cuáles son sus efectos en el alma, despues que ha producido en la inteligencia una certeza, un conocimiento, una razon. Tal será el objeto de nuestros Sermones de este año. Los principiaré sin ningun preámbulo, aunque no sin haberos advertido que la palabra del hombre no es nada por sí sola, y que toda elocuencia es un vano sonido, si no la fecundiza el espíritu de Dios. Ruego, pues, á los que aquí estais y sois cristianos, que eleveis vuestros corazones hácia Dios, para que descienda su bendicion sobre nosotros ; y ruego tambien á los que no tienen la dicha de ser cristianos, que preparen bien al menos el estado de su alma, y que cooperen con un movimiento de buena voluntad á los esfuerzos de esta palabra que van á oir, y á los deseos fraternales de todos estos corazones amigos que van á asistir á la palabra para que les penetre y les arrebate hasta á la verdad.

El objeto primero y mas natural del conocimiento del hombre es él mismo. Sobre él cae su primera mirada, y sobre él retorna. Puede desviarse de cualquier otro pensamiento, aun del de Dios, aun del del universo; pero aunque quisiese cerrar los ojos de su espíritu por un acto de su omnipotencia soberana, no podria separarse de sí. Y hé aquí por qué, Señores, el sentimiento que el hombre tiene de sí mismo, el sentimiento que nace en el hombre con motivo de la vista que tiene de sí, es seguramente de la mas alta importancia. Porque el hombre podrá avasallar cualquier otro sentimiento, por dominador que este sea, supuesto que podrá separarse de los objetos que lo producen ; pero no podrá desembarazarse ni un solo instante del sentimiento que tiene de sí mismo, del sentimiento que corresponde á la mirada que sumerge incesantemente en sí. Y como el sentimiento toca á la voluntad, y la voluntad es el resorte de la accion, fácil es de concebir que esta cuestion del sentimiento que tenemos de nosotros mismos es una cuestion capital.

Yo abro, pues, temblando el corazon del hombre, y no necesito ir muy lejos ; ¡ay ! no tengo mas que abrir el mio para descubrir lo

que pasa en el de mis semejantes. Abro el corazon del hombre y conozco que se ama. Se ama, y no lo censuro; ¿ por qué habia de odiarse ? Pero se ama con exceso : se ama mas que á todo, se ama sobre todo, se ama de una mancra exclusiva, se ama con orgullo, hasta quiere ser el primero y solo el primero. Descendamos á nosotros mismos; ora hayamos nacido en un trono ó en la tienda de un artesano, en el fondo, desde el momento en que se despierta en nosotros la vida moral, no cesamos de aspirar á la exaltacion de la primacía. Dícese que al pasar César por no sé qué pueblo de los Alpes, y apercibiendo en su pequeño foro cierta agitacion con motivo de la eleccion de un jefe, se detuvo un momento á contemplar este espectáculo. Sus capitanes que le rodeaban, admirábanse y decian : ¿ Tambien en este pueblo se disputa la preeminencia ? y César, como que era hombre grande, les dijo : « Mas quisiera ser el primero en esta aldea que el segundo en Roma. » Este es el grito verdadero de la naturaleza. Donde quiera que nos hallamos, queremos ser los primeros. Artistas predestinados á reproducir los objetos con el pincel ó el buril, oradores que saben crear pensamientos en el espíritu de la multitud, generales mandando batallones y prometiéndoles la fuga del enemigo, ministros conduciendo los imperios, reyes agitados bajo la púrpura, todos aspiramos á la primacía, y á la primacía solitaria. No estamos contentos sino cuando, midiendo con una mirada todo cuanto nos rodea, hallamos el vacío, y mas allá de este vacío, lo mas lejos posible, un mundo de rodillas adorándonos.

Un jóven ha recibido de la naturaleza una fisonomía feliz : rubios son sus cabellos, azules sus ojos, su frente noble, su sonrisa amable : ligera y débil criatura, ¿ creeis que no aspire mas que al destino de una flor ? Os engañais; él tambien sueña en la primacía y en la dominacion; con estos débiles atractivos que ligan los corazones, trata de hacerse un objeto efímero de admiracion sobre esos labios del mundo donde se cuentan todos los prestigios y todas las glorias que se marchitan en el instante en que nacen.

En una palabra, Señores, aspiramos á la primacía aun por la potestad de la nada. No insistiré mas en esta verdad, porque es un lugar comun, y, por la gracia de Dios, tengo horror á insistir en ellos.

Pero hé aquí lo que sucede. Cuando el hombre embriagado de sí mismo, mira á su alrededor, ¿ encuentra acaso un espectáculo que corresponda á las ilusiones de su orgullo ? No, antes halla todo lo contrario, halla rangos formados en los que él no tiene lugar : jerar-

quía de nacimiento, recuerdos de una antigua gloria que ha cruzado los siglos, y que resplandece aun por la potestad de la historia sobre la frente de un hombre sin mérito; jerarquía del talento que ha distribuido la naturaleza en sus caprichos, y que, á pesar de todas nuestras protestas, se coloca mas elevado que nosotros y hace á nuestro amor propio magníficos insultos; jerarquía de la fortuna procedente de la virtud, del vicio ó de la habilidad; jerarquía de toda clase y de todo nombre, que descansa en las leyes, en las tradiciones, en las necesidades, en los abismos siempre prontos á abrirse cuando se ataca lo que ha fundado el tiempo. Y al ver esto, el hombre caido de la nada en medio de todos estos tronos que le retan, el hombre se indigna; reacciona con toda la fuerza de esa potencia de mando que hay en él y que puede desafiar hasta á la naturaleza, como Ayax pronto á morir amenazaba con el trozo de su espada la majestad de los dioses; su orgullo irritado todo lo desafía; el odio de la superioridad que sufre, se une en su corazon con el odio de la igualdad que rechaza. ¿No es Mahoma quien ha dicho en alguna parte: *¡ Iguales! mucho tiempo há que Mahoma no los tiene?* Y no sabeis que el César moderno, habiendo recibido en Egipto de un miembro del Instituto una carta que comenzaba con estas palabras: « Mi querido condiscípulo, » estregando el papel en aquella mano acostumbrada á rubricar la victoria, repetia con desden: « ¡ Mi querido condiscípulo! ¡ qué estilo! » Bien podemos, Señores, decretar la igualdad en las constituciones; el orgullo ratifica su proclamacion solo para rebajar á los que están mas elevados que nosotros, pero no para elevar á los que están mas bajos. El odio de la superioridad no hace mas que llamar á sí al odio de la igualdad y el desprecio de la inferioridad. Estos son los tres hijos legítimos del orgullo. ¡Si al menos en este corazon fascinado por la necesidad de la primacía reinase una verdadera elevacion! Pero el orgullo se halla sobrado bien con la bajeza; una bajeza sorda vive en el orgullo y forma gemonias (1) que los mas crueles tiranos no hubieran inventado. Esta conciencia, tan delicada para con el trono en que se coloca, esta conciencia se vende y se compra: se humilla para engrandecerse, mendiga de rodillas la púrpura que cubrirá su desnudez, acepta el desprecio para obtener el derecho de devolverlo.

Hé aquí, Señores, al hombre tal cual es, el sentimiento que tiene

(1) Llamábanse gemonias los lugares destinados antiguamente para ejecutar el suplicio de los reos y exponer sus cadáveres.

de sí mismo y las consecuencias normales de este sentimiento. Ahora bien, yo digo que evidentemente y sin grande esfuerzo de lógica, este es un sentimiento falso, inhumano, infortunado. Es un sentimiento falso; porque es imposible que todo el mundo sea el primero, y por consiguiente el voto de la naturaleza ó de la Providencia, cualquiera que sea él nombre que le deis, no ha podido llamarnos á la primacía. Si este fuese nuestro objeto y nuestra vocacion, existiria solo un sér, y aun entonces no seria el primero, supuesto que para que haya un sér primero es necesario que haya séres últimos. Es un sentimiento inhumano; porque tiende al envilecimiento de todo lo que llega á ser lo primero, y al desprecio de todo lo que no es bastante afortunado ó bastante fuerte para crearse una situacion elevada. Finalmente, es un sentimiento infortunado; porque está en contradiccion con todas las realidades de la vida. El orgullo pide infinito, y da muy poco la vida, tanto mas cruel, cuanto que ella favorece á algunos y muestra de lejos á la ambicion anhelante sus raros productos. El orgullo dice á un artesano que es un soberano, y el infeliz marcha, lleno el espíritu con esta soberanía, á tender en la calle la mano á un trabajo que no siempre encuentra, y que deshonra anticipadamente con sus vicios. ¿Cómo quereis, pues, que exista la felicidad en una contradiccion tan punzante entre lo que sentimos y lo que es realmente?

La doctrina católica, Señores, se ha propuesto cambiar enteramente el sentimiento que tenemos naturalmente de nosotros mismos. Ha atacado ese sentimiento que parece indestructible y nada diferente de nuestra esencia; ha esperado formarnos otro sentimiento enteramente contrario, y yo admiro esta esperanza y esta singular seguridad. Admiro una doctrina que no teme derrocar al hombre por su base; que no solo quiere estirpar en él un sentimiento radical, sino que crea un sentimiento opuesto al antiguo, y se promete inaugurarlo en lo mas profundo de su corazon. El hombre vivia de orgullo; él vivirá de humildad. Y ¿qué es la humildad? La humildad es una aceptacion voluntaria del lugar que se nos ha marcado en la jerarquía de los séres, una posesion de sí mismo con una moderacion igual á lo que valemos, y que nos induce á descender hácia lo que no vale tanto. El orgullo tendia á subir; la humildad desea bajar. El orgullo implicaba el odio á la superioridad, el odio á la igualdad, el desprecio á la inferioridad; la humildad encierra en sí el amor y el respeto á la superioridad en aquellos á quienes ha hecho la Providencia superiores á nosotros, el amor y el respeto á la igualdad

en aquellos á quienes ha hecho la Providencia iguales á nosotros, el amor y el respeto á la inferioridad no solamente en aquellos á quienes ha hecho la Providencia inferiores á nosotros, sino aun respecto de nosotros mismos y de una manera absoluta. El orgullo aspiraba á ser el primero, la humildad aspira al último lugar. El orgullo queria ser rey, la humildad quiere ser servidor. Sentimiento increible, que no tenia nombre en la lengua de los hombres, y que se ha creado un nombre, una historia y una gloria.

Digo una gloria, porque no creais que la humildad tratase de humillaros, antes era su objeto realzaros; ninguna otra doctrina, Señores, ha pretendido exaltar el alma humana tanto como la doctrina católica; ninguna otra le ha propuesto una ambicion mas grande y mas extraordinaria. Ella no le habla mas que de sus orígenes y de sus fines divinos; sustituye por ella la eternidad á la inmortalidad; le da á Dios por hermano y al cielo por patria; le inspira tan profundo respeto de sí misma, que las menores sombras de la rectitud y de la conciencia le causan horror, y en vano ensayaria á vivir tranquila cuando ha empañado la mas ligera mancha el esplendor de su dignidad personal. Así la mas elevada exaltacion del alma debe aliarse y se alía en la doctrina católica á la mas profunda humildad. ¿Cómo es esto? ¿Cómo es compatible una ambicion sin límites con una aspiracion enteramente contraria?

Podria, Señores, no abordar esta explicacion, puesto que solamente trato de los fenómenos de la doctrina: no obstante, no es inútil que toquemos de vez en cuando el secreto interior de las cosas. Quitemos, pues, la contradiccion aparente que nos preocupa, y penetremos hasta la esencia de la humildad. Sabedlo, Señores, la verdadera elevacion no está en la elevacion de naturaleza, en la jerarquía material ó exterior de los séres. La verdadera elevacion, la elevacion esencial y eterna, es la elevacion de mérito, la elevacion de la virtud. El nacimiento, la fortuna, el genio, no son nada ante Dios. Porque ¿qué es el nacimiento ante Dios, que no ha nacido? ¿Qué es la fortuna ante Dios, que ha hecho el mundo? ¿Qué es el genio ante Dios, que es el espíritu infinito, y de quien nos viene esa pequeña llama extraordinaria á que damos tan bello nombre? Evidentemente no es nada. Lo que sí es algo ante Dios, lo que nos aproxima á él, es la elevacion personal debida al esfuerzo de una virtud que, cualquiera que sea el rango natural en que hayamos sido colocados, reproduce en el alma una imágen séria de la Divinidad. Pues bien, cuanto mas se eleva la virtud desde un lugar bajo, mayor es su mérito. Imitar á

Dios cuando se toca á las primeras gradas de su trono, cuando se le ve cara á cara, es un mérito fácil; pero que una criatura colocada en un rango inferior, que un simple hombre sin nacimiento, sin fortuna, sin genio, encorvado bajo los útiles de una tienda y aplicado á la obra mas vil, que este hombre se eleve hasta Dios por un movimiento de su corazon, que saque de su alma olas de un amor sin mancha, que ofrezca á Dios, aunque tan lejos de él, una imágen de sí mismo, verdaderamente su abatimiento en la jerarquía natural aumentará su elevacion en la jerarquía del mérito. La humildad no excluye, pues, la exaltacion; antes la auxilia, y lo que es mas, la produce Porque ¿qué es la virtud que constituye la jerarquía del mérito? La virtud evidentemente no es otra cosa que la adhesion de sí á los otros; ¿es pues posible adherirse sin abnegacion de sí mismo? ¿Es posible sacrificarse sin que el primer sacrificio sea el del orgullo? Porque ¿qué es el orgullo, sino yo, siempre yo, yo mas que cualquiera otro, yo mas que el universo, yo mas que la humanidad, yo mas que Dios? ¿Qué es el orgullo sino el propio egoismo? Y como el egoismo y la virtud son dos palabras que se excluyen, se sigue que el orgullo y la virtud se excluyen tambien, para dejar ver claramente que la virtud y la humildad tienen una misma definicion, y que así bajarse es elevarse. El orgullo no es mas que la forma del egoismo, la pasion de la nada que se amontona en sí, y que quiere oprimir á todos los demás; la humildad es la forma del amor, la pasion del sér verdaderamente grande, que quiere hacerse pequeño para darse mejor. Así Dios es el mas humilde de los séres; él, que es sin igual, tiene iguales en la triplicidad de la personalidad divina; él, que es la altura sin límites, se baja á la nada para crear el sér, y al hombre para tomar su naturaleza. De él, mejor que de un emperador romano, debiera haber dicho el poeta: *Subido al trono, á descender aspira.* Tal es, Señores, el sentimiento que ha pretendido imponer al hombre la doctrina católica respecto de sí mismo. ¿Y lo ha conseguido? Sed vosotros los jueces. ¿Ha creado realmente la humildad en el hombre? ¿Ha inducido al hombre á descender voluntariamente? Todos vosotros lo sabeis; la historia del catolicismo os es conocida; sabeis el sentimiento que animaba á los santos, el sentimiento que os inspira la Iglesia á vosotros mismos. La doctrina católica es la que ha inaugurado en el mundo el amor sincero de la superioridad; ella es la que ha producido el sentimiento de la igualdad y de la fraternidad, segun esta expresion del Apóstol: *Diligite charitatem fraternitatis, — amad el amor de la fraternidad.* Finalmente, ella es la que nos

ha dado el gusto de hacernos pequeños, de descender de clase, del nacimiento, de la fortuna, del brillo, del genio; ejemplos célebres que los mismos reyes han dado y que dan aun oscuramente todos los dias infinitas almas imitadoras de la humildad del Calvario en medio de ese espantososo orgullo que reina aun en la humanidad, aunque no sobre la humanidad.

Ahora, Señores, ¿qué deberemos deducir de todo esto? Esto es lo que vamos á ver.

La humildad es una virtud. Necesito demostrarlo por las consecuencias ulteriores á que quiero llegar. La humildad, digo, es una virtud, porque la virtud es una fuerza del alma que resiste al mal y que produce el bien, y la humildad lleva consigo todos estos caractéres. Es una fuerza, pues que supera la inclinacion de nuestra naturaleza al egoismo de la primacía; resiste al mal y produce el bien, porque el mal es una relacion falsa, y el bien una relacion verdadera de los sentimientos y de los actos con los séres. Siempre que estamos con los séres en una relacion exacta, justa, armoniosa, no por el espíritu, pues esto seria el fenómeno del conocimiento, sino por el corazon y los actos, estamos en el bien. Siendo, pues, el orgullo un sentimiento falso, inhumano, desgraciado, un sentimiento que desnaturaliza todas nuestras relaciones con la jerarquía de los séres, se sigue manifiestamente que la humildad, que nos coloca respecto de los séres en una relacion verdadera, humana y feliz, es una virtud. El orgullo turba todos los séres, comenzando por sí mismo; la humildad apacigua todos los séres, comenzando por ella misma: la humanidad es la virtud-príncipe, como el orgullo es el vicio-príncipe.

Esto sentado, digo que solo la verdad puede producir la virtud, y que el error es absolutamente incapaz de producirla. En efecto, el error coloca á nuestro espíritu en una relacion falsa con los séres: él nos los presenta tales como no son, é induce por consiguiente nuestro corazon á la falsedad. Inducido el corazon á lo falso por séres que se le presentan bajo un aspecto que no es el suyo, ¿cómo quereis que deduzca un sentimiento verdadero el corazon, y la voluntad actos justos? Esto no es posible. Sabeis muy bien, Señores, que el sentimiento sigue la vista del espíritu, y que los actos siguen el impulso del sentimiento. Así está constituida la jerarquía de nuestra actividad interior y exterior. El hombre ve primeramente, y segun ve, experimenta en la sensibilidad una simpatía ó una repulsion; y segun experimenta una simpatía ó una repulsion, manda

en su interior por la voluntad y despues obra exteriormente. Pero si el punto de partida en esta serie de actos de la organizacion activa es viciosa; si, por ejemplo, veo como malo lo que es realmente bueno, si veo á Dios como un tirano en lugar de verle como un padre, ¿no es cierto que solicitado mi sentimiento por esta idea falsa de Dios, se inclinará á odiarle? Mientras que si tengo idea verdadera de Dios, si oigo la primera palabra del cristiano que ora, *Padre nuestro que estás en los cielos*, ¿no es cierto que mi sentimiento gravitará hácia él bajo la forma de un filial afecto?

Os admirais sin cesar de hallar almas buenas y bien dotadas, cuyos actos y sentimientos en ciertas materias os causan un estupor doloroso, y decís: ¿Cómo son capaces de escribir ó de hacer cosas tan odiosas esos hombres que parecen de un espíritu tan recto? ¡Ah! Señores, es porque esos hombres ven mal. ¿Creeis acaso que el corazon sea siempre ante Dios tan culpable como nos parece á nosotros? ¿Pensais que viviendo en medio de una sociedad en que el espíritu sin cesar sitiado por el error, sea la misma la responsabilidad de los sentimientos y de los actos que en las épocas en que la verdad sola instruia y gobernaba al mundo? Cuando de tiempo en tiempo, cristianos, se persigue vuestro honor con calumnias públicas, decís: Solo una pluma malévola ha podido trazar tales injurias. Desengañaos; tal vez os ataca la buena fe, y casi puede asegurarse que es el error, error mas ó menos culpable, segun la desgracia de los tiempos y la multiplicidad de las causas que han falseado el espíritu. Lo que llamais una puñalada es frecuentemente una estocada para el que os hiere: él no conoce la Iglesia, la ciudad de los santos; descúbrela al través de las tempestades del siglo, como un obstáculo para lo que le parece ser la regeneracion de las ideas, el porvenir del mundo, el desarrollo de la civilizacion; él ve lo contrario de lo que vosotros veis, y hace por consiguiente lo contrario de lo que vosotros haceis. ¡El error! Señores, ¡el error! hé aquí el orígen mas fecundo del mal, y siempre un manantial de donde no puede salir ningun bien, ninguna virtud, segun he demostrado.

¿Queremos, pues, conocer si una doctrina es la verdad? Para esto no tenemos mas que ver los sentimientos y los actos que son su consecuencia. Toda doctrina que produce la verdad es necesariamente verdadera: la virtud es el fruto inimitable de la verdad.

Pues bien, la humildad es una virtud; una virtud sustituida al peor de todos los vicios; una virtud capital que crea la autoridad, la fraternidad, el amor sagrado del pobre, que coloca á cada uno de los

hombres en su lugar respectivo, aun en el último lugar, y consintiéndolo ellos. Así pues, la doctrina católica, de que es un efecto la humildad, es una gran verdad, una verdad grande, primera y capital.

Pero no es esto todo, Señores; no basta la sola verdad para producir una virtud; la verdad puede ser ineficaz en esta grande obra, aunque sea necesaria para ella. Enseñándonos la verdad las verdaderas relaciones de los séres, es sin duda el gérmen primero de la virtud; pero este gérmen puede abortar, si no desarrolla en el corazon un sentimiento: y no es lo mismo dar sentimientos que dar ideas. Yo sé cómo se dan ideas. Abre el hombre sus labios bendecidos por Dios; habla, expone una serie de proposiciones que contienen lucidez, y la luz pasa de su espíritu al espíritu que le escucha. Pero ver no es sentir; pasar del acto de la vision al acto del sentimiento es pasar de una region á otra: ya no basta la luz para explicar este nuevo fenómeno, pues todos los dias vemos y permanecemos insensibles. Yo bajo á la calle, y encuentro un pobre que me tiende la mano: veo que la relacion de este hombre respecto de mí es una relacion de pobreza á riqueza, de uno que pide á quien puede compadecerse y consolar; y no obstante, paso por su lado sin bendecirle ni con la mirada, ni con el corazon, ni con la mano. Tengo la verdad respecto de este pobre, pero me falta la caridad. ¿Quién me dará la caridad? Indudablemente otra potestad distinta de la verdad; pero no obstante una potestad que esté unida á la verdad, como lo está el calor á la luz; una potestad capaz de conmoverme, de afectarme, de arrebatarme. Así pues, nombradme la patria. Todo el mundo sabe lo que es la patria. Pero cuando el enemigo está delante, cuando se trata de dar su sangre por defenderla, y cuando á veces se cree que esta sangre es inútil, porque la debilidad del corazon nos representa el sacrificio como una cosa que no dará buen éxito; entonces, ¿qué será necesario para decidirnos? Será preciso que caiga de alguna parte y venga á animar este corazon helado una inspiracion simpática respecto de la patria, para que haga brotar de él esa sangre que quiere conservar. Es necesaria la inspiracion simpática para hacer pasar la verdad al estado de sentimiento; mientras no obra esta inspiracion simpática, es imposible que se produzca el sentimiento. De aquí viene tan frecuentemente la impotencia de la palabra; la palabra ilumina muchas veces sin dar calor, porque el mismo orador está frio, porque no se halla suficientemente cargado de electricidad simpática, y nadie comunica lo que él mismo no tiene.

Una doctrina que no contiene inspiracion simpática en el corazon del hombre, es pues una doctrina estéril para la virtud, cualquiera que sea la cantidad de verdad que por otra parte encierre; y al contrario, siempre que una doctrina renueve y transforme el corazon del hombre, es manifiesto que le es simpática en alto grado, y que por consiguiente es verdadera, no solo para el espíritu, sino para el corazon. Ahora bien, la doctrina católica ha hecho nacer en el hombre el sentimiento desconocido de la humildad; ella ha herido, como Moisés, la roca de su orgullo, y le ha vuelto dulce, sencillo, obediente, contento con el último lugar; ha obrado un milagro que ha exigido la mas admirable inspiracion simpática: es pues verdadera para el corazon como para el espíritu.

Aun hay mas: hay en la virtud otra cosa que la verdad conocida y sentida; hállase en ella tambien la fuerza que obra. Puede verse la verdad; puede gustarse, y faltar no obstante energía suficiente para quererla y ponerla en práctica: este caso es muy frecuente. Lo que todos necesitamos mas es fuerza, es el *vir*, lo que no puede escribirse al pié de nuestra estatua, como se hacia al pié de la estatua de un hombre célebre, esta simple inscripcion: *Vir*. La debilidad es la desgracia de nuestra naturaleza mas difícil de curar. Por lo comun vemos bastante pronto la verdad; la amamos sin mucho trabajo; pero su transfiguracion primitiva en virtud, pero el acto final en el cual falta el hombre á su mismo nombre, hé aquí el esfuerzo tan raro como supremo. Pues bien, la doctrina católica, que ha llevado al mundo la idea y el sentimiento de la humildad, ha creado tambien su fuerza. Ha hecho realmente hombres humildes, tanto por los actos como por las ideas y los sentimientos; ha producido la virtud de humildad en su sustancia total. Y pues que nadie da lo que no tiene, es sobre toda controversia que la doctrina católica posee la fuerza que hace los humildes. Pero ¿qué fuerza y de qué género? Indudablemente una fuerza que no existe en la naturaleza, que es superior á ella, pues que es natural al hombre el orgullo destronado por la humildad, y que así, no siéndole natural la humildad, ha sido necesario, para que el hombre la recibiese y la practicase, una fuerza que no venia de su naturaleza, una fuerza por consiguiente divina, pues que solo conocemos dos clases de fuerza: la naturaleza y Dios. Luego la doctrina católica, que hemos probado ya ser una verdad de espíritu y una verdad de corazon, es tambien una verdad divina.

Confirmaré este resultado probando la impotencia de todas las demás doctrinas para producir en el hombre la virtud de la humildad.

Fuera de la doctrina católica, solo existen tres doctrinas: el racionalismo, el protestantismo y los cultos no cristianos. Podria no hablar de los cultos no cristianos, porque de hoy en mas ha terminado su imperio en el mundo, existiendo solamente la lucha final entre la doctrina católica, el racionalismo y el protestantismo. Así pues, si el tiempo urge, solo diremos sobre ellos una palabra.

El racionalismo es el esfuerzo de la inteligencia para explicarse el misterio de los destinos por sí sola, sin el auxilio de ninguna revelacion, de ninguna tradicion, de ninguna autoridad. Esta palabra, Señores, es una palabra moderna: hanla creado los católicos del siglo XIX; y es una palabra de creacion feliz, porque es una palabra llena de equidad. Cuando se estableció en el mundo el racionalismo, es decir, esa abstraccion de toda revelacion, de toda autoridad, se hallaron embarazados los católicos: no podian dar á este esfuerzo de la inteligencia el nombre de filosofía, porque ellos mismos tienen una filosofía; existe una filosofía cristiana, una filosofía católica. Llamar filosofía al racionalismo era darle un nombre que habia llegado á ser sagrado para los católicos, y transportarlo á un género de especulacion enteramente opuesto á su doctrina y á su método. Algunos apologistas llamaron á la filosofía moderna *filosofismo;* pero esta expresion, arriesgada acá y acullá, no pudo obtener generalidad ni estabilidad, precisamente porque encierra una injuria. Quien dice *filosofismo* dice amor al sofisma; sin embargo, se puede ser racionalista por educacion, por el giro del espíritu, por cualquier desgracia; se puede buscar en sí mismo, en su inteligencia, la explicacion del misterio de los destinos, y no ser necesariamente un corazon entregado al sofisma. La palabra era pues desgraciada. Los católicos del siglo XIX crearon la de racionalismo, admitida hoy en todas las lenguas de Europa, suerte inevitable de toda palabra propia y bien formada; y está bien formada porque expresa sin injuria lo que quiere decir.

El racionalismo no tiene ni aun la pretension de inspirar la humildad. Ve la llaga del orgullo, al menos así lo creo, y busca en la modestia un contrapeso á este mal sentimiento de nuestra naturaleza; pero la modestia no es mas que la imitacion artística de la

humildad; oculta el orgullo sin destruirlo; lo oculta, porque el orgullo es un vicio tan enemigo de la humanidad, que le es imposible al hombre mostrarlo. Sed el genio mas grande del mundo: tened en la frente toda la gloria imaginable; si se aparece sobre ella el orgullo, sois un hombre odiado y deshonrado. El mundo solo da la gloria, con la condicion de que se lleve sin dejarse deslumbrar de ella, y pareciendo aun mas grande que ella. Por esto la modestia es un acto de primer órden, que el racionalismo aprecia por necesidad. Hace aun mas.

Yo reconozco que no existe solamente una falsa modestia, que solo es un velo para cubrir el orgullo, sino que existe tambien una modestia sincera, cierta calma, una posesion moderada de sí mismo que hace que el hombre que llega á un rango honorífico concluya por contentarse con él. Pero aquí no hay mas que una virtud de sabio privilegiado, una virtud de gabinete y de salon, que no penetra hasta las entrañas del hombre, y no es mas que la calma de un orgullo satisfecho que mide con la prudencia la inanidad de los votos ulteriores. El racionalismo no tiene parte alguna en este ligero sueño del orgullo, obra de una nuturaleza templada, y no obra de esta doctrina que, haciendo de la inteligencia individual el principio y la regla exclusivos de la verdad, es la creadora de un orgullo particular, el mas fuerte de todos. Los hombres por lo comun no aspiran mas que á la primacía de nacimiento, de fortuna, de genio, de poder; el racionalista, capaz de desdeñar todo esto, coloca su trono aun mas alto, y verá sin admirarse el dia en que, por una consecuencia lógica, se estime Dios ó el *absoluto*.

El protestantismo es el esfuerzo de la inteligencia para ponerse en posesion de la revelacion sin auxilio de autoridad alguna. Por lo que desde luego se ve que el protestantismo no es otra cosa que un racionalismo mitigado. El racionalismo se establece como independencia del pensamiento, como queriendo sacar de él la verdad; el protestantismo, aceptando la revelacion, quiere, no obstante entrar en comunicacion con la palabra divina por medio del esfuerzo individual del alma. No admite al hombre entre él y Dios, porque el hombre rebaja al hombre: orgullo religioso que arruina la sociedad espiritual, como el orgullo comun arruina la sociedad humana. Así, los hombres y las obras de humildad, tan frecuentes en la Iglesia católica, no han aparecido jamás en el protestantismo, y además se ha alterado visiblemente bajo este respecto en los pueblos protestantes el carácter cristiano. Si alguna vez os habeis

acercado á una poblacion dominada por esta doctrina, habréis discernido fácilmente en el lenguaje y en la fisonomía, que abandonabais la frontera de la humildad para entrar en una de las fases del orgullo. Nada tan célebre, por ejemplo, como el ceño hereditario de la capital del calvinismo.

La Inglaterra, ese país por el que debemos rogar, porque si bien se halla alejado desde hace tres siglos de la verdad católica, y ha derramado la sangre de muchos hermanos nuestros, no obstante, se levanta para él el crepúsculo de un dia mas puro; la Inglaterra nos presenta tambien, á la primera mirada, la caida sensible de la humildad cristiana. No lo digo por criticar, lícito es aun á la caridad mirar algunas veces la frente del ángel decaido, para conocer mejor el signo de la verdad en su mismo oscurecimiento ó en su desaparicion. ¿Quereis, pues, ver los efectos de una falsa doctrina en un gran país? Observad el estado de la domesticidad en Inglaterra. No puede verse nada mas seco, mas duro, menos humano que el comercio del Inglés con su criado. Ya no se conoce allí la divinidad del doméstico; allí no se sabe ya que Jesucristo fué el primer doméstico del mundo. Ha reaparecido el desprecio del hombre con la alteracion de la doctrina católica, y es mas instructivo el espectáculo, cuando trayendo nuestro pensamiento á los bellos recuerdos de nuestro país, recordamos lo que eran entre nosotros los criados, la familia de la casa, el anciano que nos habia tenido en otro tiempo en sus rodillas, la nodriza que nos habia criado, el apoyo y el honor que mostraban en los antiguos castillos del feudalismo y en todas las santas casas del reino cristianísimo. No hay duda que ya no son estas mismas costumbres las del dia, al menos no lo son en tan alto grado; pero ¿quién las ha mudado sino la debilitacion de la fe, sino la invasion del racionalismo y de todas esas doctrinas que impelen al hombre al orgullo, hablándole de fraternidad? La palabra humana, cualquiera que sea, no basta para sustituir en la organizacion del hombre la arteria de la humildad á la arteria del orgullo. Se puede querer, aunque no sea mas que por pudor, imitar las ideas y los sentimientos del verdadero cristianismo; pero esta misma imitacion revela, por su impotencia, en la doctrina católica, la sola semilla que ha recibido el don de la eficacia, y con él el signo inalienable de la divinidad.

En cuanto á los cultos no cristianos, nada diré terminantemente. Son cuerpos muertos en el campo de batalla, en que se disputan el mundo el error y la verdad. ¿Qué quereis que diga de Júpiter y de

Mercurio? La Grecia, Roma, el mismo Mahoma eran aduladores lisonjeros de las pasiones del hombre. ¿Qué mas quereis que os diga de la humildad respecto de ellos? Cuando ha sepultado la victoria bajo ruinas y sangre aquellos á quienes holla, ¿quereis que un orador venga un dia sobre estos *túmulos* á entonar un cántico de triunfo y á probar que estas gentes muertas no tenian ni virtud ni verdad? Toda doctrina que no sea la doctrina católica, lisonjea el orgullo y las inclinaciones corrompidas del hombre por un punto ó por otro, Zenon lo mismo que Epicuro; y si se hallase una doctrina de mano humana que tuviera toda la arquitectura de la verdad, probaria tambien, por su impotencia, que no basta la verdad cuando se trata de virtudes mas fuertes que el hombre.

Vuestro primer tesoro, jóvenes cristianos, es pues el de la humildad; tesoro que os ha procurado la paz, tesoro á que debeis hermanos y amigos que jamas os hubiera dado el orgullo. Este es, digo, vuestro primero y vuestro mayor tesoro personal; pero es tambien vuestro tesoro para la humanidad entera y para nuestra comun y querida patria. Vosotros lo abriréis sobre la una y la otra, y enseñaréis á estas generaciones, turbadas por ambiciones que no serán satisfechas, lo que un hombre de Estado que aun vive, ha llamado la santa escuela del respeto, y yo añado: La santa escuela del respeto en el amor, y del amor en el respeto. Volveréis á enseñarles el respeto y el amor de la superioridad, el respeto y el amor de la igualdad, el respeto y el amor de la inferioridad. Reconciliaréis entre ellos las clases y las suertes, no con frases vanas, sino por medio de sentimientos profundos, por actos en que conocerá el pobre la grandeza, y que acercándole al hombre, le acercarán tambien á Dios. Aplicados á esta gloriosa tarea, que solo á vosotros os pertenece, no os dejaréis conmover por los clamores que os acusen de delinquir contra Dios y los hombres; porque vosotros les opondréis ese mismo tesoro de humildad, y en esta acusacion reportaréis la alegría de la injuria perdonada. El mundo os necesitará tarde ó temprano; la experiencia de doctrinas que no son vuestras, se acabará bajo los ojos abiertos del género humano. ¡Solo necesitaréis esperar, y la paciencia es tambien un fruto de la humildad! Hijos únicos de esta virtud, sagrados patriotas del tiempo, porque lo sois de la eternidad, subid al Capitolio, y allí, empuñando el cetro de caña, la frente coronada de espinas, los hombros cargados con la púrpura sangrienta, permaneced en pié ante el ultraje, y esperad en paz el porvenir que os busca y que os hallará; no un

porvenir de reposo, sino un porvenir en que se acrecerá el número de los que creerán, amarán y sufrirán con vosotros; porque mientras el reino de Dios sea el reino de la humildad, no habrá en él gloria sin humillacion, victoria sin derrota, alegría sin dolor. Vosotros sois semejantes al Océano, cuya legítima ambicion es dilatar sus playas, pero que sabe que acreciéndolas, acrece tambien sus borrascas.

SERMON VIGÉSIMO SEGUNDO.

De la castidad que produce en el alma la doctrina católica.

Habeis comprendido la fuerza y la fecundidad del terreno al que ahora hemos descendido. Dejamos la region especulativa de las ideas para entrar en la region práctica de los sentimientos y de las virtudes, y por consiguiente entre el terreno en que estábamos y el en que nos hallamos, hay la diferencia que entre lo que solo se verifica por el espíritu y lo que se efectúa por las mas accesibles realidades; y si habeis comprendido bien mi pensamiento, habréis entendido que hay virtudes reservadas como signo de la doctrina divina. Porque, Señores, lo conocéis muy bien, si existe una doctrina divina, si es cierto que Dios se haya dignado establecer en la tierra una enseñanza emanada de sus labios, si desde que está en el mundo, es decir, desde que hizo el mundo, habla, habla en voz alta y en voz baja, habla al universo entero y á cada alma que ha creado; si esto es cierto, bien veis que es absolutamente necesario que la doctrina divina produzca algo que jamás pueda producir la palabra humana, por mucho que desee contrahacer estos signos omnipotentes. Dios, Señores, se ha reservado pues verdades, se ha reservado virtudes, se ha reservado instituciones; y la gran prueba del cristianismo, su prueba popular, el pan cotidiano de su demostracion, no es el milagro que pasa, aun resucitando los muertos, no es la profecía, aunque mas permanente que el milagro; no, la prueba perpetua y viva del cristianismo, es que toda vista descubre en él, un poco mas tarde ó mas temprano, verdades, virtudes é instituciones reservadas: y es que Dios ha hecho como un gran rey, que, además de las magnificencias exteriores de sus palacios, posee en el interior, en sitios mas secretos, un tesoro de cosas privadas, cuyo santuario solo revela á sus amigos mas queridos.

Ya hemos dicho que la primera de las virtudes reservadas es la humildad. Dios solo hace los humildes con su doctrina católica; todas las doctrinas humanas sin excepcion, desde Platon hasta

Kant, todas engendran el orgullo. Fácil os será reconocerlas en este infalible criterio. Cuando al leer un libro ó al escuchar una palabra suba el orgullo á vuestro corazon, decid: Posible es que aquí esté la verdad, pero es una verdad dicha por el hombre. Y al contrario, siempre que leyendo un libro, ó escuchando una palabra, sintais bajar la humildad á vuestra alma, aunque sea el mas infeliz mendigo quien haya firmado este libro ó pronunciado esta palabra, decíos: Dios es quien habla conmigo. Esta regla no tiene excepcion. Y observándolo bien, Señores, la humildad, mejor que ninguna otra virtud reservada, no es una virtud mística, buena solamente para el cenobita oculto en su celda, bajo una austeridad que el mundo llamará quimérica. No, cuando Dios quiere formar signos lo hace mas hábilmente. La humildad, así como las demás virtudes reservadas, es una virtud de la tierra, una virtud moral, una virtud social, una virtud de que necesita el hombre, que la anda buscando, que le falta á todas horas, y con cuya falta sufre cruelmente.

Sin humildad, es imposible toda jerarquía; porque la jerarquía se compone de escalones subordinados, de los cuales unos son primeros y otros últimos, y todos dependen y necesitan recíprocamente humildad, ya para aceptar su lugar, si es inferior, ya para hacerlo aceptar, si es superior: ninguna combinacion podria reemplazar, en esta posicion, el óleo fraternal de la humildad, y sin su auxilio, la jerarquía no es mas que tiranía de la parte superior, rebelion de la inferior, un odio que asciende y que desciende bajo la proteccion de la necesidad.

No añadiré mas que estas pocas palabras á mi último Sermon, y pasaré á una segunda virtud reservada. Esta segunda virtud reservada es la castidad. Os mostraré que el hombre no ha podido producirla, y cómo lo ha conseguido la doctrina católica. Espero, Señores, de la asistencia divina, que permaneceré en los límites de mi ministerio, y que vosotros tambien elevaréis vuestro corazon á la pureza que es de derecho en semejantes actos. En la edad en que todos estamos, nos es permitido ver, al resplandor de un lenguaje severo, las cosas mas hondamente sepultadas en las entrañas de la humanidad.

El alma no está sola en el hombre; hállase unida á un cuerpo, y el cuerpo del hombre no es como el del animal, no es reglado por los instintos inmutables que le mantienen en los límites convenientes á los fines de su destino. Todo nuestro cuerpo se halla mas ó menos rebelado contra el alma que debe regirlo. No obstante, el alma gobierna bastante bien algunos de esos resortes que llamamos sentidos;

ella puede, con la fuerza de la naturaleza, y el auxilio de una filosofía sana y espiritualista, contener bastante poderosamente las riendas de una grandísima parte de su administracion. Pero hay un sentido singular, el único que no es necesario para la conservacion de la vida, y que permanece privado de sus funciones, aun legítimas, sin dañar al juego ni al desarrollo de nuestra organizacion; y este sentido, que deberia ser naturalmente el mas fácil de gobernar, pues que es libre de llenar ó no su ministerio, es precisamente el mismo que se halla en rebelion permanente contra el alma, por un misterio que yo no puedo explicar al presente, que ignoro, si quereis, pero que es el misterio mas grande de nuestra naturaleza, porque toca en lo mas profundo de la cuestion del bien y del mal.

El sentido de que hablo no está solamente rebelado, está depravado.

Llamo sentido depravado al que no se inquieta de sus funciones verdaderas, pero obra por un instinto de egoismo extraño á todo destino. Esto es claro que es una depravacion del órden natural, porque la naturaleza va siempre á un fin justo, determinado y eficaz. Ahora bien, el sentido de que hablo no se inquieta de su fin; su fin le es completamente extraño. Lo que busca es á sí mismo, es una satisfaccion independiente de todo bien que lo cubra con su utilidad y su santidad. Mientras que todos los demás sentidos obran en direccion á la vida, aun cuando abusen de sí mismos; mientras que el sueño nos causa descanso, el alimento repara nuestras fuerzas, los oidos oyen la palabra que nuestro verbo profiere; en una palabra, mientras que todos nuestros sentidos, aun en sus excesos, cumplen algo de verdadero, este no cesa de conspirar contra nuestra vida. Usa sin fruto nuestros mas preciosos órganos, devora sin objeto nuestras mas admirables facultades. ¿No os habeis encontrado alguna vez con esos hombres, que en la flor de su edad, y apenas honrados con los signos de la virilidad, llevan ya las ajadas marcas del tiempo; que degenerados antes de tocar al nacimiento total del sér, cargada la frente de precoces arrugas, los ojos cóncavos y vagorosos, los labios impotentes para pintar la bondad, arrastran bajo su sol juvenil una existencia caduca? ¿Quién ha hecho estos cadáveres? ¿Quién les ha quitado la frescura de sus años? ¿Quién ha puesto en su semblante signos vergonzosos? ¿No es ese sentido enemigo de la vida de los hombres? Víctima de su depravacion, el infeliz ha vivido solitario, no ha aspirado sino á sacudimientos egoistas, á esas espantosas pulsaciones hasta llevar su cuerpo al

sepulcro, donde dormirán con él sus vicios deshonrando su ceniza hasta el dia final.

¡Ah! si esto no es un sentido depravado ¿qué nombre le daremos? Un nombre mas duro aun, Señores, porque yo añado que es un sentido abyecto. Es un sentido abyecto, porque mata el corazon, porque sustituye la emocion de la sangre á la emocion del alma. Yo he visto en mi vida á muchos jóvenes; y os lo declaro, jamás he encontrado ternura de corazon en un jóven relajado: jamás he encontrado otras almas amantes que las almas que ignoraban el mal ó que luchaban contra él. En efecto, una vez habituados á las emociones violentas, ¿cómo quereis que el corazon, una planta tan delicada, que se alimenta con algunas gotas de rocío que caen aquí y allí del cielo para él; que se conmueve por ligeros hálitos, que es feliz por dias enteros con el recuerdo de una palabra pronunciada, de una mirada dirigida, de un consuelo dado por la boca de una madre, por la mano de un amigo; el corazon, cuyo latido es tan calmado en su verdadera naturaleza, casi insensible, á causa de su misma sensibilidad, y por temor de que fuera abrasado con una sola gota del amor, si Dios le hubiese hecho menos profundo; ¿cómo quereis, digo, que el corazon oponga sus dulces y delicados goces á los goces groseros y exagerados del sentido depravado? El uno es egoista, el otro generoso; el uno vive de sí, el otro fuera de sí; entre estas dos tendencias debe prevalecer una. Si vence el sentido depravado, el corazon se marchita poco á poco, y no siente ya la fuerza de los goces sencillos, y no va ya hácia la otra tendencia, concluyendo por no latir sino para dar curso á la sangre, y para marcar las horas de este tiempo vergonzoso cuya fuga precipita la relajacion. Pero ¿qué cosa mas abyecta que matar el corazon en el hombre? ¿Qué resta del hombre cuando no vive su corazon? No obstante, el sentido depravado hace aun mas: ningun vicio, como tampoco ninguna virtud, detiene sus efectos en el hombre solo; uno y otro tienen en la sociedad la repulsion de su accion. Y bajo este respecto, el sentido depravado es la opresion y la ruina del mundo.

Se habla mucho de libertad, y por mi parte hablo de ella con tanta altivez como el que mas. Porque, gracias á Dios, hay una libertad justa y santa, y no existe en la lengua humana palabra alguna que no tenga su legítima aplicacion. Dios y el demonio se sirven de las mismas palabras, y el demonio no puede maldecir ni una sola, como no puede maldecir una sola idea al abusar de ella. Dios es el padre de la libertad; él la ha bendecido dándola al hombre; él lleva ante

nosotros, por manos de su Iglesia, su estandarte siempre elevado y honroso. Hablo, pues, de la libertad, y os denuncio uno de sus enemigos; os lo denuncio de lo alto de la gran tribuna de la humanidad; aquí donde sosteniéndose mutuamente sus deberes y sus derechos, siempre han hallado oradores y mártires. Os denuncio un despotismo atroz é innoble, el del sentido depravado contra toda una gran parte de la especie humana; porque el infame no se limita á sí, aunque solo viva de sí; sale de sí para hacer víctimas; ¡ y qué víctimas!

¡ Ah ! Señores, al salir de esta asamblea, buscad una de esas calles en que se abriga la miseria, no tendréis que ir muy lejos. Subid esos tristes tramos, y os hallaréis ante un grande espectáculo. Esos semblantes tan jóvenes y tan ajados han sido hermosos; esos miembros que solo inspiran la tentacion del horror, han sido vivos; esos séres deshonrados tenian hermanos y hermanas. Y ya no los tienen, ya no tienen nada, ni aun remordimientos. ¿ Quién los ha despojado, marchitado y entregado á la miseria, al oprobio, á la ignorancia misma de su desgracia? ¿ Quién ? Bien lo sabéis. Tan cobarde como egoista, el sentido depravado no ataca al hombre en su fuerza, sino en su debilidad : no irá á tentar al hombre que puede mirarle de frente; sino que marcha, arrastrándose como un gusano, á deslizarse en el seno de las flores que acaba de abrir la primavera y que solo vivirán un dia. Va á solicitar lo que no puede defenderse; se presenta á un sér débil y sobrado fácil de seducir, porque él tambien ha seducido antes, y se presenta á él bajo el exterior de un corazon conmovido. El hipócrita se atreve á llevar la mano á esta region del alma; oculta la liviandad y la traicion bajo la expresion del amor y de la fidelidad; despues, pasada la hora, despues de haber destruido lo que no se reedifica jamás, abandona, y se marcha, desertor del mal que ha hecho, á consolarse del disgusto que experimenta por un disgusto que aun está por venir. ¿Qué opresion hay en el mundo, si esto no es expresion, y qué ruinas, si lo que voy á decir no se tiene por ruinas ?

Cuando mirais á la historia de nuestro país y veis en ella todos esos nombres ilustres que eran su corona, corona de baron, corona de conde, corona de marqués, corona de duque, todas esas antiguas coronas que formaban la corona total del país; y en seguida, mirando esas razas hoy dia, las veis que se inclinan bajo el peso de su antigüedad, niños cuya espada, esgrimida por sus padres, habia dilatado las fronteras de la patria y de la verdad, y que ya no pueden hacer nada ni por la una ni por la otra, no os es difícil conocer las cau-

sas de esto. El vicio ha pasado á estas razas y ha carcomido sus fibras vivientes. El vicio no perdona ni aun á las naciones. Llega un tiempo, ¡y para qué pueblo no ha llegado tarde ó temprano! llega un tiempo en que sucede á la historia heróica la historia civilizada; caen los caractéres, disminúyense los cuerpos, márchase con paso igual la fuerza moral y la física, y óyese de lejos el ruido del Bárbaro que se acerca y que mira si ha llegado la hora de quitar del mundo á ese viejo pueblo. Cuando ha sonado esa hora, cuando se siente temblar un país ante el destino, ¿qué es lo que ha pasado por él? ¿qué soplo ha extinguido su vida? Siempre el mismo, Señores; la muerte solo tiene un gran cómplice. Este pueblo se ha degradado en las homicidas alegrías de la voluptuosidad; ha derramado su sangre gota á gota, y no á raudales, sobre los campos fecundos del rendimiento; ahora bien, hay una venganza inevitable de la sangre vertida de esta suerte, la que sufren en la servidumbre y en la ruina todas las naciones finadas.

Perdonad, Señores, si no sigo mi pensamiento; ¿qué importa? Pero aquí veo mil jóvenes; siempre que el tentador les ataque, piensen que es el enemigo de la vida, de la belleza, de la bondad, de la fuerza, de la gloria, que es el enemigo universal y nacional. ¡Ah! Señores, si un Tartaro viniera á llamar á vuestra puerta y á persuadiros de una traicion contra la Francia, ¡cuál no seria vuestro horror! No obstante, el sentido depravado no hace otra cosa; la sangre que os pide, aunque no fuese la sangre de la eternidad, seria la sangre de la patria y del porvenir.

¡Dios mio! ¿qué hará el alma ante ese enemigo? ¿Ha recibido alguna fuerza, ha ejercitado alguna contra él? No tenemos mas que interrogar la historia. Ella nos responderá.

¡Pues bien! el alma estaba débil. Ha podido algo por la justicia, por la prudencia, por la templanza, y aun por la fuerza; ha hecho á Aníbal, á Scipion, á Caton el Uticense, y á tantos grandes hombres que han tenido el valor de vivir y morir en circunstancias difíciles; ha creado héroes, mas no ha creado castos. Y al verse así impotente, y necesitando vivir con honor, porque este es su instinto, ha llevado el delirio hasta querer el honor del sentido depravado. No se ha contentado con la libertad; no ha pedido al mundo solamente que el sentido depravado fuese libre, le ha pedido que fuera honrado, y el mundo ha consentido en ello. Aun en la actualidad, Señores, á pesar del cristianismo, se esfuerza el mundo en mantener el honor del sentido depravado. El mundo reprueba á un homicida; el

profanador de los juramentos mas santos, el violador del santuario doméstico, el adúltero pasa por el mundo con la frente elevada. Hé aquí por qué principalmente no pueden entenderse el mundo y el Evangelio : nada combate tanto el Evangelio como el sentido depravado; el mundo le sostiene, y honra hasta el fin el mismo deshonor.

El honor del sentido depravado no ha satisfecho al alma; sino que esta ha querido además la publicidad, el estado público. Porque, Señores, solo es verdaderamente grande lo que llega á ser estado público. Mientras no sostiene la publicidad una cosa, no ha llegado á su mayor poder. ¿ Lo creeréis? el sentido depravado ha aspirado á la publicidad, y, gracias á la connivencia del alma, la ha obtenido! No puedo ir mas lejos, Señores... la palabra cristiana se niega á la simple indicacion de realidades que el sol vió en otro tiempo; pero Dios ha permitido que Tácito y Suetonio escribiesen páginas, que hasta el dia del juicio final llevarán al conocimiento del hombre la historia sangrienta de su propia depravacion. ¿ No recordais el espectáculo del pueblo romano en su decadencia? ¿ No recordais á Neron mostrándose al imperio romano, á los descendientes de la gran república: á Neron, señor de tantos hombres, encargado de representar en su sola cabeza lo que un orador inglés llamaba divinamente bien la majestad de un pueblo; Neron, el heredero de los Fabios, de los Scipiones, de todas las familias consulares, cubierto con todas las púrpuras reunidas por tantas virtudes y por tantos siglos; Neron, apareciendo ante los sepulcros de la patria, ante sus templos, en el foro, rodeado... ¿ Cómo podré pintarle? Y le veia todo un pueblo, pero un pueblo preparado por los mas horribles espectáculos á este espectáculo postrero.

¿ Y nadie acudirá al socorro del alma? ¿ nadie se sacrificará para volverle un poco de valentía y de honor? ¿ Acaso no habia filósofos en aquellos tiempos? ¡ Ay! habia filósofos, no hablo irónicamente, habia genios poderosos que sabian descubrir grandes verdades, aunque no las descubrieran completamente. Pero los filosofos no han podido nada; tambien el sentido depravado ha tenido su filosofía; ¡ se le ha creado una filosofía! Y no solamente, Señores, ha tenido su filosofía, sino que ha tenido tambien su sacerdocio, ha tenido sus sacerdotes.

¡ El sacerdote! este nombre nos representa á un hombre encanecido en la edad y en la tradicion, que ha visitado los reinos de la verdad, y recorrido todas las riberas del error, de donde ha traido,

en favor de los hombres, una filosofía mas elevada que la del tiempo, una mirada que vienen á consultar los pueblos para leer en ella pensamientos venerables. ¡ Pues bien! el sentido depravado ha tenido sacerdotes encargados de ejercer como un ministerio de santidad este espantoso ministerio de la depravacion,

¿ Qué digo ? ¡ sacerdotes ! ¡ ha tenido templos ! ¡ Templos, Dios mio ! Cuando el hombre se halla fatigado, cuando está harto del dia, y no puede mas con la vida, se pone en camino y va á llamar á la puerta de un templo; cae de rodillas, ora, se eleva hácia Dios en esas paredes que son su morada, su alma respira allí la esperanza y el perfume de una vida mejor; hé aquí el templo. Y este templo ha sido manchado por la voluptuosidad : al hombre que iba allí á reposar de los sueños crueles de la vida, se le mostraba en el altar el deleite y le decia : ¡ Yo soy el último Dios!

No obstante, Señores, no hagais al género humano la injusticia de creer que no se avergonzó, y que no aspiró á sacudir este yugo. Aspiraba á ello. Tenia vestales, conocia la palabra de castidad, tenia de ella algunos ilustres ejemplos, tales como la continencia de un Scipion en una ocasion célebre. Pero esto no no era mas que relámpagos, deseos, apariciones del bien; el bien estaba vencido. El hombre ha permanecido durante cuatro mil años bajo el dominio del sentido depravado, hasta que en fin sonó una hora en el reloj de la eternidad, y esta hora decia : « Ha nacido un Salvador; gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. »

Réstanos que ver el efecto de esta simple palabra en el mundo, y cómo ha engendrado en él la virtud reservada de la castidad.

Roma era absoluta señora del mundo : habia reunido en su seno todos los vicios de las generaciones que habia conquistado ; y queriendo marcar con un monumento la plenitud de su gloria y de su religion, elevó en su centro un templo á todos los dioses, su Panteon, en que tambien el dios de la depravacion tenia su imágen, sus sacerdotes y su incienso. Un dia, pues, llegaron ciertos paisanos procedentes de un país sin renombre, y se detuvieron en esta plaza, donde se contenian todos los dioses de Roma bajo la triple proteccion del tiempo, de la victoria y de la religion. Llegaron, pues, y miraron á su alrededor á todas estas potestades que estaban allí para defender la vergüenza y el deleite divinizados, y despues de haber hecho sobre ellos un signo sagrado, fueron á llamar con su báculo de viajero á la puerta del Panteon, que se abrió ante ellos. Allí se se hallaban colocados todos los antiguos dio-

ses, todos los errores pasados, todos los crímenes famosos; todos reinaban allí en mármol, en oro y en marfil. Nuestros paisanos no llevaban contra todos ellos mas que un corazon puro, que al fin fué el mas fuerte. La castidad plantó en el Panteon su doble signo, primero la cruz, la carne del hombre padeciendo por una inmolacion voluntaria, y á su lado la imágen de la Vírgen sin mancha: signos ambos que anunciaban al género humano que no era el padre del mundo la sangre derramada en la voluptuosidad, sino la sangre vertida en el dolor; enseñándole ambos que no era la madre del mundo la fecundidad, aun siendo legítima, sino la virginidad, la virginidad hermana de la juventud, de la belleza, de la bondad, del genio, de la fuerza, hermana y madre de todas las virtudes, y con ellas del mundo entero.

El triunfo era nuevo y grande. El honor y la publicidad de la depravacion eran sustituidos por el honor y la publicidad de la castidad. Pero es necesario un sacerdocio para el sostenimiento como para la propagacion de toda doctrina santa; ¿y cuál debia ser el sacerdocio de la castidad sino un sacerdocio de vírgenes? La doctrina católica lo creó, no ya para una porcion escogida, destinada como las vestales á ofrecer al mundo un raro patron de virtud, sino para todos sin excepcion, para todos, en todos tiempos, en todos lugares, bajo todos los soles. Ella osó contar para esto consigo misma, exigiendo por condicion suprema del sacerdocio la continencia absoluta, y no queriendo confiarlo mas que á la inocencia conservada para siempre, ó perpetuamente recobrada por el arrepentimiento. Nadie, en efecto, puede dar lo que no tiene, y solo la castidad debia tener el privilegio de engendrar la castidad.

Pues bien, Señores, ¿qué decís de esto? Tal era la pretension de la doctrina católica; ¿la ha realizado? ¿Ha creado por toda la tierra, en todos los pueblos, una raza de sacerdotes castos, renunciando á lo que habia parecido á la humanidad, durante cuatro mil años, condimento indispensable de la vida? ¿Lo ha hecho? Y observadlo, no son ancianos reducidos por el hielo de la edad á la impotencia del mal los elegidos por la doctrina católica para sacerdotes suyos; no: son jóvenes, el hombre en la savia y en la flor de su vida; es S. Juan reclinado en el pecho de su maestro; es S. Pablo corriendo á Damasco á rienda suelta; es S. Antonio llevando toda su primavera al desierto de Kolsim. Hé aquí en general el sacerdote cristiano. La Iglesia toma de los cabellos la juventud viviente, afectada por su corazon, seducida por

su imaginacion : la purifica en la oracion y en la penitencia, la educa con la meditacion, la hace dócil con la obediencia, la transfigura con la humildad, y al radiar el dia, la arroja á tierra en sus basílicas : derrama sobre ella una palabra y una gota del óleo ; ¡y vedla casta! Irán estos jóvenes, irán por toda la tierra, bajo la guarda de la virtud ; penetrarán en el santuario de los santuarios, el de las almas : escucharán confidencias terribles ; lo verán todo, lo sabrán todo; mil tempestades pasarán sobre su corazon. Este corazon permanecerá de fuego por la caridad, de granito por la castidad. Este es el signo por el que reconocerán los pueblos al sacerdote. El sacerdote podrá ser avaro, orgulloso, farisaico : su carácter sufrirá sin duda vicios vergonzosos ; pero, á pesar de esto, mientras brille en su frente el signo de la castidad, Dios y los hombres le perdonarán mucho ; lo que estos últimos no le perdonarán jamás, será una falta, á veces la sombra de una falta de fragilidad ; tanto es á los ojos de todos el sacerdocio y la castidad una sola y una misma dignidad, una sola y una misma expresion del Dios que ha salvado el mundo en la cruz.

Gracias á Dios, Señores, el sacerdote católico ha experimentado esta prueba ; y la sufre desde hace cerca de veinte siglos. Hanle mirado sin cesar sus enemigos en el presente y en la historia, han señalado escandalos parciales ; pero el cuerpo entero ha permanecido salvo. La fe de las generaciones atentas no se engaña sobre esto : cree en una virtud que ha experimentado ; trae á nuestros piés niños de diez y siete años, corazones de diez y siete años, votos de diez y siete años ; ella los trae allí á la faz del universo y á la admiracion del impío ; presenta allí á la madre con la hija ; los disgustos precoces con los disgustos envejecidos : dice allí lo que no oye el oido del esposo, lo que no sabe el oido del hermano, lo que el oido amigo jamás ha sospechado. La humanidad proclama por esta confidencia milagrosa la santidad del sacerdocio católico, y siempre se estrellará el furor de los enemigos contra esta arca santa que él lleva consigo. Ellos la perseguirán, como el éjercito de Faraon, hasta en la profundidad de los mares ; pero el muro, el cristal de la castidad se elevará siempre entre ellos y nosotros, y maldecirán este fruto divino que nace en nosotros y que nos protege, y le maldecirán en vano, porque la maldicion que cae en la virtud es como la que cae sobre la cruz de Jesucristo en la antevíspera de la Resurreccion.

La doctrina católica ha hecho un sacerdocio casto. Mas esta no es

su mayor maravilla. Al fin el sacerdote es elegido, es preparado y consagrado; pero la doctrina católica purificará tambien el corazon menos dispuesto y preservado, el corazon de la mujer. Ella creará generaciones de santas cristianas, viviendo libres en medio del mundo, confiadas á sí mismas, guardas con sus costumbres de las costumbres generales, ejerciendo en la sociedad un imperio nuevo, y haciendo nacer del respeto un amor que no conoció la antigüedad.

Me apresuro, Señores, tengo prisa de llegar hasta vosotros, á vosotros, último fruto y el mas divino de la castidad. Porque vosotros estais guardados por la naturaleza y por la sociedad, aun menos que la mujer; á vosotros se os ha dejado una libertad tan grande como vuestros deseos. Todo lo podeis contra vosotros mismos, y todo con una larga impunidad. Mas no obstante, os ha tocado tambien la cruz; hase aparecido la Vírgen sin mancha á vuestro corazon embriagado de vida; ambos os han enseñado á muchos de vosotros el suplicio feliz de la continencia, y la religion se ha rodeado de vosotros como de un ilustre plantel, como de una jóven guardia de honor, que la defiende mejor que el pecho de sus mártires y que la espada de sus doctores. No todos vosotros habeis alcanzado de Dios desde el primer dia en vuestra alma este esplendor virginal; muchos perdieron su primitiva túnica; decaidos del santo bautismo, pasaron al dominio de las pasiones: la juventud les ha vuelto lo que les habia quitado la infancia. Otros luchan aun contra el veneno mezclado en sus venas: elevan á Dios deseos fervorosos, y aprenden en el combate mismo, conociendo mejor la debilidad de la naturaleza, á discernir en la virtud el solo dedo que cura y que vuelve á la vida.

Así, Señores, sacerdocio casto, mujeres castas, juventud casta; tal es la obra de la doctrina católica en medio de un mundo que no ha cesado sin duda de ser corrompido, pero que aun en la parte rebelada contra el yugo de la santidad, recibe sus influencias, y no permite á ningun hombre sensato confundir el estado general de la sociedad cristiana bajo este respecto con las costumbres y la sociedad pagana.

No investigaré hoy las consecuencias lógicas de tan gran transformacion: ya las podeis prever. Ya podeis presentir la cuenta que pediré á las doctrinas humanas en nombre de la castidad, no solamente á las doctrinas pasadas, sino á las doctrinas vivas. Nuestras conclusiones serán aun mas victoriosas que las que sacamos de la humildad; porque la humildad es una virtud que no se mani-

fiesta tanto como la castidad, y tampoco el orgullo tiene llagas tan visibles como la depravacion de los sentidos.

Concluiré con algunas palabras destinadas á la parte cristiana de la juventud que me escucha.

Vivís, Señores, en un país en que estuvieron la moral y la religion mas estrechamente unidos que en ningun otro. Otros pueblos han recibido otros dones; el nuestro ha recibido el de una lógica inflexible que deduce en los actos lo que ha deducido en los pensamientos. La Francia no tendrá nunca mas que una religion expresada y defendida por grandes costumbres. Este es su instinto, y uno de sus títulos de gloria. Sed fieles á él, Señores, y pesad bien las consecuencias de vuestras virtudes: el siglo último no vió perecer la religion en Francia hasta que vió perecer el pudor; el sacerdocio no sucumbió hasta la desaparicion de toda juventud afecta á la castidad. El dia en que fué disuelto este batallon sagrado, concluyó el antiguo y santo reino. Vosotros lo habeis resucitado, Señores: esta jóven y sagrada guardia de la verdad es nuestro mejor augurio, el fundamento mas seguro de nuestra esperanza, la bandera mas gloriosa que ondea para nosotros. La religion os grita, en nombre del mundo vacilante, que conserveis y que acrezcais el honor de esta bandera.

SERMON VIGÉSIMO TERCERO.

De la impotencia de las demás doctrinas para producir la castidad.

La castidad es una virtud puesta en el mundo por la doctrina católica, y que ha sucedido á la mas general y mas horrible depravacion, no en el sentido de que no se halle aun corrompido el mundo cristiano, sino en el de que lucha contra la corrupcion, y de que la doctrina católica ha creado en él un sacerdocio casto, mujeres castas y una juventud casta. Y despues de haber demostrado esto á la luz incontestable de la historia, me parece, Señores, que deberia pasar inmediatamente á las consecuencias que se deducen de este establecimiento tan extraordinario de la castidad. Pero en pos de la doctrina católica se agolpan otras doctrinas para disputarle el imperio, habiéndola combatido mas ó menos felizmente en diversas circunstancias. Es útil, necesario y curioso ver lo que han hecho estas doctrinas respecto de la castidad; es instructivo, una vez poseida, revelada y establecida la virtud, considerar lo que han hecho las doctrinas extrañas para sostener el paralelo bajo este respecto. Y hé aquí, Señores, sobre lo que llamo hoy vuestra atencion. Me referiré á cosas mas ó menos presentes, trataré de ellas con energía, con valentía; pero no obstante, con una bondad tan grande como la doctrina á que doy mi fe, y que tengo el honor de defender delante de vosotros.

Yo no puedo, Señores, seguir una tras otra todas las teorías que nos presenta la historia en la escena del espíritu humano desde hace diez y ocho siglos. Esto seria perderse en un laberinto; seria convocar ante vosotros todas las ideas que han cruzado por la inteligencia del hombre, con un éxito diversamente notable ó sin resultado ninguno : trabajo tan enorme como inútil. Porque sucede siempre que vencen algunas doctrinas, que aparecen superiores á las otras con una grandeza que obliga á detenerse en ellas, y que revela suficientemente lo que pasa en una region menos elevada que la suya. Pues bien, desde el advenimiento definitivo de la doctrina católica,

no hemos visto formarse á su lado mas que tres grandes creaciones doctrinales : el islamismo, el protestantismo y el racionalismo. No miento el cisma griego, aunque ocupe en el mundo un lugar notable, porque el cisma griego, extraño á todo movimiento real, no es otra cosa que la doctrina católica en el estado de petrificacion.

Seis siglos habian trascurrido desde la predicacion del Evangelio, cuando en un rincon del globo, separado de todo el resto por soledades de arena, entre el Egipto y la Palestina, en el seno de una raza que descendia de Abrahan, cuya gloriosa tradicion habia conservado, á la sombra del nombre mas gracioso que haya designado jamás una patria al oido humano, en la Arabia, en fin, nació un hombre. Este hombre llegaba tarde para fundar una doctrina; porque llegaba despues de Cristo, cuando ya obedecia á la cruz todo el imperio romano, y se extendian las ramas de este árbol vigoroso desde la Siria al Egipto y á la Abisinia. No se intimidó sin embargo : conoció el Evangelio; juzgó, leyéndole, la inferioridad moral de su país, dividido entre la idolatría y los recuerdos abrahámicos, y sin aceptar el yugo de Cristo, desdeñando el papel de heresiarca á la par que el de fiel, se colocó entre el mundo antiguo que espiraba y el mundo nuevo que surgia por todas partes, esperando aplanarlos á entrambos, y hacerse, sobre su doble ruina, el último preceptor y el único dominador del género humano. Fundó el islamismo, que ha podido llamarse muy bien una herejía, por ciertas semejanzas manifiestas con el sistema cristiano, pero que se separa de él por la negacion absoluta de la Trinidad y de la divinidad de Jesucristo, y que en el fondo no es otra cosa que un ateismo tradicional, que tiene por tipo, mas ó menos exacto, las creencias y las costumbres de la época patriarcal. El nombre de Abrahan llena todo el Alcoran; es la vida del islamismo. Mahoma ha sustituido Abrahan á Jesucristo, esperando derrocar con él á un tiempo mismo el cristianismo y la idolatría; Abrahan ha sido para Mahoma lo que los primeros siglos cristianos fueron mas tarde para Lutero. Mahoma se volvió hácia lo pasado, eligiendo un punto que creia el verdadero punto del tiempo y de la verdad.

Mahoma consiguió su objeto, Señores; fundó una doctrina, y hace cerca de mil doscientos años que muchos pueblos datan su historia por su hegira victoriosa. Pero ¿cuál fué el resultado de esta doctrina para las costumbres? ¿Cuál ha sido respecto de la castidad el fruto de esta memorable fundacion? No necesito decíroslo : conoceis la horrible depravacion de los pueblos mahometanos, que cayeron

en un abismo mas hondo que las costumbres de Grecia y de Roma, viviendo en virtud de su ley en la poligamia mas desenfrenada, habiendo humillado á la mujer en una servidumbre y una vergüenza mayores que la de la sociedad pagana, y publicando excesos que no puede trazar palabra alguna. Y no creais que quiso esto Mahoma: no, Mahoma no lo quiso. Como fundador queria elevar á su pueblo, y lo consiguió bajo ciertos respectos. Es manifiesto que su intencion y su orgullo eran traer á la vida la civilizacion transitoria de los patriarcas, y la poligamia nos lo demuestra, así como el espíritu de hospitalidad que respira en el Alcoran. Mahoma no quiso corromper la Arabia, sino regenerarla, volverla al tiempo de sus célebres y piadosos antepasados. ¿Por qué no lo hizo realmente? Porque no pudo. Ni su corazon fué bastante puro, ni su mano bastante fuerte para imponer á las poblaciones que pretendia regir, la santidad y la castidad. El Arabe, como un caballo indómito, ha obedecido á su señor, cuando este señor le ha lanzado por el mundo con un pique de espuela que le prometia la victoria; y se ha lanzado bien con la cabeza ardiente, flexibles los remos, erizada la crin, para nivelar los pueblos en su potente tránsito; pero cuando ha sido preciso ponerle en la boca el freno de la pureza, ha mordido sus anillos de acero, y se ha visto que la doctrina que le arrojaba á la conquista del mundo era una doctrina templada con menos fuerza que sus músculos y que su pecho.

Dos palabras y concluyo. Mirad el Alcoran, y no descubriréis en él el signo de una depravacion voluntaria y calculada. La poligamia era una tradicion patriarcal; y en cuanto á las viles recompensas que se dice promete Mahoma en la otra vida á sus fieles sectarios, si es este el sentido que debe dárseles, es un sentido demasiado sepultado en el islamismo, para creer que haya sido la corrupcion el objeto real, y aun el medio autorizado ó confesado por el fundador. La corrupcion vino por la fuerza de los sucesos, como vendrá siempre, en forma de espuma, por encima de toda doctrina humana. Nosotros mismos, cristianos, á pesar de la sangre del Evangelio infiltrada en nuestras venas, ¿cuánta mayor energía no hemos necesitado contra las costumbres musulmanas que contra sus ejércitos? Mas de un caballero cruzado, al traer sus armas de Oriente, trajo tambien costumbres alteradas; y cuando Federico II, entre los tormentos de su ambicion, dejaba escapar estas palabras: « Saladino es feliz, porque no tiene papa que le impida hacer lo que quiera; » eran el grito del Arabe y del Turco, el grito del islamismo,

que salia de su imperial garganta en favor de las costumbres que habia visto y que llevaba consigo.

En fin, libertámonos de él, aunque difícilmente, y algunos siglos despues se halló la sociedad católica, siempre mas ó menos atormentada, en frente de otro momento célebre y fatal. No os trazaré la pintura de los males de la Iglesia en aquellos tiempos. La Iglesia no tiene interés alguno en ocultar, no diré sus culpas, sino las de sus hijos. Ella es bastante fuerte para confesar sus debilidades á todo el universo. Por esto acepto, bajo este respecto, todo lo que querais, como el atleta enfermo y tendido en un lecho acepta voluntariamente la injuria de sus adversarios, que vienen á mirar sus manos lánguidas y á buscar en ellas los signos de la muerte; porque, seguro de su fuerza, deja á su curiosidad la alegría del insulto; los latidos profundos de su corazon le bastan contra ellos, y le dicen la respuesta que dará en nombre de la vida á esta muerte que se espera le devore.

Como quiera que sea, hubo un hombre que quiso reformarnos; ¿y por qué? Nosotros mismos no hablamos al mundo de otra cosa que de reforma. En los claustros, en las cátedras episcopales, en la cátedra apostólica, en el primer rango de los santos, veo sentados reformadores; y por do quiera que se encuentran hombres, es necesario que un dia ú otro dia esta potesdad de la reforma atraviese y se encuentre, como se levanta súbitamente en el horizonte un viento en el Océano, cuando ha estado largo tiempo apacible y no revela ya á las naves que lo surcan su fuerza y su temeridad, advirtiendo á los marineros que luchen por medio del arte y de la energía contra este enemigo, que no es en el fondo mas que un reformador de su adormecida molicie.

Gracias á Dios, la reforma es pues una cosa de la Iglesia, y el título de reformador, el mas bello que concede á sus hijos despues del de fundador. Y aun algunas veces no excede el uno al otro, y S. Bernardo está sin pena al lado de S. Benito.

Pues bien, en el siglo XVI, en un rincon de la Sajonia, se halló un hombre que tuvo el pensamiento de reformarnos, y en verdad que tenia este derecho mas que ningun hombre de su tiempo; porque habia recibido de Dios una elocuencia que salia de sus labios ó que caia de su pluma con igual fecundidad : alma ardiente, tan capaz de retener con el amor como de subyugar con la doctrina, y á cuyo carácter nada faltaba para asegurar la potestad de su espíritu. Añádase á esto que era un cenobita. La Iglesia lo cogió en el siglo,

le cubrió con un sayal, le arrojó bajo el cilicio y la ceniza; él habia sentido la vara feliz de la obediencia, las alegrías de la humildad, y esa mezcla de una bella naturaleza con una fuerte gracia le habia preparado maravillosamente para volver á los demás todos los dones del cielo, engrandecidos por haber pasado por su corazon. ¿Qué mas? ¡Un hombre de genio, un orador, un escritor, un monje, todas las potestades y todas las glorias en esta jóven mano! Dejémosle edificar su obra.

Ha concluido, Señores...; pero ¿dónde se le encuentra? ¡no ya en el hogar sagrado de la tienda cenobítica, sino en el atrío de una casa vulgar, tendidos los piés hácia un fuego doméstico y con una mujer á su lado! ¡Él, dos veces consagrado vírgen por la uncion del sacerdocio y por los juramentos del claustro! ¡Él, que fué hecho Cristo por la Iglesia, y que no encontró la Iglesia bastante pura para él! ¡Vedle ahí casado! y no solo. Su palabra ha quebrantado la puerta de los antiguos conventos de la Germania; ha turbado la castidad secular del anciano y la mas pura aun del jóven; ha evocado del sepulcro todas las concupiscencias de la carne. Dios no eleva solamente á los sacerdotes por la doctrina católica á la continencia absoluta, sino que hizo el don de esta continencia é inspiró su gusto á otros mil. Preparó para cada miseria del mundo una virginidad que debia ser su madre y su hermana; y este hombre lo destruyó todo. Desecó el sacerdocio en sus mismas raices, quitándole los estigmas de Jesucristo, que debe llevar por medio de su castidad en su carne crucificada. Volvió al siglo las almas privilegiadas que le habia arrebatado el Evangelio, despobló las soledades en que velaba la oracion bajo la guarda de la mortificacion. Todo este corazon, todo este genio, toda esta elocuencia, toda esta fuerza de alma, todos estos planes de reforma fueron á parar, no al diluvio, sino al matrimonio universal.

No es mia esta palabra, Señores, es de Erasmo. Ya conoceis á Erasmo. En aquel tiempo era el primer académico del mundo. En la víspera de las borrascas que debian conmover la Europa y la Iglesia, escribia con la mas consumada elasticidad. El universo se disputaba una de sus cartas; los príncipes le escribian con orgullo. Pero cuando tronó el rayo, cuando fué preciso declararse por el error ó por la verdad, y dar á uno ú otro su palabra, su gloria y su rango, este buen hombre tuvo valor de permanecer académico, y se extinguió en Rotterdam, concluyendo una frase elegante, pero desgraciada. Vió antes de morir los frutos de la reforma, bien inesperados

de él, y se vengó de ella con la palabra que acaba de escapárseme.

Pero ¿pensais que los reformadores quisieron llegar hasta aquí? No, Señores, no lo quisieron. ¿Creeis que lo quieren hoy? ¿Creeis que las iglesias protestantes, cualquiera que sea el nombre que lleven, no aspirarian si pudieran á tener un sacerdocio que luchara por medio de la castidad contra el sacerdocio católico? ¡Ah! Señores, solo la Inglaterra da cada año veinte y cinco millones para enviar misioneros casados á todo el universo; pues bien, sabedlo, ella daria estos veinte y cinco millones por crear un sacerdote casto. Pero veinte y cinco millones protestantes no bastan para una obra que solo cuesta á la Iglesia católica una gota de aceite. A cada uno su parte. Al lado de la iglesia anglicana, la mas rica del mundo, se eleva la iglesia de Irlanda, la mas pobre de todas, que va á pedir el pan cotidiano á la puerta de sus fieles; pero la iglesia de Irlanda tiene hijos que la veneran, sacerdotes que participan y consuelan la miseria humana, apóstoles que llevan su fe á los confines del mundo; y la iglesia anglicana, coaligada con la iglesia evangélica de Prusia no ha podido enviar poco há á Jerusalen, para representarla en el sepulcro del Salvador del mundo, mas que á un obispo casado.

Mahoma habia fundado, Lutero habia reformado; el siglo diez y ocho aspiró á una obra mas completa, mas nueva, y si es lícito decirlo, la mas magnífica que jamás intentaron los hombres; aspiró á la transformacion de la humanidad. Hasta entonces habia vivido la humanidad apoyada en la religion; el siglo diez y ocho quiso romper su alianza y establecer en toda la tierra el reinado de la razon pura. ¿No hemos recibido de Dios, decia, una razon que emana de la suya? ¿No hemos recibido de él una conciencia que es un reflejo de su justicia eterna? ¿No es el hombre, como sér inteligente y moral, un sér completo, libre, dotado de verdad, conociendo el bien y el mal, y pudiendo dirigirse en sus vias? Y si es así realmente; si el hombre tiene una conciencia recta, una razon verdadera, la misma en todos los siglos y en todos los países, ¿para qué estas religiones diversas que se disputan el honor de conducirle á una verdad que anatematizan recíprocamente? Mientras que la razon es una, universal, pacífica, las religiones, fruto de inexplicables sueños, aumentan en cada siglo la larga lista de sus variedades, y hacen del mundo un campo de batalla en donde luchan paganos contra cristianos, protestantes contra católicos, luteranos contra calvinistas, griegos, armenios, mahometanos, indios, razas sin nombre, que desgarran la humanidad en sangrientos girones. ¿No es acaso tiempo de volverle ó de

darle la unidad, porque la haya perdido, ó porque haya necesitado una larga educacion para merecerla? Tal era, Señores, el pensamiento del siglo XVIII, y por una rara fortuna se encontró, para ejecutarlo, una multitud de espíritus superiores, poetas, historiadores, moralistas, novelistas, jurisconsultos, hombres eminentes en todo género de creaciones literarias y científicas, capaces de destruir y de edificar. Jamás se habian visto tantos talentos coaligados en un mismo pensamiento; y el siglo feliz que los produjo, podia decir, al ver su concurso y su ardor, que en efecto se le habia confiado una obra verdaderamente providencial, cuyo fausto cumplimiento veria bien pronto.

Saludad, Señores, saludad á esas esperanzas del ingenio humano, á esas atrevidas promesas, esa larga navegacion por las regiones desconocidas de la verdad : saludad á esos argonautas que van á cruzar á velas desplegadas las columnas del Hércules de la humanidad, y que ven levantarse ya ante ellas las islas afortunadas del porvenir.

¿ Y qué hace en tanto la Iglesia? La Iglesia parece ponerse pálida : Bossuet no da ya oráculos : Fenelon duerme en su memoria armoniosa : Pascal ha roto en el sepulcro su pluma geométrica : ya no habla Bourdaloue en presencia de los reyes : Masillon ha arrojado á los vientos del siglo los últimos sonidos de la elocuencia cristiana. España, Italia, Francia, yo escucho por todo el mundo católico; ninguna voz potente responde á los gemidos de Cristo ultrajado. Sus enemigos se aumentan diariamente. Los tronos se mezclan en sus conjuraciones : Catalina II escribe tiernas cartas á estos felices genios del momento, desde los hielos de la Crimea, al salir de una conquista sobre el mar ó sobre la soledad : Federico II estrecha sus manos entre dos victorias; José II va á visitarlos, y depone la majestad del santo imperio romano en el umbral de sus academias. ¿Qué decís de esto? ¿Qué decís del silencio de Dios? ¿Qué hace? El siglo ha marcado ya el dia de su caida; esperad : una hora, dos horas, tres horas... mañana enterramos á Cristo. ¡Ay! haránle bellos funerales; han preparado una procesion magnífica; irán á ella las catedrales, se colocarán en fila y se irán de dos en dos, como los rios que van al Océano para desaparecer con un ruido final. ¿Qué decís de esto, Señores? Es cierto, Dios callaba, y se hacia pequeño. Lo habia quitado todo á su Iglesia, todo excepto á sí. Jamás habia dejado Dios hasta entonces desarrollarse totalmente el error; siempre le habia roto la garganta en uno ú otro momento,

antes que fuese rey. Esta vez, le dejaba obrar hasta el fin. Esperemos nosotros tambien, y miremos, antes de este fin, cuáles eran los efectos del triunfo de la razon pura en las costumbres.

¿Qué hacia en el mundo la castidad, esa vírgen evocada del sepulcro por la doctrina católica? ¿Qué hacia? Mirad los palacios de los reyes cristianísimos; en el cuarto donde habia dormido S. Luis, se hallaba acostado Sardanápalo. Stambul habia visitado á Versalles, y se hallaba allí á su placer. Mujeres arrebatadas del cieno mas vil del mundo jugaban con la corona de Francia; descendientes de los cruzados poblaban con la adulacion las antecámaras deshonradas, y besaban al pasar el traje reinante de una cortesana, llevando del trono á sus casas los vicios que habian adorado, el desprecio de las santas leyes del matrimonio, la imitacion de las Saturnales de Roma, sazonadas con una impiedad que no conocieran los familiares de Neron. En lugar del arado y de la espada, no sabia manejar una juventud inmunda mas que el sarcasmo contra Dios y el impudor contra el hombre. A sus piés se arrastraba el estado llano, mas ó menos imitador de esta real corrupcion, y lanzando en pos de ella sus hijos perdidos, como se lanzan en pos de los poderosos reyes de la soledad, los leones y sus iguales, las bestias mas pequeñas y mas viles que les siguen para lamer la sangre que ellos derraman.

Al fin brilló el dia de Dios. El antiguo pueblo francés se conmovió de tanta ignominia; tendió su mano derecha, sacudió esta sociedad caida en la apostasía de la virtud, y la arrojó en tierra de un golpe, al asombro pueril de todos esos reyes que lisonjeaban á la razon dura. El cadalso sucedió al trono, segando con indiferencia todo lo que se le llevaba, reyes, reinas, ancianos, niños, doncellas, sacerdotes, filósofos, inocentes y culpables, envueltos todos en la solidaridad de su siglo y en su triunfo sobre Jesucristo. Una escena final terminó las represalias de Dios. La razon pura quiso celebrar sus nupcias, porque en el cadalso solo habia celebrado sus esponsales; quiso ir mas lejos y llegar hasta sus nupcias. Abriéronse á sus órdenes poderosas las puertas de esta metrópoli; una multitud innumerable inundó su pavimento, llevando al altar mayor la divinidad que se le habia preparado por espacio de sesenta años. ¿Diré su nombre? La antigüedad habia tenido imágenes que exponian la depravacion al culto de los pueblos; aquí estaba la realidad, el mármol viviente de una carne pública. Callo, Señores, y dejo á este gran pueblo adorar la última divinidad del mundo, y celebrar sin misteterios las nupcias inmortales de la razon pura.

Fundacion, reforma, transformacion: Mahoma, Lutero y Voltaire, todo paró en el mismo resultado, en la ruina mas ó menos completa de la castidad. Cualquiera que ha tocado á la doctrina católica, cualesquiera que hayan sido sus votos y sus intenciones, ha tocado en el arca sagrada de la virtud. No quiero otras pruebas, para terminar, que vuestra experiencia personal. Yo os pregunto á todos, Señores: ¿no se ha deslizado el veneno del mal en vosotros con el veneno de la incredulidad? La aparicion de este doble fenómeno ¿no es contemporánea en la historia de vuestra alma? ¿Os ha servido alguna vez el racionalismo contra vuestras pasiones? ¿No ha sido mas bien su excusa y su lisonja? La doctrina católica os habia hecho castos; su abandono ha señalado vuestra caida, y siempre que, compadecidos de vuestro estado, aspirais á un dia mas puro, yo os ruego de nuevo me digais, ¿á quién se dirigen vuestra esperanza y vuestras súplicas? Volveis los ojos hácia los tabernáculos en que habeis dejado recuerdos de paz y de honor; os volveis á la doctrina católica, á sus sacerdotes, á sus religiosos, á su confesion, á su santa mesa, á todos esos piadosos misterios cuya eficacia habeis experimentado. No quiero decir mas: confío á vuestro corazon esta observacion postrera, y me apresuro á volver á las conclusiones de mi tésis.

Solo la doctrina católica produce en el alma, con exclusion de toda otra doctrina, el fenómeno completo de la castidad. Y la castidad no es una virtud mística, una virtud de claustro y de iniciados; es una virtud moral y social, una virtud necesaria á la vida del género humano. Sin ella, se marchita la vida en sus fuentes, se borra la belleza del semblante, se retira la bondad del corazon, se extinguen y desaparecen las familias, las naciones pierden gradualmente su principio de resistencia y de expansion, se extingue el respeto de la jerarquía en los escándalos; en fin, todos los males entran por esta puerta, por ella han pasado todas las servidumbres y todos las ruinas. Este es su camino real. Pero aun quiero mostraros, aunque brevemente, la necesidad de esta virtud bajo otro punto de vista, y no os admiraréis de que insista en ello, pues que mis deducciones deben apoyarse en estos dos puntos: que la castidad es una virtud necesaria, y no obstante, una virtud reservada por Dios á la accion de la doctrina católica.

Hay, Señores, en la economía política ó social una cuestion primaria, la del desarrollo comun y regular de la poblacion. No quiero tratarla á fondo, y tampoco necesito hacerlo. Solamente os recor-

daré que los recursos de la naturaleza, en su mas ingenioso desarrollo por medio del arte y del trabajo, no están en proporcion con el acrecimiento de la problacion abandonada á sus solos instintos. La Escritura nos dice que aun de las maldiciones de Dios contra el hombre despues de su caida, fué esta : « Multiplicaré tus partos; » y la realidad nos prueba que en efecto existe bajo este respecto una falta de equilibrio que necesita ser corregida. La servidumbre y la guerra de devastacion remediaban entre los antiguos este mal : la doctrina católica habia tambien provisto á él inspirando á las familias la estimacion, el respeto y la práctica de la castidad. Y lo habia logrado sin duda, pues que los economistas del último siglo la censuraban por mantener la poblacion en un nivel destructor de su verdadero desarrollo, y esta era una de las armas con que se minaba la existencia de las numerosas comunidades entregadas al celibato. Hoy, Señores, se ha vuelto esta arma contra sus autores. Las olas crecientes de la problacion, de la concurrencia y de la miseria, advierten lo bastante á los hombres graves una gran dificultad social, dificultad acrecentada por los mismos beneficios de la civilizacion. La paz se asienta cada dia en el mundo; y tiende, como lo anunciaba mucho tiempo antes el profeta Isaías, á hacerse aun mas estable y general. Al mismo tiempo la salubridad pública hace progresos; una administracion mas sábia aleja de nosotros no solamente la peste y el hambre, sino aun esas influencias sordas que minan lentamente la salud de las naciones. Todo concurre á aumentar la duracion média de la vida de los hombres, y ya, en cincuenta años, á pesar de largas guerras, ha visto la Francia seguir su poblacion con rapidez este movimiento ascendente. La division de las propiedades es otra de sus causas sensibles : procurando la comodidad y la seguridad á mayor número, les inclina á una paternidad mas confiada. Me limito á esta ojeada general, y me pregunto en dónde está el remedio de un exceso que parece previsto por todos. Uno hay demasiado conocido, sobrado practicado, que, por temor á la vida, la ataca en su orígen, y sustituye á la castidad un remedio que satisface al egoismo y solo espanta á la virtud. Pero no podemos contar el crímen entre los medios de resolver lógica y moralmente los problemas de la humanidad.

Por otra parte, se cree entrever el deseo de poner condiciones á la libertad del matrimonio, y de hacer su santuario menos accesible al pobre. ¡ Pero el pobre ! ¡quién tiene mas necesidad que él del socorro y de las afecciones de la familia ! Se halla solo en el mundo ; no tiene

nada para los sentidos y la vanidad; habita una choza húmeda y miserable, en que no obstante puede penetrar el amor, porque el amor penetra en todas partes. Cuando tiene frio, toma á sus hijos en sus rodillas y conoce que es aun hombre, puesto que es padre. ¿Le arrebataremos pues esta única alegría en nombre de la economía política? ¿Haremos con él como el cazador, que arranca á la loba sus lobatos? Solo la religion tiene derecho, no de imponer, sino de pedir al hombre el sacrificio de su familia, porque Dios, que da solo esta vocacion, da al hombre que consiente en ella una madre, hermanos, hermanas, hijos é hijas.

La cuestion permanece en pié. Es manifiesto que, dejando á un lado el crímen, la guerra, la servidumbre y todos los azotes del mundo, permanece el género humano con una superabundancia de vida de que no podemos formarnos una idea, pues que pierde en la relajacion una inmensa cantidad de esta vida, cuyo resto aun le inquieta. ¿Será pues preciso que la economía social llame en su auxilio al vicio y al crímen, y los declare protectores natos del género humano, su providencia necesaria, y el medio normal de la reduccion de su sangre á los límites de lo posible y de lo cierto? ¡Cosa admirable! la vida nos estorba, y si alguna jóven cansada del mundo y despreciada en él lleva su virginidad á un claustro, y por su eleccion, por su gusto, porque le ha dado Dios un corazon capaz de vivir solo de él, va á ocultar en el trabajo y en la obediencia voluntarias la flor de su juventud, como la paloma que toma sus hijuelos debajo de sus alas y vuela con ellos á los bosques, ¿se hallará una opinion bastante desnaturalizada para tachar de herejía política, de confiscacion de una cabeza en detrimento de la sociedad, esta fuga de una jóven doncella, que no tiene nada, que nada mas pide á los hombres que permanecer casta y ganar su pan en una comunidad de corazones semejantes al suyo? La vida nos estorba; quisiéramos reglar su carrera, se consiente que se pierda en la crápula, se la arroja al viento por el crímen; pero concentrarla por la castidad, condensarla en la fuerza de la virtud para que se deslice en el mundo por canales regulares, llenos y circunspectos, hé aquí la imperdonable pretension de una doctrina que todo lo invade. Se quiere el resultado material de la castidad, porque es necesario á la rotacion de la máquina social; no se quiere la virtud, porque la virtud viene de Dios, porque es el signo de Dios, y el mundo pone en el primer lugar de sus necesidades que no aparezca Dios con demasiada claridad.

Reasumo en fin, y concluyo. La castidad es una virtud necesaria al movimiento general del mundo, que no puede reemplazar su efecto para la distribucion de la vida sino por la miseria, la servidumbre, el crímen y la inmoralidad. Retirad todas estas causas que mantienen tan bien como mal cierto nivel en el desarrollo de la poblacion; retiradlas con el pensamiento, para establecer en seguida en su lugar un curso bueno y honrado de cosas, y llegaréis á esta conclusion: que está llamada á la continencia absoluta la tercera parte del mundo, y á la continencia moderada las otras dos terceras. Esta es la ley. Tarde ó temprano, Señores, recobrará su lugar la castidad en medio del mundo; recuperará sus derechos en él; se reedificarán y se honrarán sus altares; se reconocerá que no se puede vivir sin ella, y tal vez contribuirán á ello estas palabras que hoy pronuncio. Magistrados, legisladores, escritores, cualquiera que sea el papel que representeis algun dia en la escena conmovida del mundo, ocasion vendrá en que sirvais la causa del género humano sirviendo la causa de la castidad voluntaria y fiel. Vosotros seréis fieles á ella, repudiaréis la herencia de los siglos XVII y XVIII; estipularéis, como Gelon, en un tratado famoso para la humanidad, no la abolicion, sino el restablecimiento del libre sacrificio de la sangre.

La castidad es una virtud necesaria á la humanidad; yo parto de este hecho. Ahora bien, la humanidad no posee esta virtud; la ha hollado á sus plantas hasta el advenimiento de Jesucristo, y siempre que ha querido tocar á la obra de Cristo por el mahometismo, el protestantismo ó el racionalismo, no ha conseguido mas que destruir mas ó menos la castidad, y aun renovar los espectáculos vergonzosos de las costumbres del paganismo. ¿Qué se deduce de aquí? Se deduce que el hombre no está en su estado verdadero, en su estado natural; porque no puede faltar nada necesario á un sér que se halla en la verdad de su naturaleza. Si el hombre no está en la verdad de su naturaleza, es que ha caido de ella; porque si no hubiera caido de ella, habria nacido fuera de la verdad de su naturaleza, fuera de su naturaleza misma, lo que no tiene sentido. El hombre se halla, pues, en el estado de decadencia, como se lo enseña la doctrina catolica, y nada podria demostrárselo mejor que lo que experimenta cada dia de esa parte envilecida y tiránica de su sér.

Pero además, y esta es mi segunda conclusion, pues que la doctrina católica restituye al hombre la castidad, no solamente relativa sino absoluta, síguese de aquí que la doctrina catolica es reparadora

de la humanidad decaida, y reparadora por una fuerza sobrehumana; porque si tuviera esta eficacia en virtud de una fuerza humana, no la tendria ella sola. Lo que es humano, es del dominio del hombre. ¿Por qué el hombre no obtendrá el mismo resultado por ninguna otra doctrina? No ha sido sola la doctrina católica la que ha dicho al hombre que fuese casto; todas las doctrinas espirituales, y son muy numerosas, le dan la misma órden y el mismo consejo. ¿Por qué solo la doctrina católica agrega á su palabra una eficacia, una accion transformadora, que se hace sentir no solamente en la region del alma, sino que toca el sentido mas rebelde de todos, y le hace experimentar una obediencia que rechaza aceptándola? ¡Alguna cosa hay, pues, evidentemente que no es del hombre en el fondo de esta doctrina, única en sus efectos, y esta cosa que no es del hombre, no sé que tenga mas que un nombre: Dios!

SERMON VIGÉSIMO CUARTO.

De la caridad de apostolado producida en el alma por la doctrina católica.

La tercera virtud reservada por Dios á la doctrina católica, es la caridad. La caridad, tomada en su sentido mas general, es el don de sí mismo. Cuando se dirige á Dios, es el don de sí á Dios; cuando se dirige al hombre, es el don de sí á la humanidad. No es hoy mi intento tratar de la caridad hácia Dios, sino solamente de la caridad hácia el hombre; y aun bajo este concepto, la declaro reservada á la doctrina católica, no en el sentido de que no haga jamás donacion de sí el hombre abandonado al impulso de la naturaleza, pues esto lo niego, porque él se da á su familia, á sus amigos, á su patria, él se da en fin con cierta medida. Porque si Dios no le hubiera permitido el poder darse á sí mismo, fuera de toda doctrina divina, no subsistiria un solo momento la humanidad. Pero aunque este elemento sea de primera necesidad para la vida humana, no obstante, para que el triunfo de la doctrina divina se asegurase hasta aquí, Dios reservó la expansion y la donacion total del hombre á la accion de su doctrina sobre las almas.

El hombre es un sér complexo, y tiene mucho que dar; por consiguiente, yo no puedo abrazar de un golpe esta historia de la donacion de sí. Este es un embarazo para el orador, pero un embarazo de que tiene derecho y deber de felicitarse, porque honra la grandeza de sus semejantes.

El hombre puede darse en tanto que es inteligencia, en tanto que es sentimiento, en tanto que es vida exterior, y por consiguiente la caridad abraza el don de sí bajo este triple punto de vista. En tanto que el hombre es inteligencia, es una doctrina; y el don de sí bajo este respecto, no es otra cosa que el don de la doctrina que hace la vida de nuestro espíritu. Pues bien, yo digo que la caridad de la doctrina, que el don de sí mismo, en cuanto á doctrina, es una virtud reservada á la doctrina católica. Digo que la doctrina catolica es la primera que haya amado la humanidad, la única aun hoy dia que

ama la humanidad, que busca á la humanidad, que se da á la humanidad, que se entrega á la humanidad. Digo que fuera de ella, á pesar del orgullo que impulsa á los inventores de doctrinas á difundir y á hacer adorar sus pensamientos, son condenados á una expansion pobre, estéril y sin adhesion en el seno de la humanidad. La doctrina católica es la primera y la única que se halla dotada de fuerza de donacion; ella inspira la primera y la única al hombre el don de sí, en cuanto á la inteligencia y á la verdad. Hé aquí lo que voy á exponeros, si Dios quiere.

Que el hombre dé sus bienes, la tierra que tiene bajo sus plantas, es mucho; y no obstante este don es de una cosa que le es extraña. Que dé su corazon, es mas; pero este corazon, por precioso que sea, es el don de una cosa mudable y mortal, y vendrá tiempo en que no podrá hacer ya el movimiento que es necesario para darse. Pues bien, hay en el hombre algo que, estando en él mismo, es mas que él, que no pasa, ni cambia, ni muere; ¿qué digo? que es mas que inmortal, que es eterno. Porque, Leibnitz lo ha dicho, el hombre es un compuesto de tiempo y de eternidad, y la eternidad entra en su composicion por la verdad. La verdad, hija de la eternidad y eterna ella misma, ha caido en el tiempo cayendo en la inteligencia del hombre; y expuesta por esta cohabitacion á sufrir con nuestra naturaleza, nos comunica tambien los derechos de la suya. Mientras todo se altera en nosotros, aun los sentimientos del corazon y las facultades del alma, la verdad conserva su inimitable vida, y al darla á los otros, les damos algo que nos sobrevive, que sobrevive á toda muerte, que florece en los sepulcros, que se adorna con los siglos como con gracias que sobrevienen á la juventud de su eternidad.

Por esto, Señores, el don de esta parte de nosotros mismos es el don de sí por excelencia, y la caridad de la doctrina es la primera caridad. Caridad tanto mas necesaria, cuanto que el hombre no ama la verdad, que desconoce su bondad y le opone constantemente la inercia de la ignorancia y la actividad del error. Semejante á un enfermo que rehusa ó desnaturaliza el régimen de vida, la humanidad, este grande enfermo, rehace con mano perseverante el brevaje eterno de la verdad que Dios le envía del cielo. Y esto consiste en que es preciso á la doctrina, no solamente la voluntad de darse, sino el amor, el valor, la paciencia, el heroismo del don llevado hasta el martirio.

Y si existe verdaderamente una doctrina divina, si ha hablado

Dios á los hombres, ¿no conoceis que la caridad de esta doctrina, procedente de Dios, debe ser incomparable? Porque si Dios ha dado su Verbo al mundo, como es claro que solo lo ha hado por amor, ha debido poner en el fondo de esto Verbo destinado al género humano, un arte, un afecto, una fuerza de donacion que no supiese imitar ninguna otra doctrina, y que hiciese que á su presencia fuera toda donacion doctrinal lánguida, inerte, muerta; debió querer que el verbo humano no fuese mas que un torrente agotado, mientras que el Verbo divino, palpitando de amor y de vida corria de orilla en orilla hácia la humanidad, como las olas de todas las fuentes, de todos los rios, divididas, pero unidas, corren sin detenerse á la superficie y á las entrañas de la tierra para vivificarla.

Quiero esforzarme en demostraros que es así: que toda doctrina humana, en el punto de vista de la expansion, no es mas que un cadáver; y que al contrario la doctrina católica, bajo este concepto, es una doctrina viva, que es perpetuamente para la humanidad lo que para su esposo una jóven vírgen que llega al altar, y pronuncia en él sus primeros y placenteros juramentos.

Comencemos la comparacion por la antigüedad.

La China, la Prusia, el Egipto, la Grecia y Roma, hé aquí, si no me engaño, toda la antigüedad. Pues bien, en esta antigüedad múltiple, vasta, larga, sembrada de acontecimientos, en que tantos pueblos han representado un papel conocido de todos, ¿habeis sentido jamás la palpitacion de la doctrina? ¿habeis encontrado el apostolado, y un apostolado que tuviese por objeto el género humano?

¿Qué hace la China por la verdad? ¿Qué naves ha lanzado hácia el mundo para llevar allí una palabra en nombre del hombre y en nombre de Dios? ¿Dónde están sus mandarines? ¿Quién los ha encontrado fuera de su país? ¿Quién los ha oido? ¿En qué parte se encuentra el testimonio de su sangre? Preciso ha sido para conocerlos enviarles, de los confines de la tierra, hombres á quienes ha rechazado su orgullo, rehusando sus oidos al género humano, despues de haberle rehusado sus labios, igualmente incapaces de instruir y de ser instruidos.

¿Qué ha hecho la India por la verdad? Plegada y replegada en las envolturas de sus castas, ha hecho como un niño que grita con bastante fuerza para que le oiga su nodriza. Yo oigo su voz entre el Imaús y el mar, y aun de la otra parte, pero siempre en un círculo reducido; sus bramas, sus filósofos, sus cismas y sus herejías, cé-

lebres porque los estudiamos nosotros, no le han creado mas que un movimiento local, cuya gloria y efectos han sido inferiores á su mismo ruido.

La Persia, con su Zoroástres, no ha hecho mas ni menos. En cuanto al Egipto, antiguo santuario, tierra célebre entre todas, cuando penetró en él en busca de la ciencia contemporánea, ¿qué es lo que encuentro? momias en subterráneos, pirámides que ocultan un polvo sin nombre, esfinges al lado de los templos, geroglíficos misteriosos; por todas partes el secreto, tanto en el fondo de los monumentos mas gigantescos como en el de los sepulcros. Este pueblo tenia temor de hablar, y cuando muere un sabio despues de haber descifrado tres líneas de sus escritos, muere famoso.

Pero hé aquí á la Grecia: al menos esta hablará, el mundo oirá su voz. ¿No es patria de Homero, de Hesíodo, de Orfeo, de Eurípides y de tantos otros? ¿No le ha dado la musa, como ha dicho un poeta, genio y elocuencia? Es verdad, su lenguaje y su pluma han sido célebres. Aun sacamos de ella mármoles elegantes; vamos á medir los frontispicios de sus templos; traemos á nuestros museos las piedras que ha tocado con sus dedos inspirados; nos persigue su memoria; y no obstante, con dones tan raros y con tan inmortal resultado, ¿qué ha hecho por la verdad? ¿dónde están las huellas de su apostolado? ¿dónde sus misioneros y sus mártires? ¡Ella nombra á Sócrates; esta es su obra maestra, Sócrates, que asegura que hay un Dios á sus discípulos mas queridos, y que muere legándoles por último suspiro un sacrificio á los falsos dioses!

Hé aquí toda la historia de la expansion de las doctrinas en la antigüedad, inclusa en ella Roma, que no tuvo de universal mas que su ambicion. Esta historia es corta, y no os admireis: el error y la verdad no necesitan mas que de una mirada para ser reconocidos; Dios ha dado su signo á uno y otra, y Dios, mejor que Tácito, lo compendia todo.

Habeis visto la muerte; ¿quereis ver la vida? Habeis visto el egoismo; ¿quereis ver la caridad? Jesucristo va á abandonar á sus discípulos y al mundo; va á decirles su última palabra, su testamento supremo. Oigámosle, tambien es breve: *Id y enseñad á todas las naciones*. Id, no espereis á la humanidad, pero marchad delante de ella; enseñad, no como filósofo que discute y que demuestra, sino como la autoridad que se fija y se afirma: hablad, no á un pueblo, no á una region, no á un siglo, sino á los cuatro vientos del cielo y del porvenir, sino hasta á las extremidades mas remotas del

tiempo y del espacio; y á medida que la osadía ó la felicidad del hombre descubran tierras nuevas, marchad tan ligeros como su valor y su fortuna, y que se halle por todas partes do quiera la primera y la última la doctrina de que sois heraldos. ¡Qué testamento, Señores! Solo son tres palabras, pero ningun hombre las habia dicho. Buscadlas por donde querais, jamás encontraréis estas tres palabras: *Id y enseñad á todas las naciones*. Solo un hombre las ha dicho, no habia mas que un hombre que pudiera decirlas, un hombre seguro de la eficacia de la palabra. Porque vosotros comprendeis bien que cuando se muere queriendo dejar alguna cosa despues de sí, se meditan las órdenes finales, y no se dan aquellas que el suceso puede convencer de falacia ó de vanidad. Una palabra tan absoluta como esta: *Id y enseñad á todas las naciones,* supone una certeza sin límites, la vista de un profeta que, próximo á ocultarse, mira sobre su tumba á la humanidad por siempre atenta y obediente. Pues bien, esta palabra ha sido pronunciada por Jesucristo: él la ha dicho el primero, él la ha dicho el último; él solo le ha dicho. No obstante, convengo en ello, no es aun mas que una palabra; necesario es ver si ha correspondido á ella su cumplimiento.

Poco tiempo despues que fué pronunciada, tuvo lugar en el universo un fenómeno singular. El universo, esa cosa que huye y que permanece, que llora y que rie, que hace la paz y la guerra, que derriba y que consagra á los reyes, que se agita sin saber de dónde viene ni adónde va; este cáos, en fin, escucha con estupor un ruido de que no tenia idea, y que no se discierne bien. Así como en la noche, cuando todo está tranquilo y se oye al rededor un sér que marcha, el universo oye por la primera vez una palabra que vive, que se mueve, que está en Jerusalen, en Antioquía, en Corinto, en Éfeso, en Atenas, en Alejandría, en Roma, en las Galias, del Danubio al Eufrates y mas allá; una palabra que ha ido mas lejos que Craso y sus batallones, mas lejos que César; que se dirige á los Scitas como á los Griegos; que no conoce extranjeros ni enemigos; una palabra que no se vende, que no se compra, que no tiene temor ni orgullo; una palabra sencilla que dice: Yo soy la verdad, y no hay otra mas que yo. S. Pablo ha aparecido ya en el Areopago, y admirado con su novedad á esos investigadores seculares de novedades; ellos han creado una palabra para pintar su sorpresa, palabra feliz, y que caracteriza el fenómeno cuyo poder principia á sospechar el universo: *¿Qué nos quiere*, dicen, *este sembrador de palabras?* estos filósofos habian visto disertar, dividir, analizar, demostrar,

hacer su fortuna y su gloria con la retórica y la filosofía; no habian visto aun sembrar la verdad en el género humano como un grano eficaz que germina á su tiempo, y no necesita sino de su propia naturaleza para florecer y fructificar.

El oráculo estaba cumplido. El imperio romano no podia ya disimular la aparicion de una nueva realidad que no procedia de él, que se habia instalado en él y con él, y que ya se extendia mas lejos que él. Se consultó sobre esto. Los políticos, las gentes que ven de alto y de lejos, que saben los destinos de los pueblos y que les han marcado sus siglos y su cuarto de hora, todos se reunieron en el Palatino, ante el César, para tratar de ver qué era aquello que sin permiso del prefecto del Pretorio se atrevia á correr de la India á la Iberia, hasta á los lugares adonde no llegaban las órdenes del César. Seamos justos, ellos conocieron muy bien su fuerza y su debilidad; conocieron que la humanidad no poseia ninguna palabra capaz de luchar con la palabra que se revelaba, y no tuvieron mas que la eleccion de aceptarla como un hecho que habia entrado en los destinos del género humano, ó ensayar contra ella, desesperando de su causa, el poder del verdugo. Y eligieron este último partido; porque para adoptar el otro era necesario mas genio, necesitaban la humildad. Los Césares no se jactaban de ella, y esperaban de la fuerza lo que no esperaban de la sábia doctrina, reunida hacia cuarenta años en los grandes vasos de la humanidad. No se trataba ya para la doctrina católica de darse por la simple efusion de la enseñanza: el imperio se levantó para ahogar el Verbo en la garganta del apostolado. Preciso era callar ó morir; preciso era morir creyendo que la sangre habla mejor que la palabra en favor de la verdad. Presentábase tambien una cuestion previa: ¿era preciso amar á la humanidad ingrata y homicida hasta morir por ella? ¿No podia retirarse de ella, y apacibles poseedores de la verdad para sí dejar al mundo donde se hallaba?

Pero la verdad es caridad, y la caridad no es el don de sí á sus amigos, á sus parientes y á sus conciudadanos; es el don de sí á los extraños, á los enemigos, á todos sin distincion. El Evangelio habia previsto el caso proveyéndole, y habia dicho: *Bienaventurados aquellos que sufren persecucion por la justicia.* Y habia añadido: *Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; rogad por los que os persiguen y os calumnian, y así seréis hijos de vuestro Padre, que está en el cielo, el cual hace lucir el sol sobre los*

buenos y los malos (1). Y en cuanto á la eficacia de la sangre derramada en testimonio de la verdad, Cristo se la habia dado. ¿No convirtió al Centurion que guardaba su suplicio en el momento supremo y con su postrer suspiro? y despues de su muerte, ¿no hizo la lanzada qué hirió su costado un creyente y un santo del soldado parricida? Avisos eran estos filosóficos, eran la fraternidad del apostolado y del martirio elocuentemente revelada. Fieles fueron á ellos, cuando el imperio pidió á los apóstoles su sangre, para ahogar su palabra; sabian estos que la sangre es la palabra en su mayor potestad, y morian para hablar mejor muertos que vivos. Fué casi una ley, que ningun país subia á Dios sino regado con la sangre de los mártires.

Ahora, Señores, mi tarea es sobrado fácil: no perdamos tiempo en fáciles enumeraciones. El imperio romano se hizo cristiano por el apostolado: los Bárbaros lo fueron tambien por la misma via. Y cuando se abrió un nuevo mundo á Vasco de Gama y á Cristóbal Colon, se precipitaron en pos de ellos millares de misioneros. La India, la China, el Japon, islas y reinos sin número, fueron evangelizados. Desde los lagos del Canadá á las riberas del Paraguay, fué visitada la América por la palabra de Cristo; ella habitó en las florestas, en los rios, en las concavidades de las rocas; sedujo al Caribe y al Iroqués; amó y fué amada con un amor único por mil razas perdidas en aquellos vastos continentes. Y aun hoy dia, á pesar de las desgracias que le han diezmado en Europa, y que parecian haber agotado la leche de sus pechos, prosigue la obra lejana de su propagacion. La Oceanía, mundo esparcido en el mar, recibe en los arrecifes de sus islotes la doctrina que ha convertido á los grandes países; reflorecen las antiguas misiones, comienzan otras nuevas, y corre aun la sangre por la verdad, como en tiempo de Galerio y de Diocleciano. A la vista teneis este espectáculo, Señores; la caridad de la doctrina católica no es antigüedad de museo, vive entre vosotros, sale de vosotros; vuestros hermanos de patria y de familia llenan en el momento en que os hablo con sus voces y sus virtudes todos los puntos del globo. Los *Anales de la Propagacion de la Fe* siguen á las *Cartas edificantes y curiosas*, estas á las leyendas de la edad média, y las leyendas á los Actos de los apóstoles. Cada dia son encarcelados los hombres por la misma causa, atormentados, despedazados,

(1) S. Marcos, cap. 5, vers. 44 y 45.

mueren de calor, de hambre, de sed, de olvido de todo el mundo, pero inalterables y contentos, porque han sido escogidos para cumplir el testamento de Jesucristo : *Id y enseñad á todas las naciones.*

No necesito insistir mas : es sobrado claro que la doctrina católica ha sido la primera que inclinó al hombre á la donacion de sí en cuanto á la inteligencia, la primera en quien fué la verdad caridad. Y añado que aun hoy dia posee sola este privilegio, que ha llegado á ser mas notable en el mundo nuevo que en el mundo antiguo. Porque en otro tiempo se podia pensar que el secreto del apostolado no era revelado; pero hoy que está manifiesto, su posesion reservada siempre á la doctrina católica, con exclusion de toda otra, es seguramente un fenómeno tan curioso como demostrativo.

Vuelvo á mi division del otro dia. Solo hay tres grandes doctrinas, decia, que hayan intentado disputar el terreno á la doctrina católica: el mahometismo, el protestantismo y el racionalismo. Y ahora añado el cisma griego.

El mahometismo, que vino seiscientos años despues de Jesucristo, vió la doctrina católica en toda la magnificencia de su proselitismo expansivo. Era un hecho subsistente, un hecho de que era testigo el mismo Mahoma en persona. Mahoma, apareciendo como fundador, debia pronunciar el *fiat* de la fundacion; debia decir tambien: *Id y enseñad á todas las naciones.* Y en efecto, Señores, debemos hacerle justicia; pronunció este *fiat* en cuanto es dado pronunciarlo al hombre. Este *fiat* de la donacion doctrinal, de la expansion de la verdad, osó pronunciarlo Mahoma, pero con una variacion que revela al punto al hombre en el lugar de Dios. Mahoma dijo bien : *Id!* esto era mucho; pero oid lo que sigue : *Id y subyugad á todas las naciones.* Llama, no á la palabra sino á la cimitarra. ¿ Y por qué ? ¿Por qué no encontró este hombre doce apóstoles ? ¿ Por qué, no ya cuando se hallaba moribundo, sino en el prestigio de toda su dominacion, no osó confiar su verbo á verbos que debian seguir al suyo? ¡ Ah ! Señores, esto era genio. Mahoma, como los Césares, veia muy bien que muerto él pereceria su elocuencia; veia bien que muerto él se extinguiria el prestigio de su sol de águila, y que cuando se fuese á mirarle á su sepulcro, no se hallarian en las osamentas del cráneo mas que esas orbes inanimadas que no dicen nada, que no prometen nada á nadie. Sabia todo esto. No contaba con su sepulcro. Y esto tambien era tener genio y fuerza. Pero como por otra parte queria sobrevivirse, pesando en sus ardientes manos el porvenir del

mundo, comprendió que no debia hacer como los Césares, que habian muerto estérilmente, y en quien la espada no habia sido mas que una negacion. Por eso sacó la suya como una afirmacion. Unió su doctrina al destino de una guerra inmensa, y encargó á sus legiones, marcando en ellas sus rasgos, que grabasen el Alcoran en el corazon de la humanidad. Hizo del hierro lo que hasta entonces no se habia hecho; hizo de él una doctrina viva, un apostolado. Cuando el hombre quiere persuadir, abre sus labios y su alma. Mahoma los abrió una vez por todas: proferido en adelante su verbo, le arrojó al mundo como una órden irrevocable; él no le decia: Vé! hacia que lo llevasen los escuadrones, y como el universo habia guardado silencio para oir el paso profundo de la verdad, guardó silencio otra vez al ruido de Mahoma, pero un silencio de esclavo, un silencio de vencido, un silencio que le deshonraba.

Porque, Señores, recibir una doctrina en la punta de un sable ¿es otra cosa que abdicar su alma? Yo estimo aun el error que se propone, y que crece bastante en ella para ensayar su fuerza en persuadirme; pero desprecio á su vil gladiador, que me presenta con una mano el Alcoran y con otra la muerte, y si tengo la bajeza de obedecerle, hay un desprecio mas profundo para mí.

Esta fué no obstante, Señores, la obra de Mahoma; así propagó su doctrina, así imitó la gran palabra: *Id y enseñad á todas las naciones.*

Paso al cisma griego. Este no es un conquistador; académico sutil, separado, á fuerza de ingenio, de la unidad doctrinal, viene á establecerse en el mundo sobre la buena opinion que se forma de sí mismo. ¿Qué ha hecho desde entonces en el órden del apostolado? ¿Qué ha hecho esta tierra, en otro tiempo tan fecunda en elocuencia, que habia producido á S. Juan Crisóstomo, á S. Basilio, á S. Gregorio Nacianceno, á S. Gregorio Niseno, y que llevó con anterioridad su gloria hasta nosotros por S. Ireneo, uno de nuestros primeros progenitores en la fe? ¿qué ha hecho desde el siglo XI, época final de su cisma, para justificar su separacion por sus éxitos, y para extender el reino Dios, del que acababa de arrancar una rama preciosa? ¡Ay! ¿qué ha hecho? Nada. Ya han pasado setecientos años, y esta rama, arrancada de la verdad, se marchita sin vástagos; bastante fuerte para conservar su antigua savia, sobrado débil para comunicarla. Rompió con la unidad, y al instante, por un milagro de la Sabiduría Divina, perdió con el secreto de la caridad la gracia de la expansion. ¡Plu-

guiera á Dios que aun se hubiera detenido aquí, y que hubiera aceptado el castigo de la esterilidad! Pero, avergonzada al fin de su larga inaccion, se ha dejado apoderar la Iglesia griega en estos últimos años de la ambicion del proselitismo. ¿Y sabeis cómo lo entiende? ó mas bien ¿quién no lo sabe? Despoja á los católicos que han caido en su dependencia por la suerte de las armas; confisca sus iglesias y sus conventos; destierra á sus sacerdotes; arranca los hijos de los brazos de sus madres, para quitarlos al error, y ahorrarse despues el trabajo de convertirlos; contrahace, sin saberlo los pueblos, su propia liturgia, que permaneciera aun sobrado católica; envía genízaros á solicitar la apostasía con vasos de vino, ataduras y palos, y conseguido el objeto, matricula con alegría á sus nuevos hijos con prohibicion de salir nunca de su amable padron, bajo la pena de ser tratados como renegados. Tortura en fin la verdad con sus garras, como una ave de presa que por casualidad llega á apoderarse de una águila que tenia las alas rotas; la sujeta, la revuelve, y no teniendo fuerza para hundir en su pecho un pico potente, le arranca una á una las plumas y la hace trizas, mejor que devorarla.

¿No acabo de nombrar, Señores á la Iglesia de Polonia? Me parece que la he nombrado... y si lo he hecho, ¿creeis que podré pasar por su lado sin honrarla? Hermana ilustre y querida, apoyo de la cristiandad en otro tiempo, y hoy ofrenda en holocausto, ¡podria yo pronunciar tu nombre sin bendecirle, sin rogar á Dios, yo, apóstol de Cristo, que tenga piedad de tí! ¡Ah! yo se lo ruego, yo le exhorto á ello, yo le invoco para tí, y tambien á toda alma en que no se haya agotado la humanidad. Ignoramos el porvenir, y lo que te prepara; pero si al fin sucumbes, la posteridad te hará una cuna en que reinarás siempre, y cuando se quiera animarse á grandes sacrificios en grandes desgracias, se meditarán tus recuerdos y se besarán tus ruinas. Si no te volvemos nosotros la vida del tiempo, te conservaremos la vida de la memoria, te daremos una cita para la eternidad, y si no se nos permiten otros abrazos, la persecucion no romperá jamás al menos este.

Hé aquí la Iglesia griega, Señores. ¿Lo he dicho todo? ¿He contado toda la suerte de esta doctrina hecha cadáver? No, Señores, pero es preciso ser breve en la historia del error, como lo hemos sido en la de la verdad. Una sola palabra mas. *El proselitismo está prohibido* por una ley que rige en la actualidad á toda la Iglesia griega bajo sus diversas dominaciones. Neron lo soñó quizá en un mal sueño del Palatino; pero haberlo escrito en una ley, decretar so-

lemnemente y en tres imperios, que la doctrina debia ser sin caridad, que no debia buscar al hombre y aun perseguirle, que debia habitar un rincon, y permanecer allí feliz bajo la proteccion y la guarda de un señor; y que si por casualidad abria la ventana para ver si podia volar á alguna parte, como la paloma del arca, fuese esto un crímen de lesa majestad: haber dicho, haber escrito y decretado semejante ley, es seguramente el prodigio de un temor doble, el temor de su propia impotencia y del poder de la verdad. Y observamos tambien que no es solamente en los Estados despóticos donde se ha consagrado esta fabulosa disposicion, sino en Atenas, en una Carta y en una Constitucion que proclama la libertad de conciencia. ¡El proselitismo está pues prohibido en nombre de esta libertad de conciencia!

Me tengo por feliz, Señores, al poder señalaros en otra parte, en el seno mismo del protestantismo, una legislacion de un carácter bien diferente, á la que me seria imposible dejar de rendir un homenaje público. Cuando se tiene mision de hablar contra el error, es una felicidad á la par que un deber hacer justicia al bien que hace. Nuestro siglo ha visto, Señores, una magnífica separacion del error hácia la verdad, tanto mas notable, cuanto que esta habia sido precedida por una larga persecucion. La Inglaterra, despues de trescientos años de una legislacion despiadada contra los católicos, rompió por sí misma las cadenas de nuestra servidumbre, y proclamó, bajo el nombre de Emancipacion, la plena y completa libertad de conciencia en todos sus vastos Estados. Ella recibe nuestros sacerdotes, nuestros obispos, nuestros religiosos, aun los que no tienen derecho de nacionalidad en ella, y esto lo hace sin temor y sin recuerdos, con la mayor liberalidad del mundo, y yo creeria hacer traicion á la santidad del apostolado católico, si, antes de principiar á emitir lo que debo decir del protestantismo, no rindiese, desde lo alto de esta cátedra de Nuestra Señora, el honor eterno que es debido á este nuevo acto en la historia de los hombres.

El protestantismo no está, como el cisma griego, desnudo de todo proselitismo; escribe, imprime y derrama sus libros profusamente: envía tambien misioneros, y aunque es cierto que no los envía á la China, al Japon, y á ninguna parte donde hay que derramar sangre; pero en fin, el protestantismo se arriesga á enviar misioneros á los países donde los cónsules pueden protegerlos con la majestad británica. Esta es una accion real, una accion que no constituye un apostolado. El proselitismo de la escritura no arrastra consigo nin-

gun sacrificio difícil y arriesgado. La palabra marcha, la escritura no marcha; la palabra es el don de todo el hombre, la escritura es solo el don de su espíritu. Del sacrificio de la palabra se derivan mil sacrificios, sin contar el de la sangre; pocos son los sacrificios que se originan de la escritura. Al lado de su chimenea, tomadas perfectamente todas las medidas que aseguran la comodidad, bien cerradas las puertas y las ventanas, toma un *gentleman* su pluma, reflexiona á su satisfaccion en el espacio de tiempo que média entre su almuerzo y su comida, y escribe páginas cuya impresion paga, pero con la reserva de ser pagado por el librero, quien paga tambien al conductor ó mensajero, que es definitivamente el único que representa el papel apostólico. La comparacion, Señores, no es sostenible bajo el respecto del sacrificio, no lo es mas bajo otro punto devista.

El proselitismo de la escritura no exige ninguna virtud de parte del que lo ejerce. El pobre mas infeliz, sin nombrarse ó nombrándose, puede tomar una pluma poderosa, aunque deshonrada. Por medianamente honestas que sean las costumbres del escritor, bastan á su dignidad. No es lo mismo respecto del hombre que se consagra al ministerio de la palabra, y sobre todo de la palabra religiosa. Para aparecer en una asamblea en nombre de Dios, es necesario llevar la fisonomía y la historia de una vida elevada. Ciceron, aunque pagano, y refiriéndose solo á la elocuencia civil, ¿no definia al orador *un hombre de bien hábil en el arte de hablar?* Este título de hombre de bien no basta al hombre del Evangelio; le es necesaria la santidad, una santidad indicada por el sacrificio permanente de la castidad, por el desinterés, por la fatiga, por el alejamiento de la patria, por un reflejo sensible de la verdad en el acento y en todo el sér. Los salvajes mismos no se engañan á estos signos, y disciernen á la primera mirada, al primer sonido al verdadero apóstol. ¡Llevadles, pues, esos libros, ó bien una palabra casada con una mujer!

¿Sabeis, Señores, qué es lo mas singular de vuestro siglo? Es precisamente que por la primera vez, desde el principio del mundo. acrecido desmesuradamente por la prensa el proselitismo de la escritura, ha adquirido un poder que compite con el proselitismo de la palabra; es que el proselitismo que no exige ni sacrificio, ni virtudes, ni aun un nombre, aspira á destronar al proselitismo que exige nombre, virtudes y sacrificios. No rechazamos esta nueva potestad nacida en la humanidad, antes nos servimos de ella: útil auxiliar, ha venido en socorro de la palabra amenazada por do quiera de opre-

sion, y aunque bate en brecha á la verdad, trabaja no obstante por nosotros, por esta misma palabra con que desea el imperio. Por esto, al señalaros el peligro que hay en la impersonalidad de la escritura, os señalo tambien sus ventajas. Cuando aparece en el mundo una gran potestad, llega á él lanzada por una gran razon, y esta gran razon es siempre alguna necesidad de la verdad. Nada sucede sino por la providencia de Dios, y Dios lo hace todo por sus escogidos: *Omnia propter electos*. Sea pues que se funde ó que se arruine un imperio, que se extinga ó que se encienda un sol, que sople el viento de Oriente ó de Occidente, esperad siempre á Dios, porque Dios llega siempre, aunque el polvo levantado á su tránsito nos oculte por largo tiempo su figura y su secreto.

Solo diré una palabra del racionalismo sobre la cuestion que nos ocupa: jamás he oido hablar de un racionalista que haya sido apaleado en la Cochinchina. Estos espíritus son demasiado refinados y sobrados ingeniosos para arriesgarse á semejante gloria en pro de la verdad. Siempre será, pues, tiempo de ocuparse de ellos cuando vaque la primera silla de la Academia. Estamos demasiado bien educados para ofrecerles otra cosa que una rama de laurel, y la merecen incontestablemente.

He concluido, Señores. Todo lo que he dicho me autoriza á deducir que la caridad de la doctrina, manifestada por el apostolado, pertenece exclusivamente á la doctrina católica. Y si me preguntais por qué, y cuál es la causa secreta de este fenómeno, os responderé que la verdad sola es caridad, y que poseyendo solo nosotros la verdad, poseemos tambien su incomunicable calor. Venimos del seno ancho y universal de Dios; venimos de la region en que están eternamente abrazados la luz y el amor. El rio que desciende de las altas montañas cubre naturalmente el llano con sus mil canales. Toda otra doctrina viene de abajo; viene del hombre, de su corazon estrecho, de su ingenio mas estrecho aun, de su orgullo mas estrecho que ambos; viene de su egoismo, y vuelve al egoismo. Ella no va al mundo, llama el mundo á sí. En cuanto á nosotros, hijos de Dios, nacidos en la eternidad de una palabra de su alma, nos estrecha siempre la caridad, y no nos deja mas que el reposo del sacrificio que ha sido nuestra cuna.

Hallándose S. Pablo en las ruinas de Troya, vió en sueño á un macedonio que estaba en pié que le rogaba: *Pasa*, decia, *pasa y ven á nosotros* (1). Este macedonio, Señores, es la humanidad entera,

(1) Actos de los Apóstoles, cap. 16, vers. 9.

suplicando á Dios, demandándole la verdad; y S. Pablo, es todos nosotros que creemos como él, que hemos recibido como él todas las primicias del espíritu de vida y de amor. Hoy, como entonces, tendidos sobre las ruinas de Troya, de esta viva imágen de la desolacion del mundo, se levanta el macedonio ante nosotros, y nos ruega en pié porque tiene priesa: *Pasa*, nos dice, *pasa y vente á nosotros*. Y si el temor del sacrificio nos retiene, si nos espantan las fatigas, los viajes, el hambre, la sed, los suplicios, Dios nos dice como á S. Pablo, en otro sueño, en el sueño de Corinto: *No tengas temor, habla y no calles, porque tengo un gran pueblo conmigo en esa ciudad* (1). ¿Cómo hemos de callar? ¿Cómo cerrará nuestros labios la mano del hombre? Dios nos lanza siempre; un gran pueblo nos espera siempre. Aquí teneis, Señores, el espectáculo y la prueba, y aun esta asamblea, tan vasta y profunda como es, no es todo mi auditorio: mi auditorio es la humanidad. Mi palabra dicha á vosotros resalta sobre ella, como esos guijarros lanzados sobre la superficie de los mares, que van rebotando llevados por las olas á tocar á lo lejos el objeto á que iban dirigidos.

(1) Actos de los Apóstoles, cap. 18, vers. 9 y 10.

SERMON VIGÉSIMO QUINTO.

De la caridad de fraternidad producida en el alma por la doctrina católica.

La doctrina católica es la única que ha producido y que produce la caridad del apostolado, segun he probado en mi último Sermon. Y ahora añado, que ella sola produce la caridad de fraternidad. La fraternidad es la reparticion recíproca del corazon, del trabajo y de los bienes; y me parece, Señores, que esta virtud deberia producirse en nosotros por una fuente tan sencilla y tan natural como nuestra vida. Porque, en fin, ¿qué somos nosotros? ¿No somos miembros de una misma familia, hijos de un mismo padre, y de una sola casa? En vano querremos destruir las páginas de nuestra genealogía; todos sin excepcion salimos del mismo lugar, y mientras se fabrica el orgullo fuera del género humano ilustres y especiales antigüedades, la sangre de Adan nos habla mas alto que todos los títulos, y nos echa en tierra á los piés de nuestro patriarca como á los piés de nuestro Dios. No obstante, á pesar de esta evidente comunidad de orígen y esta fraternidad que ha puesto la naturaleza entre nosotros, ¿qué espectáculo nos presenta la historia, si la consideramos fuera de la doctrina católica? Razas infinitas, familias que se separan cuanto les es posible unas de otras, por el rango, el poder y la tradicion: hombres duros para curar el mundo y tratando á la tierra, no como patrimonio real de todos, sino como patrimonio privilegiado de los mas fuertes, de los mas hábiles, de los mas felices; por todas partes la guerra, los zelos, la expoliacion, la elevacion del menor número, y la miseria del mayor.

No obstante, Señores, no sucede la mismo con la fraternidad que con la humildad, la castidad y el apostolado. El mundo que rechaza estas virtudes aun despues de la revelacion, no rechaza igualmente á aquella: muchos la aprecian hoy, aun fuera de la doctrina católica, y si hay un sueño acariciado por las almas elevadas, si hay una idea que conmueva la opinion, que inspire bellas

páginas y consacre grandes trabajos, es seguramente la idea de la fraternidad. Mientras el mundo insulta á la humildad como á una virtud que le importuna, mientras rechaza á la castidad como un intolerable peso, y acrimina al apostolado como una invasion de la verdad ó de lo que se da como tal, la fraternidad tiene en su seno amigos ardientes y generosos, que exageran aun sus derechos, que se engañan sobre los medios de establecerla, pero que la proclaman como el fin último de toda la historia y de todo el movimiento de la humanidad. El espectáculo á que os convidamos, será mas instructivo y curioso. Grato será ver al mundo prosiguiendo el mismo pensamiento que nosotros, impotente para realizarlo, á pesar de sus esfuerzos, y á la doctrina católica tocando cada dia su objeto ó fin fraternal por la simple expansion de su palabra y su comun eficacia.

En el año 680 de Roma, bajo el consulado de Marco Terencio Varron Luculo, y de Cayo Casio Varo, hallábanse reunidos al pié del monte Vesubio, y enfrente del mar de Nápoles, doscientos ó trescientos hombres. Llevaban en sí los rasgos de nuestra comun dignidad, y no obstante, no era necesario mirarles mucho tiempo para descubrir tambien en todo su sér rasgos sobrado sensibles de una cruel degradacion. En medio de un silencio general, se levantó uno de ellos, y les dirigió este discurso: « Queridos y desgraciados compañeros de infortunio, hemos resuelto soportar hasta el extremo las injurias de la suerte que nos ha cabido. La humanidad no existe para nosotros, despreciados del mundo, aprisionados desde nuestros primeros años por la mano de hierro del destino, solo hemos servido hasta ahora para recrear á nuestros señores con bárbaros espectáculos, ó para dar pábulo con nuestros trabajos á su fausto, á su molicie y á sus deleites. Es cierto que nos hemos fugado, que somos libres; pero ya sabeis que esta libertad no es aun mas que la servidumbre; todo el imperio, toda la tierra está contra nosotros: no tenemos amigos, ni patria, ni asilo. Pero ¿necesitamos otros amigos, otra patria, otro asilo que nosotros mismos? Consideremos quién somos, y contémonos primeramente. ¿No somos el mayor número? ¿Quiénes son nuestros señores? Un puñado de patricios cuyas casas poblamos, que no respiran sino porque nosotros no tenemos valor para poner la mano en su pecho para sofocarlos. Y si esto es así, si tenemos la fuerza del mayor número, si casi toda la humanidad es esclava de una horda que goza de todo y de todo abusa, ¿qué es lo que nos impide levantarnos, tender por una vez

nuestros brazos al mundo, y demandar á los dioses que decidan entre nosotros y nuestros opresores? No solamente tenemos el número, tenemos tambien la inteligencia: muchos de nosotros han enseñado á sus señores ó enseñan á sus hijos las letras humanas: nosotros sabemos qué es lo que ellos saben, y su saber lo han recibido de nosotros; nosotros somos sus gramáticos, sus filósofos, y los que les han enseñado esa elocuencia que llevan al foro para oprimir á todo el universo. En fin, tenemos mas que el número y la inteligencia; ¡tenemos el derecho! porque ¿quién nos ha hecho esclavos? ¿Quién ha decidido que no éramos iguales suyos? ¿Dónde está el título de nuestra servidumbre y de su soberanía? Si es la guerra, nosotros tambien la hacemos: ensayemos una vez el destino, y merezcamos con nuestro valor que ella se pronuncie por nosotros. » Habiendo dicho esto, Spartaco tendió la mano al cielo y al mar; su ademan acabó sus palabras; la multitud que le habia escuchado se levantó, conociendo que tenia un capitan, y ocho dias despues, cuarenta mil esclavos formados en batalla hacian volver las espaldas á los generales romanos, removian completamente la Italia, y se veian, como Aníbal, en disposicion de mirar como vencedores las humaredas de Roma.

No obstante fueron vencidos, á pesar de su número y de su valor, y Pompeyo, que fué á poner el sello á su derrota, no tuvo mas que escribir algunas líneas al Senado para noticiarle que estos viles esclavos, que fueron por un momento su terror, habian vuelto á entrar en su legitíma nulidad.

Tal era el estado del mundo algunos años antes de la venida de Jesucristo. Una gran parte de la humanidad no tenia patria, ni familia, ni derechos; estaba inscrita en la ley bajo la rúbrica de las cosas y no de los hombres. Tratábasela como una raza de animales mas inteligentes, mas fuertes que las bestias, pero que no tenian otra distincion sobre ellos, que el ser mas aptos para una servidumbre mas provechosa. Podria para mi tésis limitarme al hecho, y deciros: Hé aquí lo que el hombre hizo del hombre en cuatro mil años; hé aquí dónde estaba antes de Jesucristo la fraternidad. Pero no será inútil que despues de haber visto el hecho busquemos la causa, para comprender mejor la grandeza y la dificultad de la revolucion operada bajo este respecto por la doctrina católica.

Es, pues, Señores, ya que quereis saber la causa de la servidumbre, es que el hombre no ama al hombre, porque el hombre no ama el trabajo, porque el hombre no ama la particion de sus

bienes, porque el hombre, en fin, no ama naturalmente nada de lo que constituye la fraternidad.

El hombre no ama al hombre; porque el amor, este encanto inexplicable que nos inclina á un objeto y nos impele, menos que á darnos á él, á fundirnos en él; el amor, esta maravilla la mas incomprensible de nuestra naturaleza, en la que pasamos toda nuestra vida, hasta que hemos desesperado de nosotros bastante para no intentar realizar su misterio; el amor no tiene mas que una causa pura, causa rara y pasajera en la humanidad. Quisiera callar su nombre, y me acuso hasta cierto punto de nombrarlo en esta cátedra; pero me es imposible dejar de pronunciarlo. El amor no tiene mas que una causa, y esta causa es la belleza. Colóquese el hombre en presencia de una naturaleza en que resplandezca este don terrible, y á menos que se halle cubierto con un escudo divino, sentirá sus golpes. Por rebelde, por orgulloso que sea, irá como un niño á inclinarse á los piés de esto que ha visto y que le ha subyugado con una mirada, con un cabello de su cuello, *in uno crine colli sui*, como dice admirablemente la Escritura. Pero esta belleza, causa única del amor, es rara y transitoria en nosotros. No pertenece mas que á un reducido número, y los séres que se hallan mas dotados de ella solo gozan un momento de su corona. Adorados un dia de su vida, sienten bien pronto la fragilidad del don que se les ha hecho; los aduladores huyen á medida que descienden los años, y algunas veces no son necesarios los años. El corazon, cautivado violentamente, se suelta con rapidez, y de experiencia en experiencia llegan estos séres, á quienes se ha querido tanto, á no poseer de sí mismos y de los otros mas que las reliquias de un sueño.

La belleza, que es la fuente del amor, lo es tambien de las mayores desolaciones que hay en el mundo, como si la Providencia y la naturaleza se arrepintiesen de haber hecho á algunos de nosotros tan rico y tan raro presente.

Si tal es la causa del amor, ¿cómo será amada la humanidad? Dejando aparte el pequeño número que posee esta causa y con tantas imperfecciones, ¿qué es lo demás? ¿Qué ve el hombre á su alrededor? Hombres, no solamente desprovistos de la gracia y de la majestad de su naturaleza, sino tambien desfigurados por el trabajo, envilecidos por males sin cuento, en quienes nada mas descubre la vista que una especie de máquina que se mueve. Y si del cuerpo se penetra hasta el alma, se revelan en ella la miseria y la vergüenza bajo aspectos mas profundos, que ni aun inspiran la compasion

bastante para no ser despreciados. El orgullo sin causa, la ambicion, el egoismo, el odio, la voluptuosidad, todos los vicios se disputan este semblante interior del hombre y aspiran á deshonrarle. ¿Qué resta, pues, del amor? ¿En qué rasgo de belleza se fijará ese hombre para amar al hombre y partir fraternalmente con él las penas del trabajo y la alegría de sus bienes?

El hombre no ama el trabajo. Ama solamente una actividad que lisonjee el orgullo y engañe el tedio. Pascal lo ha observado. Un hombre, viene á decir, se juzga desdichado porque le arroja una desgracia en un palacio magnífico, donde rodeado de toda clase de goces y de distinciones, no le falta mas que una multitud de pretendientes y de importunos que le impidan pensar en sí. Esto es cierto: amamos la actividad, pero una actividad cómoda y honrosa, que, segun la expresion de Mad. Staël, añade interés al descanso, y nos da sin fatiga la satisfaccion de tener y remover los hilos de este mundo. Es la actividad perezosa del mando la que nos seduce; pero luego que hay fatiga real del espíritu ó del cuerpo, tratamos de echarla sobre los otros en cuanto nos es posible. El trabajo es una pena: fué impuesto al hombre cuando Dios le arrojó del paraiso terrenal con esta sentencia: *Comerás el pan con el sudor de tu rostro:* rechazando el trabajo, no hacemos mas que rechazar un castigo, y para aceptarlo, cuando no falta el amor, no necesitamos menos que toda la fuerza de la necesidad. Ahora bien, el hombre no tiene amor al hombre, y el horror del trabajo, combinado con su necesidad, le inspira sin cesar la idea y la tentacion de la servidumbre para otro. ¡Cuán lejos se halla de la fraternidad, que es la reparticion recíproca del corazon, del trabajo y de los bienes!

¿Podrá creerse que llegando el hombre á cierto grado de riqueza y saciado con lo superfluo no experimentará pena alguna en dar lo que es inútil aun al lujo mas superabundante? Esto es un error. El hombre nada da voluntariamente. Cuando no sabe qué hacer con su dinero, compra tierras que lo producen. Careciendo de posteridad, ó reducido á sobrinos á quienes detesta, compra tierras; y si faltan tierras á su ardor de poseerlas, sepulta en profundas arcas este oro doblemente inútil, dándose algunas veces el placer de contemplarlo, de contarlo, y de saber con cuántos escudos se ha aumentado su felicidad. ¿Qué gozo hay en esto? Vosotros y yo lo ignoramos igualmente, porque nadie aprecia mas pasiones que aquellas de que uno mismo ha sido víctima. El pobre no comprende el estado del hombre rico, que quiere mas sepultar su tesoro que darlo; pero ello es así.

Sucede tambien que el rico se fastidia de serlo, que no puede ya mas con su fortuna, que se apodera de él un inmenso disgusto: parece que podria abrirse una nueva cuna de goces librando de la miseria á una familia arruinada, casando á jóvenes pobres que se aman lealmente. Ni aun tendria necesidad de buscar la desgracia; la misma desgracia subiria sus escaleras: á cada cuarto de hora las sube sin que se la espere, y llama, y lleva á ese miserable rico un bien que no conoce. Pero la saciedad llevada hasta el dolor, ni aun muestra al hombre el secreto de desprenderse de ella. Él juzga que el honor de ser mas rico que nadie merece bien ser comprado por el sufrimiento. Pero ya he dicho que no comprendemos nosotros nada de esto, aunque todo ello sea y nos revele un tercer orígen de la servidumbre sustituida en el mundo antiguo á la fraternidad.

En efecto, si el hombre no ama al hombre, si odia el trabajo, y aborrece toda reparticion de sus bienes, ¿ quién no ve al fin de estas disposiciones de su alma, como una consecuencia inevitable, el establecimiento de la servidumbre? ¿ Por qué no he de abusar de la fuerza contra el hombre á quien desprecio, para sujetarle á un trabajo de que yo me libro, y que satisface á un tiempo mi fortnna y mi orgullo? ¿Por qué no he de reunir el mayor número de hombres posible, con el menor precio posible, á la satisfaccion de todos mis sentidos? ¿ Por qué no he de tener, si puedo, como en la India, criados que ahuyenten de mi semblante los insectos importunos, otros que me lleven en palanquines, otros que me tengan dispuesto un vaso de agua cuando yo tenga sed, y otros que me hagan compañía y que me honren? Tal vez no se me presente ocasion de sujetar á mis semejantes; pero ¿ cuándo ha faltado la ocasion en el mundo á los opresores? Hallándose una vez dentro del corazon del hombre las causas de la servidumbre, ¿ quién se opondrá á ellas? ¿ Dónde estará el punto de apoyo de los débiles contra los fuertes? ¿Quién hablará al hombre, si el hombre le desprecia? Por un efecto de falta de amor y de la pasion para engrandecerse, se formará necesariamente generaciones desheredadas; estas generaciones se agitarán, darán miedo á los dichosos del mundo; será preciso crear una fuerza que les quite la idea de rebelarse, y que permita al egoismo un sueño tranquilo. ¿ Qué medio mas natural de reducirlos á una servidumbre que los envilezca á sus propios ojos, y no les permita ni aun soñar en revindicarse?

No son estas, Señores, quiméricas interpretaciones de los sentimientos del hombre. Dios permitió que subsistiese la servidumbre

hasta ahora para revelaros sin cesar á vosotros mismos lo que sois fuera de la caridad que procede de él. Hubierais podido creer que amabais la humanidad por vosotros mismos, y que bastaba la filantropía para el establecimiento de la fraternidad universal. Dios ha cuidado de desengañaros. Que desciendan europeos, franceses, algunos grados de latitud, y se trasladen bajo un sol mas cálido, y espirará su filantropía á las puertas de una fábrica de azúcar. Luego que se hagan poseedores de esclavos, descubrirán las razones mas poderosas del mundo en favor de la servidumbre; las mismas que decia poco há, la necesidad del trabajo, la imposibilidad de realizarlo por sí mismos, el deber de enriquecerse, la inferioridad de la raza esclavizada. Iráse lejos á buscar esta raza privilegiada, y si no se aproxima bastante á la bestia, se cuidará, maltratándola y privándola de educacion, de ponerla al nivel de la bajeza y del embrutecimiento apetecible, para que todos la juzguen incapaz é indigna de la libertad. Hé aquí al hombre, Señores, y los obstáculos que debia hallar en él la doctrina católica para el establecimiento de la fraternidad. Veamos cómo ha hecho para ser la mas fuerte, para triunfar.

Cuando Jesucristo quiso fundar el apostolado, pronunció esta palabra: *Id y enseñad á todas las naciones.* Pero le costó mas fundar la fraternidad. Refiriose á ella muchas veces, y sentó tres famosos textos.

Yo os doy, dijo una vez, *yo os doy un mandamiento nuevo, y es que os ameis unos á otros, así como yo os he amado; en esto conocerán todos que sois mis discípulos si tuviereis caridad entre vosotros* (1). Observad en primer lugar, Señores, esta expresion: *Os doy un mandamiento ñuevo.* Jesucristo no la ha usado mas que en esta ocasion, al menos de una manera tan expresa. La humildad, la castidad, el apostolado, aunque cosas nuevas, lo eran menos no obstante que este precepto: *Amaos unos á otros.* Y Jesucristo añade que este será el signo por el que se conocerán sus discípulos, no porque no sean tambien la humildad, la castidad, el apostolado signos muy evidentes y muy ciertos de la profesion cristiana, sino porque la caridad es el océano donde comienzan y donde terminan todas las virtudes. La caridad es la que hace humilde, casto, apóstol; es el principio y el fin, y por consiguiente el signo capital de la transfiguracion del alma.

Haced otra observacion, Señores: al aparecer la doctrina católica

(1) S. Juan, cap. 13, vers. 34 y 35.

en el mundo, no dice como Spartaco: Lévantaos, armaos, revindicad vuestros derechos: sino que dice con calma y sencillez: *Amaos unos á otros*; si hay alguno de vosotros que se queje de no ser amado, que ame el primero; el amor produce el amor. Cuando se amen dos, y se haya visto la alegría de su corazon, vendrá otro que deseará ser amado tambien, dando su amor, y despues de este, otro. Lo que os falta no es un derecho, sino una virtud. Ahora bien, ninguna ley puede daros una virtud, ninguna victoria creárosla. Spartaco hubiera vencido, el mundo hubiera sido al dia siguiente lo que era el dia anterior; los esclavos se hubieran hecho señores, los señores esclavos, y aun cuando todos estos fueran victoriosos, embriagados con los despojos de Roma, se hubieran degollado unos á otros en nombre de la fraternidad. No nace una virtud en los campos de batalla; el alma es la única tierra donde la siembra y la recoge Dios. ¿Qué haceis cuando falta á vuestra industria una planta necesaria ó deseada? La buscais lejos bajo el sol que la madura; la sembrais y la cultivais con tanto mas cuidado, cuanto que el sol á quien la confiais no es su sol natal. ¡Ah! Señores, la generacion de la virtud no difiere de esta: no se diferencia de ella sino en que es ínútil ir tan lejos á buscarla: el reino de Dios está dentro de vosotros: la tierra es vuestra alma, y la semilla acabais de recibirla en estas palabras: *Amaos unos á otros.*

Está tambien en esta otra expresion: *Si alguno de vosotros quiere ser el primero, que sea el último; y quien quiera ser el mayor, que sea vuestro siervo; así como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir* (1). Os quejais de ser esclavos; no sabeis lo que decis: esclavo es quien sirve á pesar suyo; servid de propia voluntad, y desaparecerá la esclavitud. Se os ha dicho que la mayor desgracia y el mayor oprobio es la esclavitud; y yo os digo: Haced de la servidumbre un acto de amor; lo que era ignominia será gloria, lo que era esclavitud llegará á ser adhesion, lo que era la última cosa llegará á ser la primera, lo que era el colmo del infortunio llegará á ser el éxtasis. ¿No sabeis que nada hay mas dulce que amarse? Y cuando se ama se da, cuando se da se sirve, y cuando se sirve por amor se goza de la felicidad. Servid pues amando, ¿y qué os faltará? Es cierto que se ha invertido el órden, porque el amor precede al servicio, y aquí ha precedido el servicio al amor. Pero ¿qué os importa? Restableced el órden amando; con tal que

(1) S. Mateo, cap. 20, vers. 29, 27 y 28.

vayan juntos el servicio y el amor, se cumplirá el misterio de la felicidad. Vosotros, pues, ó vosotros todos, hermanos mios esclavos, haced una santa república de amor; amaos unos á otros, y amad á vuestros señores con el amor comun que os teneis; y al fin los desarmaréis, y los persuadiréis á que os amen tambien, y que se amen entre sí. Nada es tan contagioso como la virtud que llega al estado de amor. Vuestros dueños os tenian por enemigos; os tenian mas temor que odio; cuando vean, pues, que los amais y que los servís libremente, se abrirán sus ojos, y nacerá vuestra libertad por sí misma como nace un fruto del árbol y cae por sí cuando está maduro.

Resta otra expresion, necesaria aun para la fraternidad: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Os quejais de la insensibilidad del rico; no hagais caso de él: amad la pobreza, y dad lo poco que teneis á los que tienen menos que vosotros. No digais que no podeis privaros de vuestros bienes si otros no hacen lo mismo; dad los vuestros desde luego, otros darán tambien los suyos; se os volverá centuplicada vuestra parte, y el espíritu de pobreza, sin leyes, sin violencia, sin disolver la sociedad en una reparticion siempre continua y siempre insuficiente, destruirá la enemistad del pobre y del rico, hará de este un ecónomo, y de aquel un protegido de la Providencia.

Toda esta doctrina es sin duda, Señores, tan sencilla como profunda; y no obstante, nadie la habia encontrado. Sucede con ella como con el descubrimiento de la América por Cristóbal Colon; quimérico antes de su buen éxito, todo el mundo se sorprendió de no haber dado en tal idea; y todo se reducia á abordar á una nave, y marchar via recta. No obstante, aquí tenemos otra maravilla mas: la doctrina conocida y publicada es aun poca cosa; es necesario que llegue á la eficacia por sí misma, sin auxilio de ninguna victoria y de ninguna legislacion. Es necesario que sea aceptada libremente y practicada, y esto sin contrariedad, con todos los instintos de la humanidad. Se ha dicho al hombre que ame al hombre, á él que no le amaba: se le ha dicho que le sirva, á él que solo quiere ser servido; se le ha dicho que dé sus bienes, á él que se horrorizaba de desprenderse de ellos. Y no obstante, ¿cuál ha sido su éxito? Vuelvo algunas páginas del Evangelio, y leo: *La muchedumbre de los creyentes no tenia mas que un corazon y un alma, y ninguno de ellos decia ser suyo propio nada de lo que poseia, sino que todas las cosas les eran comunes; y no habia ningun necesitado entre ellos, porque*

cuantos poseian campos ó casas las vendian y traian el precio de lo que vendian, y lo ponian á los piés de los apóstoles, y se repartia á cada uno lo que habia menester (1). La república cristiana estaba formada; república nueva, república desconocida, en que todo el mundo no tenia mas que un nombre, el de hermano.

Pero esta república no debia limitarse á un rincon del mundo, y permanecer en él como una secta dichosa, dando de lejos á los hombres el ejemplo de la fraternidad. Tenia delante de sí á la tierra como el único límite de su realizacion; era llamada á provocar y establecer por todas partes la reparticion recíproca del corazon, del trabajo y de los bienes. Para esta grande obra necesitaba un sacerdocio fundado en el principio de la fraternidad, y lo creó. Destinó á las funciones del gobierno y de la palabra, no á los príncipes y sabios, sino á aquellos hermanos suyos, cualquiera que fuese su nacimiento, en quienes brillaba mas la caridad; eligió al hijo del pastor y al hijo del esclavo; puso en su cabeza la corona del sacerdote, la mitra del obispo, la tiara del pontífice, y dijo en alta voz á los príncipes del mundo: Mirad aquel á cuyas plantas vendréis á buscar la luz y la bendicion. Vosotros, Césares, os despojaréis un dia de vuestro orgullo, y os inclinaréis ante el hijo de vuestro siervo, oculto en otro tiempo en los fosos de vuestros palacios: á él confesaréis vuestras culpas, y él tenderá la mano sobre vosotros, y os dirá: En el nombre de Dios, ¡oh César! tus pecados te son perdonados: marcha, y no hagas mas que lo que has hecho. Fácil era de prever el resultado de esto. En cuanto el pobre y el pequeño eran elevados por el mérito de la humildad al trono de la palabra y al tribunal de la conciencia, tomaba la naturaleza humana una dignidad sacada de su fondo y de una virtud posible á todos; no era ya el nacimiento y la guerra, la casualidad ó la habilidad, fuentes diversas de exclusion y de opresion, no era ya el egoismo, sino la caridad, la que tenia el cetro de los destinos de la humanidad: la esclavitud perdia toda significacion y esto sin luchas entre los señores y los esclavos, sin revolucion precipitada y sangrienta, sucedia por el solo curso de las cosas. Así como se gastan con el tiempo y la rotacion las cadenas de un prisionero, y el carcelero no necesita ya desatarlas cuando llega la hora de la libertad; así la religion no necesitó sacudir las cadenas del esclavo para hacerlas caer, habíalas gastado el tiempo y la rotacion de la doctrina.

(1) Actos de los Apóstoles, cap. 4, vers. 32 y siguientes.

Pero no era la única obra de la fraternidad destruir la esclavitud, debia tambien proveer al servicio de las miserias humanas. La doctrina católica creó para ellas el servicio gratúito, es decir, un servicio de adhesion, sin otra recompensa que la estrictamente necesaria para el sér adherido. Este servicio llevaba consigo necesariamente la castidad absoluta; sustituia á la familia todo el género humano. No haré su historia, porque ¿quién no la conoce? ¿Quién ignora la ingeniosa fecundidad con que proveyó la doctrina católica de padres y de madres á todos los desgraciados? Espiando en cada siglo la miseria que le es propia, le ha suscitado cada vez nuevos servidores. Ha hecho á la hermana de la Caridad con la misma facilidad con que formó al caballero de Malta, al hermano de las Escuelas Cristianas tan bien como al hermano de la Merced, al amigo del loco como al amigo del leproso. Diariamente teneis á la vista ejemplos de estas creaciones en que la potestad de la caridad toma cuerpo á cuerpo la potestad de la miseria, y no le permite tocar el punto mas oscuro de la humanidad sin llevar á él la mano despues de la suya; así se ha establecido el reino de la fraternidad entre los hombres, obra increible aun á quien la ve, y cuya explicacion necesito preguntaros.

Os pregunto cuál es la causa de tan extraño fenómeno, despues de tantos otros como hemos visto. ¿Por qué y cómo ha sido eficaz solo la doctrina católica para abolir la servidumbre, para transformar el corazon del rico y el del pobre, para organizar este servicio voluntario y gratúito que llena aun la Europa, á pesar de la conspiracion de tantos hombres como se esfuerzan en aniquilarlo? Os pregunto ¿cómo sucede esto, cómo es que esta doctrina católica, que es la única que ya produce la humildad, la castidad, el apostolado, sea la única tambien que produzca la fraternidad? La única, y siempre la única; las otras no hacen mas que destruir, ó si conservan algo de la fuerza que recibieron primitivamente de la doctrina catolica, no hacen mas que alterar su obra y sus dones.

He respondido, Señores, que evidentemente esta eficacia de la doctrina es divina, porque si fuese humana, toda otra doctrina le robaria tarde ó temprano este secreto. ¿Por qué ama hoy el hombre al hombre, si la doctrina católica ha dejado al hombre tal cual era, con su sola naturaleza y su solo atractivo? La belleza, decíamos, es la causa única del amor; es pues preciso que la religion católica haya revestido al hombre de una belleza que no tenia anteriormente. ¿Pero cuál? Si os miro exteriormente, no veo en vos-

otros mudanza alguna, vuestro semblante es el de la antigüedad, y aun habeis perdido algo en la rectitud de las líneas de la fisonomía. ¿Qué belleza nueva habeis pues recibido? ¡Ah! ¡una belleza que os deja hombres, y que no obstante es divina! Jesucristo ha puesto en vosotros su propia figura; ha tocado vuestra alma con la suya; ha hecho de él y de vosotros un solo sér moral. No sois vosotros, es él quien vive en vosotros. Una santa decia: ¡Si se pudiera ver la belleza de un alma, ya no se podria mirar nada! Esta belleza que no ve el mundo, la entrevemos nosotros los cristianos: ella penetra al través de la humanidad deshonrada, nosotros la sentimos, la buscamos: ella nos seduce, no por un dia, como la hermosura humana, sino con la indeleble magia de la eternidad. Si os amo, si estoy obligado á hablaros, si estoy dispuesto á dar mi vida por la salvacion de uno solo de vosotros, no es porque sea yo mas que un hombre; pero veo en vosotros una inexplicable claridad que os envuelve, os penetra, y me arrebata hasta dentro de vosotros. Tambien vuestros ojos la ven en mí, si sois cristianos. Un dia, quizá bien pronto, se oscurecerá esta palabra que anuncia la doctrina: la decadencia se acerca al hombre con rapidez, y con ella la soledad y el olvido. Llegado este dia, no me quedará en vuestra alma mas que el recuerdo de un eco; pero tanto á mí como á vosotros, en la vida y en la muerte, nos quedará la hermosura que viene de Cristo, su semblante que está en nosotros, y el amor que brota de él para regocijarnos en vida y embalsamarnos en el sepulcro.

Ya teneis alguna experiencia de la vida, vosotros os habeis agrupado á mas de una puerta: pues bien, decidme, ¿no habeis sentido la diferencia del hombre que os acoge como hombre, del hombre que os acoge como cristiano? Dejando á parte á vuestras madres, á vuestras hermanas, y á un corto número de amigos, ¿qué hombre indiferente, por filantrópico que sea, os ha estrechado contra su corazon? ¿En qué gabinete, en cuyo fondo oculta un filósofo sus gloriosas vigilias, habeis sido recibidos con amor? ¿En quién habeis reconocido el pecho de la fraternidad? Por mi parte, exceptuando á los que acabo de nombrar, no le he encontrado mas que en cristianos, en almas animadas de la virtud de Cristo, en sacerdotes á quienes confesaba mis culpas, en algunos jóvenes que me hacian la confesion de las suyas, y que se arrojaban llenos de alegría en mis brazos, almas fraternales, abrazadas ya con la comunion de los santos, y que me revelaban de lejos el éxtasis eterno de la unidad.

Y vosotros, hombres que no sois mas que hombres, permitid que os pregunte : ¿En qué punto os hallais del camino de la fraternidad y del amor humano ? ¡ Ay ! despues de ilusiones rápidas, ya no creeis en el amor, os habeis hecho incrédulos aun para la belleza, y la fuente de las alegrías misteriosas no surte ya agua sobre el fondo de vuestro corazon. Habeis quitado del hombre al Dios que habia en él, y os admirais de la nada á que se ha reducido. ¿Necesitaré citar de nuevo á mi tribunal al mahometismo, al protestantimo y al racionalismo? El mundo puede ser considerado en globo lo mismo que en partes. Pues bien, desde que la razon humana ha combatido y debilitado, bajo diversos aspectos, á la doctrina católica en el mundo, ¿qué camino hace en él la fraternidad? Su nombre está en todos los labios, forma el fondo de los sistemas y de los deseos; no se oye hablar de otra cosa que de espíritu de asociacion y de comunidad; se tienden las manos por todas partes : y no obstante un gemido sordo, una queja unánime denuncia á toda la tierra la tibieza de los corazones. Yo oigo al hombre que lleva las haces del servicio militar, al magistrado aplicado á las funciones de la justicia, al profesor discerniendo en el alma del jóven el secreto de sus inclinacionos, al hombre político estudiando de cerca los grandes resortes del mundo ; yo escucho, en fin, la voz de la sociedad por todos los poros por donde se escapa, y no oigo caer en mi oido mas que una palabra : el egoismo. El frio y el vacío están en la humanidad. Se siente, hasta en los ardores políticos, un soplo triste, una respiracion fatigosa que anuncia al exterior la miseria del interior. Así, cuando declina el sol hácia el horizonte se detiene y se hiela la savia de la naturaleza ; ella esperaria la muerte, si no esperase siempre la resurreccion.

La resurreccion vendrá, cristianos, y vendrá por nosotros. Pues que el mundo, que no quiere humildad, que no quiere castidad, que no quiere apostolado, quiere fraternidad ; pues que se halla obligado á quererla, y que todos los dias se ingenia en formarla, hé aquí el terreno comun en que nos encontramos con él. Aprovechémoslo. Entre él y nosotros, hemos de ver quién derramará mas amor verdadero, quién dará mas recibiendo menos. Nadie podrá en este conflicto acriminarnos. Lancémonos á él de todo corazon ; hemos recibido tanto amor, que nos cuesta poco darlo. Ganemos á nuestros hermanos á fuerza de beneficios, y pues que aumenta de momento en momento el frio en el mundo, que se aumente en nosotros de momento en momento el calor para pasar hasta él, para que si este

Lázaro debiese bajar al sepulcro, tengamos bastante vida para él y para nosotros, bastantes lágrimas para llorarle, bastante potestad para lanzar este gran grito: ¡Lázaro, aunque muerto, oye la vo que resucita, y sal del sepulcro!

SERMON VIGÉSIMO SEXTO.

De la religion como pasion y virtud de la humanidad.

La humildad, la castidad, la caridad, son las tres virtudes cardinales introducidas en el mundo por la doctrina católica. Las llamo cardinales, no solo por la importancia propia, sino porque llevan consigo otras virtudes : tales, por ejemplo, como la obediencia, la penitencia, la pobreza, virtudes nuevas tambien, que juntas transforman el corazon del cristiano, y que tocando hasta las virtudes puramente morales, les comunican en su alma una expresion mas feliz y mas fuerte. Pero estas virtudes, madres y señoras, no están sin embargo en el primer lugar ; derívanse de otro, que es su principio, y del que es necesario que os hable ahora, bajo pena de ocultaros la causa activa de todos los efectos producidos en el alma por la doctrina católica. Esta causa activa, esta virtud primordial, es la religion.

La religion es el comercio positivo y eficaz del hombre con Dios. A diferencia de la humildad, de la castidad y de la caridad, que no son mas que virtudes, la religion es á un tiempo mismo una virtud y una pasion, la mayor pasion y la mayor virtud de la humanidad, pasion á que solo satisface la doctrina católica, virtud producida solo por esta doctrina. Esto anunciado, Señores, al revelaros el profundo y espacioso campo que nos queda que recorrer este año, podrá admiraros, porque me parece contradictorio en los términos. Quien dice pasion, dice debilidad, quien dice virtud, dice fuerza : sostener que la religion es la primera pasion de la humanidad y que es su primera virtud, ¿no es sostener dos cosas que se excluyen por una manifiesta contradiccion ? Y no obstante así es. Y no solamente es esto así, sino que tambien es el núcleo de toda la historia de la religion en el mundo. Quien no la considere como pasion ó no la considere mas que como virtud, no separará el hilo de los destinos de la humanidad.

Estableceré, pues, antes de todo esta duplicidad de naturaleza de la religion, á saber, que es una pasion y una virtud. Mas adelante demostraré que es una virtud reservada á la doctrina católica, y sacaré las consecuencias cuyas primeras premisas voy á sentar.

El hombre nace entre tres focos de vida : la naturaleza, la humanidad y Dios. Su nacimiento no es mas que el acto por el que se sumerge en esta triple atmósfera respirable, la atmósfera de la naturaleza, la atmósfera de la humanidad, la atmósfera de Dios. Su nacimiento le sumerge en ella ; su desarrollo le bautiza, y esto en todo lugar y tiempo, ya caiga bajo el reino de la mas pura revelacion ó bajo la noche de la supersticion mas corrompida. En cuanto nace y se desarrolla, está en relacion necesaria con este triple foco por su inteligencia, por su corazon y por sus sentidos. Está en relacion con la naturaleza por su inteligencia, bebiendo en ella el conocimiento de los hechos y de las leyes que constituyen las ciencias físicas; por su corazon, sufriendo los atractivos que ella contiene ; por sus sentidos, aspirando en ella é identificando con ella todas sus emanaciones. Está bajo todos estos aspectos, pero de una manera mas elevada en relacion con la humanidad, porque la humanidad le da la ciencia moral y social, le inspira un amor de adhesion á los séres semejantes á el, y por medio de un trabajo tan permanente como universal alimenta, fortifica y embellece su cuerpo.

Lo mismo sucede con Dios : hiere al hombre con una certidumbre y una accion, de las cuales no podria librarse mejor que de la humanidad y de la naturaleza. La certidumbre de Dios, de la humanidad y de la naturaleza son para el hombre tres hechos contemporáneos é iguales. Él no necesita demostrarse la existencia de Dios, como tampoco necesita demostrarse la existencia de la naturaleza y de la humanidad; y todo raciocinio que pone á Dios en duda, tiene el mismo valor escéptico contra la naturaleza y la humanidad. Solamente se conoce mas ó menos bien á Dios, como se conoce mas ó menos bien la naturaleza y la humanidad. Los tiempos no se diferencian bajo la relacion de la certeza, sino bajo la relacion del conocimiento, y cuando Dios se revela mejor que antes, no nos da una certidumbre mas elevada de sí, sino una manifestacion mas extensa de su naturaleza, de sus obras y de su personalidad. Si no tuviéramos la certeza primitiva de Dios, de la naturaleza y de la humanidad, inseparablemente ligadas entre sí, jamás nos elevaríamos á ellas, porque nos faltaria toda realidad. El raciocinio puede prohibir y confirmar esta certeza triple y una; él no la ha creado. En todos casos, cualquiera que sea la mala voluntad del hombre, está en relacion necesaria con la idea de Dios ; y haga lo que quiera, se le aparece á pesar suyo la idea de Dios. Se halla esta en el mundo; su espectro se alza ante él, tiene

ojos, manos, boca, puede decírsele, no; puede decírsele, véte; pero diciéndole no, se responde á su palabra; diciéndole véte, se responde á su presencia. La negacion afirma, y la repulsion atestigua. No se niega sino una cosa que vive; no se rechaza sino á lo que llama á nuestra puerta á grandes ó á pequeños golpes, y que turba nuestro reposo con semblante importuno. No se despide sino lo que ha entrado; y si se niega á Dios, es porque vive en el mundo; si se le repele, es porque está presente; si se le despide, es porque ha entrado. Y esta vida, esta presencia, esta entrada de Dios en la humanidad prueban que existe; porque si no existiese, ¿de dónde vendria esta posesion de la humanidad por su idea? He dicho posesion: porque no sucede con esta idea como con tantas otras que aparecen para desvanecerse, que introducidas por un hombre en el mundo, son desterradas de él por otro, ideas efímeras que tienen su cuna en un libro y su sepulcro en una biblioteca. La idea de Dios no tiene principio ni fin; cuando se la arroja por oriente vuelve por occidente, ó mas bien, no cesa de habitar á la vez todos los puntos del tiempo y del espacio, tan poderosa por la negacion como por la afirmacion, viviendo de sus enemigos como de sus adoradores, mas activa aun, mas servida, mas triunfante cuando es combatida, que en los dias en que, pacífica poseedora de los espíritus, hermana y conciudadana de todos, goza de un imperio que no es disputado.

No es la única relacion que tiene necesariamente el hombre con Dios la relacion ideal; nosotros llegamos á él por el corazon lo mismo que por la inteligencia; nosotros le amamos, nosotros le odiamos. Dios tiene tambien este privilegio, que no hay nada á médias respecto á él; así es, que suscita el odio cuando no suscita el amor. Os admirais á veces, cristianos, de ser odiados, y es porque jamás habeis pensado lo que vale para Dios el testimonio del odio. Porque ¿cuál puede ser la razon de odiar á Dios? ¿Qué hay que sea aborrecible en la idea de Dios? ¿Qué hay de aborrecible en la idea de algunos hombres que se congregan para rogarle? ¿Qué hay de aborrecible en un templo edificado con esta idea? ¿Qué hay de aborrecible en todo en lo que llama, prueba y honra á Dios? Nada seguramente, sino es el temor, y por consiguiente la certeza que se tiene de él; sino es la importunidad de este poder que no nos deja asilo contra ella, y nos persigue hasta en la conciencia acusándonos de complicidad.

Añado, pues, que estamos en relacion con Dios, aun por nuestros sentidos. Cuando padecemos, ¿á quién pedimos auxilio? ¿Quién refrigera el pecho del pobre? ¿Quién enjuga su sudor? ¿Quién sos-

tiene y consuela la humanidad en sus infinitas miserias? Esta es la idea de Dios. El pobre, en un rincon de la calle, en los países donde no es arrojado de las calles, pide en nombre de Dios lo que le hace falta. Sabe que el Dios que alimenta su inteligencia y su corazon es tambien el Dios que madura las mieses, y el que alimenta á las aves del cielo. Su nombre pronunciado tiene una eficacia para obtener, y una eficacia mas misteriosa aun para desarmar interiormente á la necesidad de una parte de su aguijon. Dios es visiblemente, bajo todos los puntos de vista, la gran potestad y la gran riqueza de la humanidad; y por esto la pasion de la humanidad consiste en ponerse en una relacion positiva y eficaz con él, relacion que constituye la religion.

Pero preguntaréis, Señores, qué entiendo por una relacion positiva y eficaz con Dios; y en efecto, necesario es que antes de ir mas lejos defina yo estas expresiones.

Una relacion con un foco de vida es positiva cuando nosotros sacamos de él realmente la vida. Así, nuestras relaciones con la naturaleza y la humanidad son positivas, porque sacamos de ellas realmente la vida de la inteligencia, del corazon y del cuerpo. Una relacion con un foco de vida es eficaz, cuando alimentada nuestra vida personal en esta fuente, se eleva al nivel del foco de donde la tomamos ó recibimos. Así, para que sean eficaces nuestras relaciones con la naturaleza, es necesario que se desnaturalice nuestra vida, es decir, que se eleve á la altura de las fuerzas y de las leyes que constituyen la naturaleza; y de la misma manera, para que sean eficaces nuestras relaciones con el hombre, es necesario que se humanice nuestra vida, que se libre del egoismo de la soledad, y no forme con la vida de nuestros semejantes mas que una sola unidad. Aplicando esta definicion al comercio del hombre con Dios, este comercio será positivo si el hombre saca realmente de Dios la vida de su inteligencia, de su corazon y de sus sentidos; será eficaz, si la vida propia del hombre le eleva por ese comercio hasta divinizarse. Y por consiguiente, la religion no es otra cosa que una comunion de vida con Dios.

Dada esta definicion, afirmo que la humanidad tiene la pasion de la religion, la pasion de un comercio positivo y eficaz con Dios. Sé que muchos me lo negarán: muchos creerán formar una frase ingeniosa diciendo que no usan de Dios. Este lenguaje es conocido. Pero observaré, en primer lugar, que es un lenguaje moderno. La antigüedad no nos presenta nada semejante; esta frase es de una

época en que Dios se ha hecho mas manifiesto y mas poderoso que nunca, y la antigüedad, que tenia la certeza de Dios sin tener un conocimiento claro y exacto de él, la antigüedad no ha dicho esta palabra. La antigüedad no vió bastante á Dios para despreciarle; no gozó bastante de él para que llegase á serle importuno. Buscábale como una cosa bastante lejana, y cuando se busca lo que falta no se le maldice, no se le desprecia. Pero llegó el dia en que Dios se dió, en que se derramó como el agua, en que dijo á la humanidad: Ven y tócame por tu mano en mi costado, y mete tu dedo en mis llagas: mírame hecho pequeño para que me manejes, y oculto para que no me veas. Cuando Dios dijo esto, cuando se hubo proporcionado á la humanidad, y se derramó á raudales por todo su sér, entonces se juzgaron mayores que él algunos hombres dispersos. Pero ¿qué es la palabra de un hombre, y de un hombre extenuado, sobre Dios? Es un capricho, mas frecuentemente un sueño del alma próximo al idiotismo. Un hombre nacido en un taller, adherido á esta gleba desde su infancia, ha tenido la desgracia de no recibir la revelacion de una vida superior; llega á la grandeza de un hombre siempre absorbido en una monótona y vil ambicion, sin advertir que le falta algo, y sin que la sociedad le arroje á su puerta un ruido de Dios bastante violento para conmoverle. Es una desgracia, forzoso es compadecerle; pero no deduzcamos de aquí nada que recaiga en la humanidad.

La humanidad tiene la pasion de unirse á Dios por una relacion positiva y eficaz; porque una pasion no es otra cosa que una necesidad vivamente sentida, que un atractivo invencible que nos impele á un objeto para hacer de nuestra vida la suya, y de su vida la nuestra. Ahora bien, tal es la inclinacion de la humanidad hácia Dios, inclinacion tan visible, que llena toda la historia, y á que designa siempre la religion por do quiera como la actividad principal y mas augusta de las naciones. ¿Qué no hacen ellas para Dios? Ellas le edifican templos para que venga á habitar en ellos, le crean sacerdotes para representarle, se reunen para honrarle con sacrificios, le dirigen oraciones públicas y solemnes, se colocan bajo su proteccion por decretos, le dan parte en todos los sucesos prósperos y adversos. ¡Qué extraña y perpetua fraternidad entre el hombre y Dios, no entre el hombre privado solamente, sino el hombre que llega al nombre y á la potestad de nacion! ¡Escuchad bien! Señores, los pasos de la humanidad en el mundo: emigracion de pueblos, fundacion de imperios, dinastías nacientes, paz y guerra,

revoluciones sociales, caidas y acontecimientos, cualquiera cosa que suceda, allí está Dios ostensiblemente. Parte, se detiene, sube y vuelve á bajar con la humanidad, inseparable compañero de sus destinos, soldado y convidado, vencedor y vencido, siempre buscado, siempre esperado, siempre presente. ¿Qué mas podemos para él? ¿Qué adoraciones y qué sangre le hemos rehusado? Hoy mismo, aun despues de un siglo de esfuerzos para arrojar á este huésped de sesenta siglos, ¿qué es lo que hacemos? Levantamos sus altares derribados; nuestros mas grandes hombres le piden sus victorias, y nuestros mas grandes escritores le consagran su genio. Treinta años hace, cuando se dividian la Europa los príncipes del mundo, no se acordaban de Dios en sus tratados de paz, creíanle desterrado para siempre de las altas transacciones de la soberanía; y hé aquí que de un confin al otro de Europa les advirtió el ruido de las cuestiones religiosas que no se habia cambiado la humanidad, y que Dios es siempre su primera, su mas alta y su mas vasta pasion.

Si quereis salir de esta consideracion general y mirar al hombre desde mas cerca, aun en sus relaciones con Dios, yo tambien lo quiero. ¡Cuáles son, os preguntaré, las tres razas que representan mejor la humanidad, la una en el punto de vista de la inteligencia, la otra en el punto de vista del corazon, la tercera en el de los sentidos? ¿Cuáles son? Constantemente son, para la inteligencia la filosofía, para el corazon la mujer, para los sentidos el pueblo.

¿De qué se ocupa el filósofo? No se ocupa de las ciencias, de las artes, de política, todas cosas secundarias y pequeñas para él; el filósofo tiene un objeto único y constante en su pensamiento al que se refiere todo él, y es el infinito, es decir, bajo un nombre abstracto y general. Constantemente busca en él la naturaleza y sus leyes; y aun cuando tortura el infinito para sacar de él alguna cosa que no sea Dios, esta cosa no es mas que un disfraz, bajo el cual lo oculta, sin poder impedir que no sea su vida intelectual una relacion permanente con este mundo invisible y supremo que toda la tierra llama Dios. Esta relacion es tal vez falsa; el filósofo no quiere Dios como todo el mundo, y se extravía separándose de la tradicion para fiarse á su espíritu; da á Dios un traje fantástico, pero siempre es Dios lo que constituye el fondo de sus especulaciones. Que corte y que cercene lo infinito como quiera, su pasion no le inducirá menos á elevarse mas alto que la naturaleza visible, y á buscar el alimento vital de su genio en esta lontananza misteriosa que no tiene realidad sino por el nombre y la idea de Dios. Cuando Fidias esculpia su

Júpiter Olímpico, lo que salia de sus manos era sin duda un ídolo impotente y falaz, y no obstante penetraba en el mármol la idea de Dios, y se derramaba en él una majestad que llamaba las adoraciones del universo. Así, aun cuando sustituya el filósofo al Dios verdadero un ídolo, creacion suya, rinde testimonio aun al movimiento que lleva la inteligencia hácia las regiones que habita la Divinidad.

En cuanto á la raza que representa el corazon de la humanidad, nadie disputa su tendencia natural hácia la religion. Y aun se hace uso de esta observacion para inducir al hombre á alejarse de Dios, diciéndole con un falso respeto: Esto es bueno para las mujeres. Sí, esto es bueno para las mujeres; yo acepto la expresion, y de ello me congratulo. Porque siendo la mujer el corazon del hombre en su mayor grado de delicadeza y de sensibilidad, su testimonio es el del hombre mismo, en cuanto es capaz de amor y de adhesion. Y si fuese necesario escoger entre el testimonio del filósofo y el de la mujer, por grande que sea la revelacion del genio, estimaria yo mas la revelacion del corazon; y si fuera preciso levantar altares á alguna cosa humana, mejor querria adorar el polvo del corazon que el polvo del genio. La mujer religiosa, Señores, no lo olvidemos jamás, ha recibido el don de creer y de amar, y aplicando á Dios su fe y amor, prueba que vuestro propio corazon, que ha nacido del suyo, que forma parte del suyo, es tambien naturalmente religioso.

Esto es lo que afirma á su vez el pueblo, este gran representante de la humanidad bajo la relacion de los sentidos. El pueblo es religioso, no como quisieran sus señores que lo fuese, tomando la religion como un freno que se pone á un caballo indómito, pues se avergonzaria de esto. El pueblo toma la religion como una necesidad, como una honrosa pasion de su naturaleza; y aunque se trate de deshonrar su fe, diciendo que es la fe del pueblo, él la protege con su pobreza, con su trabajo y con su majestad. Le dice: Yo pobre, yo pueblo, no estoy desheredado de lo grande, no estoy desheredado de lo sublime. Longino... él no conoce nombre de Longino, pero yo, yo hablo por el pueblo, y conozco aquel nombre. Longino ha dicho: Lo sublime es el sonido que da una grande alma; y el pueblo, Señores, no ha renunciado á dar este sonido; no ha renunciado á la alegría del sublime, y como no puede ser sublime por el mundo, como el mundo rehusa á su inteligencia y á su corazon las ocasiones de serlo, se dilata mucho mas para proclamar al Dios que lo eleva, que le bendice, que le dice: Yo soy tu hermano y tu igual, no temas.

Así pues, filósofo, mujer, pueblo, la inteligencia en su mas alto grado, el corazon en su mas alto grado, el sentido en su mas alto grado, los tres buscan á Dios, quieren á Dios, están apasionados por Dios. ¿Y por qué? Vosotros me preguntais por qué, ¿no es verdad? ¡Ah! ¿por qué? Porque vuestra alma es mas grande que la naturaleza, porque es mas grande que la humanidad, porque ella agota en algunos minutos de vida todo el mundo que no es Dios: y como el alma tiene horror al vacío, cuando se forma el vacío en sí misma; cuando uno ú otro dia se fastidia el espíritu del sabio en reunir conchas para formar con ellas sistemas; cuando la mujer se cansa de infidelidades; cuando mira el pueblo debilitados sus brazos en un trabajo que perece cada dia; cuando para todos es palpable la nada del universo; cuando el alma, en fin, no es mas que un océano sin agua, viene á ella su huésped natural, Dios. Nuestra grandeza crea en nosotros el vacío, y el vacío nos da el hambre de Dios; de la misma manera que llegando nuestras entrañas por el movimiento de la vida á este sentimiento que llamamos el vacío, necesitan de un comercio positivo y eficaz con la naturaleza, que repare nuestra inanidad. Es el mismo fenómeno, pero en una region mas alta; y en conclusion, así como nos comunicamos por el hambre y la sed con la naturaleza y la humanidad, así nos comunicamos con Dios por una hambre y una sed sagradas, no como dijo Virgilio, *auri sacra fames*, sino *Dei sacra fames*.

No obstante, Señores, por otra parte, la religion, que es una pasion de la humanidad, es tambien una virtud suya; debo explicaros cómo.

Ya hemos dicho que la virtud es una fuerza del alma que realiza el bien. Si pues para desear á Dios no es necesario fuerza; si para sentir nuestro vacío y llamar á él algo que sea mas poderoso que la naturaleza y la humanidad, no es necesario mas que dejarse conducir; si Dios, que es el mas rico de los séres, nos causa fácilmente una pasion; no obstante, bajo otro punto de vista, en cuanto nuestro comercio con Dios debe ser eficaz, en cuanto es necesario que divinicemos nuestra vida para estar realmente en comunion con Dios, allí, Señores, se declara y nos vende nuestra debilidad. Mientras que no hacemos mas que tender nuestra mano á Dios, vamos bien; pero Dios es pesado de llevar. Acordaos de la historia de S. Cristóbal. S. Cristobal habia consagrado su vida á pasar los viajeros al otro lado de un torrente. En una noche tempestuosa oye llamar á su puerta, abre y ve á un niño desnudo y transido que quiere pasar.

El gigante le exhorta á que pase la noche en su cabaña, le representa el viento, la tempestad, la oscuridad; pero el niño insiste y quiere pasar. Cristóbal, fiel á su voto, lo carga en sus hombros y se arriesga por entre las olas y las rocas; pero conforme avanza, parece crecer su carga; llega á serle intolerable; el gigante se detiene y dice al niño: ¿Sabes que te has hecho pesado como un mundo? No te admires, responde el niño, porque llevas al que ha hecho al mundo.

Así, Señores, sucede con Dios, cuando tratamos de unir nuestra vida á la suya, no ya solamente por una necesidad y un deseo, sino por una realidad eficaz, por una transformacion de nuestro sér en el esplendor del suyo. Fácil es á Prometeo aspirar al cielo y llevar la mano al fuego sacro; pero guárdate, Prometeo; el fuego quema cuando se le toca. Dios es la luz y la santidad infinitas; no es poco acercarse á él con una inteligencia débil, con un corazon corrompido, con una carne estigmatizada por las pasiones. No es poco recibir á Dios en su inteligencia, en su corazon, en sus sentidos, y unir dos naturalezas tan desproporcionadas en una comunion real. Esta obra requiere una fuerza enérgica, una virtud enteramente sublime, que sepa someter el espíritu del hombre al espíritu de Dios, sin que pierda el espíritu del hombre su personalidad y su libertad; que transporte el corazon hasta el amor de lo invisible, y le retenga en él con una alegría sin sustancia y sin cuerpo; que baje los sentidos, que los castigue y los inmole, para que no incomode su peso en la ascension del alma á las inaccesibles alturas de la Divinidad. ¡Qué prodigio! Y este prodigio es fuerza que se cumpla, hallándonos sumergidos en la naturaleza y la humanidad, manchados con su contacto; es necesario que marchemos, llevando en nuestra mano derecha á Dios, y en la izquierda al mundo; sacrificando sin cesar al mundo, y llevándole siempre. Es verdad que esto es difícil; es exigir del hombre algo mas que humano, y no obstante, el comercio eficaz con Dios es á este precio: sin esta transfiguracion dolorosa no es la religion mas que objeto de un mendigo que pide limosna, y que la deja caer porque su mano es sobrado débil para sostener su peso.

Todos los dias oigo á personas que dicen: Si es tan manifiesta la religion y si se halla tan bien establecida, ¿por qué no soy yo religioso? ¿Por qué no veo la verdad de la religion? Oid la respuesta. No sois religiosos por la misma razon que no sois castos; no sois castos, porque la castidad es una virtud, y no sois religiosos, porque la religion es una virtud. ¿Os imaginais que la reli-

gion sea una ciencia que se aprende y se ejerce como las matemáticas? ¡Ah, Señores! si la religion no fuese mas que una ciencia, bastaria para ser religioso tener en un cuarto una pizarra negra y un pedazo de lápiz blanco para borronear ecuaciones algebráicas. Es cierto que la religion es una ecuacion que hay que resolver, pero una ecuacion entre el hombre y Dios, entre la miseria y la riqueza, entre las tinieblas y la luz, entre la salud y la corrupcion, entre lo finito y lo infinito, entro la nada y el sér absoluto. Y esta ecuacion terrible no se resuelve con el cálculo, con el talento; solo se resuelve con la virtud, y no con la virtud que hace los sabios y los héroes del mundo, sino con la virtud de Dios, aceptada por nosotros, fruto de nuestro corazon y del suyo, incomprensible himeneo que está bajo vuestros ojos, que os habla y á quien vosotros no oís, en la inexplicable pesquisa que hace de vosotros, porque os hallais detenidos por una triple debilidad que os embriaga á vosotros mismos: debilidad de espíritu, debilidad de corazon, debilidad de los sentidos.

¿Y que es la debilidad de espíritu? Se apasiona un hombre contra Dios al primer fenómeno que se le presenta; ve, por ejemplo, muchos cultos en el mundo, y dice en su interior: si hubiese una verdadera religion en la tierra, no habria mas que una sola. Este pensamiento le basta; se ha pronunciado contra Dios, y nunca volverá ya á él: el desgraciado no comprende que la misma multitud de cultos demuestra hasta la saciedad la naturaleza y el objeto religioso del hombre, y que el hombre no hubiera podido nacer religioso sin que este acto de nacimiento sea el acto auténtico de la divinidad misma de la religion. No comprende que el hombre, libre y religioso á un tiempo mismo, impulsado hácia Dios por una necesidad que es una pasion, alejado de él por una especie de horror de su perfeccion, dividido entre estos dos sentimientos contrarios y tratando de unirlos, se crea ideas y cultos de Dios á su alcance, le adora y le insulta á un tiempo mismo, diciéndole: Quédate y véte. Los falsos cultos, Señores, no son mas que una transaccion entre estos dos movimientos del hombre respecto de Dios, y tal vez nada prueba mas la indispensable verdad de la religion, que este espectáculo de la humanidad que quiere mas deshonrar á Dios que no ocuparse de él. Pues bien, un hombre razonable, un sabio, un político profundo pasará su vida, esta vida que lleva consigo una eternidad, la pasará sin religion, bajo la salvaguardia de esa miserable idea que acabo de decir, y que me veo obligado á llamar un idiotismo, mas que un idiotismo, puesto que prueba justamente lo que él quiere

negar, la necesidad y la verdad de la religion. Él caerá de aquí algun dia, con este solo apoyo, en la luz divina, donde lo que le admirará mas será haber perecido por una demostracion que debia salvarle.

Debilidad de corazon: otra causa que detiene al hombre y le impide entrar en una relacion positiva y eficaz con Dios. El hombre se halla en uno de estos dos estados: ama aun ó no ama ya. Cuando ama, es seducido por esta ligera llama que sale de su corazon, como se ve salir en los cementerios una claridad que brilla un momento sobre el sepulcro de los muertos. Cree en este amor frágil, y le sacrifica el amor eterno, sin sospechar que Dios comunica á nuestras afecciones, cuando son regladas y penetradas por su amor, un encanto que las purifica y las hace durar. O bien no ama ya, y el desencanto de la criatura, en lugar de retornarle á Dios, extiende hasta él las causas que han desecado su corazon. No entiende ya la lengua que ha hablado; cuando se le dice que Dios nos ha amado hasta padecer por nosotros, le parece esto un sueño infantil: estas nuevas del amor, que vienen del extranjero, le encuentran sin memoria, y le dejan sin esperanza; la persuasion no tiene ya lugar entre los muertos.

Resta en la debilidad de los sentidos otra tercera y mas poderosa causa de nuestra incapacidad religiosa. No diré de ella mas que una palabra; tan fácil os será suplir lo que no diga. ¿Quién creeria que el hombre se aleja de Dios para evitar á sus sentidos, no digo grandes sacrificios, sino ligeras privaciones? ¿Quién creria que el ayuno y la abstinencia son razones contra Dios? No obstante, así es, Señores, y esta simple observacion debe haceros comprender la fuerza que es necesaria al hombre para entrar en comunion con Dios, pues que semejantes miserias son para él ya una dificultad. Tan cierto es que la humanidad tiende á Dios por una necesidad real y profunda, por una pasion que llena el mundo con sus esfuerzos, como lo es que esta pasion no llega á la eficacia sino por la virtud.

La religion es á un mismo tiempo pasion y virtud, la pasion mas alta de la humanidad, y su virtud mas alta, igualmente notable, aunque de diverso modo, sea que subyugue el alma sin transfigurarla, sea que la transfigure y la divinice en efecto. Y por aquí se os ha descubierto por qué es tan amada y tan odiada, muchas veces desnaturalizada, y jamás destruida. Si no fuese mas que una virtud, pereceria fácilmente con la virtud; si no fuese mas que una pasion, sucumbiria en la impotencia del bien. Ella se salva y se mantiene por estas dos fuerzas, habiendo querido Dios que en ningun tiempo y en ningun lugar pudiera la humanidad romper totalmente con él. ¡Cuán

vanos y dignos de piedad son los que se hacen enemigos suyos! ¡Insensatos! creen no tener que combatir mas que una virtud, y encuentran una pasion; creen no tener que combatir mas que una pasion y hallan una virtud; creen separarlas al menos, y se levantan juntas las dos cabezas de la hidra divina para revelarle que entre Dios y la humanidad siempre sucederá lo mismo.

SERMON VIGÉSIMO SÉPTIMO.

De la impotencia de las otras doctrinas para producir la religion.

La religion, segun hemos dicho, es el comercio positivo y eficaz del hombre con Dios, y es á un tiempo mismo una pasion y una virtud de la humanidad : una pasion, en cuanto que la humanidad es impelida hácia Dios por una atraccion constante y universal; una virtud, en cuanto que, á pesar de esta atraccion, cuesta á la humanidad grandes esfuerzos entrar en este comercio positivo y eficaz con Dios. Añado hoy que solo la doctrina católica produce este comercio positivo y eficaz con Dios, que llamanos religion; todas las otras doctrinas llegan necesariamente á una de estas dos catástrofes : á la catástrofe de la supersticion, ó á la catástrofe de la incredulidad. La supersticion es un comercio del hombre con Dios, inficionado de ineficacia, de inmoralidad y de falta de razon; la incredulidad es un rompimiento desesperado de todo comercio del hombre con Dios. Cuando el hombre quiere fundar una religion sin el auxilio de la razon, cae inmediatamente en la supersticion; y si quiere formar una religion con la razon, cae inevitablemente en el abismo de la incredulidad. De suerte que Dios, fundador de la única y verdadera religion, se ha colocado, y ha colocado al hombre respecto de sus relaciones con él, entre Scila y Caribdis, entre un Caribdis divino y un Scila divino, y cualquiera que no navegue en la nave de que es Dios capitan y piloto, dará con triste naufragio en uno de estos escollos. Este es, Señores, mi tema de hoy.

Cuando miramos los diversos cultos diseminados por el mundo, vemos muchos que no nos parecen ligados á la docrina católica por ninguna relacion, aunque en realidad hayan salido de ese tronco comun en una época mas ó menos remota; porque el error no es mas que una hoja que cae del árbol de la verdad, y que es arrebatada por el viento; y el hombre es de tal modo incapaz de comunicar por sí mismo con Dios, que sus inspiraciones religiosas mas personales se refieren siempre á un fondo primitivo, aunque no dis-

cierna bien nuestra vista en el sombrío dia de la historia la hora en que se separó la rama del tronco, ni la causa de esta separacion. Cuando pues, mirando el conjunto de los cultos religiosos ponemos aparte, para observarlos, los que no tienen ningun lazo de parentesco visible y notable con la doctrina católica, nos sorprende una cosa, y es que exteriormente nada parece diferenciarlos de nosotros. Veo templos que ensayan llevar á Dios una magnífica invitacion del hombre para que descienda hasta él; altares adornados de imágenes y teñidos con la sangre del holocausto, sacerdotes, ceremonias, abluciones, procesiones, mil formas que tienen una apariencia de familia, y que parecen confundir todos estos cultos entre sí y con el nuestro en una majestad comun.

Pero cuando se abre el santuario y se mira á su interior, de la misma manera que se abre un fruto para asegurarse de si su sabor corresponde á su belleza; cuando, digo, se abre el interior de los cultos enteramente extraños á la doctrina católica, ¿qué es lo que se encuentra en él? Primeramente nada. No se encuentra nada; porque llamo nada comunicar con Dios para permanecer siendo lo mismo que antes, levantar templos é inmolar víctimas, crear sacerdotes, fundar en el seno de las naciones un inmenso aparato, ¿y para qué? para permanecer siendo hombres, y no tener en la inteligencia y en el corazon nada sobrehumano, nada que anuncie otra cosa que la humanidad mas vulgar. ¡Ah, Señores! un simple comercio con un alma elevada modifica la nuestra y nos eleva; no podemos acercarnos á corazones grandes sin que se exhale de ellos algo que penetra hasta nosotros y nos hace mas dignos de su contacto; ¡y quisiera que fuese ineficaz el comercio con Dios, si fuera real! ¿Para qué pues comunicar con él? ¿Qué es un objeto tan sublime para un resultado tan nulo? Si no es el hombre con Dios mas que un hombre, ¿qué necesidad tiene de buscar á Dios? El efecto corresponde á la causa; y allí donde encuentro la nada por efecto, no puedo deducir la presencia y la concurrencia de la Divinidad, porque Dios y la nada son perfecta negacion uno de otro. La grandeza de la pompa religiosa no sirve mas que para hacer mas sensible el vacío interior, y el hombre se hace traicion tanto mas, cuanto que oculta su miseria con el nombre y los atributos de Dios.

Como quiera que sea, Señores, respecto de los cultos de que os hablo, no necesito demostrar que su ineficacia divina sea un hecho verídico y palpable. Basta recordar sus nombres á vuestra memoria. ¿Qué resta, fuera de la doctrina católica, de los afluentes y de

los ramales que se deslizan de este gran rio? el bramismo, el politeismo, el islamismo, nombres célebres en verdad, pero que no designan á vuestra conciencia ninguna accion que haya elevado al género humano á mayor altura que su propia naturaleza. Y aun esta falta de eficacia no es su primera desgracia.

Por una ley, cuya razon es difícil comprender, todo culto que no eleva al hombre le degrada; el comercio con Dios es un instrumento demasiado poderoso para que se detenga en un resultado negativo. Si Dios no atrae al hombre hasta su santidad, el hombre hará descender á Dios hasta participar y sancionar las mas viles inclinaciones del hombre. De aquí ese espantoso escándalo de cultos empleados en la depravacion del hombre, escándalo sobre el cual no nos podemos hacer ilusiones, porque el órden moral no es como el órden intelectual. Este se refiere al infinito, sobre el que es siempre mas ó menos admisible la discusion; el otro no abraza directamente mas que nuestras relaciones con nosotros mismos y con nuestros semejantes, relaciones simples, sobre las que nos ilustra el interés á falta de sentimiento. Pues bien, examinando el bramismo, el politeismo y el islamismo á esta luz del órden moral, ¿qué es lo que vemos? No solamente vemos al hombre que permanece en su debilidad nativa, sino al hombre solicitado á la corrupcion por el culto mismo destinado á unir su vida con la de Dios, al hombre hallando en Dios un auxilio infame para caer mas bajo que su espíritu y su carne, ó al menos para consagrar todas las locuras de su entendimiento y todos los delirios de sus sentidos. El mismo islamismo, posterior á Jesucristo, ha precipitado las costumbres de las naciones musulmanas, bajo ciertos respectos, mas hondamente que las costumbres de la antigüedad. Tan imposible es á un culto falso, cualquiera que sea el tiempo en que se forme, no sufrir esta ley de la inmoralidad, por la que señala Dios á todos aquellos que abusan con los pueblos de la fuerza de su nombre.

La sinrazon es el tercer carácter de la supersticion. Y aquí, Señores, tal vez os veais tentados á repetir contra mí lo que decia ahora: que en el órden intelectual es siempre mas ó menos posible la discusion, de donde se seguiria que la sinrazon es un signo muy controvertible de la supersticion. No retracto mi pensamiento, Señores; porque aunque por do quiera que se halle presente y empeñado lo infinito, hay campo abierto á la discusion, no obstante hay ciertos límites en que la sinrazon se reconoce á la primera mirada. El espíritu que se pierde en los sutiles pliegues de la metafí-

sica, no vacilará ante el absurdo en el completo estado de desnudez. Pues bien, esta sinrazon palpable y que desafía á la inteligencia es el tercer carácter de la supersticion, y que salta á los ojos en el bramismo, en el politeismo y en el islamismo. No obstante, Señores, no quiero recorrer uno á uno los libros y los dogmas de esos diversos cultos para demostrar su evidente irracionalidad; esta marcha seria muy larga, y, como ya lo he dicho, en el debate entre el error y la verdad religiosa Dios todo lo ha abreviado. Abandono, pues, la cuestion de la sinrazon positiva, y consiento en respetar el absurdo, en cuanto que es necesario á muchas gentes: hay otra desgracia tal vez mayor que el absurdo, una señal mas triste que la sinrazon positiva, y es la sinrazon negativa, es decir, la impotencia absoluta de una doctrina para crearse fundamentos capaces de sostener una discusion. Pues bien, esta falta de fundamento, este estado de cosas, bajo el cual se coloca la mano no hallando nada que le lleve, es el carácter propio y manifiesto de todos los cultos que no tienen ninguna especie de conexion con la doctrina católica. Yo os propongo, Señores, un curioso y saludable ejercicio del pensamiento, y es hacer un esfuerzo concienzudo reflexionando en el bramismo, en el politeismo y el islamismo para darles una base cualquiera; y es bien seguro que no lo conseguiréis.

Cuando se encontró el cristianismo frente á frente con el politeismo, doctrina contra doctrina, pueblo contra pueblo, en este drama tan serio, tan terrible y sangriento, siempre que se trataba de discutir, el cristianismo no podia hacer mas que reirse. Nuestros apóstoles y nuestros apologistas pasaban riéndose al lado de este establecimiento tan prodigioso por su fuerza material, que habia entrado en la sangre de las naciones, y que llegó á ser parte integrante de sus leyes, de sus costumbres, de sus artes, de su gloria y de todos sus recuerdos. A pesar de esta formidable existencia, era imposible la discusion, y la sinrazon no se elevaba jamás á mayor altura que la piedad. Se vió claramente esta privacion absoluta de la sustancia lógica cuando el emperador Juliano, hombre de talento, si los hubo jamás, quiso resucitar á toda costa el politeismo, á la sazon espirante. En verdad que la obra era grande, y el hombre poderoso: se iba á ver en fin á la doctrina pagana sostenerse y reanimarse por el genio; y no obstante ¿qué hizo Juliano? Por su parte personal se presentaba frecuentemente en los templos; ofrecia sacrificios; manejaba incensarios; ponia en procesion sacerdotes á quienes habia dotado ricamente; repellaba los altares, redoraba las

estatuas; y algunas veces, llegando con toda la pompa de su corte á una ciudad célebre por el culto de los dioses, esperando un sacrificio digno de su pensamiento y de la religion, cuyos últimos recursos llevaba consigo, hallaba, como él mismo se ha quejado en una de sus cartas, un sacrificador que llevaba modestamente á los altares abandonados un ganso. Este pobre y espiritual varon, á excepcion de una persecucion disfrazada y una invitacion estéril para imitar las virtudes de los cristianos, no pensaba mas que en ceremonias contra una doctrina propagada por legiones de apóstoles, de escritores y de mártires. El oficio de sus amigos los retóricos y los filósofos era mas triste aun que el suyo, porque no tenian ni aun la audacia de su fe. Ellos no decian: ¡Sí, creemos en Júpiter; sí, creemos en Marte, en Mercurio, en Apolo; que permanezcan estas divinidades de nuestros abuelos eternamente en el suelo del mundo por su sola fuerza; nosotros las reconocemos; nosotros las veneramos, y nos inclinamos ante la fe de las naciones que las han adorado desde un principio! Ellos no decian esto: no se atrevian á ir franca y valientemente en busca del absurdo, y apoyarlo al menos con la magnanimidad de su adhesion. No osaban hacer lo que hacemos hoy dia nosotros los cristianos, que somos acusados tambien de absurdo; nosotros no renegamos del Dios santísimo que bajó del cielo para nosotros, y que cayó mas bajo que Júpiter, Apolo y Mercurio, porque cayó en la cruz. Nosotros le reconocemos así, le veneramos así, le amamos así; nos cargamos voluntariamente por él con todo el desprecio del universo, y le defendemos contra sus enemigos desde hace mil ochocientos años con la constancia de nuestra inexorable adoracion.

Hé aquí la fuerza, hé aquí cómo se sostiene ó se realza un culto, y no, como hacian con el politéismo los filósofos alejandrinos, por medio de una filosofía que desconocia la existencia y la naturaleza. Me diréis tal vez que yo mismo llamo la filosofía en auxilio de la religion; pero es una filosofía que acepta toda la verdad del dogma, que lo afirma, que no repudia ni elude nada de él. Y ni aun es una filosofía. No fundo yo la religion en un sistema encerrado en la cabeza de un hombre, y que pasará mas pronto que él; la fundo en el sentido comun y en las realidades palpables de este mundo. Estas son todas mis armas, agregando á ellas el grito de la fe. Delante de vosotros que no creeis, mortales que nacísteis ayer y que estais prometidos á la muerte para mañana, hojas llevadas á todas las playas de los mares, inciertos de vosotros mismos y de

todo, yo me coloco delante de vosotros con una altivez que no necesita ni aun de valor. Yo sé de dónde vengo y adónde voy. Tengo mi fe contra vuestras dudas, y yo tomo lo que os parece indigno, absurdo, ajado, muerto; yo tomo esa ceniza, y lo que es menos, si es posible, que esa ceniza, y lo pongo en el altar y os mando que vengais á él, y nadie de vosotros es bastante fuerte para estar cierto en su interior de que no se acercará.

Por última vez, así es como se defiende y se establece un culto cuando siente la verdad detrás de sí. Pero que llame Alejandría á sus retóricos para transformar á Jupiter en no sé qué potestad abstracta, y á Apolo en otra personificacion de la metafísica ó de la naturaleza, y los sabios podrán reconocer la invencion en esos juegos de una fe que se avergüenza de sí misma; pero la humanidad, tranquila, encantados sus oidos por un momento con este ruido ingenioso, se acostará por la noche, y dispertándose al dia siguiente, preguntará ¿qué se han hecho los artistas del dia anterior?

El islamismo se diferencia sin duda del politeismo en una sustancia menos vacía; se resiente del cristianismo que rodeaba su cuna. Pero tambien buscaréis vanamente en Mahoma un fundamento cuya responsabilidad acepte la razon mas humilde ó la mas osada. Este hombre está enteramente solo, antes y despues: nada de él se mezcla á los nervios y á los músculos de la humanidad; quitadle del medio, es un capítulo menos en la historia del mundo, y un capítulo que no destruye el hilo de la narracion. Mahoma es una anécdota. De aquí proviene, Señores, el horror del mundo civilizado á los renegados. ¿Habeis reflexionado alguna vez lo que es un renegado? ¿Creeis tal vez que es un hombre que cambia de religion? ¡Ah! Señores, pero nosotros no hacemos otra cosa que llamar á los hombres de otras religiones á que abracen la nuestra. Nuestros misioneros recorren todo el mundo con este solo objeto, y seguramente nadie los acusa del vergonzoso oficio de hacer renegados. ¿Qué es pues el renegado? ¿y cuál es la causa del inexplicable desprecio que va unido á este nombre? El renegado, Señores, es el hombre que pasa de un culto que tiene fundamentos en la inteligencia, el corazon y la historia de la humanidad, á un culto vacío, evidentemente incapaz de obrar persuasion alguna. Renegado es el hombre que abandona el terreno en que es posible la discusion entre séres racionales, para perderse en una region donde hasta la palabra falta al error, es el hombre que pasa de una claridad incierta, si se quiere, á tinieblas mas que ciertas; es en el órden de

la verdad, el desertor, el tránsfuga, el traidor, el hombre que huella á sus piés á su patria. Jesucristo es la única patria del hombre bautizado en la luz: se perdona á quien duda de él, no se perdonará al que le deja por otro; porque ¿cómo ha de haber fe en Brahma ó Mahoma, cuando no se tiene en Jesucristo?

La miseria racional de los cultos extraños á la doctrina católica se revela enteramente por la impotencia en que están estos de resistir á la accion proselítica de los pueblos cristianos. Yo veo bien que Mahoma protege su obra declarando reo de muerte á quien convierta á un musulman: Roma y Grecia emplearon las mismas armas; la China y los países adyacentes no se fian aun en las leyes que separándolos de los extrangeros los separan tambien de todo contacto con el cristianismo; la India, abierta materialmente á los cristianos, opone el muro de bronce de sus castas á sus comunicaciones; en ninguna parte se atreven á medir sus fuerzas con la religion emanada de Cristo los cultos que no están fortificados con el signo de la cruz, semejantes á esas hordas de las inmensas llanuras del Norte retroceden ante la civilizacion á medida que avanzan, ó á esos antiguos Partos cuya fuerza estaba en la fuga y en el desierto. Así, ante la estrategia católica, ningun culto extraño tiene levantados y desplegados sus estandartes; la persecucion, el alejamiento, el silencio, hé aquí todos sus recursos, recursos que el tiempo destruye cada dia, de acuerdo con la verdad, y que agotados al fin los dejarán sin defensa y sin refugio contra el contacto poderoso de nuestra persuasion.

Si me preguntais, Señores, de dónde han salido pues esas supersticiones desnudas de eficacia, de moralidad, de razon, os lo diré en una palabra: nacieron de la pasion religiosa, combinando por medio de una inspiracion privada y popular los elementos divinos derramados en el mundo, atrayéndolos, coordinándolos, y sembrándolos á su placer. El hombre tiene ante sí por lo menos restos de verdades, tradiciones flotantes; remueve este polvo como el alquimista; mezcla el oro y el plomo, el cielo y la tierra, soplando sobre ellos con una boca corrompida, hasta que produce una mixtura que tiene á un tiempo mismo el encanto del error y algunos vestigios de verdad.

Ahora os invito á otro espectáculo. La supersticion fatiga al hombre, quien busca el remedio en su razon, y al punto se abre ante él un abismo aun mas profundo, el abismo de la incredulidad.

Llega un jóven á la edad de quince años; su razon se ha disper-

tado; ha vivido algunos dias en la antigüedad, ha leido algunas páginas del mundo presente. No le ha sido difícil apercibir que la supersticion ocupaba un gran lugar en la historia de sus semejantes; pero sus ojos, aun mal abiertos, no han distinguido la verdad del error ni la apariencia de la realidad. Comienza, pues, con un grande acto: niega, y como es propio de la juventud no tener medida, ser infinita en sus concepciones y en sus deseos, lo niega todo; niega á su padre y á su madre en su fe, á su patria en lo pasado, todo cuanto ha hecho la humanidad hasta él, todo el movimiento que le ha llevado hácia Dios, y solo, independiente, monarca absoluto de su persona, mira con satisfaccion este grande imperio; es al fin dueño de él y va á edificar.

Pero no edificará, no tiene ni aun necesidad de edificar; su incredulidad está aceptada. Este es el primero y el mas alto grado de la incredulidad; su incredulidad está aceptada, ya está contento. Dios le ha dado al mundo; Dios ha derramado en él esa gota de leche y de acíbar que es la vida; Dios le ha dado un padre y una madre, hermanos y hermanas, una patria, un destino, su ingenio, todo cuanto es, todo: pero él no cree que le debe nada, ni ser respecto de Dios otra cosa que un extranjero. Y si considera toda esa fermentacion religiosa de la humanidad, que no cesa de buscar á Dios, que piensa firmemente haberle hallado, que ha cifrado en él sus mas queridas esperanzas y sus deberes mas sagrados, no cesa de ser feliz con este espectáculo, porque poniéndose aparte, se cree mas grande que todas las naciones, puerilmente enfeudadas con tan pobres necesidades, y con tan vil reconocimiento hácia Dios: á Dios, que es tan poca cosa, que no ha hecho mas que el mundo, ya que se le conceda haberlo hecho. Yo no combato, Señores, esta incredulidad, yo no le digo nada; pero saco esta consecuencia, que siempre que el hombre se coloca con su razon pura y personal ante Dios, se retira de Dios esta razon, y no puede comunicar ya con Dios. No digo mas: acepto en este momento la incredulidad como se acepta ella á sí misma: Dios la ha puesto en mi mano para que me sirva de ella en favor de mi fe, para que sea una prueba del orígen sobrehumano de la religion. Sí, hijo mio de quince años, sé incrédulo, la humanidad necesita tu rebeldía para ratificarse en su obediencia, y esperando el dia en que tú reconozcas tu error, ella te contemplará para asegurarte que la razon es incapaz de crear la religion.

No obstante, Señores, la incredulidad no se detiene largo tiempo

en este estado de aceptacion en que se halla en un alma de quince á veinte años. Cuando se envejece, se descubren en la vida las necesidades mas profundas; los años, al retirarse, nos dejan ver en nosotros playas desconocidas, y la incredulidad, en un principio tan alegre, comienza á resolverse en una especie de tormento semejante al que causa la ausencia de la patria. Revolvémonos en el lecho de la duda; y esta es la incredulidad en su segundo estado, que yo llamaré la incredulidad inaceptada. ¿Qué quereis? ¡Hemos nacido en una época escéptica, y no tenemos á nuestro alrededor mas que libros y palabras que tratan á Dios como á un muchacho! Pero Dios no necesita del hombre; crece y se agranda él solo en el alma, por medio de una vegetacion sorda y sublime que solo es suya: sus raices aspiran la sustancia mas pura, y un dia se inclina el hombre inquieto hácia este huésped doloroso, esforzándose en renovar sus relaciones privadas con él por medio de su razon.

Este fenómeno, Señores, se ha visto desde fines del último siglo en grandes proporciones. Seguramente ningun siglo habia gozado de una incredulidad mas perfectamente aceptada; y no obstante, ved lo que es el hombre. Apenas la Revolucion hizo de la sociedad francesa un campo abierto de batalla, cuando los mismos que todo lo habian destruido, los mas ardientes de entre ellos, se espantaron de la ausencia de Dios. Un hombre, cuyo nombre callaré, cogio en la sangre un lápiz, lo tomó con su mano deshonrada, y subiéndose á una escala para elevarse hasta el frontis de un templo, grabo en él esta confesion: *El pueblo francés reconoce la existencia del Sér supremo.* Dios quiso que fuese esta mano fria y sangrienta la que le rindiese, en el momento mas impío de toda la historia, un irrecusable testimonio. Dado el ejemplo, se esforzaron otros hombres en fundar un culto racional. Nació la teofilantropía. Perdonad que pronuncie esta palabra bárbara; Dios condena á nombres salvajes, como á obras vanas, á los hombres que rechazan la verdad. La teofilantropía intentó pues fundar un culto racional, y cuando Dios presento á la Francia al joven cónsul que debia reorganizarla, vino esta secta filosofica y religiosa á ofrecerse á él como todo el mundo. El jóven no les dijo mas que esta palabra: « Señores, no sois mas que cuatrocientos, ¿cómo quereis que establezca una religion con cuatrocientos hombres? » Así, en un momento tan grave, no habia podido reunir la religion racional mas que cuatrocientos sectarios, y bastó una palabra para reducirla á la nada, y para que jamas se oyese hablar de ella.

Siguieron á estos otros acontecimientos: nuestro siglo se agrupó á las puertas de la aurora. Nosotros nacimos, y con nuestra generacion una multitud de almas que tampoco querian la incredulidad aceptada. Reuniéronse para volver á emprender la obra de una religion fundada en sola la razon. Ya habeis visto el ensayo; hase intentado á vuestra vista una ó dos veces. Digo una ó dos veces, y podria decir mas sin temor de equivocarme; pero no debemos contar mas que los experimentos que han tenido alguna extension y alguna solemnidad. Habeis pues visto á sabios y á hombres de talento reunidos en esta capital, cerniéndose sobre ella, y llamando á sí sin respeto humano á las almas jóvenes y ardientes que se debatian contra la incredulidad; los habeis visto sacrificar su tiempo, su fortuna, su porvenir á la realizacion de un culto digno, decian, de un siglo ansioso de Dios, pero sin querer recibirlo mas que de las manos de la ciencia y del genio. ¡Pues bien! á la vista lo teneis; ¿cuántos años han sido necesarios para que los edificadores, desesperados de su obra, recobrasen el nivel social, y fueran á poblar todas las administraciones civiles de su apostolado concluido y de su paternidad disuelta?

Estos ensayos, tan solemnes como infructuosos, no han persuadido aun á nuestra edad su impotencia para crear la religion; tanta necesidad tiene el hombre de Dios, aun cuando su orgullo rechace su fe. Cada dia se nos anuncia la religion futura de la humanidad; y si no se puede hacerla, se la profetiza al menos. Se transforma la impotencia en esperanza. Pero la humanidad no tiene tiempo para esperar, y quiere á Dios para hoy y no para mañana. Tiene hambre y sed de Dios hace seis mil años; ¡y vosotros que venísteis tan tarde, cuando os poneis á obrar para subvenir á necesidades tan profundas, á aspiraciones que los siglos no han fatigado, os limitais aun á profecías! Por mi parte, no creo en lo que no da á la humanidad su pan cotidiano. Creo que Dios ha sido desde el orígen padre del alma y del cuerpo; creo que han venido ya todas las mieses, que ha caido ya toda la lluvia; que el hombre, tanto en el órden de la verdad como en el de la naturaleza, no está solamente hambriento, sino que se sacia cuando quiere. Dispuesto está el pan, Dios lo ha amasado ó formado con sus manos; lo que falta es la voluntad de tomarlo tal como Dios lo ha hecho: se prefiere prepararlo segun el gusto de cada uno; se pide á la razon lo que no puede dar. La Polonia tenia mas sentido cuando fué dividida; ella decia: « Dios está demasiado alto, y la Francia demasiado lejos. » Esta palabra final explica,

Señores, toda esa impotencia del hombre en ponerse por sí en un comercio positivo con Dios; Dios está demasiado alto, y la razon demasiado lejos.

Terminaré con una consideracion sobre el protestantismo, otro esfuerzo humano para librarse de la incredulidad constituyendo un comercio racional del hombre con Dios.

Seguramente, nada es mas natural y sencillo que la idea de Lutero: Lutero se decia, implícita ó explícitamente, porque importa poco que un hombre sepa ó no lo que hace, Lutero se decia: La sola razon no puede comunicar con Dios, necesita un elemento divino, transnatural, extraño á su propia concepcion, porque para establecer una relacion, es necesario antes de todo ser dos. La humanidad debe, pues, presentar á Dios su inteligencia y su corazon; pero es evidente que si Dios no ha puesto en ella por su parte su inteligencia y su corazon, la religion es manifiestamente la mas absurda de todas las quimeras. Quien dice relacion dice concurso; quien dice concurso dice encuentro recíproco: la religion es el recíproco encuentro del hombre y de Dios, habiendo comenzado necesariamente Dios el primero, porque es el mas antiguo, el mas fuerte y el mas instruido. La religion debe, pues, encerrar alguna cosa del hombre, pero tambien alguna cosa de Dios; y esto es el Evangelio. El Evangelio es la palabra mas pura, la mas amable y eficaz que hay en el mundo. Dios está en él ó no está en ninguna parte. Tomemos, pues, al Evangelio por la parte de la religion; el hombre pondrá tambien en él su corazon y su razon. ¿Qué mas es necesario? El Evangelio y la razon, el Evangelio hablando á la razon, la razon respondiendo al Evangelio; ¡qué correspondencia mas sencilla, mas dulce y mas magnífica! La relacion, la vida, la realidad, todo está aquí. Ningun tercero interviene entre Dios y vosotros; no mas papado ni sacerdocio, ninguna cuestion entre el Estado y la Iglesia, y no obstante un resorte real y santo que lleva el hombre á Dios y trae Dios al hombre. ¡Qué obra mejor, Señores, qué solucion mas magnífica del problema de un culto racional!.¡ un simple himeneo del Evangelio y de la razon! Así el éxito fué grande, toda Europa se conmovió, y no es necesario explicar por causas secundarias estos grandes movimientos del mundo, que han tenido siempre por palanca algun elemento extraordinario y fecundo que hace su advenimiento. La combinacion de Lutero, satisfaciendo la pasion religiosa del hombre, lisonjeaba su razon, su orgullo y su libertad; debia pues conmover el universo.

Pero lleguemos al fin. Ha pasado el tiempo de esta rica concep-

cion; ha sufrido en el movimiento general de las cosas y de los espíritus la prueba decisiva que manifiesta dónde está la vida y dónde la muerte. ¿Qué es el protestantismo en el dia? ¿No ha encallado en ninguno de esos dos escollos preparados por Dios al error religioso? ¿Ha evitado la superticion y la incredulidad? Me remito á la respuesta de cualquiera que sabe la historia dogmática de los tres últimos siglos y el estado presente de las cosas humanas. Por una parte, el protestantismo, en virtud de su principio mismo, porque ha rechazado toda autoridad entre el hombre y Dios, ha llegado á la disolucion doctrinal mas espantosa de que existe memoria. Todo se ha negado en nombre del protestantismo, no solamente los dogmas y los Sacramentos cristianos, la Trinidad, la Encarnacion, la Divinidad del Verbo, el pecado original, sino hasta las verdades del órden natural relativas á Dios y á nuestros inmortales destinos. Despues de haber comenzado por confesiones de fe contradictorias, se ha concluido por no poder ni aun enarbolar por símbolo la contradiccion; tanto ha progresado la incredulidad y ha carcomido hasta los huesos á todo dogmatismo. Sin embargo, no todos han seguido esta pendiente: otros, intentando detenerse en ella, pero faltos de una autoridad que reglase su fe, han terminado por la inspiracion privada y popular en el misticismo mas extravagante y mas supersticioso. Ya sabeis las escenas de la América, esos hombres y esas mujeres reunidos en asambleas apocalípticas, profetizando, hablando todas las lenguas, presentando en fin al mundo pasmado todo el delirio de las almas que buscan á Dios sin Dios.

No pretendo, Señores, que fuera de estas dos clases no existan protestantes que permanezcan fieles á muchas verdades evangélicas, é igualmente preservados de la supersticion y de la incredulidad. Así debe ser, y así es. Pero no debemos juzgar una doctrina por resultados individuales; debemos juzgarla por sus efectos generales, por las grandes corrientes de su influencia y de su accion. Hay protestantes que siguen, sin saberlo, otro principio distinto del principio disolvente del protestantismo, que aceptan por via de autoridad una parte de las verdades de la fe, que protegidos por una naturaleza feliz y una ignorancia aun mas dichosa, nutridos del Evangelio, acostumbrados á buenas obras, se sostienen en la superficie de este océano agitado, y gracias á su buena fe, podrán presentar un dia á Dios una conciencia que habrá permanecido pura y católica romana sin saberlo ellos. Estas son excepciones á que están sujetos los mas miserables errores; y así como Dios hace descender el rocío en el cáliz

emponzoñado de una flor, así tambien hace descender el bien y la verdad hasta en la corrupcion de la verdad. Entre los protestantes hay católicos, como entre los católicos hay protestantes, es decir, en una y otra parte hombres que siguen un principio contradictorio al de su fe exterior y confesada. Pero no por eso deja de ser el protestantismo el gran camino de la incredulidad y de la supersticion, como es el catolicismo el camino real de una fe tan racional como profunda.

En el próximo Sermon fijaré este último punto que nos resta que probar. Os demostraré la doctrina católica tan fuerte contra la supersticion como contra la incredulidad, asegurando nuestro espíritu contra la duda, libertándole del delirio, llamando á sí á las almas de estas dos partes del horizonte, y en este equilibrio sereno y majestuoso, superior á la razon, que no la ha fundado y que no la puede destruir, dándole cuenta sin aceptar su yugo, ilustrándola y elevándola sin mudar su naturaleza, madre, hermana é hija de toda verdad, Dios y hombre á un tiempo mismo, impeliendo, en fin, con paso igual á las generaciones á su porvenir humano y á su porvenir eterno.

SERMON VIGÉSIMO OCTAVO.

De la religion producida en el alma por la doctrina católica.

Tenia que establecer, en último lugar, tres cosas: primera, que la religion es una pasion y una virtud de la humanidad; segunda, que fuera de la doctrina católica ninguna otra doctrina ha producido esta virtud de la religion; y tal ha sido el objeto de los dos Sermones que han precedido á este. Réstame establecer otro terecer punto, á saber, que la doctrina católica produce este comercio positivo y eficaz con Dios á que damos el nombre de religion, y mostrar por consiguiente que esta doctrina evita los dos escollos en que chocan todas las demás, la supersticion y la incredulidad. Llegaré, pues, á ese término de mi pensamiento probándoos que la doctrina católica goza de una eficacia sobrehumana de costumbres y de una eficacia sobrehumana de razon, que es el fruto del comercio que ella establece entre Dios y el hombre.

No comienzo, Señores, sin experimentar en mi interior cierta tristeza. Es la última vez de este año que nos reunimos; y vuestra atencion, vuestro zelo, la unanimidad de vuestro asentimiento me han consolado demasiado, para no ver con pesar la hora que nos va á separar. Pero, gracias á Dios, el tiempo pasa pronto, y llevándonos hácia la eternidad, nos reune ya desde este mundo unos á otros. Yo os doy, pues, como si fuera para mañana, una nueva cita al pié de esta cátedra que habeis honrado tantas veces con vuestra asistencia, por espacio de diez años.

Fácil me es demostrar despues de todo lo que he dicho, que la doctrina católica goza de una eficacia sobrehumana de costumbres, en virtud del comercio que mantiene entre el hombre y Dios. Porque, ¿no he probado ya que la humildad, la castidad, la caridad del apostolado y la de la fraternidad son en el alma efectos exclusivos de la doctrina católica? Pues bien, ¿por qué virtud obra la doctrina católica esta transformacion sobrehumana del alma? ¿Es directamente? ¿Es simplemente porque nos ha dicho: Sed humildes, sed castos, sed apóstoles, sed hermanos? ¡Ah! Señores, todo el mundo nos dice

esto mas ó menos vivamente. No hay hombre embriagado de orgullo que no haya apelado á la humildad de los otros; ni hombre degradado en la voluptuosidad que no haya apelado á la puerza de sus víctimas; ni hombreque no haya apelado al apostoladopara propagar sus pensamientos, y á la fraternidad para fundar su imperio. Pero el oido del hombre permanece cerrado á estas invitaciones del egoismo á estos sueños de la razon; él losescucha sin oirlos, y los oye sin obedecerlos. La doctrina católica no hubiera hecho mas si no hubiera hablado al hombre mas que del hombre, si no le hubiese propuesto por móvil mas que su interés, su saber mismo y su dignidad. Para hacerle humilde, casto, apóstol, hermano, tomó su punto de apoyo fuera de él mismo: tomóle en Dios. En nombre de Dios, por la fuerza de las relaciones que ha creado entre él y nosotros, por la eficacia de sus dogmas, de su culto y de sus juramentos, cambia en nosotros ese cadáver rebelde á la virtud, le reanima, le resucita, lo purifica, lo transforma, lo reviste con la gloria del Tabor, y habiéndolo armado así de piés á cabeza, se arroja como un hombre nuevo en la confusion del mundo, débil aun por su naturaleza, pero fortificado por Dios, hácia quien asciende su incesante aspiracion. Así es, Señores, como se realiza en la doctrina católica el milagro de nuestra transfiguracion; la humildad, la castidad, la caridad y todas las elevaciones interiores que resultan de ellas, no son mas que el efecto de una virtud mas alta que da movimiento á todo lo demás. Sin la religion, sin el comercio del alma con Dios, perece todo el edificio cristiano, y por consiguiente este comercio, que es su cúpula, es sobrehumanamente eficaz, pues que lleva al hombre mas alto que la humanidad.

Desde ahora, Señores, podria considerar mi tésis como terminada, y deducir firmemente que la doctrina católica goza de una eficacia de costumbres sobrehumana, que es el fruto del comercio que establece entre nosotros y Dios. Pero la humildad, la castidad, la caridad del apostolado y de la fraternidad, la obediencia, la penitencia, la pobreza voluntaria, todas estas virtudes de que he hablado no son mas que ramales de un rio único. Conduciéndoos á lo largo de su curso, he hecho como esos navegantes que exploran un país desconocido y suben al orígen de sus rios, hasta que satisfechos de estos trabajos y de estos descubrimientos minuciosos, descienden en fin por la corriente ancha y grande que conduce al Océano.

Hay, pues, un rio donde van á parar todas esas virtudes esparcidas que he nombrado, y este rio es la santidad. No quiero decir la santidad comun, que consiste en la observancia de los manda-

mientos divinos, y en esa conformidad de nuestra vida con el Evangelio que basta para salvarse. Hablo de la gran santidad, de la que es reconocida y venerada desde aquí bajo, que tiene altares, y cuya magnífica historia se halla contenida en ese libro misterioso que llamamos la *Vida de los Santos.* ¡ La vida de los santos! ¿ Habeis pensado alguna vez, Señores, en este fenómeno de la vida de los santos? Hemos oido hablar mucho de héroes y de sabios de la antigüedad; leemos en Plutarco la vida de los hombres ilustres; vemos á nuestro alrededor hombres de bien; pero ¿dónde descubrimos cosa alguna que se asemeje á los santos? ¿Dónde están los santos del bramismo, del politeismo, del islamismo, del protestantismo, del racionalismo? Yo he buscado vanamente en estas doctrinas su nombre, su apariencia ó su ficcion. Tres siglos hace que se esfuerza el protestantismo en destruir la verdadera Iglesia y usurpar su carácter; y ha contado entre los suyos gentes honradas y aun gentes piadosas, pero aun no ha osado escribir sus leyendas de santos. Respecto del racionalismo, ni aun debemos mentárselos; se contenta con tener gentes de talento, y no aspira á que se diga jamás, por ejemplo, san Helvecio ó san Diderot.

¿Qué son, pues, los santos, este nuevo privilegio nuestro? ¿ Qué es la santidad? La santidad, Señores, no es únicamente, como parecia insinuaba yo ahora mismo, el confluente de todas las virtudes cristianas en una misma alma; porque esta no es mas que la santidad comun, la que es necesaria á todo cristiano para salvarse, y de la que no hablo aquí. No hay pues cristiano, cuando se halla en estado de union con Dios, en quien no se encuentren en un grado mas ó menos perfecto la humildad, la castidad y la caridad; á estos cristianos les llamamos hombres piadosos, y aun podríamos, hablando latamente, llamarles santos; pero en fin no es esto lo que entendemos por esta grande expresion: *¡ los santos!* Qué son pues los santos? ¿ Qué es la santidad así entendida?

La santidad es el amor de Dios y de los hombres, llevado hasta una sublime extravagancia. Y ya comprendeis muy bien que si realmente hay comunion de lo infinito con lo finito, si el corazon de Dios se forma una habitacion y una vida en el corazon del hombre, es imposible que, al menos en ciertas almas mas ardientes, no se desborde la presencia de un elemento tan prodigioso y no produzca efectos extraordinarios, que la debilidad de nuestra naturaleza y de nuestro lenguaje nos obliga á llamar extravagantes. Porque ¿qué quiere decir esta palabra? Quiere decir, *lo*

que sale de su centro, lo que es excéntrico, para emplear una expresion moderna, salvo que la palabra extravagante es una palabra mal formada, porque la una pinta la accion que la otra define geométricamente, y una palabra debe ser pintor y no geómetra. Por esto prefiero servirme de la primera, y en ello me quedo bien inferior á la energía de S. Pablo, que ha dicho, sin miramientos oratorios, *que no habiendo querido el mundo conocer á Dios por la sabiduria, quiso Dios salvarle con la locura de la predicacion.* No osaré decir que la santidad es una locura, aun despues de S. Pablo, porque temeria que me imputaseis que voy demasiado lejos, y yo deseo mucho demostraros hoy que sé unir la prudencia de la serpiente á la simplicidad de la paloma, aunque, para no disimularos nada, yo soy enteramente del parecer de S. Francisco de Sales, cuando decia: « Mi querida Filotea, yo daria veinte serpientes por una paloma. »

Hay pues en la santidad un fenómeno de extravagancia, un amor de Dios y de los hombres que hiere el sentido humano. Pero este no puede ser, Señores, el carácter único de la santidad; la extravagancia sola no seria mas que la ridiculez, y la ridiculez no prueba nada en favor del hombre que la emplea en sus actos, á no ser que pruebe mucha vanidad, y algo de mala educacion. La extravagancia debe pues ser corregida en la santidad por otro elemento, y lo es, en efecto, por el sublime, es decir, por la belleza moral en su grado mas alto, por esa belleza que causa el arrobamiento del sentido humano, de suerte que hay á un mismo tiempo en la santidad algo que hiere ó afecta el sentido humano y algo que le arrebata, algo que produce el estupor y algo que produce la admiracion. Y estas dos cosas no están separadas en ella, á la manera que dos rios que corren el uno junto al otro; sino que mezclados y confundidos uno en otro lo extravagante y lo sublime, lo que hiere el sentido humano y lo que lo arrebata, no hacen de la santidad mas que un solo tejido en que es imposible al espíritu de análisis mas vivo, en el momento en que ve obrar al santo, distinguir lo extravagante de lo sublime, y lo sublime de lo extravagante, lo que derriba al hombre en tierra de lo que le eleva hasta Dios. Hé aquí la santidad.

Os citaré un ejemplo para que me comprendais mejor.

Santa Isabel de Hungría habiendo abandonado el palacio de sus padres y el de su esposo, se confinó á un hospital para servir en él con sus manos á los pobres de Dios. Presentóse un leproso. Santa Isabel le recibió, y se puso á lavar sus horribles llagas. Luego que ubo concluido, tomó el vaso en que habia exprimido lo que la pa-

labra humana no puede expresar, y se lo bebió de un sorbo. Hé aquí, Señores, un hecho enteramente extravagante. Pero observad en primer lugar una cosa que no podeis despreciar: la fuerza. La fuerza, Señores, es la virtud que forma los héroes, es la raiz mas vigorosa del sublime, al mismo tiempo que la mas rara. Nada falta tanto al hombre como la fuerza, y nada atrae mas su respeto. Vosotros no sois séres malos, pero sois séres débiles; y por esto el ejemplo de la fuerza es el mas saludable que se os pueda dar, como tambien uno de los que mas atraen vuestra admiracion. Santa Isabel, bebiéndose el agua del leproso, hizo pues un grande acto, porque hizo un acto fuerte. Pero habia en este acto otra cosa mas que la fuerza, habia la caridad. En la santidad, siendo el amor de Dios inseparable del de los hombres, pues que no es otra cosa que el exceso de este doble amor, se sigue, que en todo acto de los santos, allí donde se encuentra el sacrificio por Dios, este sacrificio refleja inevitablemente sobre el hombre. ¿Y cuál era el beneficio del hombre en la accion de santa Isabel? ¿Cuál erá? ¿Me lo preguntais vosotros? Santa Isabel hacia á este pobre abandonado, á este objeto de unánime repulsion, aun en medio de los siglos de fe, le hacia una inexplicable revelacion de su grandeza; ella le decia: « Querido hermanito del buen Dios, si despues de haber lavado tus llagas, te tomase en mis brazos para demostrarte que eres mi hermano real en Jesucristo, seria esto ya una muestra de amor y de fraternidad, pero una muestra comun cuyo beneficio no haria mas que restituirte, á tí que has estado privado de él desde tu infancia, á tí que jamás has sentido apoyarse en tu pecho el pecho de un alma viviente; pero, querido hermanito, yo quiero hacer por tí lo que no se ha hecho por ningun rey del mundo, por ningun hombre amado y adorado. Yo beberé lo que ha salido de tí; lo que no está ya en tí; lo que no ha estado en tí sino para ser transformado en podredumbre por su contacto con tu miseria; yo me lo beberé como bebo la sangre del Salvador en el santo cáliz de nuestros altares. » He aquí lo sublime, Señores, ¡y desgraciado quien no lo entienda! Gracias á santa Isabel, se sabrá por toda la eternidad que un leproso obtuvo de una hija de reyes mas amor que conquistó jamás la belleza en la tierra.

Despues de esto, concederemos que un hombre de ingenio trate de extragavante esta accion; nosotros mismos lo hemos dicho, y estamos persuadidos de que es mucho mas natural beber con sus amigos vino de Burdeos. Pero probablemente morirá un dia este hombre de ingenio; tal vez apenas le sobrevivan sus escritos; se olvidarán sus

alegrías y sus dolores: al paso que los reyes y los pobres se disputarán las vestiduras y la memoria de santa Isabel; se apreciará un poco de su carne mas que todos los tesoros; se engastarán sus restos en oro y pedrerías; se convocará á los artistas mas famosos del mundo para hacerle una habitacion mortuoria digna de su vida; y de siglo en siglo, príncipes, sabios, poetas, mendigos, leprosos, peregrinos de todas clases se agruparán en su sepulcro y dejarán en él, con el frágil contacto de sus labios, eternas señales de amor. Hablanránle como á un sér vivo, y le dirán: « Querida hermanita del buen Dios, tú tenias palacios, y los abandonaste por nosotros; tenias hijos, y nos tomaste á nosotros por ellos; eras gran señora, y te has hecho nuestra sierva; has amado á los pobres, á los pequeños, á los miserables; has puesto tu alegría en el corazon de los que no la tenian: y ahora te volvemos la gloria que nos has dado, te restituimos el amor que perdiste por nosotros. ¡ Oh querida hermana! ruega por tus amigos que no habian nacido cuando entraste en el mundo, y que han venido despues! »

Así son todas las extravagancias de los santos. Todas son útiles á la humanidad, al menos por medio del ejemplo. Si ayuna el santo, la humanidad ayuna tambien; si se condena á absurdas abstinencias, una parte de la humanidad está tambien hambrienta hasta el absurdo; si tortura su cuerpo con invenciones extrañas, tambien hay en vuestras prisiones, en vuestros presidios, en vuestras colonias, cuerpos humanos torturados con crueles invenciones. Si el santo, en una palabra, se impone voluntariamente el sufrimiento, ¡ ay! ¿ quién es el que no sufre en la tierra, y quién no necesita aprender que Dios ha ocultado en el sufrimiento mismo un bálsamo reparador y misterioso? Es tan vano servicio para el género humano revelarle todos sus recursos contra la desgracia, y probarle con extrañas acciones, si se quiere, que cualquiera que sea su suerte, cualquiera el deshonor con que se le manche, cualesquiera que sean las prisiones que se le abran, no hay ningun suplicio, ninguna vergüenza, ninguna abyeccion que no puedan ser transfiguradas por la idea de Dios, y llegar á ser un trono en que todo hombre vaya á venerar y á orar.

Esta vida de los santos, Señores, no es un raro fenómeno reservado á un tiempo ó á un país; es un fenómeno general y constante. Por do quiera que echa raices la doctrina católica, y aun allí donde solo se ha echado como un grano entre rocas, germina la santidad y se manifiesta en algunas almas con frutos que desafían la estima-

cion y el desprecio de la razon. Esta extravagancia sublime data de una locura mas alta aun y mas variable, de la locura de un Dios muriendo en una cruz, coronada la cabeza de espinas, traspasados los piés y las manos, y todo el cuerpo estropeado. Desde aquel dia no ha cesado ese contagio de elegir víctimas en el universo; pero, por una preferencia singular y zelosa, no las elige sino en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana. A nosotros solos nos ha quedado la herencia de la cruz, la tradicion viva del martirio voluntario, la dignidad de la extravagancia y la gloria del sublime. Y aunque no todos bebemos grandes sorbos de este vino generoso, todos mojamos en él nuestros labios, llevando á la vida algo de su divino envenenamiento. Nadie se engaña, todo el mundo nos reconoce en esta señal, la cruz jamás ha sufrido imitacion ni falsificacion.

Sí señores, el mundo no calla, ni trata de arrebatarnos este privilegio; trata solamente de hacer contra nosotros una razon y un instrumento de opresion. ¿Qué dice hoy, cuando reclamamos para todas nuestras obras el derecho comun? ¿Qué armas nos opone? No nos disputa el derecho, no niega que esté escrita la libertad en la naturaleza y en la Constitucion del país. Pero nos dice: No podemos luchar con vosotros en virtudes y sacrificios; teneis en vuestra esencia increibles recursos cuyo secreto no poseemos, y por consiguiente, no existiendo igualdad entre vosotros y nosotros, se os debe negar la libertad como una compensacion en nuestro favor. Es preciso encadenaros para establecer el equilibrio de las fuerzas humanas, y aun estando vuestras manos sujetas al hierro, no estamos seguros de que no sean mas largas que las nuestras. Tal es, Señores, ya lo sabeis, el lenguaje presente del mundo, ¿y á quién otro le dirige sino á nosotros? ¿Quién otro puede vanagloriarse de una servidumbre que tiene por justificacion la grandeza misma de la virtud? El mundo tiene razon: nosotros somos los hijos únicos de Cristo. Así como le clavaron á Cristo los piés y las manos para impedirle que salvase al mundo, es justo que se ate á la cruz á su verdadera posteridad. Y aun no es esto todo. Sea lo que quiera lo que suceda en este tiempo transitorio en que vivimos, no creais que la persecucion de la incredulidad contra la fe se detenga en lo que se ha visto y en lo que se ha hecho hasta aquí. Así como está en la naturaleza de las cosas y en el movimiento general del mundo que todos los principios que se contienen en él se extienden en adelante á velas desplegadas, así se manifestará cada dia mas la desigualdad de costumbres entre la Iglesia y lo que no es ella, y la supre-

macía sobrehumana de la Iglesia llegando á ser mas y mas intolerable, le atraerá una persecucion mas perfecta y mas gloriosa de parte de sus enemigos. La Escritura nos lo ha predicho, y ni una sola línea de la Escritura quedará sin efecto. Llegará dia en que no se contentarán con negarnos un derecho, sino que se nos negarán todos; fatigado el mundo de obedecernos á pesar suyo y de respetarnos á pesar suyo, tentará un esfuerzo final para sacudir de su piel la lepra de la divinidad. Pero entonces como hoy, nos asistirá la virtud de Dios; atados, impotentes, immóbiles, saldrá esta virtud de nosotros, como salia de la túnica de Cristo, sin que hablemos nosotros, sin que nos movamos, por el efecto mismo de nuestra servidumbre, semejante al perfume que se ha querido encerrar, y que condensado por el obstáculo que encuentra, se escapa por todos los poros mas suave y mas violento; semejante tambien á una fuente que se ha sellado, y cuyas aguas surten hasta el cielo. Así, cuando se haya coaligado el mundo entero para poner el sello á la fuente divina de la santidad, como lo puso en otro tiempo al sepulcro del Salvador, el agua se hará nuevo paso al tercer dia, y desengañadas las razas humanas vendrán á abrevarse en su caño mas ancho, mas largo y mas inextinguible.

De la misma manera, Señores, que desplegándose el corazon de Dios en el corazon del hombre produce en él la santidad, mezcla de extravagancia y de sublime, así cuando cae la inteligencia de Dios en la del hombre, debe arrojar en ella necesariamente alguna cosa que no puede ser creada ni demostrada por la razon. Ahora bien, lo que no puede ser creado ni demostrado por la razon, tiene evidentemente un carácter de extravagancia, carácter que no se podria disputar á la doctrina católica. Porque en efecto, ¿qué nos enseña esta doctrina? Un Dios en tres personas, un Dios que ha creado el mundo de la nada, un hombre que ha perdido á toda su raza por una culpa personal, un Dios que se ha hecho hombre, que ha sido crucificado para expiar crímenes cuya responsabilidad no era suya, un Dios presente bajo las apariencias de pan y vino. ¡Qué dogmas, Señores! ¡pues esta es toda la arquitectura de la doctrina católica! Es sobrado evidente que no ha creado la razon ninguno de estos dogmas, y que no podria con sus propias fuerzas demostrar ninguno de ellos. Y así debe ser, porque si la doctrina católica fuese obra de la razon, no seria una obra sobrehumana; si fuese una filosofía, no seria una religion. En lugar de dogmas, tendríais teoremas de matemáticas, y en lugar de estar aquí, estaríais en vuestras casas, porque nada halla-

ríais aquí que no lo tuvieseis en vuestra casa. Estais aquí porque vuestra razon no ha hecho los dogmas, porque no puede hacerlos ni demostrarlos, porque son superiores á toda razon; estais aquí precisamente porque yo tengo que deciros cosas extravagantes.

Nuestros adversarios creen atemorizarnos mucho con esta sola palabra: Pero lo que suponeis es extravagante. Bien lo creo, ¿y qué tendria que deciros, si no tuviese nada extravagante que decir? ¿Para qué esta pompa religiosa, si no tuviese que enseñaros mas que lo que cualquiera puede saber por sí moviendo los tizones de su chimenea? ¿Qué seria la religion, qué seria el comercio con Dios, si dejasen nuestro espíritu en el mismo estado en que se hallaba antes? Dios se habria puesto en relacion con nosotros y nosotros en relacion con él, para tener la satisfaccion recíproca, el uno de no dar nada y el otro de no recibir nada. Ya veis, Señores, que la suposicion no tiene sentido, y que es necesario volver á esta palabra famosa de un doctor: *Credo, quia absurdum.* — *Lo creo, porque es absurdo.* La expresion es sobrado fuerte, pero es fácil reducir su exageracion, y comprender que en efecto, si nada hubiese extravagante en la doctrina, no se creeria, se veria todo llanamente. Es necesario, pues, para creer que haya algo que exceda á la razon, y lo que excede á la razon tiene evidentemente para ella un carácter de extravagancia. Por esto decia S. Pablo: *Si alguno de vosotros parece sabio á este siglo, que se haga loco para hacerse sabio* (1).

¡Y bien! me diréis, hé aquí un gran mérito: precisamente es este el mérito de la supersticion que vos combatíais hace poco, tachándola de sinrazon. Voy, Señores, á deciros la diferencia que hay en esto.

En primer lugar, nosotros creemos nuestros dogmas. Mientras que vosotros, sabios y filósofos, no creeis en las propias invenciones de vuestro ingenio, y la duda las mina sin cesar por medio de una sorda infiltracion; nosotros, sacerdotes de Jesucristo, fieles de la Iglesia católica, creemos sinceramente estos dogmas que no ha hecho nuestra razon y que ella no nos demuestra. Los creemos hace diez y ocho siglos, hasta dar nuestra sangre por ellos. Esto es seguramente una maravilla: la duda de la razon respecto de sus propias obras, la fe de la razon hácia obras que no son suyas! Pero hay mas; no solamente creemos en nuestros dogmas, sino que os los proponemos y os los haremos creer, á vosotros, hombres de razon, hombres de orgullo, hombres indignos de nuestra extravagancia. Vosotros vendréis á ella

(1) 1ª Epístola á los Corintios, cap. 3, vers. 18.

un dia ú otro; un dia ú otro vosotros traeréis de rodillas la adoracion voluntaria de lo que habeis odiado y despreciado. Nada os obliga á ello. Y este fenómeno inimaginable de la conversion de la razon á la extravagancia, no pasa oscuramente en algunas almas perdidas, pasa cada dia á la faz del sol, en una multitud de espíritus. No hay una hora de la Iglesia en que no reciba abrazos largo tiempo rebeldes, en que no haga nacer á la fe y al amor á sus propios enemigos, madre dichosa que es reconocida por aquellos á quienes no ha amamantado, que es estrechada en los brazos de los que la atormentaban. Nácenle por la blasfemia, como le nacen por la bendicion. Nácenle en la fuerza de la edad madura, como un efecto de las largas vigilias de la inteligencia, de las experiencias del hombre de Estado, de las iluminaciones del hombre de genio. Nácenle á la manera que una nave que entra en el puerto despues de las tempestades de una larga navegacion. Se le da la última mirada del espíritu, el último movimiento del corazon, la firme é inalterable palpitacion del alma que ha encontrado el objeto de sus deseos y que descansa en él. Tal es su suerte desde S. Pablo hasta Bossuet. ¿Qué decís á esto, Señores? ¿No es esto una eficacia sobrehumana? Porque en fin ¿qué puede haceros creer? ¿Qué armas ó qué arte posee la doctrina cátolica para apoderarse de vosotros, que no quereis valeros de ella, para persuadiros de los dogmas inaccesibles á la razon? ¿Qué maleficio ha arrojado sobre vosotros? ¿Quién ha puesto en su mano el resorte invisible de que ella dispone, y por el que os impele, como el esfuerzo superior de vuestro destino, á adorar la extravagancia?

Es cierto que su pretension no es solamente haceros creer sus dogmas, sino tambien presentárselos á vuestra razon, por superiores que sean. Porque, así como en el órden de las costumbres debe estar unida la extravagancia á lo sublime, es necesario que en el órden de la verdad no esté separada la extravagancia de la luz mas alta. Por esto la doctrina católica, que no ha creado sus dogmas y que no los demuestra, los presenta á la razon, una vez aceptados por ella, como la ciencia suprema de la naturaleza y de la humanidad, como el nudo de todos los misterios, la llave de toda explicacion, el lazo de toda coordinacion del pensamiento, la obra maestra del entendimiento, fuera de lo que *la misma luz luce en las tinieblas*, segun la expresion del apóstol S. Juan. Así como el astro del dia lo ilumina todo sin ser iluminado por nada, así la doctrina católica, primera antorcha del universo, derrama sobre quien no cierra los ojos una irradiacion soberana que le arrebata y le descubre, con el horizonte

de la eternidad, el horizonte no menos misterioso del tiempo. De aquí una especie de hombres tan nuevos como los santos, uniendo tambien la mas profunda filosofía á la fe mas ardiente, tales como S. Agustin, S. Anselmo, Sto. Tomás, S. Buenaventura, y todos sus iguales, hombres osados como el filósofo y sencillos como el niño, que no retroceden ante una cuestion, ni temen ninguna duda, oyéndolo todo y respondiendo á todo, edificando por la afirmacion el gran edificio de la verdad, defendiéndole por una polémica cotidiana contra todo el que viene, contra todo sitiador. La doctrina católica es la única que haya producido esta clase de hombres: antes de ella y fuera de ella, no hay mas teólogos que santos. Los teólogos son en el órden de la verdad lo que los santos en el órden de las costumbres; ellos están destinados á establecer la supremacía de razon que está en la doctrina católica, como los santos están destinados á manifestar su supremacía moral. A medida que el mundo concibe ilustres literatos para combatir la doctrina de Dios, la Iglesia concibe teólogos ilustres para ponerlos á su frente, para oponer genio á genio, ciencia á ciencia, razon á razon, y asegurar por lo menos á nuestros dogmas el honor de un combate que no termina jamás.

Así pasamos de siglo en siglo, por entre las naciones mas civilizadas, afirmando y discutiendo; afirmando nuestros dogmas como provenientes de Dios, discutiéndolos como si no procedieran de él; elevando á la razon mas alto que ella misma, bajándonos nosotros á ella para darle gusto; igualmente fuertes por la extravagancia y por el raciocinio; despreciados por la una, temidos por la otra, respetados por las dos. Si nos estrecha de demasiado cerca el error; si algunas veces, en la serie de los años, sentimos una vacilacion en la plenitud excesiva de nuestra vida, congregamos un concilio, otro fenómeno, aunque solo es nuestro, cuyo ensayo no soportaria doctrina alguna. Mientras que vosotros disputais, nosotros deliberamos. Nuestros ancianos, jefes y jueces de la doctrina, se sientan en círculo en sus escaños, doblan la rodilla ante Dios, invocan al Espíritu Santo, escuchan una discusion solemne en presencia del universo que los contempla, y levantándose otra vez, seguros de sí mismos y de Dios, magistrados de la verdad, pronuncian la sentencia que une á todos los espíritus, y colocan una piedra contra la que nadie se opondrá ó nadie tropezará sin romperse la cabeza.

Reasumiendo, Señores, tenia que demostrar que la doctrina católica, en el comercio que establece entre el hombre y Dios, evita á un tiempo mismo el escollo de la supersticion y el de la incredulidad.

Ya lo he demostrado. Porque la supersticion es un comercio ineficaz en cuanto á las costumbres y en cuanto á la razon; ahora bien, yo he probado que la doctrina católica gozaba de una eficacia sobrehumana de razon, demostracion de donde resulta tambien su poder contra la incredulidad, pues que hace creer á las naciones mas civilizadas dogmas que son superiores al entendimiento humano, y todo esto permitiéndoles una discusion de que ella se encarga la primera.

Resta que saquemos las consecuencias necesarias de estas largas premisas, y son las siguientes:

La religion es una pasion de la humanidad; luego es verdadera. Es verdadera, porque no hay nada natural en la humanidad que no sea verdadero. No hay duda que el hombre y la humanidad misma están sujetos á exagerar sus pasiones, y á viciarlas con el exceso; pero no siendo una pasion mas que el movimiento de la naturaleza hácia un objeto, seria imposible este movimiento si no existiese el objeto, é imposible tambien si no estuviese el objeto á nuestro alcance; así pues, por el solo hecho de existir la pasion, el objeto es cierto, y tambien es cierta nuestra relacion con él. No falta pues mas que asegurarse si esta relacion no es viciosa, Pues bien, en la pasion religiosa, como en toda otra, el hombre ha introducido el exceso, lo falso, lo pueril, lo vergonzoso; ¿cómo discernir, pues, la verdadera religion? Evidentemente en sus frutos, en su eficacia. La religion, que es el comercio del hombre con Dios, no puede dejar de producir, si este comercio es real, algo grande y singular en el género humano. Pues bien, la religion católica es la única dotada de una eficacia sobrehumana de costumbres y de razon; solo ella eleva al hombre á todo cuanto puede ser, y aun algo mas; todas las demás religiones caen en la supersticion ó se descomponen en la incredulidad; luego la religion católica es la única verdadera. Esta deduccion es sencilla y está al alcance de todos los entendimientos, como lo están tambien los hechos que le sirven de base y de cuerpo. Bastan dos preguntas y dos respuestas: ¿es la religion una necesidad? Sí: luego es verdadera. La religion católica ¿es la única dotada de una eficacia digna de Dios y digna del hombre? Sí: luego es la única verdadera. Las demás no son mas que una degeneracion debida á la libertad del hombre, que no ha podido renunciar á todo comercio con Dios, y que no ha podido mantenerse á la altura de este comercio.

Vosotros sois testigos, Señores, de que á cada paso que damos en

el estudio de la doctrina católica, estamos obligados á deducir que posee caractéres que son propios suyos y que ninguna otra ha sabido darse. Cada uno de nuestros Sermones hace muchos años que os trae una prueba nueva de esto. Aquí, digo yo cada vez, aquí hay una señal que solo es nuestra. ¿De dónde proviene esto, Señores? ¿Por qué reune una sola doctrina sobre su cabeza una auréola tan rica, tan variada, á la que ninguna otra puede robar un solo rayo? Proviene, Señores, de que la verdad es todo, y el error no es nada. La verdad es un pozo profundo; cuanto mas se cave en él, mas agua salta; mientras que el error no es mas que una cisterna perdida, como ha dicho la Escritura, *cisternæ dissipatæ*. Cavad un poco, y no encontraréis agua; y el agua misma que está á la superficie es un agua corrompida. Pero la religion verdadera, la religion que ha hecho Dios, la ha fijado profundamente en el centro de la humanidad, como las rocas primitivas de granito que sostienen el mundo: ha ocultado en ella un fuego divino y un agua divina; un fuego al cual ha dicho que arda sin consumirse, un agua á la cual ha dicho que corra sin agotarse. Conforme profundizamos en estos abismos de sabiduría y de amor, descubrimos filones nuevos, rios desconocidos, receptáculos sin límites, hasta que hiriendo en el centro, habiendo dado el último golpe, brota el agua hasta el cielo, y saciando nuestra sed sin extinguirla, nos lleva hácia el Dios que ha bendecido nuestra alma y que la aguarda.

SERMON VIGÉSIMO NONO.

De la sociedad intelectual pública fundada por la doctrina católica.

MONSEÑOR (1) :

Señores :

Hemos considerado hasta aquí los efectos de la doctrina católica sobre el espíritu y sobre el alma del hombre; sobre su espíritu, por medio de una certidumbre y un conocimiento superiores á la certeza y al conocimiento puramente humanos; sobre su alma, por medio de virtudes que no proceden de su naturaleza, y que á causa de esto hemos llamado virtudes reservadas.

Pero por grandes que sean estos dos teatros en que se produce la accion de la doctrina católica, no es esta, no obstante, la escena última en que manifiesta su preponderancia. Hay otro terreno mas vasto, mas profundo, mas brillante, mas incontestable, adonde todo va á parar y que decide de todo; tal es la sociedad. Porque el hombre no es un sér solitario, no ha sido echado por casualidad para vivir y morir á la sombra ignorada de una roca ó de una selva; nace en medio de la sociedad, que le recibe, que le cria, que le educa, que le comunica sus ideas, sus pasiones, sus vicios, sus virtudes, y á la cual deja con sus cenizas y su memoria la influencia de su vida. De donde se sigue, que haber considerado al hombre en el foco secreto de su inteligencia y de su corazon, no es aun conocerlo completamente, ni sobre todo conocer la doctrina que ha

(1) Los señores arzobispo de Calcedonia y los obispos de la Rochela y de Montpeller.

sido el principio de su actividad. Es necesario, para acabar la prueba, pasar de lo interior á lo exterior, del sér solitario al sér social. La sociedad es el confluente de todos los pensamientos y de todos los movimientos del hombre, la manifestacion pública de lo que él vale y de lo que valen las enseñanzas en que ha recibido su desarrollo interior. Por esto, Señores, nos es preciso ver lo que ha producido la doctrina católica con respecto al órden social. Y digo, que aquí, como en otras partes, ha hecho cosas que no ha hecho ninguna otra doctrina; digo, que no solamente ha modificado y transformado las sociedades naturales, tales como la sociedad doméstica y la sociedad política, sino que además ha creado una sociedad que es obra suya propia, inimitable, inimitada, que subsiste á favor de todos y contra todos, y que yo llamaré por esta razon una sociedad reservada. Este será el objeto de nuestros nuevos Sermones. Veréis en primer lugar cuál es esta sociedad reservada á la accion de la doctrina católica; veréis despues la influencia que ha ejercido esta sociedad reservada, mezclándose en las sociedades naturales, sobre la constitucion y la suerte de estas; y cómo, en fin, ha transfigurado todos los elementos de la sociabilidad humana.

No os exhorto, Señores, á que me concedais vuestra atencion; habeis acostumbrado concedérmela hace mucho tiempo. Sostenido en esta cátedra por el que abate los cedros y hace florecer al hisopo, vuestra simpatía no ha sido mas que una traduccion dichosa de su misericordia hácia mí, y yo confío en alguna cosa que proviene mas de él que de vuestro corazon. ¡Ojalá bendiga el Señor las disposiciones que traeis á esta reunion; y que nosotros, creyentes y servidores de la verdad y del amor, podamos contar bien pronto entre vosotros algunos mas!

Engendrando la doctrina católica en el entendimiento del hombre una certeza y un conocimiento superiores á la certeza y al conocimiento humanos, se sigue de aquí incontestablemente que debe establecer entre los entendimientos, de quienes es el apoyo y la regla, una sociedad de un órden mas perfecto que la que aproxima las inteligencias privadas á esta certidumbre y á este conocimiento sobrenatural. Pero esta primera conclusion es muy inferior á la verdad; porque la doctrina católica no solo ha fundado una sociedad intelectual mejor, sino que ha fundado la única sociedad intelectual pública que haya en el mundo, la única verdadera república de los entendimientos.

Es muy natural, Señores, que no me permitais seguir mas ade-

lante sin explicar mi pensamiento; porque ¿no es manifiesto que existe naturalmente entre los hombres una sociedad natural y primitiva, sin la cual no podrian entenderse, y por la cual comprenden sus pensamientos desde el uno al otro confin del mundo con el auxilio del discurso? Esto es cierto, Señores, yo no lo niego; esta sociedad existe; es la sociedad del sentido comun, que une todos los séres inteligentes, y cuyo fondo social se compone de los primeros principios de la lógica y de la moral, de las verdades matemáticas y de los fenómenos vulgares de la naturaleza. Yo no disputo su existencia; á ella pertenecen todos los hombres, ya sean ó no católicos; pero haced una observacion: esta sociedad de los entendimientos por medio del sentido comun, no es libre, no es el producto de nuestra actividad voluntaria; el hombre se halla fatalmente sometido á ella; el hombre nace en el sentido comun sin ningun acto de fuerza ni de eleccion, y no tiene otra puerta para escapar de ella que la locura. Esta es la única puerta que le queda abierta contra el sentido comun. Porque aunque Dios haya juzgado á propósito poner un límite á nuestra libertad en los principios fundamentales de nuestra razon, ha permitido no obstante, que aun fuera de la lesion del órgano que sirve al pensamiento, pudiese el hombre en ciertos casos condenarse á muerte bajo la relacion intelectual. La locura, cuando no ha resultado de un accidente físico, no es otra cosa que un suicidio del entendimiento, suicidio provocado frecuentemente por el orgullo, así como se escribió de aquel famoso rey de Babilonia, que paseándose por los terrados de su palacio, y viendo á su alrededor todos los esplendores de su capital, se puso á decir interiormente: ¿No es esta la gran Babilonia que yo me he forjado en mi poderío y en mi gloria? Y al instante mismo, haciendo en él su orgullo una erupcion final, cayó herido del rayo de la demencia. Por lo demás, sea lo que quiera acerca de la naturaleza íntima de la locura, es cierto que en épocas de una excesiva libertad del pensamiento, como la en que vivimos, esta terrible catástrofe de la inteligencia se manifiesta en casos incomparablemente mas numerosos. Los entendimientos van á la aventura, semejantes á barcas desatadas de la ribera y que bajan sin piloto sobre un mar sin horizonte; la realidad desaparece ante el sueño, y muchos de los mas débiles, no siendo los menos presuntuosos, terminan llevando á encerrar los tristes restos de su ambicion entre cuatro paredes de un hospital de locos.

Perdonad, Señores, esta rápida digresion. Jamás me habeis exi-

gido que me ciñese inflexiblemente á un cuadro inexorable, y mas de una vez me habeis visto sin dificultad recoger ante vuestros ojos verdades que me separaban de mi camino. Vuelvo, pues, á la sociedad de los entendimientos en el sentido comun.

Existe pues esta sociedad, yo no lo dudo; pero por el solo hecho de no ser una sociedad intelectual, nacida de nuestra libertad, de nuestra actividad propia, no contradice en nada su existencia la proposicion que he avanzado; á saber, que solo la doctrina católica ha fundado en la tierra una sociedad intelectual pública, sociedad que comienza precisamente donde concluye el sentido comun con la necesidad, y donde llega á ser imposible la division con la libertad.

Y al momento, Señores, comprenderéis la importancia de esta segunda sociedad intelectual, cuyo honor exclusivo atribuyo á la doctrina católica. Porque el sentido comun, que á todos nos une, nos une en muy estrechos límites; nosotros no tenemos que llevar nuestro espíritu muy lejos para que se sienta libre de los lazos de la comunidad; el *nos* es limitado, el *yo* es infinito; y las cuestiones sobre que se ejercita la libertad están por sí mismas sin riberas y sin fondo. Mas allá del sentido comun, se trata entre los hombres, no ya de algunas cosas raras y extremas, sino de las cosas primeras y últimas, del principio, del fin, de la funcion de nuestra vida, del sistema general del mundo, de los planes del Criador, del Criador mismo; de todo en fin, y de un todo en que cada abismo contiene el destino. No os admireis, Señores, si desde la mas oscura antigüedad aspiraban todas las grandes almas á fundar la república de los entendimientos. Cuando Pitágoras en la paz de los valles de la gran Grecia llamaba á raros discípulos al silencio, á la meditacion; cuando Sócrates se preparaba por una gran subiduría á beber la cicuta de manos de su ligera patria; cuando Platon se paseaba escoltado de oyentes, á lo largo de las escarpadas crestas del cabo Sunio, ó grababa su pensamiento en páginas que ya no podian perecer; cuando Confucio en un confin de Oriente elevaba una voz cuyo eco debia oir el Occidente, ¿qué querian, qué intentaban Pitágoras, Sócrates, Platon y Confucio, estos primeros genios del mundo profano, si aun puede llamarse así nombrando á tales hombres? ¿Qué era lo que ellos querian? Querian, no ya crear imperios trazados con la espada, construcciones siempre tan frágiles como estrechas, sino edificar la basílica de los entendimientos, fundar la unidad intelectual, rehacer lo presente y lo futuro en la paz profunda de un pensamiento comun, para que en lo sucesivo

fuese el curso del hombre semejante al de una nave que, desatada del puerto por una mano poderosa, boga bajo esta mano, asegurada, sin temer al Océano, como no lo temia desde la playa. Tales eran sus votos, tales son aun los votos de quien ama bastante al hombre para sentir sus penas y ocuparse de su suerte.

Sí, aun en el momento en que hablo, ¿cuál es el pensador, cualquiera que sea la escuela á que pertenezca, que habiendo sentido una vez la dicha de la luz, habiendo entrevisto el horizonte inmutable donde reside la verdad, no haya deseado legar á sus semejantes tan bellos momentos, fijar el relámpago, formando con él un dia lleno é inalterable? ¿Cuál es en Europa el filósofo ó el legislador verdaderamente digno de este nombre que no haya pensado en la unidad de los entendimientos, que no haya mirado temblando el suelo en que vivimos, y no se haya preguntado si al fin se presentará una solucion equitativa, á cuyo alrededor venga toda la humanidad á abrazarse y á descansar?

Muchas son las potestades, Señores, que se han ofrecido para realizar esta obra. Distínguense tres, pues todas las demás no son sino distintas fases de estas. La primera es la potestad, ó si os parece mejor, la filosofía racionalista.

Esta filosofía razona así: puesto que poseemos primeros principios ciertos, puesto que en el órden lógico, en el órden matemático, en el órden físico tenemos puntos de partida vivientes, es decir, que contienen consecuencias ulteriores é ilimitadas; ¿por qué no hemos de sacar de ellos toda la verdad, como se saca de una mina todo el oro que se halla oculto en ella? Si no fuesen fecundos los principios, si nada mas contuviesen que á sí mismos, toda esperanza de conquistas futuras seria una ilusion vana. Pero pues que está manifiesto lo contrario, ¿por qué no hemos de pensar que Dios nos ha dado, en el tesoro primitivo de nuestro entendimiento, el gérmen de toda ciencia y de toda verdad? Sin duda que para esto es necesario tiempo, paciencia, el trabajo y la experiencia de los siglos; pero no nos faltarán siglos, ni trabajo, ni genio, y al fin llegará el dia en que se haya colocado la última piedra, iluminádose el templo hasta la cima, y fundádose para siempre el reinado de la unidad. Lógicamente, Señores, es decir, no consultando mas que el órden de las ideas, no se ve claramente por qué no ha de ser así. Pero veamos los hechos; porque ya sabeis que la realidad es la que decide de todo. Veamos, pues, si la filosofía racionalista, y hablo de la buena filosofía racionalista, la que trata sinceramente de afirmar y edificar, la filosofía de los grandes hombres á quienes nombraba ahora mismo,

Pítagoras, Sócrates, Platon, Confucio; veamos, digo, si ha fundado una sociedad intelectual pública, la unidad pública de los entendimientos. Y para descubrirlo mejor, investiguemos en primer lugar cuáles son las condiciones necesarias para la existencia de semejante sociedad.

Sin ideas comunes, no hay unidad de entendimientos, y por consiguiente no hay sociedad intelectual. Pero no bastan ideas comunes para este fin; es necesario además que sean inmutables. Porque si las ideas comunes son pasajeras, móviles, variables, el cimento de los espíritus será tambien pasajero, móvil, variable; cederá al menor soplo, al primer accidente, y la unidad no será mas que una union superficial y engañosa, tal como se la encuentra en las facciones y los partidos. La inmutabilidad de las ideas es á un tiempo mismo la raíz y el instrumento de la unidad.

Es además necesario que las ideas comunes sean ideas fundamentales. Porque establecer la unidad de los entendimientos sobre su conformidad en puntos de poca importancia, mientras que se hallan divididos en cosas capitales, es burlarse del sentido comun. Ahora bien, no hay mas ideas fundamentales que aquellas de que se deriva la actividad del hombre, y las ideas de donde se deriva la actividad del hombre son las que este se forma sobre el principio, el fin y la funcion de su vida. Mientras el hombre no está conforme con el hombre sobre esta triple base, no se encontrarán jamás en un mismo pensamiento y en una misma accion, á no ser en materias que no tienen ningun valor, y en que su alianza de un momento no podria hacer de ellos un solo entendimiento.

En fin, las ideas constitutivas de la unidad intelectual deben ser reconocidas y aceptadas libremente por la inteligencia; porque, si no es la inteligencia quien las reconoce y acepta libremente, su presencia en el entendimiento es un fenómeno extraño al órden racional, un resultado de violencia, de ciega habitud ó de fatalidad, caractéres que excluyen toda apariencia de sociedad intelectual entre séres sometidos solamente á la miseria de una misma opresion.

Así, para que haya unidad de entendimientos, es necesario que haya entre ellos ideas comunes, inmutables, fundamentales, libremente reconocidas y aceptadas por la inteligencia; y para que esta unidad constituya una bondad intelectual pública, es necesario en último lugar que las ideas que forman su base no sean privilegio de algunos, sino que tomen parte en ellas todos los elementos vivos de la humanidad, y se asocien á ellas realmente, desde el niño hasta el

anciano, desde el pobre hasta el príncipe, desde el mas ignorante hasta el mas sabio. En el caso contrario, la bondad perderia su carácter público para no ser mas que una casta ó una academia.

Ahora, Señores, apelo á vosotros. ¿Ha fundado un dogma público la filosofía racionalista mas perfecta y respetable? El dogma público es lo que hace poco definia, esto es, un conjunto de ideas inmutables, fundamentales, libremente reconocidas y aceptadas por toda clase de inteligencias. Repito la pregunta : ¿ha fundado la filosofía racionalista en alguna parte, en algun lugar, en algun tiempo, un dogma público? No, no, mil veces no. La filosofía racionalista ha creado escuelas, y nada mas; ¿y qué es una escuela? La reunion de algunos discípulos en rededor de las opiniones de un maestro. ¿Y qué es un discípulo? Un hombre que adopta algunas ideas, algunos procederes de otro hombre, con la condicion de abandonarlos cuando quiera, y aun con la esperanza formal de dejarlos, aunque no sea mas que por el placer legítimo de llegar á ser tambien maestro. Desde los quince á los veinte años, es cuando el discípulo se muestra tal vez mas humilde y mas grave. A esta edad, en que se despierta la razon, y en que aun no se ha perdido la sencillez del corazon, vamos á oir á un hombre elocuente, nos dejamos llevar del corriente ingenioso de su palabra, nos abandonamos al viento de su inspiracion, creemos en él. Pero viene la edad de la propiedad de sí mismo, la edad de la madurez, la edad en que se ha pesado á sí mismo y á los demás; y entonces, á Dios maestro, á Dios obediencia, á Dios esta querida y amable amistad de los años juveniles, que hacia que fuese nuestro pensamiento el pensamiento de los grandes hombres, ó al menos el de aquellos á quienes damos generosamente este nombre. Aristóteles no jurará ya por Platon, jurará por sí mismo; y el que no tenga la osadía ó la fantasía de jurar por sí, no jurará por nadie. A los cuarenta años, cualquiera que sea el hombre, no es ya el hombre discípulo del hombre. En verdad, Señores, esta capital es grande y contiene á mi juicio muchos talentos eminentes : pues bien, si hallais alguno que sea discípulo de otro, yo os ruego que vengais á decirmelo, é iré á ver este prodigio que aun no he tenido ocasion de admirar, y podré decir antes de abandonar este mundo : ¡He visto un hombre que tenia un discípulo !

Admitamos, si quereis, que las escuelas filosóficas, á pesar de la inconsistencia de sus doctrinas, tengan temporalmente alguna sombra de unidad; aun así no formarán una sociedad intelectual pública, reuniendo en su seno todos los elementos vivos de la humani-

dad, sino una academia de talentos privilegiados, conservando lejos de lo vulgar la memoria y las ideas de un hombre oscuro. La filosofía racionalista no lo oculta. Recientemente uno de sus jóvenes adeptos revindicando para ella, por medio de una expresion tan ingeniosa como atrevida, el honor y la potestad del *ministerio intelectual*, declaraba realmente que no era ella aun capaz de ejercerlo sino respecto de los entendimientos cultivados. Lo demás, es decir, cuando se conoce el mundo, casi todo el mundo, lo demás pertenecia de derecho y afortunadamente á la accion mas general y mas maternal de la doctrina católica. ¡Qué es, Señores, una institucion, si esto es una institucion, que despues de seis mil años de trabajos, pues que se filosofaba ya antes del diluvio, no teme confesarse incapaz del *ministerio intelectual* relativamente á casi toda la humanidad?

Así, Señores, ha nacido y se ha hecho lugar en el mundo otro pensamiento; se ha presentado otra potestad para fundar la república de los entendimientos : la llamaré la filosofía autocrática. La filosofía autocrática procede como voy á decir : la unidad de los entendimientos es necesaria al género humano; fuera de ella no existen mas que antiguas asociaciones de intereses, incapaces de sostener el hecho mismo de las necesidades y de los deseos. Mientras que un pueblo no es uno por el pensamiento, no es un pueblo, sino un barrio de comerciantes, un monton de cuerpos y de deseos. La unidad de los entendimientos es la sociedad misma, y por consiguiente es preciso crearla entre los hombres á toda costa. Ahora bien, el raciocinio y la libertad desunen las inteligencias en lugar de asociarlas; es pues preciso sacrificar el raciocinio y la libertad, é imponer á las naciones la unidad intelectual por la via que se pueda : hallar una de estas vias es la obra del hombre grande por excelencia, la obra del conquistador, del fundador, del legislador. Tal es, Señores, el pensamiento autocrático; él ha representado y representa aun un gran papel en el mundo; de él resultan el bracmanismo, el mahometismo y el paganismo. Los bramas han fundado bajo la proteccion de castas inmutables ciertas ideas sobre los fundamentos de nuestros deberes y de nuestra actividad, las que tienen siglos hace al abrigo de su confederacion política é intelectual. Mahoma ha creado la unidad con la cimitarra, sin cuidarse ni aun de disfrazarla con una vaina. El paganismo lo consiguió, confundiendo de una manera absoluta la sociedad civil y la sociedad religiosa.

¿Deberemos, Señores, condenar á los bramas, condenar á Mahoma, á Minos, á Licurgo, á Numa, á todos estos famosos legisla-

dores de la antigüedad? Tal vez me corresponderia hacerlo á mí, hijo de una unidad mejor, de una unidad que salva la razon y la libertad del hombre, fundando la sociedad de los entendimientos; y no obstante, comprendo el pensamiento y los trabajos de estos hombres, que á falta de una luz divina, han hecho cuanto han podido para crear naciones con ideas, única manera de crearlas. Y vosotros, hombres de estos tiempos, que no habeis aprendido mas que á destruir ideas y pueblos, creo que avanzaréis mucho concediendo á los antiguos edificios de la autocracia alguna estimacion y alguna consideracion.

No obstante, Señores, no vayamos demasiado lejos por represalias. Ni la filosofía racionalista, ni la filosofía autocrática han dado al mundo un verdadero dogma público. Yo veo bien en mi obrar la inmobilidad de las ideas, pero no la inmutabilidad. La una no es la otra. La inmobilidad es una inmutabilidad muerta, mientras que la inmutabilidad es una inmobilidad viva. La una procede de una actividad libre, la otra de una servidumbre inerte é inveterada. Lejos de ser hermanas, marcan los dos extremos de las cosas. Dios es inmutable, la nada es inmóbil; la nada no hace nada, Dios es el actor supremo. ¡ Guardémonos, pues, de confundir la obra de la inmobilidad de las ideas con la obra de su inmutabilidad! La primera es producto de una sentencia forzada, impuesta al espíritu humano, de una razon encadenada por la violencia y el artificio de las instituciones. Falta á las ideas fijas que son su resultado la libre aceptacion de la inteligencia; les falta el aire, la luz y la marcha ó movimiento. Sacadlas de la indigna prision en que las retiene la mano de hierro de la autocracia, y vacilarán á la puerta; y al primer contacto de la discusion caerán desvanecidas, como esos cadáveres que parecen intactos al abrir su sepulcro, y que el menor soplo de una boca viviente convierte en un polvo sin forma y sin recuerdo.

Entre la filosofía racionalista y la filosofía autocrática, ambas impotentes para la grande obra de la unidad de los entendimientos, se coloca como intermedia la filosofía herética, que ha tomado por una parte del racionalismo el elemento de la razon y de la libertad, y de la autocracia un elemento sobrenatural ó que pretende ser sobrenatural. Las tentativas de esta filosofía de justo medio han sido numerosas en el mundo, desde el budhismo indiano, que ha querido modificar el bracmanismo originario, hasta el protestantismo moderno, que se ha adherido á los flancos del catolicismo para devorarlo. Me detengo en este último ejemplo, porque es el mas reciente y tal vez el mas completo.

En el siglo XVI vivia toda Europa bajo el imperio de la doctrina católica, hasta que vino un fraile que juzgó no convenir la unidad de que era espectador. Quiso pues romperla para reconstruir otra, y saliendo del cuerpo vivo cuyo miembro habia sido, llevó en sus manos el libro de la ley, el Evangelio de Cristo, para hacer con él la piedra angular de la nueva unidad. El plan era sencillo. ¿No contenia el libro ideas comunes, fundamentales, inmutables, reconocidas y aceptadas libremente por toda Europa? ¿Qué trabajo hubiera costado conservar toda su fuerza para el porvenir, colocándolas bajo la guarda desinteresada de la razon y de la libertad? No obstante, Señores, ya sabeis el resultado y lo que llegó á ser la unidad de los entendimientos en manos de Lutero y de su posteridad. Hoy mismo, despues de tres siglos, van á reunirse en Berlin, se reunian ayer en París, y antes de ayer en Lóndres, para buscar la piedra filosofal de la unidad en el mas espantoso desórden que se ha visto jamás.

¡Triple y terrible prueba! Ni con la razon pura, ni con la autocracia, ni con el medio de la herejía, nadie ha dado en el blanco. Así, Señores, ha comenzado la desesperacion, y hemos oido en nuestro siglo á inteligencias, cansadas de toda unidad, proclamar su situacion en esta frase tan franca como enérgica : *La division de los entendimientos es nuestro bien.* Sí, ser de sí solo, y todo solo de sí, su principio de actividad intelectual, pensar para sí y por sí, derrocar por la tarde la idea de la mañana, vivir sin maestro y sin discípulos, sin pasado y sin futuro; sí, esta es nuestra fuerza, nuestra gloria, nuestra vida. ¡Atrás quien quiera constituir una sociedad de entendimientos! Toda unidad es un lazo, todo lazo una carga, toda carga una servidumbre, toda servidumbre el colmo del oprobio y de la desgracia. *La division de los entendimientos es nuestro bien.* Ya conoceis, Señores, este lenguaje: él ha sido vuestra cuna; él es tal vez aun vuestro cotidiano alimento. Si así fuese, gozad á vuestro placer del estado que os ha creado. Gozad de la unidad perdida, del placer de comenzar y de concluir en vosotros, de la felicidad de reiros de vuestros padres y ser la mofa de vuestros hijos, de no tener en comun mas que la duda y la anarquía, y en perspectiva mas que la perfeccion de este sublime estado. Gozaos en él, Señores; pero no obstante, tened cuidado, teneis un enemigo. Mientras os abandonais á la alegría y á la seguridad de vuestra civilizacion, la autocracia, ese minotauro inmortal que asoma á la puerta de las sociedades su horrible y espectante cabeza, la autocracia vela por vosotros ; ella espía con ojos ávidos el progreso

de vuestra felicidad, y llegada la hora, cuando no seais mas que cuerpos, tomará la fusta del Cosaco en la mano, y arrojará delante de sí á esos entendimientos pulverizados que habrán comido su último cimento, y que, incapaces de resistir á la primera unidad soldadesca reunida por un capitan afortunado, entregarán su orgullo á todas las ignominias de una obediencia sin límites, y su inteligencia á todas las brutalidades de un dogma nacido en las oficinas de policía ó en las saturnales de un campo de pretorianos.

¿No hay pues ninguna potestad, ninguna doctrina que sea bastante divina y bastante humana para fundar la sociedad de los entendimientos sin sacrificar la libertad de la razon y los derechos de la libertad? ¿no hay en el mundo ningun dogma público libremente reconocido y aceptado por el pobre, por el rico, el ignorante, el sabio y el erudito? ¡Ah! ¡silencio! ¡oigo á lo lejos y cerca, en el centro de esas paredes, en el fondo de los siglos y de las generaciones, oigo salir voces que solo forman una voz, la voz de los niños, de las vírgenes, de los jóvenes, de los ancianos, de los artistas, de los poetas, de los filósofos, la voz de los tiempos y del espacio, la voz profunda y musical de la unidad! Yo la oigo cantar el cántico de la única sociedad de los entendimientos que hay en el mundo, y repetir, sin haber jamás cesado, esta palabra, la única estable y única consoladora : *Credo in unam, sanctam, catholicam, apostolicam Ecclesiam.* Y yo, que tambien hago esta fiesta, yo, hijo de esta unidad sin rival y sin tacha, canto con todas las demás voces y os repito : *Credo in unam, sanctam, catholicam, apostolicam Ecclesiam.*— ¡ Ah ! sí, ¡creo en ella !

Recojámonos, Señores, y veamos si en realidad ha fundado la doctrina católica en la tierra la unidad pública de los entendimientos ; porque no debemos caer de cansancio en manos engañosas, fuertes para prometer y débiles para cumplir.

¿Ha dado al mundo la doctrina católica, mas afortunada que el racionalismo, la autocracia y la herejía, ideas inmutables, fundamentales, aceptadas y reconocidas libremente por inteligencias de todas clases y condiciones? Hé aquí la cuestion. He despojado de estos caractéres á la obra de la filosofía racionalista, de la filosofía autocrática y de la filosofía herética, y vosotros sois testigos de que lo he hecho sin amargura y sin hiel, dándoos pruebas palpables para quien haya estudiado la historia solo por espacio de veinte y cuatro horas. Ahora ya no niego, afirmo ; la posicion ya no es la misma, porque es fácil negar y difícil afirmar. Acosadme pues, y no dejeis pasar nada.

En primer lugar afirmo que la doctrina católica ha fundado ideas inmutables, es decir, ¡cosa maravillosa! ideas que á pesar de la mobilidad del tiempo, á pesar de la inmutabilidad del entendimiento humano, han subsistido siempre, y en las cuales se ve una raíz de perseverancia y de inmortalidad, una raíz tan granítica como fecunda, de suerte que el diamante, que es lo mas duro que existe, nos representa estas ideas inmutables que ha fundado la doctrina católica, sin que su obstinada dureza excluya su movimiento y su florescencia en el universo. ¡Y bien! ¿es esto cierto? ¿Es cierto que la inmutabilidad, sin la que no es mas que una quimera la unidad de los entendimientos, sea un don ó un efecto de la doctrina católica? ¡Qué! despues de mil ochocientos años, todos los doctores y todos los fieles católicos, tantos hombres de tan diversas facultades, nacimientos, pasiones, preocupaciones nacionales, todos esos obispos, todos esos papas, todos esos concilios, todos esos libros, todos esos millones de hombres y de escritos, ¡qué! ¿todos han pensado y dicho siempre una misma cosa? Pero ¿qué es lo que piensan, qué es lo que dicen? Escuchadles; dicen que hay un Dios en tres personas, que ha hecho el cielo y la tierra; que el hombre ha faltado á la ley de la creacion; que está decaido y corrompido hasta la medula de los huesos; que Dios, habiendo tenido piedad de esta corrupcion, envió á la tierra la segunda persona de él mismo; que esta persona se hizo hombre, vivió entre nosotros, y murió en una cruz; que por la sangre de esta cruz ofrecida voluntariamente en sacrificio, nos salvó el Dios-Hombre, que estableció una Iglesia, á la que confió con su palabra, sacramentos que son un manantial de luz, de pureza y de caridad, en que pueden beber la vida todos los hombres; que cualquiera que bebe en él vivirá eternamente, y que cualquiera que se separe de él, rechazando á la Iglesia y á Cristo, perecerá eternamente. Hé aquí la doctrina católica, lo que dicen hoy y ayer, en el Norte y en el Mediodía, en Oriente y en Occidente, sus papas, sus obispos, sus doctores, sus sacerdotes, sus fieles, sus neófitos: ideas fundamentales á la par que inmutables, porque deciden de toda la direccion activa de las inteligencias que las profesan. Encontradme ahora un eclipse en esta inmutabilidad; halladme una página católica en que se niegue en todo ó en parte este dogma; halladme un hombre que, habiéndose desviado de él, no haya sido al instante lanzado de la Iglesia, aunque hubiera sido el mas elocuente de sus oradores, como Tertuliano, ó el mas elevado de sus obispos, como Nestorio, ó el mas poderoso de los emperadores, como Constancio y

Valente. Halladme un hombre á quien haya servido la púrpura, ó el genio, ó la santidad contra los anátemas de la Iglesia, una vez que haya tocado con la herejía á la túnica inconsútil de Cristo!

Ciertamente que no ha faltado el deseo de cogernos ó de hacernos caer en falta contra la inmutabilidad. Porque, ¡qué otro privilegio hay tan pesado para todos los que no lo tienen, como una doctrina inmutable, cuando todo cambia en el mundo! ¡una doctrina que tienen en sus manos los hombres, que guardan unos pobres ancianos en el lugar que se llama Vaticano, bajo la llave de su gabinete, y que sin otra defensa resiste al curso del tiempo, á los sueños de los sabios, á los planes de los reyes, á la caida de los imperios, siempre una, siempre constante, idéntica en sí misma! ¡Qué prodigio que desmentir! ¡Qué acusacion á que imponer silencio! Así es que todos los siglos, zelosos de una gloria que desdeña la suya, han intentado hacerlo. Han venido alternativamente á la puerta del Vaticano, han llamado con el coturno ó con la bota; y ha salido la doctrina bajo la forma frágil y usada de un septuagenario, y ha dicho:

« ¿Qué me quereis? — Cambio. — Yo no cambio. — Pues todo ha cambiado en el mundo; la astronomía ha cambiado; la química ha cambiado; ¿la filosofía ha cambiado; el imperio ha cambiado; ¿porqué vos sois siempre la misma? — Porque provengo de Dios, y Dios es siempre el mismo. — Pero sabed que nosotros somos los dueños, que tenemos un millon de hombres sobre las armas, que sacamos la espada; la espada que derriba los tronos, podrá cortar bien la cabeza de un anciano y desgarrar las hojas de un libro. — Hacedlo pues, la sangre es el arma con que me he rejuvenecido siempre. — Pues bien, hé aquí la mitad de mi púrpura, concede un sacrificio á la paz, y partamos. — Guarda tu púrpura, ó César, mañana te enterrarán con ella, y nosotros cantaremos sobre tí el *Alleluia* y el *De profundis,* que no cambian jamás.

Apelo á vuestros recuerdos, Señores; ¿no son estos los hechos? Aun hoy dia, despues de tantos ensayos infructuosos para obtener de nosotros la mutilacion del dogma público que hace nuestra unidad, ¿qué es lo que se nos dice? ¿Qué es lo que no cesan de echarnos en cara todos los periódicos espirituales y no espirituales que se imprimen en Europa? « ¡No cambiaréis jamás, raza de granito, no haréis jamás algunas concesiones á la union y á la paz! ¿No podeis sacrificarnos algo, por ejemplo, la eternidad de las penas, el sacramento de la Eucaristía, la divinidad de Jesucristo? ¿ó bien el papado,

solamente el papado? ¡Dorad por lo menos el remate de ese patíbulo á que llamais cruz? » Así dicen: La cruz los mira, se sonrie, llora y les espera: *Stat crux dum volvitur orbis.* ¿Cómo hemos de cambiar? La inmutabilidad es la raíz sagrada de la unidad; ella es nuestra corona, el hecho imposible de explicar, imposible de destruir; la perla que es preciso comprar á todo precio, sin la cual nada es mas que sombra y tránsito, por la cual el tiempo toca á la eternidad. Ni la vida ni la muerte la quitarán de mis manos; imperios de este mundo, ¡tomad vuestro partido! *Stat crux dum volvitur orbis.*

No nos vanagloriemos aun tanto, Señores, queda una dificultad. ¡En buen hora¡ se dice, sois inmutables, pero lo sois con una inmutabilidad autocrática, con una inmutabilidad á lo brama, á lo mahometano, á lo pagano; ¡hé aquí de lo que os jactais! El brama es inmutable, el mahometano lo mismo, y el pagano lo ha sido. ¿Qué ventajas teneis sobre ellos? Lo que tenemos mas que ellos es que aceptamos libremente por un acto de la inteligencia el dogma público que constituye nuestra unidad. No somos los hijos de la violencia, del temor, ni de ninguna servidumbre. Ved en primer lugar cómo hemos nacido. Si mi memoria no me es infiel, no hemos nacido bajo este escabel que se llama un trono; no nos hemos dispertado un dia bajo la túnica de los pretorianos, al pié del Palatino. Estábamos, sí, bajo el Palatino, pero en sus cavernas, en las Catacumbas. Allí estábamos, llevados en batida como bestias salvajes del uno al otro cabo del mundo, y hé aquí cómo hacíamos prosélitos á nuestra fe. Llegó un hombre de no sé dónde, con un lenguaje extranjero; entró en una gran ciudad, se presentó en una tienda, se sentó para que le compusiesen su calzado, y mientras que el artesano trabajaba en esta obra vil, el extranjero abria sus labios, y anunciaba al artesano que habia venido un Dios á traer á la tierra una doctrina de sufrimiento y de crucifixion voluntaria, una doctrina que humillaba el orgullo y que castigaba los sentidos. « Compañero, le decia, deja tu taller y ven con nosotros; tenemos á los Césares contra nosotros, se nos mata á millares, pero tenemos cuevas subterráneas donde hallarás un lecho, un altar y un sepulcro. Allí dormimos, allí oramos, allí cantamos, allí morimos, y despues se nos mete entre tres tablas, en la roca, y esperamos el dia de la resurreccion, en que nuestros restos aparecerán en honor y en gloria. Compañero, desciende con nosotros á las Catacumbas, ¡ven á aprender á vivir y á morir! » El artesano se levantaba, bajaba á

las Catacumbas y no salia mas de ellas, porque habia encontrado bajo tierra la luz y el amor.

¿Es esta una conquista hecha por via de autocracia? ¡Ah! cuando Constantino, despues de tres siglos de torturas, vió el *Labarum* desde lo alto del *Monte Mario*, era la sangre de los cristianos que habia germinado en la sombra, que habia subido como un rocío hasta el cielo, y que se desplegaba allí bajo la forma de la cruz triunfante. Nuestra libertad pública era el fruto de una libertad moral sin ejemplo. Nuestra entrada en el foro de los príncipes era el fruto de un imperio que habíamos ejercido sobre nosotros mismos hasta la muerte. Se podia reinar despues de semejante aprendizaje de mando; se podia cubrir la doctrina de púrpura despues de tanta sangre como habia llevado. Por otra parte el reinado no fué largo, suponiendo que se puede dar este nombre al tiempo que transcurrió entre Constantíno y los Bárbaros, tiempo tan lleno de combates, en que la doctrina católica no abandonó jamás un solo dia la pluma y la palabra. Vinieron pues los Bárbaros, y con ellos una nueva sociedad que convertir. ¿Lo fué por via de autocracia? S. Remigio, sin duda decia á Clóvis: « ¡Inclina la cabeza! » Pero ¿quién era el cordero, el guerrero ó el obispo? ¿Cuál era el cordero, Clotilde ó Clodoveo?

Es verdad que en la edad média pareció revestirse la doctrina católica con las apariencias de la autocracia. Digo con las apariencias, porque habia hecho sus pruebas; podia creerse con derecho de proteger la unidad intelectual por el concurso de la unidad civil, y además, no cesó jamás de escribir y de hablar, y de tener enemigos poderosos hasta bajo la corona del imperio. S. Anselmo, Sto. Tomás, S. Buenaventura explicaban y defendian entonces el dogma público del catolicismo. No habia, pues, conspiracion para extinguir la luz y sofocar la libertad de la eleccion moral. Por otra parte este segundo reinado fué tambien corto: levantóse bien pronto el siglo XVII, y despues de él el siglo XVIII. Ya sabeis lo demás: toda la tierra conjurada contra la libertad de la doctrina católica, sus bienes espoliados, sus sacerdotes maltratados, su autoridad civil aniquilada por todas partes, una guerra á muerte declarada por las ciencias, las letras y las artes. Y no obstante, ella vive, se sostiene, gana almas, mantiene con el mismo corazon y el mismo resultado la inmutabilidad de un dogma público. Digo que es un dogma público, porque, como ya lo habeis observado, no es patrimonio de una clase sola de hombres;

llama á él todos los elementos vivos de la humanidad. No es distinta la fe del pobre de la del sabio. Todos creen y ruegan al mismo Dios, con la misma obligacion de humillar su orgullo y de conocer su nada. La ciencia y la ignorancia llegan á ser en la comun luz matices imperceptibles que colocarán la unidad sin corromperla y hacen mas sensible su inalterable esplendor.

Reasumiendo, Señores, no hay mas sociedad verdadera que la de los entendimientos, y esta sociedad no se halla constituida sino por ideas comunes, fundamentales, inmutables, libremente reconocidas y aceptadas por toda clase de inteligencias. Estrechado el hombre por la necesidad de esta unidad de entendimientos, ha tentado muchas vias para establecerla. Con este objeto ha creado la filosofía racionalista, la filosofía auténtica, la filosofía herética, tres tentativas fundadas en diversos procedimientos, llenando las tres el mundo con sus esfuerzos, las tres impotentes para organizar la república de los entendimientos. Solo ha podido conseguirlo la doctrina católica. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa de su buen éxito? ¿Cuál es la razon que la ha hecho triunfar allí en donde todas las otras doctrinas han naufragado? Debemos explicároslo, Señores; tiempo será de sacar las consecuencias de todo lo que acabais de oir, consecuencias que sin duda deseais saber, y que serán mas fuertes por vuestra paciencia en no exigírnoslas hoy.

SERMON TRIGÉSIMO.

Por qué es la doctrina católica la única que ha fundado una sociedad intelectual pública.

MONSEÑOR (1):

Señores:

Es sin duda un espectáculo maravilloso el de la division de los entendimientos en la tierra, y los esfuerzos inauditos tentados por el hombre para destruirla, sin que jamás haya podido conseguir la obra de la unidad otra doctrina que la católica. De aquí solo, y sin ir mas lejos, tendríamos derecho para deducir que la doctrina católica posee una fuerza sobrehumana, pues que ha hecho lo que ninguna otra doctrina ha conseguido realizar. Y seguramente que nada ha faltado á estas doctrinas, ni genio, ni ciencia, ni potesdad pública, ni el prestigio de tantas cosas como se reunen bajo el hombre para elevarle sobre sí mismo, á la manera que se ven en el mar frágiles embarcaciones levantadas por las olas que se forman un deber de obedecernos y conducirnos pronto y alto. ¿En qué consiste, pues, que no han triunfado con todo los medios humanos que dan el triunfo? ¿Y en qué consiste que ha triunfado la doctrina católica, combatida largo tiempo y en diferentes veces por todos estos medios conjurados contra ella? ¿No será porque tiene recursos de que no goza otra doctrina? y siendo así que las demás doctrinas tienen en su poder todos los recursos humanos, ¿no será porque la doctrina católica tiene en su poder algo que no es humano, algo que no proviene de aquí bajo, sino que cae de lo alto? La conclusion es manifiesta.

No obstante, detenerse aquí seria detenerse en la superficie de la verdad. Cuando se tienen á la vista fundaciones que llaman la curiosidad del observador, es faltar á la ciencia pasar cerca de ellas sin dirigirles mas que una simple mirada. Profundicemos, Señores,

(1) Monseñor Affre, arzobispo de Paris.

ahondemos en la roca de la unidad católica; el edificio exterior nos ha llamado la atencion por su elevacion y su singularidad; hase elevado ante nosotros como una pirámide única en la arena movediza del mundo; pero yo me persuado que descendiendo á su base, separando el polvo donde yace ó estriba su cimiento, se os aparecerá un espectáculo aun mayor, una luz que brotará del cimiento á la cima, y que será digna, satisfaciendo vuestra inteligencia, de recompensar vuestra atencion.

Comenzaré, pues, con esta esperanza.

La primera explicacion del privilegio católico de la unidad, la que se presenta primeramente como muy plausible y muy sencilla, es esta: La doctrina católica es la única que ha fundado la unidad pública de los entendimientos, porque ella sola posee la verdad. Siendo la verdad el bien de la inteligencia, es natural que sea grande su imperio, y que su aparicion en medio de nuestras luchas de pensamientos haga el efecto de un soberano que se nos presenta, nos detiene, nos domeña, nos calma y nos funda á todos en un solo entendimiento.

Esta explicacion parece tan sencilla como eficaz, y no obstante no carece de dificultad. Primeramente no es exacto decir que la doctrina católica posee sola la verdad, ó, en otros términos, un conjunto razonable de ideas sobre el principio, el fin y la funcion de la vida. El deismo, tal cual se formularia hoy dia, ¿no podria reclamar esta ventaja? El deismo afirma que existe un Dios único, cuya potestad, sabiduría y bondad son infinitas; que ha hecho el mundo y el hombre en particular; que el hombre, á un tiempo mismo cuerpo y espíritu, pertenece por el cuerpo al mundo exterior, y por el espíritu á un mundo mas elevado, que es el mundo espiritual; que si perece su cuerpo, no está sujeta su alma á la destruccion, pero que, destinada á la inmortalidad, será juzgada por Dios segun sus obras, porque sus obras son ejecutadas en virtud de una libertad moral que la hace responsable en el tribunal de la justicia suprema, y que así llegará dia en que Dios, despues de haber gobernado á los séres libres con una providencia justa, los recompensará ó los castigará con una irrecusable imparcialidad. En verdad, Señores, que esta doctrina es tan grande como verdadera, y los católicos la han honrado hasta llamarla algunas veces, al menos en el siglo último, con el nombre de *religion natural*. Y no obstante, de todas las doctrinas racionalistas es tal vez, considerada históricamente, la que ha tenido menos consistencia y vitalidad.

El deismo, aun despues del Evangelio, que tanto ha ilustrado y fortificado las ideas, el deismo es un sistema que jamás ha dado nacimiento á un cuerpo filosofico ó religioso. El siglo XVIII, lisonjeándose de sustituirlo á la doctrina católica, lo cuidó, lo adornó y pulió como á un niño mimado; y hoy, á pesar de tantas aclamaciones lanzadas sobre su cuna, está el deismo de tal modo muerto, que no tiene ni un hombre de fama que le sirva. Hay panteistas, sansimonianos, furieristas, cualquier cosa; pero ¡deistas! ¿qué se quiere hacer de este hueso que nos dejó el último siglo como la parte mas bella de su herencia? Exceptuando los maestros de las ciencias y de las escuelas vivas, algunos ciudadanos honrados afirman aun la existencia del sér único, remunerador y vengador, especie de consuelo con que arrullan su conciencia, para no tener demasiado miedo al infierno en cuanto á sí mismos, sin destruirlo enteramente para los otros, especie de lecho acomodado á la talla de su virtud, resorte elástico y flojo qne no liga nadie á nadie, y que deja pesar sobre el deismo la acusacion de Bossuet, de no ser mas que un ateismo disfrazado.

En segundo lugar, aunque solo la doctrina católica hubiese tenido un cuerpo de verdades, no conteniendo todas las demás sino una organizacion de errores, no explicaria este hecho su triunfo de unidad. Porque aunque haya sido criado el hombre para la verdad, que es su primer bien, sin embargo no tiene hácia ella un amor sin reparticion, porque ama tambien la ilusion; y si hubiese que decidir cuál es la mas fuerte de estas dos inclinaciones, no pienso que el error quedase inferior en la comparacion. La verdad se compra por medio de debates, el error no nos cuesta nada; caemos en él por nuestro propio peso, y es tan fácil formar con él agregaciones momentáneas de entendimientos, como difícil formar con la otra una verdadera unidad. No es, pues, en ningun caso resolver la cuestion, referirse á la potesdad innata de lo verdadero. Lo verdadero es ocasion del litigio, el objeto que divide tanto como une.

Se dirá tal vez que si la verdad tomada en sí no explica suficientemente el misterio de la unidad, lo explica por uno de sus atributos, que es la luz, luz mas arrebatadora en el dogma católico que en ningun otro conjunto de concepciones. ¿Quién no ve al instante que esta observacion conduce á la falsedad? Porque lejos de tener la doctrina católica una luz aparente mas viva que ninguna otra, ofusca al contrario la vista del hombre por su misteriosa oscuridad, por una extraña profundidad que rompe al primer golpe el hilo natural

de nuestro entendimiento, como si quisiese derribarle con la audacia, mas bien que seducirle con su lucidez. ¡Qué fisonomía tan distinta y tan sencilla hay en el deismo! ¡Qué mágica combinacion de dogmas necesarios, donde nada se revela y que parecen confundirse con el sentido comun; tanto su claridad atrae á sí la conviccion! Sin duda la doctrina católica, considerándola fuera de sí misma y por sus operaciones en el mundo, arroja en él un gran brillo; pero es un brillo de reflejo, una luz que no está en el centro, y que á pesar de su incontestable resplandor, tiene tambien sus sombras y sus dificultades. Convengo tambien en que en el foco mismo del dogma existe una luz latente de una eficacia admirable sobre el entendimiento, luego que ha penetrado en él; pero no penetra en él sino muy lentamente, y por el ejercicio de la virtud, aun mas que por el esfuerzo del pensamiento, y esta vista sublime del misterio no quita el velo que cubre sus ásperas proporciones.

Presumo que os ocurre otra idea. La doctrina católica, os habréis dicho, engendra la unidad pública de los entendimientos, porque ella sola procede por via de autoridad, mientras que las otras proceden por medio del libre exámen, y el libre exámen produce la division tan naturalmente como la autoridad produce la unidad.

Señores, solo veo una desgracia en esta explicacion, y es que el hecho de que parte es absolutamente falso. Toda doctrina, sin exceptuar una sola, procede por via de autoridad. Dejemos las teorías, Señores, las teorías son bellas en el papel; pero cuando se llega á la práctica, somos mandados por necesidades fatales. Todo hombre que obra quiere obrar, y por el solo hecho de quererlo, emplea, por mas que diga ó quiera, los medios necesarios para que no sea imposible é insensata su operacion. Ahora bien, toda doctrina se comunica por la palabra, es decir, por la enseñanza, y la enseñanza supone la autoridad del que enseña, la autoridad de la edad, del saber, de la elocuencia, la autoridad de la fe y de la afirmacion, la autoridad de la conquista, una autoridad tal que nadie se opone á ella sin peligro. ¿Cuál es pues la doctrina que mas se jacte del libre exámen, que no se dé como la verdad pura y única, y que aun se pueda producir sin el nombre soberano de la verdad? ¿Cuál es el filósofo, aunque sea el mas escéptico del mundo, que no mande desde lo alto de su cátedra? ¿Qué capitan hay á la cabeza de un regimiento de ideas, que no se plante con altivez delante de su batallon, y no le mande marchar á derecha ó á izquierda? Gracias á nuestro siglo, todos hemos oido á filósofos, y á filósofos de mas de

un género : ¿son pues tan poco dogmáticos? Los mas modestos ¿no declaran solemnemente que no existia aun ayer la verdad, y que solo desde el momento en que hablan, y ni un cuarto de hora antes, comienza la verdad, que desciende del cielo, que se la ve, y que es preciso una horrible dósis de ceguedad para no reconocer que está en la cátedra de madera? ¿Acaso ha nacido en las escuelas de teología esta célebre y antigua frase : *Magister dixit?* Y si del racionalismo pasamos al protestantismo, que es la herejía mas hinchada con el orgullo del libre exámen, ¿encontraremos á Lutero y Calvino mas moderados en la afirmacion : á Calvino, que hacia quemar vivos á los que le contradecian; á Lutero, que amenazaba á los suyos de transubstanciar sus opiniones cuando le pareciese, y hacer de ellas cada vez dogmas sagrados?

Veamos lo que sucede hoy mismo en Alemania. ¿Dónde van esos enviados? ¿Para qué tanta gente á caballo en los caminos? ¿De qué se trata? Berlin se ha conmovido con la disolucion de los entendimientos en el vacío cada dia mayor del protestantismo; convoca á toda prisa, temiendo que mañana sea demasiado tarde, á las altas potencias que han permanecido fieles á la reforma del siglo XVI; abre un concilio á todas las lenguas que juran por el libre exámen. ¿Y para qué esto? ¡ay! ¿para qué? ¡Para derribar en tierra, si es posible, los restos de la fe comun; para colocarlos, si es aun posible, bajo la proteccion de un concordato cualquiera; para crear autoridad con independencia, granito con polvo, unidad con una solemne desunion! Tal es la suerte : toda doctrina está pendiente de la autoridad, aun negándola; porque toda doctrina enseña, y toda enseñanza es una órden dada en nombre de la verdad. No hay duda que el escolar es libre de obedecer ó no, puesto que es una inteligencia; pero esta libertad no es privilegio de ninguna doctrina; todas tienen su beneficio y su peligro cuando enseñan realmente, y sobre todo la doctrina católica, que, siempre atacada, tiene la gloria de crearse hijos en el seno siempre fecundo de sus enemigos.

Pero aun cuando fuera cierto que solo la doctrina catolica procede por via de autoridad, ¿qué se seguiria de aquí para la explicacion de la verdad que ella produce? ¿No veis que la afectacion de la autoridad es un peligro mas para su supremacía? La misma autoridad hace al hombre rebelde. Se le dice : Venid á nosotros, tenemos un jefe único, el papa, que gobierna toda la Iglesia de Dios. Y responde : Esto es precisamente lo que yo no quiero; yo no quiero un

hombre que sea mi papa; yo mismo soy mi papa. ¿Qué me importa la inteligencia que está en el Vaticano?

El misterio subsiste, Señores; aun no lo hemos explicado. Cualquiera que sea el encanto de la verdad, tiene contra sí el encanto del error; cualquiera que sea la abundancia de la luz, quedan bastantes nubes para oscurecerla; cualquiera que sea la autoridad, todos tienen una libertad dueña de la verdad, señora de la luz, señora de la autoridad. ¿Cómo, pues, se funda y subsiste la unidad pública de los entendimientos, esta unidad libre, de que á cada momento puede desprenderse cada una de sus hojas, de sus ramas, de sus troncos? Porque no son solamente las almas las que se escapan del ascendiente de la doctrina católica; ella pierde tambien á las naciones. La Inglaterra era católica, y ya no lo es; Dinamarca y Suecia eran católicas, y ya no lo son; el Oriente era católico, y ya no lo es. La historia de la unidad está llena de defecciones que la hacen ver suspendida sobre un abismo, y anunciándonos á todos, por mas firmes que seamos, que podemos perecer á nuestra vez. ¡Qué espectáculo! ¡Qué espanto no debe causar á todos los que tienen en este misterio una parte de accion, sea que la tengan por su clase ó por su talento! Pero ¡cuánto no debe atemorizar tambien á los que lo meditan rehusando entrar en él! Hé aquí que hay delante de nosotros ciento cincuenta millones de hombres, unidos en inteligencia y libres de no estarlo, que pueden á todas horas romper las haces de su unidad, y que no las rompen: ¿qué les detiene pues? ¿Cómo se realiza en medio de la division universal, á pesar del cambio de las cosas y de la sucesion de los hombres, tan admirable milagro de inmutabilidad? No podríamos explicároslo, Señores, sino por la existencia de dos fuerzas que se disputan el mundo; la fuerza cismática y la fuerza unitaria. No basta nombrároslas; debo describiros su naturaleza, y acabar así de ilustraros sobre este gran privilegio de la unidad reservada á la doctrina católica.

El primer elemento de la fuerza cismática es la esencia luminosa de nuestro entendimiento. Nuestro entendimiento es luz, y solo tiene relacion con la luz; siempre que se la presenteis irá derecho á ella, como se abren los ojos á la luz del dia y se abrevan con su claridad. Naturalmente y por sí, el entendimiento no busca mas que la luz, no conoce mas que la luz, y no descansa mas que en la luz. Ahora bien, ninguna doctrina de este mundo posee la luz total, ni aun la doctrina católica. En vano se lisonjearia de ello, y jamás se ha lisonjeado. Sí, ninguna doctrina da al entendimiento del hombre mas

que una cantidad de luz muy débil, incapaz de satisfacerle. Si así no fuera, no viviria el hombre en el mundo, viviria en los esplendores de Dios mismo; se hallaria sumergido en este horizonte infinito donde no tiene lugar la oscuridad, donde toda inteligencia, una vez introducida en él, cae de rodillas para no levantarse jamás, y se pone á cantar el cántico reservado á los espíritus de luz en la luz de Dios. Este es nuestro porvenir si lo merecemos, pero no es nuestra suerte actual. Al mismo tiempo que habitábamos con nuestros padres el paraiso de nuestra creacion, cuando éramos jóvenes, bajo un cielo sin enojo, y cuando Dios descendia á hablar con nosotros como con amigos, en aquel mismo tiempo, en la primavera de nuestra alma y de nuestra felicidad, la luz no era aun nuestra morada ni la vision nuestra obra. Por próximo á nosotros que estuviese Dios, era un Dios oculto; le veíamos, para servirme de una expresion de la Escritura, por el agujero de una piedra y por la punta de su manto, vision feliz y cruel á un mismo tiempo; porque no es nuestro destino presentir, sino ver directamente la luz, verla sin sombra, sin límites, llena, entera, absoluta, verla como ella se ve, con una mirada en que no ceja la pestaña del ojo, porque está arrobada. Juzgad en la actualidad, en la hora en que estamos, si es capaz otra doctrina de darnos esta mirada, la única que agotaria la aspiracion de nuestra alma hácia la verdad. ¿Que doctor nos lo prométerá? ¿Cuál osará decirnos, por ciego que sea por los recursos de su orgullo ó de su persuasion, que él, su palabra, su pensamiento, es la luz, y que toda rodilla debe doblarse ante ella, adorarla y no levantarse mas, como hacen los serafines en el cielo? ¡Ah! jamás, Señores, ha llegado hasta aquí la insolencia del genio; jamás ha podido disimular á ninguna inteligencia que se halla abierto un abismo, un profundo abismo, un abismo de tinieblas, sobre nuestras cabezas, bajo nuestros piés, á derecha é izquierda, al oriente, al occidente, al mediodía, al septentrion, por todas partes. Sí, nosotros habitamos las tinieblas, tinieblas entreabiertas aquí y allí por una avara claridad, donde se sumerge nuestra vista con un amargo é inmenso pesar de no avanzar mas lejos.

¡Y hé aquí como es necesario que os subyuguen las doctrinas! ¡Hé aquí lo que os llevamos nosotros á vosotros, hijos de la luz, estrellas del cielo, mas brillantes que el firmamento en las noches mas espléndidas del estío! Nosotros os traemos yo no sé qué antorcha cuyos trémulos resplandores agitamos sobre vosotros. Estos resplandores son ciertos, sin duda son irrecusables; pero ¡qué puerta abier-

ta á las resistencias del espíritu, qué facilidad para no obedecer, y tambien, por lo mismo, qué valor, en la obediencia y en la unidad, cuando llegan á prevalecer!

El segundo elemento de la fuerza cismática es el afecto del espíritu á las tinieblas. ¡Cosa maravillosa! Hemos sido criados por la luz, no amamos mas que á la luz, no somos cautivados mas que por la luz, y no obstante, por otra parte de nuestro sér, parte vil y vergonzosa, buscamos las tinieblas y las reunimos á placer á nuestro alrededor. Esto consiste en que habiéndosenos rehusado desde arriba el dia total, buscamos aquí bajo, en el horizonte mas próximo á la naturaleza física, un órden completo que satisfaga nuestro espíritu, no arrojándole esa mezcla de sombra y de claridad que nos es importuna. Nosotros creemos, reduciendo el espectáculo, agrandar nuestra vista; sacrificamos lo infinito á la esperanza de ver mas á nuestro placer lo finito, y buscamos la luz en las tinieblas. Hay no obstante otra causa menos honorífica de esta disposicion del entendimiento humano, y el Evangelio nos lo ha revelado en estas palabras memorables: *La luz vino al mundo, y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas* (1). Existe en efecto entre la verdad y el deber, entre el órden metafísico y el órden moral, una relacion que hace que las cuestiones del espíritu sean tambien cuestiones del corazon. Cada descubrimiento en Dios nos amenaza con una virtud, con un sacrificio del orgullo ó de los sentidos; la debilidad y las pasiones vienen en auxilio del error y hacen un peso terrible en la lucha de las inteligencias, lucha que ha llegado á ser la del bien y del mal. En esto es donde toma principalmente su punto de apoyo la fuerza cismática.

Halla tambien otro en el egoismo intelectual, es decir, en cierta individualidad del entendimiento que es propia á cada uno de nosotros. Es cierto, Señores, que todos nosotros tenemos algo comun en la forma de nuestra inteligencia, como en la forma de nuestro cuerpo; no obstante, esta uniformidad no excluye las diferencias de fisonomía. Ningun entendimiento, así como ningun semblante, se asemeja perfectamente á otro; pensamos y sentimos de diverso modo, y por un egoismo muy natural cada uno de nosotros atrae á sí todo el firmamento de las ideas, para labrarlo á su medida y fundirlo en su personalidad. De aquí una adhesion pueril á nuestros sentidos, una persuasion de que nuestro entendimiento es juez competente y

(1) S. Juan, cap. 3, vers. 19.

supremo de la verdad, y una quietud natural é ingenua en nosotros mismos, cuando hemos dicho de una idea : Esto no entra en mi entendimiento. ¡Ah! ¿qué importa? La cuestion es saber si esto es una desgracia para la idea ó para vosotros. Pero nosotros creemos voluntariamente que esta razon de repulsa es una condenacion definitiva, y nada nos parece mas sencillo que hacer de nuestro horizonte el límite de lo infinito. Queremos aun imponer á los otros nuestra individualidad intelectual, y cogemos ávidamente el primer poder que nos da siervos ó súbditos para hacer de ellos esclavos y adoradores de nuestro pensamiento. Nos sorprendemos de que se nos haga resistencia, y algunas veces tenemos un odio mortal á un hombre que no haya pensado como nosotros en una sola ocasion ; de suerte que el signo por excelencia de un alma grande es la modestia, el desinterés de sus propias ideas, la desconfianza de sí mismo. Pero no se llega hasta aquí sino con el largo aprendizaje de una virtud sazonada por la unidad, y hasta allí el egoismo intelectual nos impele á transformar la verdad en nosotros, en lugar de transformarnos nosotros en la verdad.

Este tercer elemento de la fuerza cismática es seguido de otro, que es el último, pero que no es el menor, quiero decir la omnipotencia arbitraria del entendimiento. Independientemente de su gusto por la luz, de su propension hácia las tinieblas, de su egoismo estricto, causas todas que le llevan á la separacion, el entendimiento es libre ; es libre contra el error, libre contra la verdad, puede todo lo que quiere.

Juzgad, Señores, si tal es la fuerza cismática, cuál debe ser la fuerza unitaria ; porque es necesario tambien que exista, pues que existe en el mundo una sociedad pública de los entendimientos. Suponed que ninguna fuerza unitaria contrabalancee la fuerza cismática, las inteligencias privadas de lazos, llevadas cada una donde el viento de la casualidad las impela, no se encontrarán mas que para chocarse, y formarán á lo mas algunas agregaciones fortúitas, como esas nubes que pasan por el cielo sin poder jamás crearse en él un dia de reposo. Así, para servirme de una comparacion que os será fácil presentir, quitad de la mecánica celeste la fuerza que Newton llamó atraccion, y al momento mirad en direcciones opuestas los globos que pueblan el éter precipitados en su curso por esta otra fuerza que es la fuerza cismática del mundo material. Así tambien, quitad de una nacion la potestad que tiene en calma las pasiones y los intereses de tantos millones de hombres, y la veréis disolverse

en los furores de una guerra parricida. Necesita un principio de unidad superior á los elementos de discordia que alimenta en su seno, y este principio tiene un nombre, y es la soberanía : soberanía quiere decir superioridad por excelencia, y la superioridad por excelencia es la que sostiene y produce la unidad. El soberano es el sér que forma la unidad. En una monarquía es el príncipe; en una aristocracia es el senado ; en una democracia es la asamblea del pueblo. Pero bajo cualquiera forma que sea, allí donde está la potestad que forma la unidad, está el soberano. Nos hallamos en un campo de batalla : cien mil hombres están en pié, y no obstante todo está immóbil, todo calla, caballos, trompetas, el polvo; ¿qué sucede? La unidad está en silencio y suspendida; mira, espera, reina. A poco cae una palabra de sus labios; truena el bronce, relinchan los caballos, se chocan las armas, devoran los escuadrones el espacio; y aun reina la unidad : ella formaba el órden en la inmobilidad, ella lo forma en el movimiento. La unidad callaba, la unidad ha hablado; la unidad ha sido soberana en uno y en otro caso : hé aquí toda la historia de una batalla ; y toda la historia del órden, por todas partes y siempre.

Pues que existe el órden tambien en el mundo de las ideas, pues que, á pesar de las espantosas fermentaciones de discordia que la remueven y la dividen, se ha podido fundar una sociedad pública de los entendimientos, es claro que existe tambien una soberanía intelectual, soberanía que únicamente posee la doctrina católica, pues que ella sola ha triunfado de la fuerza cismática que tiene las inteligencias en hostilidad y en disolucion. Así como no hay sociedad civil sin un gobierno civil, ni gobierno civil sin una soberanía civil, tampoco hay sociedad de los entendimientos sin un gobierno de los entendimientos, ni gobierno de entendimientos sin una soberanía intelectual, soberanía que no destruye la libertad de la inteligencia, como la soberanía civil no destruye la libertad civil, sino que al contrario la establece, librando á las almas del yugo desordenado de la fuerza cismática. Esta es la soberanía intelectual que han buscado y que buscan aun todos los autores de cismas, todos los que aspiran, por ambicion ó por amor á los hombres, á fundar la unidad pública de los entendimientos. Cuando sube un filósofo á la cátedra, se forma sencillamente de ella un trono, donde se coloca como soberano, y busca en su ciencia y en su genio el secreto de esa superioridad por excelencia que produce la unidad; y tiene razon para hacerlo, hasta que persuadido de su impotencia, reconozca y adore la mano por la que reinan todos los reyes, y la que habiendo comunicado el imperio

de la tierra á los conquistadores, ha rehusado á los sabios y á los filósofos el imperio de la verdad para dárselo á Jesucristo, y por Jesucristo á la Iglesia católica.

Vamos mas lejos aun, Señores, é investiguemos en qué consiste la soberanía intelectual. Porque hasta que no lo sepamos, faltará algo á la evidencia de nuestras deducciones.

La soberanía intelectual no puede estar sino en las ideas ó en el espíritu. Es imposible colocarla en otra parte, porque todo lo que es intelectual es idea ó espíritu, objeto del pensamiento, ó sugeto pensante. Ahora bien, no es en el objeto ó en la idea donde reside la soberanía intelectual, la idea no vive independientemente del espíritu que la recibe; puede alterarse entrando en él, perder allí su rectitud y su fuerza, y no salir de él para pasar á otro espíritu, sino con un soplo frio é infecundo, como una flecha débilmente lanzada por un arquero sin vigor.

A la vista teneis ilustres ejemplos. La Iglesia griega tiene todas las ideas de la Iglesia católica, con poca diferencia, y no obstante la Iglesia griega yace inanimada, no teniendo mas unidad que la de un cadáver lleno de ataduras puestas por las manos sangrientas de la autocracia rusa. La Biblia contiene tambien las ideas católicas, y los protestantes se han lanzado sobre ella con la esperanza de beber allí la vida, la unidad, la soberanía intelectual: ¿lo han conseguido? Mucho menos que los griegos: la inmobilidad ha conservado á estos alguna apariencia de un cuerpo; el movimiento ha reducido á aquellos á la consistencia de un monton de cenizas. ¿Cuál es pues la virtud de las ideas fuera del espíritu en que toman su forma, su poder, su inmortalidad? Pero el espíritu mismo ¿qué es, para que la soberanía intelectual tenga en él su trono y su accion? ¿Qué son los espíritus de que se compone la Iglesia católica? ¡Ah! hombres: vosotros, yo, el primer niño que al salir de esta asamblea vaya á confesarse. ¿Nuestra inteligencia, pues, tomada aisladamente ó en comun, posee la soberanía intelectual, esta superioridad formidable que hace diez y ocho siglos, á pesar de toda la fuerza cismática de que dispone el mundo, cautiva á ciento cincuenta millones de hombres al rededor de un mismo dogma? ¡y de qué dogma! de un dogma que no satisface su sed innata de luz, que irrita su pasion á las tinieblas, que hiere en lo vivo su individualidad espiritual, y pide á su libre albedrío una aceptacion sangrienta. ¡Qué! ¿nosotros, vosotros y yo, mil hombres, cien mil hombres, son capaces, por su propio espíritu, de tal acto de soberanía? no lo creais; guardaos de creerlo; esto no

es posible. Como hombres, no tenemos nada mas que lo que tienen los filósofos y los sabios, los cuales no han podido nada, y no han podido nada porque radicalmente todos los espíritus son iguales, porque ningun espíritu es soberano de otro.

¿Quereis volver á las ideas? Quereis deducir que la soberanía intelectual reside en la ideas, y que por su energía se nos ha sometido el mundo? Pero ¿por qué no se vician las ideas en nuestra inteligencia, como se vician en la inteligencia de los griegos y de los protestantes? ¿Quién pues, ó qué les da otro sér en nosotros? ¿Por qué tan vanas en otras partes, por qué tan sólidas en la Iglesia? Ya veis que está cerrado el círculo, y que la lógica no nos deja ningun asilo abierto.

No obstante, la unidad católica existe, y existe sola en el mundo; supone una fuerza unitaria, una soberanía intelectual: ¿quién nos la ha dado, puesto que no la dan las ideas y que no la posee el espíritu del hombre? Evidentemente hay en nosotros otro espíritu distinto del nuestro, nos anima otro espíritu, nos guarda otro espíritu, otro espíritu nos habla, el espíritu que se habia retirado del hombre en Babel, y que volvió el dia de Pentecostes: el espíritu de Dios. El mundo es Babel, la Iglesia es el Pentecostes. Si Dios no está en la Iglesia, estará otra cosa, pero es seguro que no será el hombre.

He llevado hasta el extremo el análisis de las causas que explican el misterio de la unidad católica. Me detendré aun un instante para decir una palabra al racionalismo.

El racionalismo nos acusa frecuentemente de no ser justos con respecto á él. Parece creer que le disputamos todo el dominio de la verdad, como si fuese incapaz de descubriró de afirmar jamás una sola idea verdadera; nosotros no vamos hasta aquí. Pero, como quiera que sea sobre este punto, la cuestion entre él y nosotros es tambien una cuestion de soberanía. Nosotros le decimos que aun cuando tuviese toda la verdad, aun cuando tuviese, si fuera posible, mas verdad que posee la Iglesia, no reuniria los espíritus en una unidad estable, tal cual es necesaria á la vida de la humanidad, porque el racionalismo mas sincero y mas religioso no es sino un esfuerzo del hombre en favor del hombre, una tentativa de soberanía destinada á estrellarse siempre contra la inmensa fuerza cismática que está desgraciadamente en actividad en el mundo moral. Nosotros no reclamamos para nosotros, como hombres, esa soberanía que se escapa hace seis mil años de manos del racionalismo; sabemos que ningun espíritu es soberano de otro espíritu. Profesamos que es imposible, aun á Só-

crates y á Platon, hacerse un solo discípulo, y con mas razon un solo súbdito. La unidad de la Iglesia es para nosotros un fenómeno divino, que no se explica sino con la presencia perpetua del espíritu de Dios en medio de nosotros. Creemos que Dios se ha reservado la soberanía intelectual, y que todos los ensayos que se hagan para apoderarse de ella, no llegarán jamás sino á la servidumbre de las almas por la autocracia, ó á su ruina por la duda y la negacion. Por lo demás, estas dos pruebas son necesarias para la glorificacion de la unidad católica, para que asaltada siempre por imitadores armados con la ciencia ó el casco, pase por en medio de sus maquinaciones sin faltar á su destino, siempre vírgen, siempre madre, siempre reina, y viendo deshacerse en humo las esperanzas de una rivalidad que no la sigue siempre sino para coronarla siempre.

SERMON TRIGÉSIMO PRIMERO.

De la organizacion y de la expansion de la sociedad católica.

No hay duda que es mucho haber formado en el mundo una sociedad intelectual pública, haber establecido ideas inmutables, fundamentales, libremente reconocidas y aceptadas por toda clase de inteligencias. La doctrina católica lo ha hecho, y ninguna otra lo ha hecho despues de ella. Pero por notable que sea esta obra, y aunque no se la pueda atruibuir mas que al espíritu de Dios, como que es incapaz de tal monumento el espíritu del hombre, no obstante, no es este aun el término de la accion social reservada á la doctrina católica. La sociedad que ha creado no se llama con el nombre abstracto de que nos hemos servido hasta ahora, no se llama una sociedad intelectual pública; su nombre es mas grave, mas significativo, mas difícil de llevar, mas célebre, en fin, y ya os habréis anticipado, llamándola la Iglesia ó la sociedad católica. Sí, este es su nombre; y este nombre supone desde luego que no se trata de una sociedad puramente intelectual, sino de una sociedad orgánica, en que ha tomado cuerpo la unidad doctrinal bajo un poder jerárquico, legislativo, judicial y administrativo, es decir, bajo un poder que goza de la totalidad de atributos necesarios á la vida real de una sociedad. Tal es en efecto la sociedad católica, como lo hice ver hace diez años, cuando, apareciendo por primera vez en esta cátedra, y considerando el fenómeno católico por su lado mas exterior, traté de la organizacion de la Iglesia, lo que me impone el deber de no detenerme hoy en esto. Pasaré pues adelante, y os haré observar que el nombre de catolico no excita solamente la idea de la unidad intelectual en un cuerpo orgánico y viviente, sino que además significa la expansion universal de esta unidad: prodigio tan grande que la Iglesia, inspirada por Dios y desdeñando todos los demás títulos, tales como los de *una*, de *santa*, de *apostólica*, que tenia tambien desde el primer concilio ecuménico de Nicea, ha retenido el nombre de *católica*, como el que la pertenece por excelencia, y que soberana-

mente incomunicable expresa mejor esta fuerza divina y creadora que, despues de haberla dotado de luz, de santidad, de unidad, de organizacion, ha concluido por lanzarla al mundo con esta última corona de la universalidad.

Hablemos, pues, de la sociedad católica, hablemos de su expansion en el espacio y en la humanidad. Este es el objeto de este Sermon, en que veréis aun tantas pruebas nuevas de la omnipotencia de nuestra doctrina, que antes me cansaré yo de exponerlas que ellas se acaben. Sí, el escrúpulo que siento algunas veces, Señores, es fatigaros con esta larga exposicion de milagros, y que á fuerza de repetiros que el dedo de Dios está aquí, no llegue el prodigio para vosotros al estado de lugar comun. Apoyadme contra tan singular desesperacion; sepamos considerar hasta el fin la obra divina, tan variada por otra parte en su uniformidad de fuerza, de sabiduría y de bondad.

La Iglesia es católica, es decir, universal; y en efecto, si es cierto que haya fundado Dios una sociedad, ¿cómo hubiera hecho de ella el privilegio de una casta ó de un pueblo, de un continente ó de un emisferio? Si Dios quiso fundar con sus manos un edificio social, seguramente que lo ha preparado para todos. Mientras que los hombres, cualquiera que sea la magnanimidad de sus designios, trabajan para sí, para su nacion, para una gloria y un horizonte siempre limitados, Dios hace brillar su sol sobre todos; ilumina las águilas en lo alto de los montes y á los pajarillos que cantan su creacion á la sombra de una espiga de trigo. Cuida de la hoja de una yerba como cuida de un cedro, se ocupa de un átomo como de una estrella, y siendo el carácter de sus menores obras la universalidad, con mucha mas razon imprimirá el sello de esta universalidad en una sociedad formada con sus manos para la conservacion y propagacion de la verdad. No quiere decir esto, que á pesar de este deseo de extender y augurar entre los hombres el reino de la luz, violenta á nuestra libertad y no nos permite escapar de las mallas de la red que ha desplegado sobre nosotros: no, tenemos este derecho en toda su plenitud, y él nos explica las aparentes debilidades de la obra divina. Si se rompe el hilo, como dice expresamente el Evangelio, es que la obra de Dios no excluye la obra del hombre, y que se hace lugar la libertad al través de la soberanía, sin destruir no obstante el carácter de la union superior y señora, que triunfa finalmente hasta en la imperfeccion provisoria del resultado.

La Iglesia, decimos, la sociedad intelectual fundada por la doc-

trina de Jesucristo, es católica ó universal en su expansion. Pero, para entenderlo mejor, observemos otra vez, que no se trata de una simple expansion de las ideas inmutables y fundamentales que constituyen el cristianismo; pues esto seria ya una magnífica universalidad, y no obstante esto no es mas que una parte del misterio de difusion que llamamos la catolicidad. Además de la expansion de la unidad doctrinal, la catolicidad lleva consigo la expansion de la unidad jerárquica, legislativa, judicial y administrativa; lleva la creacion de un poder doctrinal universal, de un poder jerárquico universal, de un poder legislativo universal, de un poder judicial universal, de un poder administrativo universal; lo que es simplemente el colmo de la locura. Hé aquí la tésis de la catolicidad.

Aun cuando los protestantes llevaran su doctrina por todo el universo, aun cuando esta doctrina fuese una é inmutable, tanto como está dividida y móvil, ¿qué habrian hecho? Habrian sembrado la Biblia en el mundo, y con la Biblia ciertas ideas que se contienen en ella; pero no habrian establecido universalmente su jerarquía, pues que no tienen, ni su legislatura, ni su magistratura, ni su administracion, puesto que tampoco tienen. Habrian hecho una obra maestra, intelectual, pero que en nada seria comparable con la de la sociedad católica, sentando por todas partes con su doctrina su unidad jerárquica, legislativa, judicial y administrativa. Me parece que están entendidos los términos del misterio.

Y este pequeño designio, Señores, este pequeño designio de un establecimiento católico en el mundo, no ha sido solamente el de Dios. Hace mucho tiempo, aun sin ascender hasta Nemrod, Nino y Sesóstris, que acarician los reyes este pensamiento, y que á ejemplo de Nabucodonosor, reunen á sus grandes y á sus generales en la soledad de su gabinete para declararles que han tenido intencion de someter el universo á su dominacion. Hace mucho tiempo tambien que se desvanecen estos sueños de gigante al dispertarse la realidad. Porque desde que el hombre quiere dilatarse, desde que se dirige al espacio, encuentra en la misma naturaleza material un obstáculo invencible á su ambicion: los antiguos decian muy ingeniosamente que la naturaleza tenia horror al vacío; aun hubieran podido decir mejor que tiene horror á la universalidad, hablo de una universalidad, facticia por la que quisiéramos someterla al mismo cetro y á la misma mano. El espacio es admirable bajo este respecto. Dios le ha dado tres clases de barreras contra el ardor de nuestras invasiones políticas y religiosas. La primera es la distancia.

Conforme se aleja el rayo del centro, se debilita su dependencia; se obedece á cien leguas de distancia; á mil, casi no se obedece; á tres mil leguas, ya no se obedece; se aflojan todos los lazos y se rompen por el solo efecto del camino. Si subsiste alguna unidad momentánea entre la metrópoli y la colonia, no tarda el tiempo en dar la hora de la emancipacion. La historia está llena de estas advertencias que la distancia no cesa de hacer á nuestro orgullo.

Pero no es sola la distancia la única muralla con que ha armado la naturaleza al espacio contra nuestras empresas de universalidad. Si la distancia es la espada del espacio, la configuracion es su escudo. ¡Y qué escudo fundido y cincelado por manos maestras! Seguid con la vista esas cordilleras de montañas tan artísticamente dispuestas para crear fronteras inexpugnables; esos arenales ardientes que apenas pueden cruzar el dromedario y el camello, y que protegen tambien los vientos contra la marcha del viajero ó del conquistador; esas llanuras inmensas, áridas é inhabitadas en que no tiene puntos cardinales el despotismo para volverse á encontrar; esos pantanos pestilenciales; esas islas perdidas en el seno de los mares, y guardadas por arrecifes; esos hielos de los polos; esas borrascas del Océano; todos esos mil obstáculos distribuidos con tanto arte, y que no han vencido sesenta siglos de esfuerzos y de exploracion.

Esto no era bastante. El clima ha venido á unirse á la distancia y á la configuracion para hacer del globo entero un desafío á nuestra impotencia. El sol ha escogido una ruta que nos trae su calor con una avaricia y una prodigalidad calculadas; ¡háganse algunos dias de marcha, sáltense algunos grados de latitud, y se verá á ese hombre poderoso, á Ciro, á Cambíses, á quien querais, que ya no puede llevar su casco y que desarma su pecho! Otro dia, otro paso hácia el sol, y ved á ese ejército floreciente, que se prometia el imperio del mundo, desfallecer bajo la presion invisible de la atmósfera; el caballero baja á la sombra de su caballo, el infante se tiende en tierra; ¡son como un niño que se ha paseado una hora de mas, y que se cuelga del vestido de su nodriza! Tocamos á las playas afortunadas de Italia; parece que su cielo y el nuestro son dos hermanos que han nacido con un solo año de intervalo; pero ¿quién no ha visto el dolor de algun hijo de Italia, transportado por el destierro bajo esas nubes de Francia que tanto nos placen? En vano el proscrito se calienta con los rayos de nuestra libertad; su frente se inclina, al peso del recuerdo y del pesar, como una flor que ha sido trasladada de un país distante á un suelo que le era desconocido, y

que se consume en él sin alegría y sin perfume, porque está privada del sol, de las sombras y de los vientos de su patria.

Así resiste el espacio á nuestros sueños de universalidad, y todos los conquistadores han venido á estrellarse en él, uno en pos de otro. Cuando aquel jóven Macedonio hubo tocado, despues de Granico, Iso y Arbellas, las riberas del Indo, y cuando su corazon impaciente le llevaba mas lejos, hasta grabar su nombre en el límite mismo del universo, le detuvo su ejército. En vano se ocultó bajo su tienda, armado con toda la pompa de su gloria; fué preciso ceder y marcharse á morir en Babilonia en un festin, no sabiendo ya qué hacer con su poder y su ambicion. Los Romanos, esa raza tan paciente en preparar sus conquistas, tan dura en extenderlas, y que sabia fundir tan bien la solidez en la extension, los Romanos conocieron el mismo escollo. Llegados al Rin y al Eufrates, tuvieron allí una barrera que no pudieron levantar los consejos de su Senado y las agitaciones de su foro. Mas allá del Rin, dejaba Varo la osamenta de sus legiones; y del otro lado del Eufrates pagaba Craso con su vida y con su fama la temeridad en querer pasarle. No se agotarian los ejemplos, y nuestro mismo siglo ha visto su fástica repeticion. Largo tiempo hacia que el último de los capitanes habia dispuesto de la suerte á su voluntad; los Alpes y los Pirineos habian temblado bajo sus piés; la Europa escuchaba en silencio el ruido de sus pensamientos, cuando, cansado de ese dominio en que la gloria habia agotado todos sus recursos para complacerle, se precipitó hasta los confines del Asia. Allí, se turbó su mirada y sus águilas volvieron la cabeza por la primera vez. ¿Qué era pues lo que habia encontrado? ¿Era un general mas hábil que él? No. ¿Un ejército al cual no hubiese aun vencido? No. ¿O bien era que la edad resfriaba ya su genio? No. ¿Qué habia pues encontrado? Habia encontrado al protector de los débiles, el asilo de los pobres oprimidos, al gran defensor de la libertad humana: habia encontrado el espacio, y toda su potestad habia fallado bajo sus piés.

Porque si Dios ha creado tales barreras en el seno de la naturaleza, es porque ha tenido piedad de nosotros. Sabia bien todo el despotismo y la desgracia que encierra para la raza humana la unidad violenta, y nos preparó en las montañas y en los desiertos retiradas inaccessibles: él abrió la roca de S. Antonio y de S. Pablo, primer ermitaño; trenzó con paja nidos donde no irá el águila á arrebatar los hijuelos de la paloma. ¡Oh montañas inaccesibles, nieves eternas, arenales ardientes, pantanos pestíferos, climas destructores, os da-

mos gracias por lo pasado, y esperamos en vosotros para el porvenir! Sí, vosotros nos conservais libres oasis, tebaidas solitarias, senderos perdidos; vosotros no cesaréis de protegernos contra los fuertes de este mundo; no permitiréis á la química que prevalezca contra la naturaleza, y que haga del globo, tan bien formado por la mano de Dios, una especie de horrible y estrecho calabozo donde no se respire ya libremente mas que vapor, y donde el hierro y el fuego sean los primeros ministros de una autocracia desapiadada.

Pero ¿habrán hecho quizá las doctrinas lo que los conquistadores no pudieron? Tampoco, Señores, y bastará una palabra para demostrarlo. El budhismo indiano es incontestablemente entre las doctrinas aquella cuyo movimiento expansivo ha sido mas notable y la que ha imitado menos mal los procedimientos del cristianismo, porque no podria ponerse en paralelo con él el mahometismo, pues que no ha sido jamás sino una conquista violenta y que se comprende tambien entre las observaciones que presentábamos ahora sobre los conquistadores. El budhismo indiano ha tenido, al contrario, una propagacion pacífica y extensa que con razon atrae la atencion, cuando se trata de la expansion comparada de las doctrinas. No obstante, su proceso es fácil, y hasta su mismo nombre de indiano decide la cuestion. ¿Por qué ha limitado el budhismo su proselitismo y sus progresos á las dos penínsulas de la India, al Tibet, á la Tartaria, á la China y al Japon? Es verdad que estas regiones son considerables; pero ¡qué debilidad no hay en una doctrina que avanza tanto en comarcas contiguas y análogas, y que, una vez adquirido este desarrollo, se entierra viva en ellas sin dar un paso mas ni por mar ni por tierra! En Francia tenemos la libertad de cultos: ¿por qué pues no nos envía misioneros el Gran Lama del Tibet? ¿Qué es lo que puede temer? Despues de seiscientos años que hace que ha visto á nuestros religiosos y que parodia nuestro culto, ¿quién le impide mostrarse reconocido é iniciarnos en las ideas de Budha? Advertid, Señores, que solo hablo de las ideas, cuando se trata tambien de la accion jerárquica, legislativa, judicial y administrativa. Pero seria pedir demasiado al budhismo, tratar de saber quién obedece en la tierra al Gran Lama, y preguntarle de qué sociedad orgánica es verdaderamente centro y unidad. Limitémonos pues á las ideas, y júzguese del milagro de la catolicidad por el esfuerzo tan vano y tan estrecho del budhismo, esfuerzo que es no obstante la tentativa mas vasta de universalidad doctrinal fuera del cristianismo. Juzguese de él por el espacio tan estrecho en

que se mueven todas las demás sociedades orgánicas que pueblan el universo. ¿Qué es el mayor espacio del mundo en un mapa geográfico? ¿Qué era esa famosa monarquía de España y de las Indias en la que no se ponia el sol? Algunos grados de latitud y de longitud serán siempre el límite de todo el poder humano, y es ya una máxima que la extension devora la unidad.

Solo la unidad católica se ha librado de esta ley de las cosas finitas. Apenas regada con la sangre que cayó de la cruz, apenas animada con el soplo de Pentecostes, cruzó el Eufrates y el Rin, visitó la Scitia, la India, la Etiopia, y mientras el Imperio se dividia entre varios señores, ó cedia su tierra á los Bárbaros que lo sitiaban, ella derramaba, en la superficie multipla del suelo romano, su unidad doctrinal, jerárquica, legislativa, judicial y administrativa, estrechando y fortificando su organismo social á medida que el antiguo mundo veia perecer el suyo. La Inglaterra, la Hibernia, la Germania, todas las playas del Septentrion le abrieron, cada una en su tiempo, un territorio mas nuevo. Ella pasó el cabo de Buena Esperanza con Vasco de Gama, descendio á América con Cristóbal Colon, siguió con la cruz en la mano á todos los aventureros de los siglos XV y XVI, elevando al lado de sus nombres los nombres de Las Casas, de S. Luis Bertran, de S. Francisco Javier; fundando cristiandades al abrigo de las factorías, persiguiendo y encantando á los salvajes hasta en sus mas secretas florestas. ¿Donde no se halla en el dia? ¿Donde no se halla con toda su unidad? Ved cómo se desparrama sin dividirse por todas las bahías de la Oceanía. Desde lo alto de su cátedra única é inmutable, el Padre de ciento cincuenta millones de hombres dispersos por toda la tierra levanta la voz que enseña, y es creido: nombra obispos, y son recibidos; promulga una ley, y es venerada; pronuncia un juicio, y hay sumision á él; regla ceremonias, y son practicadas. La distancia, la configuracion, el clima, nada altera la majestad que manda y la obediencia que cumple, ó si se observa alguna diferencia entre el respeto que está cercano y el lejano, es toda en favor del poder, á medida que está mas desarmado.

¡Qué milagro, Señores! La Inglaterra en todo toca con su política y sus naves; pero decidle que establezca en alguna parte su jerarquía, su legislacion, su magistratura y su administracion, sin sujetar con la fuerza el punto del globo donde ella las lleve: la Inglaterra creerá que os burlais de ella. No obstante, esto es lo que hace diariamente Roma católica, sin que nadie lo advierta, pues su

soberanía orgánica y universal ha llegado á ser un elemento natural de la humanidad. Se ha visto á esa enorme Inglaterra de que hablaba, separarse de Roma, proscribirla, inventar contra ella suplicios atroces, y á pesar de este aparato, Roma ha conservado en el seno de esta isla soberbia, durante trescientos años consecutivos, una cristiandad que recibia sus enviados, sus leyes, sus juicios, que oraba con ella, que pensaba con ella, que padecia y se regocijaba con ella, que moria feliz por ella. ¡ Qué milagro, Señores, repito! ¿ y cómo explicarlo ?

¡ Ay ! voy á decíroslo : es que la naturaleza se rebela contra el orgullo y la dominacion; pero contra la verdad, contra el bien, contra Dios, no hay montañas, ni desiertos, ni hielos, ni sol ardiente, ni mares borrascosos, ni barreras armadas. Y por eso al anunciar de lejos el profeta esa potestad de universalidad que hay en la Iglesia, y complaciéndose amorosamente en ella, no se cansaba de dirigir á la naturaleza un reto triunfal, como oimos gritar á Isaías con todas sus fuerzas en el oficio mismo de este dia : *Todo valle será alzado y todo monte y collado será abatido, y lo torcido se enderezará, y lo áspero será caminos llanos* (1). Y en otra parte, y mil veces : *Pasad, pasad por las puertas, preparad la senda al pueblo, allanad el camino, escoged las piedras, y alzad un estandarte á los pueblos* (2). ¿ Y para qué, oh profeta? ¿ para qué deben abrirse las puertas, caer las barreras, perder la naturaleza todas sus zelosas precauciones? ¡ Ah ! responde el profeta : *Mira que tu rey viene con justicia y dulzura, viene pobre y sentado sobre una asna y sobre un pollino, hijo de asna* (3). Hé aquí el que lo hace todo y el que lo cambia todo. *Abrid las puertas, y éntre la nacion justa que guarda la verdad* (4). La ciencia no habia entrado ; la potestad no habia entrado ; Nínive, Babilonia, Alejandría, los Romanos no habian entrado; pero el Hijo del hombre, sentado sobre el hijo de la asna, entrará, ha entrado, y entrado para no salir jamás.

¿ Me preguntaréis aun por qué? ¿ y habré de decíroslo bajo otra forma? Es porque la verdad da valor para subir las montañas, para habitar los desiertos y acostumbrarse al sol. Parte un misionero, sabiendo que no vivirá mas que diez años ; ¿ qué le importa? La verdad que anuncia es eterna, la eternidad le volverá los dias que ha perdido. A vosotros, hombres que solo trabajais para vosotros, nadie os volverá los vuestros, nadie mas que vosotros mismos

(1) Isaías, cap. 40, vers. 4. — (2) *Ibid.*, cap. 62, vers. 10. — (3) S. Mateo, cap. 21, vers. 5 ; y Zacarías, cap. 9, vers. 9. — (4) Isaías, cap. 26, vers. 2.

será vuestra recompensa. Pero Dios se acuerda de un vaso de agua que se dé en su nombre; el apóstol lo sabe, y abandona su patria, su familia, se abandona á sí mismo para llevar á los confines del mundo el vaso de agua de la verdad, y este vaso de agua protegido por Dios, que es quien le envía, y por la caridad que lo lleva, este vaso de agua triunfa del espacio donde han perecido todos los conquistadores. Sigamos sus destinos, y despues de haberle visto en lucha con la naturaleza, veámosle en lucha con la carne y la sangre.

Lo mismo que el espacio, tiene la humanidad en sí recursos infinitos contra la expansion de la universalidad. El primero es su division por razas. Porque aunque salga el género humano de su tronco único y primordial, y que circule la misma sangre en sus venas, no obstante hay una facilidad extrema y casi inexplicable en sacar de esta unidad primitiva generaciones distintas por su fisonomía, sus aptitudes, sus gustos, sus costumbres y su historia. Si estos caractéres distintivos fuesen variables, intransmisibles, no habria razas; la raza impone á la vez una variacion en la especie y la perpetuidad de esta variacion; es decir, el concurso de una fuerza móvil para producir la diversidad, y de una fuerza inmutable para mantenerla. Por difícil que sea comprender este fenómeno, y aunque los sabios hayan preferido dudar del orígen comun del género humano, nos toca no obstante tan de cerca y por tantos lados, que lo vemos en todos momentos en las familias, en las provincias y en las naciones. Cualquiera que haya viajado reconocerá á la primera mirada á un Inglés, á un Español, á un Italiano, á un Aleman, no obstante que sean pueblos tan vecinos unos de otros, y que se hallen ligados hace mas de mil años por la religion, la paz, la guerra, el comercio, las letras, las artes, y casi por un mismo cielo; tan moderadas son las diferencias del clima. En Francia mismo, bajo el imperio de una unidad social que ha tenido sin duda su gradacion, pero que siempre ha existido mas ó menos, es discernible á la vista del observador el tipo de las provincias de la monarquía; jamás confundirá al Francés del Norte con el Francés del Mediodía, al Breton con el Aquitano, al Borgoñon con el Auvernés. Si tal es la fuerza de la raza en comarcas limítrofes, á pesar de tantas causas como deberian aniquilarla, ¿qué será respecto del Griego y del Hindou, del Caribe y del Chino? Tres grandes razas primitivas, la de Sem, la de Cham y la de Jafet, han dividido el género humano en tres ramas marcadas con un enérgico carácter de diversidad, y en estas mismas ramas se ha

multiplicado la diversidad hasta lo infinito con una inmobilidad y una perseverancia iguales una á otra, y que hacen del mundo moral lo que la distancia, la configuracion y el clima han hecho del mundo físico, un teatro rebelde á toda tentativa de universalidad. Esto era necesario, para que contrabalanceándose las razas, no estuviesen nuestros destinos á merced del primer pueblo que hubiera sido el mas fuerte.

Este obstáculo no estaba preparado contra la potestad de la verdad y de la caridad; así la sociedad católica ha pasado por encima de él con un vuelo muy fácil. De la raza de Sem, donde tenia todas sus raices de antigüedad por el pueblo judío, se arrojó en la raza de Jafet, que llenaba la Europa, sin despreciar el Africa, la antigua patria de Cham. Asociada á los grandes ramales, su mezcla con los vástagos inferiores no ha sido ya mas que un juego; los Bárbaros la han reconocido por su madre unos despues de otros, y cuando se abrieron las dos Indias al Oriente y al Occidente ante nuestros afortunados navegantes, las cien razas de estos nuevos continentes no miraron á la piel de la Iglesia : estaba coloreada con la sangre de Jesucristo, que es la sangre universal.

Esta asimilacion de la sociedad católica con todas las razas humanas es tanto mas notable, Señores, cuanto que no se hallan todas en el mismo estado de cultura social, y que además de la distincion de su carácter nativo, pertenecen aun á edades diferentes, que son la barbarie, la civilizacion, la decadencia y el estado de salvaje.

La barbarie es la infancia de las razas. Se reconoce en la preponderancia del cuerpo sobre el espíritu. El bárbaro vive de la sangre y no del pensamiento. Cuando, al contrario, principia el espíritu á prevalecer sobre el cuerpo, se anuncia el reinado de la civilizacion, reinado ilustre, consagrado por el desarrollo de las letras, de las ciencias y de las artes, por una actividad grave y sencilla que llena la vida elevándola. En la época de decadencia, vuelve á hacerse superior el cuerpo, no ya el cuerpo grosero del bárbaro, sino el cuerpo refinado, perfumado, gastado, lleno de inteligencia, y no obstante vuelto á los instintos mas viles, que no excusa ya la ignorancia, que no explica el vigor, y que hacen del alma así caida la guarida innoble de un egoismo sutil y delicado. El estado salvaje, el último de todos, es la vuelta á la barbarie, pero á una barbarie destruida, que ya no es aun capaz de sostener los rudimentos de una sociedad.

No es difícil, Señores, descubrir los obstáculos que encuentra la expansion de la universalidad en estas edades tan diversas de generaciones, y con qué flexibilidad de órganos debe estar dotaba la Iglesia para asimilarlos, sin perder nada ella misma de la plenitud de su edad y de la eternidad de su civilizacion. Ya sabeis si lo ha conseguido. ¿Se trata de la barbarie? ella ha convertido á todas esas mezclas de hombres que han devorado el imperio romano. ¿Se trata de la civilizacion? ella se ha formado en el siglo de Augusto, ella misma ha formado el siglo de Leon X y el de Luis XIV. ¿Se trata de la decadencia? el Bajo Imperio está ahí para decir su accion. ¿Se trata en fin del estado salvaje? ella ha creado el Paraguay, y desde las riberas de la Plata hasta los lagos y las montañas del Canadá, se ha hecho amar por las tribus errantes de ambas Américas con un amor inocente y santo que conmueve mas el corazon que las mismas escenas de las Catacumbas y de los mártires. Ella lo ha acometido pues todo, y se lo ha asimilado todo en la escala de las razas y de las edades sociales: los pueblos en la infancia, los pueblos viriles, los pueblos ancianos, los pueblos que han vuelto á la infancia. Pero aun no es este el resultado mas decisivo de su universalidad; habiéndose ocupado de las razas, ha tenido que ocuparse de alguna cosa mas terrible que las diferencias de orígen, de cultura y de costumbres, ha encontrado el obstáculo de la nacionalidad.

Una nacion es una raza condensada en un territorio y en una organizacion. La organizacion no es otra cosa que la unidad que resulta de un poder jerárquico, legislativo, judicial y administrativo. Este poder es las mismas entrañas de la nacion, toda su vida, toda su historia, todo su orgullo, pues que ella no es un cuerpo sino por él, solo obra por él, y no subsiste sino por él. Esta sola palabra os revela, Señores, el abismo en que hemos caido. Una nacion es una unidad real y orgánica, poseyendo la totalidad de los atributos del poder; y por consiguiente, cuando la sociedad católica, poseyendo tambien la totalidad de los atributos del poder, se presenta á una nacion, no le pide mas ni menos que admitir en ella, en sus hogares, en sus destinos, en sus consejos, otra jerarquía que su jerarquía nacional, otra legislatura que su legislatura nacional, otra magistratura que su magistratura nacional, otra administracion que su administracion nacional, otra unidad que su unidad nacional, otra vida que su vida, otra soberanía que su soberanía. Decidme, os ruego, ¿es esto posible? El poeta lo ha dicho: *No se reparte el soberano imperio.* ¡Y se pide á una nacion que reparta su púrpura; se quiere que así

como S. Martin dividió por la mitad su capa para cubrir con la una á un pobre, divida una nacion por la mitad su traje para darlo, no á un pobre, sino á otro mas rico que ella, á una sociedad que se juzga universal, y que por este hecho no tiene ningun límite asignable en el espacio y en el tiempo! Os lo repito: ¿es esto posible humanamente?

Preciso es que sea grande la dificultad, puesto que aun hoy, á pesar del ascendiente de una cosa realizada, no obstante que sea Francia una nacion católica y que se hayan gustado en ella ideas de libertad de conciencia, sin embargo uno de los obstáculos para la reconciliacion religiosa de los espíritus en nuestra patria, es la preocupacion que nos echa en cara el pertenecer á un soberano á quien se llama extranjero. Yo no la justifico, pero existe; es perdonable tal vez á quien no se halla iluminado por la luz divina, y que dejando aparte la historia, juzga de las cosas mas profundas por ciertas apariencias ó conclusiones del sentido comun. No lo olvidemos, Señores; sepamos en nuestras discusiones condolernos de los que no tienen la misma fe que nosotros, y á los cuales pedimos el respeto á un milagro tan admirable como el milagro de la catolicidad. Porque en fin este milagro, á pesar de la incompatibilidad aparente con los derechos sagrados de las naciones, se ha realizado. Está admitido en Europa y en todos los pueblos civilizados del antiguo y del nuevo continente, que existen dos potestades distintas por su naturaleza y su objeto, ambas proviniendo de Dios, ambas soberanas cada cual en su esfera, pudiendo separarse ó unirse con condiciones equitativas recíprocamente aceptadas. Este dogma, humano y divino á un mismo tiempo, es considerado como una de las garantías de la libertad y de la civilizacion, y á pesar de la influencia de las preocupaciones nacionales, ninguna inteligencia podria comprender una religion que recibiese su vida de la misma fuente que los derechos y los intereses temporales, gobernada por las mismas leyes y sostenida por las mismas manos. Nuestro siglo, Señores, se ha abierto bajo los grandes auspicios de un tratado entre ambas potencias, entre la sociedad católica representada por un anciano cuyo predecesor habia muerto cautivo, y la sociedad francesa representada por un jóven cónsul, pero á quien habia envejecido la victoria antes de tiempo y preparádole para uno de esos cargos solemnes que fundan ó que salvan á las naciones. A su voz, á pesar de la sonrisa aun viva del siglo XVIII, las enseñas de la República y de la cruz de Jesucristo se inclinaron para reconocerse y tocarse, y la Europa, atonita, viendo al vencedor

de las Pirámides cubrir este abrazo con su nombre, conoció que aun era Jesucristo el señor del mundo.

Deberia pararme aquí, Señores; porque ¿qué mas puedo decir? ¿Qué resta en el milagro de la catolicidad que no se haya revelado á vuestra admiracion? ¡ Quizá Señores, quizá! De la raza y de la nacionalidad nace en el corazon del hombre el amor á la patria, sentimiento profundo y exclusivo que se alimenta en la historia de lo pasado y con los recuerdos de nuestra vida personal, á que se refiere todo cuanto hemos visto, sido y hecho, desde los dias inocentes de nuestra infancia hasta las agitaciones de nuestra edad madura y á la perspectiva de nuestro sepulcro. Allí todo es santo, allí nada debe perderse; ninguna transaccion debe tocar el umbral de un lugar de nuestra alma tan reverenciado. Pero nuestra inscripcion en otra sociedad que es universal, nuestra adhesion á pensamientos y á leyes de un órden mas grande, nuestra asociacion á eternos destinos, ¿no marchitarán hasta en su raiz el amor de la patria? Aquí, Señores, al menos vosotros que sois cristianos, podeis responder por mí. Sabeis el arte con que Dios ha fundido en vuestro corazon el sentimiento católico y el sentimiento patriótico; por qué movimiento tan sencillo é inapercibido por vosotros mismos, haceis una sola cosa de la casa de vuestra infancia, de la iglesia, del cementerio, de los bosques, de los campos, de la oracion, de la amistad, queridos y piadosos elementos de vuestra vida, que no le embarazan mas que á la flor la tierra de que recibe su savia y el cielo donde respira. La historia del mundo responde á la de vuestro corazon. Ella ha dicho con voz bastante fuerte cuál fué en todas partes, en las batallas y en los consejos, la adhesion de los católicos en los dias en que la patria la reclama. Ella ha dicho si se ha disminuido el patriotismo en el mundo despues de Jesucristo, y si no se combate ya como en otro tiempo, porque se haya agrandado el templo, por *el altar y el hogar*, estas dos cosas sagradas que los antiguos no separaban. No es posible dudar respecto á esto. Cada nacion católica ha tenido sus Macabeos; la religion ha participado de su gloria y de sus intereses sin dejar de ser universal, y ha bendecido sin traicion las banderas contrarias, y ha cantado la victoria y honrado la derrota á un mismo tiempo, á la manera que tiende Dios sobre todos desde lo alto de su trono, á pesar de la diversidad de los pueblos y de los sucesos, la imparcialidad apasionada de su amor. Nadie se engaña en esto; todo el mundo siente que lejos de excluirse la Iglesia y la patria, el sentimiento nacional y el sentimiento religioso, se fortifican el uno por el otro, se

elevan el uno por el otro, y que tocando al pecho de cado uno de nosotros, darán el cielo y la tierra este célebre grito:

¡ Oh, cuán querida al corazon cristiano
La dulce patria es!

¿ Cómo ha podido operarse esta fusion? ¿ Por qué misterio dan un mismo sonido el tiempo y la eternidad? Poco nos importa descubrirlo ó ignorarlo. Aceptemos los beneficios de Dios, aunque no sepamos en qué tesoros los ha tomado. Él es quien ha hecho la patria, él es quien ha hecho la Iglesia, él es quien ha hecho tambien el amor que nos pide para los dos.

Mi tarea está cumplida, Señores; conoceis enteramente el prodigio de la catolicidad. Tiene su primera raiz en la unidad pública de los espíritus fundados por la doctrina católica; esta unidad ha recibido una organizacion que no es separable, y que forma un cuerpo viviente dotado de todos los atributos del poder social; y en en fin, la unidad doctrinal y orgánica, en despecho de las resistencias de la naturaleza y de la humanidad contra toda expansion ilimitada, ha concluido de desplegarse en este reino universal que llama la Escritura el Reino de Dios.

No obstante, Señores, este reino no es universal con una universalidad absoluta; se entra en él por un acto de voluntad; se sale de él tambien por un acto de voluntad. Muchos de vosotros son tambien extranjeros para él: yo les ruego que vean si deben rehusarle por mas tiempo su obediencia. Lejos de él ¿ han podido colocar sus ideas en el reposo? ¿ Han encontrado alguna unidad en los entendimientos? ¿Se hallan satisfechos de sí mismos y del mundo? Si no lo están, ¿ por qué tardan en entrar en el reino de la inmutabilidad, de la unidad, de la universalidad? Las maravillas que han oido son bastante visibles para conmover su inteligencia, y la luz que aun les falta es la misma que aun les espera en el santuario, y que no se ve jamás desde fuera de él. Yo los llamo, pues, al interior; yo les digo: Venid y gustad. Un dia en su interior os valdrá mas que mil en su atrio.

SERMON TRIGÉSIMO SEGUNDO.

De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto al principio del derecho.

Toda sociedad tiene un objeto, y por consiguiente, esta gran sociedad que ha fundado Dios en la tierra, la sociedad católica, tiene un objeto. ¿ Cuál es? No es, Señores, un objeto terrestre; divinamente fundada, la sociedad católica tiene un objeto divino. Ella es el gérmen visible de una ciudad que aun no se ve, pero que es la única verdadera, para la que ha sido hecho todo, y de la que decia S. Pablo: *No tenemos aquí bajo una ciudad permanente, pero buscamos la que lo sea.* La sociedad católica es la preparacion de la eterna sociedad de los justos con Dios; ella forma y madura las almas que merecerán verle un dia en la desnudez de su esencia, y poseerle en un amor que jamás concluirá. Pero este objeto misterioso y supremo ¿excluye todo otro objeto? ¿ No está precedido este beneficio final de ningun otro beneficio? ¿Cuál es la relacion de la sociedad católica con la sociedad natural, es decir, con la sociedad que resulta de nuestros intereses y de nuestras necesidades presentes? ¿ Hay divorcio entre una y otra? La sociedad divina ¿pasa al lado de la sociedad humana desdeñandola, preocupada únicamente en su fin ulterior, ó bien le tiende una mano auxiliar y amiga, y se las ve marchar juntas como dos hermanas de diversa madre, pero de padre comun? En otros términos: la expansion de la sociedad católica en el espacio y el tiempo, ¿ha sido un acontecimiento feliz ó desgraciado para la humanidad, ó bien un acontecimiento que no ha afectado sus destinos visibles? Yo respondo osadamente, Señores, que el desarrollo de la sociedad católica ha producido en el mundo, por un contragolpe inevitable y querido por Dios, la revolucion mas inesperada y mas deseada. Este será el objeto de los Sermones que siguen. No os trazaré anticipadamente su marcha y su plan; ya sabeis que no acostumbro hacerlo. No sigo una grán ruta diseñada y orientada con arte, sino un sendero sencillo que sigue como puede las escarpaduras de la montaña, y os lleva á la cima ocultándoosla. Espero que me

lo disimularéis, Señores; el gran trabajo es llegar, y espero en la gracia de Dios que no nos extraviaremos.

La sociedad natural tiene por fundamento la justicia; la justicia, *juris subsistentia*, es la estabilidad del derecho; el derecho es lo que se debe á cada uno: pero ¿qué es lo que se debe á cada uno? hé aquí la cuestion. Así, la sociedad natural descansa en la justicia, la justicia en el derecho, y el derecho en una cuestion problemática. Los hombres disputan del derecho como disputan de la verdad; disputan de la regla de obrar como disputan de la regla de pensar. Cuestion de verdad, cuestion de justicia; no hay otras en la tierra, y estas dos cuestiones bastan para dar impulso á luchas que no concluirán sino con el género humano.

No es esto decir, Señores, que así como existen en el órden de lo cierto nociones comprensibles á la primera vista del espíritu, no existan tambien en el órden del derecho reglas primordiales y eficaces, muy bien llamadas por nosotros *el derecho de la naturaleza*; sino que así como se encierran en un círculo muy limitado las verdades del sentido comun, así no extienden mucho mas lejos su jurisdiccion los principios del derecho natural. Es manifiesto á todos que existe una diferencia entre el bien y el mal, y que matar á su padre no es lo mismo que darle auxilio y veneracion. ¿Qué son, no obstante, estas prescripciones elementales, cuando se trata de determinar segun la justicia las relaciones tan complicadas de un gran pueblo, de poner en armonía las personas, las cosas, los actos, y sujetar al órden hasta los sucesos mas imprevistos? Vemos turbarse y vacilar á los políticos mas firmes en este trabajo, dar un paso, y retornar despues, semejantes al piloto que busca su ruta en el cielo, pero á quien oculta sin cesar el movimiento de las nubes y de las olas la estrella polar.

Es necesario no obstante fijar el derecho; porque ninguna ciudad puede formarse ni vivir sin una regla de relaciones, puesto que ella no es otra cosa que un vasto conjunto de relaciones. Hasta el momento en que interviene el derecho para coordinarlas, no es la ciudad mas que una reunion fortuita de hombres y de intereses incoherentes; el derecho es el lazo que los pone en relacion consigo mismos y con Dios, lo que les crea un territorio, una soberanía, una patria, un porvenir. Pero ¿quién establecerá el derecho? ¿Quién decidirá del mando y de la obediencia, del trabajo y del reposo, de la adquisicion y de la pérdida de los bienes, de las penas y de los honores? ¿Quién trazará á esta sociedad naciente la ruta que debe

seguir por entre los azares del tiempo, y le preparará una justicia capaz de resistir á todas las vicisitudes de los negocios y de las pasiones? Será una convencion voluntaria y primitiva? ¿Será que algunos hombres, encontrándose á la entrada de una selva, movidos por instintos de defensa ó de depredacion, depositen en un contrato los rudimentos de una gran sociedad? Se ha dicho, Señores, se ha escrito en un libro que ha sido célebre hasta el dia, y no obstante el mismo autor con una mirada retrospectiva, que no ha sido la menos eminente de sus facultades, el autor del *Contrato social* ha concluido por confesar lo que proclama la historia á voz en grito, á saber : que toda sociedad humana tiene por padre á un legislador. El legislador, hombre de la Providencia, establece el derecho, y lo fija con autoridad por la virtud de un ascendiente de que es Dios la primera causa, pero que proviene secundariamente de las cualidades del hombre y de las necesidades de la ciudad. Así fueron Moisés, Licurgo, Solon, Numa, nombres venerados, inscritos en el pedestal que lleva la estatua de las grandes naciones. Pero, por memorable que haya sido su obra, y sin exceptuar ni aun á Moisés, ¡cuán lejos ha estado de llegar á lo que la humanidad debia esperar de una legislacion! La humanidad tenia necesidad de un derecho-príncipe, de un derecho inmutable, de un derecho universal; ningun legislador se lo ha dado antes de Jesucristo.

Entiendo por derecho-príncipe, no un derecho mediano, que sirve de fundamento á una sociedad particular, á causa de la antigüedad y de la autoridad del legislador, sino un derecho que ha penetrado tan adelante en las entrañas de lo cierto y de lo justo, que la fuerza de la experiencia, la crítica sucesiva de las generaciones y el curso de la historia no puedan acusar jamás su imperfeccion ni conmover su imperio. Así, por ejemplo, cuando Moisés, descendiendo del Sinaí, llevaba á su pueblo este mandamiento : *Santificarás el séptimo dia y descansarás en él;* este era un elemento de derecho-príncipe. Admirad, en efecto, aun no considerando mas que el lado humano de esta prescripcion, qué conocimiento tan profundo de nuestra naturaleza supone en el legislador, qué mira tan desinteresada en las relaciones del rico y del pobre, del hombre que trabaja y del hombre que hace trabajar. ¿No era necesario un sentimiento de justicia muy extraordinario, una rara prevision, para que se estableciese de tan antiguo una ley tan extraña en apariencia, pero que ha explicado y justificado el porvenir de tal manera, que toda sociedad que la desprecia, reta á la dignidad, á la inteligencia, á la

libertad, á la moralidad, á la santidad misma del pueblo, y le entrega atado de piés y manos á la avaricia de sus señores, hasta que convertido en una simple máquina de produccion, perdido de cuerpo y alma, caiga en manos del primer conquistador que, respetando el séptimo dia, habrá tenido abierta la fuente de la religion, de las buenas costumbres y del poder militar? Esto es lo que yo llamo crear un derecho-príncipe, un derecho que ya no puede retroceder, que es sagrado por siempre: ¿y por qué sagrado? porque ha nacido de una mirada en el sitio mismo de la justicia, de un relámpago caido de lo alto, de allí donde reside en Dios el órden inalterable y sustancial, y de donde se deslizan sobre nosotros con mas ó menos abundancia esos resplandores de equidad que nos iluminan, y que, segun su dispensacion, hacen el destino de las sociedades.

Ahora bien, Señores, ¿cuál de los legisladores de la antigüedad ha fundado un derecho-príncipe en toda su plenitud? Moisés, de quien yo no deberia hablar tal vez, pues que pertenece por su historia y su legislacion á la sociedad católica, Moisés mismo no lo consiguió mas que imperfectamente; y en cuanto á todos los otros, seria inútil buscar en su obra nada bastante esencial para haber llegado á ser el punto de partida del derecho, el tipo primordial y patente de toda justicia constituida. El género humano necesitaba de este tipo; no le recibió de ellos. Las leyes de Manou, de Minos, de Solon, de Licurgo, de Numa, las instituciones mas célebres yacen en tierra, monumentos derrotados por una virtud sobrado mediana para haber reflejado suficientemente la eterna fisonomía de la justicia increada.

Ellas no han gozado mas del carácter de la inmutabilidad, sin el cual es impotente la mejor legislacion para proteger á los que viven bajo su guarda. Porque todo derecho móvil está á merced de los mas fuertes, en cualquier forma de gobierno que sea, bien tenga el pueblo á su cabeza á un jefe único ó la mayoría de un cuerpo que delibere; en uno y otro caso, está sin protector la suerte de todos o al menos la de la minoría, si no existe entre el soberano y los subditos un derecho inviolable, que cubra á toda la ciudad y asegure al último ciudadano contra las empresas del mayor número y aun de todos. Mientras que el derecho no es esto, no es nada. Juan Jacobo Rousseau ha dicho: « Si el pueblo quiere hacerse daño á sí mismo, ¿quién tiene derecho de impedírselo? » Yo respondo: Todo el mundo: porque todo el mundo está interesado en que no abuse el pueblo de su fuerza y de su unanimidad, puesto que su unanimidad recae

siempre finalmente sobre alguno, y no es en suma mas que una opresion disfrazada por el exceso mismo de su peso. Así pues, el derecho es necesario contra todos mas aun que contra alguno; porque el número tiene el inconveniente de unir á la potestad material la sancion de una aparente justicia. Pero el derecho no es algo contra todos sino cuando se halla dotado de inmutabilidad, y cuando en virtud de esta semejanza con Dios, opone una resistencia invencible á las debilidades de la ciudad como á sus conjuraciones.

Digo las debilidades de la ciudad; porque ella debe temerlas tanto como su fuerza. Ella puede ser oprimida como puede oprimir, y necesita tener en sí un elemento que quite toda esperanza por su consistencia á esta ola secreta de las revoluciones que arrastra el tiempo tras sí. Todos los legisladores han tenido su instinto, y han hecho lo que han podido para dar á su obra el sello de la inmutabilidad. Ya sabeis lo que hizo Licurgo. Consiguió de los Lacedemonios, bajo la fe del juramento, que no mudarian sus leyes hasta que regresara de un viaje que hacia para consultar á los dioses. Pero los dioses le retuvieron lejos de la Laconia, que prefirio no volver á ver jamás, ante que traerle con su presencia una causa de instabilidad. Esta accion era heróica, fué un verdadero rasgo antiguo; ¿qué mas podia hacer el hombre contra el tiempo? Y no obstante, ¡qué base tan frágil para la inmortalidad de una legislacion! El sublime desterrado no triunfó; sus leyes duraron menos que Sparta, y su sombra no se levantó del sepulcro para recordar á los prevaricadores la santidad de la fe jurada.

Lo mismo ha sucedido con todos los demás. Sus mandatos han perecido en la nacion misma que habian creado ó reformado; cada siglo se ha llevado sus trizas, y el resto que sobrevivia aun, ha llegado á ser en nuestras escuelas una reliquia sujeta á nuestras disertaciones.

Vosotros no esperais, Señores, que un derecho tan débil haya llegado á obtener los honores de la universalidad; él mismo no lo esperaba. La idea de la inmutabilidad se le aparecia, la de la universalidad le era completamente extraña. La ciudad era para la ciudad, y no iba mas allá; su derecho era su propiedad, el don personal que le habian hecho los dioses; los demás estaban excluidos como enemigos, y el derecho de gentes no dejaba al enemigo vencido ningun asilo contra la servidumbre, la muerte y el exterminio. En el interior mismo de la ciudad, no era llamada toda la poblacion á la repar-

ticion del derecho; solo el ciudadano, el iniciado de la patria podia invocarla y pedirle crédito, asistencia y honor; los demás, hasta en el pié de los altares, estaban sometidos á una expatriacion forzada, y aunque presentes á todo, se hallaban desterrados de todo.

Ni derecho-príncipe, ni derecho inmutable, ni direcho universal era, Señores, el derecho antiguo. Una triple inhumanidad constituia su fondo. Faltando un derecho-príncipe que se elevase hasta las fuentes de la equidad, el débil no tenia ninguna proteccion contra el fuerte; faltando un derecho inmutable, el menor número estaba sin armas contra el mayor; faltando un derecho universal, el hombre era enemigo del hombre. Jesucristo halló la sociedad en este horrible estado de impotencia con respecto á un principio fundamental, que es la justicia; por mas que por odio á él se profundice en la antigüedad, no se descubrirá otro derecho que el que acabo de decir y que habeis reconocido todos. ¿Qué ha hecho de esta sociedad miserable, que nos helaria de espanto, si se nos apareciese vivo uno solo de sus dias? ¿Qué ha hecho de ella? Hubiera podido hollarla á sus plantas, y arrojar al viento sus restos inmundos y tiránicos; y no lo ha hecho. Hubiera podido al menos despreciarla, y contentándose con fundar á su lado para las almas rectas una sociedad pura y equitativa, abandonar la antigua al oprobio de la comparacion; y tampoco lo ha hecho. No ha destruido ni despreciado, ha creado un mundo y realzado el antiguo con el nuevo; ha dado á la sociedad humana lo que no le diera ninguno de sus legisladores mas famosos: un derecho universal, un derecho inmutable, un derecho-príncipe.

Este es el espectáculo al que vamos á asistir ahora.

Viene Jesucristo al mundo; nace, como todos los hombres, en una ciudad; nace bajo un derecho particular; nace en una patria que tenia su historia, su fundador, sus conquistas, su ilustracion; nace como un hombre que era esperado por un gran pueblo. ¿Y cuál es la primera cosa que hace al presentarse como el heredero de las promesas y de las esperanzas de este pueblo? ¿Dice acaso, yo soy judío? ¿Vengo á agrandar mi nacion y á llevarla hasta los confines del mundo, mas lejos que David y Salomon, nuestros padres? No, no dice una palabra de esto, sino que dice simplemente: Yo soy el Hijo del hombre. ¿Y tal vez no os sorprenderéis, tal vez os parezca natural que Jesucristo afecte llamarse en cada página del Evangelio el Hijo del hombre, cuando apenas en muy raros parajes toma el

título de Hijo de Dios? No obstante, no significa esto tan poco como creeis, y esta sola expresion, el Hijo del hombre, encerraba toda una revolucion, la mayor que se vió jamás. Antes de Jesucristo, se decia: Yo soy griego, romano, judío; amenazado ó interrogado, se respondia con altivez: *Civis romanus sum ego*. Cada uno se escudaba con su patria y con su ciudad; Jesucristo no invoca mas que un solo título, el de Hijo del hombre, y anuncia por él una nueva era, la era en que comienza la humanidad, en que despues del nombre de Dios, nada será mas grande que el nombre del hombre, nada mas eficaz para obtener socorros, honor y fraternidad. Cada una de las palabras del Hijo del hombre, cada una de sus acciones está impregnada de este espíritu, y todas juntas, palabras y acciones, forman el Evangelio, que es el derecho nuevo y universal. Una vez ya en el mundo el Evangelio, Jesucristo envía sus apóstoles á anunciarlo al género humano: *Id*, les dice, *y predicad el Evangelio á toda criatura* (1). La propagacion, la comunion, la universalidad, llegan á ser la palabra de órden de todo movimiento, y allí donde no se oia mas que la voz del egoismo, no se oye mas que el paso de corrida de la caridad.

¿Dónde están los Griegos? Dónde están los Romanos? ¿Dónde está la ciudad ¿Dónde está el derecho helénico y el derecho quiritario? S. Pablo no puede retener ya en su pecho el cántico de la humanidad triunfante, y grita: «*No hay ya judío ni griego; no hay ya siervo ni libre; no hay ya hombre ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Jesucristo* (2). ¡Oh hombres de los cuatro vientos del cielo, hombres que es creeis de raza y de derechos diferentes, vosotros no sabeis lo que os decís; no estais en el mundo por miles y por millones, no sois ni aun dos, no sois mas que uno!

Así, no solamente el hombre, no solamente la humanidad; sino la unidad del hombre y de la humanidad. Quien toca al hombre, toca á la humanidad; y quien toca á la humanidad, toca á Dios que la ha hecho, que es su padre y su protector.

El conde de Maistre, impulsado de su mal humor contra la Revolucion francesa, y tenia algun motivo para ello, ha dicho en alguna parte, á propósito de la *Declaracion de los derechos del hombre*: « Yo he encontrado en mi vida alemanes, franceses, italianos y persas; pero jamás he encontrado al hombre. » El conde de Maistre se engañaba, Señores; yo he encontrado, como él, alemanes en

(1) S. Marcos, cap. 16, vers. 15. — (2) Epíst. á los Gálatas, cap. 3, vers. 28.

Alemania, italianos en Italia, franceses en Fracia, pero he encontrado tambien al hombre, y le he encontrado en el Evangelio.

El Evangelio era la Carta del hombre, la declaracion del derecho universal. Pero, por atrevida que fuese esta declaracion, si es permitido hablar de atrevimiento respecto de una obra divina, no era aun mas que una declaracion. No era imposible tal vez que tuviese algun otro este pensamiento, y dijese como Terencio :

Homo sum, nihil humani à me alienum puto.

Mientras que el Evangelio no era mas que una palabra, era la palabra mas bella del mundo, un libro único, un proyecto sin igual, y nada mas. Era preciso que el Evangelio, anunciado á toda la tierra, llegara á ser un derecho vivo, la regla fundamental de las relaciones humanas, y que aquellos mismos que negasen su divinidad, como doctrina, aceptaran su yugo como legislacion. Pues bien, ¿no es esto lo que vemos? La sociedad católica, derramándose y constituyéndose de un mundo al otro, ¿no ha llevado consigo el derecho evangélico? ¿No lo ha impuesto á todos sus miembros dispersos y unidos? ¿No ha hecho de él el fondo de lasc ostumbres generales, desuerte que ha llegado ya á ser algo imposible y que inspire horror una accion pagana, aun cuando no fuera reprobada por las leyes de cada país? Así es, y el reinado del Evangelio, como derecho, es mucho mas extenso que el reinado del Evangelio como idea, Tal hombre que no adora á Dios en Jesucristo, reverencia en él al sabio, y no hay ninguno de sus enemigos que le dispute el título del mas gran legislador.

Y observadlo, Señores, el derecho evangélico no ha destruido el derecho propio de cada ciudad, así como la sociedad catolica no ha destruido la sociedad humana. Las naciones han permanecido dueñas de su suerte, conservando cada una su carácter y todos los atributos del poder; hacen leyes como en otro tiempo, con la sola diferencia que, alimentadas con la sustancia del Evangelio, emancipadas del egoismo antiguo por un sentimiento de benevolencia general, que les es en la actualidad como innato, no manchan ya su codigo con disposiciones indignas de un corazon cristiano. El Evangelio no ha pasado por el mundo como un viento que desarraiga las instituciones; él ha sido derramado en ellas con dulzura, como un agua benéfica que penetra hasta las fuentes de la vida para purificarlas y rejuvenecerlas. Todo lo que viene de Dios está siempre marcado con

un doble signo; la unidad se une allí á la variedad, la universalidad á la individualidad, la dominacion á la libertad. Por esto el Evangelio, sacando al género humano de las trabas de un derecho sin extension, no ha atentado á la existencia de las naciones. Un derecho universal para un imperio universal, hubiera sido el sueño de un hombre; Dios lo hizo mejor, creó una ley comun para una multitud de pueblos separados por su orígen, su territorio y sus instituciones. Les dejó la libre disposicion de sí mismos, diciéndoles como un padre á hijos igualmente amados: Id, y haceos vuestra suerte, creced y multiplicaos, decidid de la guerra y de la paz; pero acordaos que no sois mas que uno en la verdad y en la caridad.

Esta gran libertad dejada á las naciones ha perjudicado tal vez materialmente á la difusion del derecho evangélico; ha hecho mas difícil su cumplimiento. Pero ¿qué importa el trabajo y el tiempo? La obra de Dios es jóven aun, no está acabada, dejémosle seguir con paciencia la ruta que ha escogido. Si no ha llegado aun el sol de justicia á la mitad de su carrera, si no inunda con su luz y su calor á todos los hijos de los hombres sin excepcion, culpa es de estos y no suya; porque ellos huyen al mismo tiempo que él avanza hácia ellos. Llegará dia en que marche mas apriesa; y así como la antorcha de la naturaleza, inclinándose hácia el horizonte, ilumina á un tiempo el Oriente y el Occidente, así el Evangelio, llegado al término de su poder, dueño del mundo sin haberle violentado jamás, llenará con su gloria y con su equidad lo pasado y lo futuro.

Ya, Señores, todo pueblo que no se somete al derecho evangélico, es condenado á la barbarie por la sola fuerza de los acontecimientos. ¡Cosa tan increible como visible! Atenas y Roma, antes de Jesucristo, llegaron á la civilizacion; pero despues que se promulgó el derecho evangélico, todo pueblo que no lo reconoció ha permanecido, respecto de los pueblos cristianos, en un estado de inferioridad que inspira mas desprecio que compasion. Mirad al musulman; es seis siglos posterior á nosotros: Mahoma tenia el Evangelio en sus manos, podia copiarlo, y en efecto lo copió. Pues bien, ¿qué es el musulman? ¿Qué han llegado á ser bajo su dominacion la Grecia y la Siria? ¿Dónde se halla siquiera la cultura de los campos? ¿Cuál es el aspecto terrestre de estas comarcas, que nos habian trasmitido con tantos otros famosos recuerdos la memoria de sus montañas y de sus valles? La tierra misma no ha podido vivir bajo el yugo innoble de una administracion que no ha aprendido en sus mil doscientos años de vida á proteger una espiga de trigo. No hablo de lo demás.

Dios les ha dado los mas bellos países del mundo, despues de haberles dado la posterioridad misma sobre el Evangelio, para revelarnos con este ejemplo, tan próximo como ilustre, dónde caen las naciones que rechazan el Evangelio promulgado y conocido. Y fácil es comprender la razon. Antes de Jesucristo, el derecho universal y perfecto no existia para nadie: todos los pueblos estaban bajo este respecto en un pié de igualdad; era pues posible en esta miseria comun que un legislador, sostenido por circunstancias felices de raza, de tiempo y de clima, y sobre todo por una secreta proteccion de la Providencia, elevase á una nacion á cierto grado de cultura de espíritu y de rectitud de costumbres. Pero hoy que ha parecido el Evangelio, que se ha encendido á los ojos de todos el fanal de la perfeccion, el pueblo que lo rechaza es condenado necesariamente á relaciones de un órden inferior, que no le permiten sostener la comparacion, y le hacen vegetar, si persiste en una invencible y vergonzosa barbarie. El Evangelio ha reunido en sí todas las fuerzas civilizadoras, esparcidas anteriormente en el mundo, y cualquiera que aspire al bien y á la gloria no puede buscarlas sino allí. Era disimulable y aun laudable en Licurgo que consultase el oráculo de Delfos, en Numa que conversase con la ninfa Egeria; pero hoy el oráculo está en Roma, porque allí está el Evangelio en su mas alto representante, y quien no vaya allí humildemente á beber las inspiraciones de la soberana justicia, no edificará mas que una ciudad sin bendicion.

El Evangelio estaba formado, promulgado y establecido: era necesario defenderlo, y despues de la universalidad, asegurarle la inmutabilidad. No era poca esta nueva carga. El Evangelio protege todas las debilidades contra todas las fuerzas, todas las purezas contra todas las concupiscencias, todas las modestias contra todos los orgullos; protege al hisopo contra el cedro, la cabaña contra el palacio: debia pues tener enemigos. La raiz de las costumbres paganas subsiste siempre en el corazon del hombre, y siempre tiene representantes; existe una tradicion del mal contra una tradicion del bien, y es imposible que esta tradicion oculta no llegue con frecuencia á la potestad pública. Querrá un emperador repudiar á su mujer, el derecho evangélico se lo prohibe; otro querrá casarse con dos, el derecho evangélico se lo prohibe; un tercero deseará la direccion de las conciencias, el derecho evangélico se lo prohibe. Ya veis qué causas perpetuas de irritacion, qué guerra sorda é inextinguible del derecho pagano contra el derecho cristiano. Necesario es defenderlo, ¿pero cómo?

Dios ha provisto á ello con una gran profundidad. Él nos ha dado el derecho evangélico, no bajo la forma directa de derecho, sino bajo la forma de deber. Él no nos ha dicho : Hé aquí vuestras libertades; sino, hé aquí vuestras obligaciones. Esta diferencia es capital. No es que el deber no comprenda el derecho, como el derecho encierra el deber. Yo no puedo tener un deber hácia vosotros, sin que vosotros tengais un derecho sobre mí; y vosotros tampoco podeis estar obligados por un deber hácia mí, sin que yo tenga un derecho sobre vosotros. Pero el derecho es la faz egoista de las relaciones, mientras que el deber es la faz generosa y de adhesion, y por esto hay la diferencia que del cielo á la tierra, de la adhesion al egoismo, entre constituir una sociedad sobre el deber ó constituirla sobre el derecho. Así es que el Evangelio, que es la naturalizacion misma de la caridad, no ha sido una declaracion de los derechos del hombre, sino una declaracion de sus deberes. Y de aquí se sigue todo el sistema de la defensa evangélica contra la persecucion pagana. Cuando Bossuet, hablando de una manera mas general de la defensa del derecho, quiso dar la fórmula en su *Política sagrada*, escribió esta admirable palabra que sabrá todo el mundo : *No hay derecho contra el derecho*. No obstante, por enérgica y verdadera que sea esta frase, no es aun la fórmula verdaderamente cristiana; la fórmula verdaderamente cristiana es esta : *No hay derecho contra el deber*.

Atáquese pues el derecho evangélico en la persona de un niño, de una vírgen, de un anciano, ellos están armados : ellos responderán como Pio VII, de tan dulce y benéfica memoria : «Señor, puedo cederos mi derecho, pero no puedo cederos mi deber; puedo amaros, admiraros, hasta entregaros mi vida, pero no puedo entregaros mi conciencia; bien puedo, ¡oh emperador! perderlo todo por vos, pero no perder mi alma, porque mi alma es la eternidad, y la eternidad es mas que Dios, es el hombre y Dios á un tiempo mismo.» Hé aquí la defensa de todos nosotros. Entre nosotros y los perseguidores, no es el derecho lo que forma obstáculo, no es el egoismo, sino la adhesion; el derecho está detrás del deber, oculto y cubierto con el escudo divino.

Por lo demás, no hay que disparar un solo tiro ni una cuchillada que dar; *porque*, dice Jesucristo, *contados están todos los cabellos de vuestra cabeza, y no caerá uno de ellos sin permiso de vuestro Padre celestial* (1). Y él mismo, pronto á morir el primero por el

(1) S. Mateo, cap. 10, vers. 30, y S. Lucas, cap. 21, vers. 18.

Evangelio, decia al apóstol que habia herido para defenderle : *Vuelve tu espada á su lugar, porque todos los que tomaren espada, á espada morirán* (1); es decir, harán una defensa vana y sin efecto. La cruz es la guardia pretoria del Evangelio. Cuando se ha tenido el honor de combatir por él, es preciso tener razon, mil veces razon con la plenitud del respeto, razon con toda la humildad del amor, y detenerse despues en esta última palabra : No puedo nada, matadme; y matarán á uno, matarán á dos, matarán á tres : pero matar á un hombre armado con un deber, es ya mas de lo que pueden soportar hombros robustos. El poeta lo ha dicho : *Matar á un hombre honrado es un peso eterno*. Y nosotros podemos decir mucho mejor : la salud del mundo comenzó por la muerte de un hombre de bien en el Calvario.

Así, no es la mejor arma la violencia contra el derecho evangélico, ni el mayor peligro de su inmutabilidad. El derecho perece menos por la violencia que por la corrupcion. No es Atila el mayor azote de la libertad y de la dignidad humanas, sino los eunucos de Constantinopla. Cuando salió de Roma Yugurta y se volvió para maldecirla, no dudó en el anatema, y no pronunció mas que esta corta palabra : « *Emenda civitas!* ¡oh ciudad que solo esperas un comprador! ¡ciudad que tienes aun la balanza en que pesaba Breno en otro tiempo tu destino, y que la tienes , no ya para rescatarte, sino para venderte! » El Evangelio tenia que temer el oro del César mas bien que sus rigores, la molicie del palacio mas que el horror de las prisiones, la seduccion de la sonrisa mas que la dureza de una sentencia. Jesucristo armó, pues, tambien su Evangelio contra este género de persecuciones. Formóse siempre por la virtud de su cruz una milicia sobria y pobre, que nutrida interiormente con el maná oculto de una santa uncion, tuvo que pedir muy poco á la tierra, y estuvo siempre segura de lograrlo. Si algunas veces debia producirle tentaciones la riqueza debian salir de ella tambien tempestades que devorasen el mal con la causa y volvieran á conducir la tribu evangélica á la sencillez y á la fidelidad. Tenemos de esto ejemplos recientes. Hace poco que habeis despojado á la Iglesia de sus bienes y de sus honores; tal vez habeis creido perderla, y no habeis hecho mas que purificarla y rejuvenecerla. Vosotros no teneis ya para corromperla mas que la fuerza del pedazo de pan cotidiano; pero justamente este pan es el que no

(1) S. Mateo, cap. 26, vers. 52.

falta jamás, y si lo quitais, ella recogerá de la tierra un trozo mas honorífico aun y mas asegurado.

Derecho universal y derecho inmutable, el Evangelio es tambien un derecho-príncipe, es decir, que ha penetrado tan adelante en lo justo y en lo equitativo, que no puede concebirse ningun otro derecho mas perfecto. El Evangelio es, como las Pandectas de Justiniano, un libro de derecho; pero un libro de derecho de tan singular naturaleza, que nadie tiene la esperanza de aventajarle ni aun de imitarle. Diez y ocho siglos hace que permanece en pié, guardado por el respeto de todos, y aun de sus mayores enemigos. El pensamiento humano, tan fecundo en recursos, no ha podido descubrirle ni un igual ni una falta. El pensamiento ha negado la divinidad de Jesucristo; pero, ¿ qué importa? el Evangelio permanece, está escrito. El pensamiento ha negado la divinidad de la Iglesia; pero, ¿ qué importa? el Evangelio permanece, está escrito. ¿ Quién ha hecho pues este libro. ¿ De dónde ha caido? ¿ Quién sostiene su imperio? Despues de tantos cambios y experiencias, tantas ruinas y fundaciones, es siempre el mismo, es decir, siempre perfecto. Se le olvida un dia; á la mañana siguiente se le mira, y se dice: ¡El Evangelio!

Yo hago justicia á este siglo; él ha sentido mas que ningun otro el golpe evangélico, si me es permitido hablar así; él ha comprendido que existia un lazo secreto entre el Evangelio y la humanidad, y que mientras no se hiciese por ella alguna cosa mejor que el Evangelio, mientras no se crease un derecho mas perfecto, continuaria Jesucristo reinando en el mundo. Ha comprendido que la cuestion no era una cuestion de metafísica y de historia, porque el pueblo no se cuida ni necesita de metafísica ni de historia, sino que era una cuestion de derecho. Aun no se ha hecho contra Jesucristo ninguna empresa mas grande y mas profunda, pero tampoco ninguna cuyo resultado fuese mas glorioso para la verdad y mas fácil de comprender de todos. ¡ El derecho pues! ¡ el derecho! Nuestra prueba está hecha, Señores, por nosotros los católicos; vosotros sabeis dónde hemos tomado el mundo, bajo la relacion del derecho, y dónde le hemos llevado. Tomad la herencia á vuestra vez; cread un derecho mas universal, mas inmutable, mas perfecto. Os esperamos, y nada mas pedimos. Pero al ver vuestros primeros ensayos, desde hace cincuenta años, temo que no hagais mas respecto del derecho, de lo que habeis hecho respecto de la metafísica y de la historia.

Acabaré no obstante.

El carácter final del derecho antiguo era, como habeis visto, la inhumanidad, una triple inhumanidad que resultaba del sacrificio de los débiles á favor de los fuertes, del menor número al mayor y de una enemistad del hombre hácia el hombre. El carácter final del derecho nuevo es, al contrario, la humanidad, una triple humanidad, la proteccion de los débiles contra los fuertes, del menor número contra el mayor, y el amor de todos para todos, como si no fuesen mas que uno. Este carácter de humanidad sobrehumana es el que hace el fondo y la fuerza del Evangelio, y cualquiera que de él se sale, por plausibles que puedan ser sus miras y por puras que sean sus intenciones, entra inmediatamente en la concepcion pagana, es decir, en la inhumanidad. Permitidme que vuelva á un ejemplo al que acabo de hacer una alusion.

Desde el tiempo de Luis XIV, se quejaba uno de nuestros poetas mas populares de que la Iglesia arruinaba con sus dias de fiesta á los pobres. Esto era atacar en el corazon al derecho evangélico. ¿Y qué ha sucedido? La gran ley del descanso, esta Carta primitiva de la humanidad, anterior aun á nuestra caida, la ley del reposo ha sido sacrificada á los votos del fabulista y á los números del economista. Y bien, os pregunto: ¿es el pobre mas rico, mas libre, menos sujeto á sus señores, lo pasa mejor, es mas moral y mas feliz? ¿A quién ha servido la abolicion de la Carta del descanso sino á aquellos que hacen trabajar á los otros y que no necesitan descansar? El pobre lo notará tarde ó temprano; él reconocerá que queriendo emanciparle de un deber evangélico, se le ha arrebatado un derecho precioso que estaba oculto detrás, que se ha engañado ó burlado su bolsillo, su salud, su espíritu y su corazon. Él volverá hácia su antiguo señor, Jesucristo, que conocia los derechos del pobre, porque él mismo fué pobre; él besará nuevamente su cruz, empapada en lágrimas de todos los que sufren, y le dirá con un amor mayor que en lo pasado: ¡Yo vengo á Vos, que jamás habeis engañado al hijo del pobre!

Con el auxilio de la sociedad católica es como Jesucristo, fundador primero y último de un derecho-príncipe, de un derecho inmutable, de un derecho universal, ha obrado y propagado esta gran revolucion social. Pero hay pueblos que concurren á ella con una naturaleza mas adherida ó afecta ó con una fe mas ardiente. El nuestro es de este número, Señores; nuestro país, despues de su formacion moderna, fué siempre un país de Evangelio, un país del derecho nuevo. La eleccion de Dios es sin duda la causa de esto;

pero despues de él lo debemos sin duda al instinto de justicia y de generosidad que hay en la naturaleza francesa, á este glorioso sentimiento de lo verdadero y de lo bueno, que aventaja en nosotros al instinto de lo útil. Los errores de nuestro ingenio nos han alejado de la verdad hace un siglo; nuestro corazon nos conducirá á ella indudablemente, aunque con mas lentitud. Una vez hecha la experiencia, y reconocido que todo otro derecho fuera del Evangelio es un derecho egoista, amanecerá nuevamente el gran dia de la fe sobre la Francia. Y si esta resurreccion, presagiada por tantos auspicios felices no se realizase; si el Evangelio y la patria se separasen en fin, seríamos perdidos, porque habria terminado nuestro carácter nacional. La Francia no seria mas que un leon muerto, y se la arrastraria, con la cuerda al cuello, á las gemonias de la historia.

SERMON TRIGÉSIMO TERCERO.

De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto á la propiedad.

La sociedad católica ha cambiado la faz de la sociedad humana, introduciendo en el mundo un derecho nuevo, derecho universal, inmutable, que ha llegado á ser por su perfeccion el principio y el tipo de todo derecho. Pero este derecho bien conoceis que no ha prevalecido sin contradiccion, y aun hoy, despues de tan largo reinado, tiene adversarios que intentan destronarlo en el nombre mismo del interés del género humano. Debo pues defenderlo y justificarlo, tanto mas cuanto que esta justificacion acabará de revelaros su equidad y su profundidad.

Hé aquí la primera tésis sostenida contra el derecho evangélico: « Os lisonjeais, se nos dice, de haber trabajado por los débiles contra los fuertes; pero si ha sido tal la intencion del Evangelio, ¿no era deber suyo poner un término á la desigualdad que reina en el mundo en la reparticion de bienes? Si es cierto que sea la justicia el fundamento de la sociedad natural, uno de los objetos principales de esta justicia es la reparticion equitativa de los bienes ¿Y se hallan equitativamente repartidos los bienes? ¿No hay hombres que se mueren de tedio en la abundancia, y que despues de haber saciado sus pasiones, no saben qué hacer con lo que les sobra, mientras que muchos otros se consumen de miseria y muy frecuentemente de inanicion? Y bien, vos, Evangelio, vosotros, hombres de derecho evangélico, ¿qué habeis hecho contra este horrible abuso? ¿Qué habeis hecho contra el rico y en favor del pobre? ¡Qué habeis hecho! habeis consagrado la desigualdad de los bienes, la habeis sancionado, la habeis colocado bajo la proteccion de Dios y de Jesucristo; habeis declarado que los unos debian tenerlo todo, y los otros contentarse con tender la mano y reunir, con el nombre de limosna, las migajas que quisiera dejar caer el rico de su mesa y de su lujo. Hé aquí lo que habeis hecho en una cuestion tan grave, que toca á la vida y á la muerte de la humanidad. Nosotros pedimos cuenta de

ello al Evangelio, á la Iglesia, á esa potestad de que disponeis hace tantos siglos, á ese derecho nuevo con que estais tan vanos, y que no ha servido mas que para santificar en la propiedad la fuente viva de toda injusticia y de toda miseria. »

No disfrazo la objecion, Señores, y la combatiré con la misma franqueza con que la expongo. Pero la combatiré sin faltar á las consideraciones respecto de los que están preocupados de ella; porque, en medio de los males que son el resultado de la diminucion de la verdad y de la caridad en la tierra, es natural encontrar hombres bastante rendidos á ella para sufrirla, bastante ingeniosos para buscar su remedio, pero sobrado poco ilustrados para no extraviarse en las combinaciones de su espíritu. Otros, que tampoco poseen la verdad, se inquietan menos de la suerte de sus semejantes, y pasan con indiferencia al lado de esas grandes cuestiones: yo prefiero á los primeros, y combato sus errores, respetando en ellos, en cuanto es posible, las ilusiones de su adhesion.

Dios ha dado al hombre la tierra, y con la tierra una actividad que la fecundiza y la hace obediente á nuestras necesidades. Este don primitivo constituye en favor del género humano una doble propiedad, la propiedad de la tierra y la propiedad del trabajo. La cuestion no es, pues, saber si debe ser destruida la propiedad, puesto que existe necesariamente por el solo hecho de ser el hombre un sér activo, y que nadie podria, sin el auxilio de Dios, arrancarle la tierra de las manos. Pero la cuestion es saber sobre quién se apoya la propiedad; si es un don hecho á cada uno de nosotros, ó al contrario, indivisible y social, del que nadie podria pretender mas que una parte de frutos distribuidos por la sociedad conforme á ciertas leyes. La tradicion sancionada por el Evangelio consagra la propiedad bajo su forma individual. Segun la tradicion y el Evangelio, Dios habria dicho al hombre: « Tu eres dueño de tu trabajo, porque tu trabajo es tu actividad, y tu actividad eres tú. Quitarte el dominio de tu trabajo seria quitarte el dominio de tu actividad, es decir, la posesion de tí mismo, de lo que te hace un sér viviente y libre. Tú eres, pues, dueño de tu trabajo. Lo eres tambien de la tierra en la parte que haya fecundizado tu trabajo; porque tu trabajo no es nada sin la tierra, y la tierra no es nada sin tu trabajo: uno y otra se sostienen y se vivifican recíprocamente. Cuando hayas, pues, mezclado tus sudores con la tierra, y la hayas así fecundizado, te pertenecerá, porque se habrá convertido en una porcion de tí mismo, en la prolongacion de tu propio cuerpo; habrá sido abonada con tu carne y

tu sangre, y es justo que te quede el dominio en ella, para que se quede en tí. Yo tengo en ella, es cierto, una parte primera como criador; pero te la abandono, y uniendo así lo que procede de mi parte á lo que procede de la tuya, es el total tuyo. Tu propiedad no concluirá ni aun con tu vida; podrás transmitirla á tu descendencia, porque tu descendencia eres tú, porque hay una unidad entre el padre y los hijos, y desheredar á estos de la tierra patrimonial, seria desheredarlos de los sudores y de las lágrimas de su padre. ¿Y á quién otro habria de ir esta tierra de tu dolor y de tu sangre? A otro que no la hubiese trabajado. Mejor es, pues, que tú sobrevivas y que la guardes en tu posteridad. »

Tal es, Señores, el derecho primitivo consagrado por el derecho evangélico.

« Muy bien, se nos responde; pero ¿no veis la horrible desigualdad que va á resultar de esta tésis tan sencilla en apariencia? Al cabo de cierto tiempo, sea por incapacidad de los unos, ó por achaques de que no es responsable el hombre, ó por otras circunstancias, felices para unos, desfavorables para otros, llegará á ser la tierra mas estrecha y avara para sus habitantes, y se hallará en manos de un número pequeño de hombres que la devorarán con el lujo y la saciedad, con perjuicio de innumerables desgraciados reducidos al pan de cada dia, si es que lo tienen seguro. ¿No es este un resultado que acusa al principio de la propiedad individual? Si la consecuencia es egoista, el principio lo es inevitablemente. Es necesario pues recurrir, si amamos á los hombres, á otra distribucion de la propiedad, y proclamar sin temor, porque es deber nuestro, que pertenecen á la sociedad el trabajo y la tierra. El trabajo y la tierra son el capital social, el bien comun, la sustancia misma de la patria; todos nos debemos dedicar á él, y recibir solamente en recompensa de nuestros esfuerzos una parte de frutos proporcionada al mérito de nuestro trabajo. Por aquí cesa la distincion arbitraria del pobre y del rico; si subsiste aun alguna irregularidad, es debida á la capacidad y á la virtud, no á la casualidad de un nacimiento que ha pulverizado para nosotros en el mismo vaso la ociosidad, la abundancia, el orgullo, el egoismo, todos los vicios y todos los derechos. Vosotros mismos, ¡ oh hombres del Evangelio! en vuestros dias de santas inspiraciones ¿no habeis realizado esta divina republica? Cuando fundaban vuestros misioneros las famosas reducciones del Paraguay, ¿no decretásteis en nombre del Evangelio la comunidad del trabajo y de los bienes? ¿Era el Paraguay otra cosa que una dichosa familia

en que cada miembro trabajaba para todos, todos para cada uno, y en la que el poder social, tambien trabajador, distribuia á sus hijos con la igualdad mas justa los frutos de su pacífica actividad? Toda la tierra admiró esta creacion del Evangelio, que recordaba sus primeros tiempos. Pero, capaces de concebirla y de ejecutarla entre dos rios de América, no habeis sido capaces de poseerla como una ley general de la humanidad; habeis sido cobardes, habeis retrocedido ante el egoismo humano. ¡Y hemos de estar nosotros, hijos del siglo XIX, enseñados, es cierto, en vuestra escuela, y nutridos con la leche evangélica, hemos de estar nosotros obligados á recordaros vuestra mision, y á dar la última mano á la ley de justicia y de caridad!»

Repito, Señores, que no disfrazo la objecion, y no tengo ningun mérito en contestar, porque la respuesta me hiere y me afecta con una claridad extrema. Yo veo el establecimiento que transferiria á la sociedad el dominio de la tierra y del trabajo como el establecimiento de una servidumbre universal, y la consagracion de una desigualdad sin límites y sin recursos, servidumbre y desigualdad tales que ningun despotismo ha podido imaginarlas.

La sociedad, se dice, será propietaria única del suelo y del trabajo; pero ¿qué es la sociedad? En apariencia, es todo el mundo; en realidad, cuando se trata de administracion y de gobierno, es siempre un número de hombres exclusivamente limitado. Que la sociedad se llame monarquía, aristocracia ó democracia, está siempre representada y conducida por dos ó tres hombres que el curso de las cosas humanas llama al poder y hace depositarios de todos los elementos sociales. A los veinte años no se cree esto; á los cuarenta ya no se duda de ello: se sabe que el gobierno positivo, á pesar de todas las combinaciones imaginables, cae siempre en manos de dos ó tres hombres, y que muertos estos tres hombres, vienen infaliblemente otros tres, y así siempre. Se sabe que á causa de esto mismo, es necesario oponer al poder diques de una fuerza invencibles, sin los que se abismaria la sociedad en una autocracia tan estrecha, que no podria habitarse en la tierra ni un cuarto de hora. Ahora bien, la propiedad es uno de estos diques, una fuerza invencible comunicada al hombre, que une su vida de un dia á la inmortalidad de la tierra, al poder del trabajo, y le permite mantenerse en pié, con las manos sobre el pecho y el suelo bajo sus plantas. Quitadle el dominio de la tierra y del trabajo, ¿qué es entonces mas que un esclavo? Porque no hay mas que una definicion del esclavo; es el sér que no tiene tierra ni trabajo propio. Transportad despues este doble dominio á

la sociedad, es decir, á algunos hombres que la gobiernan y la representan; ¿qué restará de la patria, sino la servidumbre universal, el hambre y la sed regimentadas bajo la vara de dos ó tres quídam, la bajeza de todos bajo un orgullo cuyo tipo, despues de tantos orgullos, no puede ni aun imaginarse? El ciudadano no será, pues, mas que el criado de la república, y ni aun podrá sin crímen de alta traicion *tomar sus dos brazos y marcharse con ellos,* como ha dicho un hombre elocuente; la tierra huirá bajo sus piés, el cielo sobre su cabeza, y tendrá la gloria de ser colgado en el vacío para su mayor dicha y la de la humanidad.

Ved, Señores, lo que pasa donde, aunque exista la propiedad, no está asegurada contra la voluntad del soberano por su inviolabilidad. Me parece que adivinais mi pensamiento, y que nombrais el país á que aludo : pues bien, ya que le conoceis, ¿no habeis sentido jamás la pesada cadena que sus habitantes arrastran en pos de sí hasta los confines del mundo, y que les impide respirar un aire libre bajo ningun punto del cielo? ¿No habeis jamás encontrado á ninguno de estos singulares cautivos, colmado de todas las ventajas del nacimiento y de la fortuna, y que no puede responder, cualesquiera que sean su nombre, su historia, sus servicios, su poder, su favor, que no se hallará en la mañana siguiente errante por los caminos de Europa, mendigando excomulgado de su patria, desposeido del patrimonio de sus abuelos, desnudo de piés á cabeza, no reconociéndose á sí mismo; y por qué? Porque habrá tenido en su espíritu otro pensamiento que el pensamiento de su señor, porque habrá rogado á Dios de otro modo que él. ¡Y así están sesenta millones de hombres! Sesenta millones de hombres escuchan su respiracion, temiendo que cese de ser análoga á la respiracion del señor, y que la tierra misma, rechazándoles de su seno con tan gran crímen, no los rechace hasta el sepulcro ¡Hé aquí lo que es el hombre sin la propiedad de la tierra y del trabajo, y lo que se censura que no haya hecho de él el Evangelio!

Añadiré que este ilotismo universal no seria ni aun compensado por cierta igualdad en la degradacion comun; pero que bajo ningun régimen seria mayor y mas odioso el peso de la desigualdad. En efecto, cualquiera que sea la distribucion que se haga del suelo y del trabajo, deberá proveerse á las necesidades de la sociedad, y estas necesidades crean oficios de una naturaleza infinitamente variada, desde los que mas cuestan á la delicadeza y al orgullo hasta los que lisonjean mas nuestra inclinacion á la gloria y á la comodidad de la

vida. Jamás borrarán los progresos de la ciencia económica estas diferencias nativas entre los oficios sociales. Ahora bien, en el sistema que combato, no siendo nadie dueño de su trabajo, pertenecia necesariamente la eleccion de este trabajo al poder que representa la sociedad; y no habrá solamente esclavos en general, sino en particular. Uno hará versos, otro dará vuelta á la rueda de un molino, y siempre por decision superior, es decir, por la voluntad de dos ó tres hombres llamados fastuosamente la república. Es cierto que la distribucion del trabajo será reglada por la justicia, á cada uno segun su capacidad. ¿Qué cosa mas sábia y mas natural? La naturaleza misma será la que decida.

Yo desconfío mucho de la naturaleza en manos de algunos hombres, dirigiendo como soberanos la actividad de una nacion. Pero, como quiera que sea, veamos el resultado bajo el respecto de la igualdad. Hoy soy pobre, pero tengo razones para consolarme; no tengo tierras, pero tengo ingenio, corazon, mi adhesion, mi fe. Yo me digo que hubiera podido, ayudándome la suerte, manejar como cualquier otro una pluma ó un pincel. Dios no me lo ha quitado todo ni me lo ha dado todo á la vez; él ha distribuido sus dones. Pero hé aquí otro órden : la capacidad es la medida de todo. Mi alimento se pesa al peso de mi ingenio, yo recibo con una racion de alimento una racion oficial de idiotismo. Era solamente pobre por falta de trabajo, y ya soy pobre de necesidad; solo era pequeño por una parte, y ahora lo soy por todas. La jerarquía social llega á ser una serie de insultos, y no se puede beber un vaso de agua sin discernir en su color los justos tintes de su indignidad. En una palabra, la desigualdad no era mas que accidental en los hombres, miradla ya lógica, y la servidumbre universal tiene por paliativo la dominacion de las gentes de talento sobre la plebe de las incapacidades. Hé aquí, repito, lo que se acusa al Evangelio de no haber establecido.

Y no obstante, Señores, los hombres que sacaron á lucir tan extraños pensamientos, no eran hombres vulgares, y aun muchos de ellos eran hombres de adhesion. Pero no hay nada á que no se llegue cuando se sale de la naturaleza por salir del mal, y sobre todo cuando se sale del Evangelio queriendo obrar mejor que él. La comunidad del trabajo y de los bienes es una idea evangélica; pero notad sus condiciones. Primeramente debe ser voluntaria, y desde entonces no tiene el inconveniente ni el carácter de servidumbre. En segundo lugar, la desigualdad de oficios es en ella un acto de adhesion, y desde entonces cesa de ser un ultraje y una opresion. Toda la

revolucion evangélica se funda en la libre conviccion de la inteligencia y en el libre concurso del corazon, y lo que se le quiere sustituir es una revolucion mecánica, que no tiene otro orígen que un sueño, ni otra fuerza que la ley. Si hubiera sido posible su triunfo, jamás hubiera caido el género humano desde una libertad tan alta á tan profunda esclavitud, desde tan verdadera perfeccion á tan raro embrutecimiento.

No lo niego, los inconvenientes de la propiedad son grandes; el abuso que de ellos habia hecha la sociedad pagana reclamaba mas que una reforma, reclamaba una revolucion total. El rico se habia degradado á sí mismo, habia degradado al pobre, y nada comun existia entre estos dos miembros vivos, pero podridos, de la humanidad. El rico ni aun sospechaba ya que debiese algo al pobre. Le habia arrebatado todo derecho, toda dignidad, todo respeto por sí mismo, toda esperanza, todo recuerdo de orígen comun y de fraternidad. Nadie pensaba en la instruccion del pobre, nadie en sus dolencias, nadie en su muerte. El pobre vivia entre la crueldad de su señor, la indiferencia de todos y su propio desprecio. En este estado le encontró Jesucristo. Veamos qué hizo de él.

Hay una propiedad inseparable del hombre, una propiedad que él no podria enajenar sin dejar de ser hombre, y cuya enajenacion jamás debe ser aceptada por la sociedad : tal es la propiedad del trabajo. Sí, Señores, podeis no llegar al dominio de la tierra; la tierra es pequeña, hállase habitada hace muchos siglos; habeis llegado tarde, y para conquistar una partecilla necesitaréis tal vez sesenta años de la vida mas laboriosa. Es verdad. Pero tambien, y por contrapeso, os quedará siempre la propiedad del trabajo; jamás seréis desheredados de ella, y ni aun el poseedor de la tierra podrá, sin vuestra concurrencia, obtener del suelo que es suyo la obediencia y la fecundidad. Vuestro trabajo, si no es el cetro del mundo, será por lo menos la mitad de este cetro, y por esta equitativa distribucion dependerá la riqueza de la pobreza, tanto como esta de la riqueza. La transicion de una á otra será frecuente; la suerte de las dos será auxiliarse y engendrarse recíprocamente. Tal es el órden hoy dia; pero ¿ era este el órden antes del Evangelio? Ya sabeis que no, Señores; sabeis que la esclavitud era la condicion general del pobre, es decir, que privado este del dominio general de la tierra, se le habia despojado tambien de todo derecho á su propio trabajo. El rico habia dicho al pobre : « Yo soy dueño del suelo, es necesario que lo sea de tu trabajo, sin el cual no produciria nada la tierra. El suelo y

el trabajo no forman mas que una cosa. Yo no quiero trabajar, porque esto me fatiga, y no quiero tratar contigo, porque esto seria reconocerte igual mio y cederte una parte de mi propiedad en cambio de tus sudores. Yo no quiero necesitar de tí, yo no quiero reconocer que necesito un hombre para calzarme los piés y para no ir desnudo; tú serás, pues, mio, tú serás cosa de mi pertenencia lo mismo que la tierra, y en cuanto me convenga tendré cuidado de que no te mueras de hambre. »

Probablemente, Señores, no se habrá pronunciado este discurso, pero el hecho que lo motiva se ha verificado, y ha llegado á ser un hecho general. El hombre ha perecido con la propiedad de su trabajo. Ha descendido á la clase de animal doméstico, que guarda la casa, cultiva el campo, y al que se arroja su pasto dos ó tres veces al dia. Nadie en la antigüedad lo ha encontrado en peor estado. ¿Era, pues, poco establecer en el mundo este gran principio : jamás el hombre está sin propiedad, el hombre sin propiedad no existe, la propiedad y la personalidad son una misma cosa? ¿No era esto hacer una revolucion en el principio de la propiedad, y una revolucion en que no habia pensado ningun legislador? Pues bien, Jesucristo lo ha hecho, él ha hecho al hombre propietario para siempre de su trabajo, al pobre necesario al rico y partiendo con él la libertad y las fuentes de la vida. Ninguna tierra ha florecido tanto como bajo la mano del pobre y del rico unidos por un tratado, y estipulando por su alianza la fecundidad de la naturaleza. Todos los que me escuchais sois hijos de este feliz himeneo; vosotros le debeis todo lo que sois, todo sin excepcion. Sin este cambio inesperado en el régimen de la propiedad, la mayor parte seríamos esclavos, tanto vosotros como yo : yo no os hablaria desde esta cátedra; vosotros no escucharíais la palabra del derecho y del deber, y si llegase por casualidad hasta vosotros y hasta mí, nos ocultaríamos de ella como de un crímen; iríamos bajo tierra á hablar en voz baja de las verdades que discutimos aquí á la faz del dia y á la claridad de Dios.

Hombres ingratos, que renegais de Jesucristo, y que creeis meditar una obra mas profunda que la suya atacando la propiedad, aun la del trabajo, vosotros sois bien felices en que la fuerza del Evangelio prevalezca contra la vuestra. Cada hora de vuestra dignidad y de vuestra libertad es una hora que se os conserva á pesar vuestro, y que debeis á la potestad de Jesucristo. Si se bajase un dia su cruz sobre el horizonte como un astro gastado, producirian nuevamente la servidumbre las mismas causas que la produjeron en otro tiempo;

se reunirian en las mismas manos por una invencible atraccion el dominio de la tierra y el dominio del trabajo, y la pobreza, sucumbiendo bajo la riqueza, presentaria al mundo atónito el espectáculo de una degradacion de que ella no ha salido sino por un milagro siempre subsistente ante nosotros.

Ya sé que se os hace duro este milagro, y que preguntais aun ingeniosamente en qué página del Evangelio ha sido positivamente reprobada y abolida la esclavitud. ¡Ah, Dios mio! en ninguna página y en todas. Jesucristo no dijo una sola palabra que no fuese una condenacion de la servidumbre, y que no rompiese un eslabon de las cadenas de la humanidad. Cuando se llamaba el Hijo del hombre, libertaba al hombre; cuando decia que se amase al prójimo como á sí mismo, libertaba al hombre; cuando elegia pescadores para apóstoles suyos, libertaba al hombre; cuando moria por todos indistintamente, libertaba al hombre. Acostumbrados como estais á las revoluciones legales y mecánicas, pedís á Jesucristo el decreto con que ha cambiado el mundo; os admirais de no encontrarlo en la historia, formulado casi del modo siguiente : « Tal dia, á tal hora, cuando dé el reloj de las Tullerías tantos golpes, no habrá ya esclavos en ninguna parte. « Estos son vuestros procedimientos modernos; pero observad tambien los mentís que les da el tiempo, y comprended que Dios, que no hace nada sin el libre concurso del hombre, emplea en las revoluciones que prepara un lenguaje mas respetuoso para nosotros y mas seguro de su eficacia. San Pablo, iniciado en los secretos paganos de la accion divina, escribia á los Romanos : *Cada uno permanezca en la vocacion en que fué llamado. ¿ Eres siervo? no te dé cuidado ; y aun cuando pudieras ser libre, prefiere servir* (1). Estas palabras mismas eran un acto de liberacion como estas : *Yo el viejo Pablo, el cautivo de Jesucristo, te ruego por mi hijo Onésimo... á quien yo he engendrado en las prisiones... el que te vuelvo á enviar, no ya como siervo, mas en vez de siervo como hermano muy amado*(2). Así se ha hecho la restitucion evangélica del hombre; así se propaga y se conserva, por una sensible infusion de la justicia y de la caridad, que penetra el alma y la transforma sin sacudimiento, y que hace que no sea jamás conocida la hora de la revolucion. El mundo anterior á Jesucristo no ha sabido que la propiedad del trabajo era esencial al hombre; el mundo formado por Jesucristo lo ha sabido y lo ha practicado : hé aquí todo.

(1) 1. Epístola á los Corintios, cap. 7, vers 20 y 21. — (2) Epíst. a Filemon, vers. 9, 10, 12 y 16.

Pero no basta aun para el pobre la propiedad del trabajo. El niño pobre, el enfermo pobre, el anciano pobre no tienen trabajo para ellos; y falta tambien trabajo con demasiada frecuencia al pobre que tiene salud y fuerzas. Jesucristo debia, pues, crearles otra propiedad que la del trabajo. ¿Dónde tomarla? Evidentemente no podia hallarse sino en la propiedad de la tierra; pero la propiedad de la tierra pertenece al rico; y no se podria trastornar este derecho sin reducir á servidumbre á todo el género humano. ¿Qué recurso hay pues? Jesucristo lo ha descubierto, Señores; él nos ha enseñado que la sociedad no es egoista en su esencia, pero que puede serlo en su uso, y que basta reglar y limitar este uso para asegurar al pobre su parte en el patrimonio comun. El Evangelio ha establecido este principio nuevo, mas desconocido aun que la inajenabilidad del trabajo; nadie tiene derecho á los frutos de su propio dominio sino segun la medida de sus legítimas necesidades. En efecto, Dios no ha dado la tierra al hombre sino á causa de sus necesidades, y para proveer á ellas. Todo otro uso es un uso egoista y parricida, un uso de voluptuosidad, de avaricia, de orgullo, vicios reprobados por Dios, y que no ha querido sin duda robustecer y consagrar instituyendo la propiedad.

Es cierto que son diferentes las necesidades segun la posicion social del hombre, posicion variable hasta lo infinito, y de que se ha hecho cargo el Evangelio, no reglando matemáticamente el punto donde concluye el uso y donde comienza el abuso. El hombre lo hubiera hecho; Dios no se creyó bastante buen matemático para esto, ó mas bien respetó nuestra libertad en esto como en otras cosas. Pero el derecho evangélico no ha sido menos claro y terminante: allí donde espira la necesidad legítima, espira el uso legítimo de la propiedad. Lo que resta es el patrimonio del pobre, en justicia como en caridad; el rico no es mas que su propietario y administrador. Si le engañan cálculos egoistas en su deuda con respecto al pobre, si no la cumple por un lujo que crece con su fortuna, ó por una avaricia cada vez mas inquieta del porvenir, á medida que tiene menos motivos para ello, ¡desgraciado de él! No se ha escrito en vano en el Evangelio: *¡Desgraciados vosotros los que sois ricos* (1)*!* Dios le pedirá sus cuentas en el dia del juicio; seránle presentadas las lágrimas del pobre; y las verá á la claridad de la venganza, no habiendo querido verlas á la luz de la justicia y

(1) S. Lucas, cap. 6, vers. 24.

de la caridad. Si ha sido propietario legítimo de sus bienes, será tambien propietario legítimo de su condenacion.

No me detengo, Señores, en estas amenazas tan terribles y tan reiteradas del Evangelio contra los injustos detentadores de la propiedad territorial del pobre; porque esto no es mas que la menor garantia de su derecho. No es el temor lo que ha fundado en la tierra la segunda propiedad del pobre, sino la uncion de Jesucristo, penetrando en el corazon del rico y floreciendo en él como un trigo sagrado. De aquí esos cuidados asiduos de que el mundo antiguo no tenia una idea, esas preocupaciones de la opulencia en favor de la miseria; esas fundaciones de hospitales, de hospicios, casas de misericordia de todas clases; esos oidos abiertos para oir todo gemido que da un sonido nuevo, y que reclama una invencion de la caridad; esas visitas personales á las buhardillas y á los camaranchones, esas piadosas palabras salidas de un fondo de amor que no se agota jamás; esa comunion de la riqueza y de la pobreza, que desde la mañana hasta la tarde, desde el siglo que concluye al siglo que comienza, mezcla todas las clases, todos los derechos, todos los deberes, todos los pensamientos, el teatro con la iglesia, la cabaña con el palacio, el nacimiento con la muerte, haciendo nacer la caridad hasta en el crímen, y arrancando á la prostitucion misma su lágrima y su escudo.

Convengo en que está oculta una gran parte de este espectáculo; no todos los ojos han recibido el don de verlo, y sola la vista de Dios lo ve enteramente Es pues fácil acusar bajo este respecto, al menos hasta cierto grado, la dureza del rico y la impotencia de Jesucristo. A nosotros, cristianos, sacerdotes de Jesucristo, que tenemos el secreto de tantas buenas obras, nos toca testificar lo que vemos, sin dejar jamás de excitar á la mano que se cansa, ó al corazon que se olvida. ¿No hay aquí, en la juventud que me escucha, representantes de esa legion de San Vicente de Paul que llena la Francia, y que tiene actualmente hermanos de su nombre y de su alma hasta en Constantinopla y en Méjico? ¿Cuál de ellos hay que no vea al pobre frente á frente, que no sepa oirle y hablarle? ¿Cuál no ha reanimado su fe con los harapos de la miseria? ¿Cuál no ha oido algunas veces al subir por la noche vergonzosas escaleras, y llamando á la puerta del dolor, á Jesucristo responderle en su interior por una tentacion vencida, y decirle: Bien!

¡Ah! no hay duda que se aumenta en el mundo la miseria física y moral: pero ¿es esto culpa de Jesucristo ó de los que no le

quieren? ¿Tiene derecho de acusar la propiedad incredula a la impotencia de la propiedad cristiana? Esta, disminuida por la apostasia de una parte de la sociedad evangélica, hace lo que puede, y la otra parte no le deja ni aun la libre accion de la caridad. No es, pues, responsable de los males presentes; no lo será tampoco de los males futuros. Curen las llagas aquellos que las causan.

Jesucristo ha vuelto al pobre la propiedad del trabajo, y ha creado para él, en lo superfluo del rico, una segunda propiedad; pero ¿era esto bastante? Vosotros, cristianos, que teneis el sentimiento de Dios, me respondereis que no. Comparabais en secreto, mientras os hablaba, la suerte del rico con la del pobre, y os decíais que en fin, a pesar de todo, era grande la diferencia, y que era necesaria otra cosa mas para la obra de Jesucristo. Teneis razon. El hombre no necesita solamente pan, sino que necesita dignidad. El es por su naturaleza misma una dignidad. ¿Quién de nosotros no la siente vivamente, y no aspira a un estado de grandeza capaz de satisfacer el instinto que tiene de ella? Nosotros no nos engañamos sobre esto, somos hijos de raza real, descendemos de un lugar donde es de derecho la dominacion, y es justo que sintamos removerse en nosotros estos restos de nuestra primera majestad. ¡Ay! jamas un príncipe que ha perdido el trono, pierde en el destierro la memoria de él: se ha notado en la frente de todos los destronados una arruga, una cicatriz de dolor que no desaparece jamas. ¡Pues bien! nosotros somos de estos proscritos de gran raza; hablando a la letra, y en todo el rigor de la expresion, somos reyes destronados, hijos de Dios destinados a sentarnos un dia a la diestra de nuestro Padre y a reinar con él. Siendo esto así, ¿tiene el hombre pobre la medida de gloria y de potestad que nos pertenece? Y si no la tiene, ¿puede subsistir sin ella? ¿Puede vivir sin dignidad? No, mil veces no, yo no admito la vida sin la dignidad real. ¿Y donde está la dignidad real del pobre? ¿Donde esta la dignidad real de este hombre que espera del oficio mas vil su pan cotidiano? ¿Donde esta su corona? ¿Quien se la tejerá de nuevo y se la volverá? ¿Quien, Señores, quien? ¡Ah! Jesucristo, el Evangelio: estad seguros que han pensado en ello.

He aquí á Jesucristo que viene, él, el hombre reparado, el hombre renovado en la gloria para volvernosla: ¡él viene! La humanidad que le espera no es una, esta dividida en dos campos: a la izquierda la humanidad rica, a la derecha la humanidad pobre; un

espacio en medio. Jesucristo desciende, ¡ miradle ! ¿ Por dónde pasará ? Pasa por el lado del pobre con su dignidad real y su divinidad. *Es pobre* (1), gritaba el profeta viéndole venir de lejos ; y declarando él mismo su mision, *el Señor*, dice, *me ha enviado para evangelizar á los pobres* (2). S. Juan el precursor le hace preguntar por sus discípulos : ¿ *Eres tú*, le pregunta, *el que ha de venir, ó hemos de esperar á otro?* Y Cristo responde : *Id y contad á Juan lo que habeis oido y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan* (3). ¿ Es esto todo ? No ; escuchad ! escuchad ! ¡ *Los pobres son evangelizados !* Este es el signo supremo, mas que la vista vuelta á los ciegos, mas que los piés á los lisiados, mas que la pureza á los leprosos, mas que el oido á los sordos, mas que la vida á los muertos. ¡ *Los pobres son evangelizados !* Es decir, la ciencia, la luz, la dignidad son restituidas á la parte de la humanidad que no tenia ya nada de todo esto. Jesucristo no se cansa de hacer alianza con ella, y barriendo la riqueza, siempre que la encuentra al paso, decia con una divina ternura : *Os doy gracias, Padre mio y Señor del cielo y de la tierra, porque escondisteis estas cosas á los sabios y entendidos, y las habeis descubierto á los párvulos* (4). En fin, estableció entre ellos y él una solidaridad que cubrirá eternamente al pobre y le asegurará el respeto de todos los siglos futuros : *Todo lo que hicisteis*, dijo, *á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicisteis* (5).

Ya comprendeis ahora, Señores, el encanto inaudito que tiene la pobreza á los ojos del cristiano. Si, no contento con socorrer al pobre y con amarle, aspira el cristiano á ser tambien pobre ; si vende su patrimonio para distribuirlo entre sus hermanos que sufren ; si S. Francisco de Asís renuncia á la herencia paterna para recorrer el mundo con un sayal y un cordon ; si Carloman lava las escudillas del Monte Casino ; si tantos reyes, reinas, príncipes y princesas lo dejan todo para abrazar la pobreza voluntaria, ya sabeis el secreto. Jesucristo, que descendió de mas alto, se hizo pobre ; hizo de la pobreza y del amor una mixtura que embriaga al hombre, y en que todas las generaciones vienen á beber á su vez. El pobre es el mismo Jesucristo ; Jesucristo, que tanto ha amado. ¿ Comó pasaré yo á su lado sin una gota de respeto y de amor ?

¡ Oh filósofos poderosos ! yo veo bien vuestra objecion ; vosotros

(1) Zacarías, cap. 9, vers. 9. — (2) S. Lucas, cap. 4, vers. 18. — (3) S. Mateo, cap. 11, vers. 4 y 5. — (4) S. Mateo, cap. 11, vers. 25. — (5) S. Mateo, cap. 25, vers. 40.

me diréis : Todo esto es pura metafísica; no hay aquí dentro una sombra de realidad. Es verdad, no hay aquí dentro ni decretos legislativos, ni artillería de grueso calibre para hacerlos respetar, ni aun sentido comun, si quereis; no hay mas que una revolucion de amor, una revolucion ejecutada con nada. Y esto es precisamente lo que me conmueve. ¡Oh académicos! hombres de talento, legisladores, príncipes, profetas, escuchadme si podeis. La humanidad rica hollaba á sus piés á la humanidad pobre; yo, yo era de la humanidad pobre en aquel tiempo, y aun lo soy. ¡Pues bien! por favor haced que la humanidad rica respete á la humanidad pobre; que la humanidad rica ame á la humanidad pobre; que la humanidad rica piense en la humanidad pobre; haced hermanas de la Caridad para restañar mis llagas, hermanos de las Escuelas Cristianas para instruirme, hermanos de la Merced para rescatarme del cautiverio; haced esto, y os perdono lo demás. Jesucristo lo ha hecho, y he aquí por qué le amo; lo ha hecho con nada, y hé aquí por qué le tengo por Dios. Cada uno tiene sus ideas.

Jesucristo ha tenido otra respecto de los pobres; ha temido que se creyesen desgraciados en su eleccion para la pobreza, y ha pronunciado esta adorable palabra que está al frente del Evangelio: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Pensais tal vez que esto quiere decir: Bienaventurados los que son despreciados en la tierra, porque serán honrados en el cielo; bienaventurados los que sufren en la tierra, porque ellos se regocijarán en el cielo; bienaventurados los que no son nada en la tierra, porque ellos lo serán todo en el cielo. Es verdad, este es en parte el sentido de esta inefable palabra; pero no es todo su sentido. Quiere decir tambien: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos desde este mundo; porque la uncion de la beatitud descenderá en su alma, la explayará, la elevará sobre sus sentidos, y la llenará tambien aun en medio de la desnudez. Jesucristo nos revelaba con esto una verdad que no es solamente del órden natural, sino que pertenece tambien al órden moral, y aun al órden puramente económico: y es, que la felicidad es una cosa del alma y no del cuerpo, que su órigen está en el sacrificio y no en el goce, en el amor y no en la voluptuosidad. Ahora bien, el sacrificio pertenece al pobre por derecho de nacimiento, y el amor, demasiado frecuentemente rehusado al rico, habita voluntariamente en el corazon sencillo del artesano, que jamás ha sido servido ni adorado, que no ha puesto todo su sér en el orgullo, y que

sabiendo darse, sabe amar y ser amado. Así pues, el Evangelio al desviar al hombre de la tierra y al dirigirle hácia las cosas del cielo, respondia á una disposicion de la naturaleza. Inspiraba al pobre con las alegrías de la santidad las alegrías menos llenas, y no obstante apetecibles, del órden humano. Hacia que los pueblos estuviesen contentos, espectáculo mas raro hoy, pero que, gracias á Dios, no ha desaparecido aun. ¿ No habeis encontrado jamás los domingos á un pueblecillo breton dirigiéndose á la iglesia, el anciano caminando con paso alegre, el jóven esposo llevando del brazo á su compañera, los hijos y nietos llevando á Dios su robusta y apacible salud; todos anunciando en su exterior, desde la frente calva á la frente vírgen, la serenidad, la satisfaccion, la posesion de sí mismo en Dios, la seguridad de la conciencia, sin una sombra de pesar ni envidia? El hombre de la cabaña sonrie al hombre del palacio; el respeto no forma en sus labios mas que una inflexion de contento, y el contento no es mas que la expresion terrestre de un sentimiento mas elevado y que se desborda mas á fondo.

En otra parte, Señores, ya no es lo mismo; la envidia ha surcado todas las frentes y encendido todos los ojos. Yo lo creo bien, Jesucristo habia fundado la propiedad del pobre, su dignidad y su beatitud; vosotros habeis alterado las tres. Habeis disminuido la propiedad del pobre con el acrecimiento de la propiedad incrédula mas ó menos vuelta al egoismo pagano; habeis disminuido la dignidad del pobre atacando á Jesucristo, que es su fuente; habeis disminuido la beatitud del pobre persuadiéndole que la riqueza es todo, y que la felicidad, hija de la Bolsa, está anotada y rubricada en el gran libro de la deuda pública. Vosotros recogeis el fruto de esto. Este país tiene muchas llagas; pero quizá es la mayor la llaga económica, ese furor del bienestar material que precipita á todo el mundo sobre esa flaca y miserable presa que llamamos la tierra. Volved, volved al infinito: él solo es bastante grande para el hombre. Ni caminos de hierro, ni largas chimeneas de vapor, ni ninguna invencion agrandarán la tierra en una pulgada; aunque fuera tan pródiga como es avara, tan ilimitada como es estrecha, no seria para el hombre mas que un teatro indigno de él. Solo el alma tiene pan para todos, y alegría para una eternidad. Entrad en ella á velas desplegadas; volved Jesucristo al pobre, si quereis volverle su verdadero patrimonio; todo lo que hagais por el pobre sin Jesucristo no hará mas que aumentar sus deseos, su orgullo y su desgracia.

SERMON TRIGÉSIMO CUARTO.

De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural respecto á la familia.

La propiedad es una de las bases de la sociedad natural, no solamente porque sirve para la conservacion y la distribucion de la vida, sino tambien porque es necesaria para el sostenimiento de nuestra dignidad y de nuestra libertad. Sin embargo, el mundo pagano hizo de ella, desviándola de este doble objeto, un instrumento de miseria, de servidumbre y de degradacion, y ya habeis visto la dichosa revolucion realizada bajo este respecto por el derecho evangélico ó cristiano. El Evangelio ha restituido á los hombres la propiedad inalienable del trabajo, y no teniendo estos frecuentemente trabajo por causa de edad, de enfermedad ó de ocasion, ha creado para ellos una segunda propiedad en lo superfluo del rico y en la caridad de todos. Por estas dos disposiciones del derecho nuevo, ambas desconocidas á la antigüedad, se ha hecho la paz entre la humanidad rica y la humanidad pobre, ayudando la primera á la segunda y la segunda á la primera, uniendo ambas el amor á la justicia, y contentas con su suerte en cuanto es posible llegar en este mundo á adquirir el contentamiento; porque en este punto, como en muchos otros, Señores, no debeis perder de vista que ninguna providencia lo puede todo para el hombre: cualquiera que sea el derecho, es posible el abuso por nuestra libertad, y la desgracia por el abuso. Toda la justicia y toda la caridad del Evangelio no podrian conjurar enteramente el efecto de nuestras pasiones, del egoismo, de la imprevision, de la molicie y de tantas otras causas por las que abrimos en nosotros un abismo de miseria y de dolor. El hombre justo no acusará siempre á sus hermanos de los males en que ha caido, se acusará de ellos frecuentemente á sí mismo; perdonará tanto mas á Dios, cuanto menos se perdone á sí, y aun cuando fuera inocente, comprenderá tambien que no estando solo en el mundo, pueden corresponderle las faltas de otro y entristecer su destino. El Evangelio tiene la libertad por contrapeso; él no hace mas que milagros que no la destruyen.

Estando reglada la propiedad por la justicia y purificada por la caridad, aun no está todo hecho. Hay otra base de la sociedad natural, no menos importante, mas importante tal vez, si es posible asignar grados exactos á los elementos constitutivos del órden social: quiero hablar de la familia. Porque la sociedad humana no es una reunion de individuos diseminados, libres de toda otra consistencia que la de su personalidad; es un tejido de familias regulares, que hacen del hombre mismo una sociedad anterior á otra, sociedad de trabajo, de riqueza, de afecto, de fuerza, por la que se coloca el hombre como un sér en la plenitud de la naturaleza, conservando y propagando su vida, y partiendo de aquí para entrar en una sociedad mas vasta, á la que él lleva su existencia colectiva, y á la que pide en cambio una participacion en mayores bienes: toda la extension, toda la gloria, toda la potestad de una patria.

Hoy me propongo examinar lo que ha hecho el derecho evangélico por la familia. La naturaleza misma del asunto exigirá de mí algunas veces que toque puntos delicados; espero permanecer en los límites consagrados por la lengua cristiana, y aun por la lengua de ese gran siglo de Luis XIV, á quien concedió Dios la gracia de hacer bien y de hablar aun mejor.

La familia se compone de tres clases de personas: el padre, la madre y el hijo. Hablaré del hijo solamente de una manera accesoria, porque su destino depende de las relaciones que existen entre el padre y la madre, y allí donde estas relaciones son justas y humanas, la suerte del hijo es tambien buena y feliz. Sepárole de la discusion para no complicarla inútilmente.

Segun la tradicion consignada en los libros santos, habiendo hecho Dios al hombre, le miró y vió que estaba solo. Envióle pues un sueño misterioso, y mientras se hallaba sumergido en él, poniendo la mano en su corazon, arrancó una parte del escudo natural que lo cubre, formó con ella un sér nuevo, y habiendo dispertado al hombre, le presentó la compañera de su vida. El hombre enajenado, se reconoció en otro que en sí mismo, y pronunció la primera palabra de amor. *Hé aquí*, dijo, *el hueso de mis huesos, y la carne de mi carne: esta será llamada varona, porque del varon fué tomada; y por ella dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne* (1). Esta palabra, Señores, ó mas bien este cántico encerraba toda la constitucion de la familia;

(1) Génesis, cap. 2, vers. 23 y 24.

la dignidad recíproca del hombre y de la mujer, la indisolubilidad de su union, y esta union en dos personas solamente. En primer lugar la dignidad, pues que la mujer habia sido tomada del hombre, y no podia jamás echársele en cara el haber sido formada de un barro secundario; la indisolubilidad, pues que su union era en una sola carne; la unidad, pues que esta carne no era mas que de dos.

Y si, dejando aun la tradicion bíblica, buscamos en nuestro corazon cuáles son las verdaderas relaciones del hombre y de la mujer, sacaremos tambien las mismas consecuencias. En realidad, el afecto mas querido, el mas penetrante, el mas amable, el que mejor encierra la idea de la felicidad, tal como la creemos, es, Señores, pesada en el peso del corazon, como en el peso del santuario, el afecto que une al hombre á su legítima compañera. Ahora bien, donde quiera que está el afecto, hay comunicacion de dignidad; el afecto no ha ultrajado jamás, él honra, él respeta, él venera, él eleva lo que es bajo para transfigurarlo en sí. Y aun es uno de los sueños de nuestra alma amar lo que es inferior á nosotros, para tener el placer de elevarlo hasta nosotros; sentimiento delicado, que experimenta el mismo Dios, y que nos explica todo lo que ha hecho por el hombre. Un antiguo ha dicho : *Amicitia pares invenit vel facit;* máxima cuya aplicacion es diaria, y que disminuye en beneficio de la felicidad la regularidad severa de las clases. Aplícase especialmente á la mujer, que ocupa naturalmente la mas alta dignidad, porque el amor que nosotros le dedicamos es el mas alto de todos los amores. Digo nosotros, Señores, porque aquellos mismos que están constituidos en la dignidad del sacerdocio y de la castidad eterna, tienen una madre, una hermana, y por consiguiente no están excluidos del afecto bendito de que hablo, don de Dios para todos los hombres y condimento sagrado de toda la vida.

En segundo lugar, el afecto produce naturalmente la indisolubilidad. ¿ Qué sér hay tan poco entusiasta, cuando ama, para calcular el momento en que ya no amará ? ¿Qué sér hay bastante indigno de concebir y de merecer el afecto, que vive con lo que ama, como si debiese no amarlo ya algun dia ? ¿ Quién de nosotros, al contrario (ilusion destruida con sobrada frecuencia, pero ilusion que nos honra), quién de nosotros, una vez que amó, no se persuade al menos en aquel momento que amará siempre con todo el entusiasmo y toda la juventud de su corazon ? Nos engañamos, es verdad; pero no por eso deja de ser este el carácter innato de toda inclinacion formal.

La unidad es otro de sus caractéres. No se ama á tres, no se ama á dos. Es imposible representarse un afecto de la misma naturaleza y de la misma fuerza entre tres almas de hombres. Y esto consiste en la misma causa de haber tan poca capacidad en nosotros para amar. Nuestro amor es exclusivo; cuando nos damos, no nos damos mas que á uno, y ha sido necesario todo el poder de Jesucristo para comunicar extension á nuestros afectos sin destruir su energía.

Así pues, el corazon y la Biblia nos dicen una misma cosa, y en ningun otro punto están mas acordes; nos dicen que las relaciones del hombre y de la mujer son dignidad, indisolubilidad y unidad.

Pero cuando saliendo del corazon y de la Biblia entramos en la historia, ¿es este el espectáculo que se nos presenta? No, Señores, vemos todo lo contrario. El hombre, históricamente hablando, ha acumulado contra su compañera todas las durezas é incapacidades que ha podido imaginar. La ha hecho cautiva; la ha cubierto con un velo, ocultándola en el sitio mas secreto de su casa, como una divinidad malhechora ó como una esclava sospechosa; le ha acortado los piés desde la infancia para impedirle que anduviese y llevase su corazon donde quisiera; la ha entregado á los trabajos mas penosos, como una sierva; le ha rehusado la instruccion y los placeres del espíritu, hasta que allá, en ciertas comarcas, hallando el viajero á este sér degradado y preguntándole por el camino, la mujer le respondia: « No lo sé, soy una mujer. » ¿Y qué no se ha hecho contra ella? Se la ha tomado en matrimonio bajo la forma de una compra y de una venta; se la ha declarado incapaz de suceder á su padre y á su madre, incapaz de testar, incapaz de ejercer la tutela de sus propios hijos, y volviendo ella misma á la tutela al disolverse el matrimonio por la muerte. En fin, la lectura de las diversas legislaciones paganas es una revelacion perpetua de su ignominia; y mas de uno, llevando la desconfianza hasta la extrema barbarie, ha obligado á seguir el cadáver de su marido á la esposa jóven y viva, y á sepultarse en su pira, para que, segun observa un jurisconsulto, estuviera en seguridad la vida del marido, sabiendo la mujer que no podia sobrevivirle en ningun caso.

¡Qué injurias, Señores, qué espantosa degradacion! Mas no es esto todo. Deshonrada ya con tantos ultrajes hechos á su debilidad, se ha unido á ellos la facultad de repudiarla. Ella ha venido jóven y hermosa, y se la despide marchitada por la edad ó las enfermedades, como un mueble de que nos deshacemos cuando está gastado por el

uso, ó cuando nos fastidiamos de verle en nuestra casa. Los satíricos latinos nos han conservado algunas de estas escenas de infamia, y hasta las palabras insolentes del esclavo que iba á decir á la que era su señora el dia anterior que no era ya ni esclava como él.

Y mucho mas aun : ¡ la simultaneidad en el matrimonio, manadas de estos séres tan dignos ante Dios y ante nuestro corazon, manadas de mujeres encerradas como un rebaño entre cuatro paredes, y llegando á ser en el tedio de sus dias y de sus noches la presa, no diré de un afecto, sino de un momento de afecto en medio de siglos de olvido!

¡ Hé aquí la historia, hé aquí la mujer en la historia!

Y aun cuando vino el Evangelio, cuando el Evangelio la levantó, como veremos ahora, no cesaron para ella de un golpe el oprobio y la servidumbre ; no cesaron mas que en los países donde prevaleció el Evangelio, y en todos los demás ha permanecido en la suerte que se podria llamar su suerte natural. Teneis la prueba de ello bastante cerca de vosotros. ¿ Se ha cuidado acaso el musulman, que vino seis siglos despues del Evangelio, de volver á la mujer su dignidad? Él ha levantado á vuestras puertas, para desafiaros, las cuatro paredes del cautiverio y del desprecio; ha amontonado los objetos de su débil concupiscencia, aunque tal vez no los haya marcado todos con el mismo grado de servidumbre y de infamia; pero ¿ qué importa el color de estimacion en el oprobio, y el grado de favor en la opresion? La sultana reina en cuanto puede reinar en un corazon que se reparte y se disipa ; ella reina en él como no quisiera reinar la última aldeana de Francia. El espectáculo de las costumbres musulmanas en los pueblos que no carecen de grandeza nativa, es una advertencia de la Providencia á la mujer cristiana, tentada de apostasía por la severidad del Evangelio; ella aprende en este lo que cuesta el amor que está bajo la proteccion de Dios, y lo que llega á ser la adoracion del hombre á la mañana siguiente del dia en que no adora ya á Jesucristo. Ella aprende el grado de bajeza á que desciende desde que Jesucristo no tiene la mano sobre el hombre para contenerle y purificarle, para contener y purificar á su compañera, y convertirlos á entrambos en un santuario de amor fiel y respetuoso.

Hasta entre nosotros, Señores, desde que bajan las aguas evangélicas, ¿qué es lo que oimos? El grito sordo del divorcio, la bestia humana que aulla al lado de la libertad brutal, y pide que se la liberte de un deber insoportable á sus deseos. Nosotros hemos oido este grito vergonzoso, y aun ha triunfado un momento en nuestra pa-

tria, y aun triunfa en una parte de Europa, en que está mal defendido el cristianismo por el cisma y la herejía : allí se ve arrojar á una mujer, y á una mujer cristiana, de la familia que ha fundado con su sangre; ella cesa de ser madre cesando de ser esposa; quítasele por el divorcio, como se divide un rebaño, una parte de los hijos que ha llevado en su seno, que ha alimentado con sus lágrimas y con su amor. Pero al menos á la loba á quien en medio de los bosques se le roban sus lobatos, se le hace una injuria que ella siente; ¿y vosotros, en país cristiano, arrancais el hijo á su madre, y no temeis hacerle una injuria que no os perdonaria el tigre en la caverna de sus desiertos?

¿Cómo explicar tan extraño trastorno de las leyes de la naturaleza y del afecto? Comprendo el abuso de la propiedad, la esclavitud. El esclavo es un extranjero; él ha caido en esta condicion por la suerte de la guerra ó del nacimiento; no es nada para los recuerdos de su señor y para su corazon. Pero ¿por qué deshonrar á la compañera que ha elegido el hombre, que ha recibido los juramentos de su juventud, que es su igual por la sangre, que ha vivido en su hogar, á la que ha abierto su alma, que le ha dado dias que se han grabado en su memoria é hijos que han crecido á sus ojos? ¿Qué ha hecho ella? ¿Qué adelanta el hombre con esto? ¡Ah! voy á decir, Señores, lo que adelanta; porque, en fin, debemos conocer bien las causas despues de haber visto el fenómeno; debemos penetrar el fondo del hombre y explorar toda su corrupcion, para que se nos aparezca tal cual es toda la restauracion evangélica.

Tres egoismos han concurrido en el corazon del hombre para el envilecimiento de la mujer. El primero es el egoismo de los zelos. Nosotros amamos, es cierto; pero somos tan poca cosa para ser amados, pasan los años tan presto y se llevan tan rápidamente los encantos de nuestra juventud, que llega un momento en que dudamos de nosotros mismos y de nuestra aptitud para merecer el afecto. No nos engañamos. No obstante queremos retener lo que ya no vendrá á nosotros por sí mismo; aspiramos á una pasion cuyo dia está ya lejano; mas bien que obedecer á la naturaleza queremos violentarla, y resucitar con la servidumbre lo que se nos ha arrebatado por la libertad. Hé aquí la razon secreta que ha condenado por todas partes á la mujer á un ilotismo mas o menos pronunciado.

Otro egoismo, el de la lasitud, ha trabajado contra ella en otro sentido. Nos cansamos, dispertámonos un dia como de un sueño, admirámonos de no amar lo que en el dia anterior adorábamos aun;

y nos preguntamos por qué. Nada ha cambiado mas que el corazon; pero el corazon ha cambiado, y este es un golpe de que no se recobra jamás. ¿Qué hay que hacer? ¿Cómo vivir en el suplicio de ver con indiferencia el objeto que veíamos con transporte? La disolubilidad del matrimonio es la recompensa de nuestra inconstancia en esta cuestion. Los zelos hacian á la mujer cautiva; la lasitud la arroja.

Queda otro tercer partido para el tercer egoismo, que es el de la simultaneidad. Lo mismo que nos damos á nosotros mismos es tan sutil, que necesitamos algunas veces, para conseguir todos nuestros goces ó conveniencias, unir el hábito á la novedad. Lo conseguimos multiplicando el matrimonio, y así formamos á la pasion un séquito donde el recuerdo es tan vivo como el capricho, donde se mezclan todos los tiempos, donde cada dia lleva á una inagotable inconstancia una boda y un repudio.

Tal es el hombre, y este triple egoismo se reduce á uno solo, que es no tener amor. Esta es la acusacion que hace S. Pablo á los paganos, cuando despues de haber enumerado todos sus crímenes concluye acusándolos de no haber tenido *afecto* (1). El amor puramente humano es una efervescencia pasajera, producida por causas que tienen en sí poca duracion; nace por la mañana y se marchita por la tarde. No es el acto de un hombre dueño de sí, seguro de su voluntad y llevando la energía del deber hasta en los goces íntimos del corazon. El amor verdadero es una virtud; supone un alma constante y fuerte, que sin ser insensible á los dones fugitivos penetra hasta la region inmutable de lo bello, y descubre en sus mismas ruinas una florescencia que la mueve y la detiene. Pero solo el alma cristiana tiene este gusto creador; las demás se detienen en la superficie y ven la muerte en todas partes. Dos jóvenes se adelantan al altar, á esa bella ceremonia de las nupcias; consigo llevan toda la alegría y toda la sinceridad de su juventud; hanse jurado un amor eterno. Pero pronto se disminuye la alegría, vacila la fidelidad, la eternidad de sus juramentos huye poco á poco. ¿Qué ha sucedido? Nada; ha seguido una hora á otra hora; ambos esposos son lo que eran, salvo una hora mas. Pero una hora es mucho tiempo hallándose fuera de Dios. Dios no habia intervenido en sus juramentos, él no ha sido el cómplice de su amor, y su amor concluye porque solo Dios no concluye.

Volvámonos á este lado, y despues de tan tristes espectáculos,

(1) Epístola á los romanos, cap. 1, vers. 31.

veamos lo que ha hecho Dios por medio del Evangelio para la rehabilitacion de la mujer.

El Evangelio ha vuelto á la mujer la libertad, la instruccion, todos los derechos civiles. Pero ha creado además para ella tres ministerios que le dan una gloriosa accion en los destinos del género humano. El primero es el ministerio del respeto. El respeto es un temor dulce y piadoso. Cuando encontramos á un hombre cargado de años y de servicios, cubierta la frente con vivas señales de virtud, nos sentimos, aunque iguales á él, afectados de un sentimiento que no nos causa ninguna pena, pero que no obstante nos quita la confianza de la familiaridad : este sentimiento es el respeto. El respeto es la confesion voluntaria de una dignidad que nos manda sin necesidad de darnos órdenes; entra como un condimento necesario en todas las relaciones del hombre entre sí, y el afecto mas tierno no excluye su expresion, por templada que llegue á ser en sus manos. Sin el respeto toca el hombre á la grosería de la barbarie, y desconoce la dignidad real que está en él. El respeto, Señores, ha descendido sobre nosotros de Dios mismo, que nos ha formado á su imágen. En Dios hay una majestad que repeleria, si estuviera sola; pero estando esta majestad suprema unida á una bondad suprema, resulta de esta mezcla infalible una fisonomía que atrae sin perder nada de su grandeza. Es un reflejo de este matiz que reside en nosotros, y que produce el respeto.

Ahora bien, Señores, nosotros estamos sujetos á olvidar ó á desconocer esta parte de nuestra celestial dotacion. Los abusos de la igualdad, la degradacion del vicio, la falta de delicadeza del espíritu nos conducen sin cesar á la grosería, como el orgullo nos lleva á una petulancia ó rigidez necia y ridícula. La civilizacion cristiana necesitaba hallar y conservar el secreto de la dignidad templada por la gracia, de tener de ella un intérprete subsistente, un modelo exquisito é inviolable, cuya sola presencia fuese una leccion y nos recordase sin cesar la fisonomía del hombre verdadero, puro, sincero, sencillo, digno de sí mismo : á la mujer cristiana se ha confiado este ministerio augusto. El Evangelio ha hecho de la esclava una reina, la ha sacado de una servidumbre vergonzosa ó de una libertad desenfrenada, que no era mas que una esclavitud, para darle una modesta y soberana accion sobre las costumbres publicas. Cetro llevado con tanto fruto como gloria, que ha impreso á los tiempos modernos un inefable tinte de decoro y de elevacion.

Ese jóven gastado en el vicio, que no cree ya en nada, ni aun en

el placer, que no respeta ya nada, ni aun á sí mismo, viene, y encontrando la mirada de la mujer cristiana, ve viva la dignidad que ha profanado; vuelve á encontrar á Dios en un alma que ha guardado su sacerdocio y que lo revela en sus facciones : conoce su miseria y su abyeccion al mirarse en este espejo de pureza. ¡Un movimiento de los párpados ó de los labios basta para castigarle y aniquilarle, cuando se creia seguro de no temblar ante Dios! Reconoce una potestad á la que debe dar cuenta de su vida, ante la que debe disfrazar al menos su vergüenza, y si es incapaz de sentir esa acusacion tácita, si desprecia á la mujer, despues de haber despreciado todo lo demás, este es el último rasgo de su condenacion; ya no pertenece al mundo civilizado, es bárbaro.

El segundo ministerio que ha creado el Evangelio para la mujer cristiana, es el ministerio de educacion.

¿A quién será confiado el hombre al nacer? ¿A quién será entregado para que le inspire un alma buena? ¿Cuál es la mano bastante delicada, bastante ingeniosa, bastante tierna para domesticar esa bestia salvaje que acaba de nacer entre el bien y el mal, que podrá ser un malvado ó un santo? No vayamos tan lejos. Ya ha comenzado su educacion en el seno mismo que le llevaba. Cada pensamiento, cada oracion, cada suspiro de su madre, ha sido una leche divina que corria hasta su alma y le bautizaba en el honor y la santidad. El padre no puede nada allí en él directamente. A la madre sola ha sido concedido que su alma tocase durante nueve meses al alma de su hijo, y le impusiese predisposiciones para la verdad, la bondad, la dulzura, gérmenes preciosos cuyo desarrollo acabará á la luz del sol, despues de haberlos sembrado en las profundidas desconocidas de la maternidad. El niño nace; sale de esta primera educacion del Evangelio por las entrañas de su madre; pero es recibido en manos que ha bendecido el Evangelio, y no tiene ya que temer el asesinato ó la exposicion; duerme tranquilo bajo la proteccion de su madre armada de Jesucristo. Y al abrir sus ojos, ¿cuál es la primera mirada que encuentra? La mirada pura y piadosa de una cristiana. Y luego que pueda una palabra, deslizándose por los canales tortuosos de su oido, introducirse en su alma, ¿quién será el que se la diga? ¿Quién le arrojará la primera palabra, la primera revelacion, el primer grito de una inteligencia á otra inteligencia? ¿Quién? Antiguamente era Dios; ahora tambien es Dios, por nuestra madre purificada y santificada. La mujer cristiana ha sucedido á Dios, en el ministerio sagrado de la primera palabra. Cuando Adan la oyó, y se

encendió de un golpe la llama de su espíritu bajo el horizonte brillante del cielo, fué Dios quien le habia hablado. Y nosotros, cuando se despierta nuestro corazon al afecto, y nuestro espíritu á la verdad, se realiza este prodigio bajo la mano, bajo la palabra, bajo el peso del amor materno.

Bien pronto desaparece la infancia, y se anuncia la juventud con sus instintos de libertad. La educacion se hace mas peligrosa sin dejar de ser necesaria; toda potestad pesa sobre nosotros como un yugo. Solo hay una, sino intacta, al menos respetada. Aun oimos la verdad de los labios de una madre amada de Dios; su mirada no ha perdido toda la autoridad; su reprension no está sin aguijon para excitar los remordimientos, y cuando se halla enteramente desarmada, quédanle las lágrimas como un mandamiento final, al cual no resistimos. Ella se abre paso, sin advertirlo nosotros, por los pasajes que conducen á los sitios mas secretos de nuestro corazon, y nos admiramos de encontrarla allí en el momento en que nos creemos solos. ¡Virtud singular sobreviviéndose á sí misma, y que atestigua aun en sus restos las fuentes eficaces en que la habia empapado Dios!

Cuando concluye la madre, comienza la esposa. El hombre es señor á su vez, pero su magistratura no excluye la que da sobre sí mismo, y su corazon obedece tanto mejor cuanto que manda su pensamiento con un imperio que no es disputado. La fogosidad de la juventud se aplaca; el hombre no desea la independencia mas que como un bien que excede á todos los demás, y que le pone en posesion de sí mismo; él se posee bastante, está seguro de su poder, se vuelve hácia la dulzura de la infancia por la pendiente de su voluntad y el peso mismo de la vida. Fáltale la amistad, no tiene iguales; ¿y quién no necesita iguales? ¿Quién no necesita una persona bastante tierna para mandar, bastante adherida á nosotros para decirnos la verdad? El hombre la pide á la esposa, despues de haberla tenido de su madre; busca tanto la autoridad como la temió un momento antes. Él la acepta al menos sin resistencia, porque se forma en su mayor parte de amor, y porque bebe en él los consuelos de cada dia contra las amarguras de la madurez. Porque la vida se hace severa declinando hácia la tarde; las decepciones abundan; la luz de las cosas se empaña; los cuidados surcan la frente, y la misma ambicion, cansada del triunfo, deja escapar este grito de la vanidad engañada:

Mi corazon, de todo fatigado,
Un error demandaba que viniera

A disipar las sombras tenebrosas
De mis profundos tedios, y me diera
En el trono del mundo algun consuelo.

Y este error que se busca, si es un error, ¿quién lo da sino la esposa? Ella es la que colora los sucesos felices, la que embalsama las desgracias, la que recibe en el umbral doméstico á ese fugitivo de los honores, humillado con su caida, á ese proscrito del pensamiento, que no ha sacado de la ciencia mas que el martirio de la duda. La esposa cristiana infiltra en estas almas destrozadas el desprendimiento y la incertidumbre; ella resucita en su alma al Dios que rogocijaba su juventud, y reanima su vida moribunda en las fuentes de la eternidad.

Si le falta la gracia para esta escena final de la educacion humana, no se ha perdido todo: las transfiguraciones de la mujer cristiana no se han terminado aun, no. Despues de haber sido madre, despues de haber sido esposa, la mujer cristiana se reproduce bajo una nueva forma: ¡es hija! ¿Y qué hombre hay que á los sesenta años no aprenda de su hija? ¿Qué hombre hay que no habiendo conocido á Dios en la vida y en la razon, y viendo á su jóven hija arrodillarse cada noche ante la invisible Majestad, no sospeche en el candor de su oracion y de su alegría, en la paz de su corazon, alguna cosa del misterio que se aproxima á él por una tan viva representacion? ¡Oh ternura de los caminos de Dios! Nuestra madre nos enseñaba su nombre cuando éramos niños; la esposa lo ha repetido en la intimidad nupcial al alma enajenada del jóven esposo; la hija lo cuenta al anciano agobiado con el peso de la edad, y vuelve á traerle, en sus dias de decadencia, una revelacion juvenil y virginal. El cielo dirá cuántas almas han sido el fruto de esta última violencia de la verdad; cuántos, que no habian visto ni oido nada, se han dispertado del sueño del error en el lecho de la muerte, y han adorado con su aliento espirante al eterno amor, mostrándose á ellos bajo la forma angelical de una hija muy querida.

Despues de esto, ¿necesitaba la mujer de otro tercer ministerio? Dios, no obstante, le ha encomendado otro ministerio, ¿diré que es el mayor de todos? No lo sé; pero en fin, lo nombraré: es el ministerio de la caridad.

A la mujer cristiana, por una delegacion especial, como empleo de sus ocios y de la superabundancia de sus virtudes, han sido confiados todos los pobres, todas las miserias, todas las lágrimas.

Ella es la que en el nombre y en lugar de Jesucristo debe visitar los hospitales y los desvanes, descubrir los gemidos, explorar el reino tan vasto del dolor. A otros el servicio de la doctrina, á ella el servicio de los socorros. A otros toca representar á Jesucristo con la espada de la palabra, á ella representarle con la espada del amor.

¿Quereis, sin formar frases, porque habria que formar demasiadas, quereis llegar á una comparacion que lo explicará todo con una sola palabra? Pues bien, entre el mundo pagano y el mundo cristiano hay la misma diferencia que entre la socerdotisa de Venus y la hermana de San Vicente de Paul. Id á ese famoso templo de Corinto, y ved en él á la mujer; entrad en nuestros hospitales, y ved á la hermana de la caridad. Allí están los dos mundos: escoged.

Hecho esto, Señores, lo demás no era mas que un juego. Creada la dignidad de la mujer, eran consecuencias naturales de ella la indisolubilidad y la unidad del matrimonio. ¡No obstante, tan corrompido está el hombre! la indisolubilidad del matrimonio no se ha mantenido sino á fuerza de grandes esfuerzos. Podria citar al tribunal del presente siglo, por una parte las pasiones de los grandes; por otra, el intrépido espíritu pastoral con que han mantenido los jefes de la Iglesia la pureza y la dignidad de la sangre europea. Podria, considerando á la historia en otro sentido que en el que os ha sido enseñada, podria deciros lo que hemos sufrido por vosotros, y lo que habríais llegado á ser si no hubieran detenido obstinadamente las indestructibles barreras del catolicismo á estos séres desenfrenados en quienes la potestad igualaba á la concupiscencia, y que impacientes con las costumbres de Cristo, se afanaban por la conquista de la libertad pagana y musulmana. Nosotros hemos hecho de esta causa la causa total de la civilizacion, porque era la causa de la mujer, la de vuestras madres, de vuestras esposas, de vuestras hijas, y con ella la causa del género humano. Vosotros no lo habeis comprendido. Nos habeis acusado de exceder los límites de la legítima defensa, de llevar la mano á la corona, cuando no la llevábamos mas que á la irracionalidad de la carne y de la sangre. ¿Dónde estaríais sin estos combates? Vuestra sangre, manchada despues de muchos siglos, hubiera llegado á vosotros por las venas de una mujer esclava, en lugar de llegaros del corazon de una mujer libre. Todas las santas alegrías que habeis sentido por vuestras madres, vuestras esposas y vuestras hijas, hubieran sido

transformadas en las alegrías infames de la servidumbre empapada en la voluptuosidad. Seríais turcos y no franceses.

Demos gracias á Dios que nos ha salvado por el valor de nuestros padres, y por los únicos medios con que podia armarse entonces el valor. Excluido el divorcio del mundo cristiano, no ha hecho ya la simultaneidad esfuerzo alguno para producirse en él. ¿Qué europeo habrá (porque yo no llamo europeo al turco plantado en Constantinopla), qué europeo habrá que osase ni aun soñar de lejos en la profanacion del matrimonio por la simultaneidad? ¿Quién no se ruborizaria, aun en medio del libertinaje, de introducir bajo el mismo techo, por los mismos juramentos, las cautivas multíplices del egoismo mas desenfrenado é insensato?

Demos otra vez gracias á Dios que ha purificado el género humano sin arrebatarle su libertad, que ha quitado al desórden la complicidad de las leyes, y permitido á la pureza llegar á ser la regla auténtica de la sociedad humana.

Este trabajo no ha costado poco. Jesucristo no se ha limitado á ponerlo bajo la proteccion de su cruz. Ha querido nacer de una mujer vírgen y madre á un mismo tiempo, modelo inefable de adhesion materna y de adhesion virginal, y permaneciendo para siempre á la vista del mundo para inspirarle por medio de su recuerdo y su culto la práctica de las costumbres santas. La mujer no ha cesado, desde hace diez y ocho siglos, de mirar este tipo sublime, que es el de la regeneracion; ella ha bebido en él el doble valor de la castidad y del amor; ella se ha hecho digna del respeto que el mundo necesitaba tenerle; se ha podido creer en sus juramentos, y cayendo de su frente el velo de la servidumbre, ha dejado ver bajo la antigua apariencia de una belleza frágil el signo inmutable y sangriento de la cruz. Protegida por este signo, ha pasado á nuestras calles como una aparicion de la decencia del bien; se ha sentado dichosa en el santuario de la casa; ha detenido en él á su esposo á sus hijos y á sus hijas; en él ha recibido al extranjero sin lastimar su honor: la familia ha sido el lugar de la paz, de la alegría y de la honradez, el lugar de eleccion de toda alma que no está corrompida. El culto de los afectos ha sucedido al culto de la carne y de la sangre. Yo os lo pregunto sin temor: ¿Quién de vosotros no sabe y no siente que hay mas contento en un cuarto de hora pasado en el seno de la familia, al lado del padre, de la madre, de los hermanos y de las hermanas, que en todos los embriagadores placeres del mundo? ¿Para quién no es la familia el sueño de su existencia? Quién no se

ha dicho, siendo jóven : Llegaré un dia despues de un largo trabajo á sentarme en mi casa; tendré una mesa, un gabinete, á mi lado todos los objetos de mi afecto. Todos nos hemos dicho esto cuando éramos jóvenes ; y los que han renunciado á la felicidad de la tierra para tomar su única herencia en Jesucristo, se lo decian tambien antes de tener la revelacion de un bien mas raro en un sacrificio mas grande.

¡Oh doméstico hogar de los pueblos cristianos! casa paterna, donde hemos respirado con la luz de nuestros primeros años el amor de todas las cosas santas, por mas que envejezcamos, volvemos á tí con un corazon siempre jóven, y si no fuera la eternidad, que nos llama alejándonos de tí, no nos consolaríamos de ver alejarse cada dia tu sombra y palidecer tu sol!

Concluyamos, Señores, reasumiendo este Sermon y el que precede. Hay en la tierra tres debilidades : la debilidad de la desnudez, y es el pobre; la debilidad del sexo, y es la mujer; la debilidad de la edad, y es el niño. Estas tres debilidades son la fuerza de la Iglesia, que ha hecho alianza con ellas, y las ha tomado bajo su proteccion poniéndose bajo la suya. Esta alianza ha mudado la faz de la sociedad, porque hasta aquí habia sido el débil sacrificado al fuerte, el pobre al rico, la mujer al hombre, el niño á todos. La Iglesia, uniéndose á la debilidad contra los que están provistos de toda la triple fuerza del patrimonio, de la virilidad y de la madurez, ha puesto en equilibrio todos los derechos y todos los deberes. No obstante, el egoismo no se da por vencido, sino que intenta restablecer mas ó menos disfrazado el órden pagano sobre las ruinas del órden cristiano, es decir, la dominacion opresiva de la fuerza sobre la debilidad. ¿Lo conseguirá? ¿Romperá los lazos que retienen en la unidad de la Iglesia al pobre, á la mujer y al niño? Estoy seguro que no; porque bajo las débiles manos que acabo de nombrar, está la mano de Dios, la mano de Jesucristo, la mano de la bienaventurada Vírgen María, todo el poder de la razon, de la justicia y de la caridad.

SERMON TRIGÉSIMO QUINTO.

De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto á la autoridad.

Hemos probado la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural, en cuanto al derecho general, en cuanto á la propiedad y en cuanto á la familia; y hemos reconocido que bajo estas tres relaciones fundamentales, la sociedad católica habia ejercido una accion bienhechora en la sociedad natural, creando en ella una proteccion eficaz de los débiles contra los fuertes. Pero hay otro elemento de la sociedad humana en que no se trata solamente de proteger á los débiles contra los fuertes, elemento complexo, donde se encuentra unas veces una superabundancia de fuerza y otras superabundancia de debilidad : quiero hablar de la autoridad. La autoridad tiene ese carácter particular de ser sucesivamente lo mas fuerte y mas débil que existe, de poder, en un dia dado, aplanarlo todo, y á la mañana siguiente verse hollada á los piés, de suerte que toda su historia en este mundo se reduce á esta palabra de un orador famoso : *Solo hay un paso del Capitolio á la roca Tarpeya*. El Capitolio enorgullece, la roca Tarpeya envilece, y la autoridad oscila entre estos dos términos que son para ella igualmente funestos. Se trata de defenderla contra el uno y contra la otra, y de asegurarle entre estos dos escollos el honor de la duracion y el imperio de la estabilidad. Veamos lo que ha podido hacer la sociedad natural sola para el establecimiento de este equilibrio, y el auxilio que ha recibido de la sociedad católica para conseguirlo efectivamente.

Hasta aquí, Señores, he marchado sobre cenizas calientes; hoy voy á marchar por carbones encendidos. No estoy conmovido. Tengo que decir cosas difíciles; las diré con tanto comedimiento como franqueza, pero las diré.

No puede concebirse sociedad alguna sin unidad, sin órden, sin potestad. Por efecto de la unidad, millones de hombres divididos en intereses, pasiones, ideas, lugares y tiempos, se encuentran en un solo centro, y se mueven como si no hubiese para ellos mas que un

tiempo, un lugar, una idea, una pasion, un interés, una vida. Por efecto del órden, se mantienen las relaciones de los ciudadanos entre sí, tales como han sido definidas por las leyes, con una inviolable regularidad; y si acá y acullá, en la sombra flotante de las masas sociales, algun malcontento se pone á atacar derechos reconocidos, le detiene el espíritu de órden que está en la sociedad y hace justicia. Por efecto de la potestad, descansan tranquilos, sin temor del enemigo, los ciudadanos diseminados por un vasto territorio. Ninguno de ellos, por decirlo así, está en la frontera, y todo el mundo duerme en paz detrás de esa muralla, que no parece defendida, porque hay en alguna parte una fuerza que vela, que aun en el silencio de la noche tiene el oido abierto sobre su lecho solemne, y con un solo movimiento de sus labios transportará mágicamente ante el enemigo un ejército que reuna el valor, la fortuna y la majestad de la patria.

Hé aquí, Señores, la sociedad tal cual la forma la unidad, el orden y el poder. Pero ¿ quién le dará esta unidad? ¿ Quien le creará este órden y este poder? Es preciso recurrir siempre á algunos hombres, y aun generalmente á un solo hombre, en quien se resumen y residen el poder, el órden y la unidad. ¡ Y juzgad ! ¡ treinta millones de hombres respirando en un solo pecho, impresos en un solo semblante y confiando á un solo hombre toda su fuerza con toda su gloria y todo su destino! Pero ¿ cómo podrá un hombre apropiarse firmemente tal grandeza, y llevarla de un siglo á otro, siempre subsistente, siempre igual para las necesidades de la sociedad, pasando con el mismo caracter de la frente de un héroe a la frente de un niño, del triunfo á la derrota, y encargada de componer, con la fragilidad de una vida, la inmortalidad de una nacion?

Parecerá tal vez á algunos que nada es mas sencillo, y que un ejército fiel con un general afortunado tiene, en la punta de sus lanzas, todo el secreto de un gobierno durable. Pero un ejercito fiel y un general afortunado están, como todas la demás cosas humanas, en la mano caprichosa de la suerte, y la historia justifica á voz en grito que ningun gobierno ha sido menos sólido que el gobierno de los soldados. Por una providencia de Dios, de que debemos darle gracias, desde que domina la espada ó el casco, son mortalmente heridos la unidad, el orden, el poder. Despues que el senado romano, bajo su toga civil, hubo provisto largo tiempo a la estabilidad del pueblo-rey, desde el dia en que el poder de las legiones sucedió al suyo, no se vió en Roma mas que señores que llegaban del Eufrates ó del Rin, y que pasaban por el arco triunfal para ir al sumi-

dero. El pueblo, recreado con estos espectáculos, veia venir el nuevo elegido, y le aplaudia con tanto mas furor, cuanto que veia ya en su frente, al través de la auréola del imperio, el lugar reservado al insulto del dia siguiente.

La fuerza militar, tan imponente á primera vista, es la última que puede constituir la unidad, el órden y el poder, porque, siendo mas cuerpo que espíritu, es para la vida lo que el órgano para la sangre. Necesita un soplo extraño que la anime y la dirija, sin lo cual aplasta como una roca que no sabe lo que hace, ó se dispersa como el polvo impelido por el viento. La sociedad no es hija de la violencia, es hija de la inteligencia y de la libertad, y no respeta mas que lo que dimana de esta doble fuente ó recibe de ella su mision. No es la fuerza quien la funda, sino la autoridad.

Pero ¿qué es la autoridad? La autoridad es una superioridad que produce la obediencia y la veneracion: primeramente la obediencia, es decir, la sumision espontánea de una voluntad. « Capitan, poneos allí con vuestra compañía y dejaos matar. — Bien, mi general. » Hé aquí, Señores, la obediencia, ya lo conoceis, una obediencia de hombre libre, donde el que manda y el que obedece son igualmente grandes. El uno ha creido sencillo pedir una vida para el país, el otro ha creido sencillo darla. El uno no ha concebido la adhesion sino porque era capaz de ella, el otro no ha sido capaz de ella sino porque la ha concebido. Ha habido accion y reaccion en aquellas dos almas. Cuando aquellos famosos Espartanos de las Termópilas se preparaban en su corazon á morir por la salud de la Grecia, grabaron en una roca esta inscripcion: « Caminante, vé á decir á Esparta que hemos muerto aquí por obedecer sus santas leyes. » Hé aquí tambien la obediencia, y no una obediencia llevada mas allá de lo necesario, propia solamente de algunos héroes, sino una obediencia tal cual la necesita la sociedad para vivir, tal como la tenia Esparta en sus bellos dias. Esparta entera habia hablado á las Termópilas, a los vivos como á los muertos, y no habia en la república un alma que no hubiese respondido al alma de los trescientos.

Sin la sumision espontánea de la voluntad á otra voluntad, y aun algunas veces sin una sumision entusiasta, es imposible la unidad, el órden y la potestad tambien. Porque ¿cómo quereis que tantas voluntades separadas no formen mas que una, si no existe una voluntad soberana que las reuna en sí? ¿Cómo tendréis el órden, si no concurren todas las voluntades por medio de la obediencia á mantener las relaciones establecidas por la leyes, y amenazadas

sin cesar por todos los intereses descontentos? ¿Y cómo habrá potestad, si no está pronto á tomar cada ciudadano á la primera órden el lugar á que es llamado.

La veneracion es otro elemento de la autoridad, tan necesaria como la obediencia. Porque la veneracion no es mas que un respeto mezclado de amor, y nosotros no obedecemos largo tiempo á quien no nos inspira amor ni respeto. La voluntad tiene ya dificultad en someterse, aun cuando ame y respete sinceramente; si este doble sentimiento llega á faltarle, no obedece ya tarde ó temprano. Ni la necesidad ni la fuerza podrian obligarla á ello mas que un momento, y la primera ocasion favorable para desobedecer será la señal de perecer la unidad, el órden y el poder. Todo poder que no produce obediencia y veneracion, no prepara mas que su muerte.

Pero estos principios no nos llevan muy lejos en la explicacion del misterio que nos ocupa. Si la obediencia y la veneracion, fundando la autoridad, son la causa de la unidad, del órden y del poder, ¿qué producirá la obediencia y la veneracion? Comprendo muy bien que la unidad, el órden y el poder sean el resultado de la obediencia y de la veneracion; pero ¿cómo un hombre ó algunos hombres inspirarán á treinta millones de hombres obediencia y veneracion? Hé aquí el misterio. Sobre este punto, el mundo anterior á Jesucristo se ha dividido en dos sistemas: el sistema oriental y el sistema occidental.

El sistema oriental consiste en esto: El hombre no puede obedecer al hombre, ni venerar al hombre. El hombre no puede obedecer al hombre, porque toda voluntad vale otra, y el hombre no puede venerar al hombre, porque el hombre es demasiado pequeño ante su semejante, demasiado igual á él por los achaques de la vida y de la muerte. Es necesario, pues, que la autoridad venga de mas alto que del hombre; es necesario que tenga un carácter inaccesible, que esté revestida con el prestigio de la omnipotencia, que haya entre el súbdito y el soberano tal abismo, que no se atreva á saltarlo aquel ni aun con la vista: en una palabra, es necesario que la autoridad sea Dios. El Oriente ha descansado en esta ficcion, ó mas bien en esta realidad, la única que á sus ojos constituye el poder, haciéndolo venerable y santo. ¿Qué ha resultado de esto? La obediencia y la veneracion, es verdad, pero una obediencia y una veneracion degradantes, cuya historia causa horror. El Oriente no ha querido someterse al hombre, juzgando tal acto tan incomprensible como vil, y se ha sometido á monstruos. Porque la ficcion no convertia la natu-

raleza humana en el ídolo á cuyo favor se introducia, ó mas bien, por un efecto contrario al objeto, la convertia en él, empeorándola y degradándola. El hombre se inclinaba bajo el peso de la divinidad con que se cargaban sus hombros, y á falta de límites que le detuvieran en alguna parte, impelia fácilmente su orgullo y su inmoralidad hasta la extravagancia.

Pero al menos ¿tenia á este precio el Oriente la unidad, el órden, la potestad y la estabilidad? De ninguna manera; en ninguna comarca han presentado un espectáculo mas sangriento y mas nuevo las revoluciones de los pueblos y de las dinastías. Las razas soberanas no han podido sentarse allí, y encontrar en la adoracion una tierra propicia para la longevidad. El cielo ardiente las ha devorado. Y es que, en efecto, nada concluye tan pronto como lo que no tiene límites; una hora devora un siglo en manos de un príncipe que todo lo puede y que no es Dios. En vano la idolatría promete la eternidad, ella no la da, es la primera en arrebatarla. Llega un momento en que la sociedad se doblega al cetro de la demencia coronada, y entonces se realiza lo que está implícitamente comprendido en el contrato de los pueblos y de los reyes de Oriente, y lo que ha expresado felizmente el conde de Maistre en esta fiel frase : « Haced lo que querais, y cuando estemos cansados os degollaremos. » Raras veces han dejado de hacer esto los pueblos.

El sistema occidental es distinto del de Oriente, mas sensato, mas verdadero, mas digno de triunfar, si pudiera triunfar el hombre en cosas tan grandes. El Occidente consiente en ser gobernado por el hombre, y en rendirle por consiguiente obediencia y veneracion; pero, no obstante, le teme; se espanta de poner en sus manos el cetro y la espada; quiere que sea grande sin serlo demasiado, poderoso con medida, dejando un espacio entre la rebelion y una sumision absoluta. El Occidente calcula, pondera, limita el poder. Quiere crear entre el príncipe y el pueblo una especie de penetracion recíproca, que haga de ambos una sola alma, donde tenga la soberanía alguna parte en la obediencia, y la obediencia alguna parte en la soberanía. Tales son esas repúblicas de Grecia, gobernadas en sus dias de gloria por ciudadanos sacados momentáneamente de la multitud, y ejerciendo el poder como los mandatarios y los representantes de la ciudad. La obediencia y la veneracion fueron producidas sin duda en este sistema complicado, pero lo fueron insuficientemente. El lugar era demasiado móvil y demasiado estrecho para dar á las naciones toda la estabilidad de que necesitaban.

Es verdad que tenemos de este memorable régimen un modelo memorable y el mas acabado de todos en la república romana. El senado romano es la asamblea mas maravillosa que ha gobernado jamás á un pueblo, y no se sabe qué admirar mas en él, si el espíritu de perseverancia, ó la profundidad de miras, el valor en los reveses, la fe nacional, la dignidad, la religion, y todos esos hombres consulares que despues de haber mandado los ejércitos y hablado en el foro, llevaban al seno de sus cuerpos la gloria personal que habian merecido, añadiendo así á la majestad del poder tanto como habian añadido á la grandeza del pueblo, para que hubiese siempre entre uno y otro aumento un equilibrio que sostuviese á entrambos. Pues bien, ¿cuánto duró el senado romano, esa grande obra profana del mundo occidental? ¿Cuántos siglos contais entre el puñal que mató á Lucrecia y el puñal que mató á César? Cerca de cinco siglos. Y al cabo de este tiempo, el senado romano, dueño al fin del mundo, hizo decir á un capitan que se llamaba César, que no pasase el límite de su departamento militar. César reflexionó un momento, y pasó. A este primer acto de desobediencia todo terminó, ya no existia Roma, ó si continuó llevando su nombre fué para caer de Augusto en Tiberio, de Tiberio en Cayo, de Cayo en Neron, de Neron en Heliogábalo, de la obediencia de Occidente en la obediencia de Oriente, y aun agravando la solemnidad de la extravagancia.

Hé aquí todo lo que el arte mas sabio, las circunstancias mas dichosas, la sencillez de costumbres mas notable, y la fortuna de conquista mayor que se ha visto, han producido de obediencia y veneracion, segun el sistema occidental. Hé aquí el mayor cuerpo humano que haya existido jamás: ¡y ha durado quinientos años! ¡un poco mas de la tercera parte de tiempo que la monarquía francesa! Habia pues en este sistema insuficiencia de unidad, de órden y de poder, por consiguiente insuficiencia social.

Pero ¿cuál era la causa de estos dos escollos tan diferentes uno de otro, donde han encallado el Oriente y el Occidente? Era, Señores, que en Oriente y en Occidente no habia mas que el hombre, nada mas que el hombre. Ahora bien, el hombre solo es incapaz de asegurarse la obediencia y la veneracion, en la medida que es necesaria para conducir una sociedad. El hombre es muy poco para una obra tan grande. Si se le quiere sobreponer mas allá de lo que alcanza naturalmente, se le podrá llamar Dios, se le dira: *Vuestra eternidad*; pero no por eso dejará de ser hombre, y por grande que sea

por casualidad, ya sea un Tito ó un Nerva, tendrá por heredero algun ilustre miserable, en quien la ficcion sobrehumana solo sea una debilidad mas. Agobiado con este colmo de honor y de poder, sucumbe á él el hombre; se forma en lo interior de su miseria una repercusion de esta majestad falsa, que le convierte en un monstruo, y una vez llegado á este punto, se debilita por sí misma la idolatría que le sostenia, y arrastra en su caida á todo este edificio insensato. Las dinastías suceden á las dinastías, y los pueblos mismos siguen la suerte de sus jefes. Porque, cuando está el poder incierto y mal sentado, vacila la sociedad misma como un hombre embriagado. La causa de la soberanía es la causa misma de la sociedad. Por esto, Señores, no nos riamos de esas catástrofes sangrientas de reyes; no nos riamos de esa impotencia en que se halla la humanidad para producir, cuanto lo necesita, la obediencia y la veneracion. Esta es una de sus grandes desgracias. Porque de la obediencia y de la veneracion dependen la unidad, el órden, el poder, la duracion y la estabilidad. No pulvericemos tan fácilmente bajo el peso de nuestra palabra destinos á que están unidos los nuestros. Sepamos comprender nuestra importancia y dolernos de ella. Una parte del género humano ha querido dioses por jefes, y han perecido los dioses; la otra parte ha elegido hombres, y han sucumbido los hombres. Demasiado grandes ó sobrado pequeños, se han hundido por insuficiencia ó por exceso. ¿Qué quereis? El hombre no tenia mas que al hombre.

Si alguna vez vosotros, siendo plebeyos, por uno de esos trastornos que trae el tiempo sois llamados al gobierno de un pueblo, no conteis con vosotros ni con la humanidad para sosteneros. Tarde ó temprano la humanidad os hará traicion; la obediencia y la veneracion se retirarán de vuestra obra, y os admiraréis de haber hecho tan poco con tanto genio. Desgraciados de vosotros entonces, pero tambien desgraciados de nosotros: la desgracia es comun, y por esto no triunfamos nosotros de ella. Busquemos mas bien su remedio en aquel que hemos visto tan ingenioso para curar nuestros males. Veamos, contra esta fuerza y esta debilidad exageradas del poder, los socorros que ha traido á la sociedad natural la sociedad católica.

La sociedad católica ha abierto en el mundo dos fuentes inagotables de obediencia y de veneracion: la una pública, la otra secreta.

La fuente pública de la obediencia y de la veneracion abierta por la sociedad católica es, Señores, la autoridad de su jerarquía. Hace mil ochocientos años que el papado, el episcopado, el sacerdocio cristiano son obedecidos y venerados de la mayor sociedad de los

hombres que hay en el mundo, sin necesitar jamás fuerza para inclinar una frente ó una voluntad. La obediencia es libre en ella, la veneracion es libre tambien; cada fiel puede rehusar ó retractar á todo hora su homenaje, y no obstante este homenaje subsiste inalterable y santo, á pesar de las vicisitudes de favor ó de persecucion, á pesar de los esfuerzos perseverantes del mundo para marchitar en su orígen un amor que le sujeta, un respeto de que se ofende. La jerarquía católica, sin otro recurso que la persuasion, se hace obedecer y venerar como en ninguna parte ni en ningun tiempo ha sido obedecida y venerada ninguna majestad humana. El hecho es sensible y manifiesto; no necesita ninguna demostracion; basta enunciarlo para convencer y admirar el espíritu. Pero si necesitase una demostracion, ó mas bien un ejemplo, recordad lo que pasó aquí mismo en la inauguracion del presente siglo.

Todo lo habíamos destruido, hasta lo pasado; en nuestro odio contra todo objeto de piadoso culto, habíamos abierto los sepulcros donde descansaban, desarmados por la muerte y bajo la sola guardia de nuestros recuerdos, los grandes servidores de la patria, y por el solo placer de desafiar á la majestad hasta en el féretro, habíamos arrojado sus cenizas al viento y al desprecio. Jamás, en ningun momento de la historia, habian estado mas lejos de los corazones la obediencia y la veneracion. En aquel tiempo llegó un anciano; era llamado por un jóven que tenia todo el prestigio de la gloria, pero que necesitaba arrodillarse ante el vicario de Jesucristo para recibir con esta inclinacion el sello de una autoridad mas elevada. El anciano llegó armado con su sola bendicion; llegó en medio de ese pueblo que habia hollado á los piés en un solo dia todas las generaciones de sus reyes, y apareció en los balcones de las Tullerías. No bien se le hubo visto, demostrando en su semblante mas desgracias aun que años, cuando al instante, por ese golpe mágico que vuelve á abrir los corazones por buen paraje, se precipitó todo París para tener una dicha que ya no conocia, la dicha de venerar recibiendo esta bendicion que tantos siglos ha hace caer al hombre de rodillas. Y mientras que pasaba en lo exterior este espectáculo, mas arriba, en el interior mismo de las Tullerías, un hombre célebre que acaba de morir, tocaba al que estaba á su lado, diciéndole con la alegría de la admiracion: « ¡ En fin, Señor, ya vemos una autoridad ¡ ! Hé aquí una autoridad ! »

La fuente santa de la obediencia y de la veneracion abierta en el mundo por la sociedad católica, es, Señores, la confesion.

Todo hombre, cualquiera que sea, príncipe por el poder ó por el talento, si quiere tener parte en el misterio de Cristo, en la certidumbre y en el porvenir que hay en él, está obligado á confesar sus culpas de rodillas, á pedir perdon de ellas y á cumplir la penitencia: ejercicio de obediencia y de veneracion que le revela á sí mismo, le purifica, le humaniza, y le domestica sin humillarle. Porque él es libre en esta accion mas que en ninguna otra; no se tiene sobre él mas poder que el que él da de su buen grado; puede levantarse y marcharse si le parece demasiado dura la verdad que buscaba, si le parecen demasiado caros á este precio la paz y el honor de la conciencia. Pero él persiste voluntariamente, una vez que ha conocido el encanto de la humildad y de la sinceridad entre Dios y él: aprende con alegría, en una obediencia y una veneracion que ha escogido, á obedecer aun aquello que no eligió, á venerar aun aquello que Dios le manda por un mandamiento que no admite ya eleccion. Este espíritu altivo consiste en el imperio; este corazon indómito, siempre dispuesto á rebelarse, acepta la unidad, el órden y el poder bajo la única forma en que son posibles, bajo la forma de la autoridad. La confesion no cesa de obrar en este sentido desde un confin del mundo al otro, por una influencia cierta y perpetua, que, unida á la accion pública de la jerarquía, crea en el género humano, si me es permitido hablar así, una cantidad enorme de obediencia y de veneracion, pero de una obediencia y de una veneracion espontáneas, que son efecto de la conviccion, y que hacen al hombre social consolándole y elevándole.

Ahora bien, es imposible que el contragolpe de semejante creacion no se sienta en la sociedad puramente natural, y que no haya modificado en ella de una manera notable las relaciones recíprocas del súbdito con el soberano. Evidentemente, Señores, ha debido verificarse en esto una grande revolucion; esperais que os la señale, y no esperais en vano. El espíritu católico ha producido en el mundo, aun en cuanto á la autoridad humana, algo enteramente nuevo, enteramente desconocido á la antigüedad, el término medio entre el sistema occidental y el oriental: ha producido la monarquía cristiana. ¿Y qué era la monarquía cristiana?

La monarquía cristiana tenia en cada país un jefe único, centro y medio de la unidad, del órden y del poder. Este jefe habia salido de las entrañas de la unidad con crecimientos naturales, como sale el roble de un gérmen que se desarolla con el tiempo. Nada brusco y violento se sentia en su orígen, cualquiera que hubiese sido el modo

ó la ocasion; y sucediera lo que sucediese, no se disputaba el principio de la obediencia respecto á él. Se podia, se debia rehusar obedecer en ciertos casos, cuando el mandamiento era ilegítimo, es decir, contrario á la ley de Dios ó á la ley del país. La ley de Dios y la ley del país eran el doble límite de la soberanía; pero al hacer resistencia para defenderlos, no se disputaba el derecho general de mandar ni el deber de obedecer. La veneracion se unia á la obediencia para hacer del jefe cristiano un padre y un magistrado. El respeto y el amor iban á buscarle naturalmente, y del corazon de su pueblo al suyo habia una recíproca efusion, que ni aun sospechaban las monarquías antiguas. El pueblo perdonaba faltas al príncipe, como el niño perdona debilidades á su padre; él compartia la levadura de la humanidad, que habia quedado en el príncipe lo mismo que en el último de los mortales. En fin, todos estos sentimientos se traducian en un sentimiento final, que era el primer fundamento de la monarquía cristiana, y que se llamaba la fidelidad. El soberano tenia fe en su pueblo, y el pueblo tenia fe en su soberano; creian el uno en el otro; se habian dado la mano, no para un dia, sino ante Dios y para todos los siglos, en nombre de los muertos y de los vivos, en nombre de los antepasados y de la posteridad. El príncipe descendia tranquilo al sepulcro, dejando sus hijos encomendados á la guarda de su pueblo, y el pueblo, al ver los niños y sin fuerza, los custodiaba esperando ser tambien custodiado por ellos.

El honor era el segundo sentimiento en que descansaba la monarquía cristiana, sentimiento mas nuevo, mas desconocido aun á la antigüedad que el precedente. El honor era una mirada elevada del cristiano sobre sí, un pensamiento de su nobleza. Por el honor acercaba el cristiano á su maestro; tenia mas que derechos respecto á él; hacia subsistir su personalidad ante la suya con una dedicadeza infinita, que era la cosa mas respetada del mundo en un tiempo en que lo eran tantas otras. El honor todo lo protegia y lo salvaba. El honor hacia, sobre todo en Francia, un papel casi soberano, que ha hecho decir á Montesquieu, personaje poco sospechoso, si no me engaño, que la Francia era una monarquía gobernada por el honor.

¿Quereis algunos ejemplos que os hagan conocer la diferencia de la soberanía cristiana y de la soberanía antigua? No los elegiré en épocas favorables, sino en la época en que ya iba hácia su decadencia la monarquía cristiana.

Entreteníase Luis XIV con su corte en sus aposentos de Versa-

lles, que ahora solo son bastante grandes para que los habite la pintura; llegóse á hablar del Schah de Persia y de no sé qué ejecucion que habia hecho de los grandes de su reino. El rey dijo : « ¡Esto es lo que se llama reinar! — Sí, Señor, respondió el duque de Estrees, que habia sido embajador en Persia, pero yo he visto ahorcar á tres en toda mi vida. »

En tiempo de Luis XIV cayó un ministro en desgracia. Al dia siguiente sale el rey de su cuarto, y viendo los salones desiertos, pregunta á su criado : « ¿Dónde está la corte? — Señor, responde el criado, está en Chanteloup. » Chanteloup era la casa de campo del ministro caido, á cuarenta leguas de Versalles. En aquel tiempo, Señores, se iba á visitar á cuarenta leguas de distancia á los ministros caidos : tiempos hay en que no se andan cuatro pasos para esto.

Permitidme otra anécdota.

El rey Luis XVI, de venerable y dolorosa memoria, hacia un viaje á Normandía. Acércase á él una aldeana y le pide permiso para besarle la mano. ¿Y por qué no la mejilla? responde el monarca.

Tal era, Señores, en la monarquía cristiana la familiaridad del grande y del pobre con el soberano. La obediencia y la veneracion se habian cambiado en una fidelidad templada por el honor. Se estaba lejos de las costumbres del Asia, y no menos de las costumbres de la Grecia y de Roma. Todo era nuevo como la Iglesia y como Jesucristo, de donde procedian estas relaciones delicadas.

Añadiré que la libertad era tambien un elemento de la monarquía cristiana.

Todo el mundo sabe los trabajos de la Iglesia para mantener bajo este régimen los derechos de la conciencia. Ella encontró sin duda grandes obstáculos, porque el mal tiene siempre los medios de manifestarse en el libre albedrío del hombre y en el conjunto de las cosas humanas. Pero la monarquía cristiana, considerada en los diversos elementos que la constituian, no ha prestado menos auxilios al derecho evangélico y asegurado su reino en favor de los débiles durante largo tiempo. Cada país cristiano tenia tambien sus derechos, sus franquicias, sus asociaciones defendidas contra la arbitrariedad por una fuerza comun puesta al servicio del mas pobre y del mas pequeño, y que les daba, con mas regularidad en la vida, una suma mayor de dignidad. Ninguno se hallaba solo entonces; ninguno se hallaba solo y desanimado en presencia de la sociedad total ó de los que la representaban. En otros tiempos se ha podido decorar con el nombre de libertad el desarme moral de los débiles; el

porvenir dirá mejor que el presente de qué parte ha habido mas justicia y verdadera libertad. Pero desde hoy, estoy en derecho de concluir que bajo la monarquía cristiana tenia la libertad su parte asegurada, y que para definir esta institucion, es necesario decir, completando la frase de Montesquieu : La monarquía cristiana era una monarquía gobernada por la fidelidad, el honor y la libertad. Vosotros podeis, Señores, haber olvidado estas cosas ; pero la historia no las ha olvidado, y las dirá un dia en alta voz.

¿ Cómo se habia verificado esta transformacion? ¿ Cómo el poder era divino y humano á un mismo tiempo? Porque este era su doble carácter: era obedecido y venerado como divino, y no obstante, en el fondo, era humano. Era superior é igual, padre y hermano á un tiempo mismo. ¿ Por qué secretos resortes se le condujo á este punto de perfeccion tan distante del sistema oriental y del sistema occidental? Lo diré en pocas palabras.

El Evangelio habia establecido este principio, que el hombre es demasiado grande para obedecer al hombre, que el hombre es demasiado miserable para ser venerado del hombre por su propia sustancia y su propia virtud. Este principio destruia el sistema oriental. Pero, en desquite, el Evangelio habia dicho que es preciso obedecer á Dios en el hombre : *servientes sicut Domino et non hominibus* (1). Este principio destruia el sistema occidental. El príncipe no era ya solamente el mandatario del pueblo, era el mandatario de Jesucristo ; no se obedecia ya solamente al hombre, sino al mismo Jesucristo, presente y vivo en el que habia elegido la sociedad. Digo en el que habia elegido la sociedad : porque el Evangelio no habia arrebatado á la sociedad su derecho natural de eleccion, y ni aun habia determinado si el gobierno habia de ser una monarquía, una aristocracia ó una democracia. Habia dejado la cuestion de forma y de eleccion al curso de la experiencia y de los sucesos ; habia dicho á las naciones : « Poned á vuestra cabeza un cónsul, un presidente, un rey, á quien querais; pero tened entendido que en el momento en que hayais sentado vuestra magistratura suprema, entrará Dios en ella. El poder sale de tierra por una germinacion natural, como las flores brotan en un campo, no todas con la misma corona y el mismo color; la dificultad no está en el orígen del poder, sino especialmente en su consagracion. Así pues, cuando salga el poder del seno de la nacion, por una florescencia natural, como crece una

(1) Epístola á los Efesios, cap. 6, vers. 7.

palmera del Líbano, yo, Jesucristo, yo descenderé bajo su sombra, yo me introduciré bajo su corteza, yo seré su sangre, su vida, su gloria, su fuerza, su duracion: vosotros lo habréis hecho, yo lo consagraré. Vosotros lo habréis hecho mortal, yo le quitaré el gérmen de la muerte; vosotros lo habréis hecho pequeño, yo lo haré grande; vosotros lo habréis hecho á vuestra imágen, yo lo haré á la mia: él será Dios y hombre como yo. »

Ya lo oís, Señores, el poder permanecerá siendo hombre; si tiene el beneficio de Cristo, tambien tendrá su carga. No estará, por alto que se halle, exento de contar con el Evangelio y la humanidad, con Jesucristo viviendo tanto en él como en otras partes. Si domina por la parte divina, es igual y hermano por la parte humana; con Jesucristo lleva la semejanza del pobre, y por esta faz de su majestad permanece ante Dios y ante el mundo sobre el plano de la humildad, del dolor, de la expiacion. He dicho en otra ocasion, en esta cátedra, que éramos primos de los reyes; y se ha extrañado mucho esta expresion. Yo la retiro pues: no somos primos de los reyes, sino hermanos. Esto es bastante para nosotros. Era bastante para cambiar enteramente todos las relaciones de los súbditos con el soberano, y para fundar la monarquía cristiana con su triple elemento de fidelidad, de honor y de libertad. Entre el príncipe y el pueblo habia una ley auténtica, superior á los dos, aceptada por los dos, un mediador viviendo en el cielo y en la tierra, que era Jesucristo. Luis XIV, á pesar de todo su orgullo, cuando llegaban las fiestas de Pascua, se veia obligado á rendir un homenaje solemne á las costumbres que habia ultrajado, y á repudiar á Madama de Montespan. Era preciso que cumpliese un dia ú otro con el Evangelio, aunque fuera á la hora de su muerte; y aunque esta barrera y esta responsabilidad se hubiesen debilitado, al menos, hasta en los peores tiempos, estaba preservado el príncipe de la extravagancia del Oriente. Ningun príncipe católico, aun el peor, aun en la época de la decadencia, ha dejado un nombre tal como los nombres del Oriente ó de Roma degenerada.

Esta triste gloria estaba reservada á la herejía; era necesario romper con la sociedad católica para que una tierra cristiana llevase reyes como Enrique VIII de Inglaterra, y como todos esos monstruos que han inaugurado en Europa el reinado de la potestad moscovita.

Señores, la monarquía cristiana no existe ya; se ha extinguido con Luis XIV, que ha sido su último representante; no un repre-

sentante sin tachas, no un representante igual á Carlo Magno y á S. Luis, pues para esto le faltaba mucho; sino, en fin, el último representante que ha tenido la monarquía cristiana. Despues de él, el Evangelio y Jesucristo han dejado los tronos de Europa; y en su lugar ha subido á ellos el racionalismo mas ó menos disfrazado, y con el racionalismo, todos esos sucesos de que el mundo ha sido teatro, testigo y actor, por una reaccion que se puede llamar legítima.

¿Por qué ha perecido esta gran creacion? En primer lugar porque era hija de la verdad, pero no la verdad misma; hija de la justicia y la caridad, pero no la justicia y la caridad en sí. Ella era del mundo; estaba mezclada á un elemento humano, y era imposible que tarde ó temprano, por el curso de los sucesos, no se introdujera en ella algun gérmen de ruina y de aniquilamiento. Esto es lo que ha sucedido. Si Dios hubiera permitido que la monarquía cristiana, esta aliada de la sociedad católica, subsistiese siempre al lado de ella, hubierais creido, ó se hubiera creido tal vez con el tiempo, que la fuerza de la Iglesia estaba en un poder humano. Se hubiera dicho que Carlo Magno, S. Luis, tal otro gran príncipe, de siglo en siglo habia llevado á Cristo y le habia creado su destino. No era esto necesario. El tiempo ha recibido, pues, de Dios permiso para hacer aquí su obra como en otras partes. Pero ¿lo ha hecho todo el tiempo? ¿Es él solo culpable de las ruinas que vemos? ¿Me impedirá decir toda la verdad el respeto que debo á las cenizas de los muertos? Ya lo habeis oido, no me he aprovechado de las ideas de este tiempo para retroceder ante mi deber, no he sido bastante débil para lisonjear vuestras pasiones y vuestras preocupaciones, y sacrificarles mil cuatrocientos años de la historia de la patria, porque estos mil cuatrocientos años no se parecen á esos cincuenta años de que sois hijos.

No, á cada cosa su gloria, á cada tiempo su poder; yo no he maldecido lo pasado, no maldeciré lo presente. Sé por qué haceis lo que haceis; sé las razones que os apoyan y que dan á vuestra obra un carácter que estoy obligado á respetar. Debo hacer mas, debo decir en favor de nuestro tiempo lo que debe decirse; debo decirlo claramente, y en alta voz, con tanta independencia como he mostrado al tratar de lo pasado.

La monarquía cristiana estaba fundada en una alianza de que Jesucristo era el alma y el mediador, de que el Evangelio era el bautismo de corazon perpetuo. El dia en que la soberanía debia abusar

de la obediencia y veneracion que se le habian comunicado por el Evangelio y Jesucristo, ese dia la soberanía se destruia con sus propias manos, abria un abismo á sus piés y retornaba hacia el Oriente. Jesucristo lo ha visto, se ha levantado, ha cruzado sobre su pecho los brazos crucificados por nosotros, ha descendido del trono, y esta monarquía cristiana no ha sido ya mas que un féretro abierto, cuya ceniza ha sido lanzada al viento. Jesucristo era la fuerza; no se ha respetado la libertad de Cristo y del Evangelio. Las pasiones conjuradas se lanzaban sobre la cristiandad, la cristiandad se ha retirado; ha juntado sus brazos y se ha marchado. Ella ha dicho á la sociedad humana : « Yo, yo tengo mis destinos eternos; tú permanece con el tiempo, y llega á ser lo que puedas. »

Y de este divorcio, de esta separacion ha salido el tiempo moderno; ha salido como una protesta del pueblo en favor del Evangelio; ha salido porque el pueblo no ha querido el Oriente; ha salido porque retirándose la fraternidad, no habia ya paternidad, porque el honor y la libertad no estaban ya salvos.

Ahora ¿qué sucederá? ¿ Se reformará la monarquía cristiana? El derecho evangélico volverá á recobrar bajo otra forma su imperio en el mundo? Lo ignoro. Lo que sé es que no desespero de la Providencia; habiendo encontrado á Dios en lo que me ha precedido, espero encontrarle en lo que me siga; y para servirme de una expresion de un gran poeta aleman : Yo soy ciudadano de los tiempos futuros.

SERMON TRIGÉSIMO SEXTO.

De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto á la comunidad de bienes y de vida.

Al exponeros la influencia de la sociedad católica sobre la propiedad, he dicho que la comunidad voluntaria de bienes y de vida era una idea cristiana, pero lo he dicho sin detenerme en ello. No obstante, Señores, no podremos tener una idea completa de los efectos de la doctrina católica en la sociedad humana, si no nos detenemos á considerar esta grande institucion de la comunidad voluntaria de bienes y de vida; porque entre las creaciones de la sociedad católica no hay quizá ninguna que presente caractéres mas vivos, mas difíciles de reunir, y en donde se reasuma mejor, con todo el imperio de la doctrina, toda la demostracion de la divinidad.

Ya lo sabeis, desde los primeros dias de la predicacion general del Evangelio, despues de la resurreccion de Cristo y el pasmo de Pentecostés, desde estos primeros dias está escrito que *la muchedumbre de los creyentes no tenia mas que un corazon y un alma, que ninguno de ellos decia ser suyo propio lo que poseia, sino que todas las cosas les eran comunes, y no habia ninguno necesitado entre ellos; porque cuantos poseian campos ó casas las vendian y traian el precio de lo que vendian, y lo ponian á los piés de los apóstoles, y se repartia á cada uno segun lo que habia menester* (1).

Estas son las mismas expresiones del texto sagrado, y ya os acordais tambien que el primer uso que hizo la potestad apostólica del derecho de anatema, fué contra dos discípulos que habian engañado á los apóstoles sobre el precio de sus bienes, reteniendo una parte de ellos fraudulentamente. Este texto tan claro, este acontecimiento tan notable del apóstol S. Pedro condenando á muerte por su palabra á dos discípulos por haber engañado á la Iglesia respecto de un rendimiento que no estaba mandado, todo esto os

(1) Actos de los Apóstoles, cap. 4, vers. 32 y 34.

revela la importancia que daba el Espíritu Santo, autor de la Escritura, á los primeros lineamientos de donde debia salir un dia, por un desarrolo maravilloso, este instituto cenobítico que ha llenado al mundo con su historia.

No intento, Señores, considerar la comunidad de bienes y de vida en cuanto á lo espiritual. Este punto de vista me llevaria á las cuestiones de pobreza, de castidad y de obediencia, cuestiones que he tratado en el año último, exponiéndoos los efectos de la doctrina católica sobre el alma. Nuestra tésis de hoy es otra, y yo debo investigar solamente cuál ha sido la influencia del instituto cenobítico en los destinos de la sociedad natural. ¿ Ha existido esta influencia? ¿ Ha sido para bien ó para mal? Hé aquí el objeto de nuestro exámen, y con lo que terminaremos los Sermones de este año.

No puedo terminarlos, Señores, sin daros gracias por vuestra piadosa atencion en materias tan graves, tan delicadas algunas veces, y me atrevo á decirlo, que no he abordado por mi eleccion propia, sino obligado por la fuerza lógica de mi asunto. Porque si hay algo extraño á mi carácter como á mis deberes, es buscar elementos de emocion en lo que se aleja de la eternidad para acercarse al tiempo. No siempre es uno dueño de evitar absolutamente este peligro; pero cuando se me ha presentado, he tratado de poner en mis palabras tanta prudencia como verdad, y si no me engaño, raras veces he naufragado entre este Caribdis y este Escila de la palabra, quiero decir, la sinceridad y la reserva. Como quiera que sea, Señores, cualquiera que sea el mérito que me corresponda, yo reconozco el que os toca á vosotros, y os doy gracias por él. Debo tambien dar gracias al primer pastor de esta diócesis, que hace tantos años no cesa de llevar á nuestras reuniones el concurso de su alto juicio y el esplendor de su presencia, añadiendo así, por lo que á mí toca, á la deuda personal que he contraido hácia él, un peso que se aumenta cada dia, pero que no hace al crecer mas que aliviar mi reconocimiento y mi vida.

Respecto de la comunidad voluntaria de bienes y de vida, sostengo dos cosas, á saber, que ella es el pensamiento económico mas alto y el pensamiento filantrópico mas alto que haya en el mundo. Primeramente el pensamiento económico mas alto; porque, Señores, económicamente hablando, ¿ qué es lo que buscamos? Tenemos bienes limitados y deseos que lo están muy poco; trátase pues de hallar el secreto de disminuir los deseos multiplicando los bienes y repartiéndolos. Ahora bien, la comunidad voluntaria de bienes y de vida pro-

duce este triple efecto : reparte los bienes, los acrece, disminuye la necesidad que tenemos de ellos. Bajo este respecto, el que tiene mas, da voluntariamente al que tiene menos ó que no tiene nada ; el que no tiene nada ó tiene poco material, pero que es rico en talento, da su parte en inteligencia ; el que es pobre de materia y de talento, puede aun llevar mejor parte á la comunidad, llevándole una virtud sólida. De esta suerte, hay comunion del patrimonio con la pobreza, de la gran capacidad con la pequeña capacidad, de la fuerza con la debilidad, de todos los inconvenientes compensados por todas las ventajas, y de aquí resulta una particion, una fraternidad, una familia artificial que, libres á la par que equitativas, presentan á nuestra imaginacion y á nuestro sentimiento de justicia el ideal de la perfeccion.

Hay entre vosotros, Señores, algunos que han visitado alguna comunidad de la Trapa : yo les pregunto, ¿ qué no han experimentado al ver esta reunion de hombres tan diversos por su orígen, su edad, su historia, sus recuerdos ; este llevando en el rostro la cicatriz de los combates ; aquel una frente iluminada con el esplendor del pensamiento ; este otro el surco indeleble de un amor vencido ; aquel manos laboriosas acostumbradas á los trabajos duros, y que encontrando el arado cerca del altar, no sospecha que se le podria llamar un arado triunfal con mucho mas derecho que al del cónsul romano : todas estas vidas, en fin, tan prodigiosamente desiguales de nacimiento y de carreras, y que se hallan allí fundidas en la divina igualdad de un mismo destino hasta la muerte ? Este espectáculo ha conmovido el corazon de todos los que le han visto ; nadie, por incrédulo que fuese, ha rehusado á esta obra de la diestra de Dios un cuarto de hora de fe y de admiracion. Y en efecto, ¿ cómo resistir á ella, y qué mas equidad quereis ? ¿ Qué mas puede el hombre que respira el egoismo del mundo, y que ha hallado, hasta en la familia, entre los intereses mas santos, la concentracion en sí mismo y la exclusion de otro ? ¿ Qué mas que haber encontrado hombres superiores á la personalidad, dando todo su sér por un poco de pan que se les da cada dia, y haciéndose entre sus hermanos amorosamente los mas pequeños y los últimos, aunque fuesen príncipes en la region del talento ó del nacimiento ? Que se diga de lejos lo que se quiera contra semejante instituto, nadie irá á llamar á su puerta para verlo de cerca, sin volver mas descontento de sí, y sin haber aprendido en el hombre y en Dios algo que le dé que pensar mas de una vez.

Además de la reparticion equitativa de los bienes, el instituto ce-

nobítico acrece en mucho su valor y medida. ¡Cosa singular! ¡descienden los trapenses á una tierra que apenas mantiene á dos ó tres familias; y viven en ella ciento, y viven con desahogo! Este sudor de la adhesion, mezclado con la tierra, la fecundiza y le hace dar frutos que jamás concede á otro cultivo. Parece que Dios, que trabaja siempre con el hombre, apoya su mano con mas fuerza en la mano que reparte, y que la tierra misma, haciéndose sensible á la fraternidad, se muestra zelosa en esta ocasion de unirse á Dios y al hombre por una virtud mas grande. Fácil es probarlo. Visitad uno de esos monasterios que ahora os nombraba, estudiad todo su sistema económico; consultad la naturaleza de la tierra, interrogad á las mieses, contad el número de los habitantes, y os sorprenderéis de que la tierra, tan avara en otras partes, se muestre allí tan pródiga, y algunas veces á pesar de los pantanos, los arenales y las rocas. Veréis con vuestros ojos al pobre correr á la casa de la oracion, y recoger en ella cada dia la parte destinada por la fraternidad de dentro á la fraternidad de fuera. Porque no se encierra el cenobita en su pobreza como en un beneficio personal; derrama el tesoro de su pobreza sobre la pobreza extraña, y obtiene del matrimonio comun una fecundidad que sacia al huésped tan bien como al hijo de la casa.

Al mismo tiempo que se acrecientan los bienes por un trabajo mas profundo y una bendicion mas cuidadosa, se disminuyen los deseos y las necesidades en una proporcion fabulosa. ¿Lo creeríais? Hay religiosos que viven con dos ó trescientos francos por cabeza, otros con cuatrocientos ó quinientos francos, y no creo engañarme afirmando que el número mas alto, en las circunstancias menos favorables, se eleva á ochocientos francos. ¿Qué hombre de letras, Señores, es decir, qué hombre que haya estudiado un poco de griego y de latin, querria y podria vivir con ochocientos francos anuales? ¿Hallaríais uno solo? ¿No pareceria tal suerte el colmo de la humillacion y de la miseria á todo hombre que sepa manejar una pluma ó un lápiz? No obstante, millares de cenobitas, que son hombres de letras, y aun algunos literatos de nota, se contentan con menos, y dan gracias á la Providencia porque les ha dado con añadidura el pan cotidiano. Ven á desgraciados mas pobres que ellos, y los socorren; admiran el lugar que se les ha dado al sol de este mundo, y se pasman de la eleccion privilegiada que ha caido en ellos. ¿No seria, Señores, un beneficio social digno de consideracion una leva anual de algunos millares de hombres de letras que quisieran aceptar ochocientos

francos en cambio de su mérito, y sacar de la lucha, con sus necesidades exteriores, la hidra mas insaciable aun de su orgullo y de su ambicion?

El conde de Maistre ha dicho hablando de Robespierre: « Si este hombre se hubiera vestido con un sayal en lugar de vestirse con una toga, tal vez algun profundo filósofo hubiera dicho al encontrarle: ¡Buen Dios! ¿para qué sirve este hombre? » Despues se ha visto los beneficios que hubiera reportado al mundo su retiro.

Unid con el pensamiento, Señores, por una parte el acrecimiento del valor territorial producido por la vida cenobítica, y por otra parte la diminucion de necesidades y de deseos que ella produce, y tendréis seguramente por resultado un fenómeno económico al que no puede compararse ninguno otro. Aun no es esto todo: porque la familia artificial, quitando á la familia natural una parte de los hijos que ella está encargada de mantener y de lanzar al mundo, aligera considerablemente su peso. En los países en que está en vigor la vida cenobítica, hay pocas casas que no tengan representantes en el monasterio. Una vocacion paga la dote de una hija y la carrera de un hijo. No solamente no tiene que dar nada la familia, sino que, en el dia de la sucesion, la parte de los muertos voluntarios vuelve en todo ó en parte á los vivos privilegiados. Estas ventajas económicas son tan sensibles, que hasta se ha acusado á los padres de emplear ardides y violencias para inclinar á sus hijos á retirarse del mundo. Esta acusacion puede ser justificable en casos particulares, á pesar de la vigilancia de la Iglesia; no lo es para quien conoce la resistencia que hacen la mayor parte de las familias, aun las cristianas, aun las piadosas, para consagrar con su consentimiento votos que turban sus afectos.

No insisto mas en una cuestion económica. Gracias á Dios, está hoy juzgada. Está admitido que la asociacion es el gran medio económico que hay en el mundo, y que si no asociais á los hombres en el trabajo, los ahorros, los auxilios y la reparticion, inevitablemente el mayor número de ellos será víctima de una minoría inteligente y mas provista de medios de buen éxito. No me comprometo á elogiar todos los planes de asociacion que se agolpan en el dia, todas las tentativas de comunidad que piden agua y fuego; elogio solamente la intencion, porque es un homenaje á las verdaderas necesidades de la humanidad. No lo olvideis, Señores, mientras estemos aislados no debemos esperar mas que la corrupcion, la servidumbre y la miseria: la corrupcion, porque no tenemos que responder de nosotros

mismos mas que á nosotros mismos, y porque no somos dirigidos por un cuerpo que nos inspire respeto á él y á nosotros; la servidumbre, porque cuando estamos solos, somos impotentes para defendernos contra cualquier cosa que sea; en fin la miseria, porque el mayor número de los hombres nace en condiciones muy poco favorables para defender hasta el fin su existencia contra todos los enemigos interiores y exteriores, si no está asistido por la comúnidad de los recursos contra la comunidad de los males. La asociacion voluntaria, en que cada uno entra y sale libremente, bajo condiciones determinadas por la experiencia, es el único remedio eficaz para estas tres llagas de la humanidad, la miseria, la servidumbre y la corrupcion. La Iglesia lo ha proclamado en alta voz desde el dia siguiente al de Pentecostés; ella ha fundado entre sus primeros discípulos la comunidad voluntaria de bienes y de vida; ella ha herido de muerte á la hipocresía, que intentaba ya corromper sus leyes; y despues, en el curso de las edades, no ha cesado de llevar sus fieles á la asociacion bajo todas las formas y por todos los objetos. Su máxima constante ha sido unir para santificar y proteger, como la máxima constante del mundo es dividir para reinar.

Con todos estos títulos, la comunidad voluntaria de bienes y de vida es evidentemente una institucion filantrópica, es decir, amiga de los hombres; pero no está terminada la historia de sus beneficios, y debemos considerarla mas extensamente.

Hay en el mundo cinco servicios gratúitos y populares, sin los cuales el pueblo, ó, si quereis una expresion mas evangélica, sin los cuales el pobre es necesariamente miserable; y estos cinco servicios gratúitos y populares han sido creados por las órdenes religiosas, que son las únicas que se hallan en estado de ejercerlos.

El primero de todos es el servicio gratúito y popular del dolor. Vosotros me diréis: ¿Qué es el servicio gratúito y popular del dolor? Fácil es enseñároslo, Señores: cualquiera que sea la razon, no la investigaré en este momento, una suma de dolor pesa sobre el género humano. Hace seis mil años que así como cae del cielo una cierta cantidad de lluvia por año, cae tambien del corazon del hombre una cierta cantidad de lágrimas. El hombre lo ha ensayado todo para librarse de esta ley. Ha pasado por muchos estados diferentes, desde la extrema barbarie hasta la civilizacion extrema; ha vivido bajo cetros de toda forma y de todo peso, pero siempre y en todas partes ha llorado; si leemos su historia atentamente, veremos que el dolor es su primera y última palabra. Algunas veces muda su for-

ma, que es lo mas que puede hacer; pero no cambia su naturaleza ni su cantidad. El mismo Jesucristo, el que ha hecho la mayor revolucion en el dolor, Jesucristo no lo ha disminuido mucho materialmente, sino que ha tomado parte en él y lo ha transfigurado sin destruirlo. Haced, pues, lo que querais, pensad en lo que os plazca, sed ricos, poderosos, hábiles, inmortales, dichosos en fin; sed todo esto, yo consiento en ello, pero sabed que desde vuestra cuna á vuestro sepulcro os moveis en un vasto sistema de dolor, donde, aunque fueseis favorecidos, el dolor es señor, y descarga sobre otros los golpes que se desdeña descargar sobre vosotros. Donde quiera y por cualquier razon que se haya escrito esto, escrito está, y al parecer por una mano á quien importa su obra. ¡ Oh vosotros, pues, oh vosotros dichosos de la tierra, víctimas que no sois vistas del verdugo, permitid que haya en el mundo un servicio gratúito y popular del dolor, es decir, de los hombres que quieren recibir de él mas de lo que les corresponde segun su cuenta natural para disminuir la parte que debia tocarles á los otros, para disminuirla, si quisiera hablar católicamente, por el principio de la solidaridad! Sí, ¡el principio de la solidaridad! Yo os haré ver un dia que todo hombre que sufre voluntariamente en el mundo, quita con su sufrimiento una parte de dolor á otro; que todo hombre que ayuna, da pan á otro que se lo come; que todo hombre que llora á los piés de Jesucristo, quita del pecho de una criatura á quien no conoce, pero que le será revelada en Dios, cierta cantidad de amargura, y esto por el principio de la solidaridad, que hace que cuando hay un poco mas de dolor en un alma, haya un poco menos en otra, así como cuando llueve mucho en una comarca, llueve menos en la region vecina, pues el órden moral se halla arreglado, como el órden físico, por el mismo poder, la misma sabiduría, la misma justicia, la misma distribucion.

Pero tal vez no me entendeis : la solidaridad es un misterio que os extraña ó que os es desconocido : en buen hora. Guardaré, pues, silencio sobre esto tanto mas cuanto que no necesito explicarlo ahora ; porque si no puedo invocar ante vosotros el principio de la disminucion de las penas por la solidaridad, puedo al menos hablaros sin temor de la disminucion que tiene lugar por causa de la simpatía. Es cierto que viendo sufrir á los demás voluntariamente, miramos el dolor con vista mas firme y menos indignada. Es cierto que un pobre que va á buscar su pan á la puerta de un monasterio, y que es servido por un hombre revestido como él de toscos sayales, andando con los piés desnudos, tiene una revelacion de la pobreza que la cambia

á sus ojos, y lleva á su corazon un bálsamo que no le dará ningun otro espectáculo.

Permitid, pues, este primer servicio gratúito y popular, dejad á algunos imbéciles sacrificarse por vosotros, si sois desgraciados, sacrificarse tambien por vosotros, si sois felices; porque mañana no lo seréis, y aunque lo fuerais siempre, necesitais que el pueblo, ese gran penitente, os perdone vuestra felicidad. Dejad á los fanáticos que le consuelen en su miseria; dejadles marchar con los piés desnudos, para que vea el pueblo que se puede caminar con los piés descalzos, como decian nuestros antepasados, sin perder la dignidad y la alegría, y que su mirada escudriñadora, interrogando alternativamente lo interior y lo exterior, vea la paz de Dios surgir en la frente del mendicante.

El segundo servicio gratúito y popular de que necesita el pobre es el servicio gratúito y popular de la verdad. Vosotros teneis la verdad en vuestros libros y en vuestras academias, en el talento de vuestros profesores dotados y decorados, pero ¡y las clases inferiores! ¿Quién llevará la verdad á estas clases? ¿Quién la hará descender hasta el pueblo, hijo de Dios como vosotros, y á quien sus ocios no permiten verla sino como ve al sol, cuando le da en el rostro por la mañana (1)? ¿Quién distribuirá la luz de la inteligencia á las pobres almas de los campos, tan dispuestas á encorvarse hácia la tierra como su cuerpo, y las tendrá en pié ante la faz augusta de lo verdadero, de lo bello, de lo santo, de lo que arrebata al hombre y le da valor para vivir? ¿Quién irá á encontrar á mi hermano el pueblo, por amor á él, con un desinterés que se sienta, por el solo placer de tratar con él de la verdad, y de hablar simplemente de Dios entre el sudor del dia y el de la mañana siguiente? ¿Quién le llevará, no ya un libro muerto, sino lo que no tiene precio, una fe viva, un alma en una palabra, Dios sensible en el acento de una frase, la fe, el alma y Dios diciéndole juntos :« Mírame aquí, á mí, hombre como tú; yo he estudiado, he leido, he meditado para tí, que no podias hacerlo, y yo te traigo la ciencia. No busques lejos la demostracion; tú la ves en mi vida; el amor te da su palabra que él es la verdad! »

¿Quién podrá, quién osará hablar así al pueblo, sino el apóstol del pueblo, el capuchino con su cordon y sus piés descalzos? La Iglesia habia preparado en su fecundidad bocas de oro para el pobre lo

(1) Creemos que aquí aluda el autor á la costumbre que hay en Francia de predicar al rayar el dia. (*N. del T.*)

mismo que para los reyes, habia enseñado á sus enviados la elocuencia de la cabaña como la de los palacios. Hoy está muda la cátedra apostólica para el pobre pueblo; en el fondo de nuestros campos hay millares de criaturas francesas que no han oido una sola vez, hace cuarenta años, los ecos de la verdad. Ellas tienen su cura, diréis: sí, convengo en ello, ellas tienen un digno representante de la religion, un pastor fiel, el dulce espectáculo de una virtud sencilla y cotidiana, esto es mucho. Pero la palabra no iguala la autoridad en el pastor; el tiempo solo la heriria de muerte, quitándole el encanto de la novedad. Si vosotros, habitantes de las ciudades, necesitais acentos que no hayais oido jamás, tambien los necesita el hombre de los campos. El pobre necesita como vosotros el atractivo de la palabra: tiene entrañas que conmover, lugares del corazon donde duerme la verdad, y donde debe sorprenderla la elocuencia y dispertarla en sobresalto. Dejadle oir á Demóstenes, y el Demóstenes del pueblo es el capuchino.

Al servicio gratúito y popular de la verdad se une otro servicio de la misma naturaleza, el servicio popular y gratúito de la educacion. El hijo del pobre es sagrado como el hijo del rico. Su naturaleza es tan rebelde, su suerte mas dura, sus medios de cultura y de civilidad mucho menos multiplicados. Bien pronto el trabajo del cuerpo lo arrancará á los ejercicios de la inteligencia, y si no ha recibido los gérmenes preciosos del bien con una autoridad que haya penetrado su corazon, no tardará en perder el espíritu de hombre cristiano y civilizado para vivir en una degradacion que no disfrazará nada. Todos los vicios se apoderarán de su sér con una indiferencia horrible para las cosas del alma, y la sociedad no tendrá ya en el pueblo, que debe ser la fuente permanente de su renovacion y de su vigor, mas que un fondo podrido por el materialismo mas abyecto. El preceptor del pueblo, un maestro digno de él, es pues una de las mayores necesidades del órden social. Pero ¿quién será este preceptor? ¿Quién podrá reunir á un tiempo en tan gran cargo instruccion suficiente, costumbres puras, fe sincera, autoridad respetada, y en fin una vida bastante modesta para que pueda el pobre mantenerle en cambio de las lecciones que recibe? La Iglesia ha provisto á esto por medio de las órdenes docentes, como ha provisto al servicio gratúito y popular de la verdad por las órdenes apostólicas, y al servicio gratúito y popular del dolor por las órdenes penitentes. El Hermano de las Escuelas Cristianas y de todos los demás institutos semejantes da al pobre una educacion que no le cuesta nada ó casi nada, y

que es digna de un hijo de la patria como de un hijo de Dios.

Aquí, Señores, mi palabra es ya mas fácil. La Francia ha aceptado auténticamente la adhesion de los Hermanos y de las Hermanas dedicados á la enseñanza del pueblo; una popularidad, que es la justa recompensa de sus trabajos, los protege en toda la extension del país tanto como el imperio de las leyes. Mi palabra, respecto á esto, no es pues una palabra acusadora, es una palabra que da gracias y que bendice.

Pero no hemos concluido por esto con todas las necesidades del pobre; despues de los servicios del dolor, de la verdad y de la educacion, reclama aun el servicio gratuito y popular de la enfermedad y de la muerte. Señores, se dice que la tercera parte de los habitantes de esta gran ciudad muere en el hospital; supongamos que no sea mas que la cuarta parte : ¡qué número tan elevado! De un millon de hombres, mas de doscientos mil deben morir lejos de sus mujeres y de sus hijos, lejos de su familia, entre paredes extrañas, que no dicen nada al corazon, sino angustia y abandono. ¿Qué encontrará allí el pueblo enfermo y moribundo, sino encuentra al Hermano de San Juan de Dios y á la Hermana de la Caridad? servidores mercenarios, servidores asalariados. Quiero y debo respetarlos en todas partes, ¡pero allí! ¿son suficientes para esta hora sagrada de la muerte del pobre? ¿Se estimará en dos francos diarios a los que deben cerrar los ojos de doscientos mil hombres entre nosotros? Digo entre nosotros, porque el pueblo es nuestro; pero por lo demas, no os engañeis sobre esto, en otro sentido hay entre vosotros mismos quienes morirán en el hospital, y tal vez yo mismo tambien moriré allí. Vivimos en tiempos bastante agitados de vicisitudes para estar inquietos por nuestro último momento. Pues bien, si debeis morir allí; si la fatalidad, expresion que no es cristiana, pero en fin, ¡si la fatalidad os llevase allí! Escuchad, vuestra vida se pasa, es corta tal vez, pero tiene un gran momento, el momento de la muerte, el momento de parecer ante Dios; ¿pensais en él? Hé aquí un hombre que dice interiormente: ¡Dentro de un instante voy á ver la eternidad! Crea ó no en ella, ella es un grande abismo. *Ser ó no ser*, ha dicho un trágico, *esta es la cuestion*. ¡Qué cuestion! ¡Qué cuestion para un hombre solo, abandonado en un hospital, frente á frente con su conciencia, frente á frente con Dios, que escribe tal vez con la punta del dedo su condenacion en la pared, como hizo con Baltasar!

¡Ah! dejad que se acerque á él el amor, pues que hay en la tierra un amor que no cuesta nada; dejad que vaya á él un representante

amable de Dios. ¿Por qué hemos de matar el amor, porque Jesucristo es quien lo ha formado por nada? Perseguir á la hermana de los hospitales es perseguir la muerte del pueblo, es condenar á las gemonias por premio de sus sudores á una porcion de la humanidad, y tal vez á vosotros tambien. Tal vez al abogar por la causa de la muerte del pueblo, yo abogo también por la causa de vuestra última hora, de vuestro último pensamiento, de vuestro último aliento. Considerémoslo.

El último servicio gratúito y popular es el servicio gratúito y popular de la sangre. La Europa no ha tenido siempre milicias mercenarias como hoy. Hubo un tiempo en que cada nacion no tenia mas que la espada de sus nobles y compañías pagadas con dinero, que se licenciaban despues de la guerra. Los desórdenes inseparables de este género de vida eran mayores entonces, y los pueblos padecian mucho con ellos. La Iglesia ensayó un remedio para esto, y un remedio tambien para la defensa de la cristiandad amenazada por el islamismo, instituyendo esas famosas órdenes militares, tales como los caballeros de San Juan de Jerusalen, los caballeros del Temple, los caballeros Teutónicos y otros de un renombre menos elevado. Unir la vida monástica con la vida de los campos, realzar el sacrificio de la sangre con el sacrificio de las buenas costumbres y de la piedad, pasar del santuario al combate, tal era el heróico pensamiento que suscitó el nuevo instituto, y que se ha consagrado en la historia con páginas que no borrará jamás el tiempo. Bien podemos pensar que nuestros regimientos valen tanto como las santas cohortes y la caballería cristiana; pero no olvidemos los tiempos de las Cruzadas, la defensa de Rodas contra Mahomet II y Soliman II, á Juan de la Valette deteniendo por última vez bajo los muros de Malta las fuerzas del imperio otomano, y toda esa gloria en fin, hija de nuestros caballeros, que los siglos nos han traido de su parte.

Tal vez no seria difícil probaros, que aun hoy seria el servicio gratúito y popular de la sangre una feliz y admirable institucion. Pero el tiempo urge. Digamos solamente, que si el presente no reclama el auxilio de la caballería cristiana, pueden llegar dias en que los pueblos no se desdeñen de su resurreccion. Sí, pueden llegar dias en que no baste ya la espada comun para defenderse contra la invasion de la barbarie, en que la ciencia, cogida en sus propias invenciones, tendrá necesidad de la fe y de la caridad para salvar el honor y la libertad del mundo con armas de que quedará desprovisto el enemigo, aunque estén todas las otras á su servicio, porque todas las de-

más no exigen mas que química y brazos. Tarde ó temprano quizá prevalecerá el mal por la potestad física, y será necesario que el bien, empapado en otras fuentes, enarbole la cruz tan alto como la espada.

Creo, Señores, haber probado mi tésis; á saber, que la comunidad voluntaria de bienes y de vida es una institucion tan notable bajo el aspecto filosófico como bajo el aspecto filantrópico y bajo el aspecto económico, y que nada ha habido en el mundo tan útil y tan grande en favor del pueblo como las órdenes militares, las órdenes hospitalarias, las órdenes docentes, las órdenes apostólicas y las órdenes penitentes. No obstante esta no es mas que una parte de la historia cenobítica; si quisiese deciros lo demás, y hablaros de los servicios prestados por este glorioso instituto á las letras, á las artes, á las ciencias y en las misiones, no acabaria mi discurso en todo el dia.

La Francia.... ¿podria concluir sin nombrarla en una ocasion en que se me presenta su memoria tan naturalmente? La Francia es el país cenobítico por excelencia. Sin remontar hasta S. Martin de Tours y á ese famoso monasterio de Marmoutiers, la Francia fundó en el siglo X la órden de Cluni, que ha gobernado á la Iglesia por los grandes papas que ha recibido de ella, y que ha sido la renovacion de la vida monástica en Occidente; en el siglo XI la órden de los Cartujos, la de los Cistercienses, de Fontevrault, de los Premostratenses; en el siglo XII la reforma de Claraval por S. Bernardo, y los Trinitarios para la redencion de cautivos; en el XIII la órden de Santo Domingo por un español, pero en Francia y con franceses; en el XVI la Compañía de Jesus, nacida en Paris mismo; en el XVII la reforma de la Trapa por el abate Rancé, los sacerdotes de las misiones de S. Vicente de Paul, las Hermanas de la Caridad, los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Solo nombro, Señores, las principales fundaciones, las demás formarian una lista sin fin. Aun en el dia, despues de las revoluciones que han trabajado el suelo monástico con todo lo demás, reproduce la Francia sus antiguas órdenes religiosas, y prepara otras nuevas, en virtud de una fecundidad de adhesion que le es tan natural como la riqueza de sus mieses. Ella resucita por todas partes los grandes servicios gratúitos y populares, y mientras que en su superficie lleva las cicatrices de una incredulidad que engaña la vista, saca de sus entrañas una vegetacion que regocija el porvenir. Vosotros lo ignorais tal vez, Señores, y no lo creis; pero ¿qué importa? la Francia está acostumbrada á hacer grandes cosas, aun sin saberlo.

No dire mas que una palabra, Señores, sobre la comunidad voluntaria de bienes y de vida fuera de la Iglesia catolica. Es notable que la antiguedad pagana, salvo una sola excepcion de que os hablaré luego, haya sido completamente esteril bajo este respecto. Encuentranse en ella colegios sacerdotales, sacerdotes que viven con sus familias al rededor del templo á que estan consagrados; pero el monasterio propiamente dicho no existe. Solo se exceptua de esta regla general el budhismo: el budhismo ha cubierto al Asia oriental de pagodas y de conventos en que se practica la vida comun bajo una reunion de leyes que tienen aparentes analogias con las leyes cristianas del cenobitismo. Los viajeros han hablado muy mal de estas reuniones, que han debido corromperse por la ociosidad. Porque el budhismo no ha sacado de si ningun partido para el servicio publico, salvo el espectaculo de cierta penitencia exterior, que no da por resultado un trabajo util y regular. No digo mas. Un pensamiento religioso, favorecido por la aptitud del Oriente para la contemplacion, ha creado este fenómeno singular, pero lo ha creado muerto, sin provecho alguno para el adelanto de esos pueblos por vias mejores que las en que los han hallado y los dejan consumir los siglos.

El protestantismo, separandose de la Iglesia, ni aun ha conservado la fecundidad budhica, pues lejos de poder producir un Hermano de las escuelas, o una Hermana de caridad, no produce ni aun un penitente hindu.

Los Griegos, mas dichosos por la misma razon que han conservado casi toda la doctrina catolica, han conservado tambien la tradicion del cenobitismo, pero sin movimiento. Sus monasterios son como su fe.

De esta ojeada resulta, que fuera del pensamiento religioso, jamas se ha visto realizarse la comunidad voluntaria de bienes y de vida. ¿Cual es la razon? Yo creo que es facil de entender, Señores. La comunidad de bienes y de vida no es posible sino con dos condiciones: que el hombre que tiene entre en particion con el que no tiene, y que la gran capacidad se baje hasta la pequeña capacidad para servirla en el mismo rango. Ahora bien, esta abnegacion repugna á la naturaleza egoista del hombre, mientras que no es movida por un principio religioso. El hombre que tiene, quiere usar de su patrimonio para aumentarlo: el hombre que puede, quiere usar de su inteligencia para ascender. Sola la religion enseña á descender y á despojarse voluntariamente, y por consiguiente á asociarse.

Hoy, Señores, que la necesidad de la asociacion se manifiesta por todas partes, y que despues de haber destruido la asociacion cristiana, se quiere reconstruir otra bajo bases de pura razon, ¿qué es lo que vemos? Vemos, entre otros esfuerzos curiosos, consumirse hombres en sueños sutiles y los mas ingeniosos del mundo para sustituir en la asociacion la ley del placer á la ley del sacrificio. Se quiere persuadirse y persuadir á los demás que existe en el caos de las pasiones, de las facultades é intereses humanos un órden matemático y secreto, que siendo descubierto y despues practicado sustituiria por todas partes el gozo al dolor, el gusto al deber, y haria del mundo, en la infinita diversidad de sus funciones, una armonía donde cada cual hallaria y guardaria voluntariamente su lugar, sin que una sola rueda de esta bella máquina rechinase ni se descompusiese jamás. Esto seria Orfeo ó Anfion edificando á Tébas con hombres que acudian al solo sonido de su lira.

La naturaleza humana no ha respondido aun á este llamamiento ingenioso; permanece fria ante este cebo que se le presenta, y opone al placer *armónico*, como se le designa, su antigua y egoísta tenacidad en el placer individual. Cuando quiere *perder su alma para salvarla,* mira á otras partes, sabe donde está la cruz que inspira y que recompensa el sacrificio. No cree en estas matemáticas del placer, porque el placer está fuera de toda regla, y buscar en ellas su ley ó su unidad, es buscar el órden en el desórden, la afirmacion en la negacion, el sér en la nada. Y aunque esto se consiguiera, ¿qué hombre de corazon querria vivir en una sociedad donde solo el goce tendria satisfaccion? ¿qué hombre de corazon querria pasar sin esfuerzos y virtudes? Si se nos tuviera un dia bajo esa ley desapiadada del goce, haríamos contra el despotismo de la felicidad tantas revoluciones como hemos hecho contra el despotismo sangriento; romperíamos la rueca como hemos roto el hacha. No es el placer el fundamento de la sociedad, sino la virtud; no es el goce nuestra vocacion en este mundo, sino el trabajo y el dolor. Dios nos ha creado expresamente para producir por nosotros una cosa que él no puede producir solo, es decir, la grandeza en la bajeza, la fuerza en la debilidad, la pureza en la carne y la sangre, el amor en el egoísmo, el bien en el mal, la virtud en un corazon que tenia á cada minuto la libertad de ser un malvado. Hé aquí nuestra vocacion, nuestro destino. Jesucristo conquistó el mundo porque lo conocia, y porque, esclavo y Dios, lo llenó soberanamente desde lo alto de la cruz. La salud está en pos de él, y toda gloria y toda

felicidad tambien. Por esto, gracias á Dios, no fundarán jamás en el mundo una sociedad el placer y el gusto: la desgracia será la mas fuerte, para que no sea la virtud; habrá en el mundo pobres, precisamente para que se dé limosna; llagas, precisamente para que sean curadas; lágrimas, precisamente para que sean aceptadas; trastornos, para que se aspire á la estabilidad; ruínas, para que se humille el orgullo; miserias públicas, para que haya servicios gratúitos y populares; sangre, para que haya santos.

Señores, hemos terminado la primera parte de nuestros Sermones.

Tenia que demostraros la divinidad fenomenal de la Iglesia. Considerando en el mundo á la Iglesia, que es un cuerpo visible y viviente, tenia que probaros que es divino, es decir, que no es el hombre quien lo ha fundado, sino Dios. La demostracion ha sido larga; porque he hablado de ella cinco veces. En 1835, traté ante vosotros de la constitucion orgánica de la Iglesia, y os hice ver que era sobrehumana. En 1836, examiné su constitucion doctrinal, y os hice ver que era igualmente sobrehumana. En los tres últimos años que acaban de trascurrir os he demostrado, por los efectos de la doctrina católica en el entendimiento, en el alma y en la sociedad, que son los tres teatros de toda accion, que la Iglesia, depositaria y órgano de esta doctrina, estaba evidentemente dotada de un poder incomparable y sobrehumano. No tengo mas que decir sobre esto.

Pero ¿quién ha hecho esta obra? ¿Quién ha fundado la Iglesia? ¿Quién le ha trazado su constitucion orgánica y doctrinal? ¿Quién le ha dado sobre el espíritu la potestad de producir en él la humildad, la castidad, la caridad y la religion? ¿Quién le ha dado, en lo concerniente al órden social, una unidad sin ejemplo y una expansion sin límites? ¿Quién, en fin, le ha dado, con respecto á la sociedad puramente natural, el poder de transformar el derecho, la propiedad, la familia, la autoridad, y de crear la comunidad voluntaria de bienes y de vida? ¿Quién, Señores? ¡Ah! yo le he nombrado ya muchas veces. Es el que está aquí delante de vosotros, es aquel cuyo nombre hará doblar tarde ó temprano toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Yo pronunciaré otra vez, al terminar, este nombre, el mas querido que tengo; lo nombro con fe, con esperanza, con amor, con adoracion.... Jesucristo.

Pero ¿quién es? ¿De dónde viene? ¿De dónde le viene á él mismo

su poder? ¿Cuál es su historia? Lo veremos, Señores, lo sabremos; desde hoy os convoco para el año próximo al pié de su cruz, y ojalá que llevemos un corazon aun mejor preparado para la verdad, vosotros para recibirla, y yo para dárosla!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO PRIMERO.

DE LA IGLESIA.

SERMON I. De la necesidad de una Iglesia que enseñe, y de su carácter distintivo. 1
— II. De la constitucion de la Iglesia. 12
— III. De la autoridad moral é infalible de la Iglesia. 22
— IV. Del Jefe supremo de la Iglesia. 35
— V. De la enseñanza y salvacion del género humano antes del establecimiento definitivo de la Iglesia. 46
— VI. Relaciones de la Iglesia con el órden temporal. 57
— VII. Del poder coercitivo de la Iglesia. 67
— VIII. De la doctrina de la Iglesia en general; de su materia y de su forma. 78
— IX. De la Tradicion. 90
— X. De la Escritura. 100
— XI. De la Razon. 110
— XII. De la Fe. 120
— XIII. De los medios de adquirir la fe. 131

DE LOS EFECTOS DE LA DOCTRINA CATÓLICA SOBRE EL ESPÍRITU.

SERMON XIV. Certidumbre racional producida en el espíritu por la doctrina católica. 141
— XV. De la repulsion producida en el espíritu por la doctrina católica. 153
— XVI. De la pasion de los hombres de Estado y de los hombres de genio contra la doctrina católica. 164
— XVII. De la certidumbre sobreracional ó mística, producida en el espíritu por la doctrina católica. 175
— XVIII. De las causas de la certidumbre sobreracional ó mística, producida en el espíritu por la doctrina católica. 186
— XIX. Del conocimiento producido en el espíritu por la doctrina católica. 197
— XX. De la razon católica y de la razon humana en sus relaciones. 211

DISCURSO sobre la vocacion de la nacion francesa. 225
ELOGIO FÚNEBRE de Monseñor de Forbin-Janson. 239

DE LOS EFECTOS DE LA DOCTRINA CATÓLICA SOBRE EL ALMA.

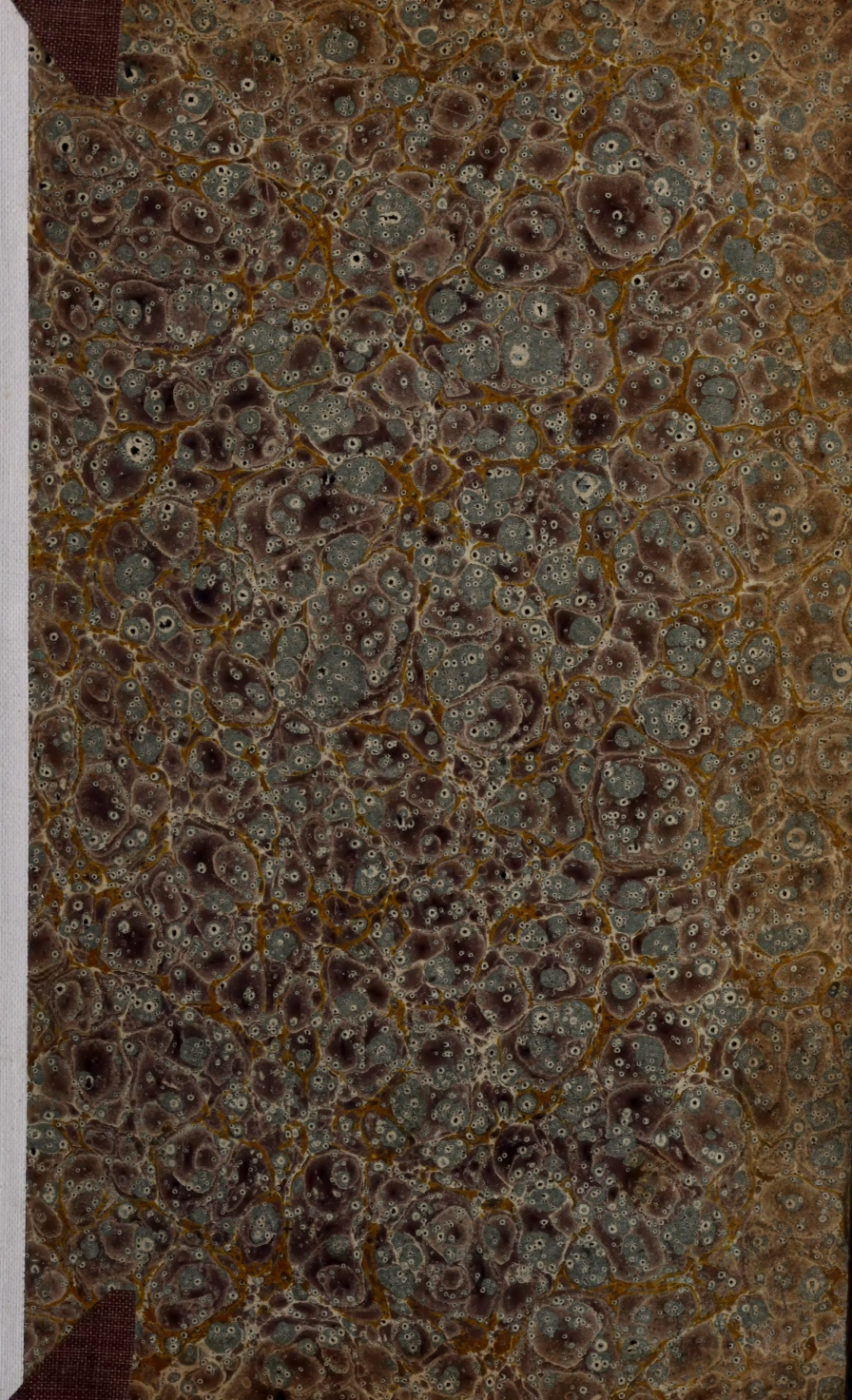
SERMON XXI. De la humildad que produce en el alma la doctrina católica. 261
— XXII. De la castidad que produce en el alma la doctrina católica. 277
— XXIII. De la impotencia de las demás doctrinas para producir la castidad 289
— XXIV. De la caridad de apostolado producida en el alma por la doctrina católica. 302
— XXV. De la caridad producida en el alma por la doctrina católica. 316
— XXVI. De la religion como pasion y virtud de la humanidad. 330
— XXVII. De la impotencia de las otras doctrinas para producir la religion. 342
— XXVIII. De la religion producida en el alma por la doctrina católica. 355

DE LOS EFECTOS DE LA DOCTRINA CATÓLICA EN LA SOCIEDAD.

SERMON XXIX. De la sociedad intelectual pública fundada por la doctrina católica. 368
— XXX. Por qué es la doctrina católica la única que ha fundado una sociedad intelectual pública. 384
— XXXI. De la organizacion y de la expansion de la sociedad católica. 397
— XXXII. De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto al principio del derecho. 411
— XXXIII. De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto á la propiedad. 426
— XXXIV. De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural respecto á la familia. 441
— XXXV. De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto á la autoridad. 455
— XXXVI. De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural en cuanto á la comunidad de bienes y de vida. 470

DATE DUE

GAYLORD PRINTED IN U.S.A.



BV4254 .S5L14
Sermones predicados en la iglesia de
Princeton Theological Seminary–Speer Library
1 1012 00052 7384